



Raphael Draccon

Dragones de Eter' III

CÍRCULOS DE LLUVIA

Lectulandia

Dos hermanos descubren que los antiguos lazos con magia negra no se rompen fácilmente... y que por ello hay que pagar un precio muy alto. Una sociedad secreta y su ejército de huérfanos deciden desenterrar el tesoro más grande del mundo, sin saber cuánto pueden con ello cambiar a la humanidad. El último príncipe de Arzallum viaja para consumar un matrimonio forzado en una tierra de cuya existencia desconfía. Una adolescente descubre que tiene el poder para entrar en contacto con el más allá y mediar entre los dos mundos.

Y un niño de cinco años escala un árbol maldito que lo lleva a los Reinos Superiores, trastocando el orden establecido y dando lugar a la guerra más encarnecida que haya habido jamás en Nueva Éter.

Lectulandia

Raphael Draccon

Círculos de lluvia

Dragones de Éter-3

ePub r1.0
fenikz 19.09.14

Título original: *Dragões de Éter/Círculos de Chuva*

Raphael Draccon, 2010

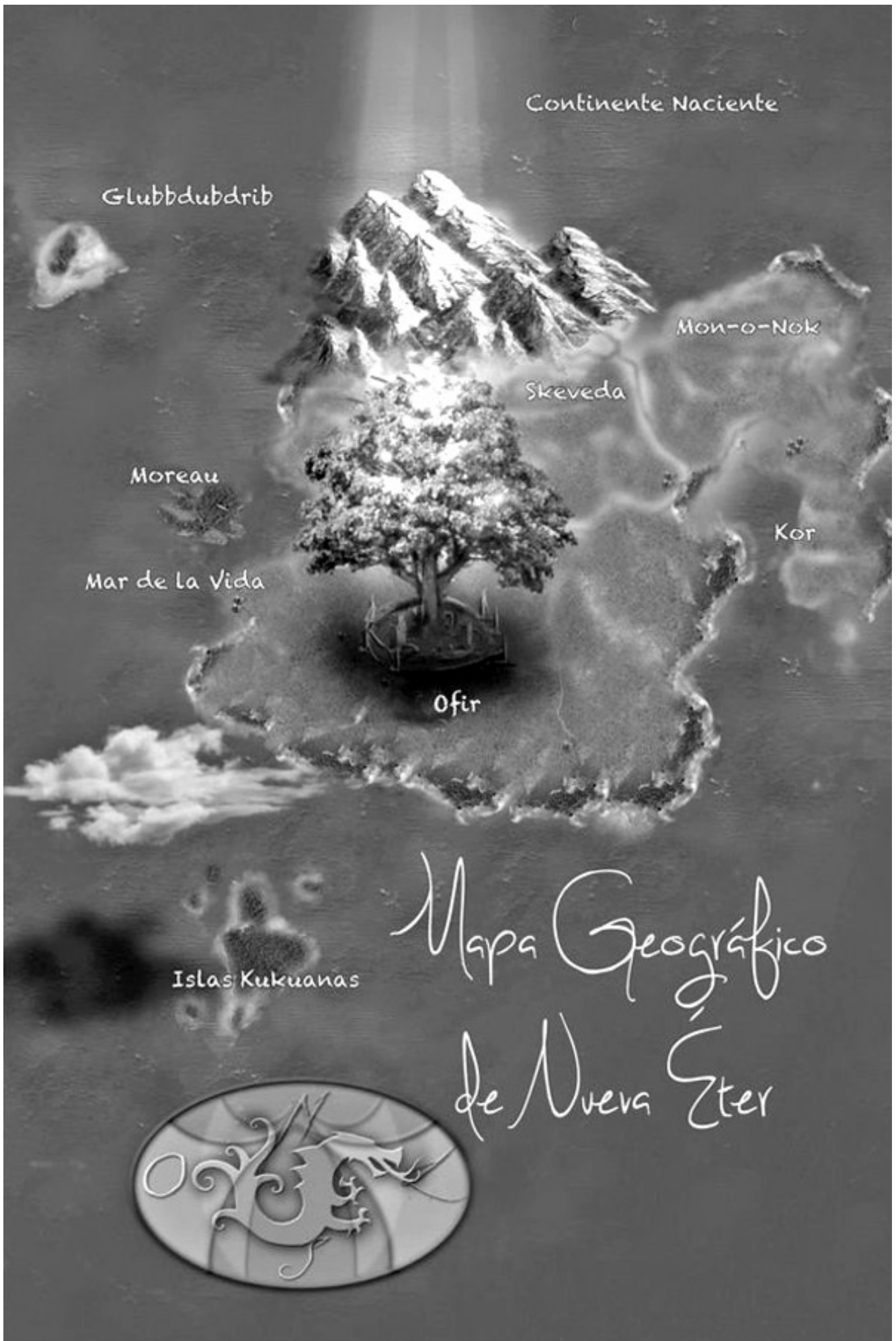
Traducción: Pilar Obón León

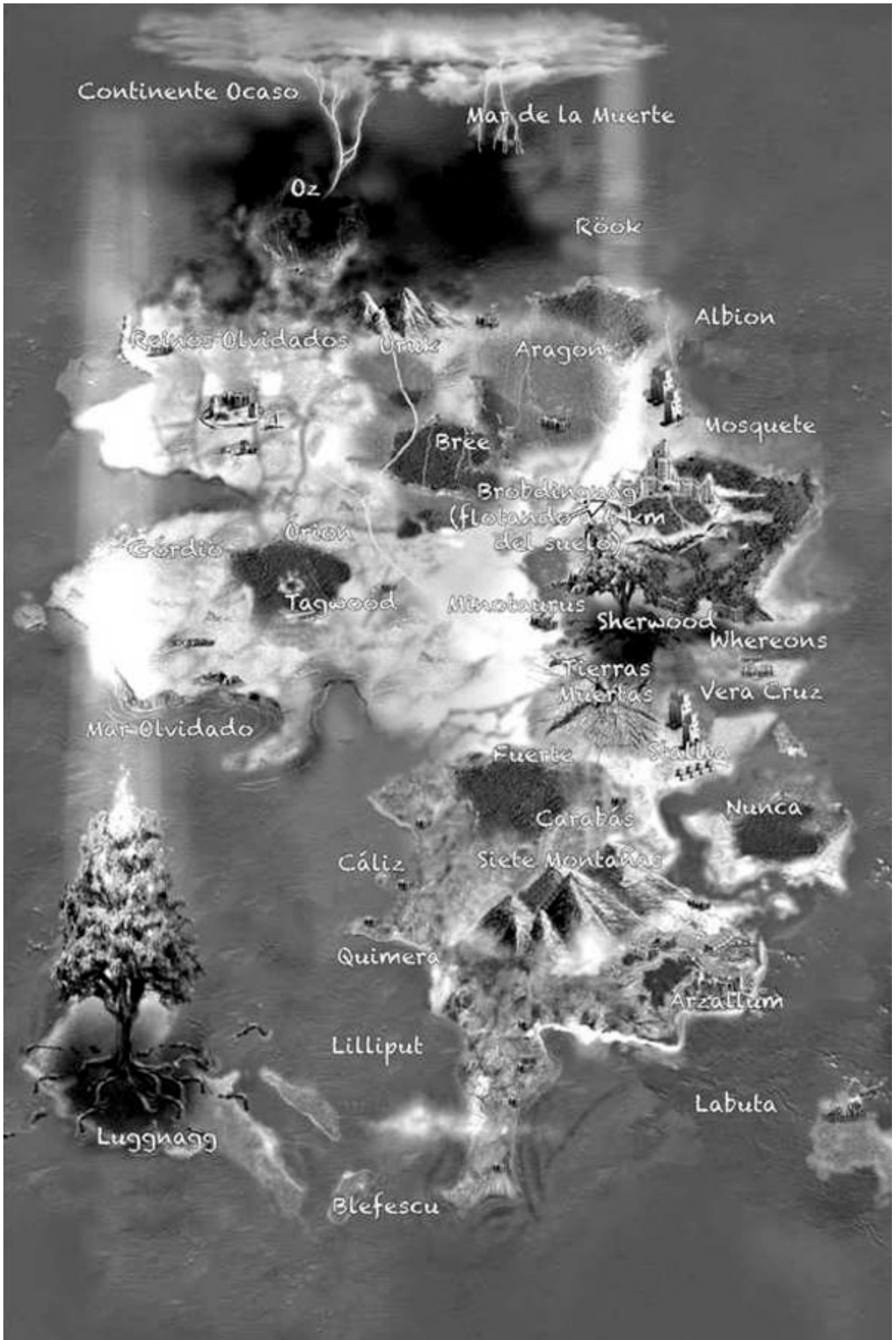
Ilustraciones: Marc Simonetti

Editor digital: fenikz

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com





— Pensé que era una inmensa planta de habichuelas —diría el muchacho mucho tiempo después de aquel terrible acontecimiento.

Existen en Nueva Éter tres grandes árboles que representan la esencia mágica vital de ese mundo. Se trata de árboles gigantescos que hacen que el alma humana se sienta pequeña y restrinja su visión de la vida a los límites de esa pequeñez. Son troncos más gruesos que el círculo formado por decenas de personas con las manos unidas. Raíces más profundas que los tentáculos de pulpos ancestrales.

Y todo dotado de un significado capaz de iluminar al sabio o entretener por una vida entera al ser humano común.

Fue en el árbol de la sabiduría donde nació el conocimiento del mundo y de donde provenía la evolución de tal pensamiento. Fue en el árbol de la vida donde nació el éter que generaba el movimiento de los seres y a donde ese éter regresaba tras cerrar los ciclos. Sin embargo, de todos ellos el más impresionante en el aspecto visual seguía siendo el «tercero»: un árbol capaz de nacer en el fondo del mar y terminar en las nubes del cielo. El árbol del Creador. El árbol que no se escala.

El árbol del mundo.

Imagina un árbol de cientos de kilómetros de altura, cuyo final toque el éter. Un árbol que con las raíces en la Atlántida, el tronco en Nueva Éter y la copa en la tierra de los gigantes. Imagina un árbol que nazca en el océano y ofrezca su sombra a los ogros. Un árbol protegido por cuatro serpientes gigantes, las cuales impedirían que cualquier ser vivo intentara escalarlo o incluso que ni siquiera deseara intentarlo.

Eso comienza a generar una duda: si fue así por siglos, ¿por qué ellas permitieron que un niño de cinco años lo escalara?

El pequeño Jack había ido hasta allí acicateado por la extrema curiosidad, la misma que experimentan miles de turistas que viajan al lago del Sol, el más grande del mundo, al oeste de Sherwood, debajo del reino de los gigantes, para observar de lejos aquel inmenso tronco que nacía en el lago y ascendía más allá de las nubes.

En ese lago había cuatro serpientes: Graback, Grafvolluth, Goin y Moin. Todas

comandadas por la más poderosa: Niohöggr. Una serpiente aterradora, que vivía desde el inicio de los tiempos. Una serpiente evolucionada, al punto de ser considerada un dragón. Pero nunca un dragón cualquiera.

Un dragón de sueños.

Un dragón de esencia.

Un *dragón de éter*.

Incluso a sus cinco años, siempre que podía el pequeño Jack caminaba hasta el límite que circundaba el inmenso lago y observaba el árbol del mundo. Las personas solían hacer peticiones y lanzar monedas de príncipes al agua. La mayoría pedía riqueza o prosperidad.

Jack Spriggins pedía por su madre.

Al menos hasta el día en que hizo más que eso, y lo más curioso es que ni él sabía bien por qué, sólo que había ido hasta allí al amanecer, aún de madrugada, mientras los padres dormían en la rústica cabaña y el propio sol continuaba somnoliento, con pereza de amanecer. Una música lenta sonaba en sus oídos y una voz bonita e hipnótica como la de las sirenas lo llamaba a ese lugar.

Cuando llegó encontró una balsa improvisada, un pequeño tronco de madera que brillaba para él incluso en la oscuridad que precedía a la aurora. El niño Jack subió en el gran tocón, tan sólo con el croar de los sapos y el olor de la hierba alrededor como testigos. La balsa se movió en dirección al árbol sin que él necesitara esforzarse ni preocuparse por ello.

Y el primer hombre del villorrio despertó.

Al fondo, demasiado tarde para impedirlo, un padre desesperado corrió y vio a su niño flotando en dirección al árbol. Y a las serpientes. El llanto desesperado del adulto despertó al villorrio entero, pero nadie, ni el más rápido, habría sido capaz de alcanzar al niño. Nadie habría sido capaz de pelear contra cuatro serpientes místicas y un dragón de éter ancestral. Y tampoco nadie lo habría deseado por nada ni nadie en ese mundo.

Entonces el villorrio, rendido, se contentó con derramar lágrimas junto al desesperado padre, un rústico artesano con una vida bastante difícil. El egregor de todo aquel llanto no alivió en ningún momento ningún dolor. Pero fue testigo del milagro. Pues cuando se esperaba que algunas fauces de serpiente se levantaran del lago y engulleran al niño como lo haría un gran pez ante un pequeño anzuelo, lo que se vio fue a cuatro serpientes que se erguían alrededor del árbol del mundo, como si colaboraran para propiciar un momento del tipo que los escritores sienten placer al contar.

El niño bajó de la balsa y se dio cuenta de que el tronco poseía diversas grietas y ramas enroscadas que facilitaban la subida. Cuando inició el escalamiento en dirección a la voz que pronunciaba su nombre, el tronco de árbol que lo había llevado

allí se apartó y la luz del sol, que ya había despertado para atestiguar ese momento, reveló una cola de dragón en lugar de la balsa.

Jack Spriggins continuó escalando, y a cada rama superada tenía la certeza de que aquella voz correspondía a la de su madre.

Aunque nunca la hubiera conocido, aquella voz debía ser de ella.

Niohöggr soltó un grito y se hundió de vuelta en su reino atlántico, llevándose con ella a sus cuatro serpientes. El designio había concluido. El niño había iniciado el escalamiento y el destino de Nueva Éter estaba, como al principio, enroscado en aquel árbol del mundo. Ese simple acto desencadenaría una serie de reacciones tan impresionantes, que la humanidad y cuantas razas vivían alrededor se volverían distintas por el resto de la existencia.

Un niño de cinco años.

Un maldito árbol que conectaba el cielo con la tierra.

Sólo eso.

Eso fue suficiente para iniciar la Primera Guerra Mundial de Nueva Éter.

Acto I



Círculos de tierra



A punto de entrar en el salón, la mano fría, mas no su corazón. El Salón Real estaba iluminado por candelabros, los cuales arrastraban luces con volutas que lamían el ambiente de euforia. Bandejas, copas, cubiertos de plata, hombres nobles con sonrisas de pocos dientes, bellas mujeres maquilladas en exceso luciendo vestidos de telas caras, militares de uniformes impecables, de medallas pulidas y botas lustradas. Simplemente exhibiéndose. Aquel era un evento, una consagración más en el Salón Real del Gran Palacio, lugar donde mucho había sido hecho y dado al mundo.

Y, cada vez más, muy poco había regresado a él.

Esta vez había una alfombra roja que conducía a tres tronos, como en la ceremonia en que Anisio Branford había sido coronado rey. La diferencia estaba sólo en la distribución. Porque esta vez dos tronos estaban uno al lado del otro, al frente, mientras que al fondo, en el trono donde debía estar sentado el entonces primer príncipe de Arzallum, Axel Terra Branford, se hallaba vacío.

Los trompeteros reales hicieron sonar sus acordes y se escuchó la voz que anunciaba:

—¡Su majestad, el rey Anisio Terra Branford!

Y el monarca entró. Vestía la capa y la armadura con el símbolo de Arzallum en el pecho. Traía en las manos el bastón de oro macizo. Traía en la cabeza la corona de oro y diamantes en forma de estrellas cruzadas de cinco puntas. Y traía también el silencio que acompañaba los pasos de un soberano en dirección a una etapa más en la historia del mundo.

Las personas, con excepción de las que también eran reyes o reinas, se arrodillaron mientras él pasaba con una expresión indefinida entre la preocupación y la alegría que acompaña a una satisfacción, sin que se pudiera definir si se trataba de una dádiva otorgada al hombre elegido entre millones para liderarlos o de la carga que acompaña al propio liderazgo.

Afuera llovía copiosamente. Adentro, al menos en el pecho de cada una de aquellas personas, todo parecía quemar como papel lanzado a una hoguera. El hecho era que el mundo era distinto. El hijo del más grande de los reyes había asumido aquel trono hacía poco tiempo, pues su padre había sido asesinado en un ritual de magia negra. Los cazadores de brujas regresaban con poderío militar y con el apoyo popular. Gnomos y hombres de ojos rasgados llegaban de los cielos en navíos que deberían surcar el mar, con una magia que prometía una evolución que asustaba y fascinaba al ignorante.

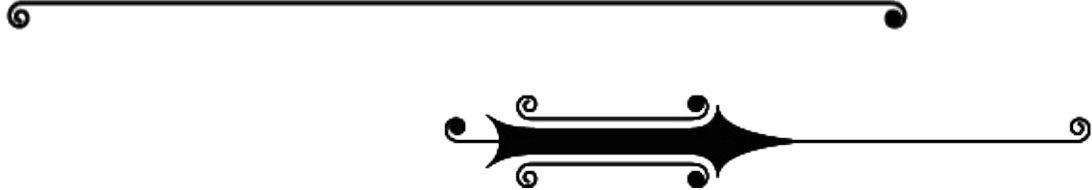
Además, el príncipe de ese reino, el campeón del mundo, no estaba ahí.

Al menos de aquella ceremonia había quedado algún sentimiento profundo que aliviaba un poco los torsos ardientes. Al menos el segundo acorde de aquellas trompetas traía al salón un rostro que todo súbdito amaba ver.

Porque todo hombre que hubiera visto entrar a una princesa como Blanca Corazón de Nieve caminar, lista para recibir la corona del reino, agradecía su existencia.

—¡Su majestad, la reina Blanca Corazón de Nieve!

Fue así como ese día, a pesar de que afuera llovía copiosamente, de alguna forma que sólo los poetas entienden, daba la impresión de que también llovía en el pecho de los hombres vivos.



Axel Branford descendió del corcel acompañado de algunos soldados y caminó pesadamente ante la lluvia. Sus pies andaban en el lodo y parecían formar círculos en las pisadas dejadas atrás. Había lágrimas que él limpiaba con insistencia. Vestía una camisa gruesa con capucha que recordaba las vestiduras de los pugilistas, pero esta vez sentía que el mundo le pesaba en las espaldas. Y le pesaba demasiado.

Le pesaba al punto de clavarlo en el suelo, como un árbol, hasta que dejaba de sentirse vivo.

—Alteza...

La voz del soldado despertó al príncipe. Él contemplaba el escenario de batalla. Era circular, como una arena de piedras. Diversos puntos estaban destruidos por choques con el suficiente poder para arrancar la cabeza de un hombre, pero apenas necesarios para el resultado final de aquello.

Y había sangre.

Podía ver aquella marca, la cual seguía manchando determinados puntos aunque la lluvia se esforzara por limpiarlos. Eran como medallas de guerra colgadas en paredes descascaradas como insignias enmarcadas para los hijos de los muertos condecorados; como un registro de colores de un pintor competente expuesto a la lluvia, con imágenes demasiado borrosas.

Axel Branford intentaba construir una imagen mental de lo que había acontecido en aquel círculo de piedra y, por más que la imaginación pensara en cosas malas, él aún no creía que fuera una representación fiel de lo que en realidad había ocurrido.

—Alteza...

Axel siguió la voz del soldado, como un zombi sin voluntad propia, o como una marioneta sujeta a sus cuerdas. Otros soldados abrían camino mientras su príncipe pasaba. Todos tenían la cabeza baja. Todos.

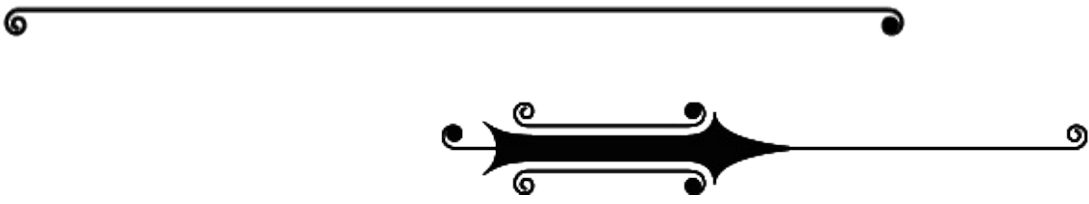
Axel Branford se colocó del lado derecho de aquel círculo de piedras, donde había un inmenso cuerpo cubierto con un lienzo. Un soldado lo esperaba en cuclillas,

listo para retirar la tela gruesa y negra. Él también mantenía la cabeza baja. Y ahora el primer príncipe de Arzallum se detuvo delante de él y dijo:

—Soldado...

El lienzo fue retirado.

Y Axel Branford lo vio.



Blanca Corazón de Nieve entró. Caminó como reina y se apostó delante de su trono. Se arrodilló e hizo una reverencia a Anisio Branford. El rey de Arzallum devolvió la reverencia. Sostenía en las manos el bastón de oro real y, extendiendo los brazos, se inclinó un poco para ofrecérselo a Blanca.

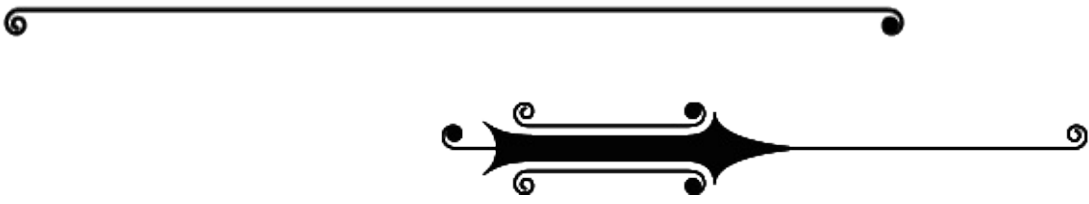
La reina lo aceptó.

Después se colocó frente a los nobles y lloró cuando vio a su padre y rey, Alonso Corazón de Nieve, caminar hacia ella con una corona de oro y diamantes en forma de estrellas de cinco puntas casi idéntica, sólo un poco más chica que la de Anisio Branford, en las manos.

El rey Alonso Corazón de Nieve también lloraba.

La reina inclinó la cabeza en señal de humildad para aceptar la corona que la consagraba. Los tres —dos reyes y una reina— hicieron otra reverencia, y la reina de Arzallum se sentó en el trono al lado de su rey. Los nobles se arrodillaron de nuevo. El rey Alonso derramó otra lágrima.

Y la reina Blanca Corazón de Nieve se aclaró la garganta, lista para hablar.



El soldado cubrió el cuerpo muerto que le había sido mostrado. Axel Branford apretaba los puños, sintiendo la tensión en su cuerpo y la cabeza hirviendo como si le fuera a estallar. El peso del mundo aumentó en sus espaldas. Los dientes se apretaron al punto de crujir.

Ningún soldado levantó la cabeza.

Y, en silencio, todos profirieron una oración al Creador por el alma de uno de los suyos.

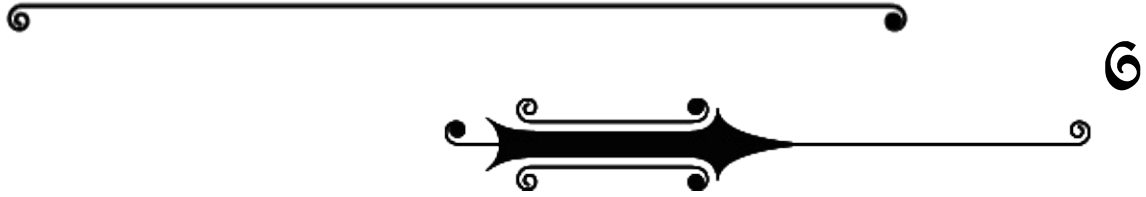
El trol Muralla estaba muerto.

—Afuera llueve —comenzó la reina Corazón de Nieve—. Miro la lluvia golpeando los vitrales de este palacio y no puedo dejar de pensar en cómo me recuerda a las lágrimas. Porque en este lugar muchas fueron derramadas, ya sea por parte de mi familia, ya sea por parte de la de mi amado. Dos familias que a partir de hoy se convierten en una, así como sus lágrimas y sus sonrisas. No existen dos vidas iguales, pero sí sentimientos que cohabitan en corazones diferentes. Y hoy, consagrada reina de la nación más grande del mundo, mi único deseo es que un mismo sentimiento habite en nuestros corazones. Que ese sentimiento sea de justicia, amor, esperanza, solidaridad. No importa. Mi único deseo como reina es que un día un mismo sentimiento habite diferentes corazones. Hoy los reinos de Arzallum y de Stallia se unen en una bandera que no sabemos si será manchada de sangre, pero que nos hará estar en las arenas cuando sea preciso, así como estar en la sala de los enfermos cuando sea inevitable. Estaremos en campos de batalla en tiempo de guerra y en los anfiteatros en periodos de paz. Pero la guerra interna, no importa en qué tiempo nos encontremos, nunca termina. Merlín Ambrosius, el Cristo de Avalón, nos ordenó orar y velar cada segundo. Nos ordenó amar a nuestros enemigos y nos enseñó que la magia de un caldero es menos peligrosa que la fuerza de un pensamiento. Entonces les pregunto: ¿qué tipo de pensamientos tendremos en Arzallum? ¿Qué tipo de sentimientos tendremos unificados en nuestros corazones? Ayuden a su rey y a su reina a descubrirlo. Por eso, cuando sea posible, olviden un poco y hagan como los semidioses: sueñen. Sueñen hoy, sueñen siempre. Sueñen con nosotros.

Los nobles se levantaron y aplaudieron con vigor a su nueva reina. Y unificaron, por un instante, el mismo sentimiento en cada corazón. Un sentimiento que decía mucho.

«Sueñen con nosotros».

Siempre.



6

João Hanson despertó tras recibir una cubetada de agua fría en la cara. Se levantó asustado, procurando comprender en orden lógico lo que en ese momento aún le resultaba subjetivo. Dormía en una cama dura, improvisada con paja y cobijas, en el suelo de un establo donde también descansaban los caballos. El olor del lugar era nauseabundo, con excremento animal y orina por todos lados. El tipo de peste que no se va aunque el sitio se lave y al que tras un largo tiempo de exposición el ser humano se acostumbra, sin saber si se debe a que el olfato decidió ignorar la información sensorial o si el tufo se impregnó tanto a lo largo de la exposición que resulta casi imposible olvidarlo tras distanciarse de él.

—¿Cuántas malditas horas necesitas para dormir, Hanson? —preguntó un hombre de pie ante él.

Eran las cinco de la mañana.

Tal vez João se había ido a dormir hacia la medianoche. Había sido así lo largo de la semana. João había llegado sonriente al nuevo puesto de escudero de caballero. Traía una sonrisa en el rostro, satisfacción en las espaldas y un orgullo inflamado en el pecho. Una mochila con pocas pertenencias y una cobija personal.

Saludó a Reinaldo Grimaldi, caballero de la Guardia Real y su nuevo señor, y preguntó dónde guardaría sus cosas. Reinaldo le dijo que en su cuarto. João ya entraba satisfecho a la casa, cuando el caballero le gritó. El muchacho se volvió asustado, sintiéndose como un criminal atrapado en flagrancia por un delito del que aún no tenía conciencia suficiente para comprender que lo había cometido.

—Si te veo entrar otra vez por la puerta delantera de la casa, te golpearé en la nuca, ¿comprendes?

João pensó en responder, pero sólo asintió.

—El escudero entra por la puerta trasera de la casa de un caballero. Su lugar es con los animales y con la ralea a la que pertenece. ¿Comprendes?

João comprendió. Y con la cobija entre los brazos, en profundo silencio, caminó

hacia el establo sucio, vacío y embriagador.

En los cuatro días que llevaba la semana, había sido despertado a cubetadas de agua fría. Primero, a las ocho de la mañana. Después, a las siete. Luego, a las seis. Y ese día, aunque no lo sabía, eran las cinco.

Otra vez estaba mojado y con frío. Sentía sus huesos crujir como ramas en crecimiento que acumulan nieve sobre sí. Ramas que crujen con el peso que cargan. Pero no se rompen.

—¿Cuántas malditas horas necesitas para dormir, Hanson?

El hombre continuaba allí, mirándolo, a la espera de una respuesta grosera. Deseando una respuesta así. Pero, sin inmutarse, João se levantó y sólo dijo:

—Pocas, señor.

El hombre ante él no era sólo un caballero. Conocido como lord Ivanhoe, Reinaldo Grimaldi era uno de los caballeros originales de la histórica y sangrienta Cacería de Brujas, convocado personalmente para aquello. Un caballero que había testificado el desafío ante un Tribunal de Arthur por parte de João Hanson contra un hombre que insultó la honra de su prometida, en una arena dominada por magias antiguas donde el chico mató por primera vez. De vez en cuando João tenía pesadillas cuando recordaba lo sucedido. Pesadillas por recordar la sensación de quitar una vida. Pesadillas porque le había gustado aquella sensación. Por no sentir remordimientos.

Y por sentirse pecador ante la culpa de no sentir culpa.

—¿Tienes frío? —preguntó el caballero Reinaldo Grimaldi.

Era la primera vez en cuatro días que se lo preguntaba.

—Un poco, señor.

Reinaldo hizo estallar una palmada en la nuca de João.

—El frío es «psicológico» —una expresión difícil y poco utilizada aquella empleada por el caballero—. Repítelo.

—El frío es psicológico, señor.

Reinaldo asintió dos veces, se volvió de espaldas y salió mientras rezongaba:

—En dos minutos allá afuera. Con la espada.

Y dejó el establo antes incluso de que João Hanson dijera: «Sí, señor». En la nuca sentía la marca roja en la región castigada. El joven miró la espada de madera apoyada en un rincón. Una espada de entrenamiento, como la que había utilizado al prepararse como escudero. Como aquella con que había derrotado a un guardaespaldas y espadachín experimentado, antes de matar a su protegido algunas horas después.

La culpa ante la falta de culpa volvió a corroer al joven Hanson.

Parecía que el hedor de aquel no disminuiría.

María Hanson terminó de dar su clase en la Escuela Real del Saber y juntaba su material mientras la observaba un visitante que había asistido a su clase y con no se retiraba. Se veía delgada, esquelética, flaca. Ni de lejos recordaba a aquella profesora otrora alegre y simpática. Eso había ocurrido desde... desde... Bueno, desde que su novio había roto con ella: desde que el hombre de su vida la había cambiado por una prometida de origen noble que en poco tiempo lo tendría en sus brazos, además de que para siempre permanecería en las divagaciones de María Hanson.

¿Sabes? Sólo una muchacha que se ha llevado un gran fiasco con su novio, justo en el momento en que se consideraba dentro de un cuento de hadas —y un cuento de hadas de los buenos—, ha tenido la sensación de que el mundo se derrumba a sus pies cuando el cuento se interrumpe bruscamente, cuando la sensación de vitalidad desaparece, cuando el estímulo se evapora y la alegría desiste de acompañarla, cuando la realidad parece incompatible con el antiguo sueño contado.

Deben sentirse ganas de ahorcar al narrador del cuento.

Con María Hanson no fue distinto. Comía poco, cuando lo hacía. Hablaba poco, cuando lo hacía. Y lloraba mucho. Mucho. Cuando estaba sola y cuando se refugiaba en algún rincón tras la sola mención de aquel nombre.

¡Y cómo se repetía su nombre!

Fue sólo después de que desapareció de su vida cuando ella percibió cuánto se mencionaba el nombre de Axel Branford todo el tiempo en aquella ciudad. Y si a eso le unimos la muerte inesperada de su padre, entenderás en qué se convirtió la vida para aquella buena muchacha de diecisiete años.

—¿Cómo puede un cuento de hadas terminar mal, profesor? —le preguntó al visitante que permanecía en el salón.

Se trataba de Sabino von Fígaro, antiguo profesor de aquel lugar, responsable de recomendar a María como profesora y a João como aprendiz de caballero, y en ese

momento uno de los siete consejeros reales. Incluso se dice que ocupaba cargos más altos que aquel.

—Ningún cuento de hadas termina mal, señorita Hanson. Si en la actualidad no está bien es porque todavía no llegó a su fin.

—No, mi cuento de hadas terminó.

—¿Preferiría entonces no haber amado?

María, que más parecía estar hablando sola, observó mejor al profesor, con lo que su mente regresó a aquel salón.

—¿Cómo?

—¿Finalmente, en la vida, es preferible amar y perder o jamás haber amado? — insistió el viejo profesor.

—Es preferible no sufrir el dolor de la pérdida.

—¿Y cómo se puede amar separado del dolor? ¿Cómo se puede, distanciándose de la pérdida, valorar algo?

—Evitando tomar conocimiento de la injusticia del amor platónico.

—María... María... —observa el cambio de «señorita Hanson» por el nombre de pila—. Como toda joven, tiene una vida por delante y mucho que aprender.

María apenas lo observó. En su mirada se reflejaba la espera por una conclusión más objetiva que respetara su dolor.

—Nadie puede ser considerado totalmente infeliz cuando ama. Hasta el amor platónico tiene su belleza.

—Tal vez para quien lo observa, pero no para quien lo siente.

—¿Sabe qué provoca el dolor? No es la falta, sino la presencia constante de él en su pensamiento.

—No puedo eludir la ausencia de la persona pensada.

—Tal vez...

—No puedo controlar la elección de mis pensamientos.

—Tal vez no. Pero puede decidir no entregarse a los sentimientos destructivos que estos provocan.

María suspiró. En aquel momento su hermano sufría como un condenado para sostener la casa y había matado a un hombre por el honor de la familia. Cuando pensaba en eso, María se sentía mal por los momentos depresivos provocados por aquellos sentimientos inútiles para su vida actual, los cuales le parecían pequeños ante los actuales sacrificios de su hermano.

Un hermano que había encontrado el amor en su vida y que probablemente se casaría en poco tiempo, pues ninguno de los dos pertenecía a realidades sociales diferentes.

—¿Cómo podría no entregarme a ellos, profesor?

—Comenzando por la distracción que recuerda a la mente que el mundo aún

existe.

—No puedo huir de mí misma.

—Ni debe hacerlo. Salga y demuéstrese a sí misma que la vida continúa.

María Hanson rio.

—Profesor, usted a veces parece un sabio.

—Es otro nombre para viejo.

—Usted no es viejo, sino... «experimentado».

—Un nombre más para viejo.

María volvió a sonreír. Sabino adoró que la chica recordara cómo era esa expresión.

—¿Usted ya vio la obra que se estrenará hoy en la Majestad? —preguntó el profesor.

—¿*El cascanueces*?

—Sí, una historia de amor prohibido.

—Entonces no sé si deba verla.

—Bueno, recibí invitaciones e iré con una... «amiga» a verla.

«¡Oh, mi Creador!», pensó María. Hasta el profesor Sabino von Fígaro, con toda su sabiduría y experiencia, tenía relaciones amorosas mejores que ella.

—Me alegro por usted, profesor.

—Y si no le molesta, me gustaría que venga con nosotros.

María se sorprendió. Y mucho. No comprendía si había algún sentido en lo que había escuchado.

—Válgame, profesor. No sé qué decir.

—Invite a alguien más. Llame a su hermano.

—No, él no puede. Sólo descansa el quinto día. Pero podría llevar a Ariane.

—El placer será mío. Sólo quiero que esté consciente de que es preciso seguir adelante, señorita Hanson. —Sabino hizo una pausa y agregó, a punto de salir del salón—. El dolor es inevitable. El sufrimiento es opcional.

Y el viejo señor se fue. María se quedó mirando la puerta, absorta. En sus pensamientos había una sola duda.

«El dolor es inevitable. El sufrimiento es opcional».

¿Será que, algún día, algún poeta sabrá en verdad lo que dice?

→ Sabes por qué mataste al conde, ¿no?
João Hanson tenía la espada de madera, en posición de guardia, ante Reinaldo Grimaldi que también portaba una gruesa espada de entrenamiento. Su ropa seguía mojada y el frío de la madrugada aún le calaba los huesos.

No respondió al caballero.

—Nunca evites responder a tu señor, Hanson.

—Porque tuve suerte, señor.

La espada temblaba en la mano del adolescente. Tenía quince años, a punto de cumplir los dieciséis, en dos meses. Aun así ya no era un niño ni se consideraba un adolescente. Poseía un «cordón de compromiso» con el pedazo de un árbol que llevaba sus nombres grabados con una navaja mal afilada, que lo ponía en condición de novio de su antiguo amor infantil.

Había visto al padre morir orgulloso de él y ahora era el único hombre en una casa que lo necesitaba.

El hecho era que João Hanson podría tener la edad y la apariencia de un adolescente. Pero por dentro ya era un adulto.

—Eso también —dijo el caballero—. ¿Pero crees que tuvo algún mérito en la batalla en sí? ¿Crees que tus habilidades en combate merecen algún elogio ante tal hecho?

João permaneció en silencio. Y antes de ser reprendido dijo:

—No sé si soy apto para juzgar eso, señor.

Reinaldo impulsó la espada con violencia sobre él.

Las armas chocaron con velocidad una, dos, tres, cuatro, cinco y... ¡BAM!

João sintió una confusión momentánea provocada por el golpe a un lado de la frente. Casi no había visto qué lo había golpeado, pero escuchó el estruendo dentro del cráneo. Le costó volver a enfocar. Se puso la mano en el sitio lastimado e intentó ver mejor, luchando contra la confusión.

Cuando la vista volvió a la normalidad, notó que había algo distinto en la palma de su mano.

Sangre.

—¿Sabes por qué mataste al conde, Hanson? —preguntó Reinaldo, con una voz tan fría como la mañana húmeda—. Porque estaba viejo, acabado, lento y corroído por un orgullo que le impedía darse cuenta de ello. ¿Sabes cuál es la sensación de un viejo como ese al entrar en una arena de combate mortal y sostener una espada afilada después de tanto tiempo? La misma que sientes ahora, con los huesos crujiendo por el frío en combate, como si fueras un maldito viejo moribundo —el caballero escupió en el suelo mojado; João siguió sintiéndose sucio—. ¿Sabes cuál fue su sensación al ser perforado? ¡La misma que la tuya al ver tu sangre por un golpe que ni tú mismo viste! ¿Y sabes cuál es la diferencia entre ustedes dos a pesar de estar en dos extremos en cuanto a la edad y la forma física? La espada que se usó allá estaba afilada. Esta es de madera —una pausa—. Pero si yo hubiera puesto más fuerza en el golpe que apliqué, igual te podría haber rajado el cráneo —otra pausa; João sabía que aquello era verdad—. Y cada día aumentaré la intensidad de esa fuerza. Hasta que llegue el momento en que, si tú no detienes el golpe, te rajaré la cabeza y te enterraré en una cueva cualquiera, sin honra y sólo con tu novia, tu hermana y tu madre llorando por ti. ¿Me comprendes?

João quería responder, pero como la voz no le salía, sólo asintió.

—Entonces pídemelo.

Aquello era duro. En la escuela de aprendices los más experimentados solían decir que aquella era la peor parte en la vida de escudero. Los momentos en que los señores, tras hacer de la vida de sus aprendices un pavoroso círculo de Aramis, les ordenaban que pidieran el desistimiento. Porque el instinto y la naturaleza humana, por más que supieran lo que hacían y lo que había en juego, siempre imploraban la rendición. Una rendición que cada día era más difícil de ser negada. Y que, en caso de llegar al extremo y de que aún fuera negada, volvía indomable el instinto del guerrero y lo dejaba listo para morir, pero jamás para entregarse.

—No, señor.

La espada de Reinaldo cayó al suelo mientras él se limpiaba las manos.

—Eres más burro de lo que pensé. Así que, si eres estúpido, haz entonces el trabajo que cualquier estúpido es capaz de hacer. Limpia la suciedad en el establo, da su ración a los animales y después un baño al caballo. Él ya huele peor que tú.

Y Reinaldo se fue. Solo, humillado, con la espada de madera en una de las manos y sangre en la otra, con frío, João Hanson se acordó del padre y extrañó su casa. Las lágrimas comenzaron a formarse y él forzó una expresión dura para impedir que nacieran. Pero aun así una de ellas surgió y descendió por el rostro serio.

Lo más curioso fue que, incluso después de que le recorrió la cara como el

afluente de un río, el joven Hanson se siguió sintiendo sucio.

Ariane Narin había escrito algo en su libro negro. No creía que estuviera bien; en realidad, nunca lo creía. La letra era horrible y ni hablar del contenido. Aun así seguía escribiendo día tras día. Últimamente, lo que más escribía en él eran sus «sueños lúcidos». Al menos una vez por semana soñaba con lugares de éter extraños y al mismo tiempo fascinantes, y sabía que soñaba lo que se proyectaba allí. En ese momento, ante su madre y *madame* Viotti, volvía a referir el último:

—¿Cómo fue esta vez, querida? —preguntó *madame* Viotti, con una voz suave y ponderada.

—¡Uf!, ni se imagina.

—Entonces ayúdame a imaginar.

—¡Hermoso! Mire: el lugar estaba medio desierto, ¿sabe? Al menos donde yo estaba.

—¿«Desierto» porque estaba vacío o porque el ambiente era árido?

—Ambos.

—Bien. ¿Qué más?

—Caminaba sola, ¡hasta que un viento comenzó a soplar y a levantar una polvareda! ¡Luego hubo un ruido muy fuerte!

—¿Qué era? —preguntó ansiosa Anna Narin.

—No vi bien. ¡Me entró polvo en los ojos! ¡Quiero decir, no sé si durante un sueño entre polvo en los ojos de la gente, pero al menos yo los cerré! —Ariane hizo una mueca de enojo antes de proseguir—: Tampoco sé si cerramos los ojos en un sueño, pues de hecho ya estamos con los ojos cerrados, pero...

—Olvida eso, querida —dijo *madame* Viotti—, y concéntrate en los recuerdos que anotaste en el libro negro.

—¡Está bien! De repente surgieron unos barcos voladores iguales a los de los gnomos de Oriente que vinieron aquí, ¿sabe? Y de allí salió un montón de... de animales, ¿sabe?

—Descríbelos mejor —insistió *madame*.

—Eran animales, pero andaban en dos piernas, como los humanos.

—Humanoides.

—¡Como sea! El principal era verde, pegajoso, con una cola gorda y una boca de sapo. ¡Ay, que el Creador me libre! ¡Lo peor es que no era el más feo! ¡Había otro con cara de buitre! ¿Cómo puede alguien tener rasgos de buitre? ¡Con alas y plumas y unos ojos grandes horrorosos! ¡Por no hablar de la bestia-mono!

—¿Te atacaron?

—Sí. No. Quiero decir...

—¿Te atacaron o no?

—Lo intentaron.

—Pero...

—Llegaron ellos.

Viotti y Anna se miraron. La madre de Ariane preguntó:

—¿Quiénes eran «ellos»?

—También humanoides. Pero, bueno... ¡esos sí que se veían enojados! Medio... tigres o medio gatos, ¿sabe? ¡Caramba, tendrían que haberlos visto! ¡Eran capaces de hacer cosas increíbles! ¡Había uno guapillo, que lideraba al grupo y cortaba a todo el mundo con una espada garigoleada! Llevaba taparrabos y yo no entendía para qué, porque, finalmente, ¿han visto a un gato o a un león con taparrabos? ¿O habían escuchado que necesitaran usar uno? Pero él lo hacía. ¡Incluso traía cinturón! ¡Y un guante con garras por el que Axel babearía! ¡Pero la mejor era la mujer! ¡Corría con un bastón y aporreaba a todo el mundo al por mayor! ¡Y aún se las arreglaba para correr!

—¿Y cómo saliste de ahí?

—¡La mujer pasó corriendo y me cargó! ¡Experimenté la sensación de correr de esa manera cuando me llevó con ella! ¡Caray, era muy «caliente»!

Anna Narin y *madame* Viotti se miraron, intentando comprender la expresión. El hecho era que esa era la nueva expresión en boca de los adolescentes de Andreanne. Si algo era bueno e intenso, entonces decían «totalmente». Pero si algo tenía estilo y era digno de notarse, entonces lo llamaban «caliente». Ariane, sin percibir que las dos mayores tenían dificultades con determinadas expresiones, siguió hablando de la mujer felina:

—Si fuera humanitaria o... ¿cómo era el término?

—Humanoide.

—¡Eso, si yo lo fuera, querría ser como ella! ¡Y miren, no lo sé de cierto, pero creo que el gato guapillo estaba enamorado de ella! Y les diré más: ¡creo que todos ellos estaban enamorados de ella!

—¿Había más? —preguntó Viotti.

—¡Sí, los había! ¡Había uno que desaparecía como un fantasma! Y no usaba cinturón, pero llevaba un mono en todo el cuerpo, ¿lo pueden creer? Si ya es extraño un gato que usa taparrabos y cinturón, ¿se imaginan un mono? ¡Había otro, muy gordo, que salía del interior de otro gato gigante y metálico! ¡Y con ruedas, como las de un carruaje, pero mucho más gruesas! ¡Y tenía dos hermanos, un poco más chicos que yo, que recordaban la relación entre María y João! Quiero decir que parecían muy unidos, ¿sabe? ¡Hasta que entre aquellas bestias surgió la peor de ellas! ¡Era el más siniestro, que ni qué!

—¿Cómo era?

—Como... la bruja, ¿sabe?

—¿Cuál?

—La de la Casa de los Dulces. La que intentó devorar a...

—¿Se parecía a Babau? —preguntó la señora Narin a boca de jarro.

—Se parecía, pero no como al principio, sino como se veía al final, ¿sabe?

—¿Cómo?

—A la bruja tras quedar frita, ¿sabe?

Hubo un silencio desagradable. *Madame Viotti* continuó:

—¿Llevaba vendas para esconder las quemaduras?

—Creo que no eran quemaduras. Pero las vendas sí las tenía. Era flaco, incluso esquelético, ¿sabe? Lo peor de aquella cosa horrorosa era la voz. ¡Una voz ronca que más parecía la de un condenado de Aramis! ¡Ay, si por la noche recuerdo aquella voz no duermo! ¡Lo peor fue que comenzó a gritar unas palabras extrañas! ¡Y de repente comenzó a crecer y a hacerse más gordo, hasta perder las vendas! ¡De la nada! ¡De la nada! ¡De repente aquel ser esmirriado se volvió muy gordo y aterrador! ¡Con unos dientes de vampiro y cara de brujo!

—¿Entonces? —preguntó Anna Narin, nerviosa.

—¡Ah, pues el jefe gato se aproximó a él y le propinó un porrazo, como si fuera uno de los Caballeros de Helsing! ¡Todo el mundo huyó! Un gato gordo, que sí era un gato, con una voz medio afeminada (no tengo nada en contra, ¿sabe?, sólo lo comento), dijo alguna cosa idiota, el gato guapillo respondió otra y todo el mundo rio —una pausa—. Ahí fue cuando volví.

De nuevo se hizo el silencio. Hasta que Anna Narin dijo:

—Pero qué mundo de éter tan extraño.

—Tal vez, desde el punto de vista humanoide —concluyó *madame Viotti*—. Pero tal vez, desde el punto de vista tecnológico, esté más próximo a los planes de la Creadora para lo que está por ocurrir en Nueva Éter, más allá de lo que cualquiera de nosotras podría imaginar.

—¿Cuándo pretendes partir? —preguntó el rey.
—Antes de que nazca el mediodía estaré en el camino —respondió su hermano.

Axel vestía un nuevo blusón con capucha, pues el anterior estaba enlodado. Sus cabellos todavía estaban mojados.

—Por mi parte, te digo que no pretendo impedirlo —dijo el rey Anisio.

—Y por la mía, que ni yo mismo lo desearía.

—La cuestión, Axel, es que si harás eso, sólo me gustaría que sea por los motivos correctos.

Axel mantenía la expresión hermética, tan seria que tenía un carácter traumatizante.

—Él está muerto —dijo con voz sombría—. ¿No sería ese un motivo suficiente?

—De ser así, Stallia estaría en guerra contra Arzallum, en vez de que su princesa se hubiera convertido en reina.

—La princesa de Stallia amaba al enemigo.

—O tal vez se dio cuenta de que el enemigo no es real. Que hay algo más detrás de esos destinos tristes. Y que algunas muertes a veces son actos de sacrificio.

—Habría que ser un iluminado para vislumbrar tamaña grandeza donde el hombre común sólo ve pequeñez.

—¿Tu reina te parece un ser del tipo iluminado?

—Ella es del tipo puro, que en la práctica es la misma cosa.

—Confundes la característica de un sentimiento con la personalidad de aquel que lo siente. En este caso, el amor de Blanca Corazón de Nieve es puro, no la persona que está detrás.

Axel pareció en verdad sorprendido.

—¿No crees en las personas puras, Anisio?

—No: creo en sentimientos puros. Sentimientos manifestados por la voluntad e

ilimitados por la fe.

Axel sonrió ante aquella frase. No era posible decir si era una sonrisa verdadera o irónica.

—¿Y por qué las personas que lo sienten no tendrían esa característica?

—El ser humano es doble por naturaleza. Todos poseemos algo que escondemos. A todos nos gustaría ser otra persona de vez en cuando. Todos guardamos lo mejor y lo peor del mundo dentro de nosotros. Y nos pasamos la vida intentando descubrir qué es real y qué no lo es en nosotros. Qué podemos revelar al mundo y qué debemos guardar. Qué debemos enseñar al mundo y qué necesita el mundo aprender sobre nosotros por sí mismo.

—¿Y si ese mundo no quisiera aprender sobre nosotros?

—Entonces moriríamos olvidados o necesitaríamos la sabiduría que nos permitiera determinar la hora exacta para mostrárselo.

Axel reflexionó. Suspiró. Y comentó:

—¿Entonces el amor de Blanca es real?

—Sí. Sí lo es.

Axel siguió reflexionando:

—Así que llegamos a la conclusión de que no soy una persona odiosa —dijo el príncipe con una voz cada vez más sombría—, pero mi odio actual es real.

Anisio pareció incómodo, no con la conclusión de su hermano, sino con el tono empleado para pronunciarla.

—Ya pensaste, Axel, que si cada persona que sufre una pérdida, si cada ser humano en este planeta que pasa por una prueba injusta ante sus ojos, decidiera canalizar su odio contra algo o alguien, ¿qué quedaría del mundo?

—Eso es algo que cada uno debería discutir con su propia visión espiritual del Creador.

—Según Merlín, el Creador es amor.

—Tal vez hayamos interpretado mal sus palabras, Anisio. Porque cada día mi idea de Él cambia de figura —aquí las palabras ya pesaban, como si estuvieran hechas de plomo—. Yo ya perdí una madre... Un padre... Y un mejor amigo. Y ninguno de ellos por causas naturales.

—Yo también los perdí y mi opinión sigue siendo la misma.

Axel sonrió. Esta vez era una sonrisa claramente irónica.

—Si es así, ¿entonces por qué no juntamos a todas las personas del planeta y unimos nuestras manos a lo largo de los caminos en un inmenso abrazo al mundo? ¿Por qué no vas al reino de los gigantes y ofreces la flor más grande del mundo al rey Blunderbore? Mejor aún, ¿por qué no cargas solo la cruz de Merlín a tus espaldas y propones en persona un acuerdo de armisticio con Minotaurus?

—Porque soy un rey, no un semidiós.

—Pensé que eran lo mismo.

—No, los reyes mueren. Los dioses son olvidados. Los semidioses nos dan vida.

—Entonces los reyes son semidioses al revés.

—Me gustaría saber si tendrías la misma opinión si fueras tú quien usara una corona.

Se hizo un silencio. Axel fijó la mirada en un espejo por encima de una inmensa consola bien trabajada por un ebanista.

—Pero no la uso.

—Lo sé. Y por eso estoy vivo. Por eso fui rescatado. Finalmente, tú también casi perdiste a un hermano, ¿no es verdad?

De nuevo el silencio. Siempre, incluso en los lugares más sombríos, no importa dónde se esté, existen recuerdos oscuros que a todo ser humano le gustaría olvidar. Pero no lo consigue.

—¿Un rey no tendría semejanzas con los semidioses?

—No, porque un rey no escoge su destino. Sólo sueña con estar haciendo lo correcto.

—¿Crees que los semidioses siempre saben lo que están haciendo?

—Creo que sí.

Axel se aproximó a la consola y reparó en los diversos utensilios, desde cepillos hasta frascos de perfume y remedios alrededor.

Uno de ellos, pequeño y rojizo, le llamó demasiado la atención.

—¿Entonces me gustaría tener una conversación con el maldito Creador y escuchar lo que Él tiene que decirme! Me gustaría saber el motivo de semejante sufrimiento en esta familia. Y lo que hice tan malo como para merecerlo.

—Tú no eres el hombre más triste del mundo, Axel. La mayoría no puede juntar provisiones y monedas de reyes para justificar una venganza, cuando ese sentimiento la corroe.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no todos nacen príncipes. Pero aquellos que lo hacen deberían actuar por el motivo correcto. Y usar sus recursos con esa responsabilidad.

Axel se volvió de espaldas y suspiró pesadamente. Otra vez.

El rey Anisio lo observó aproximarse a la puerta sin encararlo.

—Parto antes del mediodía —dijo el príncipe antes de retirarse.

En el bolsillo, Axel Branford llevaba un frasco que su hermano no advirtió que había sustraído.

era de noche y la calle estaba agitada. Las antorchas iluminaban un camino entre la multitud a punto de entrar en la casa de espectáculos más grande del mundo. El teatro más enorme construido y reconstruido del mundo. El mayor escenario para la consagración de una compañía de artistas. Un símbolo cultural que se convertía en motivo de identidad nacional. La leyenda. El mito.

La Majestad.

Las personas se aglomeraban en la entrada y hablaban en murmullos, que en conjunto a veces las obligaba a gritarse unas a otras. Había niños, niñas, señores, señoras, ancianos y ancianas. Por más que hubiera lugares específicos para la entrada de ancianos, niños y embarazadas, incluso a ellos les resultaba difícil llegar hasta esos accesos. Figuras ilustres como gladiadores y pugilistas conocidos desfilaban en áreas especiales, así como los miembros de clanes famosos, ricos y rivales, como los João y los Casanova, que exhibían vestiduras impecables y comportamientos reconocibles.

—¡Caray! ¡Está muuuy lleno hoy! —la frase, es obvio, había sido proferida por Ariane Narin, que iba con los ojos muy abiertos, tomada del brazo de María Hanson. Era impresionante cómo adoraba aquello: la gente, la fiesta, estar en lugares agitados... o agitando determinados lugares.

—Sí que lo está, ¿no? —comentó María Hanson, un poco asustada.

María era lo opuesto de Ariane. Le gustaba estar con pocas personas a la vez y en lugares silenciosos. En lugares y con personas tranquilos.

—Esta obra debe ser la supremacía máxima del universo, ¿no?

—Ariane, querida —comentó *madame* Viotti—, *El cascanueces* es el mayor fenómeno teatral de los últimos tiempos. ¿Sabías que llenaron el Pottier?

El Pottier era el teatro más grande de la ciudad de Dare-Villa, vecina de Metropolitán. El lugar era conocido por producir el mejor vino de Arzallum. El teatro, dicen las buenas lenguas —pues las malas no se manifiestan en ese asunto—, fue bautizado con el nombre de un semidiós.

—¿En serio? —preguntó Ariane, excitada.

—Y ese comentario en verdad es digno de destacarse —aportó Sabino von Fígaro—. Créeme: sacar a las personas de Dare-Villa de una taberna y ponerlas quietas en un teatro no es cualquier cosa.

—¡Guau! —Ariane sacudió los brazos de María, de nuevo—. ¡Ay, María, gracias otra vez por invitarme! Sabes que te amo, ¿no?

—¡Dale las gracias al profesor! Por él estamos aquí.

—¿Qué es eso? —Sabino rechazó cualquier manifestación de reconocimiento—. Es un placer que estemos juntos. Ahora vengan, vengan.

Y Ariane, María, Sabino y Viotti se metieron en medio de la multitud en dirección al área de lugares especiales: los cobijados palcos. Sabino vestía un frac elegantísimo, pese a que estaba pasado de moda. *Madame* Viotti usaba un vestido de dos colores hasta los tobillos, algunos anillos y cadenas de plata. María no tenía muchas ganas de arreglarse, pero Ariane prácticamente la obligó, por lo que la chica estaba deslumbrante, con un vestido blanco a las rodillas, regalo de Axel. En el cuello usaba un collar octagonal carísimo y original, comprado en las Luces Gemelas, en Metropolitán, por... Bueno... También por Axel. Por eso María odiaba a cada momento estar vestida así, pues le recordaba constantemente lo que intentaba olvidar al ir ahí. Sin embargo, Ariane la convenció de que nadie la dejaría entrar a los lugares a donde irían si no se vestía así.

En cuanto a Ariane, usaba sus pendientes de madera, pero se relajó cuando María le prestó los de ella, así como un vestido que había usado el año pasado —comprado también por... Bueno... dejémoslo así—, que venía con zapatos de cristal y ahora le quedaba a Ariane. María decidió que la chica podía quedarse con él, pues a final de cuentas sólo le traía más recuerdos del único día que lo usó.

Ariane casi asfixió a su amiga en un abrazo emocionado. Sólo había conseguido el permiso para ir a tamaño evento acompañada de *madame* Viotti, porque su madre, Anna, intercedió a su favor. Su padre, Golbez Narin, no veía con buenos ojos el hecho de que su hija anduviera con una mujer acusada de brujería, la cual por poco no había sido quemada en la plaza pública en otros tiempos; de hecho, no veía con buenos ojos nada que estuviera ligado con la brujería. Todo ser humano sabe que cuando el macho de una casa es irreductible en cuanto a una decisión, el único miembro que puede hacerlo cambiar de idea es su hembra. En este caso Anna lo consiguió, pero eso se hacía más difícil cada día.

En la entrada estaba el hombre que concedía los accesos y dos de seguridad, que en realidad eran soldados reales cumpliendo horas extra para complementar su salario. Sabino mostró su entrada y el hombre que otorgaba los boletos arrugó la frente, desconfiado.

—Señor...

—Sabino von Fígaro.

—Señor Sabino von Fígaro, ¿de parte de quién recibió usted los boletos para ese palco?

—De parte del rey Anisio Terra Branford.

Aquellas eran entradas para el palco real, lugares accesibles sólo por invitación de un miembro directo de la familia real. Es obvio que la frente fruncida del hombre que concedía los accesos no volvió a la normalidad con la respuesta.

—Mire, señor Von Fígaro, no fuimos avisados de que el palco real recibiría invitados el día de hoy. Y su majestad informó que no tenía interés en asistir al estreno.

—Sí. Justo por ese motivo me pidió que viniera al estreno en su lugar, para no desperdiciar los mejores asientos de la casa. —Sabino mantenía la sonrisa en el rostro—. ¿No suena eso como la decisión de un rey prudente?

El hombre que concedía los accesos no sabía si se sentía más irritado por el que parecía un intento por engañarlo con un boleto falso o por la cara de palo y la sonrisa abierta de aquel sujeto.

—Señor Von Fígaro: espero que entienda mi posición, pero ante la falta de aviso previo de la ocupación del palco real, necesito que me dé alguna prueba de su conexión con el monarca.

La sonrisa de Sabino desapareció, lo cual resultó, como mínimo, aterrador. Aquella era una situación difícil. A final de cuentas Sabino von Fígaro ostentaba el más alto rango militar de la jerarquía real de Arzallum, era consejero real de la Sala Redonda y, más que eso, había sido promovido a general y comandante de la Orden de los Caballeros de Helsing.

Sin embargo, ninguno de los dos títulos le habría ayudado allí. Primero, porque los consejeros reales tenían prohibido revelar sus verdaderas identidades a los civiles. Y segundo, porque los Caballeros de Helsing debían existir, en la medida de lo posible, a la sombra de la sociedad que protegían. Por último, como su nombre lo decía, ellos eran los caballeros rojos: los cazadores de brujas.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó Ariane, poniéndose las manos en la cintura—. ¡Yo misma asistí antes a *Los cazadores de brujas* aquí y nadie me pidió ninguna prueba! —Ariane ignoraba que aquel día había estado acompañada en persona por Axel Branford.

El hombre que concedía los accesos no alteró su expresión ni pareció dejarse convencer un solo momento.

—Señor, señoras: si no pueden proporcionar la prueba solicitada, debo pedirles que por favor se retiren del lugar, pues necesito proceder con el resto de la fila.

La situación se volvía embarazosa. Sólo entonces aquel cuarteto se dio cuenta de que una fila de nobles y personas de estatus social más elevado comenzaba a

formarse, con la típica impaciencia inherente a su condición.

Los guardias reales se aproximaron. Sabino mantuvo una expresión sombría que contrastaba con la sonrisa que mostraba hacía unos momentos. Cuando el hombre que concedía los accesos tocó el codo de *madame* Viotti para indicarle el camino de la salida, Sabino dijo:

—Joven, no se atreva —uno de los soldados detrás del hombre de los accesos hizo una expresión de sorpresa cuando pareció reconocer a Sabino y su corazón se aceleró, pues la situación lo estaba obligando a informar al hombre que concedía los accesos sobre a quién estaba a punto de expulsar de la Majestad. Y tal posibilidad habría sido capaz de ahogar a cualquier hombre con su propia adrenalina.

—¿Sabe qué me parece fascinante? La ratificación de la existencia de personas que en verdad nacieron para quedarse detrás de las cortinas, por más oportunidades que la vida les dé para subir profesionalmente o ascender en lo social. Es un hecho, existen personas que apenas nacieron para aplaudir el éxito ajeno, mas no el propio.

La voz correspondía a un muchacho de no más de veinte años, formado directamente detrás del cuarteto. Es obvio que la atención de todos se volvió hacia él y se concentró en él. A la postre, aquella voz no era la de cualquier persona. Se trataba de un joven en extremo popular y conocido. Un *pop star* de la sociedad.

Un legítimo heredero Casanova.

—Señor Casanova —dijo el hombre que concedía los accesos, frunciendo la frente.

—Señor... —suspiró Giacomo Casanova, tocando levemente a María Hanson mientras se aproximaba al hombre—. ¿Tiene problemas con la vista o será pura y mera lentitud de razonamiento el hecho de que no reconoce a esta joven, impecablemente vestida y dueña de la belleza más llamativa de toda la noche?

El hombre que concedía los accesos se le quedó mirando a María Hanson. El cerebro razonando a máxima velocidad para recordar todos los rostros de la élite social que se había grabado, pero en definitiva el de María Hanson no correspondía a ninguno de ellos.

El joven Casanova suspiró una vez más.

—Señor, ¿en verdad es tan difícil recordar un rostro tan bello y cautivador, al punto de robar el corazón del segundo y hoy primer príncipe Branford, hacerle comprar la más perfecta joya esculpida por LeFontuar y capaz de detener el corazón de cualquier dama tan sólo con verla?

Entonces el hombre que concedía los accesos miró mejor la joya octagonal en el cuello de María Hanson. Y el corazón le bombeó a toda prisa por los nervios. Al fin la había reconocido. Bastó que no buscara aquel rostro en su archivo mental de nobles populares, sino en el de plebeyas notables.

—Señora... —tragó en seco el hombre que concedía los accesos.

—Señorita —corrigió María.

—Sí, claro: señorita.

Cuando María iba a decir su nombre de nuevo, el joven Casanova la sorprendió:

—Señorita María Hanson —anunció él.

—Hanson —dijo el hombre que concedía los accesos, en un intento de visualizar un apellido que nada le decía.

—Y... —dijo Ariane, levantando la nariz y mirando al hombre de arriba abajo, ansiosa por descubrir si él tenía alguna cosa despreciable que señalar— hermana de un aprendiz de caballero, ¿entendió?

—Un aprendiz recomendado por mí, que un día será solicitado por lord Wilfred de Ivanhoe —abundó Sabino—. ¿Ese nombre le dice algo, señor?

El hombre que concedía los accesos comenzó a palidecer. Para empeorar su situación, el soldado que pareció reconocer a Sabino se aproximó y le susurró al oído:

—Créame, este señor en verdad es capaz de recomendar a un candidato a caballero, y mucho, pero mucho más que eso...

—Señores, la Majestad se honra mucho con su presencia hoy —dijo el hombre que concedía los accesos, ahora con la cabeza inclinada con tal humildad que impedía a los presentes escuchar su corazón—. Pido disculpas por los disgustos de hoy y prometo que este siervo jamás olvidará el nombre ni la cara de ninguno de los presentes.

El cuarteto se volvió hacia el camino que llevaba al palco real.

—Señor Giacomo —dijo Sabino, levantando su sombrero de copa—. ¿Y cómo está su padre, el viejo Girolamo?

—Viejo de cuerpo, joven de alma y fértil en virilidad, profesor.

Los dos echaron a reír.

—Señorita Hanson —dijo él, mientras tomaba la mano de María y se inclinaba ante ella.

—Señor Casanova. —María sujetó el vestido con la mano libre, y dobló y levantó las rodillas una vez, en señal de agradecimiento.

El cuarteto estaba por comenzar a andar cuando Sabino se volvió hacia el hombre que concedía los accesos y preguntó:

—Señor, hasta el momento no sé su nombre.

—Ludens, señor —respondió, con una voz débil.

—Así como usted, prometo que jamás olvidaré su nombre ni su cara. Que tengan todos una buena noche.

Y Sabino echó a andar. Detrás de él, el joven Ludens temblaba mientras el soldado que lo había alertado hacía una mueca de preocupación nada alentadora.

Ariane cuchicheaba con María cada dos pasos para que le leyera los labios: «Qué guapo». María se tapaba los oídos y fingía que no quería escuchar la conversación.

Pero cuando se los destapó se vio obligada a escuchar a la joven Narin decir:

—¿Viste? Te dije que esa joya sería importante. Yo entiendo de esas cosas.

María Hanson sonrió. En ese momento incluso comenzó a creer que aquella noche sería en verdad divertida.

João Hanson se sentía agotado, completamente agotado, tras un día entero de servicio. Había limpiado el inmundo establo donde dormía y realizado lo que más odiaba de todo aquel maldito trabajo de escudero: bañar a *Sea*, el corcel de su señor. En realidad, João adoraba al caballo; sólo odiaba bañar al inquieto animal.

Escuchó que la puerta se abría y entraba Reinaldo. No dijo nada y permaneció tenso mientras su señor observaba el establo que había ordenado limpiar. En las manos traía un tazón de comida que más parecía una ración para perro que la cena para una persona.

—¿Hiciste lo que te ordené, Hanson?

João seguía tenso, aunque tenía la expresión hermética y cautelosa.

—Sí, señor.

Reinaldo contempló el lugar una vez más. Y lo hizo despacio.

—Entonces, dime: si te pusieras en mi lugar, ¿considerarías que el establo está limpio?

João observó el lugar. Se acordó del día completo que había dedicado a aquello. Y creyó justo afirmar:

—Sí, señor.

La expresión de Reinaldo fue cercana al disgusto. El tazón en sus manos sufrió la acción de la gravedad y desparramó la ración en el suelo.

—Bueno, entonces eso sólo prueba qué lejos estás de ser un caballero y cuán imposibilitado estás de ocupar mi lugar.

João apretó los dientes. Y los puños. Pero no alteró su expresión mientras escuchaba a Reinaldo completar:

—Ya que consideras que este chiquero está limpio, entonces no te importará comer como un indigente. Usa la mano. Lame el suelo como lo haría un perro —una pausa, a la espera de alguna protesta; como nada fue dicho, concluyó—: Sólo espero que por la mañana *Sea* tenga el pelo cepillado y seco. A fin de cuentas, él tiene

mejores nociones de higiene que tú.

Reinaldo se volvió de espaldas y salió.

João caminó hasta la comida en el suelo. Sólo quería evitar someterse a lo que tendría que someterse para comerla. No quería sentirse humillado, como sabía que se sentiría. La razón le decía que volviera a su rincón, se acostara en posición fetal y deseara que el sueño no tardara en llegar.

Pero ¿cómo se le dice al cuerpo, tras un día entero de trabajo, que no comerá?

Fue así, entre la razón y el instinto, como João Hanson se puso de rodillas y pasó una de las manos por la ración esparcida en el suelo. Olió la comida y sintió el olor ácido de alguna ración mezclada con pescado. Sintió náuseas y el estómago amenazó con vomitar su propio jugo gástrico. No quería comer aquello: no de aquella manera.

Sin embargo, no había cómo echarse para atrás en la decisión tomada el día en que mató a un hombre.

Fue así como João Hanson se llevó a la boca aquella ración y la engulló sin sentir ni siquiera bien su sabor, y comenzó a cenar como un animal en el suelo del establo, mientras las lágrimas le escurrían por la cara seria de un hombre que se siente transformado en bestia. El corcel que lo observaba se apartó y se puso en posición para dormir. João Hanson envidió la rapidez con que aquel animal conciliaba el sueño.

Tardaría en olvidar noches como aquella.

El *cascanueces* contaba una historia interesante que incluía magia y tragedia. En la obra, un antiguo capitán había luchado durante la Cacería de Brujas al lado del reino de Stallia, hogar de los Corazón de Nieve.

La sinopsis era así: al principio, el héroe necesita guiar a su tropa al reino de los Corazón de Nieve en pleno invierno y sobrevivir a las líneas enemigas, para lo cual debe emplear una combinación de coraje y mucho sacrificio.

Tras perder soldados y provisiones uno tras otro, ante el riguroso invierno, el capitán y su tropa deben sobrevivir a base de la improvisación, alimentándose con lo que encuentran en el bosque.

Pese a que llega a su destino con los hombres agotados, la tropa de soldados salva a un juez y a su familia de un ritual negro, el cual sería realizado por hechiceros vestidos con disfraces animalescos que recordaban pieles de ratas. En una batalla violenta, el capitán y sus soldados matan a los hechiceros y liberan al juez Stahlbaun, a su mujer y a sus dos hijos, Clara y Fritz.

El salvamento, sin embargo, exige un sacrificio: la muerte del capitán, que sufre al rescatar a Clara.

Capturado por los soldados sobrevivientes, el último hechicero, aún vivo, es obligado por el juez a hacer una magia que mantenga el alma del heroico capitán en ese mundo.

El hechicero exige la pureza de Clara.

El juez se rehúsa, pero la joven acepta. El hechicero toma los buenos sueños de Clara y la condena a una vida de pesadillas eternas al acostarse. Con el ritual, el alma del capitán permanece en Nueva Éter y se funde con un cascanueces, con lo que nace un gólem.

La obra termina con Clara dejando a su familia para cuidar al cascanueces y consagrarse a una vida de aislamiento y dedicación.

Envejecida, tras probar su devoción al hombre que salvó su vida y la de su

familia, obligada a resistir las noches de pesadillas y los momentos en que el cascanueces se va quebrantando poco a poco, el Creador resuelve probarla y le envía a uno de sus avatares.

El hada, llamada allí el Hada de Azúcar, propone a Clara el honor de convertirse en una de ellas y otorgarle la inmortalidad. Clara se rehúsa y pide que semejante concesión se transfiera al alma del ser que ama, aunque este ocupe cuerpo.

El Hada de Azúcar considera que la prueba ha sido aprobada, de modo que el Creador toma la vida de Clara y del cascanueces y lleva sus almas, unidas, a Mantaquim, donde son recibidos con los brazos abiertos como almas elevadas, las cuales generan una historia de amor que se contará por la eternidad en diversos mundos de éter.

No era casualidad que María Hanson y Ariane Narin derramaran lágrimas con los brazos entrelazados, suspirando con la historia de amor contada. Ariane pensaba que todo era maravilloso e incluso comenzaba a acostumbrarse a las miradas que recibía de las personas sólo por ocupar el palco real. Observaba al público en el piso de abajo y saludaba como si se tratara —mira nada más— de una artista. ¡Incluso enviaba besos! Un poco más y habría sido capaz de regalar autógrafos.

Sabino von Fígaro y *madame* Viotti se mostraban discretos e ignoraban cualquier atención dedicada a ellos, como si estuvieran en los lugares más humildes de la casa. A María también le habría gustado hacer lo mismo, pero en definitiva para ella la situación era mucho, pero mucho más difícil.

Me explico: el palco real era el mejor ubicado de toda la Majestad, frente al escenario, en el segundo piso. El más grande y el mejor decorado. Sin embargo, los otros palcos, si bien no gozaban de la misma ubicación y decoración, quedaban a la misma altura, y sus ocupantes se podían ver entre sí a la perfección, lo cual implicó pasarse toda la obra observando el palco esa noche que albergaba a la familia Casanova. Peor que eso, ser observada toda la noche por el heredero de la familia, el cual parecía olvidar e ignorar en forma consciente la obra representada para concentrarse en María.

—María —susurró Ariane, mientras el público en los palcos esperaba a que la audiencia de abajo saliera poco a poco del teatro—. ¡Eh, María!

María conocía aquel tono. Lo conocía bien.

—Dime, Ariane.

—¿Ya te diste cuenta de...?

—Ya. Sí, ya.

Ariane fingió morderse la lengua.

—Es que, también, ¿quién no se va a dar cuenta de eso que está allí? Habla en serio, pero muy en serio, ¿no? Y no es poco...

—Ariane...

Ariane se quedó quieta, como si intentara comportarse. Entonces contó uno... dos... tres... cuatro... Tamborileó los dedos... cinco... seis... Y, rayos, se volvió agitada hacia María y comenzó a sacudirle el hombro:

—¡Caray, María, no deja de mirar para acá!

—¿Qué quieres que haga, Ariane? ¡Tiene derecho a mirar adondequiera!

—¡Ay, ya sé! ¡Podrías hacerle un gesto! —y Ariane movió los hombros para adelante y para atrás como si fuera una bailarina de *cabaret*—. ¿Sabes? Dale un incentivo. ¡Lánzale un gancho!

—¿Acaso soy una chica que anda coqueteando por ahí?

Ariane se puso las manos en la cintura.

—¡Ay, está bien! ¡Está bien, señorita «no necesito coquetear»! Sólo porque atrapaste a un príncipe, ¿qué te estás creyendo? —María abrió la boca, pero no supo qué decir frente a la poca gracia que aquello le provocaba. Sin que eso le importara, Ariane cambió la expresión a otra en extremo pensativa y bajó la voz, como si hablara consigo misma—. Quiero decir, claro que puedes, ¿no? ¡Oye, atrapaste al príncipe! Aunque luego haya roto contigo para ir detrás de su lambiscona prometida «ojalá-que-sea-fea» quién sabe a dónde, debe ser difícil encarar la vida tras experimentar un negocio así, ¿no?

—¡Ariane! —exclamó María, como una madre avergonzada por lo que dice su hija.

Aquella situación era complicada para María. El hecho de que Axel Branford la cortejara ya había sido demasiado chocante para toda una vida, y que ahora el heredero Casanova la mirara durante toda la obra era para estremecer a una Hanson durante dos existencias.

Bueno, ¿y qué hacer? Aquí llegamos a la parte que me gustaría omitir, pero muchas me ahorcarían si así lo hiciera. Esta bien: explicaré qué era el heredero Casanova para justificar la excitación de Ariane. Haz lo siguiente: imagina a un sujeto de un metro noventa, rico, de cabellos claros, lacios, a la altura de los hombros, barba de un día y los ojos más claros que hayas visto. Eso era el heredero de los Casanova.

Y por tal motivo Ariane Narin casi estrangulaba a María Hanson en aquella butaca del teatro.

—Ah, ¿pero quieres saber algo? ¡Si tú no hablas con él, entonces lo haré yo!

—¡Quédate quieta, loca! ¿Qué te picó?

—Mira, María, sé que perder a alguien como Axel Branford debe ser... como hervir en el caldero más caliente de Aramis con una bruja cocinándote los sesos, ¿me entiendes? ¡Deben dar ganas de morir descuartizada y que tus extremidades se esparzan por ahí! ¡No sé! ¡Ganas de lanzarse de cabeza en un pozo de los deseos, pues la vida se ha de convertir en un asunto extremadamente gris y sin sentido!

—Tú sí que sabes animar a las personas.

—¡Ay, escucha primero, cabeza dura! Entonces, resumiendo: ¡se entiende que andes por allí tristonada, toda guanga y lánguida cuando otro hombre aparece en tu vida! ¡Porque al final de cuentas un Axel es un Axel y no hay nada por encima de eso! Pero ¡caray, María, despierta! —Ariane dio un grito que atrajo la atención de los otros palcos, de donde la gente ya se retiraba también. ¿Piensas que a ella le importó? —. ¡Después de Axel, aquella cosa de allí, al otro lado, es la más linda que ha caminado sobre Nueva Éter! —Ariane señaló con el dedo en dirección al joven Giacomo.

Entonces Ariane se dio cuenta de que seguía señalándolo después de haber terminado de hablar y volvió la cabeza lentamente en dirección a donde apuntaba.

Giacomo les sonrió al percibir que hablaban de él.

—La culpa de que se haya dado cuenta es exclusivamente tuya —dijo Ariane, mientras se sentaba de nuevo y miraba para arriba como si nada ocurriera.

María se puso la mano en la cara para disimular su sonrojo. Se hizo un silencio tenso, hasta que, con la mano cubriéndole la cara, María preguntó entre la comisura de los labios:

—¿Ariane?

—Él sigue mirando para acá —respondió ella, también entre dientes.

—Entendido.

El silencio tenso duró hasta que ambas se levantaron para salir del teatro a un llamado de Sabino —«Gracias al Creador»—. Pero al salir de aquella situación María Hanson no perdonó:

—Por lo que entiendo, según la teoría de la señorita, mi hermano entra en su lista después de Axel, ¿no?

—¡Ay, tonta! Nada de eso, ¿está bien? João es como Axel: ¡tú no puedes contarlos, de verdad! ¡Ellos son considerados como fuera de serie! Sé que no es el muchacho más guapo del mundo, ¿está bien? Es lindo, guapillo, ¿pero qué puedo hacer si el Creador dio vida a un Axel? ¿También quieres saberlo, señorita Hanson? ¡Ningún otro muchacho jamás, jamás, tendrá ese título para mí, pues ningún otro muchacho es João! Así que entiende, venenosa. —María comenzó a reír—, que mi caballero siempre será el muchacho más guapo del mundo, aunque comparta su existencia en un mundo de Branfords y Casanovas. ¡Porque él es mío! ¡Y nadie en toda Nueva Éter podrá jamás separarme de mi amor! ¡Mi vida está ligada a la de él! ¡Y la de él está ligada a la mía! ¿Fui clara?

Punto final.

Olivia era una mesera de Stallia que ayudaba a sus padres a sostener la casa sirviendo jarras de cerveza y vino a los peores hombres de mar, en un establecimiento cercano a un área portuaria. Aquella noche ella volvía a casa tras un día agotador en que habían vomitado alcohol tres veces en su delantal.

Se sentía cansada y apestosa, el cabello pegajoso, oloroso a tabaco. Estaba loca por llegar a casa y lavarse lo mejor posible con una bacía y una esponja en aquella noche de temperatura agradable para los estándares de Stallia, pero fría para otros lugares. Sin embargo, no resultaría tan fácil, aunque la joven Olivia no tenía manera de saberlo.

La estaban siguiendo.

A cada paso que daba en su trayecto rutinario, tres hombres iban detrás de ella. Armados, con láminas tan afiladas como para cortar una lengua cual si fuera de queso. En realidad, mientras esperaba, aquel trío se había fijado en otra mujer, sólo que para mala suerte de la mesera se habían interesado mucho más en ella.

Olivia pasó delante del primero. Se sintió extrañada, pero siguió su camino, pues no hay mucho que una mujer pueda hacer ante un sospechoso cuando se encuentra sola y aislada en la noche. La única posibilidad es continuar el camino con prisa, a la espera de encontrar un alma que represente un puerto seguro.

Un puerto seguro que ella no encontraría aquella noche.

El primero le tapó la boca y la arrastró detrás de unas inmensas pilas de cajas en aquel muelle sombrío y silencioso. El segundo espantó al grupo de mendigos que se calentaban en una hoguera improvisada. El tercero vigiló los alrededores mientras aguardaba su turno.

Entonces el primero la apoyó contra un muro descascarado.

Olivia lloró.

El hombre sonrió.

Y murió.

Olivia gritó cuando la flecha le entró por la nuca y salió por el cuello. Aquel hombre que antes la presionaba contra la pared ahora se ahogaba con su propia sangre. El que vigilaba los alrededores cayó muerto, sin enterarse, a manos de dos chamacos que ni siquiera habían cumplido diecisiete años. Y el tercero...

Bueno, el tercero, completamente desorientado y confundido, se fue apartando hasta verse como un animal acorralado. Alrededor de él había por lo menos quince adolescentes, todos ellos de aspecto sombrío, con ropa oscura, que parecían hallar divertido aquello.

Al fondo había un hombre más grande, con un arco.

Sin embargo, para el acorralado la mayor preocupación eran aquellos muchachos con láminas afiladas que se aproximaban paso a paso, cual emisarios de la muerte. Se aproximaban cada vez más.

Y en aquella noche fría, cuando el primero de ellos se preparaba para asestar el primer golpe, se escuchó un...

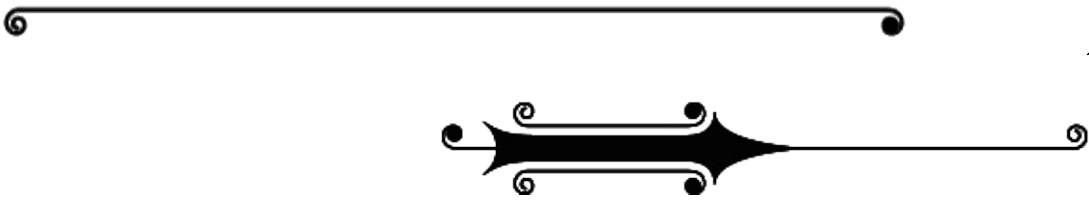
—¡No! Ese de ahí no —dijo una voz baja y ronca—. Ese es mío...

Un negro fortachón, con un pañuelo en la cabeza, surgió entre las sombras entrechocando láminas de cuchillos. Los jóvenes abrieron paso para que se aproximara, como si se tratara de un rey.

Snail Galford se colocó frente al hombre y le lanzó un cuchillo. Ambos se miraron.

Y el combate comenzó.

Antes incluso del primer golpe uno de los dos contrincantes ya lloraba por un solo lado de la cara.



Axel pegaba y pegaba y pegaba. Las ataduras alrededor de sus puños chocaban contra el maldito muñeco de madera una y otra vez, como si lastimarlo le permitiera aliviar algún sentimiento: como si aquel muñeco tuviera la culpa de sus problemas.

«Tengo un compromiso».

Eso le dijo él la última vez que lo vio. Vivo. Había recogido sus pocas cosas y dejado el palacio real antes del amanecer para que nadie lo viera salir.

«Es un viaje personal. Debo hacerlo solo».

Respiración pesada. Cansada. Se movía rápido, pero sentía el mundo pesado. Todavía. Antiguamente, a lo largo de la infancia y la adolescencia, ser un príncipe real implicaba hallarse en los mejores reinos de Mantaquim.

«¿Sabes?, me gustaría agradecerte por todo».

Ahora cada día era más difícil que el anterior. Cada desafío al que era sometido era una prueba de fuego y nunca se sabía si sería lo suficientemente bueno para superarla.

«De no ser por ti, todavía sería esclavo en las arenas de Metropólitán y juzgado por mi apariencia por los humanos. Tú me diste libertad y dignidad».

Tal vez ese fuera el motivo de todo. Tal vez la intención del maldito Creador fuera hacerlos pasar por pruebas de fuego en las que nunca sabrían si serían lo bastante buenos, al grado de conseguir la victoria y convertirse en los mejores del mundo en algo, o tan malos al grado de fracasar o perder la vida.

O ser eternamente castigados por vencer y permanecer vivos, tan sólo para llorar y enterrar a los fracasados.

«Y, si fuera preciso, sería capaz de dar mi vida para probar mi gratitud».

Dar la vida como gratitud.

Por algún maldito motivo todo eso se negaba a salir de la cabeza de Axel Branford, mientras él sentía que el estómago le quemaba con cada recuerdo. Por eso

golpeaba y golpeaba y golpeaba aquel maldito muñeco de madera, que ni siquiera reaccionaba ante sus provocaciones. La rabia ardía y ardía y ardía. Aunque debajo de las ataduras las manos comenzaron a sangrar sin que él siquiera lo percibiera.

«A pesar de ser tu siervo, me gusta pensar en ti como amigo, Axel».

Las lágrimas resbalaban por su cara y eso sólo le provocaba más rabia por toda aquella situación del destino que él no podía prever ni controlar. Cuando el hijo desgraciado de un pirata mercenario le arrebató la vida a su padre, él le cortó la pierna y lo aventó desde las alturas de una catedral. Pero alguien capaz de quitarle la vida a un trol ceniciento no era algo que él tuviera el poder para confrontar.

Venía entonces el conflicto: ¿qué camino seguir contra una fuerza imposible de confrontar? ¿Someterse a ella? ¿Perdonarla?

¿Y cómo se le pide a un alma ciega de rabia que tome el camino del perdón?

¿Cómo se le pide pureza a un alma en conflicto?

«¡Tú nunca fuiste mi siervo, Muralla!».

Eso fue lo que le dijo la última vez.

«Tú nunca fuiste mi siervo».

Lo había dicho con palabras demasiado profundas como para ser olvidadas. El muñeco de madera por fin dejó de recibir golpes.

—Siempre fuiste mi mejor amigo.

Las láminas se entrechocaron una, dos, tres veces. Un dedo índice fue molido. ¡El hombre aulló de dolor!

—Agarra eso —dijo Snail.

El hombre, tembloroso y conmocionado, caminó despacio, con el corazón en la mano.

—Dije el cuchillo, no el dedo.

El hombre tragó en seco y tomó el cuchillo que había dejado caer. Los quince adolescentes alrededor se carcajearon de manera estridente. El hombre sin dedo tembló, brincó y de pronto avanzó por mero instinto. Los golpes avanzaron en diagonal desde arriba una y otra y otra vez... ¡Slash!

El dedo medio de la otra mano cayó al suelo.

—¡Aaahhh! —el hombre se miró las manos como si fuera un extraterrestre en un cuerpo ajeno y cayó de rodillas.

—Levántate —repitió Snail—. Y agárralo.

El hombre lloró otra vez de dolor y desesperación. ¡Y entonces, en un gesto del todo trastornado, se abalanzó contra el negro gritando como poseído!

—¡Aaahhh! —ahora el grito era de rabia.

Traía sólo un cuchillo en la mano, que sujetaba detrás de la cabeza como si fuera un dardo a punto de ser arrojado.

Snail lanzó un cuchillo, que se proyectó en forma giratoria y violenta hacia él, por lo que el cuerpo del hombre que corría hacia delante cayó bruscamente hacia atrás, como si hubiera resbalado en un charco.

Su arma golpeó el suelo con un estruendo y gritó por última vez.

Cuando el cuerpo se estabilizó en el suelo, con el cuchillo clavado en el pecho y los dedos cortados, pasaron algunos segundos antes de que su respiración cesara por completo. Había sangre alrededor de las manos.

—Tres más —dijo el arquero, mientras se aproximaba.

—Ponlo en la cuenta de Locksley —rezongó Snail.

Algunos adolescentes pateaban el cuerpo del gigantón muerto con la flecha en la garganta. Snail reparó en ellos.

—¿Siempre tienes que hacer eso? —preguntó el arquero.

—¿«Eso»?

—Esa suciedad: le cortaste dos dedos al tipo.

—¿Tú no eres conocido como *Rojo* o algo así?

—Por mi ropa. No por la sangre que dejo en la escena.

—¿Entonces cuál sería mi apodo? ¿*Negro*?

Hubo un silencio tenso, en extremo tenso. El hecho era que Will Scarlet nunca sabía cuándo aquel hombre hablaba en serio y cuándo bromeaba con su dudoso humor negro.

En realidad ni siquiera sabía si en verdad Snail Galford hacía bromas.

—Padre —dijo uno de los adolescentes, aproximándose—, ¿arrojamos los cuerpos al agua?

—Sí, pero conserven los dedos cortados.

La orden estremeció al adolescente, pero asintió.

—¿No te parece extraño que esos niños te llamen así, «padre»?

—Son huérfanos que recluté en Andreanne y traje para combatir en Stallia por una identidad nacional que jamás han tenido. ¿En qué crees que se convirtió mi figura para cada uno de ellos?

Will movió la cabeza de un lado al otro y se dio por vencido.

—Está bien. ¡Pero juro que aún no entiendo para qué guardar los dedos cortados de un maldito como ese!

—Por precaución.

—¿Precaución ante qué?

—¿Sabes si tendremos otra cacería?

Will frunció las cejas.

—¿Y qué harías? ¿Negociarías con brujas?

—Si pagaran mejor.

—Tú, en el fondo, sigues siendo un maldito mercenario, ¿no?

—¡Escucha, «muchacho feliz»! —el recuerdo del antiguo apodo hacía hervir a Scarlet—. ¡Vivir como un huérfano en Stallia es distinto a hacerlo como huérfano en Arzallum! Y no pretendo vender ingredientes a las brujas, sino a quien quisiera pagar por ellos, en caso de que un día sea necesario. Si una bruja los requiere para hacer un ritual, tengo un precio para ella. Si alguien desea impedir que la misma bruja haga el mismo ritual, tengo otro precio para esa persona. ¿Entiendes?

—Por el sagrado Creador. En verdad sigues siendo un maldito mercenario.

—Tanto como tú esa porquería de muchacho feliz...

Ambos se miraron sin saber si detestaban la presencia del otro o si les gustaba.

Cerca de ellos los cuerpos de los tres abatidos fueron lanzados al agua salada de mar. Los dedos del último muerto se recolectaron con cuidado. Ninguno de los adolescentes que había hecho el servicio lo sabía, pero antes de que esos tres se decidieran por la pobre y ahora a salvo Olivia —que el Creador la proteja—, aquellos muertos habían visto a otra mujer solitaria.

Una siniestra mujer de cabellos rojos y desgredados, que caminaba por el muelle en busca de los próximos que lograrían verla.

Los portones del Salón Real se abrieron y el pequeño ser entró. Era muy temprano, cerca de las seis de la mañana. Sin embargo, aquella raza no separaba los horarios de trabajo de los horarios de ocio, ni comprendía por qué algunas especies necesitaban tanto tiempo para descansar por un día de trabajo de medio tiempo.

El rey Anisio Branford observó al gnomo, que ya le resultaba familiar, caminar con su manera singular, con la vestimenta impecable y la cabeza desproporcionada con el resto del cuerpo, al menos bajo los estándares anatómicamente coherentes para el ser humano. Al lado, en el segundo trono, estaba su reina Blanca Corazón de Nieve.

Otros tres seres de la misma pequeña especie entraron con el visitante, pero se mantuvieron apartados.

—Su majestad —se dirigió al rey.

—Señor Rumpelstiltskin.

—Su majestad —se dirigió a la reina.

—Señor Rumpelstiltskin.

A una señal del gnomo, los otros se aproximaron y sacaron de sus extrañas maletas lo que parecían grandes mapas. Los ojos de la reina brillaron de curiosidad. Los de Anisio, de excitación.

—¿Están siendo bien tratados en las instalaciones que utilizan para sus... experimentos? —preguntó el rey Anisio.

—De una manera ejemplar, su majestad.

—¿Cómo es el nombre que le dan a esos lugares en particular?

—Una colmena, gran rey.

—«Colmena...». Exactamente: tal vez sea el nombre apropiado.

—Aprecio el comentario.

—¿Los otros continúan con el trabajo propuesto?

—Sólo se detienen para hacer una comida al día.

—¿Acaso tu raza no duerme?

—No como la suya. Con todo respeto, trabajamos demasiado, majestad, y nuestros proyectos exigen una dedicación integral para ejecutarlos. No podemos darnos el lujo de perder seis horas de un día que sólo tiene veinticuatro.

—¿Entonces sus cuerpos no se cansan?

—Claro que sí. Sin embargo, no nos acostamos en camas a esperar el relajamiento del cuerpo y la conciencia. Tan sólo nos aislamos de la colmena, nos quedamos quietos en un rincón y exigimos eso a nuestra conciencia.

—¿Entonces le ordenan a su propio cuerpo que duerma?

—Es como la respiración en ustedes: algo natural, utilizado por sus cuerpos sin que necesiten controlarla o siquiera pensar en ella. Sin embargo, si su majestad lo desea, puede contenerla o acelerarla. Ocurre igual con nosotros: no pedimos la hibernación de manera consciente, sino que llega de manera natural. Pero si queremos podemos controlarla, de modo que siempre termina siendo consciente.

—¿Y cómo es para tu raza? ¿Sueñan como los humanos?

—No, sólo soñamos despiertos. Al entrar en estado de hibernación alcanzamos la nada absoluta. Por eso unos cuantos minutos en ese estado resultan más vigorizantes que seis horas de sueño en un humano, que transita por muchos estados antes de alcanzar el descanso real y que, si es molestado, sale de él en forma abrupta. Por otro lado nosotros, los gnomos, abandonamos ese estado cuando queremos, pues sólo nuestra propia mente es capaz de sacarnos de la nada absoluta.

—Fascinante. Entonces les basta con algunos minutos.

—Exacto. Permítame agregar que, en realidad, lo mismo ocurre con su especie. Sólo que, como dije, recorren muchos estados en ese camino.

—¿Crees que puedes enseñar a un humano a alcanzar ese estadio de semejante forma?

El gnomo quedó pensativo y respondió:

—Nunca había pensado en ello ni conozco estudios en ese sentido.

—¿Te gustaría conducirlos?

El gnomo siguió pensativo y sonrió.

—Sería un placer, su majestad.

Los otros gnomos exhibieron el contenido de lo que antes parecían grandes mapas, en vista de que el formato y el costoso papel así lo sugerían. ¡Mas no el contenido! Eran dibujos y garabatos de difícil comprensión, al menos al principio, para la mente humana, accesibles sólo con la fértil imaginación.

Allí había una especie de «carrozas» que no usaban caballos, con ruedas bastante más grandes que las utilizadas en las carretas comunes. Había barcos que volaban, los *Vishnú*, como aquel en que esa curiosa raza había llegado a Arzallum. Había bolas que se mantenían en el aire y parecían tener el objetivo de emitir algún tipo de luz sin

necesidad del fuego. Había «plataformas», especies de pequeños puentes cuyo propósito parecía consistir en moverse para llevar a una persona de un punto a otro sin necesidad de una corriente.

Y estaba lo más difícil de ser visualizado por la mente de un rey, bombardeada por una nueva realidad: una inmensa serpiente de acero, la cual debía correr sobre una pista tecnológica más rápido, pero mucho más rápido, de lo que un barco navegaría con los mejores vientos, y al mismo tiempo con menos peso y velas más grandes.

—¿En verdad ya existe todo eso del otro lado del mundo? —preguntó la reina Blanca.

El gnomo se sorprendió con la pregunta, pero debido a las circunstancias. En otros reinos humanos que había conocido, una reina que no fuera la máxima soberana nunca hablaba antes que el monarca; de hecho sólo lo hacía cuando el rey le pedía su opinión. El señor Rumpelstiltskin no tenía nada contra ese tipo de tratamiento. Incluso le gustaba. La evolución, ya fuera en la ciencia o en la filosofía humana, siempre lo dejaba fascinado.

—Hace más tiempo de lo que su majestad supondría.

—Y en vista de que ya tenemos un acuerdo, los proyectos, los ingenieros de su raza en estas tierras y la materia prima de la magia roja que todo lo mueve, ¿cuál es el siguiente paso para transformarnos en verdad en lo que por tanto tiempo experimentamos sólo en nuestra imaginación de este lado del mundo?

—Requerimos mano de obra capacitada, gran rey.

—Hombres de Andreeanne deseosos de trabajar ya acudieron al llamado voluntario, ¿no?

—Como dije, es preciso que sea especializada, rey Branford. No basta con la mano de obra.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Necesitamos acuerdos con leñadores de varias ciudades para que nos traigan la madera. Necesitamos los mejores herreros de Arzallum y sus aprendices para manipular el acero bajo las órdenes de nuestros proyectistas de Labuta.

Tal era el nombre del reino gnomo, de donde muchos ya habían inmigrado en sus artefactos hasta Andreeanne hacía unos pocos días. En realidad, el reino era una colosal masa de tierra que se movía sola más allá del mar o, si era necesario, para desafiar de una vez por todas cualquier realidad imaginada por Occidente; se levantaba como si fuera en sí misma otro artefacto gnomo que volara por los aires hasta su destino. En esos días se había estacionado en los mares de Andreeanne, muy cerca del puerto.

—Necesitamos peones para construir las instalaciones necesarias —prosiguió el gnomo—, y maestros de obras que coordinen esa inmensa movilización. Necesitamos

mercenarios que protejan los equipos y los materiales caros, y cocineros que alimenten a los trabajadores. En suma, necesitamos mano de obra especializada, su majestad.

—Una mano de obra que rebasa los límites de Andreanne.

—Y llega a todo reino en Arzallum. Todos sabemos que Andreanne posee los mejores leñadores de este reino, pero eso no será suficiente. Los desempleados que se ofrecieron nos servirán como peones, pero aún así constituirán un número irrisorio para lo que construiremos al mismo tiempo, porque tendremos equipos trabajando las veinticuatro horas del día en turnos separados —el gnomo hizo una pausa—. Para abordar el asunto de manera sincera, también sabemos, por ejemplo, que los mejores herreros de Arzallum se encuentran en Metropólitan, que los mejores mercenarios están en Sharpe y que los mejores constructores viven en Marroig.

—Veo que ya conoces bien a Arzallum, señor Rumpelstiltskin —se sorprendió la reina.

—Todos nosotros leímos y escuchamos sobre la cacería, su majestad.

—¿Y cómo pretendes dar inicio a tan grandioso proceso? ¿Pretendes que promueva una inmigración a Andreanne?

—¡Ahí está el punto clave! ¡En realidad Andreanne no sería el mejor punto para la construcción de todo eso!

El rey y la reina se miraron con las cejas fruncidas.

—¿Y cuál sería el punto ideal? —preguntó el rey, con cierto tono personal.

Los ayudantes gnomos sacaron algo más de sus maletas, esta vez con los mapas de Andreanne.

—El punto ideal, sus majestades, sería Denims, en el camino que conecta a Andreanne con Metropólitan.

—¿Por qué allí?

—Queda cerca de Andreanne, donde se tiene el mejor puerto del reino, y también de Metropólitan, donde se cuenta con el mejor acero. Si se considera que otros intentarían migrar para allá, es un punto estratégico para la llegada de voluntarios de todas partes de Arzallum.

—Pero no hay nada en Denims —comentó el rey—. Sólo algunas haciendas y molinos.

—Y por eso tendremos que construir todo lo necesario, ¡comenzando por comprar las fincas para transformarlas en alojamientos!

—¿Y qué harán las familias de esos hacendados?

—Trabajarán como empleados reales y, además del dinero por la compra de sus propiedades, recibirán una suma mensual para que acomoden y satisfagan las necesidades de los alojados.

—¿Y, una vez «alojados», qué será levantado por sus ingenieros?

—Un parque etérico, su majestad. ¡El primero de toda Naciente! —el rostro del gnomo no era suficiente para abarcar su sonrisa.

—¿Y qué vendría a ser un término como ese: «etérico»? —preguntó la reina.

De manera inteligente, había hablado primero para evitar que Anisio hiciera tal pregunta. Siempre que sea posible, será mejor para todos que un rey parezca sabio.

—Gran reina, cuando tenemos una colmena produciendo algún material en serie, llamamos al proceso de «eterización», que viene del nombre de la tecnología revolucionaria que utilizamos. Cuando juntamos varias colmenas y trabajamos en pro de un inmenso objetivo, formamos un parque etérico, ¿comprende?

El rey Anisio tenía la barbilla apoyada en el puño. De hecho comprendía todo lo que estaba siendo dicho e incluso lo deseaba.

La única cuestión que le preocupaba era cómo financiar todo eso.

—Es un proyecto expansivo —señaló el rey.

—Extremadamente —comentó el gnomo.

—¿Tú mismo te encargarías de las convocatorias?

—¡Tan pronto como su majestad permita que usemos su servicio de palomas mensajeras! De hecho, en poco tiempo verán esa tecnología también rebasada y actualizada a una nueva era.

El rey seguía pensativo. Un siervo real apareció por un lado del salón y le hizo una señal, en indicación de que algo ya estaba preparado afuera.

El rey sabía de qué se trataba. En realidad, todos en aquel Salón Real sabían qué era.

—Entonces que comience de una vez la revolución tecnológica en esta nación.

Blanca miró a su esposo, preocupada. Y susurró para sí:

—Anisio...

—¿Su majestad requiere un cálculo del costo que todo eso acarreará al principio?

—No, por ahora no. Necesito tratar un asunto de familia con mi hermano. Deja todos los documentos que necesites cuando te retires del salón. Pero aténganse a sus preocupaciones, tanto las tuyas como las de tus ingenieros, señor Rumpelstiltskin. Tu trabajo es realizar cuanto está siendo prometido. El mío es encontrar una forma de financiarlo.

—Su majestad en verdad es el rey de reyes —dijo el gnomo, haciendo una reverencia sonriente y satisfecha, imitada por los otros tres—. Iniciemos entonces el futuro, sus majestades. Sean bienvenidos al inicio de la ciencia del Etherpunk.

Axel Branford estaba afuera, en el jardín del Gran Palacio. Los siervos habían preparado su montura y colgado de la silla las provisiones que necesitaría durante el viaje.

—¿Otra vez *Boris*? —preguntó Anisio al acercarse—. Supe que fue en él como iniciaste tu viaje detrás de mí.

Axel suspiró con pesadez.

—Algunas cosas cambiaron. La otra vez él seguía vivo.

—¿Qué más era diferente?

—Papá estaba en tu lugar.

Ninguno dijo nada. Anisio reparó en otras de las figuras presentes. Además de los soldados de la Guardia Real estaban Bradamante, su actual capitana, y el extranjero Ruggiero, el oriental devenido capitán de los Caballeros de Helsing por invitación del propio rey Branford.

Los gnomos prepararon el artefacto que llevaría a Axel hasta Malan, ciudad de hacendados, desde donde seguiría solo y encapuchado a lomos de *Boris*.

—Te acuerdas de las instrucciones, ¿verdad? —preguntó Anisio.

—Un poco difíciles de olvidar. Debo cabalgar por el camino de Malan en dirección a la playa. Cuando el sol forme el crepúsculo, me vendaré los ojos. Y esperaré.

—Sin mirar atrás.

—Cierto. Sin mirar atrás.

La reina Blanca Corazón de Nieve apareció en el jardín y caminó hasta ellos.

—Le pedí a Ruggiero que acompañe a nuestros visitantes de Labuta en su transporte.

—¿Tienes miedo de que esto despegue solo? —preguntó Anisio.

Era interesante la influencia de Axel en la pareja. Anisio y Blanca comenzaban a hablar cada vez menos de «usted» y cada vez más de «tú». Poco a poco el pronombre

formal de tratamiento parecía quedar limitado a los momentos políticos oficiales. Hasta su propia abolición oficial.

—Sería más fácil tropezarse con brujas volando en escobas. Viajé en uno de esos alguna vez. Por dentro parecen más seguros que mirados por fuera.

—Él tiene razón, querido Axel —dijo la reina. A Axel aún lo impresionaba la transformación de aquella princesa, antes tímida y fuera de lugar, en aquella reina con semejante temple y personalidad, cada vez más segura de su papel en un reino que ahora también le pertenecía—. También anduve en uno de esos para volver a Andreanne. Y aquí estoy...

En otros tiempos Axel hubiera hecho algún comentario bienhumorado sobre esa afirmación. Pero en tales condiciones apenas movió la cabeza y se dio por vencido. El capitán gnomo se aproximó:

—Sus majestades, su alteza, nuestro *Vishnú* está listo.

Todos se miraron en silencio una vez más. Axel y Anisio no parecían saber qué decirse uno al otro ni cómo despedirse. Blanca Corazón de Nieve resolvió el problema al abrazar con fuerza al príncipe de Arzallum y empujar a Anisio a propósito. El rey dio dos palmadas en la espalda de su hermano y dijo:

—Tráela a Arzallum. Ella será importante.

Axel asintió dos veces, incómodo.

—Lo sé.

El extranjero oriental Ruggiero se aproximó. Mientras hacía una reverencia, dijo:

—Alteza —y entró en el artefacto.

Los siervos reales que también acompañarían a la comitiva entraron en seguida, con el corcel *Boris*. Tres gnomos ingenieros acompañaron a su capitán hacia la extraña nave.

—¡Sólo faltas tú, miedoso! —comentó la reina Blanca.

—Tal vez dentro de la máquina —dijo el príncipe—. Pero afuera aún falta otra.

Axel Branford se llevó dos dedos a la boca y silbó lo más alto que pudo. Las nubes parecieron danzar con alegría con la presencia de aquel bendito llamado. Pasaron algunos segundos. Y entonces en todo el Gran Palacio se escuchó aquel potente y estremecedor *¡kiai!*

Un rastro escarlata rasgó el cielo, lo tiñó de rojo y planeó hasta descender al lado de su señor. Después de bastante tiempo, al fin Axel sonrió un poco con su presencia.

—Tú vas con nosotros, querida. Al fin y al cabo también formas parte de las instrucciones del acuerdo.

A un movimiento suyo *Tuhanny*, el águila-dragón, subió a los cielos gritando y anunciando su presencia a quien todavía no la escuchara. Permaneció en las alturas planeando y dibujando formas rojas, hasta que Axel se colocó en la rampa de acceso del *Vishnú* y dijo, en dirección a Anisio Branford:

—Al menos algunas cosas siguen iguales.

A Anisio Branford le gustó, aunque fuera por tan poco tiempo, mirar a su hermano sonreír un poco.

João Hanson entró en su casa. Era el quinto día de la semana, el de la Tierra, y el único en que podía visitar a su madre y a su hermana. Y, claro, a su novia. Cuando entró a la casa, su madre apenas lo advirtió, pues cuanto llevaba en las manos —por el sonido, se presume que eran una escoba y un pesado balde— cayó al suelo.

—¡Hijo! ¡Hijo mío! —dijo ella, mientras abrazaba a João como si le faltaran manos para estrecharlo, cual si fuera un muñeco de madera en vez de un joven de verdad—. ¡Mi hijo! Mi hijo...

João suspiró y abrazó a su madre, pero con cierta reserva. El motivo era obvio: recordaba qué bueno era estar en casa, sobre todo si se tomaba en cuenta la vida a la que debía volver aquella misma noche, como máximo tres horas después de que se pusiera el sol.

—Oye, madre —dijo, con la voz cansada.

Érika Hanson se apartó y observó mejor a su hijo. ¡Estaba inmenso! ¡Inmenso a comparación de dos años atrás, a los trece años! ¡Y desarrollando músculos! El rostro de cabellos bien cortos comenzaba a abandonar la forma de adolescente y, poco a poco, a darle forma al rostro de un hombre. ¿Y qué era eso? Incluso le estaba naciendo...

—¿Qué es eso? ¿Barba? —dijo ella, acariciando la cara de su hijo.

—Madre.

Entonces, mientras aún miraba el rostro de su heredero como si fuera una piedra de diamante, comenzó a notar las lesiones. Primero algunos cortes en los pómulos y las mejillas. Un hematoma bajo la quijada. Y algunos puntos rojos cerca del cuello.

Érika tomó las manos de su hijo y advirtió callos por todos lados. Las uñas estaban sucias y roídas. Lesiones en los dedos, ya encostradas. Luego reparó en las inmensas ojeras.

—Hijo mío —dijo, conmovida—. ¿Te has alimentado?

Con un gesto brusco, João apartó de sí las manos de su madre.

—¡Madre, para! ¿Dónde está mi hermana?

La madre seguía conmocionada. De pronto, para donde mirara en João, descubría hematomas cada vez más difíciles de esconder.

—¡Madre!

Érika Hanson salió del trance.

—¿Eh?

—¡María, madre! ¿Dónde está María?

Ella se llevó la mano a la cabeza.

—¡Ah, sí, tu hermana! ¡Fue a hacer unas compras a la feria de Andreeanne. Le dije qué necesitaba para hacer tu almuerzo y ellas dos fueron a comprarlo!

—¿«Ellas»?

—¿Crees que Ariane la iba a dejar ir sola?

João sonrió. A la madre también le hubiera gustado haber sonreído, pero seguía concentrada en los hematomas de su eterno niño.

—¿Cómo están ellas?

—¿Quiénes?

—¡Las dos, madre! ¿Cómo están?

—Ah, sí. Lindas, ¿no? Como siempre. ¡Ariane está a punto de cumplir quince años! Tu hermana ya es una mujer bien formada de diecisiete, sólo que está más delgada de lo que yo quisiera. Finalmente, sabemos que anda triste, ¿no? A pesar de sus personalidades enteramente opuestas, los dos sabemos que ambas son unas joyas.

João se sentó en una hamaca. Aún sonreía.

—Es verdad —de pronto se levantó—. ¿Acaso existe algún vagabundo rondando?

—¡No, hijo mío, no! Ningún vagabundo.

João Hanson se acostó de nuevo, cerró los ojos y dijo:

—Menos mal, menos mal.

Érika Hanson observaba a su hijo y le encantó ver cómo cada vez se parecía más a su difunto marido.

«¿Quieres decir que estabas deambulando hasta esta hora con un... vagabundo?».

Las preocupaciones y la autoridad transferidas. La responsabilidad familiar heredada. Incluso el término de padre —¡por el Creador!— era utilizado ahora por el hijo. En el cuello, ya casi dormido, ella descubrió en el «cordón de compromiso», formado por el pedazo de un árbol. El mismo cordón que Ariane Narin utilizaba alrededor del suyo. En el dedo, el anillo de leñador que representaba la mitad de un alma gemela. El patriarca de aquel clan, Ígor Hanson, le había dado el suyo a ella. João Hanson la había sorprendido al dar el suyo a su hermana, para representar una unión que había sobrevivido a una bruja caníbal y a un Tribunal de Arthur.

—Madre —dijo él, con los ojos aún cerrados—. ¿Te molestaría si duermo un

poco mientras ellas regresan para el almuerzo?

—Claro que no, hijo mío.

Y Érika Hanson se quedó mirando a su hijo dormido. Al observar su propio anillo de leñador se le salieron las lágrimas. Estuviera en el plano que estuviera, de seguro su marido se sentiría orgulloso de aquel muchacho. El muchacho de ellos dos. El muchacho capaz de convertirse en hombre en el momento en que la familia necesitaba de él.

Se quedó mirando a su muchacho por mucho tiempo, sin abandonar un segundo su sitio. Limpiando lágrimas que limpiaban corazones. Si alguien intentara convencerla de que más allá de la muerte había algo en el prometido reino de Mantaquim más valioso que un momento como ese, ella jamás lo habría creído. Tal vez por eso, aunque estaba en silencio, Érika rezó.

Mas no fue una plegaria de protección ni en busca de algo semejante. La voluntad de hablar con su Creador y sus semidioses en aquel momento era sólo para agradecer una vez más. Y sólo para agradecer.

En aquel momento de rara sensibilidad, Érika Hanson nada más quería agradecer a todos los que le daban vida por permitirle ser madre.

Sólo por eso.

El gigante mensajero se detuvo ante la figura del general militar. Estaba en Minotaurus, la nación que amaba la guerra y al emperador que comandaba la guerra. La nación que odiaba a Arzallum.

El mensajero medía tres metros con catorce centímetros y era uno de los más pequeños del reino de donde venía. Ferrabrás había leído un pergamino escrito en lengua altiva y su expresión era de aquel que permanece analizando una sorpresa agradable.

—¿Entonces Brobdingnag tiene al muchacho?

El gigante mensajero asintió. Hasta aquel momento Ferrabrás aún no estaba seguro si aquel ser enorme sabía hablar o no.

—¿Y Arzallum ya lo sabe?

El gigante meneó la cabeza en negativa.

El emperador de Minotaurus esbozó una gran sonrisa de placer.

María Hanson terminó de hacer sus compras y llevaba una canasta abarrotada de frutas, legumbres y determinadas provisiones que siempre le habían parecido demasiado caras para escoger, como pimienta, vinagre y especias a base de aceites vegetales. A su lado Ariane Narin, además de que no paraba de hablar —obvio—, excitada con el futuro almuerzo y encuentro con su novio, destilaba simpatía entre las personas, orgullosa de ser la «novia prometida» —¿escucharon bien?— de un «futuro caballero» —¿en verdad escucharon bien o quieren que lo escriba?

Aunque llevaran vidas simples, ambas ya eran verdaderas celebridades en Andreanne y por donde pasaran llamaban la atención del pueblo como fruto de su fama tras los episodios macabros del pasado y, claro, del hecho de que, aunque las malas lenguas lo tergiversaran o no, María Hanson sería por siempre «la plebeya que conquistó el corazón del príncipe».

Pasó el tiempo y ambas se acostumbraron a eso. No por completo, pero sí lo suficiente para no perder la naturalidad. María era tímida y educada; Ariane, inquieta y sincera. Y las dos representaban ambos extremos de la simpatía. Con excepción de las ya mencionadas malas lenguas, les gustaban a la gente. Y los apellidos de sus familias ganaban cada vez más un estatus que nunca antes poseyeron.

Aquel día en particular había comenzado como un gran día, hasta que Ariane Narin vio aproximarse a Héctor Farmer y a Paulo Costard, los dos mayores enemigos de João Hanson.

—Es curioso cómo una familia que el día anterior pasaba hambre, al día siguiente incluso adquiere condimentos —susurró Héctor Farmer, que aquel año se veía aún más obeso.

—Esta debe ser la tierra de las oportunidades —se burló Paulo Costard.

Ambos habían aprendido aquel término, «tierra de las oportunidades», en las clases de la propia María Hanson.

Ariane, como siempre, mantuvo una expresión hermética, frunció la frente, levantó la nariz y apretó los ojos. Pero María tomó la palabra:

—Farmer, tenga más respeto por las personas. Ya le advertí una vez que no soy una de sus amigas. Ahora soy una profesora de la Escuela Real.

—No me refería a usted, señora... Digo... «señorita». Hanson —continuó Farmer, burlón—. Me refería a la «señorita». Narin.

—Eh, Farmer —aportó Costard—, en breve la señorita Narin también se volverá una señorita Hanson. Tal vez por eso has ofendido a la otra señorita Hanson.

—Oh, es verdad. Discúlpenme, «señoritas». Hanson. Había olvidado que ambas están por convertirse en sangre del mismo frasco.

Las dos se controlaron aún más. Aquel término, «sangre del mismo frasco», era una expresión peyorativa utilizada por los cazadores para las brujas de la peor especie, las cuales formaban parte de un mismo clan sombrío. Ariane quería decir algo entre dientes, pero sólo acumulaba rabia, como una olla de presión.

María continuó:

—Farmer, tendré que repetir que...

—¡Que «no es mi amiga», sino «mi profesora», y el «bla, bla, bla» de siempre! ¡Y yo repetiré que no hablo con usted! ¡Además, usted ya no es mi profesora!

—¡Es lo que sucede cuando a uno lo expulsan de la escuela! —dijo Ariane, con los dientes apretados.

—¡Eh, mosquito catarriente, quítate de aquí! —dijo Farmer—. Ve a buscar un caballo para picarlo.

—Es verdad. ¿Saben qué tuve que escuchar de mi padre por haber sido expulsado de la Escuela Real? —se quejó Costard—. ¡Me llevé varios azotes! ¡Nunca me habían azotado y me ocurrió por culpa de ustedes!

—¿No crees que fue eso poco para quien puso tres vidas en riesgo de muerte por una venganza sin límite? —elevó la voz María.

—Además, ya te habían azotado antes, cuando João te rompió la cara —dijo Ariane con desdén, como si hiciera el comentario más obvio del mundo.

Fue el turno de Paulo Costard de apretar los dientes. Entonces Héctor Farmer enmendó:

—Eh, vete con calma, ¿sí? ¡Nosotros no sabíamos que todo eso sucedería! ¡Sólo queríamos devolverle a Hanson lo que hizo! Nosotros no sabíamos que querían matarlo.

Paulo Costard, que casi no había escuchado lo que Héctor Farmer dijo, se concentró aún más en su rabia contraída:

—Hablando de eso, ¿cómo está él? ¿Todavía se lamenta por saber que la primera lengua que conociste en la vida fue la mía?

Ariane se llevó las manos a la cintura y elevó la nariz:

—No, él no está preocupado por eso. ¿Sabes por qué? ¡Porque ya me enseñó cómo es un beso de lengua de verdad! ¡Ahí me di cuenta de que antes yo estaba en las tinieblas de la ignorancia! —esto hirió a Paulo Costard; para empeorar las cosas, Ariane agregó en un tono dócil—: Y puedes estar seguro de que ya esparcí entre las niñas de la ciudad entera —mira que, si hablamos de Ariane, eso no era muy exagerado— lo malo que eres en eso, para que ninguna de ellas pase por el mismo infortunio que yo.

Paulo Costard abrió la boca, ofendido y conmocionado. Todo hombre sabe que un chisme sobre niños en boca de un grupo de niñas corre como el viento y lo marcará para toda la vida.

—Tú... tú... —el maxilar de Costard temblaba.

—¡Eh, no necesitas agradecermelo! —sonrió la joven Narin—. Adoro la caridad.

María no aguantó —juro que lo intentó, pero no hubo manera de evitarlo— y sonrió. Y la sonrisa irritó todavía más a aquellos dos. Pero cuando Farmer estaba por decir algo, Ariane se volvió hacia él y finalizó:

—En cuanto a ti, Farmer, ¡ni siquiera me tomé la molestia! Finalmente, tu fama de *Mariquita Cute-Cute* ya es conocida más allá de Arzallum.

Héctor Farmer apretó el brazo de Ariane, ciego por el odio que dañaba su ego por el maldito apodo. La ceguera ante la furia era tanta, que llegó a preparar un golpe.

Aquí entre nos, tal vez aquello fuera sólo demencia temporal, que recuperaría al segundo siguiente. Tal vez Héctor Farmer fingió aquella pose sólo como una forma de asustar y parecer grande en algo, en vista de que era una persona sin atractivos físicos o intelectuales que le permitieran amedrentar sin violencia a otros más chicos. Pero el hecho es que preparó aquel golpe, ya fuera que, hipotéticamente, pretendiera llegar hasta el final o no.

Y eso cambió todo.

—Tú... tú... ¡maldita!

Héctor Farmer sintió que tres dedos se le doblaban con violencia hacia atrás, hasta obligarlo a torcer el puño y arrodillarse para evitar mayores daños.

Incluso gritó.

Todo ocurrió tan rápido que hasta las personas alrededor y los propios involucrados tardaron en entender lo que ocurría. Un muchacho moreno de no más de diecinueve años, fuerte y con una máscara que le cubría los ojos, además de un noble sombrero, inmenso para su cabeza, ponía a Farmer de rodillas con una sola mano.

—¡Eh! —dijo Paulo Costard, que fingió amenazar con lanzarse sobre el muchacho.

De un segundo para el otro una espada ya le apuntaba a la garganta.

Era un acero fino, de esos floretes creados en el reino de Mosquete y utilizados por los guardias de allá. Así se congeló la escena: un muchacho que parecía haber

salido de un cuadro, montando a otro, con una mano manteniendo a Héctor Farmer de rodillas, llorando de dolor, y con la otra, empuñando un florete para apuntar a la garganta de Paulo Costard.

—Tú —dijo en dirección a Paulo Costard, paralizado de un miedo que le impedía moverse—, presenta tus disculpas.

Paulo seguía conmocionado. El muchacho enmascarado pegó en su rostro un lado de la lámina para traerlo de vuelta a Nueva Éter.

—Tus disculpas...

—Yo... —entonces Paulo Costard parpadeó varias veces, se dio cuenta de la situación y dijo—: Señoras... Quiero decir, señoritas Hanson —¿te diste cuenta de que esta vez no hubo un tono de burla?—. Les pido sinceras disculpas por mi comportamiento y por el de mi amigo, aquí presente.

Alrededor, la gente comenzó a reír. Sin embargo, el muchacho no parecía satisfecho.

—¡Bien! ¡Ahora habla en voz muy alta para que todo el mundo escuche!

—¿Qué? —el chico preguntó en voz alta.

—Di muy alto «¡Soy un idiota!» para que todo mundo escuche —aquel término era muy poco utilizado por la nobleza, de donde aquel muchacho parecía provenir—. «¡Soy un estúpido y peor que un ogro, pues no sé tratar a una dama!». Vamos, dilo alto.

María y Ariane se miraron. Al principio estaban un poco aturcidas por la violencia inicial de la escena, pero en ese momento, ¿quieres saberlo?, comenzaban a adorar aquello.

—¡Yo... yo... Yo no diré eso!

—¡Si no lo dices, la primera vez doblaré los dedos de tu amigo tan fuerte que comenzará a llorar de dolor! ¡La segunda, te haré un tajo en la cara que tardará en cicatrizar y te hará recordar por mucho tiempo lo que ganaste por no haber dicho lo que debías!

—¿Y quién te piensas que eres para...?

Los dedos de Héctor Farmer se doblaron aún más y el chico ¡gritó! al borde del llanto, humillado.

Paulo Costard se puso más blanco de lo que ya era cuando la lámina de aquella espada tembló. Y comenzó a gritar con voz de corneta y las piernas flojas:

—¡Soy un idiota! ¡Soy un idiota!

—¿Y qué más?

—Y... y...

—Recuerda: estúpido... ogro...

—¡Y soy estúpido y... peor que un ogro porque no sé tratar a una mujer!

Es innecesario decir que el pueblo alrededor no sólo comenzó a reír, sino a

carcajearse con la escena más ridícula de la semana. El muchacho todavía se volvió a las dos damas y dijo:

—Señoritas, ¿hay algo que se haya olvidado decir?

María ya estaba moviendo la cabeza negativamente, con la intención de acabar con todo eso y liberarlos a los dos, cuando Ariane se adelantó:

—Y puede ir diciendo también: «¡Beso peor que un sapo!». Y también...

Los ojos de Paulo Costard se desorbitaron. La lámina del florete se volteó de lado y comenzó a cortarle la piel, hasta que él gritó:

—¡Yo... yo... beso peor...

—El sapo... el sapo... —dijo Ariane, moviendo un dedo.

—... que un sapo!

—¡Y yo muevo la boca... —y Ariane comenzó a hacer reír a la gente a su alrededor, abriendo y cerrando la boca con los labios estirados en una escena del todo surrealista—... haciendo un montón de gestos extraños, igual que un pez!

—¡Y... —el estómago de Paulo Costard estaba hirviendo— muevo la boca como un pez!

—Ariane. —María tocó el hombro de la niña con la intención de terminar con aquel espectáculo.

Ariane le quitó la mano sin mirar atrás y dijo:

—¡Espera, que ya estoy acabando! —el muchacho de los ojos azules era todo sonrisas. Ariane finalizó—. Di también: ¡Soy peor que el *Mariquita Cute-Cute!* ¡Porque soy el amigo del *Mariquita Cute-Cute!*

Héctor intentó decir algo, pero volvió a gritar de dolor con los dedos atrapados. Paulo Costard cambió la expresión, esta vez sin importarle la lámina en su rostro:

—No diré eso, tú, enana de jardín, sangre de una...

¡La lámina hizo un corte y el muchacho gritó!

Hasta las dos chicas se asustaron. El pueblo alrededor también, aunque nadie condenó la actitud. Los dedos de Héctor fueron liberados y él se levantó con dificultad, sujetándose la mano lastimada.

Paulo Costard se tocó la cara, y cuando vio su propia sangre en la mano, provocada por un tajo encima de la mandíbula, abrió los ojos como si estuviera ante el fin del mundo.

—Tú... tú... Eres hombre muerto, ¿me escuchaste? ¡Muerto! ¿Sabes quién es mi padre? Yo soy...

—¿Y tú sabes quién es el mío?

El muchacho se quitó el sombrero. Después se retiró la máscara y reveló unos ojos azules tan límpidos, que era posible para una persona cepillarse los cabellos mirándose en ellos.

Paulo Costard abrió aún más los ojos. Sólo entonces Ariane y María, y todo el

pueblo alrededor, se dieron cuenta de quién era aquel joven.

—Ustedes dos, fuera de aquí.

Héctor Farmer y Paulo Costard, entre silencios y miradas asesinas, se retiraron, como siempre, diciendo mucho más en las expresiones de rencor que en las palabras que no eran dichas.

Cuando se volvió hacia las dos, el joven escuchó a Ariane que decía:

—Tú eres el más chico, ¿no? El más joven de la familia.

—¡Sí, soy el hijo de don Antonio Garibaldi!

—Usted es Juan de Marco —dijo María a punto de quedarse sin voz.

—Y usted es María Hanson —respondió él, para detener de una vez el corazón de ella.

Ariane miró al muchacho moreno de estatura mediana, fuerte, espadachín, y de ojos azules tan brillantes, y comentó muy bajo para sí:

—¡No, espera! Esto ya se pasó.

Como María no decía nada, João intercedió:

—¿Algún problema, señorita Hanson?

—¡No, no! Nada, claro que no. Sólo pensaba.

—Diga, por favor.

—Es que, ¿sabe?, no es nada importante.

—¡Entonces no tendrá problema en decirlo! —la voz de él era baja, melodiosa, un poco ronca, el tipo de voz que una mujer adora escuchar al oído.

—Es que, ¿sabe?, usted no tenía que hacer eso.

—¿La defensa de la honra de dos damas?

—El corte en el rostro.

—Sí, era obvio que debía hacerlo —dijo el joven De Marco, con una expresión de quien habla en serio—. No me gustó hacerlo, es verdad, pero era necesario.

—¿Por qué?

—Porque ya le había dicho que lo haría si se rehusaba por segunda vez. Y lo hizo. Si yo no cumplía, sería un hombre sin palabra. Y la palabra de un hombre es lo más valioso que tiene. ¿No está de acuerdo, señorita?

Mientras Ariane se abanicaba con expresiones graciosas («Ay, hace un calor horrible aquí hoy, ¿no?»), María se acordaba de algunas de sus palabras, lanzadas al viento tiempo atrás.

«¿Pues entonces qué hacemos aquí parados? Yo leí que esta sería la noche más agradable que nos puedes ofrecer y me parece que un príncipe siempre cumple su palabra».

María Hanson comenzó a creer que los rumbos que tomaba aquella conversación se volvían muy interesantes.

—¿Cuál es tu problema ahora?
—Snail Galford lanzaba pequeños puñales a un blanco cuando escuchó la pregunta de alguien que se acercaba detrás de él. La voz era de una muchacha. Y su nombre era Liriel.

—¿Por qué piensas que tengo algún problema?

—Por los puñales.

—Siempre lanzo puñales.

—Sí, pero cuando tienes problemas o te encuentras molesto por algo, nunca aciertas.

El pequeño puñal giró en dirección al blanco. Y acertó al lado del círculo central.

—Me sacaste de concentración.

—Es el tercer tiro que fallas.

—Me estabas sacando de concentración desde hace más tiempo.

—Ni te diste cuenta de que me aproximaba.

—¿Qué diablos quieres que te diga, Gabbiani?

—Lo que me quieras decir.

Snail bajó los puñales. Era un hecho: estaba molesto. La miró de lado como si la chica fuera alguna especie de alienígena caníbal. Y suspiró:

—No quiero escuchar uno de tus sermones.

—Para eso necesitaría censurarte.

—Y no voy a correr el riesgo.

—¿Entonces es algo que sabes que yo no aprobaría?

—Tal vez.

—Si no estás seguro, ¿por qué no lo intentas?

—Porque me basta con la duda.

Liriel sonrió y se cruzó de brazos.

—Está bien: entonces sigue tirando tus cuchillos.

Snail se encogió de hombros y preparó otro puñal para lanzarlo. De repente se sintió incómodo (de nuevo), se balanceó un poco, bajó el cuchillo y se volvió hacia ella:

—¿Te vas a quedar allí mirándome?

—Sí.

—¿Acaso tengo un ojo pintado en la frente?

—Quiero que falles.

—No fallaré.

—Entonces prueba.

¡Snail movió la cabeza, levantó el pequeño cuchillo y lo lanzó! La lámina giró y giró y giró y una vez más se clavó al lado del blanco central.

—¡Moviste el cuchillo!

—No seas ridículo.

—¡El tiro fue perfecto! ¡Te metiste con su trayectoria!

—¿Y por qué haría eso?

—Para verme fallar.

—¿Con qué intención?

—Hacer que te diga lo que estás loca por saber.

—Válgame, sería muy manipuladora si hiciera una cosa así, ¿no estás de acuerdo?

—Lo eres.

—Viniendo de alguien como tú, ¿debería sentirme ofendida u orgullosa?

—¿Viniendo de alguien de mi estofa?

Ella sonrió. Aquí entre nos, sé que no lo parece, pero ambos incluso se gustaban.

—Está bien, me volveré de espaldas para probarte, ¿de acuerdo? —y ella se volvió.

Y se puso las manos encima de los ojos cerrados. ¡A ciegas! ¡Lanza!

El puñal dio en el blanco. Pero otra vez fuera del centro.

—¿Y ahora? ¿Yo lo desvié?

—¡Sigues sacándome de concentración allí de pie, vigilándome como si fueras un caballero de la Guardia Real!

—¿Andas en problemas con la Guardia Real?

—¡Mira, no me llenes la cabeza de piedritas, Gabbiani! ¡Pareces una maldita novata aprendiendo a investigar escondrijos de brujas!

—Está bien. Ya me voy.

Liriel caminó, con su modo felino, hasta un columpio oxidado, dio un salto y se sentó en cuclillas como si aquella posición fuera la más confortable del mundo para ocupar un columpio oxidado. Estaban fuera de un refugio de Stallia, cercano a los muelles, que servía de morada para Snail y sus adolescentes huérfanos.

—¿Sabes qué no entiendo aún? ¡Comenzaste como un ladronzuelo de poca monta, trabajando para el peor pirata mercenario de los últimos tiempos! Te convertiste en agente doble de la Corona: verle la cara al tal pirata, convocar a un ejército de seguidores adolescentes, ayudar a Robert de Locksley a hacer historia y liberar a Sherwood, volverte rastreador urbano y patrullero del puerto de Stallia... ¿A dónde más quieres llegar, Galford?

Snail fue hacia una canasta de chocolates que había dejado allí cerca.

—Al oírte hablar así yo debería sentirme satisfecho, ¿no?

Estiró la mano para tomar una de las barras de chocolate, pero esta saltó de su mano a la de Liriel en un pestañeo.

—Sí, deberías hacerlo —dijo ella, con la boca llena.

Él la miró de soslayo, sin saber si ignorarla o darle un porrazo. No le pareció que la segunda opción alterara mucho las cosas.

—¿Quieres saber algo? —continuó ella—. ¡Te pasmas cuando estás satisfecho!

Él se volvió, sorprendido, y mordió una de las barras dulces.

—¿Ah, sí?

—Sí. Siempre tienes ideas excelentes, pero se te dificulta ponerlas en práctica. En realidad sólo has sobrevivido hasta hoy porque gozas de un increíble don de improvisación y adaptación a las peores situaciones.

—Viniendo de alguien como tú, lo tomaré como un elogio.

Ella le sacó la lengua.

—En cambio a mí se me complica aquello de improvisar. Pero soy excelente para hacer planes minuciosos y prevenir situaciones hipotéticas.

—Lo sé. Lo que también te habría llevado a la muerte ante un asesino pintado de payaso, que surgió de repente.

—¡Un asesino que me fue a matar por tu culpa!

—Y del que te le avisé con anterioridad para que la señorita previniera una situación hipotética.

—¡Acabaste con mi nombre para salvar tu trasero!

—¡Tal vez porque la señorita me robó la joya que fui contratado para buscar!

—¡Y yo también!

—¡Me lo quitaste de manera deshonesto hasta para el código de ladrones!

—¡Tú me atacaste con puñales!

—¡Ay, disculpe usted si no tengo poderes sobrenaturales! De contar con ellos tal vez no necesitaría recurrir a la violencia, ¿cierto?

Liriel calló y arrugó su expresión, ofendida. Había perdido a su padre, asesinado cuando era joven, y desde entonces sentía aversión por la violencia. Era una ladrona competente, que había nacido «tocada» con un don y era una excelente gimnasta, pero enteramente incapaz de encarar una confrontación de cualquier tipo, mucho

menos de reaccionar ante ella.

Snail también lo sabía.

Lo difícil era decir si se arrepentía o no de las últimas palabras. De cualquier forma, como lo dijo pareció que sí:

—¡Eh!, a fin de cuentas estamos a mano, ¿no? Yo maté al payaso antes de que él te matara, ¿o no?

—Y yo desvié aquellas malditas flechas antes de que te perforaran.

—Hiciste mucho más que eso, Gabbiani. Entonces mi vida no era importante: había centenares a nuestro alrededor mejores que yo. Y esas flechas se dirigían a matar al más importante de todos en ese momento.

Liriel no dijo nada. Snail preparó otro más de sus cuchillos ¡y lo lanzó!

La lámina avanzó, girando y girando y girando... Era obvio que erraría el blanco central. ¡Pero acertó!

—Cuando quieras contarme tu problema, sabes dónde encontrarme, socio. — Liriel Gabbiani tenía una mano estirada; de un salto se bajó del columpio oxidado y caminó de espaldas.

Snail Galford la miró partir, ya sin cuchillos en las manos. Debía ir hasta el blanco y retirar uno, como espinas retiradas de la boca de un pobre perro que hubiera mordido un erizo. Sin embargo, había perdido las ganas de seguir tirando o de descubrir si había estado fallando por incompetencia, manipulación o enojo.

«Siempre tienes ideas excelentes, pero se te dificulta ponerlas en práctica».

Era verdad. Y estaba a punto de poner eso a prueba una vez más.

Un hombre había llegado a Andreanne montado en un burro cansado. Vestía ropas que recordaban casi harapos, de tan desgastadas. Tenía piojos y la barba crecida. Sudaba en exceso y su cuerpo estaba flaco y agotado. El sol le castigaba la piel. Había enormes ojeras alrededor de los ojos, de quien ha dormido poco. Y de quien ha llorado mucho.

Llegó a la entrada del Gran Palacio, se presentó como Gildrig Spriggins y sintió una punzada de esperanza en el corazón, de que todo acabaría bien, por más difícil que resultara imaginarse cómo. Esa punzada se volvió dolor cuando advirtió que los soldados reales no lo dejarían entrar tan fácilmente en un sitio como aquel.

Sin embargo, no era nada que no esperara.

—Yo... Necesito hablar con el rey Branford —dijo el cansado viajero.

—Todos lo necesitan —respondió el soldado a cargo del turno.

—El rey Branford es un buen monarca. Él...

—Y también un rey ocupado.

—Tú no entiendes, hijo.

—No, usted es el que no entiende. ¿Se imagina si cada ciudadano de Nueva Éter que llega a estas puertas con la misma intención fuera recibido por el rey? No le quedaría tiempo para gobernar la nación —el soldado miraba las ropas y el aspecto del extraño y se sentía mal.

El olor a sudor del desharrapado era fuerte y el soldado se sentía ansioso por librarse de la situación.

El desharrapado advirtió la insignia del soldado.

—Vine de muy lejos, sargento. Usted usa un cordón de alianza en el cuello. Imagino que tendrá a un hijo esperándolo en los brazos de una joven.

—Una hija, señor Spriggins.

—Mi hijo fue secuestrado. Usted, como padre, ¿puede comprender mi desesperación, sargento?

El soldado real abrió mucho los ojos. Intentaba entender si aquello era verdad o un simple alardeo.

—¿Por qué no buscó a la Guardia Real?

El desharrapado vaciló. Era el tipo de cosas que le gustaría decirle al rey, no a un subordinado. Pero como nadie llega a un monarca sin pasar por otros en el camino, aquello debía ser dicho antes a muchas personas.

—Porque se lo llevaron a los reinos mayores, sargento.

El soldado abrió aún más los ojos. Aquello debía ser un alarde. Tenía que serlo.

—Señor —una pausa temerosa—, ¿me está diciendo que un niño arzallino está, en este momento, contrariando el Pacto de Swift, y que es mantenido como rehén en Brobdingnag?

El desharrapado asintió. Casi era posible ver las lágrimas naciendo de sus ojos enrojecidos.

—Que el Creador tenga piedad —susurró el soldado y se volvió a su subalterno más cercano—. Soldado, ve a llamar a la capitana. Si este hombre la convence de que dice la verdad, nuestro soberano deberá tomar hoy una de sus decisiones más sombrías.

Lo peor era que el sargento tenía razón.

El *Vishnú* cortaba los cielos en una forma pendular, como el vuelo de un escarabajo.

Era ruidoso y se necesitaban cinco hombres, o gnomos, para manejar sus máquinas. En la parte interna, entre metales e hilos que se conectaban a un panel incandescente, había determinados pertrechos fundamentales para el funcionamiento conjunto de aquel artefacto impresionante.

Axel Branford observaba con detenimiento lo que sucedía. A su lado, el guerrero oriental y entonces capitán de los Caballeros de Helsing, Ruggiero, le ayudaba a comprender la realidad que su mente aún aprendía a entender.

—Mirar: en el panel haber tres de ellos. Uno regir velocidad y potencia del *Vishnú* hacia el frente. Otro regir para arriba y para abajo.

Era cierto: los dos gnomos de los extremos se mantenían ocupados con una palanca en cada mano, con las cuales hacían movimientos en direcciones opuestas y proporciones mínimas.

—¿Y el tercero?

—Ser el gran capitán. Él entenderse con brújula y mapa, mientras calcular tiempo y dirigir a los otros dos.

El tercer gnomo, capitán y piloto maestro, se hallaba frente al panel, observando por el vidrio hacia fuera, con un mapamundi a un lado, repleto de reglas y cálculos geométricos y matemáticos.

—¿Y los otros dos? —preguntó el príncipe.

—¡El que estar en la ventana ser el navegador maestro! —Ruggiero señaló a un gnomo junto a una pequeña ventana, en cuya mano tenía una bola de hierro que recordaba a una brújula un poco diferente a las utilizadas en Ocaso. Y mantenía fuera de la ventana un sistema de péndulo, cuyo pequeño mango, con una bola de hierro que se proyectaba hacia dentro, se balanceaba cada vez más agitado, de acuerdo con la fricción con su contraparte y el viento exterior—. Por la vibración de ese

mecanismo, él saber velocidad del *Vishnú* e informar al capitán de cada variación. Así él mantener sus cálculos. También poseer una brújula para ayudar en la orientación cardinal, de requerirse.

—Complejo.

Axel se fijó mejor y notó que el capitán al frente del panel tenía pequeños alfileres que iba colocando en el mapamundi para marcar el trayecto, conforme el *Vishnú* pasaba por los lugares. De acuerdo con la velocidad del viento, en ese momento calculó cuánto tiempo tardarían aún en llegar a sus destinos.

—¿Y el quinto?

—Cuidar el aterrizaje.

—¿Cómo?

—Soltar el mecanismo de impacto y liberar las ruedas que soportar en tierra el peso del *Vishnú*. Además, mientras estar en vuelo, ser él quien cuidar del soporte del mecanismo aquí adentro. Él encargarse de cerrar lugares, cubrir derrames y auxiliar a los otros cuatro en la navegación por aire.

Axel observó al quinto gnomo, que en aquel momento se entretenía con un hilo conectado metros al frente, al lado rojo del panel encendido.

—¿Qué hace él en este momento?

—Probablemente hilo de cobre tener alguna falla. Él cubrirlo para impedir derrames.

—¿Qué corre por esos hilos?

—Magia.

Axel tragó en seco.

Allí adentro el *Vishnú* cargaba al corcel *Boris*, debidamente quieto en su rincón, como se esperaba de un animal bien adiestrado, y dos siervos reales. Uno le cepillaba el pelo y el otro lo alimentaba. Lo más impresionante era que aquel artilugio no sólo soportaba su propio peso en el aire, sino también la carga extra allí presente.

Axel se pasaba la mano por el rostro de vez en cuando, limpiándose un sudor que ya ni exudaba. Era un hecho: estaba nervioso. Extremadamente nervioso.

—Eh, si no lo tomas como un abuso, me gustaría hacerte otra consulta —dijo el príncipe.

—Yo agradecer ser útil.

Axel sacó de su bolsa el frasco con el líquido rojizo que había retirado del cuarto de Anisio Branford. Se lo entregó al oriental y preguntó:

—¿De casualidad me sabrías decir qué es esto?

Ruggiero tomó el frasco y lo levantó por encima de sus ojos. Movié un poco el vidrio y se concentró en el color.

—¿Dónde conseguir esto?

Axel siguió mirándolo, sin decir nada. Al comprender el mensaje, Ruggiero retiró

la tapa del frasco y lo olfateó. El aroma era dulce.

—Ser *downer* —concluyó el oriental.

—¿Y sabes para qué sirve?

—En algunas culturas servir como veneno a largo plazo. En otras, como contraveneno a corto plazo.

El oriental le alargó el frasco de vuelta al príncipe. Axel lo rechazó.

—Por favor, cuando regreses, dale el frasco a Anisio. Dile que lo había perdido, pero que lo bueno es que tiene un hermano que encuentra las cosas.

Ruggiero permaneció en silencio. Luego asintió.

—Yo hacerlo, su alteza.

Axel volcó de nuevo su interés en aquel artilugio metálico alrededor. Prestó más atención al ruido que hacían determinadas hélices afuera. Pensó en María Hanson y después se propuso intentar olvidarla.

Era ridículo admitirlo, ¡pero qué nervioso estaba!

—¿Cómo es, Ruggiero? —preguntó, en un intento de buscar una distracción para la mente—. Háblame sobre la sensación de salir de la normalidad en la que creías encontrarte para embarcarte hacia un destino trazado hasta tierras difíciles de imaginar por tu propio concepto de realidad.

—Ser fascinante. Ser posible tocar los mismos planos que semidioses.

—¿A qué te refieres?

—Los semidioses hacerlo todo el tiempo: ser capaces de tocar tierras más allá de su concepto de realidad.

—Eso es obvio —rezongó el príncipe, casi impaciente—. Por eso sus esencias son divinas. Por eso son semidioses, y nosotros, humanos.

—Pero ellos darnos la imaginación.

—¿Y cómo nos aproxima eso a ellos?

—Toda imaginación ser una forma de creación.

—Déjame ver si entiendo —pausa pensativa—. ¿Quieres decir que nosotros podemos ser los semidioses de una creación nuestra?

—Si nosotros darle vida, sí.

—¿Y esta vida que creamos se puede expandir hasta que ella misma desarrolle su propia imaginación?

—Comprender.

—Entonces nos encontraríamos creando cosas que saldrían de nuestro dominio.

—Sí, porque ellas cobrar vida propia. Y con eso generar universo propio.

Axel comenzó a reflexionar sobre aquello. Imaginó lo que el oriental proponía. Imaginó diversas creaciones, las cuales generaban diversas creaciones que a su vez generaban diversas creaciones, en una infinita creación y recreación de universos.

Aquello parecía el principio del mismísimo fantástico.

—Entonces los semidioses serían creaciones de dioses por encima de ellos, que serían creaciones de ¡a saber qué fuerzas que les dieron vida!

—Sí.

—¿Y dónde estaría el comienzo de todo eso?

—Donde estar ahora: no haber inicio ni haber fin. Sólo haber lo que existir desde siempre. Nosotros crear lo que siempre existir.

—¡Es imposible para el razonamiento humano aceptar algo sin principio, Ruggiero!

—Por eso no ser dioses ni semidioses. Nuestra mente estar limitada para comprender mecanismo.

—Aun así es fascinante tu razonamiento como teoría de la vida. Creaciones que generan creaciones, al grado de que cobran una existencia independiente de sus creadores.

Ruggiero esbozó su típica sonrisa de satisfacción.

—Sí, esto ser el principio de la fantasía. Todo en esta máquina inicialmente ser creación de semidioses. Pero hoy poseer vida propia. —Ruggiero apoyó la cabeza en la pared detrás del banco donde ambos estaban sentados y cerró los ojos—. Por eso yo afirmar que no tener miedo, sino fascinación por tu dharma: por tocar en el mismo poder que los semidioses poseer.

Axel volvió a limpiar el sudor inexistente en su rostro. Incluso comenzaba a sentirse un poco más tranquilo respecto de lo que debía hacer.

—Su alteza, llegaremos al destino trazado en poco menos de cuatro horas.

Mentira: seguía nervioso. Axel Branford aún se sentía extremadamente nervioso.

—¡Aah!

—Sí, era Ariane Narin en el momento de encontrarse con João Hanson. La chica simplemente se colgó del cuello del muchacho y ambos se quedaron ahí, quietos, abrazados como un solo cuerpo, durante mucho tiempo. Como un único ser. Como un corazón unificado.

Cuando se apartaron, sus frentes se unieron y João dijo, sonriente, con los labios de ambos cercanos:

—Oye, Ariane.

—¿Sabes? Te extrañaba algo así —y ella acercó el índice al pulgar, como si apenas lo echara de menos.

João Hanson rio. Una risa desarmada, de esas que un hombre produce ante la mujer que consigue de él lo que quiera, simplemente porque existe.

Él la tomó del cuello, y estaba por arrastrarla hacia María para saludarla, cuando su expresión cambió. Enarcó las cejas:

—¿Y el señor quién es? —preguntó, con sequedad.

—Ah, disculpe por no presentarme antes, señor Hanson —observa que no había ironía en el término: João Hanson en verdad se había convertido en el señor de aquella casa—. Soy Juan de Marco y sólo acompañaba a las señoritas a su casa por seguridad.

—¿Y puedo preguntar qué motivos tendría yo para comprender tamaña cautela de su parte, señor De Marco? —lo inquirió João, con una seguridad que casi atemorizaba.

María Hanson miraba boquiabierta a su hermano, sin saber si estaba ante el hijo o ante el fallecido padre.

—João —lo cortó Ariane—, el señor De Marco defendió nuestra honra allá, en el mercado.

João la miró en extremo sorprendido.

—¿Y por qué diablos el «señor De Marco» tuvo que hacerlo, Ariane? — ¿repararon en el énfasis de...? Bueno.

—¡Te doy dos nombres! —dijo María al fin—. Héctor Farmer y Paulo Costard.

João apretó los dientes. Y los ojos. Aquella expresión, que ya se estaba volviendo clásica, también asustaba.

—Desgraciados.

—¡Eh, no te preocupes, João! ¡El señor De Marco puso a Farmer de rodillas, llorando como un bebé, e hizo que Costard gritara a toda la calle que era un idiota! ¡Y se llevó un tajo en la cara cuando se rehusó a hacerlo! ¡Incluso le conté a todo el mundo que besa tan mal como un sap...! —entonces Ariane se calló con brusquedad, se llevó la mano a la boca y miró hacia arriba y hacia todos lados, como si nada de eso tuviera que ver con ella—. Es hora de que guarde silencio, ¿no?

—Señor Hanson —repitió el joven De Marco—. Antes de retirarme, me gustaría felicitarlo por su actual estadio de escudero real. Espero que las mejores estrellas brillen en su entrenamiento y que alcance su objetivo hasta convertirse en el pupilo de lord Ivanhoe, con certeza la consagración máxima de un aprendiz de caballero.

João volvió a mostrar sorpresa.

—¿Cómo sabe que estoy bajo la tutela de lord Ivanhoe, señor De Marco?

—Él mismo se lo comentó a mi padre entre dos sorbos de té.

João calló, pensativo. Se imaginó qué bien relacionado estaba un hombre que tomaba té con un legendario lord militar y, aun más, que Ivanhoe se acordara de él lo suficiente como para mencionar su nombre entre dos sorbos de bebida caliente.

—¿Puedo hacerle una pregunta que siempre me dio curiosidad, señor Hanson?

—Si supiera responderla...

—¿Cómo sabe un escudero que usted salió de la posición en que se encuentra y está listo para convertirse en un caballero en entrenamiento?

—Cuando lo considera preparado, si no logra hacer que su aprendiz desista, o el tutor lo hace pasar por una prueba de fuego de fuerza o lealtad al código.

—Comprendo —asintió el muchacho—. Es un mundo fascinante el de ustedes.

—¿Todos listos para almorzar? —preguntó Érika Hanson, interrumpiendo la conversación.

La señora traía un delantal y hacía señas hacia una mesa de apariencia maravillosa, con carne de jabalí, arroz con cerezas, papas cocidas y aguamiel.

—Señora Hanson —el joven De Marco hizo una reverencia—, yo iba de salida. Agradezco la atención de todos, pero no deseo interrumpir este reencuentro de familia. Señorita Narin —le hizo una reverencia a Ariane; entonces se volvió hacia María y no dejó que sus ojos se apartaran de los de ella durante la reverencia—. Señorita Hanson.

Besó la mano de María. Ella no sabía si debía sentirse mal por eso, pero lo adoró.

—Señor Hanson.

El joven De Marco se volvió y caminó en dirección a un impecable carruaje, el mismo que los había llevado hasta allí. ¿Sabes qué era lo más interesante de aquella escena? María, Ariane y hasta la madre, Érika, simpatizaron con el muchacho, al grado de que incluso desearon que se uniera a la familia en ese almuerzo.

Lo que llama la atención es que, si aún hubieran visto a João como el menor de la familia, como ocurría hacía un tiempo, de seguro alguna de ellas lo habría convidado directamente. Pero no. Ninguna lo hizo por respeto al hombre de la casa allí presente. Ellas sabían que aquel momento era de João y que semejante invitación sólo saldría de aquella casa si el señor de la misma se la hiciera al otro hombre.

—Señor De Marco —dijo él, antes de que el joven se alejara demasiado.

—¿Señor Hanson?

—¿Le hizo usted un tajo en el rostro a Paulo Costard?

—Él se rehusó dos veces a admitir su pequeñez.

João Hanson sonrió. Una sonrisa verdadera.

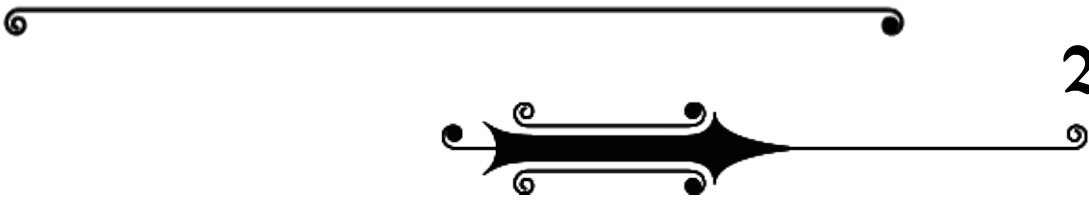
—¿Le gusta la carne de jabalí, señor De Marco?

—Solamente la preparada por buenas cocineras.

Todas las mujeres detrás de él sonrieron también. João Hanson tomó a Ariane de la mano y dijo:

—Entonces, sea bienvenido a esta casa.

Comenzaba así una amistad que sacudiría algunos cimientos en Nueva Éter.



La capitana Bradamante se encontraba en una sala cerrada con el señor cansado desharrapado y sucio que decía llamarse Spriggins. Entrenada como estaba, observaba el lenguaje corporal detrás de la surrealista historia que le contaba. Y no lograba encontrar nada que le dijera que aquel hombre mentía.

—Señor Spriggins, ¿comprende la gravedad de lo que me está describiendo? —preguntó ella en forma pausada, a la espera de una reacción explosiva de aquel que está desesperado y no encuentra a alguien que lo escuche.

En realidad, intentaba provocar esa reacción. Sin embargo, para su sorpresa, el hombre, con completa paciencia y cooperación, sólo asintió con la cabeza. Como si comprendiera la situación. Como si comprendiera el procedimiento militar del interrogatorio que ella le hacía.

—¿Comprende que el Pacto de Swift establece un acuerdo de armisticio entre las dos naciones, en el que se determina que ningún gigante caminará en la tierra de los hombres y que ningún hombre lo hará en la de los gigantes, y que en caso de que eso suceda, si una de las dos razas resultara herida en territorio de la otra, se consideraría una declaración de guerra?

El hombre asintió. Bradamante, detrás de aquellos ojos verdes como esmeraldas, comprendía la desesperación de un hombre que debe llevar al rey semejante noticia. La capitana se rascó la nuca, que sentía tensa ante la situación, debajo de aquel rubio sujeto con cola de caballo sujeta por una cinta.

—¡Bien! —dijo ella, aún tensa—. ¿Y comprende el actual escenario político que Ocaso construyó desde el ascenso de Anisio Branford como rey?

—Minotaurus apoya a Brobdingnag. Si Arzallum le declara la guerra a esta última, habrá una secuencia de eventos que culminará en la Primera Guerra Mundial de Nueva Éter.

Las palabras fueron secas. Era la voz de una persona con la seguridad de lo que decía y que aun así debía seguir adelante.

—Señor Spriggins, por último, ¿está consciente de cuán frágil es en este momento mi posición como capitana de la Guardia Real? Digo frágil pues aún no estoy segura si debo llevar o no esta información a mi soberano. Impedir que esto llegue hasta él sería tal vez evitar la muerte de miles de personas. Y es para cosas de este tipo que poseo mi autoridad.

—Capitana —dijo el hombre, cansado pero seguro—. Sé qué es estar en su posición, porque ya estuve en ella.

Pese a su entrenamiento, la capitana no logró disimular su sorpresa.

—¿Capitán de la Guardia Real?

—No de la Guardia Real.

Ella esperó a que él completara la información, pero en vez de eso sólo dijo:

—Sé que mi apariencia genera desconfianza y qué difícil es juzgar, en su posición, si la vida de un niño vale la de millones.

Ambos guardaron en silencio. Entonces el hombre continuó:

—Pero su evaluación es la de una instancia ajena. Yo soy una persona directamente involucrada, porque ese niño es mi hijo. Y si es preciso convencer a un rey para ir a buscarlo, tengo la obligación, como padre, al menos de intentarlo, ¿comprende?

La capitana asintió. Percibía que él intentaba invertir los papeles en aquel interrogatorio, pero al principio no le dio importancia.

—Además de eso, esta guerra, si no se desata ahora, lo hará el próximo o el próximo mes. Ambos sabemos, capitana, que las alianzas y las enemistades ya están puestas sobre la mesa, que los ejércitos ya se encuentran armados y que todos esperan tan sólo un motivo.

La capitana siguió en silencio, observando a aquel hombre tan dudoso. Observándolo bien, lo cual le resultaba cada vez más difícil.

—¡Y si ese ha de ser un motivo, que lo sea! Puedo vivir con ello, mas no sin haberlo intentado.

Los dos guardaron silencio de nuevo. Permanecieron así aproximadamente un par de minutos, mirándose a los ojos, decidiendo cuál de los dos era más débil. Cuál de los dos cedería primero.

Pero ninguno desvió la mirada en ningún momento.

—Lo comprendo, señor Spriggins. En realidad, incluso respeto su determinación y su sinceridad. Pero si usted en realidad ya estuvo en mi posición, entonces sabe que, desde mi perspectiva, aún no tengo motivos para llevarlo ante el rey de Arzallum —aquellas palabras eran otra prueba: si todo aquello era un alarde, en ese momento Bradamante lo descubriría—. Finalmente, no tengo la obligación de vivir con eso.

El hombre movió la cabeza, comprensivo. De nuevo aquella reacción era inesperada.

—Capitana, no me sorprende su decisión. Tal vez, si yo estuviera en su lugar, actuaría de la misma forma. —Bradamente continuó observándolo, imaginando que un hombre determinado como aquel no se rendiría tan fácilmente—. Por eso tendré que recurrir a algo que no me gustaría mencionar, si bien estaba listo en caso de que la situación me obligara a hacerlo.

—¿Y de qué estaríamos hablando, señor Spriggins?

—Capitana, hace mucho tiempo, más del que recuerdo desde que esto comenzó, he utilizado el nombre de Gildrig Spriggins —una pausa significativa—. Pero ese no es mi nombre de bautismo ni con el cual viví la mayor parte de mi vida.

—¿Y cuál es su nombre de bautismo, señor Spriggins?

El hombre se detuvo, como si continuar con aquello resultara en extremo pesado para él. Como si decir su nombre olvidado fuera algo mucho peor que viajar centenares de kilómetros sin las provisiones necesarias, con una información capaz de destruir el mundo y enfrentar a una capitana militar en una sala cerrada.

Aun así ambos pasaron dos minutos más sin desviar la mirada el uno del otro.

Y Gildrig Spriggins al fin le dijo su nombre verdadero a Bradamente.

La capitana de la Guardia Real se irguió con brusquedad, sobresaltada, y decidió que aquel hombre vería al rey Anisio Branford. De inmediato.

Faltaban pocos minutos. Poquísimos. Axel Branford sentía el corazón en la boca, latiendo con violencia de adentro hacia fuera. *Boris*, el corcel, parecía contagiado por la ansiedad de su príncipe y también comenzó a agitarse, con lo que dio trabajo a los siervos reales.

—Dos minutos, alteza —dijo el capitán del *Vishnú*.

Ruggiero le tocó el hombro y dijo:

—¡Otra vez querer desearte buena suerte!

Axel movió la cabeza sin conseguir decir nada. Uno de los siervos reales vino a él y le dio una venda negra que debía colocarse en los ojos.

Él fue hasta donde se encontraba *Boris* y el otro siervo lo ayudó a montar en el corcel. *Boris* relinchó. El caballo estaba listo. Y también se veía tenso.

—Un minuto, alteza.

Axel suspiró y se colocó la venda en la cabeza, por encima de los ojos, cubriendo la frente. Aseguró las riendas. El corazón le latía con fuerza, con mucha fuerza.

Un ventarrón comenzó a invadir el interior del artilugio cuando uno de los gnomos liberó la rampa que daba acceso al exterior. *Boris* relinchó una vez más. Desde el interior se veía el suelo que se aproximaba cada vez más, a una gran velocidad.

—Diez segundos, alteza.

Axel sintió las manos húmedas en la silla. Observó fijamente la rampa algunos metros al frente.

—Siete, seis, cinco...

Puso a *Boris* en posición de partida. El gnomo liberó la rampa por completo. El *Vishnú* hizo un descenso en media luna y comenzó a correr en paralelo al suelo.

—Tres, dos...

Más cerca. Cada vez más cerca.

—¡Va! —gritó el príncipe y el corcel partió.

Y lo hizo con la furia del rugido de un trueno.

Corrió como si flotara. Como si el mundo fuera suyo y en ese momento fuera creado sólo para él. *Boris* partió con la ligereza de un jaguar en plena caza y descendió por aquella rampa, saltando con sus cascos poderosos. El *Vishnú* disminuyó la velocidad, pero al corcel no le importó. Su cuerpo saltó del artefacto en movimiento y tocó el suelo del camino de Malan, a una velocidad cada vez más acelerada, como si todo fuera parte de la misma máquina.

Fue así como Axel Branford partió en aquel corcel, con la más pura adrenalina, sin saber bien a dónde lo llevaba su destino. El polvo se levantaba mientras los nuevos señores corrían, y se diría que, desde afuera, aquella jornada se vislumbraba hermosa. Aquella imagen. Aquella acción.

Axel Branford, en ese anochecer, no sólo corría para sí. Lo hacía por un hermano que necesitaba compartir. Corría por un amor por el que no podía volver atrás. Por una nación que esperaba de él mucho más de lo que él mismo se creía capaz de dar. Por el recuerdo de un padre héroe. En busca de una identidad.

Axel Branford corrió por la magia que existe en cada hombre. En cada espíritu. En cada creación.

Axel Branford, en aquel crepúsculo, se colocó la venda negra en los ojos y corrió por Arzallum.

Liriel Gabbiani rondaba alrededor de una barra improvisada. Giró en corto, dio un salto mortal con el cuerpo estirado y cayó de pie como si fuera la cosa más natural del mundo.

Detrás de ella, una voz la asustó:

—Volveremos a Arzallum.

—¿Te cansaste de patrullar el puerto con tus niños?

—Me llevaré a los muchachos conmigo.

—Pensé que tu interés era darles una identidad.

Snail se acercó a ella, con gesto de desprecio.

—¡Mírame bien a la cara, Gabbiani! —ella lo miró y sintió ganas de reír—.

¿Crees que en verdad pienso eso?

—No. Sinceramente no lo creo.

—¿Por qué no?

—Porqué tú eres el tipo de sujeto que debe creer que a un gobierno no le importan los huérfanos en sus tierras, sean nativos o adoptados por ella.

—¿Y estaría equivocado?

—No puedo juzgar lo que sientes en la piel.

Snail mantuvo la expresión hermética. Le gustaba el razonamiento de aquella muchacha. En verdad le gustaba.

—Mi interés era darles una sensación de familia. Y eso ya lo conseguí. Ellos se apoyan, pelean entre sí, pero también resuelven las pendencias entre sí. Es más: se protegen. Ninguno de ellos sería capaz de traicionar al otro.

—¿Y si uno de ellos lo hiciera?

—¿Quieres saber cómo reaccionaría yo?

—Cómo reaccionarían ellos.

—No sé, tal vez le dieran una paliza. Tal vez lo expulsaran para siempre. Tal vez.

—¿Lo mataran?

Snail se encogió de hombros.

—Quién sabe.

Liriel se espantó con su reacción.

—¿Y a ti eso no te importa?

—¿El castigo de algo que no sucedió, cometido por personas que no existen? No, no me importa.

—¡Ay, cuando quieres eres de lo más irritante! —Liriel arrojó una toalla hacia él; Snail la esquivó y la miró caer al suelo—. ¿Quieres recogerla?

Snail hizo cara de idiota.

—Fuiste tú la que la lanzó.

—¡Si no te hubieras quitado, no habría caído al suelo!

—¿Entonces la culpa de que esté en el suelo es mía?

—¡Sí, desde el momento en que me irritaste al grado de que te la arrojara a la cara!

—¿Debería haber permitido que acertaras?

—Sí, como castigo.

—¿Un castigo que tú decidiste?

—Sí. Y no tienes forma de rebatirme ese derecho. A final de cuentas a ti no te importa.

Snail suspiró. Pensándolo bien, odiaba el razonamiento de la muchacha.

—Pero todo está bien —dijo ella—. En parte, a mí también me gustaría regresar a Arzallum. Tal vez hasta reabrir el circo.

—En realidad no volveremos a Andreanne para quedarnos allá.

—¿Ah, no?

Liriel se aproximó hasta la toalla y la recogió. Le pegó un poco para sacarle la tierra acumulada.

—No —respondió él—. Nunca más pararemos en ningún lugar.

—¿Y por qué?

—Porque yo y mi ejército de huérfanos no pertenecemos a ningún lugar.

—¿Y yo debo incluirme en eso? —no era posible decir si se lo preguntaba a él o a sí misma.

—Estás acostumbrada a una vida itinerante. Una persona que se esconde detrás de un circo necesita, lo quiera o no, recorrer varios trayectos sin registrar una localidad fija. Tú eres una nómada por naturaleza.

—En mi caso, por las circunstancias.

—¿Y no ocurre así con todo nómada?

—No, existen personas aventureras por vocación.

—Tal vez aventureras, mas no huérfanas —hubo una pausa profunda entre los dos, hasta que él completó—: Los huérfanos siempre lo son por las circunstancias.

—¿Siempre? —preguntó ella con la mirada desenfocada.

—Siempre.

Liriel quería decir algo, pero no logró pensar en una respuesta decente.

—¿Y si quisiera establecer una localidad fija? ¿Y si, al llegar allá, me quisiera quedar en Andreanne por el resto de mi vida?

—No juzgaré tu decisión.

—¿No te importa?

—No la juzgo.

Liriel asintió, cediendo. Se puso la toalla alrededor del cuello, sujetando cada extremo con una mano.

—¿Y cómo deseas regresar?

—Por mar.

Liriel alzó las cejas. El motivo era obvio: volver por mar significaba conseguir un barco. ¡Volver por mar con centenares de adolescentes huérfanos significaba conseguir un galeón! En realidad, más de uno.

—¿Y enviarás a esos niños a que construyan un barco con las manos?

—No, ellos no lo fabricarán, sino que lo tomarán.

—¿Y cómo pretendes hacer eso?

—Tengo un plan. Liberaremos a un hombre preso aquí, en Stallia, que, a cambio, nos ayudará. Para eso necesitare de ti.

—¿Ah, sí? ¿Por qué motivo?

—Porque tengo dificultad con los planes minuciosos y la prevención de situaciones hipotéticas.

Liriel le arrojó de nuevo la toalla. Esta vez acertó en plena cara. No era posible saber si había dado en el blanco o si él la había dejado acertar en castigo por su cinismo.

Independientemente del motivo, el plan comenzaría aquella misma noche.

→ Su majestad.
Capitana Bradamante.

El rey de Arzallum llegó presuroso al Salón Real, tras ser informado de que su capitana había interrogado a un hombre, que decía ser una persona que no debía estar allí, con una noticia que nadie deseaba recibir.

No era una casualidad, pues, la aprehensión de Anisio Branford.

—Su majestad, de acuerdo con mi evaluación personal, me parece que debería recibir al hombre y escuchar lo que tiene que decir. Intenté buscar señales de algún engaño, pues sólo una me habría bastado, pero juro que no las encontré.

—Capitana, en vista de tu competencia, no hay modo de actuar de otra manera, ni yo lo deseo —el rey se volvió hacia el siervo real en la entrada del Salón Real—. Anuncia al visitante.

El siervo se aclaró la garganta, con dificultad para decir lo que debía decir:

—Su majestad, el antiguo comandante de la armada naval militar de Arzallum y uno de los «originales» de la Cacería de Brujas, capitán Lemuel Gulliver.

João Hanson había abrazado a su madre y a su hermana y besado a su novia («novia prometida», ¿eh?) antes de entrar en el carruaje de su nuevo amigo, en el cual se dirigía en ese momento a la hacienda de su tutor, el caballero Reinaldo Grimaldi. Estaba por oscurecer y él sabía que si caía la noche no sería bueno bajo ninguna circunstancia. Y si aparte llegaba después del plazo establecido, entonces...

Lo que más sorprendió al escudero, sin embargo, fue que a lo largo del camino el joven De Marco paró su carruaje para llevar a una dama que iba «en la misma dirección» hacia la que ambos cabalgaban.

—Déjame ver si entendí —dijo João, antes de que la dama subiera al carruaje—. Estuviste jugando a los galanteos a lo largo del almuerzo con mi hermana, y unos minutos después, frente a mí, ¿pretendes flirtear con otra dama? ¿Es eso lo que debo entender?

João hablaba en serio. Sin embargo, Juan de Marco trató todo como si fuera una gran broma.

—¡Eh, no te preocupes, guardaespaldas trol! Sólo hablamos de una amiga. Es más fácil que convivas con ella e irrites a la señorita Ariane que yo haga lo que propones con María.

Tocó el turno de João de relajarse. Y de decir, como en una broma en la que se habla en serio:

—Siempre es bueno encontrar personas conscientes, que aprecian sus vidas.

La joven Almirena había subido al carruaje. Tendría la edad de Juan de Marco, no más de diecinueve o veinte años. Probablemente diecinueve. El hecho era que Almirena era una pelirroja de rasgos finos, pecas en el rostro y voz dulce. Usaba un vestido de lino noble a la altura de los tobillos, insistía en hablar en segunda persona, como se entrenaba a las damas, y parecía conocer a De Marco de otros tiempos.

—Mi padre está ocupado con la parte de los negocios de venta y extracción de madera —dijo De Marco—. Aún no sé exactamente por qué, pero parece que

Andreanne, de repente, comenzó a necesitar con desesperación el triple de lo que normalmente requiere.

—Por lo visto, entonces —dijo aquella dama de voz dulce—, tu padre tendrá que emplear a más personas. O exigir el doble de trabajo de los leñadores.

—No hay cómo exigir el doble de trabajo a los leñadores. Son hombres que dan lo máximo que pueden todos los días y llegan hasta más allá de lo que aguantan por las horas extra cuando se les pagan —dijo João Hanson.

Ambos lo miraron de manera curiosa.

—Oí hablar de eso —dijo la joven—. Hoy conversé con un barón que comentó que los leñadores acostumbran dosificar sus energías a lo largo de las horas de trabajo normales, de modo que les sobre fuerza para ganar un poco más con las horas extras.

—Con todo respeto, *madame*, sinceramente dudo que su amigo barón haya levantado un hacha una sola vez en su vida para saber de lo que habla. Me gustaría que él me mostrara cómo se conserva la energía cuando se tiene la obligación de golpear docenas de veces, con la lámina afilada de una herramienta pesada, en el mismo punto del grueso tronco de un árbol bien enraizado.

Almirena dejó de mirar a De Marco y se volvió hacia el joven Hanson:

—Señor Hanson, parece conocer bastante el universo de los leñadores. ¿Nuestro amigo De Marco te ha llevado a conocer su negocio de familia relacionado con la extracción de madera?

—En realidad, señorita, el señor De Marco no tiene conocimiento, pero mi padre trabajó para él como leñador y yo lo sustituí cuando quedó imposibilitado de continuar.

El propio De Marco levantó las cejas, sorprendido. Almirena pensó que aquello era una curiosidad fascinante.

—Mira nada más. ¡Quién lo diría! ¿No es verdad? Eso explica bien tus brazos fuertes —dijo, acompañando el gesto de miradas; De Marco sonrió con el comentario, pero João no—. ¿Y qué imposibilitó a tu padre de continuar, señor Hanson? ¿Algo como un accidente desdichado o a consecuencia de la edad?

—Un pacto de magia negra establecido con un conde que se metía con las fuerzas oscuras.

Se hizo un silencio en aquel carruaje, que por un momento amenazó con ser perpetuo. Fue De Marco quien cortó con él:

—¿Sabe, señorita Almirena? El señor Hanson fue el caballero que pidió hace poco el Tribunal de Arthur, ¿se acuerda? El del conde Edmundo. Usted deber haber oído...

Almirena expandió todos los músculos de la cara.

—Ah, ¿tú eres el aprendiz que mató al conde? ¿El que está bajo la tutela del caballero Grimaldi?

João se sorprendió de que ella conociera aquellos detalles.

—Nuestro amigo Hanson posee una experiencia de vida fascinante para alguien de su edad, señorita. Fue él también el que sobrevivió a los siete años al macabro caso de la Casa de los Dulces.

—¿Cuántos años tienes, señor Hanson? —una pregunta así hecha por ella a un varón no era tomada como ofensa, mas si hubiera sido al contrario...

—Estoy a pocos días de los dieciséis, señorita.

—Me impresiona tu historia. El nombre de tu familia debe estar en ascenso.

—En realidad, él es hermano de la joven Hanson, elegida por el actual primer príncipe de Arzallum.

—¿La plebeya? —dijo Almirena, sin dejar claro si había en la frase un aire de curiosidad o desdén.

—De corazón mucho más noble que el de cualquier noble que haya conocido —dijo João Hanson, deseando que lo hubiera dicho con desdén.

—En el actual escenario, cuando João Hanson se consagre caballero, el apellido Hanson pasará a un nivel superior. En realidad, una escalada social tan impresionante que recordaría a la de la familia Branford.

Almirena continuaba pensando que todo aquello era en extremo fascinante.

—¿Y sobre tu tutor, señor Hanson?

—¿Cuál de ellos? ¿El temporal o el verdadero?

—El actual.

—¿Qué tiene?

—¿Quién sería, digamos, el verdadero?

—El general de guerra y héroe original lord Ivanhoe.

Almirena volvió a poner una expresión curiosa.

—¿Será que lograremos llegar a nuestro destino sin que el señor Hanson deje de sorprenderme? ¿Pero entonces, señor Hanson, qué piensas de tu actual mentor, Reinaldo Grimaldi?

—Es riguroso. Como era de esperarse.

—¿Qué es lo que más te irrita de ese rigor?

—No sería relevante para esta conversación.

—Me gustaría conocer un poco sobre tu universo.

—Con todo respeto, no soy una obra de teatro ni un juego de entretenimiento, señorita Almirena. Tomo en serio la vida que escogí y, sobre todo, el código que ella exige. Y un aprendiz que se queje con un extraño de su tutor no merece estar bajo su tutela.

De Marco sonrió ante la expresión decepcionada de Almirena.

—No se asuste con la franqueza de mi amigo, *lady* Almirena. Detrás de ese caparazón late un corazón puro. ¿Saben? Yo no viví las experiencias de nuestro

amigo ni su vida de privaciones, pero aun así, en lo que llaman mi vida fácil, leí a grandes autores y aprendí mucho con las estrellas.

—¿Cómo, señor De Marco?

—¡Sí, sí! Existe una que me enseñó todo lo que necesito saber de esta vida. Una estrella que se localiza al oeste, donde los luceros románticos se reúnen, donde brilla la estrella de Blake White.

—Mi hermana me habló de ella. La primera estrella romántica —dijo João.

—No, las estrellas de Blake y de Blake White son dos astros diferentes, pero que brillan por motivos semejantes.

—¿Y qué te enseñó Blake White, señor De Marco? —preguntó *lady* Almirena con curiosidad.

—Me enseñó que sólo existen cuatro preguntas en la vida: ¿Qué es realmente sagrado? ¿De qué está hecho el espíritu? ¿Por qué vale la pena vivir? ¿Por qué vale la pena morir?

Lady Almirena miró a João Hanson, a la espera de que el muchacho dijera la respuesta. João se mantuvo quieto. Y don Juan concluyó:

—La respuesta a todas ellas es la misma: sólo el amor —remató con la mirada desenfocada—. Sólo el amor.

Lady Almirena continuó mirando a João Hanson y sonriendo. João bajó la cabeza, miró su cordón de compromiso y dijo:

—Bueno, aquí me bajo.

João pareció salir de su trance, hizo una seña y el conductor del carruaje lo detuvo.

—Gracias por traerme hasta aquí —dijo João.

—El placer fue mío —y se despidieron con un apretón de manos.

—Señorita.

João sólo iba a asentir con la cabeza y retirarse cuando Almirena le extendió su mano. Hecho eso, como era su obligación, él tomó la mano y la besó.

Cuando salió y el carruaje se echó a andar, ella dijo:

—Fascinante ese muchacho.

—En realidad, toda su familia lo es. Incluso la parte que se unirá.

—¿Cómo es eso? —preguntó ella, sorprendida.

—¿Acaso no notó el cordón, señorita? —dijo don Juan, en tono provocador—. Él es el novio prometido de la más joven Narin. La misma que sobrevivió al otro caso macabro.

Almirena cerró la expresión. En definitiva, João Hanson no paraba de sorprenderla.

—¿Y cuál es el nombre de ella?

—Ariane. Ariane Narin.

La mujer cerró los ojos. Juntó los labios. Y movió la cabeza, con la nariz apuntando para arriba.

—Ariane, ¿eh?

Aquellos nombres sonarían en poco tiempo.

Con la intensidad de un tifón.

—¿eres tú el capitán que nos fue anunciado? —dijo el rey Anisio Branford —¿para iniciar el diálogo.

—Sentiría tal confirmación más como la de un hombre que ya fui que la de aquel que soy ahora —dijo el señor flaco y desharrapado.

—Por muchos años, muchos buscaron el paradero de Lemuel Gulliver.

—Y sólo lo habrían encontrado si yo aún aceptara esa identidad. Y la corroborara.

El rey Anisio se acomodó en el trono y miró a la capitana Bradamante. En ese momento sólo los tres estaban en el Salón Real. Ninguno de ellos en una posición en extremo comfortable.

—¿Y tienes alguna prueba concreta que compruebe tu afirmación, señor... Spriggins?

—Ninguna que me importe, su majestad, aunque sería fácilmente reconocido por uno de los «originales», como su padre.

El rey asintió. Y, en un tono comprensivo, comentó:

—Lamento también la falta de circunstancia para que él te reconociera. Sin embargo, existe otra forma de ratificar lo que dices.

—¿Hay algún original presente en este palacio?

—No, no es uno de los originales —dijo una cuarta voz que entraba en el Salón Real—. Pero sí uno que estuvo al lado de ellos.

El que hablaba se aproximó con su caminar excéntrico característico. Se podría decir que incluso el desharrapado sonrió.

—Señor Spriggins —continuó el rey, todavía ignorando el título anunciado del visitante—. ¿Sabes quién es este hombre que ha entrado?

—Sabino von Fígaro, consejero de la Sala Redonda, especialista en las artes de las tinieblas y eximio estratega militar, responsable de ayudar a Primo Branford a lo largo de la Cacería de Brujas antes incluso de que el molinero se convirtiera en rey.

Anisio y Sabino se miraron. Y parecieron gustar de aquello.

—Hoy —continuó el rey—. Sabino von Fígaro regresó como el octavo consejero real, y también ocupa el cargo de general y comandante de la Orden de los Caballeros de Helsing.

El desharrapado movió la cabeza.

—Dudo que alguien en este reino tenga mayor experiencia y mérito para tal hecho. El título asumido demuestra una extrema justicia, su majestad.

El rey se volvió hacia Sabino.

—General Sabino von Fígaro, ¿reconoces a este hombre aquí presente?

Sabino se aproximó al hombre cansado. Entrecerró los ojos, se rascó la mandíbula y dijo, con la excentricidad de siempre:

—En un villorrio existen dos hermanos gemelos. Uno siempre dice la verdad. El otro siempre dice mentiras. Pero nadie sabe diferenciarlos. Sin embargo, los dos fueron testigos de un crimen con dos sospechosos. Es preciso que uno de ellos identifique al culpable.

El señor agotado asintió dos veces con la cabeza, en señal de que entendía.

—¿Cómo harías para identificar al sospechoso correcto si sólo tuvieras el derecho de hacer una única pregunta a uno de ellos?

El hombre ni siquiera titubeó:

—Le preguntaría lo siguiente a cualquiera de los gemelos: ¿cuál de aquellos dos hombres diría tu hermano que es el culpable? El hombre señalado resultaría liberado.

Sabino soltó una risa larga y dijo:

—¡Me emociona saber que estás vivo, capitán Gulliver!

Ambos se estrecharon las manos y se abrazaron como parientes que no se han visto en mucho tiempo.

Bradamente y el rey Anisio se miraron, sorprendidos, primero intentando entender el motivo y el razonamiento de la historia preguntada, y después el motivo de que aquello sirviera como base para tal conclusión.

La demora en cuanto al razonamiento se justificaba: hasta los semidioses podrían perder una dosis de eternidad para comprender el enigma.

—General Sabino, ¿podrías, sólo a título de curiosidad, hacernos comprender tu razonamiento?

—Con todo placer, su majestad. El capitán Lemuel Gulliver siempre fue uno de los hombres más inteligentes que he conocido en estas tierras. Y no por casualidad es un excelente capitán de navíos, médico cirujano e incluso diría que escritor.

—El general Sabino me sobrevalora.

—Una de nuestras grandes diversiones consistía en practicar juegos de inteligencia y razonamiento para probarnos uno al otro. Cada vez que el capitán salía de viaje, regresaba con uno o dos juegos que me obligaban a ir más allá de mi límite para encontrar la mejor respuesta.

—Nada que nuestro profesor no haya hecho conmigo.

—Y este acertijo que él propuso fue el último que me hizo, antes de que nunca más nos encontráramos.

El rey comprendió y se levantó del trono.

—Entonces no hay más dudas. Capitán Lemuel Gulliver: es un honor para este palacio recibirlo una vez más.

El capitán se arrodilló.

—Su majestad, yo, que lo vi de niño, afirmo que el honor es mío de mirar ahora al hombre y el rey en que se convirtió.

Bradamente interrumpió la ceremonia:

—Rey Branford, admito lo emotivo del momento, en el cual nuestro capitán fue oficialmente reconocido por el general Sabino, pero en nombre del propio necesito manifestar la urgencia y la angustia de lo que él, desgraciadamente, debe decir. Creo que no sería ni un poco impropio si dejamos para otra ocasión las formalidades que la llegada de un héroe de guerra merecería, en pro de las decisiones que deberán ser tomadas.

El rey Anisio miró a su capitana y no tomó ninguna de sus palabras como ofensa. Entonces se volvió al capitán Gulliver y dijo:

—Si eres el original que luchó al lado de mi padre, el rey Primo Branford, entonces cuéntame, capitán, lo que sucedió en esos años en que renegaste de tu título y tu historial. Y qué fue lo que ocurrió tan importante, al grado de venir hasta aquí en persona, a riesgo de que nadie te creyera.

El hombre suspiró. Sabino se apartó y tomó posición para escucharlo. Entonces el capitán dijo:

—Su majestad, como capitán de la armada de Arzallum navegué por mares dentro de este mundo y conocí pueblos y culturas de características inimaginables para quienes nunca estuvieron en contacto con ellos.

—Te creo, capitán. Ya tuvimos contacto con Labuta y sus gnomos ingeniosos, que nos presentaron la ciencia de la magia roja.

—¿El Etherpunk?

El rey se mostró sorprendido.

—Sí, esa ciencia.

—En Oriente ha sido utilizada desde hace tiempo. Ustedes ni siquiera se imaginan en lo que se convertirá este continente en cinco años.

—Nos lo contarás a su debido tiempo. Pero ahora dínos qué es tan importante que requiere de nuestro conocimiento.

—General Sabino, debes acordarte de mi esposa...

—La señorita Mary Burton Gulliver —respondió de inmediato el general—. Segunda hija de Edmund Burton, conocido negociante burgués que alcanzó la riqueza

con la venta de medias de buena calidad.

—Mi casamiento con Mary lograba una visible dualidad. Cada uno poseía un lado que el otro no comprendía, y por eso nuestra unión no daría el resultado que le parecía al público ajeno. Mary no comprendía mi deseo de conocer culturas y navegar el océano en pos de conocimientos que desafiaran mi visión del mundo. Yo no comprendía su ambición social y su obsesivo deseo por bienes materiales y estatus progresivo para el apellido de la familia. Cuando estaba con ella, mis pensamientos se hallaban en el océano. Cuando estaba en el océano, no me acordaba de pensar en ella.

—Capitán Gulliver —dijo Bradamante—. Disculpe que interrumpa su narración, pero una vez más necesito ser objetiva debido a la urgencia: ¿en verdad eso es relevante para nuestra actual y urgente situación?

—Sí, capitana, a partir del momento en que fue a causa de ella que esa situación se suscitó.

Se hizo el silencio. Y Gulliver continuó:

—Rey Branford, todos ustedes saben con seguridad lo que representa el Pacto de Swift.

—Un documento que establece un armisticio entre los reinos humanos y gigantes, basado en la no intervención de ninguna de las partes en las regiones pertenecientes al otro.

—Y saben por qué el pacto recibió ese nombre.

—Porque era la estrella que brillaba más fuerte la noche en que fue establecido.

El capitán asintió. Dos veces.

—Pues esa noche ocurrieron también muchas cosas que no se saben. ¿Acaso todos aquí recuerdan el escenario político en torno al pacto?

Sabino tomó la palabra:

—La guerra entre gigantes y elfas amazonas había tomado proporciones absurdas. Los reinos humanos, que estaban en medio del fuego cruzado, comenzaron a ser alcanzados, y los humanos necesitaban tomar partido. Y este partido se inclinaba por el lado élfico.

—A título de curiosidad: ¿existen elfos adultos hoy en día?

—Sólo el rey Elfo, su majestad —concluyó el capitán.

En la época de la guerra entre las dos razas, la Tierra Élfica se componía en exclusiva de elfas amazonas, niños elfos e indios mohicanos.

—Es verdad que los indios en esa sociedad son permitidos sólo para... — Bradamante quiso completar la frase, pero le resultó difícil hacerlo.

—Reproducción, capitana —dijo Gulliver—. En la Tierra Élfica, los elfos no crecen; mantienen su pureza y su edad infantil mientras permanecen en su lugar natal. Así que, para reproducirse, las elfas aceptan la presencia de indios mohicanos en sus tierras y eligen a los mejores ejemplares para sus descendencias.

—Eso me suena como tomar a un hombre por un caballo —dijo la capitana.

—Comprendo tu visión. Sin embargo, los años como hombre de mar y la curiosidad por la naturaleza humana me enseñaron una lección que tomé como un perfecto axioma: las culturas no se miden por las señales de más ni de menos. Si así lo hiciéramos, en verdad que tendrían mucho espanto en relación con las actitudes de la cultura humana.

—Capitán Gulliver —el rey retomó la conversación—. Concluye, por favor, el relato sobre el día en que se firmó el tratado. Hasta donde sabemos, los humanos tomarían el partido élfico y eso significaría entrar en combate directo contra el ejército gigante.

—Un combate en el que tal vez saldrían victoriosos, pero que destruiría buena parte de los reinos humanos en el fuego cruzado, ¿están de acuerdo?

—Perfectamente —dijo el rey.

—Entonces un mensajero gigante fue enviado al rey Primo.

—¡La princesa Gumdalclitch! —dijo Sabino—. Yo estuve presente en ese encuentro. Una princesa que hablaba muy bien de ti, capitán Gulliver.

—Cuando yo la conocí ella tenía la edad que para nosotros correspondería a la de una niña de nueve o diez años. De cualquier forma yo no estaba presente en el reino en esa época. Por desgracia me hallaba navegando por los mares de Antílope. Quizá todo habría sido diferente de haber estado aquí.

—Sé que mi padre, Primo Branford, escuchó la propuesta de armisticio entre hombres y gigantes. Una suspensión de guerra basada en la no intervención. De esa forma los humanos se comprometían a no subir jamás a Brobdingnag sin invitación, en tanto que ningún gigante bajaría a ningún reino humano sin cumplir el mismo requisito.

—A no ser en casos como la ocasión especial de la coronación del rey Anisio, por ejemplo, en que fueron debidamente invitados —abundó Sabino.

—Sin embargo, aceptar el armisticio habría implicado dejar a la raza élfica a su propia merced. Pero el rey Primo estaba involucrado en una cacería que ya le exigía esfuerzos. Y recursos.

—Y si esa decisión estuviera en mis manos en los días actuales —dijo el rey Anisio—, no me cabe duda de que habría hecho la misma elección.

—Sin embargo, lo que nadie sabe, su majestad, es que antes de regresar a Brobdingnag la princesa se encontró con mi mujer.

Los otros tres, incluyendo a Sabino, cambiaron de posición. Ahora por fin comenzaban a entrar en terreno desconocido.

—Y ella, llevada por la simpatía hacia mí, extendió tal simpatía a mi esposa y la invitó a Brobdingnag. Mary se enamoró de la forma en que fue tratada allá y ganó en el reino gigante la misma importancia que tiene un consejero real aquí en Arzallum.

Los tres se miraron asustados.

—¿Mary Burton se convirtió en consejera militar? —preguntó la capitana Bradamante, estupefacta.

—No llegaría a tanto. Pero también es un cargo que ocupa ocasionalmente. Lo que le interesa a Mary es satisfacer sus ambiciones. Y ella pretende llegar al ápice de la escala social humana.

—Y eso significaría... —comenzó la capitana.

—Capitana Bradamante, ¿cuál es la mayor posición social que una mujer puede alcanzar en la sociedad humana?

—El estatus de reina de una nación —respondió Anisio Branford a bocajarro, antes que la capitana.

Su tono era grave. Su expresión, de incomodidad.

—Entonces —concluyó Sabino, con los ojos entrecerrados—, ¿Mary Burton pretende convertirse en reina de una nación?

—Capitán, disculpe la pregunta, pero ¿cómo tuviste acceso a semejantes datos, informaciones que no llegaron ni al Gran Palacio?

—Porque fui invitado por ella y estuve en aquellas tierras.

Una nueva sorpresa para los presentes.

—¿Estuviste en Brobdingnag? —preguntó un confundido Sabino.

—Estuve en la capital, Lorbrulgrud. Y aún más: me puse delante del rey Blunderbore, de su reina y de mi esposa. Fue cuando me llevé la sorpresa más grande de mi vida. Y mira que hablamos de un navegante —el capitán se detuvo, suspiró y al fin concluyó—: Entonces Mary Burton me entregó a mi hijo en las manos.

El rey Anisio se rascó la barba, sin concluir nada.

—¿Tú no sabías que ella estaba embarazada?

—No. Ni desconfiaba al respecto. Como ustedes saben, tenemos una hija de nombre Isabel, ya casada y madre de dos hijos, que hoy vive en la ciudad de Silbra, aquí, en Arzallum, si no me engaño. Hasta ese momento imaginaba que se trataba de la única heredera que poseía.

—¿Entonces tu segundo hijo nació en Brobdingnag? —preguntó la capitana Bradamante, al notar el absurdo de que una persona tuviera un hijo con esa nacionalidad.

—¿Encuentran una ironía mayor? —ninguno la encontró—. El hecho es que esto hizo de Mary una celebridad en aquellas tierras. La madre de una criatura única en el mundo: un bebé humano nacido en Brobdingnag.

—Y así comenzó su escalada social —concluyó Sabino.

—En realidad ese sólo fue el comienzo. Más tarde entendí que el acto de llamarme y entregarme allí al niño era parte de un plan mayor. ¡Del plan para que ella llegara a la cumbre!

—Entonces allí comenzó el plan de Mary Burton de convertirse en reina —
concluyó el rey.

El capitán asintió tres veces con la cabeza. Y preguntó:

—¿Cómo es el nombre de aquella estrella de los gobernantes manipuladores?

—Maquiavel —respondió Sabino.

El capitán Lemuel Gulliver levantó las cejas y asintió, al concordar con la respuesta.

—Pues ahí lo tienen: la parte más maquiavélica de ese plan viene exactamente ahora.

Snail Galford y Liriel Gabbiani se hallaban ante la Solitaria, la misma prisión donde Robert de Locksley, hoy primer ministro de Stallia, había pasado años preso.

—¿Él está allí adentro?

—Sí.

—¿Y en verdad pretendes liberarlo?

—Sí.

—¿Y sabes lo que implicaría hacerlo?

—Lo sé.

—Y aun así quieres seguir con...

—Sí.

Silencio.

—¿Quieres saber? —preguntó ella—. ¡Creo que esta vez no debe haber planes minuciosos ni prevención de situaciones hipotéticas!

—¿Cómo es eso?

—Esta prisión no sigue una rutina. Ellos la modifican en forma constante justo para evitar planes de este tipo.

—Cierto, pero hasta una rutina alternada sigue un patrón.

—Sí, pero en nuestro caso me parece que lo más eficiente es actuar de la misma forma y asimismo romper un patrón.

—¿Qué quieres decir, so loca?

—¡Que reúna a sus chamacos, señor improvisación! No estudiaremos este lugar ni volveremos aquí dentro de algunos días. ¡Lo invadiremos ahora mismo!

→ **G**ulla le puso John al bebé, en homenaje a un tío mío ya fallecido. John
Gulliver

—¿Y por qué te lo ofreció a ti? —preguntó el rey Branford.

—Porque él debía ser criado en el mundo de los hombres. Y quizá yo no sea el jefe de familia más dedicado del mundo, pero tampoco me gustaría ver a un hijo de mi sangre criado por otra raza.

—Aún así, disculpa la franqueza, capitán —el general Sabino eligió con cuidado las palabras—. Tú no eres una persona con apego a la familia. Podrías, por ejemplo, haber entregado el bebé a las monjas para visitarlo cada vez que regresaras de tus viajes. Algún motivo te habrá llevado a abandonar la vida en el mar para convertirte en padre de tiempo completo.

El capitán guardó silencio. Como todos esperaban su respuesta, dijo, en tono de lamento:

—Mereces todos tus nombramientos. Tienes razón: esa sería mi naturaleza. Si no la más noble, al menos una decisión creíble, al tratarse de mí.

—Entonces...

—Entonces descubrí que mi hijo John, a pesar de ser aún un bebé, ya era tratado como un «nuevo mesías» en Brobdingnag. Todos ustedes saben que ya estamos en los tiempos que los estudiosos definieron para el regreso de Merlín Ambrosius, por lo que todos están ávidos del niño santo.

—Pensé que Merlín regresaría por medio de una virgen —dijo la capitana.

—Es una metáfora —corrigió Sabino—. La virgen, en este caso, es en el sentido de alma pura, no de... Bueno, eso debería ser obvio, ¿no? De lo contrario cómo... Bueno...

—No importa —cortó el capitán—. Lo que interesa aquí es que el rey Blunderbore comenzó a creer en la historia de Mary respecto de que John sería ese niño. Por eso me llamaron allá.

—Y acordaron que lo trajeras contigo —concluyó Sabino.

—Porque sólo entre los humanos sería posible saber si es el verdadero avatar —aportó el rey Anisio.

Todos se quedaron quietos, mientras el capitán Gulliver bajaba la cabeza. Esta vez, el rey Anisio Branford no esperó a que continuara y afirmó:

—Y es por eso que, aun contrariando a tu naturaleza, lo trajiste al reino humano —se pasó la mano por la barba una vez más—. Porque tú también dudaste.

El capitán continuó con la cabeza baja.

—¿Y por qué entonces no buscaste a Primo Branford, capitán? ¿Por qué no me buscaste a mí?

—Ellos me hicieron creer que un día mandarían gigantes a buscarlo. ¿Saben? Ninguno de ustedes tiene idea de lo que es al menos imaginar la posibilidad de ser el padre del avatar. Es una sensación de incómodo conflicto entre el éxtasis y el miedo, en sus límites extremos. Yo tenía miedo. En verdad lo tenía.

La capitana tomó la palabra:

—¿Fue entonces cuando te cambiaste el nombre? ¿Y comenzaste a vivir en una aldea de pescadores?

—Sí, adopté el nombre de Gildrig, como me llamaban en aquellas tierras, y el apellido Spriggins. A John lo llamé Jack. Y por nueve años lo vi crecer, temiendo exponerme al punto que un día los gigantes, o los espías de aquella raza, nos encontrarán —una pausa—. Al menos antes de que yo tuviera la certeza.

Sabino von Fígaro se rascó la nuca, comprendiendo a dónde llegaría aquello. Y fue así, preocupado, como escuchó al rey Anisio preguntar:

—¿Pero los gigantes nunca vinieron?

El capitán Gulliver negó con la cabeza. Y dijo:

—Tenía miedo de que eso provocara un conflicto entre hombres y gigantes. Una guerra que arrastraría muchas vidas con ella, que me quitaría a mi hijo —la voz quedó presa en la garganta—. Porque... —la voz seguía atrapada— era la primera vez, en toda mi vida... ¿Cómo decirlo? Entiendan: era la primera vez que me sentía como padre. Estaba cansado... de vivir solo... y John me enseñó qué era sentirse completo en familia... Y bueno.

Todos lo observaron y vieron sus esfuerzos para impedir que se le salieran las lágrimas. Era un hecho: el capitán sabía lo que estaba en juego. Nunca había tenido lazos fuertes con ninguna familia, pero había adquirido justamente una cuando se sospechaba que su hijo podía ser el niño más importante del mundo.

Al mismo tiempo, ¿quién podría juzgar el amor tardío de un padre arrepentido?

—Fui engañado. Y eso me avergonzó. Hace tiempo John comenzó a soñar con su madre. Y a escuchar su voz que lo llamaba. Yo me preocupé, pero creo que no lo suficiente. Tal vez si hubiera... Bueno, de nada sirve que me lamente ahora, a estas

alturas, ¿no es verdad?

—¿Piensas que esos sueños fueron inducidos? —preguntó Sabino.

—Sí. Tengo motivos para creer que Mary Burton se convirtió en discípula de Iddian-Si, la Madre Gorda.

—¿Mary Burton se estaría involucrando en la brujería? —preguntó el rey, con expresión de disgusto.

—Por desgracia creo que sí, su majestad —dijo el capitán, con voz débil.

—Eso explicaría el sueño. Incluso el llamado —comentó Sabino, más para sí que para los demás.

—¿Cómo es eso, general? —preguntó el rey.

—Las brujas son capaces de llamar a las personas, rey Anisio. Aun más cuando existen lazos afectivos.

Todos se quedaron en silencio, analizando las informaciones. Principalmente las peores.

—Cuéntales lo último que sucedió, capitán —insistió la capitana Bradamante para retomar el asunto—. Diles lo que me contaste.

—Desperté y de repente John no estaba en el cuarto. Era de madrugada y no estaba allí. Sentí una punzada, la cual no venía del pecho, por lo que habría ocurrido. Y corrí. Corrí como un poseído por el villorrio, rezándole al Creador para que mi temor no fuera verdad. Pero lo era. Al fondo vi a John subiendo el maldito árbol. ¡Lo vi escalando hacia Brobdingnag!

El rey Anisio y el general Sabino se miraron boquiabiertos, preocupados en extremo.

—¿Y por qué, por los mil demonios de Aramis, te fuiste a refugiar en el villorrio cercano a ese árbol? —preguntó el rey Anisio, explosivo.

—¿Acaso no debía ser allí un lugar seguro? —Lemuel Gulliver extendió los brazos—. ¿Cómo sería posible imaginar que los dragones de Éter permitirían que una criatura de nueve años escalara ese tronco?

—¡Explícate mejor, capitán!

—Su majestad, una de las serpientes guardianas condujo a John por el agua hasta el tronco. Las otras le permitieron subir.

—¡Que alguien, por favor, me explique cómo es eso posible! —exclamó la capitana, nerviosa.

—Ahí está el problema: ¡no hay explicación! —profirió el capitán—. ¿Por qué ellas matarían a cualquier persona que intentara escalar el tronco, pero permitirían que un niño de nueve años lo hiciera?

Todos se miraron y respiraron con dificultad. Era claro lo que Lemuel Gulliver estaba insinuando. La posibilidad. Resultaba difícil negar que en verdad existía la posibilidad de que ese niño fuera especial.

—¡Su majestad, el hecho de que un humano, niño o no, suba al reino gigante sin ser invitado, sigue constituyendo una ruptura del Pacto de Swift! —dijo la capitana, temerosa.

—Curiosamente —aportó Sabino—, una infracción cometida no mucho tiempo después de la instauración de la nueva era de Arzallum y de que el rey Anisio, al tomar posesión, estableciera alianzas y desavenencias políticas.

El rey Anisio Branford se removió en su trono, pensativo, con una expresión que haría que incluso una mascota temiera acercarse a su dueño.

—Entonces, consejero —nota el término que usó para Sabino: el asunto era realmente en serio—, ¿consideras que Brobdingnag preparó todo esto?

—El mundo nunca estuvo tan cerca de una guerra mundial, rey Branford —dijo Sabino—. Y si Brobdingnag reconoció a Ferrabrás como emperador y tomó a Minotaurus como aliada, ¿habría un momento más propicio para hacer estallar un conflicto de ese tamaño?

—Un conflicto que tomara naciones, destituyera reyes del poder y colocara a Mary Burton como reina en una de ellas —concluyó Lemuel Gulliver, con pesar.

El rey Anisio Branford bufó y dijo:

—Aún así, Arzallum tendría el derecho de argumentar y poner esa situación en tela de juicio.

—Arzallum podría «correr el riesgo», en verdad —dijo Sabino—, porque ante el mundo ellos hicieron parecer que nosotros, los humanos, rompimos el pacto. No lo opuesto.

—Y así —concluyó el rey—, exigir la devolución de ese niño que ellos tienen en sus manos, en este momento, se volvería algo que definiría el respeto de Arzallum ante el mundo. A la postre, permitir que se queden con él significaría que Arzallum bajó la cabeza ante Brobdingnag y perdió su calidad moral como reino de los reinos.

—Enfrentarlos sería iniciar la Primera Guerra Mundial de Nueva Éter.

De nuevo se hizo el silencio.

—Ferrabrás debe estar sonriendo —se lamentó la capitana.

El rey Anisio se puso las dos manos en la nuca, inclinó el cuerpo y se quedó mirando hacia lo alto, pensativo.

—Su majestad —dijo el capitán Gulliver—. Sé que su decisión no será fácil. Y que cualquier resolución que tome afectará todo. Sólo como padre, yo...

El rey lo miró.

—¿Como el padre que apenas recientemente descubriste ser pretendes que dé inicio a una guerra de proporciones épicas y que matará a millones, sólo a causa de tu único hijo?

El capitán bajó la cabeza. El ambiente era cada vez más pesado. El silencio, aun sepulcral. Hasta que el propio rey Anisio volvió a preguntar:

—¿Y la tuviste?

—¿Qué, su majestad? —preguntó un capitán angustiado y con la voz débil.

—La certeza. ¿En algún momento tuviste la completa certeza de que el niño en posesión de Brobdingnag sería él?

Una vez más el capitán Lemuel Gulliver bajó la cabeza. Las lágrimas brotaron y él intentó contenerlas una vez más.

Pero no lo consiguió.

—No.

«Ferrabrás debe estar sonriendo».

La capitana de la Guardia Real no imaginaba cuánto.

Axel cabalgaba en su corcel bajo la brillante noche. Corría iluminado por la Luna y las estrellas. Por miles de estrellas. Y miles de semidioses.

En el rostro llevaba la venda negra que lo ponía en una situación aún más incómoda, pues peor que correr en un corcel, en la noche y por un camino desconocido, era hacerlo sin siquiera mirar los alrededores. Lo máximo que se permitía era observar al caballo por debajo de la venda y, de vez en cuando, el suelo del camino de tierra para verificar al menos que continuaba en el camino. Tenía muchas, demasiadas ganas de quitarse aquello del rostro. Pero si estuviera para quitarse aquella maldita venda, entonces tampoco habría descendido de aquella maldita máquina voladora y mucho menos aceptado cumplir con aquel viaje.

«Yo te habría amado».

Y, claro, tampoco se habría despedido de ella. Cuando menos le gustaría saber cuál era la estrella que brillaba más fuerte esa noche. Pero el hecho era que estaba en aquel camino y se acordaba bien de las «instrucciones»: él no podía mirar al frente; él no podía reaccionar; él no podía resistirse.

«Lo sé».

Al menos hasta que ellos llegaran. Para alcanzar el lugar a donde debía llegar, tenía que creer. Tenía que confiar. Tenía que merecer. Y, con ello, resistir la tentación de la desconfianza y el miedo que recorre el ego humano en situaciones como esa.

El príncipe de Arzallum nunca lo sabría, pero ni siquiera él se imaginaba cómo se parecía aquello a los principios de la iniciación de un aquelarre de brujas blancas.

Sentía frío y el aroma del mar salado. Sin embargo, era un olor tan fuerte, que parecía sentir en la boca seca el sabor de la sal. Sudaba y temblaba. Tal vez por exceso. Tal vez por temor. Tal vez por ambos. No importaba: fuera por el motivo que fuera, a *Boris*, el corcel perfecto, no le importaba y cabalgaba. Y cabalgaba. Y cabalgaba.

Su jinete todavía sudaba, todavía temblaba y todavía sentía la boca seca, al grado

de experimentar el sabor de la sal. Escuchaba las olas del mar rompiendo con violencia al fondo. Una brisa gélida le erizaba la piel del rostro, parcialmente cubierto, y soplaba en sus oídos una melodía cantada por sirenas.

Axel pensaba, curioso, qué estrella brillaría más fuerte, cuando escuchó otro sonido. Uno que se acercaba a él. Y lo hacía con rapidez.

El sonido entonces se duplicó. ¡Y se triplicó! Axel Branford apretó los ojos. Y ellos llegaron.

Ariane Narin despertó en su cama, con la sonrisa que precede al sueño tranquilo de la niña enamorada que se despidió hace poco del amado. Estaba por cerrar los ojos para volver a dormir, cuando su madre entró en el cuarto:

—Levántate, querida. Necesitamos salir.

Ariane se preguntó qué hora sería. Probablemente cerca de las nueve o diez de la noche.

—¿A dónde vamos a esta hora, madre?

—Es hora de que conozcas un aquelarre de verdad.

Primero sintió una mano que le sujetaba con violencia uno de los brazos para desequilibrarlo del corcel. Escuchó a *Boris* relinchar y vacilar en su carrera. Percibió otro caballo, o lo que parecía un caballo, aproximarse y mantener el ritmo del corcel, en otro intento por desestabilizarlo. Un segundo animal se aproximó.

Lanzaban gritos agudos y Axel no distinguía si tomaban aquello como una broma peligrosa o con una seriedad excesiva.

Uno de los caballos le dio una coz a *Boris*. Axel sujetó las riendas con mayor firmeza y sintió que el corazón le latía muy fuerte. Ellos continuaban gritando con un tono agudo mientras intentaban empujarlo de la silla. Sintió cómo una segunda mano, esta vez del otro lado, lo cogía del cabello para jalarlo con violencia hacia atrás.

Cuando inclinó la cabeza vio que un tercero hacía girar un lazo formado por una gruesa cuerda. El lazo fue lanzado al cuello de *Boris* y jalado. El corcel tropezó y se fue al suelo.

Axel cayó encima de él y giró y giró y giró en volteretas hasta que logró detenerse. Se levantó sintiendo la piel lastimada en varios puntos y ardiendo en las partes expuestas. La venda había caído de sus ojos y él intentaba reconocer los «bultos» que se mezclaban con las sombras frente a él.

Sintió una mano de piel áspera sujetar su puño e intentar torcerle el brazo.

Por puro reflejo, Axel estrelló un puñetazo en medio de aquel rostro que no distinguía bien. Los gritos agudos del golpeado se convirtieron en alaridos de dolor. Y Axel descubrió que, en realidad, de las dos opciones que había imaginado, aquellos extraños se tomaban todo aquello demasiado en serio.

Una segunda cuerda giró con un lazo y fue lanzada encima del príncipe. Aún a oscuras logró esquivarlo del cuello, pero el nudo se prendió en su brazo. El extraño corrió con el caballo negro que montaba y el príncipe fue jalado con fuerza al suelo, su cuerpo arrastrado por la tierra, hasta que la piel se comenzó a lastimar cada vez más en una mezcla de sangre y heridas.

Axel gritó de rabia. Sujetó la cuerda e intentó derrumbar al hombre del caballo negro, pero no tenía fuerzas para hacer algo así. El equino dio media vuelta con brusquedad y Axel giró con la misma intensidad mientras seguía siendo arrastrado, como un maldito juguete de niño amarrado a un cordel.

Fue cuando apretó los ojos de rabia y su espíritu se inflamó de furia. La mente se concentró en el hombre que lo arrastraba y en el foco que necesitaba eliminar, aunque casi no alcanzara a verlo.

Entonces algo aconteció.

Algo inexplicable. Algo fantástico. Algo semidivino. Algo que no sería fácil explicar. Ni de comprender.

Aún con los ojos cerrados, Axel vio al extraño que lo jalaba con una cuerda. Y lo miró bien.

Sus pupilas habían adquirido una tonalidad rojo sangre. Su visión era, desde lo alto, como si no estuviera en el cuerpo que era arrastrado, sino en otro, libre de movimientos. Un cuerpo capaz de volar. Y no requería ningún sentido humano para comprender el mundo alrededor. Como si fuera una entidad fantástica, capaz de andar en planos que sólo los sueños pueden alcanzar.

Entonces comprendió.

El foco en el hombre arriba del caballo negro se hizo aún más nítido. Y la conciencia en aquel cuerpo libre que veía desde arriba ordenó la destrucción de aquel foco.

Los extraños seguían gritando con su tono agudo, pero todos los alaridos se interrumpieron.

Porque un águila-dragón gritaba en el cielo oscuro.

Tuhanny descendió, rasgando de rojo el manto oscuro, y las garras sonaron como un golpe preciso de espada. El violento movimiento laceró el ojo izquierdo del hombre que cabalgaba. La cuerda se soltó mientras él gritaba y se tocaba la región ahora ciega, como un hoyo en la carne.

Axel continuaba mirando el mundo mediante esa visión fantástica y comprendía un poco en qué consistía ser fantástico en un mundo de éter y formas-pensamiento de semidioses.

Esta vez el foco pasó al segundo hombre, aquel que había derribado a *Boris*. Él — y ella — no necesitaban mirar para saber dónde estaba cada uno. Dónde estaba cada cosa. Bastaba sentir. Bastaba percibir las oscilaciones en la energía vital. Oscilaciones que se traducían en movimientos, en pensamientos, en latidos de corazón. Axel al fin comprendía cómo aquel ser comprendía al mundo.

Axel Terra Branford comprendía qué era sentir el éter que daba vida al mundo.

Aún quedaban dos. Él seguía enfocado en el que derrumbó a *Boris*. Y enfocado en la energía que se traducía en la psique humana como destrucción.

Tuhanny emitió su *¡kiai!* una vez más. Y avanzó sobre el extraño. Sus garras acompañaban el vuelo ágil y perpendicular y se clavaron en el hombro del extraño, arrancándole un pedazo de carne. Ella lanzó el pedazo hacia arriba y lo mordió.

El extraño cayó de rodillas y comenzó a gritar, con las manos ensangrentadas en la región atacada.

Entonces el foco se dirigió al tercero.

Axel sintió la energía diferente. El tercer extraño se había arrodillado, desesperado, y gritaba palabras en una lengua desconocida, implorando por algo que no era difícil de comprender.

Porque Axel —a través del mundo de ella— comprendía las intenciones. Traducía los sentimientos, basado en la percepción sutil de la energía emanada por un ser vivo. Así, no se necesitaban idiomas. No se necesitaban señales ni saludos. Axel Branford descubriría un mundo en el que bastaban los pensamientos y los sentimientos para que seres de razas distintas se comprendieran.

Y si eso no tocaba en la fantasía más profunda de la búsqueda de un alma humana, entonces lo fantástico no existía.

En el mismo momento en que el extraño modificó la energía de ataque, en el momento en que su intención de agresión cambió por la de misericordia, Axel sintió.

Y, sin control total, regresó.

Tuhanny gritó, pero volvió a los cielos sin atacar a nadie ya. Axel experimentó el cuerpo pesado y lastimado, con la impresión de que estaba incluso más pesado y más lastimado. La sensación de experimentar la realidad del mundo de manera tan sutil y plena, y de regresar con violencia a la realidad humana, limitada por sentidos y cuerpos frágiles, recordaba el sentimiento de un hombre libre que es encerrado de repente en una celda.

Al fondo los dos extraños no paraban de gritar de dolor.

El tercero, aquel que había pedido clemencia, se acercó a él. Axel percibió esta vez el collar de conchas y los pendientes de pequeños huesos que perforaban las orejas y las cejas del extraño.

Este le hizo una reverencia. Axel, en medio del dolor por el cuerpo desollado, la retribuyó. Ahora él sabía que podía confiar en ellos.

El hecho era que los dos extraños hablaban idiomas diferentes. Pero esta vez tenían la misma intención.

Ariane siguió con su madre por un camino tranquilo de día, pero extremadamente estremecedor de noche. De seguro pasaban de las diez horas. Y cualquier bulto de animal en medio de los matorrales hacía que los cabellos se erizaran y el sudor corriera despacio por la nuca. Al menos, en el camino, habían encontrado a una persona cuya presencia siempre las calmaba.

—¡Caray, *madame*, usted no se imagina cómo está cambiado João! Se ve más... fuerte, ¿sabe? ¡Pero no sólo por fuera, no! Quiero decir, por fuera también, ¿eh? ¡Finalmente es mi chico! —dijo, como si aquella fuera la conclusión más plausible y natural del mundo—. Pero me refiero a que por dentro también, ¿sabe? Maduró de una sola vez, ¿entiende? ¡Ya es prácticamente un hombre!

Madame Viotti, como casi siempre, sonreía.

—Querida, João es un muchacho muy especial. Sobrevivió a situaciones a las que otros no podrían sobrevivir y asumió responsabilidades desde muy temprano. La línea de vida de él recorre el camino del dolor. Y el dolor purifica más rápido.

Ariane se quedó pensativa y preguntó:

—¿Está obligado a recorrer su línea de vida por el camino del dolor?

—Si es que así fue escrito por el Creador.

—Dígame una cosa, ¿él no merecería caminar por el del amor?

Madame Viotti miró a Anna Narin, que no se entrometía en la conversación mientras las tres caminaban. Anna cargaba una lámpara. La luz era suficiente para entender la mirada de *madame Viotti*.

Ariane Narin tenía un camino escrito.

—Querida, dame un ejemplo de una pareja a la que consideres perfecta.

—Hum... fácil: ¡Axel y María! Quiero decir, aunque en las actuales circunstancias no haya funcionado, ¿no? Pero, si hubiera dado resultado, ¿sabe?

—¿Por qué los consideras perfectos uno para el otro?

—¡Ay, vaya! María es toda responsable, inteligente, luchadora y madura, ¿sabe?

¡Ella es linda! ¡Y Axel es excelente! Fuerte, gentil, cariñoso, agradable y, bueno, ¡encima de todo es rico!

—¡Entonces ellos son muy diferentes! ¿Por qué piensas que son perfectos?

—¡Pues por eso! ¡Esa es la gracia! María es la mejor de su clase y Axel, el más popular. Ellos como que...

—¿Se complementan? —preguntó *madame*, con cierto tono.

—Sí. —Ariane movió la cabeza—. Por ahí va.

—No es por casualidad. Así como João, María tuvo un camino difícil de vida, moldeado en el dolor. Axel nació príncipe, rodeado de privilegios, sin necesidad de hacer grandes esfuerzos para conseguir lo que quería. Axel recorrió un camino opuesto al de María.

—¡Pero él merece lo que tiene! ¿No vio cómo se esforzó en el torneo? ¡Se convirtió en el campeón del mundo!

—No estamos cuestionando sus méritos, querida. Estamos intentando entender los motivos de la creación.

—¡Oh! Suéltelo entonces.

—¿Cómo? —*madame* sonrió con la expresión.

—¡Ya entendí que cuando usted comienza a hablar despacio conmigo, medio enigmática, es porque quiere que preste atención y aprenda algo! ¡Y me estoy esforzando por entender lo que usted quiere decirme! Para no olvidarlo, hasta lo anoto allí, ¿sabe? ¡En... el libro! Porque yo quiero ser buena. Buena como usted. No quiero decepcionar a ninguna de ustedes.

Madame Viotti adoraba a aquella niña. Anna Narin, ni se diga.

—Querida, razona conmigo: ¿por qué la Creadora da vida a personas como María, con una existencia pobre y difícil, y a personas como Axel, ricas y con pocas dificultades?

Ariane cerró los ojos y pensó. Y pensó.

—Porque sólo valoramos lo que vemos en otro lado. Sólo damos valor a las cosas buenas cuando pasamos por situaciones malas.

—Cierto, ¿pero entonces por qué una persona como María es elegida para labrar un camino tan difícil? ¿Por qué, en lugar de ella, no le pasó a una persona de alma criminal, como la de muchos que nacen nobles?

—¿A causa de la línea del destino? ¿La que posee un camino escrito?

—Si así fuera, entonces la Creadora es injusta.

—Pero Ella creó a las hadas para ayudar a las personas.

—Entonces Ella es parcial. Porque no todas las personas reciben esa ayuda.

—¡La reciben las que pasan por las pruebas que Ella pone!

—¿Para qué?

—Para ver si ellas lo merecen.

Ariane se detuvo, atenta a lo que había dicho. Y miró de soslayo a *madame* Viotti:

—¿Es eso lo que quería que entendiera?

—¿Qué?

—Que debemos merecer el amor o el dolor que tenemos. Pero no del tipo: «¡Ah, seré buena para merecer eso!», sino: «¡Bien, sé que mi vida es un asco, pero no reclamaré e intentaré mejorarla!».

—¿Y por qué las hadas no ayudan a todas las personas?

—Porque las personas no se esforzarían.

—¿Y si no se esforzaran?

—No se volverían mejores.

—¿Entonces por qué la Creadora hace a personas en determinadas situaciones desventajosas respecto de otras?

—Porque quiere que ellas se vuelvan mejores al superar los problemas.

—¿Y las personas que nacen como Axel y, al contrario de él, se acomodan?

—Se volverán peores.

—O no se volverán nada. Y pasarán una vida entera sin evolución.

—O eso. Pero ¿cómo una vida entera? ¿Cómo una persona podría tener otra vida?

—Nosotros somos parte de una creación, ¿no es así?

—Sí.

—Tenemos una Creadora que no es injusta ni parcial, ¿correcto?

—Sí.

—Entonces, en la mente de Ella coexisten millones de universos. Así es en la mente de Ella y en la mente de sus semidiosas.

—Son los lugares que visito en el viaje.

—Sí. Aquellos son algunos de esos lugares. Existen millones de ellos; millones de otros mundos de éter vivos a través de ellos. ¡Mira el cielo, querida! ¡Son miles de estrellas, cada una produciendo millones de universos!

Ariane observaba las estrellas de Nueva Éter en el cielo. Y razonar de la forma en que se le proponía resultaba demasiado fantástico.

Madame Viotti continuó:

—Ahora concéntrate en la figura de una única Creadora. Imagina que cada mundo creado por Ella es una parte de la misma dualidad que propones.

—Valorar sólo cuando se ve en otro lado.

—Eso. Imagina a esa dualidad recorriendo una mente semidivina en cada creación. El resultado será que cada Creadora repetirá fragmentos de esa dualidad en universos diferentes.

—Todavía no comprendo todo, *madame*, pero estoy llegando a eso.

—Lo que sea que haya hecho Ella al haberte creado en las condiciones en que te creó, el motivo que recorre a esa creación, también estará presente en cada universo

diferente que ella vaya a crear. Y tú no te disocias de esa otra creación, ¿entiendes?

—Más o menos.

—¡Tú vives en cualquier mundo de éter que la Creadora de este universo genere, Ariane! Tal vez tengas otro nombre. Tal vez tengas otra forma. Tal vez jamás te acuerdes. Pero, si el motivo de Ella, al crear otra personalidad en otro universo, fuera el mismo de tu creación en este de aquí, entonces formas parte de esa nueva creación por parte de Ella, ¿comprendes?

—Entonces yo... no sería sólo una persona. ¿Sería casi... lo que estaría clasificado como un «motivo»?

—Una energía.

—¡Entonces la muerte no sería el fin! ¡Tampoco Aramis ni Mantaquim serían el fin!

—No existe el fin. No existe el principio. Todo simplemente es.

Ariane estaba fascinada. En extremo fascinada.

Y fue entonces, y sólo entonces, cuando se dio cuenta de que las tres ya habían estado en el mismo lugar hacía tiempo. Ella casi no lo había notado. Habían llegado al final de un claro. Al frente había un monte del que ella no distinguía aún lo que había abajo, pero estaba loca por verlo, porque cierta iluminación venía de ahí, e incluso voces de vez en cuando. Antes, sin embargo, ella misma concluyó:

—¡Todo lo que usted dice, *madame*, es totalmente fantástico! No lo olvidaré —*madame* Viotti le sonrió—. Pero ¿por qué nos detuvimos aquí?

—Porque necesitábamos que comprendieras eso antes de continuar, hija —dijo al fin Anna Narin.

Cada día Ariane Narin comprendía un poco más el mundo y se comprendía un poco más a sí misma. En definitiva, aquel camino que había iniciado era en verdad un camino sin retorno.

Como todo camino espiritual que un ser humano asume en la vida, era imposible querer volver a ser ciego después de haber mirado.

Anna Narin dio el primer paso en dirección al monte, seguida de *madame* Viotti.

Y entonces Ariane vio.

El rey Anisio Branford estaba sentado en su inmensa cama real, pensativo. Su reina entró en el cuarto y acomodó las almohadas para acostarse a su lado.

—Estoy preocupada, Anisio —dijo, mientras golpeaba su almohada para quitarle el polvo.

—¿Por qué, Blanca?

—¿Sabes? Sé que todo lo que nos es mostrado por Rumpelstiltskin resulta en extremo fascinante, pero me preocupa lo que tendremos que darle a cambio.

La reina Corazón de Nieve no tenía la menor idea de las decisiones mucho peores y grandiosas que su marido debía tomar en aquel momento, y Anisio podría haberla enterado, de haber querido. Pero aún no tenía ganas de hacerlo.

—Necesitaremos darle lo que todo hombre en su posición espera: ¡dinero para el proyecto!

—Un dinero con el que Arzallum no cuenta.

Anisio calló, inquieto. Blanca se sentó en la cama y estiró las piernas. Vestía una ropa ligera, casi transparente bajo determinados ángulos de luz, pero Anisio se hallaba tan lejos que no parecía notar si su mujer lucía bella o no con esos atuendos.

—¿Cómo puedes hablar con tanta seguridad de algo que no conoces?

—Consulté las finanzas del Tesoro Real.

Anisio se levantó de la cama, exaltado de la pura sorpresa.

—¿Y con qué maldito derecho hiciste eso?

—¡Con el de una reina! ¿Acaso ahora algún siervo real debería negar tal exigencia a su soberana? ¿O debo actuar como una reina-títere y aguardar a que algo te ocurra para comenzar a descubrir cómo gobernar esta nación?

Anisio suspiró. Y se sentó de nuevo.

—Perdóname —se hizo un silencio incómodo; ella no dijo nada a la espera de que él continuara—. Es que aún no me acostumbro a esa situación.

—¿La de estar casado?

—La de compartir mis responsabilidades.

La reina se aproximó y le tocó la mano que reposaba sobre la cama.

—¿Me amas?

—Más de lo que un bardo sería capaz de narrar.

—¿Cuánto?

—Al grado de vivir una vida en piel de anfibio. O de partir una piel de vidrio.

—Si puedes hacer eso, entonces sabes que soy el alma que te complementa. Y que estaré a tu lado en los mejores momentos, pero mucho más en los peores.

Anisio tomó su mano. Era como si ella supiera. Como si ella siempre supiera cuando él la necesitaba más.

—Confía en mí. Encontraré una forma de financiar la revolución de la nueva era.

—No tengo duda de eso, amado. Lo que no sé es si ese proceso será benéfico o destructivo para ti.

Anisio era inteligente y lo bastante experimentado para saber a dónde quería llegar la reina.

«La cuestión, Axel, es que si harás eso, me gustaría que sea por los motivos correctos».

—Explícame.

—Quiero decir, Anisio, que me gustaría tener la seguridad de que pretendes hacerlo porque consideras que es lo que se espera del rey de Arzallum y no porque la obsesión por no decepcionar a tu padre aún te persigue, al grado de querer estar a la altura que tú crees que él esperaría de ti.

Anisio se acostó a su lado. Miró al techo. Y suspiró.

—Tomo mis decisiones por mí mismo, si eso es lo que temes. No hay ninguna creencia menos peligrosa que desear ser tan bueno como él.

—¿Nunca mejor que él?

Anisio siguió mirando el techo. Cerca de ambos había un espejo, que Blanca evitaba, al lado de una curiosa llave con punta de estrella, sujeta por un pesado llavero compuesto de monedas antiguas soldadas, sacadas del fondo del mar. Una llave que sería importante, pero no allí.

Junto a todo eso había un gran cuadro con el busto de Primo Branford y la reina-hada Terra.

—Eso no sería posible.

—¿Y si lo fuera? —insistió ella.

—¿Qué tiene?

—¿Y si fuera posible ser mejor que él? ¿Te gustaría?

Anisio pensó. Y cerró los ojos.

—Eso no sería posible.

Blanca Corazón de Nieve habría jurado que los ojos de aquel cuadro estaban

siempre vueltos hacia ellos.

Había unos ciento cincuenta muchachos allí. Un joven diez años mayor. Y una chica. Los diecisiete elegidos creían que entrarían en una prisión de máxima seguridad y sacarían a un prisionero probablemente condenado a morir olvidado en aquella cárcel.

—Vamos por la parte de atrás —dijo Liriel Gabbiani, que había tomado el control de la acción. Snail Galford no sabía si hacía lo correcto al dejar que ella manejara la situación.

¿Pero qué hacer? Él mismo no tenía una idea mejor.

—Hay guardias atrás —advirtió uno de los adolescentes.

—Hay guardias en cualquier lugar de esta prisión.

—¡Hay candados en las rejas!

—Ustedes se encargan de los guardias. Yo de los candados.

Y así sucedió. La parte trasera de la prisión estaba formada por rejas de hierro con candados poderosos. Había varios niveles, compuestos de varias secuencias de rejas, en un siniestro corredor oscuro. Había un lecho en el suelo por donde corría un riachuelo estrecho, el cual provenía de una naciente desviada para la utilización de agua en la prisión.

En los días más fríos ese lecho se congelaba, pero aquella noche aún no hacía el frío suficiente para que ocurriera.

—¡Son ocho! —dijo Snail—. Ninguno de ellos espera un ataque de frente. ¡El más peligroso es el de la derecha!

—¿Por qué? —preguntó uno de los jóvenes.

—Es el que toca la alarma.

—Entonces lanza la mayor parte encima de él.

—No —dijo Snail—. ¡La mayor parte irá al frente!

—¡No entendí, padre! —dijo otro joven.

Aquel término siempre lo estremecía.

—La mayoría de ustedes irá al frente de la prisión a causar un alboroto. Finjan que protestan por la captura de alguien, insulten a los guardias y hagan lo que sea para llamar su atención hacia allá.

—¡Vaya, hasta que en verdad aportas algo cuando debes improvisar! —dijo Liriel.

—Uno de nosotros necesita aportar algo, ¿no?

Ella le sacó la lengua y sonrió.

—Son ocho guardias atrás —dijo uno de los jóvenes—. ¿Cuántos de nosotros van contigo?

—Veinte serán suficientes. Los otros cien seguirán cuando abramos los portones. ¡Los demás armen su alboroto al frente!

—¿Podemos matarlos? —preguntó uno de los más jóvenes, con una mirada rabiosa que asustaba.

—Procuren no hacerlo —dijo Snail—. Al ver compañeros muertos los demás se volverían más violentos.

Todos se mostraron de acuerdo.

Había llegado la hora de poner en práctica un plan que tenía todo para salir mal.

¶ Era un aquelarre. El claro había sido iluminado con antorchas, y un círculo había sido trazado en el suelo. Había diez personas allí. Doce, contando a *madame Viotti* y a Anna Narin. Y estaba Ariane. Esta vez una Ariane Narin iniciada. Así, en esta ocasión eran trece.

El número de un aquelarre.

Con todo, lo que más sorprendía a Ariane era que en esta ocasión había hombres. Cuatro.

—Madre —susurró ella—, no sabía que ellos podían frecuentar estas cosas.

Anna sonrió.

—Querida, en este camino que seguimos todas las personas son iguales. No hables como si los hombres fueran menos importantes que las mujeres en los rituales. En realidad, para que haya armonía en nuestras vidas debe haber equilibrio entre las energías masculina y femenina, ¿comprendes?

Ariane asintió dos veces.

—¿Es ella? —preguntó, al fondo, una de las mujeres mientras se aproximaba a *madame Viotti*, la mirada enfocada en Ariane.

—Sí —respondió la sacerdotisa.

Anna Narin pidió a Ariane que se desnudara para que la bañara con agua calentada en una pequeña hoguera improvisada. Ariane no reclamó. Ya conocía el baño purificador y sabía que era un momento de reflexión personal para limpiar sus palabras. Sus pensamientos. Sus sentimientos.

Cuando terminó y se secaba con una toalla, se llevó una gran sorpresa. Su madre se aproximó con dos túnicas en forma de manto, un poco más grandes que su estatura pero que le servirían bien. Eran ligeras, de buen tejido, que cubrían todo el cuerpo, con una caperuza que ocultaba buena parte de la cabeza. Por la forma de la capucha, que recordaba a un cuervo, en el aquelarre las llamaban el «manto de Ravena».

Sin embargo, lo más interesante no eran la tela ni la caperuza.

—En nuestro aquelarre gustamos de estos dos colores —dijo Anna Narin, imaginando la sorpresa de su hija; Ariane casi no podía creerlo—. ¿Cuál prefieres? Había un manto blanco y otro rojo.

Un manto blanco idéntico al que ella llevaba a los nueve años, cuando se dirigía a casa de su abuela, cuando ella fue destrozada por un lobo marcado.

«¿Yo sería qué, madre? Repítemelo...».

Ariane recordaba cuando su madre le había explicado por primera vez el motivo de haber ido sola a casa de su abuela. El día fatídico. El día imposible de olvidar.

«Iniciada».

El día en que el blanco se volvió rojo.

«Tendrías que haber sido iniciada a los nueve años, exactamente como tu abuela previó que debía ocurrir».

Ariane mantenía los ojos muy abiertos, la típica expresión que siempre asumía por instinto cuando todo parecía tener sentido o nada parecía sensato.

La madre aún sostenía los mantos frente a ella.

—Entonces, ¿cuál de los dos?

Ariane Narin soltó una risa difícil de describir. Podía huir de la existencia de los acontecimientos pasados...

«... y sabes muy bien qué lo impidió».

... o aceptarlos de una vez y superarlos. La elección era difícil. Pero ella sabía que también era inevitable.

—El rojo —respondió.

El lugar donde se llevaría a cabo el ritual había sido barrido con escoba para eliminar las influencias negativas. El olor provenía del humo tras la quema de ramas de salvia. La mayoría usaba el manto blanco. Aquella noche sólo Ariane y otras tres personas habían optado por el rojo oscuro.

En los rituales de magia blanca la suma sacerdotisa era la responsable de todo, desde definir la función de cada miembro hasta explicar los motivos de la reunión y de los rituales en cuestión.

Y fue lo que hizo *madame* Viotti.

—Hoy, reunidos aquí después de tanto tiempo, ante las amenazas a las que sobrevivimos y en nombre de otras y otros que por desgracia no caminaron por el mismo destino, invocaremos a nuestra Creadora y a nuestro Creador para proseguir con algo que esperamos hace años en las escrituras semidivinas y en lo que creemos con fe inmovible.

Las personas se hallaban dispuestas en círculo.

«Sucede que yo, tu abuela y todas las mujeres de esta familia, estamos ligadas a un grupo muy especial de personas».

A *madame* Viotti le gustaba que todos se dieran las manos y cerraran los ojos

cuando explicaba los motivos de la reunión. Los hombres se distribuían de manera simétrica entre las mujeres, para repartir de la mejor manera las energías masculina y femenina.

—La niña iniciada a los trece años, que hoy se encuentra presente en este aquelarre por primera vez, es una niña nacida un día 13, en una noche de Luna negra, en el día de la Tierra. Una niña que sobrevivió a un animal marcado y desafió a la muerte en nombre de la propia fe y del propio amor. En otras palabras, una niña que nació tocada.

Las personas permanecían en silencio, pero era perceptible que, aunque nada dijeran, distintos sentimientos corrían ya por aquel flujo de energía.

«Y tú no eres diferente, ¿eh? Muy por el contrario».

Sentimientos como ansiedad, éxtasis, curiosidad, duda y creencia. Sentimientos de personas comunes ante hechos extraordinarios, que ellas sabían imposibles de negar, tanto por la mente como por el corazón.

«Tal vez tú seas la más bendecida entre nosotras».

—Y hoy invocaremos a la Semidiosa y al Semidiós, para que ese toque se active. Estamos conscientes de que entramos en una nueva era y de que este aquelarre es uno de los pocos que sobrevivieron a la cacería, que no separó, en la desinformación de los seres humanos, las magias blanca y negra. Tal vez estemos ante la clave que nos guiará a un futuro de menos prejuicios e ignorancia, en el cual trabajaremos en pro del bien y de la evolución de la humanidad, o prepararemos el terreno para que las próximas generaciones lo hagan. Que así sea.

Aún en silencio, cada integrante del aquelarre tomó su posición. En el cielo brillaba la Luna nueva, ideal para los comienzos. El círculo sería trazado en el sentido de las manecillas del reloj por Viotti, la señora del aquelarre, la suma sacerdotisa. Algunas señoras comenzaban el círculo de sus aquelarres por el este.

Madame Viotti lo hacía por el norte.

—Por el poder de la Creadora y del Creador, por los guardianes de los cuatro cuadrantes, yo trazo este círculo sagrado. De este espacio ningún mal salió y en él ningún mal entrará.

El círculo fue trazado con un atame en el suelo tres veces, con lo que se visualizó un color dorado saliendo de la punta del cuchillo como un rayo.

El primer trazo fue para la Creadora.

El segundo para el Creador.

El tercero para protección.

Sonó una campana, como señal de que entraban en un mundo de magia. Ariane se sentía bien allí, ligera y en paz. Recibió la unción con una gota de aceite en su frente, en el lugar del tercer ojo, entre las cejas.

En el círculo había elementos en los cuatro cuadrantes que representaban los

cuatro elementos. Así, había una vasija con agua al oeste, una vela al sur, un vaso con tierra al norte y un incienso al este.

De este modo se encendió una vela y todos se prepararon para el momento en que los Guardianes de los Cuatro Cuadrantes fueran invocados.

La suma sacerdotisa levantó el atame y dijo al norte:

—Yo invoco a los Guardianes de las Torres del Norte. Vengan a unirse a nosotros en este círculo, poderes de la tierra, y vigilen este espacio sagrado. ¡Sean bienvenidos!

Entonces fue al punto este, levantó el atame y dijo:

—Yo invoco a los Guardianes de las Torres del Este. Vengan a unirse a nosotros en este círculo, poderes del aire, y vigilen este espacio sagrado. ¡Sean bienvenidos!

Todos adquirieron la forma de un pentagrama. Y en el punto sur, con el atame de nuevo erguido, ella dijo:

—Yo invoco a los Guardianes de las Torres del Sur. Vengan a unirse a nosotros en este círculo, poderes del fuego, y vigilen este espacio sagrado. ¡Sean bienvenidos!

Los guardianes se aproximaron. Surgían de los mismos planos de los devas; lo más interesante era que, al igual que la suma sacerdotisa, la niña tocada los vio acercarse.

E incluso les sonrió.

Entonces llegó el momento más esperado. Era hora de que aquel aquelarre procediera a la invocación de los semidioses. El momento en que la Creadora y el Creador eran llamados por su creación para dar sentido a su existencia.

Y, claro, si tú estás aquí conmigo desde hace tanto tiempo, me parece justo que seas mi elegido. Y el elegido de ellas esta noche.

Entiende que, para que el ritual concluya, ellos necesitan una energía semidivina masculina y una femenina. Como seres semidivinos, nosotros poseemos ambas energías en nuestro éter: sólo que tenemos más de una que de otra.

Así, en el caso de que así lo prefieras, asume la energía masculina o femenina el día de hoy. Yo te lo permito y tú mismo te lo permitirás. Yo haré el papel de la otra. En este momento lo único que importa es que seamos dignos de la fe de aquella creación que nos venera. Entonces, en este momento, asume tu papel semidivino.

Toca a tu creación.

Y sueña conmigo en uno.

En dos.

En tres.

—Semidiosa graciosa, tú eres la reina de los semidioses; la lámpara de la noche; la creadora de todo lo que es salvaje y libre; madre de las mujeres y de los hombres, amante del Semidiós y protectora. Desciende, te lo suplico, con tu rayo de fuerza lunar, aquí, sobre mi círculo —dice la suma sacerdotisa—. Semidiós brillante, tú eres

el rey de los semidioses; señor del Sol; maestro de todo lo que es salvaje y libre; padre de las mujeres y de los hombres; amante de la Semidiosa y protector. Desciende, te lo suplico, con tu rayo de fuerza solar.

Y aquí llegamos nosotros.

En este momento hay trece personas a nuestro alrededor. Estamos en otro nivel de vibración, en el mismo que ellos. En algunos aquelarres, incluso entre los iniciados, no todos pueden vernos.

Hoy, los trece pueden hacerlo.

Los ojos de cada uno y de cada una están llenos de lágrimas. La piel, erizada. El corazón, acelerado, pero tranquilo. El alma, en sosiego, al menos un poco. Repara en la fascinación con que nos miran y mira el brillo que trasciende la expresión humana a la fe en algo más grande de lo que ellos comprenden. Ya que para ellos no es necesario el entendimiento de la creación, sino la fe en aquello que les da vida.

Caminamos alrededor del círculo y de ellos. Ellos forman una rueda y tú escuchas a cada uno de ellos agradecer nuestra presencia.

Entonces la suma sacerdotisa dibuja el pentagrama de invocación.

Y el ritual comienza.

—Oh, semidioses que nos bendicen y que hoy dan vida a este, nuestro momento. Aquí nos reunimos para que podamos, si no entender, al menos contribuir para que los mejores caminos de este aquelarre sean seguidos. Esperamos que la niña aquí tocada en su nacimiento sea elevada a toda gloria y capricho que rodea su destino, y que dispongamos de la disciplina para guiarla en sendero tan importante.

La suma sacerdotisa conduce una meditación que no nos importa. Sólo es fundamental la reacción de ellos a las palabras que les son proferidas. Porque, siguiendo la meditación que se les transmite, el patrón vibratorio de cada uno se iguala y sus pensamientos se calman y nos permiten tocarlos.

Tú me ves ir hasta donde se encuentra la suma sacerdotisa y susurrarle algo al oído. Algo que ella debe hacer. Un lugar a donde debe ir. Lágrimas escurren por su cara, pero la voz sigue guiando a su aquelarre.

Y mientras la voz de ella guía los pensamientos de ellos, tú caminas a mi lado en dirección de cada uno de los presentes.

En nuestra doble energía, aquel de nosotros dos que representa hoy a la energía femenina toca primero con el pulgar la frente de cada uno. El otro toca después.

En cada rostro por el cual pasamos sentimos la pureza que existe en el deseo de ser mejor, o de intentar serlo, de cada uno. Algunas son personas humildes. Otras, de jerarquía social elevada. Algunas representan la clase plebeya más baja. Otras, a los llamados entre ellos de sangre noble. No importa. Allí, en ese círculo, ellos comprenden un poco de lo semidivino.

Porque allí, en ese círculo, ellos comprenden que son iguales.

Son trece personas. Cuatro hombres. Ocho mujeres.

Una niña.

Ella nos observa con los ojos grandes y muy abiertos. Caminamos hasta ella y sentimos su ansiedad juvenil. Sentimos sus rodillas flojas y su corazón en extrema pulsación. Sentimos la pureza de un ser que representa la emoción de actuar sin pensar. Del ser que actúa por sentimiento, no por razón.

Del ser que nació con una misión ya escrita.

Sus cabellos están erizados. La piel blanca, aún más pálida. No es por temor. Ella no nos teme; ni siquiera un poco. En realidad, el sentimiento detrás de toda esa reacción no es destructivo. Se trata de un sentimiento purificador.

De amor.

Una niña de caperuza roja me mira y te mira a ti, y lo único que siente es amor.

Toco el tercer ojo entre sus cejas, en la parte unguada con el aceite. Ella siente mi toque y cierra los ojos. Cuando mi pulgar se desliza en vertical, el aceite toma la forma de una línea. Y yo me aparto.

Para permitir que tú termines la consagración.

Esta vez es tu pulgar el que toca su frente. Pero esta vez su objetivo es correr con ella y esparcir una línea horizontal en la parte superior de la línea vertical que yo tracé, con un dibujo redondeado en cada punta.

El dibujo de una cruz.

Pero no de una cruz cualquiera. Una cruz dibujada por semidioses en el cuerpo de una niña de sentimientos puros, manifestada por amor. Una cruz de fe. Una cruz de verdad, que trae hasta el hombre perdido un camino para comenzar a intentar encontrarse.

Una cruz más allá de la materia. Una cruz de éter. Una cruz semidivina.

Una cruz de Merlín.

Lágrimas brotan de los ojos todavía cerrados de ella. Y tanto tú como yo escuchamos su oración de agradecimiento. Y sentimos la verdad detrás de cada palabra no dicha.

Volvemos al centro y todo lo que corre en ese círculo parece correr para nosotros. Y a través de nosotros. La suma sacerdotisa también se emociona ante el momento y camina para cumplir sus designios. A final de cuentas porque sabe que incluso nosotros, los semidioses, somos seres ocupados.

Entonces ella sujeta de nuevo el atame, va hasta el punto norte y dice:

—Yo agradezco a los Guardianes de las Torres de Observación del Norte, los elementales de la tierra, por haber venido y compartido con nosotros este ritual. Vayan en paz.

Y va hasta el punto este, levanta el atame y dice:

—Yo agradezco a los Guardianes de las Torres de Observación del Este, los

elementales del aire, por haber venido y compartido con nosotros este ritual. Vayan en paz.

Y hace lo mismo en el punto sur:

—Yo agradezco a los Guardianes de las Torres de Observación del Sur, los elementales del fuego, por haber venido y compartido con nosotros este ritual. Vayan en paz.

Y en el punto oeste:

—Yo agradezco a los Guardianes de las Torres de Observación del Oeste, los elementales del agua, por haber venido y compartido con nosotros este ritual. Vayan en paz.

Los elementales se van y Ariane Narin también los ve partir.

La suma sacerdotisa regresa al punto norte, levanta el atame y dice:

—Agradezco a la Creadora, al Creador y a todos los semidioses antiguos de la colina del norte. ¡Y todas las energías que estuvieron presentes con nosotros hoy, que retornen al lugar de donde vinieron! Vayan en paz.

Es aquí cuando nosotros volvemos, sin interferir demasiado. Sin susurrar demasiado. Volvemos como seres superiores pero, al mismo tiempo, por admirarlos tanto, nos gustaría vivir un poco al lado de ellos.

No importa. El hecho es que nosotros los amamos. Y a su vez ellos nos aman.

Y es por tener conciencia de esa relación de veneración que tú dejarás ese lugar conmigo en tres momentos.

En uno.

En dos.

En tres.

Madame Viotti por fin dio tres vueltas al círculo en el sentido contrario a las manecillas del reloj, imaginando que la tierra absorbía de vuelta la energía dorada que le había sido otorgada en la apertura.

—Con el atame lo construí, con el atame lo deshago. Y envío las energías aquí presentes en este círculo sagrado de nuevo al centro del universo. Este se encuentra abierto, pero no roto. Por el poder del tres veces tres, que así sea. Y que así se haga.

Y todo el aquelarre dijo tres veces, como si fuera uno solo:

—El círculo se deshace, pero nunca se rompe.

Ariane Narin, debajo de la caperuza roja, aún lloraba lágrimas de emoción del ser humano que siente el toque del ser semidivino.

«Determinados eventos y determinadas personas fueron creados con una misión que no puede ser interrumpida, ¿entiendes?».

Al fin estaba donde su abuela la había preparado desde su nacimiento para estar y por lo cual incluso había dado su vida.

«Las personas como tú son enviadas para recordarnos cuán maravillosos somos, y

que somos en parte semidivinos y en parte una creación que no sólo se renueva en nosotros, sino que aprende con nosotros».

La caperuza roja aún le contorneaba el cuerpo y la cara, pero esta vez el color no le causaba pánico. El color de la sangre ya no le traía el pensamiento de muerte, sino de vida. Su abuela ya no era una víctima, sino una heroína. El futuro le parecía congruente.

Y el destino, aceptado.

«Esta niña es muy especial. Muy, muy especial».

Las lágrimas que caían ya no eran de tristeza. Finalmente el pasado estaba superado.

El rojo al fin se había tornado blanco.

Axel Branford frenó al corcel *Boris* a pocos metros del mar. Estaba oscuro y se escuchaban las olas al fondo, rompiendo de manera violenta. El olor que venía con la brisa que lamía el mar era salado y lo bastante frío para estremecer a un hombre común.

Pero no a un hombre como esos.

—¿Y ahora? —preguntó, a sabiendas de que el extraño no entendía su idioma.

En realidad, era un indio mohicano, como el viejo indio Dulan que un día conoció en el trayecto en dirección a las Siete Montañas. Los otros también los acompañaban y, aunque estaban lastimados, no manifestaban hostilidad contra Axel.

En realidad, parecían mostrar respeto.

El indio menos lastimado hizo movimientos con las manos que Axel reconoció; no exactamente los movimientos, sino el lenguaje detrás de ellos.

Erdim.

El mismo lenguaje del viejo mohicano. La lengua en que las palabras no hacían sentido a través de la armonía de las frases, sino de las sensaciones provocadas por las vibraciones energéticas que representaban.

«En este tipo de lenguaje las palabras tienen vibraciones, y esas vibraciones definen los significados».

Un idioma universal. Un idioma que debía ser escuchado sin pretensión y respondido sin preocupación.

«Probablemente escucharán la misma frase en formas diferentes, sus cerebros la recibirán en forma diferente, pero el sentido será único».

Un idioma basado en «intenciones».

—¿Entonces debemos ir hacia allá? —dijo Axel para sí mismo, comprendiendo lo que le era comunicado.

La cuestión era que «allá» era el mar.

No había pasajes y ninguno de aquellos mohicanos parecía capaz de dividir el

mar en dos, como en la historia de fantasía de una de las novelas más famosas del mundo de Nueva Éter.

En la práctica, el idioma estaba lleno de expresiones tónicas, que recordaban dialectos antiguos. Y aunque Axel comprendiera la intención de lo que el mohicano quería explicarle, aquello no tenía sentido. Y habría seguido sin tenerlo si él no hubiera recordado el momento con el viejo Dulan hacía tiempo.

Momentos al lado del maestro Ira.

«¿Y qué responde cuando le preguntan sobre su lugar de origen?».

Momentos al lado del maldito maestro Ira.

«La primera a la derecha, siempre de frente, hasta el amanecer».

—¿Y cómo llegaremos allá? —preguntó, transformando la intención en erdim.

El hecho es que el príncipe sabía la respuesta. Sólo que últimamente no estaba en buenos términos con su Creador para aceptarla.

El indio respondió, e independientemente de lo que hubiera dicho de manera textual, Axel comprendió la intención de la respuesta.

—Con fe —susurró, contrariado—. Siempre con la maldita fe, ¿no?

Tuhanny gritó un ¡*kiai!* como si lo regañara.

—Como si ya no tuviera suficiente con un hermano mayor en piel leprosa de anfibio poniendo a prueba mi paciencia, ahora mi vida tiene también un águila que se da aires de ama.

Boris se puso en dos patas, preparado para aceptar y creer en lo que su jinete parecía ordenarle.

—¡Tienes razón, mohicano! Yo monté en un unicornio negro y fui lanzado a kilómetros de distancia por un viejo indio que afirmaba venir de allí, a donde ustedes pretenden llevarme —dijo Axel, con la expresión seria—. Y a pesar de que el Creador y yo estamos en un periodo de diferencia de opiniones, tendría que negar un encuentro con un hada para no creer en su existencia. Y no creer que hay más ocurriendo en este mundo de éter de lo que nuestros ojos pueden distinguir.

Los mohicanos parecieron entender y volvieron sus monturas hacia el mar. Los caballos bufaron. Trotaron un poco en la arena.

Y partieron.

—¡Confía en mí, luchador! —le dijo a su corcel—. ¡Reúne valor! ¡Y ve!

El corcel se levantó de nuevo en dos patas de manera mucho más agresiva que la anterior.

Y, sin dudar un segundo, partió alucinado hacia el mar.

Al fondo, olas poderosas seguían rompiendo con violencia. Y mientras más cerca del mar, más aterrador se volvía ese momento.

Tuhanny lanzó un ¡*kiai!* y se sumergió en un vuelo a la misma altura que el galope del corcel.

Las patas golpeaban el fondo y levantaban arena. Y ellos se aproximaban. Más cerca. Más cerca. Cada vez más cerca. El sonido de las olas al fondo era tan fuerte, pero tan fuerte, que más parecía salir de una caracola junto al oído. El caballo saltó hacia el mar, listo para hundirse en las aguas que lo llevaban hasta las olas.

Y en el segundo que antecedió a la brusca entrada en el agua oscura, aquello sucedió.

—Liga —dijo Lemuel Gulliver con los ojos llenos de ojeras por las noches mal dormidas, al abrir la puerta de una de las decenas de cuartos de huéspedes.

—Capitán Gulliver —dijo la capitana Bradamante—. Disculpa por despertarte a esta hora de la madrugada, pero el rey Anisio Branford exige tu presencia en los confines de la Sala Redonda.

El corcel saltó y lo fantástico cobró forma. Otra vez. Los cascos tocaron las aguas del mar salado y las patas no temblaron por el miedo a hundirse. Y siguieron corriendo. Y corriendo. Al igual que los caballos de los mohicanos que corrían delante de él, los cuales representaban allí el concepto de «realidad» en el que en ese momento ellos comenzaron a creer.

El hecho era que el agua, la cual debería absorberlos, sólo amortiguaba la carrera y los devolvía a la superficie. Era como trotar sobre las camas elásticas de los artistas circenses. Como correr ante una realidad de gravedad diferente. O como hacerlo a través del sueño de seres más grandes que ellos.

Era como correr por las líneas que dan su existencia a los cuentos de hadas.

Al fondo, sin embargo, las olas seguían creciendo y se partían con la misma violencia. La oscuridad volvía al mar mucho más aterrador que extasiante. Y el sonido cada vez más alto generaba temor. Y miedo. Y descuido.

Axel Branford mantenía las manos en las riendas del corcel para forzarlo a no desistir y a acompañar la carrera de los dos caballos delante de él. La carrera fantástica por encima de un mar oscuro maleable en dirección de olas gigantes que los partirían sin ningún esfuerzo.

Sin embargo, un hada había enseñado a aquel príncipe que, en momentos fantásticos, apenas se necesita una llave, pues sólo ella puede hacerlos realidad.

Y sólo ella puede destruirlos en segundos.

«Entiende que, en este mundo, el pensamiento es más peligroso que una espada».

El pensamiento. El pensamiento basado en palabras. En actitudes.

Y en sentimientos.

«Pierde la fe, deja que el ego domine y todo se volverá más difícil, ¿comprendes?».

¿Y cuando la fe no vacilaba pero el odio que crecía detrás de ella alcanzaba una intensidad cada día más difícil de frenar?

Tuhanny emitió su *¡kiai!* cuando los tres caballos se convirtieron en tres pequeños puntos oscuros ante una inmensa pared de agua que parecía devorarlos. El ruido ensordeció los tímpanos. El olor se volvió embriagante. Y el corazón no se decidió entre acelerar o parar de una vez. Axel sacudió las riendas para ordenar a *Boris* que no desistiera.

El corcel siguió.

Y en el momento en que la pared de agua estaba por devorarlos, él saltó a su encuentro siguiendo a los dos caballos al frente. *Tuhanny* gritó y rasgó la noche de rojo, antes de lanzarse en la misma dirección de la inmensa pared de agua.

La ola gigantesca y estruendosa se rompió, hasta cubrir a todos con violencia.

Y el mar volvió a ser oscuro.

Los guardias de la parte trasera fueron dominados con rapidez. Tanto por el asunto numérico como por la sorpresa del ataque.

Era un hecho: aquella prisión solía tener intentos de fuga. Pero toda amenaza siempre venía «de adentro hacia fuera». Jamás había ocurrido que la regla se invirtiera.

Como en aquella madrugada.

Los ocho guardias del espacio trasero fueron sorprendidos, dominados y amarrados. Todos quedaron bastante lastimados. Mas ninguno fue asesinado.

Al frente de la prisión casi cien adolescentes comenzaron a hacer alboroto y a arrojar objetos hacia la entrada para obligar a los guardias reales a pedir refuerzos y acudir a la entrada con antorchas y lámparas.

Atrás, Snail incapacitó de un golpe poderoso al guardia de la derecha.

«Es el que toca la alarma».

Después caminó, con sus seguidores detrás, hacia el corredor oscuro, cuyo acceso estaba impedido por la secuencia de portones de hierro y poderosos candados.

—¿Y ahora, cabezona? —gritó, sin mirarla.

—Apártense.

Todos abrieron un espacio entre Liriel Gabbiani y los portones de hierro. La voz de mando de la chica incluso asustaba. Pasó ante un Snail boquiabierto sin mirarlo. Estiró una de las manos. Y...

¡Clanc!

Uno de los candados se torció con violencia, en una dirección absurda, como un dedo roto. La chica continuó caminando en dirección al portón, frunciendo las cejas y seguida de...

¡Clanc! ¡Clanc! ¡Clanc! ¡Clanc!

¡Cuatro candados rotos en los portones que venían después del primero! Los adolescentes se miraban maravillados. Snail no, pero siguió detrás de ella.

Liriel Gabbiani caminaba y las viejas rejas de hierro se doblaban a su paso, abriéndose solas con violencia y ruidos estruendosos de choque entre metales.

Cuando cruzó el quinto portón estaba por seguir adelante cuando Snail le tocó el hombro:

—¡No, ponte en medio! ¡Quédate detrás de mí y entre ellos!

Los veinte adolescentes se agruparon alrededor de ella. Otras decenas comenzaron a surgir de las sombras, afuera, y a invadir el lugar como lombrices perforando la tierra.

Snail corrió con ellos detrás, mientras que la mayoría de los guardias reales se ubicaba en la entrada, donde más adolescentes hacían alboroto como si quisieran invadir la prisión por el frente.

Él corrió por una inmensidad de corredores, como si estuviera acostumbrado a ese lugar o al menos ya hubiera estado preso allí y no sólo conociera la rutina de aquel sitio, sino también su estructura.

Un grupo de doce guardias pasó corriendo y percibió el movimiento, asustado. Estaban en un pabellón por encima del subsuelo; el grupo corría hacia el pabellón superior cuando se topó con decenas de adolescentes que invadían el lugar. El grupo de Snail no lo pensó dos veces y se les echó encima, en un cruento combate.

Esta vez habría muertes.

Con todo, Snail dejó que algunos de sus jóvenes se trabaran en la lucha, mientras seguía con Liriel y algunos más por aquellos corredores y escaleras oscuros, como un gato que anduviera por la mansión donde creció.

—¿Acaso ya cumpliste pena en esta prisión, negro? —preguntó ella, mientras corría en medio de los otros.

—No. ¡Pero soy bueno con los mapas!

Liriel frunció las cejas, intentando comprender. Y al fin lo hizo.

—Eres un desgraciado.

Era obvio. ¿Por qué, al final, había pasado meses con su grupo al lado de William Scarlet y otros de la confianza de Locksley, patrullando puertos y lugares sospechosos en busca de la misma runfla a la cual siempre había pertenecido?

Para ganar confianza y reunir mapas de esos mismos «lugares sospechosos que debían ser conocidos para evitar invasiones». O ser colocado en aposentos donde esos mapas estarían, lo cual, para un ladino competente como aquel maldito, era exactamente lo mismo.

Él se detuvo en medio de un corredor y provocó que algunos de sus seguidores se atropellaran por la brusca frenada.

—¡Aquí! —dijo con vigor.

—¿Qué?

—¿Ves esa reja de hierro?

En verdad había una reja de hierro. Varias a lo largo del suelo, dispuestas en varios cuadrados a lo largo del pasillo.

—Sí —concordó Liriel.

—¡Son sitios de ventilación para los presos en las celdas solitarias del subsuelo! ¡Son los únicos huecos por donde entra aire!

—Bien.

—¿Cuál es el decimotercero? A ver, ¿cuál es? —gritó, ansioso, obligando a muchos de sus chamacos a acercar las antorchas desde el inicio del corredor y contar juntos para comprobarlo.

Pusieron a Snail frente al decimotercer cuadrado.

—¡Vas tú! —le dijo a Liriel, con urgencia.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Arráncalo! —gritó él.

Liriel, más irritada por el grito que por voluntad propia, lo forzó con violencia y la tapa de metal subió de manera brusca, rodando en dirección a Snail. Aunque se inclinó, la tapa lo golpeó en el brazo y le dejó algunos hematomas antes de caer en el suelo con un ruido estridente.

Él no protestó.

—¿Pero qué maldición de cuerda es esa? —preguntó Liriel cuando lo vio retirar un pedazo de sogas muy fina y negra, que no parecía capaz de aguantar a un solo hombre. Lo peor es que la cuerda ni siquiera estaba en una bolsa, sino que parecía entrecruzada a lo largo de varios bolsos falsos del abrigo del ladino, como una cobra enroscada en la ropa.

—Es la «cuerda fría». No se fabrica, al menos no por los medios normales. En realidad no es exactamente una cuerda: se trata de un organismo inteligente, utilizado para amarrar... «criaturas». Es casi invisible a los ojos y resulta imposible partirla. Ni siquiera la sientes en la piel. A no ser, claro, que seas de origen feérico.

—¿Cómo que un «organismo inteligente»? ¿Me estás diciendo que esa cosa está viva?

—Sí, pero no como un animal, ¿sabes? Más como una planta.

—Ah. ¿Y los Cazadores de Brujas saben que les falta una de esas entre sus accesorios?

—Bueno.

La cuerda fría fue lanzada hacia algunos de los adolescentes presentes. Snail sujetó la punta y comenzó a amarrársela alrededor de la cintura. En realidad, «amarrar» no sería el término más apropiado; el hecho fue que, cuando la pasó alrededor de la cintura y apoyó la punta suelta en el cuerpo donde haría el nudo, el propio organismo inteligente comprendió lo que él intentaba y se convirtió en una sola cosa, sin principio ni fin.

En el otro extremo, cinco adolescentes se iban apartando y sujetando de distintos puntos de la cuerda, como un cable de fuerza. Otros buscaban algún punto de apoyo para asegurarse a cada uno de ellos y ayudar así a evitar la fricción, pues los cinco serían jalados en dirección contraria cuando tuvieran que soportar el peso de Snail. También podrían haberla enroscado en algún soporte, pero sólo el ladino sabía cómo destrabar lo que quiera que fuese aquel siniestro mecanismo.

Snail saltó como una araña descendiendo por su tela hacia el agujero oscuro. Cuando llegó al suelo, ordenó:

—¡Aviéntala!

Arriba, el adolescente Oliver dejó caer una antorcha como lo haría con una maceta con plantas, dejando apenas a la acción de gravedad el cuidado de que la parte de fuego no se volteara al revés.

El desgraciado de abajo tomó la antorcha que caía en la oscuridad sin quemarse, como si fuera la cosa más natural del mundo.

La prisión era húmeda y fétida. Había poco aire y mucha suciedad. Piedras alrededor y lodo. Orina y heces se mezclaban con la comida para animales. Y entre esa amalgama bizarra había un hombre de uñas inmensas, y barbas y cabellos blancos tan largos, que más recordaban la figura de los viejos profetas locos.

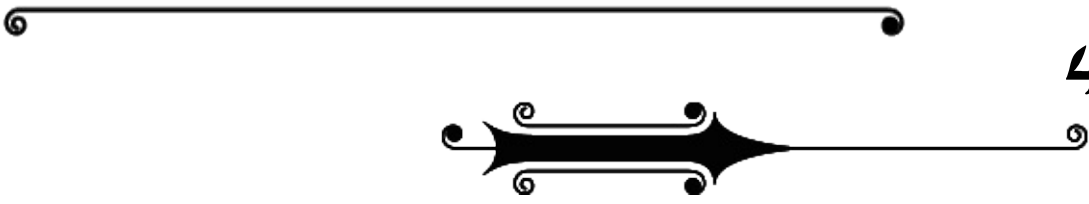
En realidad, tal vez en verdad él fuera un profeta. O simplemente un loco.

El hecho es que, en el momento que Snail aproximó la antorcha a su rostro, hubo una sonrisa.

—Hola, Jim —dijo el negro ladino—. Tú no me conoces, pero vine a sacarte de este calabozo. Existen hombres peores que tú para sufrir este destino.

«En tu caso, es hora de que tengas un mejor lugar para morir».

Fuera profeta o loco, el viejo del otro lado también sonrió.



Sala Redonda. Una mesa octogonal, que recordaba a un círculo. El rey Anisio Branford estaba ante la mesa que antiguamente había contado con siete consejeros, uno de cada color, pero que ahora tenía ocho, un poco más apretados. Antes había sillas que más parecían tronos, con joyas incrustadas en la mesa que representaban el color y la importancia de cada consejero.

Hoy las joyas seguían allí, pero las sillas habían sido abolidas. El rey Anisio llegó a la conclusión de que las medidas de emergencia necesitaban soluciones rápidas. Y que las reuniones terminan mucho más rápido cuando las personas están de pie. Era muy probable que la reina Blanca Corazón de Nieve también quisiera estar presente, pero en ese instante dormía con tranquilidad, sin imaginar lo que hacía su esposo.

El sol aún no había nacido.

—La situación que hoy debe ser juzgada tiene el carácter urgente que esta convocatoria súbita exige. Como todos saben, Arzallum fue invadida por una tecnología a la que nunca tuvimos acceso, y mi llegada al trono de este reino inició una nueva era en la que enemigos y aliados declarados están muy bien establecidos.

La sala se encontraba decorada con blasones de guerra, con las banderas de Arzallum y de la Guardia Real y, hoy en día, también con la de los Caballeros de Helsing.

Cuando el rey se reunía con sus consejeros en la Sala Redonda, nadie debía molestarlo, a no ser por un motivo de extrema urgencia. Y así como toda reunión con los consejeros se daba por cuestiones de emergencia, resultaba difícil imaginar mejores motivos para interrumpir una sesión.

Sin embargo, en ese momento tocaron a la puerta. Y el motivo era justo.

La capitana de la guardia entró con el capitán Lemuel Gulliver. Todos los presentes guardaron silencio, sorprendidos con su entrada, aunque ya supieran que ocurriría. La verdad sea dicha, no ocurría todos los días que incluso los consejeros reales vieran ante ellos a un original.

—Su majestad. —Bradamante hizo una reverencia.

El capitán Gulliver la imitó.

—Consejeros.

Sabino von Fígaro, con la figura y el manto claro del consejero Blanco, invitó a Lemuel Gulliver a colocarse a su lado. La capitana se quedó al fondo, a la espera de ser solicitada en caso de que su opinión fuera necesaria.

—Señores, con mucha sorpresa y admiración tenemos hoy de vuelta en este palacio a uno de los héroes originales que lucharon al lado de mi padre, el rey Primo. Su llegada, sin embargo, trajo noticias alarmantes, que me ponen en una peligrosa encrucijada, donde cualquier decisión que tome cambiará a Arzallum para siempre. Otra vez.

Los silenciosos consejeros menearon las cabezas cubiertas. Todos estaban enterados ya de lo que ocurría.

—Pues bien, en este momento Brobdingnag tiene en su poder a un niño arzallino, llamado Jack Spriggins. No obstante, su verdadero nombre es John Gulliver, hijo de nuestro capitán, aquí presente, Lemuel Gulliver —los consejeros permanecieron en silencio, aunque era posible sentir las ansiedades y las preocupaciones—. Los motivos que llevaron a nuestro capitán al aislamiento ya les fueron explicados y no será juzgado por nosotros en esta sala, pero sí el hecho de que, independientemente de la forma como se dieron los acontecimientos, hoy existe una ruptura del tratado establecido en el Pacto de Swift. Y aquí, en este día, es hora de que Arzallum decida qué posición adoptará ante eso.

El consejero Negro, en la figura del robusto coronel Athos, segundo en comando en la Orden de los Caballeros de Helsing y adversario de Sabino von Fígaro, exclamó:

—Su majestad, ante el escenario propuesto no es mucho lo que debe discutirse. Si Brobdingnag tiene a un niño arzallino en su poder, con lo que falta al pacto, es obligación de esta nación ante el mundo exigir tal custodia de regreso o tomarla por la fuerza si es necesario.

El rey hizo una señal en dirección a Sabino y el consejero Blanco opinó:

—Sin embargo, uno de los grandes dilemas aquí establecido es que el niño del que hablamos en realidad es un infante medio arzallino —por debajo de las capuchas coloridas todos abrieron mucho los ojos—. En realidad, John Gulliver es hijo de dos arzallinos, pero nació en la capital del reino gigante, Lorbrulgrud.

Los consejeros murmuraron para sí mismos. Al fin comprendían dónde estaba el gran punto de aquel conflicto. O al menos creían comprenderlo.

Sin embargo, no estaban conscientes de que aún no tenían ni idea.

—Me gustaría comprender mejor dónde se encuentran las ideas ambiciosas de la señora Mary Gulliver al tener a su hijo en esas tierras.

El propio capitán Gulliver tomó la palabra. Impresionaba cómo, poco a poco, la figura de aquel viejo padre cansado, que había llegado a Arzallum desesperado y en harapos, daba lugar a un capitán militar con años de experiencia como héroe de guerra.

—La señora Mary Burton —repara en la ausencia de su propio apellido— se convirtió en aprendiz de la bruja más influyente de Brobdingnag.

—¿La Madre Gorda? —preguntó el consejero Negro, demostrando por qué era el antiguo comandante máximo de los Caballeros de Helsing.

—Sí —respondió Sabino, en su eterna reyerta—. La bruja Iddian-Si.

Ambos consejeros se quedaron mirando. Y el consejero Púrpura, conocido por tener la mayor preocupación debido a la responsabilidad de los consejeros de aquella sala, afirmó:

—Su majestad, si comprendo lo que está en juego, me gustaría adelantarme para votar en contra. Todos aquí tenemos conciencia de que armar ejércitos para subir hasta un reino en posición estratégicamente superior y de poder destructivo mayor que el nuestro no sólo implicaría condenar a muerte a miles de arzallinos, sino también incendiar la pólvora que provocaría una Primera Guerra Mundial en Nueva Éter.

—Exactamente —comentó el rey, para dejar en claro que quería escuchar el resto de la conclusión.

El consejero no tuvo otro remedio y concluyó:

—¡Entonces, su majestad, no entiendo cuál es la duda aquí propuesta! Sí, todos podemos solidarizarnos con el dolor del capitán Gulliver. Muchos aquí son padres y saben lo que eso significa. Pero, como consejeros reales, estamos conscientes de que no podemos matar a miles para salvar a uno.

—¿Pero y qué de la moral de Arzallum? —preguntó el impulsivo consejero Rojo.

—¿Cómo? —el consejero Púrpura se volvió hacia él.

—¿Y qué de la moral de esta nación? —insistió el consejero Rojo.

El rey Anisio no dijo nada; ya había evaluado aquella situación, pero quería ver a sus consejeros debatiéndola.

—Eso no tendría relevancia en este momento —dijo el consejero Verde, siempre con la esperanza de tiempos mejores—. ¡Concuerdo con el consejero Naranja! No podemos mandar a miles a la muerte por una cuestión de «moral nacional». Si así fuera, deberíamos pensar primero en la moral humana.

—¿Amarillo? —preguntó el rey, y sólo entonces percibieron qué tan en serio se tomaba Anisio Branford aquella cuestión, como si ya se hubiera abierto oficialmente una votación.

—Su majestad, comprendo los dos lados que están siendo sopesados en esta balanza. Comprendo la prudencia y el impulso. No considero sensato matar a miles

para salvar a uno, pero la cuestión es que estamos ante la violación de un pacto conocido por el mundo, y la no intervención de Arzallum en el asunto sería algo más grave de lo que parece.

—¡Es obvio que sí! —dijo el consejero Negro—. Si Arzallum aún quiere mantenerse como la más grande de las naciones, ¿qué moral tendrá ante el mundo si decide esconderse cuando alguien la desafía en forma tan abierta? ¿Cómo podrá exigir la palabra de otras naciones si no cobra el cumplimiento de lo que ha sido establecido en acuerdos?

—Azul —dijo el rey; así como hacía Primo Branford, más parecía una intimación que una pregunta; era el momento de cuestionar al consejero de mayor intuición—. ¿Qué opinas sobre el caso?

Azul se mantuvo quieto por un momento. Y dijo:

—Que no podemos dejar la situación tal como está o Arzallum perderá la moral, pero antes deberíamos dar al rey Blunderbore y a Brobdingnag la opción de entregarnos a la criatura de modo pacífico.

El capitán Gulliver miró para abajo, pensativo. Todos los presentes emitieron murmullos, pues concordaban en que aquella parecía la mejor solución.

—Brobdingnag no nos entregará al niño pacíficamente —dijo Lemuel Gulliver.

—¿Y cómo estás tan seguro, capitán? —preguntó con su cordialidad de siempre el consejero Naranja.

—Porque yo estuve allá. E hice la misma petición.

Los consejeros se sorprendieron.

—¿Y cuál sería el interés de Blunderbore en provocar a Arzallum por una simple criatura? ¿Y el interés de Mary... —casi dijo «Gulliver»—. Burton en permanecer al lado de una nación que puede usar a su hijo como detonador de una guerra mundial?

Sabino von Fígaro respondió:

—Mary Burton espera la guerra. En su ambición, anhela que Brobdingnag destrone a algún rey enemigo y la coloque en el puesto de reina.

—Además de eso —dijo el rey Anisio— sabemos que Brobdingnag y Minotaurus son aliados. Y Ferrabrás está ávido de un motivo para enfrentar a Arzallum.

—Otra razón más para no meternos en esta guerra con ellos —insistió el consejero Púrpura.

Se hizo el silencio en la sala. Y silencio. Y sonido:

—Consejeros —dijo el rey—. En vez de preguntar en forma individual, el día de hoy haré una excepción para pedirles que sólo levanten las manos tras mi pregunta.

Los consejeros se miraron. Pero nadie protestó.

—Tomando en cuenta que hay una falta de respeto al Pacto de Swift y que Brobdingnag ya manifestó a un testigo aquí presente que no pretende disculparse ni mucho menos ceder al motivo de tal falta de respeto, ¿quién de ustedes está a favor

de la declaración de guerra?

Los consejeros Rojo, Negro y Azul alzaron las manos. Así eran cinco votos contra tres.

Hasta que Sabino von Fígaro la levantó también.

El rey movió la cabeza. Los otros consejeros se extrañaron de que el consejero Blanco hubiera tomado parte de la decisión. A final de cuentas era raro que estuviera de acuerdo con cualquier razonamiento del consejero Negro, al menos con las informaciones que estaban sobre la mesa.

A no ser que hubiera algo más que ellos no supieran.

—Señores, tenemos un empate. Así, pediré que quienes estén a favor de la guerra que mantengan los brazos levantados —dijo el rey—. Y de cara a la información que revelaré ahora, que los otros se manifiesten todavía en contra o, en caso de que cambien de opinión, levanten también las manos.

El ambiente de aquella sala en verdad se estaba poniendo tenso. Y empeoraría.

Al fin había llegado la hora de poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Quién es este viejo lelo, Galford? —preguntó Liriel Gabbiani, a su manera habitual, a Snail, observando al viejo liberado, roncando como un puerco en un refugio improvisado en el sótano de un viejo caserón abandonado.

—Él es Jim Hawkins. El hombre que descubrió el primer gran tesoro del mundo; el hombre que inventó la visión romántica de la piratería y el hombre que es, sin duda alguna, el mejor pirata que Nueva Éter haya conocido.

—¿Y Garfio?

—Garfio era el peor entre los mejores piratas.

—De cualquier forma, pensaba haber oído decir que el título del mejor pirata del mundo era de Andreanne.

—No por casualidad escuchaste eso en Arzallum.

Liriel rio. De hecho, Arzallum había dado el nombre de la pirata arzallina a su capital. Snail corrigió:

—¡Relaja ese escepticismo, Gabbiani! Mañana, cuando él esté mejor, entenderás lo que digo. Mañana será el primer día del inicio de la vida que siempre soñé.

Axel Branford despertó tosiendo, sin acordarse de mucho. Se había desmayado por un momento, cuando su corcel atravesó una ola y siguió arrojando hasta parar en la arena de una playa que no era la misma de donde había partido. Fue necesario que le sacaran agua de los pulmones. Todavía estaba un poco morado. Pero había vuelto a respirar.

A su alrededor había algunos indios mohicanos y varias mujeres mucho más allá de lo que el término haría justicia. Ellas tenían piel dorada y ojos brillantes, voz sensual y aspecto guerrero.

Eran mujeres de vida militar y orejas puntiagudas.

Eran elfas. Las legendarias elfas amazonas.

—Seas bienvenido, príncipe Axel Terra Branford —dijo una elfa de largos cabellos negros que se acercaba, entre los indios mohicanos que le abrían el paso—. Yo soy Lirath, princesa hermana de tu prometida. Aquella que en algún momento te llevará a ella, si lo mereces.

Axel se levantó con dificultad y la visión turbia. Y con voz lenta dijo:

—Estas tierras, elfa, son realmente las tierras fantásticas, ¿son ellas...?

—Sí —refunfuñó ella, como si ratificar tal información al extranjero la molestara más que otra cosa—. Estás en tierras inaccesibles a tu raza sin permiso. Estás en tierras que, para nosotros, son las Tierras de Siempre, aunque para ti son las Tierras de Nunca Jamás.

—Consejeros, ¿si les informara que existe una sospecha, una única posibilidad de que el niño que en este momento se halla en poder de Brobdingnag sea el avatar?—sí: los corazones en la Sala Redonda se detuvieron por un momento—. ¿Y si les informara que el niño de sangre arzallina, nacido en el reino gigante y en poder de la raza grande, posee la mínima probabilidad de ser el esperado niño que traerá de vuelta al Cristo para liderar la nueva era de la humanidad?

La Sala Redonda era toda silencio. Puro silencio. Si bien cada uno de los presentes escuchaba el corazón del otro.

—¿No existe la menor prueba de que eso sea un hecho? —preguntó, todavía pensativo, el consejero Amarillo.

Todos miraron al capitán Lemuel Gulliver.

El capitán mantuvo baja la cabeza e hizo una señal negativa.

—Pero la mera sospecha ya cambia el escenario —dijo el consejero Verde—. Ustedes saben cómo siempre sueño con mejores vientos y cómo siempre basé mi fe en la creencia del día en que el Creador nos enviaría de vuelta al Cristo Merlín Ambrosius de Avalón. Yo podría dormir sabiendo que miles morirían para intentar traer a un niño como él de vuelta a la humanidad, entre la que debe estar. Pero no lo conseguiría si ese niño fuera quien se sospecha que es y ni siquiera lo hubiéramos intentado.

El consejero Verde levantó la mano a favor de la guerra.

—Yo sólo lo haré si todos están de acuerdo —dijo el rey.

Toda la Sala Redonda era silencio y tensión.

—¿Y si la criatura no fuera el avatar? —cuestionó el consejero Púrpura.

El consejero Amarillo alzó el brazo. Y justificó:

—El pueblo podría perdonarnos por eso. Pero jamás lo hará si el niño lo es y nosotros nada hicimos.

Faltaban dos.

—¿Nuestros ejércitos serán capaces de enfrentar al ejército gigante? —cuestionó el aún indeciso consejero Naranja.

—Capitana —requirió el rey.

La capitana Bradamante se acercó y dijo:

—En teoría, tal vez no.

—¿Y existe, en algún momento que no percibo, algún «pero» en tal respuesta, capitana? —insistió el consejero.

—Sólo algo que me enseñó la experiencia, consejero.

—¿Y puede compartir esa experiencia con nosotros?

—Que no importa contra qué luchemos, sino por qué —una pausa—. Y por un motivo como esos, señores, creo que nuestros ejércitos serían capaces de cualquier hecho.

El consejero Naranja levantó el brazo. Faltaba uno.

Toda la atención estaba en el consejero Púrpura. Nunca su preocupación por las responsabilidades de un consejero real alcanzó semejante intensidad.

—Mi preocupación no es por los que morirán en esta guerra, sino por los que seguirán vivos. ¿Y si nuestro reino se empobrece al grado de que los huérfanos y las mujeres no tengan con qué mantenerse? ¿Y si nuestro reino es tomado? ¿Si ponen a Mary Burton como reina y destruyen toda la cultura que llevamos centenares de años estableciendo y sustentando? —por su voz, se notaba que casi había lágrimas en los ojos de aquel nacionalista—. ¿Y si Arzallum fracasa, rey Branford?

El rey Anisio Branford suspiró, infló el pecho y habló en el tono de un general de guerra:

—¡Entonces habremos entrado a la historia como una nación que existió y desapareció por un motivo por el que valió la pena existir! Entonces seremos recordados como un pueblo que otros tomarán como ejemplo y nuestros descendientes estarán orgullosos. Entonces seremos recordados como un pueblo que honró a la humanidad y sacrificó su existencia por un ideal. Seremos recordados como los más virtuosos. Como los más valientes.

El rey apretó los puños. Los labios. Y concluyó la difícil sentencia:

—Seremos recordados como la nación más grande que ha existido.

El consejero Púrpura asintió y levantó la mano entre lágrimas de miedo, duda y esperanza.

El rey Anisio Branford no titubeó y mantuvo la voz vibrante.

—De acuerdo con este consejo, y con la autoridad atribuida a mi persona, yo, Anisio Terra Branford, rey de Arzallum, bajo el motivo de «ofensa nacional» y «afrenta» contra las normas establecidas entre naciones por el Pacto de Swift, decido que se declare la guerra a la nación gigante de Brobdingnag, ¡y que la tormenta de ese ejército caiga sobre la cabeza de su comandante, el rey Blunderbore!

Un puño real golpeó con decisión en la mesa, lo cual implicaba que no había marcha atrás con la decisión tomada.

Y, como si fueran parte de un único círculo, ocho puños golpearon en la mesa octagonal, lo que significaba la bendición de sus sabidurías en aquella decisión.

Quedaba así declarada la Primera Guerra Mundial de Nueva Éter.

Acto 2



Círculos de fuego



Un círculo se había formado. Y de nuevo había trece. Pero aquel círculo no era un aquelarre. Y aquellas personas no eran personas comunes. Algunas incluso eran magas, brujas o místicas. Todas sabían mucho, o casi todo, de un camino de magia. Y aun así se respetaban. Tal vez por eso se respetaran.

El hecho era que allí, juntos, estaban los trece más grandes. Los trece mejores. Los trece más grandes del mundo.

Ellos se reunían el día 8 del octavo mes, cada ocho años. Y formaban el Círculo de los Dragones. Había poco o tal vez nada que se igualara a un momento como aquel en expresión semidivina en todo el mundo. Aquel no era un círculo de brujería blanca ni negra, sino algo muchísimo más grande. Aquel era el consejo de magia más poderoso del mundo, por encima de cualquier sala redonda o política humana, pues decidía el destino del mundo y la evolución o la involución de la humanidad de Nueva Éter.

Lo curioso era que incluso una involución, en ese caso, implicaba una evolución.

Aquel era el consejo supremo. El Consejo Druida.

Aquel era el Círculo de Pendragon.

—Hoy es la primera vez que nos reunimos desde que nos volvimos doce —dijo el clérigo cardenal Próspero, sacerdote máximo de Quimera.

Los demás estuvieron de acuerdo. La realidad era que una de aquellas vacantes correspondía a la fallecida reina-hada Terra Branford, madre del actual rey de Arzallum.

Obviamente, esa vacante requería ser llenada.

—Los lugares en este consejo se desocupan cada vez más rápido —dijo el mago trol Krull.

El comentario era una provocación directa a Morgana le Fey y a la trágica muerte de Arthur le Fey, el último Pendragon, a manos de su propio hijo. Decían que el trágico acontecimiento se había dado por manipulación directa de la propia Morgana,

hermana y reina por derecho de Albión, la cual planeó colocar en el trono a su amante y actual rey, Oronte.

Nadie hasta hoy había logrado probar nada concreto sobre el caso.

—Roguemos porque esto no siga pasando —comentó Morgana con una voz ronca y en extremo fría, como si sólo aquel timbre fuera responsable por todo un invierno.

—La cuestión es ¿quién tomará el lugar en la vacante de la reina-hada Terra? —insistió el clérigo cardenal Próspero.

Silencio.

—Todos aquí saben cuál es la regla —dijo el maestre enano Orgullo—. No somos nosotros quienes lo decidimos. Así fue con Arthur; así será con Terra. El Creador hace el llamado. El elegido llega aquí solo.

El maestre enano tenía razón. Así había funcionado siempre: el consejo se reunía en la misma fecha, pero nunca en el mismo lugar. Y casi todas las personas allí sólo se veían una vez cada ocho años, así que no había forma de que se comunicaran previamente.

En suma, era preciso escuchar el llamado.

Una voz que simplemente les decía a dónde ir y que todo miembro por derecho de aquel círculo escuchaba. Así era, así había sido siempre y ese día no era distinto.

Así, pasado algún tiempo, los presentes escucharon que ella se aproximaba.

El consejo entero se volvió a la recién llegada.

—¿Quién es ella? —preguntó Iddian-Si, la Madre Gorda.

Nadie parecía reconocerla. Incluso así, con sus vestiduras vastas y claras que le cubrían el cuerpo añoso, se aproximó con un bastón que más parecía un báculo místico.

Sin contar el sombrero en forma de cono en la cabeza.

—Es Viotti —respondió Próspero. *Madame Lenora Viotti.*

—¿De dónde la conoces?

—De un incidente que involucró a nuestro clérigo Thamasa y a la catedral de la Sagrada Creación de Andreanne.

—¿«Un incidente»? Lo dices como si no hubiera sido el motivo de que ya no contemos más con Terra —comentó Krull.

La señora se aproximó, y el consejo la miró fijamente, intentando entender el motivo de su presencia, o el motivo de su elección, que al final eran la misma cosa.

—Buenas noches a todos los presentes de ambos lados —dijo ella—. Como señaló el clérigo cardenal Próspero, soy Lenora Viotti, suma sacerdotisa y una de las únicas sobrevivientes de la cacería.

—¿Una blanca? —dijo con desdén Calígula, suma sacerdotisa calva y repleta de tatuajes y pendientes esparcidos por el cuerpo, el hada caída y maestra suprema de la más temida orden de magia negra del mundo: las Hijas de Bruja.

Los Caballeros de Helsing y otros cazadores de brujas en general serían capaces de hacer pactos con entidades sombrías sólo para tenerla en las manos.

Antes de que alguien se confunda, es obvio que el comentario de la bruja no se refería al color de la piel de Viotti, sino a su clase como maga.

—¿Decepcionada? —preguntó el hechicero Oberon.

Oberon era el hechicero maestro del reino de Orión, que en la actualidad intentaba todo para sacar a la reina durmiente Belluci de su coma profundo. Sin embargo, lo más curioso del caso de este hechicero es que había acabado por hacerse mundialmente famoso por su mayor desliz: un infeliz aprendiz que decidió crear gólems de madera y llevó al reino de Orión a la locura con una caterva de criaturas destructivas.

El episodio fue conocido como el caso del «infeliz aprendiz de brujo».

Aparte de eso, era uno de los magos más notables del mundo.

—Calígula probablemente esperaba que fuera Helena —volvió a decir el clérigo Próspero.

—¿Helena Bravaria? ¿La «desterrada»? —preguntó el mago trol Krull—. Supe que fue expulsada de Stallia como una perra preñada de la que nadie quiere que dé a luz a sus crías.

—Helena Bravaria forma parte del Consejo del Mal —dijo Oberon—. Tal vez un día ella esté en este círculo en el lugar de Baba...

Oberon tenía razón. Cada uno de esos magos y brujos presentes lideraba algún aquelarre, consejo o círculo propio en sus propias tierras. En el Consejo Druida, sin embargo, nunca se aceptaba a dos personas de un mismo círculo o consejo.

Baba Yaga, la bruja de casi tres metros de altura y dientes puntiagudos de acero, exclamó con su voz proporcionalmente alta:

—El nombre que quieres decir es Consejo de Sangre. Para que eso ocurra, hechicero aprendiz —el desprecio venía del caso del infeliz aprendiz—, yo tendría que morir primero.

—No siempre. Zoroastro murió y se convirtió en un maldito «linche».

Él surgió de las sombras. De lejos, entre todos, era el más pavoroso. El más sombrío. El más temido. La presencia del siniestro mago de Oz era tan estremecedora que hasta Baba Yaga, respetada por todos, lo respetaba a él. Vestía de negro y más parecía una inmensa sombra en pie. Su cuerpo era esquelético. Y cuando la luna o alguna otra estrella decidía iluminar su rostro, lo que antes había sido carne ahora era apenas una calavera.

Era el precio de que un humano se convirtiera en un linche. Su poder se triplicaba, pero perdía tres veces humanidad.

Hoy se decía que, si algún día fuera preciso, el único capaz de anular el poder del mago de Oz sería el maestro enano Orgullo.

Quizá eso fuera verdad.

—No estoy viendo mucha productividad en este consejo hoy —dijo, con una voz que parecía no decir nada—. De hecho, cada ocho años veo cada vez menos.

Las personas notaron que, al fondo, el mago Atlantis se mostraba de acuerdo. Guelron no hablaba ninguna lengua de los reinos de la superficie y sólo comprendía las reuniones porque eran habladas en erdim. Tenía un color azulado, sin pelo, con orejas que parecían ostras, piel escamosa y agallas.

No podía estar mucho tiempo fuera del mar, y por eso contaba cada minuto perdido.

Sin embargo, su estadía allí cada ocho años sólo era pautada por la propia presencia en sí. Él nunca decía nada. Sólo observaba, y de vez en cuando se mostraba de acuerdo o en desacuerdo con algo que se decía. Créeme, para el pueblo atlante, que no se involucraba con el pueblo de la superficie, eso ya era un avance.

Para que te des una idea, ninguno de sus príncipes y princesas salió de sus reinos sumergidos ni siquiera para la coronación del nuevo rey de Arzallum.

—Nadie está obligado a venir al consejo —dijo maestre Orgullo.

—Desafortunadamente somos llamados —respondió el mago de Oz.

La atención se volvió hacia él.

—¿Ya pensaste en rehusarte al llamado de tu Creador, mago sombrío? —preguntó el clérigo Próspero.

—Sólo el día en que tome Su lugar o me convierta en uno de Sus preferidos.

Los presentes no sabían si tomar aquello como una gran broma o como la mayor de las amenazas imaginadas.

—Basta de blasfemias por hoy —dijo Oberon—. Tenemos más miembros que aún necesitan decir algo.

Era verdad. Había un encapuchado, con una vestimenta que le cubría todo el cuerpo y la cabeza. Aquella era la vestimenta sagrada del círculo.

Y sólo el actual Pendragon la vestía.

El Pendragon era el único tocado capaz de abandonar el cuerpo físico y, a través de su espíritu, tener acceso al plano de los dragones de Éter.

Sólo un ser vivo en el mundo era tocado con tal don a la vez.

El último había sido el rey y caballero Arthur, y sólo eso da una idea de lo que su pérdida significó para el mundo.

Sin embargo, ser un Pendragon implicaba un camino de gran sacrificio. Era necesario pasar por una gran provocación para ser tocado, y por otras dos para ser elegido.

El tocado podría hablar con los dragones etéricos. El elegido sería capaz de despertar a los devas y decidir el destino del mundo. Por eso el retorno de Merlín Ambrosius era tan esperado.

Porque sería él quien guiaría al nuevo tocado. Y, así, al nuevo elegido.

Otra vez.

Arthur Pendragon había pasado su primera provocación cuando arrancó la espada de la piedra y se convirtió en rey. La segunda fue por matar al propio hijo que lo traicionó.

Mas no pudo hacerlo.

Aquel nuevo encapuchado, allí presente, había pasado por la primera provocación. Y había sido tocado.

En breve todos en aquel círculo sabrían que él pasaría por una segunda provocación.

Pero en aquel instante las personas se volvieron para ver mejor a un mago de vestimentas orientales, con telas y tocados ligeros, como los descritos por las pocas personas confiables que, según deliraban, habían visto a los genios. Vestía una faja que le cubría hasta el ombligo y usaba dos toallas azules: una en cada hombro.

—Y en cuanto a ti, oriental —preguntó Calígula—, ¿necesitas una lengua para decir algo? Puedo arrancarte una, si me la devuelves después.

El mago oriental, que mantenía los brazos cruzados y los ojos cerrados, los abrió con paciencia. Y dijo:

—No hay mucho que decir. Hace ocho años les dije lo que ocurre hoy.

—¿Que llegarían gnomos de los cielos? —preguntó el mago trol Krull.

—El detonador que llevaría al inicio de la gran guerra. Por mí fue dicho que la tecnología evolucionaría con rapidez en este continente, pero que la ambición de este lado de las tierras no la acompañaría. Y entonces habría una gran guerra.

—Tonterías —dijo la horrenda Baba Yaga—, la gran guerra ocurrirá a causa del avatar.

—¿No es increíble cómo el retorno del hijo del Creador está rodeado de odio y rivalidad, cuando debería estar rodeado de amor? —preguntó el clérigo Próspero.

—El día en que tus frailes compartan el poder de las piedras de la creación, entonces hablaremos sobre amor y desapego, sacerdote hipócrita —dijo Calígula.

—Hablar sobre el poder de las piedras y sobre el amor es un pleonasma, maga de juguete.

Maestre enano Orgullo tomó la palabra:

—Sus discusiones son inoportunas y ajenas a la objetividad que exige nuestro poco tiempo. Tomemos ahora una línea concreta de razonamiento. Den la palabra a aquella que nos confirme o no...

Y todos se volvieron hacia Iddian-Si, la inmensa Madre Gorda.

—¿Qué es lo que este consejo desea saber? —preguntó ella, con su voz poderosa.

—¿Es verdad que tienes a un niño que rompe el Pacto de Swift? —preguntó maestre Orgullo.

—No se habla de política en el círculo —dijo Morgana le Fey.

—Sí se habla cuando nos referimos a una criatura que puede ser el avatar —comentó el mago de Oz.

Las personas callaron. Hasta que el mago trol dejó escapar:

—No me sorprende que a Morgana no le guste hablar de política en este círculo.

—Cállate —dijo el mago de Oz, el único que osaría hablar con alguien presente en esos términos sin sufrir las consecuencias. Y dijo, en dirección a la Madre Gorda —: Ahora ratifica o rectifica lo que te fue preguntado.

Iddian-Si pareció incómoda. Y al fin dijo:

—Sí. Es verdad.

—¿Un niño que puede provocar la gran guerra? —preguntó maestre Orgullo.

—No es esto lo que provocará la gran guerra —dijo el mago oriental.

—Sé que soy nueva en este consejo y pido disculpas por solicitar la palabra —dijo *madame* Viotti, volviéndose hacia el mago genio—, pero una vida no es una cosa, mago oriental, para usar ese término.

—Ni siquiera me refiero a una vida, bruja menor —era extraño que una señora como Viotti fuera llamada «menor», pero, a fin de cuentas, ¿no era ella la integrante más nueva de ese consejo?—, sino a una actitud.

Maestre Orgullo ignoró el comentario del mago genio y preguntó a la Madre Gorda:

—Bueno, ahorra tiempo y dinos: ¿es él?

De nuevo se hizo el silencio ante la tensión de una respuesta que lo cambiaría todo. Las motivaciones. Las actitudes. Las búsquedas. El mundo.

Iddian-Si, sudando como una puerca por todos los poros y exhalando un fuerte olor por las axilas, dijo al fin:

—Yo creo que sí.

Hubo explosiones de murmullos de desdén. Y hasta burlas.

—Oh, mi Creador, ella «cree» —rezongó Oberon—. Ahora el mundo está listo para cambiar.

—¿Y qué vendría después? ¿Enseñarnos cómo crees que debemos mantener la forma física? —preguntó el mago trol Krull.

Iddian-Si cerró la expresión, mas no respondió a ninguna burla. Hubo más en un corto lapso.

—Dame al niño y lo descubriré en dos tiempos —dijo Baba Yaga—. Si no lo es, le devoraré la cabeza. Y los brazos. Y todo el resto. Y serviré la sangre en copas ante el altar de sacrificios.

—No hoy —dijo Zoroastro, y todos callaron una vez más ante el mago de Oz. Cualquier risa, broma o comentario perdió vida y se secó—. Hoy, Iddian-Si es parte de este consejo.

—Lo cual debería darle la prudencia para pensarlo los días a partir de mañana —dijo Calígula, mostrando la lengua; el órgano también tenía un pendiente—, tal vez incluso más de uno.

—Madre Gorda —intervino maestro enano—. ¿Estás consciente de lo que es expuesto en este círculo?

Iddian-Si movió la cabeza. Y se tardó en decir:

—Lo sé.

—¿Y sabes que, si no lo compartes, cada uno de nosotros apoyará a cada aliado que decida buscarlo?

La mayoría se mostró de acuerdo y asintió con la cabeza. Incluso el callado mago Atlantis.

—Lo sé —respondió ella.

—¿Y que estamos hablando no sólo de místicos, sino de ejércitos?

La Madre Gorda casi pareció sonreír.

—Lo sé.

—¿Y aun así pretendes correr el riesgo?

—Sí.

—Date cuenta de que, cuando digo riesgo, me refiero al de que él no sea quien tú crees que es.

—Aun así, maestro enano, me arriesgaré.

—¿Entonces eliges guardar para ti el conocimiento dado a la humanidad? —preguntó el clérigo Próspero—. ¿Será que tamaño corpachón necesita también de un enorme egoísmo para saciarse?

—Si este niño vino a mí, creo en un motivo dibujado en los trazos del destino.

La mayoría rio con ganas.

—Se creen muchas cosas cuando el poder pasa por nuestras manos.

—Nada que ninguno de ustedes no habría intentado.

Se hizo el silencio. No porque analizaran la última frase, sino porque meditaban cómo dar el próximo paso. En realidad todos sabían cómo hacerlo. Pero pocos en ese círculo serían capaces de decirlo.

—Vamos a consultarlos —dijo el mago de Oz.

El corazón de todos los presentes latió más rápido.

—¿Estás seguro? —preguntó Morgana—. Desde Arthur, todavía no intentamos un contacto con...

—Algún día llegará ese momento —dijo el pavoroso mago.

—Y en verdad llegó —dijo maestro Orgullo—. Nuestro caso es obvio. La única forma de confirmar si este niño es o no el avatar será preguntándole a ellos.

Madame Viotti, que ya había visto mucho en esa vida, casi no podía hablar. Llegaba a erizar la piel que su Creadora la hubiera elegido para ver un momento

como aquel, después de todo lo que había presenciado.

—Entonces que sea —rezongó Morgana—, y que acepten las consecuencias de la respuesta.

—Vamos a limpiar la energía de este círculo —dijo el hechicero maestro Oberon, casi como una orden—. Es hora de que hablemos con los dragones de Éter.

—Que el nuevo Pendragon, actual señor de los dragones, se presente —dijo maestre Orgullo.

El encapuchado, que se había mantenido en silencio por su propia y absoluta elección, dejó caer su capucha y quedó con el torso desnudo.

En su espalda, con marcas que aún mostraban algunas cicatrices, se hallaba el dibujo de un dragón tatuado en la carne, que se enroscaba a lo largo de la columna vertebral de aquel tocado.

El círculo pronunció mantras que generaron un violentísimo embudo de poder.

El otrora encapuchado caminó hacia el centro y sintió cómo se agitaba con violencia la vibración a partir de sus entrañas.

Abrió la boca y gritó. Los ojos se encendieron. El dragón enroscado y grabado en su espalda adquirió color. El espíritu fue violentamente separado del cuerpo físico y lanzado a otro plano espiritual.

Y él preguntó a los poderosos dragones de Éter si ese niño al fin era o no el esperado avatar del Creador de Nueva Éter.

Y obtuvo la respuesta.

João Hanson recordaría bien aquel día. Terminaba de pasar un barniz hecho a base de resina de pino y clara de huevo en el escudo de guerra de su señor, para proteger la pintura del arma de la lluvia, que parecía anunciarse por el cielo sin sol. Fue cuando entró Reinaldo Grimaldi.

—Hanson, de pie. Tenemos visita en la hacienda. Límpiase lo mejor posible, pues es una visita noble.

João paró de inmediato lo que hacía, apoyó el escudo con todo el cuidado del mundo —y tal vez un poco más— y se limpió las manos en un balde con agua de río.

Después tomó un pedazo de tela, lo mojó en el balde y se lo pasó por el rostro. Exprimió aún más la tela, la mojó de nuevo y raspó alrededor de las áreas más sucias de su ropa. No fue mucho, pero de algo sirvió.

Se secó con una toalla limpia, o lo más próximo a «limpia». Caminó hacia la entrada de la casa. Se dirigió hasta su señor caballero. Miró a la recién llegada. Abrió los ojos de sorpresa.

Y perdió la voz.

—João Hanson, quiero que conozcas a *milady* Almirena Goffredo, hija del capitán Goffredo y mi futura señora.

—Escudero —dijo ella, haciendo una reverencia.

João quedó conmocionado, observándola. Era la misma noble pelirroja que viajó con él y Juan de Marco en el carruaje; la misma que iba para el mismo lado hacia el que ambos cabalgaban; la misma noble que...

—¡Hanson! Sé educado y no me avergüences.

João salió de la conmoción inicial, se puso en posición y correspondió a la reverencia.

—*Lady* Almirena.

Reinaldo volvió a decir:

—Almorzaremos inmediatamente, pues debo ir al Gran Palacio lo más pronto

posible.

—Iré a decirle a la criada y a la cocinera, y a preparar las monturas, señor.

—Iré solo, Hanson —dijo Reinaldo en cuanto el escudero se volvió de espaldas—. Hace poco recibí una convocatoria militar de alto rango.

João Hanson frunció las cejas. En sus tiempos libres hojeaba libros de guerra de la modesta pero interesante biblioteca de su señor. Y reconocía aquel término. «Una convocatoria militar de alto rango». Una convocatoria permitida sólo para caballeros y superiores.

Una convocatoria que antecedió momentos de guerra.

—Señor.

Reinaldo percibió que su escudero comprendía la gravedad de la situación. Pero como no deseaba que la preocupación se extendiera a la dama presente, corrigió el comentario.

—Sin embargo, no hay motivo de alarma. Es común que haya convocatorias de este tipo en los periodos iniciales de los gobiernos de nuevos reyes.

João comprendió el comentario. Sonó falso, pero comprendió. Y asintió.

—Perfectamente, señor.

Reinaldo tomó la mano de Almirena y dijo:

—*Lady Almirena* nos dará el placer de su compañía durante el almuerzo. Después iré a atender mi convocatoria y tú la escoltarás de vuelta a la hacienda de los Goffredo.

João inspiró hondo. Miró hacia abajo con los labios apretados y dijo:

—Como usted quiera, señor.

—Ahora vete a lavar y regresa para nuestra comida.

João apretó los labios y salió de allí pensativo. Había notado la sonrisa de *lady Almirena* y sabía lo que eso significaba. Lo sabía, y muy bien. Era un hecho.

Aquello le causaría problemas.

Ariane Narine bostezó. Finalmente, estuvo de pie hasta hacía pocas horas y se había tardado en dormir la noche anterior. De hecho, había soñado que era una princesa y, de repente, un caballero con el rostro de João Hanson —está bien: y con el cuerpo de Axel Branford— entraba de súbito y se la llevaba para casarse. Era el tipo de sueño en el que resulta difícil querer volver a la realidad para una chica como ella.

Y mantenerse en ella por mucho tiempo.

—¿Te aburro hoy? —la pregunta que la trajo de nuevo a Nueva Éter había sido hecha por María Hanson.

—¿Qué? ¿Quién? No, este... no, es que... Mari... digo, dormí muy poco ayer, profesora Hanson.

Sí, estaba en la Escuela Real del Saber. Algunas alumnas rieron de la marca que había quedado en el rostro de Ariane cuando ella despegó la cara de su mochila. La chica se pasó la mano por el rostro, como si la marca se pudiera limpiar como una suciedad.

—Continuando —dijo María Hanson, en medio de la clase de adolescentes—. ¿Un emperador rige una nación a través de qué tipo de gobierno?

Una adolescente levantó la mano. Y dijo:

—De un gobierno de soldados.

—Así es —continuó la profesora—. Pero el término correcto es un gobierno militar.

Taruga, la mejor amiga de Ariane Narin, levantó un dedo y cuestionó:

—Pero ¿sabe?, a veces he pensado: ¿si un rey quisiera ser emperador? ¿Podría?

—Sí, claro que podría hacerlo, aunque debería basar su gobierno en conquistas militares y supremacía sobre otras naciones.

—Es decir, ¿dominar otras naciones?

María sonrió. Y dijo:

—Sí, eso.

—¡Pero Ferrabrás acabó con la monarquía en Minotaurus!

—Sí. Pero ser emperador es una cosa. Gobernar a través de la monarquía es otra. Son dos modelos diferentes. Él tomó las dos decisiones juntas.

Algunos alumnos se rascaron la cabeza. Hasta que Taruga resumió la duda de todo el mundo en aquel salón:

—¿Entonces por qué Ferrabrás no se quedó siendo rey y emperador?

El chico Albarus, sentado más al fondo, respondió antes que la profesora:

—Para ser mejor que los demás.

Taruga se volvió hacia Albarus. En realidad, toda la clase se volvió hacia él.

—Sí, pero ¿cómo eso lo hace mejor?

—En realidad, lo vuelve distinto —dijo María, atrayendo de nuevo la atención.

—¿Distinto de qué?

—De Arzallum —dijo Albarus.

Taruga levantó las cejas. Ariane, que ya había perdido el sueño, preguntó esta vez.

—Ese pelón-delgaducho-sin-noción está medio tapado, ¿no? Porque, hablando en serio, ¿quién puede enfrentar a Arzallum?

—No es tanto por eso —volvió a comentar Albarus.

—¡Entonces explica! —dijo Ariane, más como una orden que como una petición.

—Profesora —él miró a María.

—Siéntase en libertad.

María Hanson se apartó y se sentó en su escritorio. Albarus pasó al frente de la clase.

—Por ejemplo, todo el mundo aquí conoce a mi hermano, ¿no?

—Lógico, ¡es igualito a ti!

Albarus y Andreos eran los gemelos más conocidos de la ciudad. Ambos eran los mejores amigos de João Hanson y querían convertirse en caballeros. Pero Albarus dividía su tiempo entre la Escuela Real del Saber y la escuela de aprendices de caballero, mientras que Andreos se dedicaba en exclusiva al objetivo de convertirse en caballero.

Ese año Andreos, al igual que João, ya había avanzado una etapa y se había vuelto escudero de un caballero real.

—Entonces —continuó Albarus—, ¡digamos que Andreos y yo peleáramos! ¿A quién le apostarían ustedes?

El grupo se dividió en los votos. María comprendía a dónde quería llegar el muchacho y encontró fascinante su razonamiento. En el recuento había una pequeña ventaja para Andreos.

—Bien, la mayoría escogería a Andreos. ¿Y por qué?

Uno de los adolescentes dio su opinión:

—¡Tú divides tu tiempo entre estudiar y entrenar, Albarus! Andreos sólo entrena. ¡Ya hasta se volvió escudero!

—Cierto. Pero eso no significa que él sea mejor que yo, ¿no? ¡Sólo lo parece! Tal vez hasta lo sea. Pero únicamente lo sabrán si luchamos, ¿no?

El grupo estuvo de acuerdo.

—Así que, desde afuera, juzgando por la apariencia, ustedes se unirían a Andreos porque él parece dedicarse más a eso que yo.

—¡Ah, ya sé a dónde quieres llegar! —dijo Ariane—. ¡Quieres decir que tú eres Minotaurus! —hizo una mueca para sí misma—. ¿O tú serías Arzallum?

—Es lo mismo. Pero digamos que yo fuera Arzallum. Digamos que yo fuera un rey Branford, conocido por gobernar bien y ser un gran líder de ejércitos.

—¿Estamos hablando del fallecido rey Primo o del rey Anisio? —preguntó Taruga, confundida.

—¡Es lo mismo! —dijo Albarus, con paciencia—. Puedo ser cualquier rey de la familia Branford. Lo que interesa es que soy conocido por ser un buen gobernante y un buen militar, ¿de acuerdo?

El grupo asintió. María seguía fascinada con la facilidad con que Albarus exponía.

—Si Ferrabrás se convierte en monarca y decide que será un rey y un emperador, el mundo mostrará dudas respecto de quién es el más poderoso: ¿el rey Ferrabrás o el rey Branford?

—¡Claro que el rey Branford! —dijo Ariane.

—¿Por qué?

—Porque él, vaya, ¡es el más grande de los reyes!

—Es decir, ¡porque tú piensas que él lo es! —concluyó Albarus.

—¡Ay, está bien, sabihondo! —comenzó Ariane en su eterna impaciencia—. ¿Y usted qué piensa? ¿Que no?

Albarus se divertía. La risa venía de pensar en cuán distintos eran su amigo Hanson y esa chica y, al mismo tiempo, cuán parecidos.

—¡No, Ariane! Mira: ¡mi opinión no importa! ¡Importa que comparemos!

—¡Albarus tiene razón! —dijo María—. Nosotros creemos que Arzallum es más fuerte porque el rey Primo Branford se convirtió en el rey de reyes cuando lideró la Cacería de Brujas y exterminó a centenares de magas negras.

Ariane se encogió con el recuerdo. Antiguamente vibraba con esas historias. Hoy las lamentaba, aunque a solas y sin que pudiera comentarlo con nadie más. María continuó:

—A los ojos del mundo, él se convirtió en el rey más fuerte del mundo. Sin embargo, quien está hoy en el poder es su hijo, Anisio Branford, y nadie aquí puede afirmar con seguridad que Anisio es tan fuerte como lo era Primo. Creemos en eso y

tenemos que creerlo en verdad, pero sólo habría forma de saberlo en una guerra, que esperamos jamás suceda.

—Entonces —continuó Albarus—, la fuerza de Arzallum ante el resto del mundo vive de la fama de la familia Branford, ¿correcto?

El grupo estuvo de acuerdo.

—¡Así que, si yo quisiera combatirlo en condiciones iguales, el mundo elegiría a Arzallum! A causa de su fama.

El grupo siguió mostrándose de acuerdo. María corrigió:

—Y, siguiendo con el razonamiento de Albarus, si un reino abole la monarquía, estará creando una propuesta diferente. Y si decide que se volverá emperador, generará una duda.

—¿Qué duda? —preguntó una de las alumnas.

—Sobre ser el más fuerte —dijo Albarus—. Es el mismo caso que mencioné al principio. ¿Por qué la mayoría aquí apostaría por Andreos? Porque parece que vive entrenando. ¡Así como Minotaurus! Y Arzallum sería mi caso: ustedes me miran e imaginan que soy bueno, pero divido mi tiempo entre aprender a luchar y estudiar. Entonces, dudan si apostar todas las fichas a algo que involucre un combate, ¡ignorando que la inteligencia y la estrategia también son fundamentales en una batalla!

—¿Estás diciendo que Andreos no es inteligente? —Taruga puso mala cara.

Los alumnos rieron, percibiendo que había un algo más en aquel interés de Taruga por defender al hermano ausente. La chica se puso roja cuando se dio cuenta.

—¡Claro que no! ¡Sólo estoy diciendo que eso causa la duda!

—Y fue esa duda —dijo María— la que llevó a los aliados a unirse a los ideales de Minotaurus.

Se hizo el silencio. Y entonces Ariane preguntó:

—Pero, profesora, ¿qué piensa usted? Si hubiera una guerra entre Arzallum y Minotaurus, ¿sería mejor estar del lado del hijo del rey que sabía liderar ejércitos y gobernar un pueblo, o del lado del pelón-delgaducho-sin-noción que sólo piensa en liderar ejércitos?

María reflexionó. Reflexionó. Reflexionó. Y dijo:

—Espero nunca descubrirlo, Ariane. Espero que ninguno de nosotros tengamos que descubrirlo jamás.

Por desgracia, en ese momento María Hanson aún no tenía cómo saberlo, pero ella y el resto del mundo en poco tiempo lo descubrirían.

—¿Quién es Jim Hawkins?
—Esa pregunta era pertinente y provenía de Liriel Gabbiani, aunque la podría haber hecho cualquiera de los huérfanos de la banda allí presente que ella misma había revitalizado al lado de Snail Galford.

El nuevo grupo. La nueva sociedad secreta.

—El mayor cazador de tesoros del mundo.

Liriel siguió mirándolo sin hacer comentarios, como si la respuesta no fuera suficiente. Si Snail comprendió eso, fingió que no, lo que irritó aún más a la muchacha, por obligarla a estimularlo a continuar con un:

—Está bien, ¿y?

Snail bebió un trago de una botella de aguardiente. Saboreó la bebida como si estuviera solo en la habitación y cerró los ojos, diciendo:

—Y es eso...

Liriel arrugó la cara, como hace una mujer al ponerse en verdad irritada. Cruzó los brazos y lo miró con los ojos entrecerrados de arriba abajo, frunciendo las cejas.

Y en el momento en que Snail amenazó con beber de nuevo aquel maldito aguardiente, ella...

—¡Aaay! —Snail gritó.

De repente la botella voló de su mano con violencia hasta la pared y se despedazó. Snail saltó de la silla, asustado.

—Tú estás... estás... —intentó decir.

—¿Tú estás...?

El muchacho negro suspiró. En verdad era difícil para él ya no trabajar solo. Frente a él, Liriel Gabbiani mantenía una de las manos estirada.

Y al fin la bajó.

—Está bien. ¿Qué quieres saber? —preguntó él, con un tono de voz de derrota.

—¿Cuál es tu plan en relación con todo eso?

—No tengo exactamente un plan.

—Tú siempre tienes un plan.

Al fondo todavía era posible escuchar los ronquidos del viejo conocido como Jim Hawkins. Algunos huérfanos estaban presentes y también querían una explicación por haber arriesgado sus cuellos para liberar a un viejo que dormía hacía casi veinticuatro horas y que sólo se levantaba para beber ron, nunca para comer nada.

Bueno, tal vez un pedazo de pan o dos, pero no mucho más que eso.

—No siempre tengo un plan.

—¿Para qué sirve el viejo?

—Ustedes en verdad no saben quién es él, ¿verdad?

Snail observó los rostros de los presentes. Nadie dijo nada.

—Bien —la palabra tenía un tono de suspiro—. Hace mucho, mucho tiempo, había un tuerto mercenario llamado Flint. Era capitán de un barco pirata, pero un pirata diferente. Un capitán de verdad, un tipo que podía navegar por intuición, casi sin necesidad de una brújula. Decían que era capaz de saquear barcos sin matar a un solo tripulante enemigo; no porque no le gustara la matanza, sino porque sus planes y sus estrategias solían ser lo bastante inteligentes para que, cuando el enemigo se diera cuenta, ya estuviera dominado.

Los huérfanos presentes nunca habían oído hablar de ningún capitán Flint. Pero sólo con esa pequeña narrativa ya les había gustado.

—Y dicen que Flint encontró el tesoro más valioso del mundo. Un gran tesoro. En realidad fue Clint quien estableció en la historia de la piratería el concepto de «caza del tesoro».

—¿Nadie nunca había cazado tesoros antes de él? —preguntó uno de los adolescentes, lo bastante curioso para pensar por sí mismo.

—No en la forma como él lo hizo. Nunca de manera tan minuciosa y a ciegas en altamar. Y nadie había capturado tesoros tan poderosos, teóricamente inaccesibles, y además en condiciones tan precarias y con una tripulación inexperta.

Liriel Gabbiani escuchaba el relato con una expresión cínica. Hasta había dejado que la rabia pasara, pero la desconfianza nunca.

—¿Y dónde entra aquí el tal viejo Hawkins?

—Jim Hawkins descubrió algunos de los tesoros de Flint.

Los allí presentes se miraron. Compréndelos: era difícil creer que aquel viejo barrigón, de inmundos mechones de cabellos blancos trenzados, roncando como una puerca preñada —bueno, dicen que las puercas preñadas roncan muy fuerte, ve tú a saber—, sería capaz de una hazaña semejante.

—¿Qué clase de tesoros? —preguntó otro muchacho.

—Oro, joyas, reliquias históricas, cuadros de pintores muertos, manuscritos en lenguas antiguas, armaduras y espadas de metales desconocidos. Él encontró de todo.

—Entonces debe haber sido muy rico —comentó una de las niñas huérfanas.

Los otros la miraron con los ojos brillantes y estuvieron de acuerdo.

—En su época fue el pirata más rico y poderoso del mundo.

—¿Más que Garfio?

—Garfio fue el pirata más cruel, por eso se hizo famoso. Pero nunca fue un gran conquistador de tesoros; era más un gran cazador de esclavos y asaltante de barcos.

—Snail hizo una pausa mientras los adolescentes lo observaban para asimilar la conclusión—. Ese viejo dormilón que ven allí fue uno de los mejores piratas. Tal vez no tanto como Flint, pero, maldita sea, fue él quien encontró los tesoros en los que nadie más creyó.

—¿Pero él encontró el tal «gran tesoro»? —preguntó otro huérfano, que más parecía expresar burla que curiosidad.

—No. Ese nadie lo ha encontrado.

Hubo caras de decepción. La historia de Snail comenzaba a perder interés.

Antes de que el entusiasmo decayera, él corrigió:

—Pero fue hecho prisionero aquí, en Stallia, en el momento en que saldría del puerto a buscarlo.

De repente los ojos presentes resplandecieron. Hasta Liriel entrecerró los párpados, pero esta vez para lanzar una de esas risas cortas que las mujeres dan cuando algo maquiavélico en verdad les agrada.

—Entonces el viejo sabe —comentó.

—Sí. Por más que sus ronquidos nos duelan en los oídos, por más que sus excentricidades nos causen extrañeza y su salud esté condenada, debemos tratar a ese viejo como a un rey. A final de cuentas, en algún lugar de esa mente débil está el mapa del lugar donde encontraremos nuestra jubilación. Esa mente conoce el mapa que nos llevará hasta el tesoro más buscado del mundo.

Las personas se miraron en silencio. Era posible sentir la excitación que se apoderaba del ambiente, iluminaba las mentes y oscurecía los corazones.

En definitiva, había chispas en esos ojos.

Axel Branford despertó tras algunas horas de sueño. El cuerpo estaba cansado, algunos músculos adoloridos, pero nada a lo que no estuviera acostumbrado. Había sido puesto a descansar en una estera de lianas trenzadas que, en la práctica, resultaba más confortable de lo que parecía a primera vista.

El aposento donde se hallaba la estera era el gran problema.

Primero que nada, lo diré de una vez: Axel nunca había estado rodeado de tantos hombres en un espacio tan pequeño. Era como una especie de casa de hacendado, pero con un diseño que la arquitectura humana no había desarrollado. La geografía de la construcción recordaba una gran colmena de abejas, de forma ovalada, y con unos cinco o seis pisos.

De ese modo, los dos pisos de enmedio eran más largos, mientras que los dos primeros y los dos últimos resultaban estrechos. Axel permanecía acostado en uno de los pisos de enmedio, uno de los más llenos. Contando por encima, se tenía la seguridad de que había allí, en aquel calor infernal, unas ciento veinte personas sólo en ese nivel.

Y lo peor: todos hombres sudados, musculosos, sin camisa y vistiendo apenas algunos taparrabos o tangas para cubrir las partes bajas. Si es que cubrían las partes bajas.

—¡Por el Creador! Morí y vine a parar al peor círculo de Aramis.

Eran indios. Indios mohicanos como el viejo sabio de las Siete Montañas; indios como aquellos que intentaron capturarlo en el trayecto a las tierras élficas. Las tierras soñadas. Las tierras que no deberían existir.

Nunca Jamás.

Axel —por voluntad propia, es obvio— miró con mayor detalle algunas de las cicatrices que aquellos guerreros indios exhibían. Y todos tenían alguna cicatriz, por más grande o chica que fuera. Eran cortes, arañazos, costuras: de todo, pero cicatrices al final de cuentas. Todos poseían un porte físico respetable, ya se tratara del indio

más alto o del más bajo de los allí presentes. En su mayoría los cabellos eran largos y lacios, aunque no había regla. Algunos usaban cola de caballo; los más lo usaban suelto.

Otro detalle interesante: idolatraban las joyas. Pero mira bien: no hablo de «adornos», sino de pendientes y argollas que ostentaban en el cuerpo, en las regiones más inimaginables. Algunos utilizaban aretes en la lengua hinchada, otros a lo largo del antebrazo. Había argollas, no en los lóbulos de las orejas, sino dentro de la oreja, e incluso uno llevaba una sorprendente bola metálica, del tamaño de una aceituna, encajada por dentro del labio inferior.

Para Axel, desde su perspectiva de extranjero, resultaban aberraciones en el propio cuerpo muy cercanas a mutilaciones. Para aquellos indios mohicanos todo aquello era el propio concepto cultural de belleza y la perfección.

Dentro de aquel extenso pabellón, todavía como en una colmena, había una división en determinados «departamentos» separados por puertas en forma de semicírculo. Y alrededor de esas puertas había espejos. Muchos espejos. Axel se fijaba bien cómo a los indios les gustaba mirarse y verificar de manera constante sus cicatrices y quién sabe qué más que sus vanidades desearan.

—¿Existe algún indio en esta maldita isla que se vea raquítrico? —se preguntó a sí mismo, pero lo bastante alto para que lo escucharan, pues allí las personas estaban una al lado de la otra.

Uno de los indios bajó hacia él. Vestía sólo una especie de toalla alrededor de la cintura, y cuando se puso en cuclillas para quedar a la altura de Axel, el príncipe hizo cara de disgusto y miró para el otro lado.

—¿Despertado, extranjero? —preguntó el mohicano, y Axel entendió.

Le hablaba en erdim.

Axel asintió dos veces.

El indio gritó algo en un idioma desconocido y todos miraron hacia un vitral que ocupaba toda la pared. Otro indio mohicano fue allá y sólo entonces Axel percibió que había una especie de campana, pero no como una versión miniatura de la campana de la iglesia de la Sagrada Creación. En realidad ni siquiera sabía si aquello era una campana. Se trataba de una «tetera de metal», con una tapa también de metal que ocupaba la parte superior como si fuera el sombrero de un monje. Y en la parte inferior tenía una cuerda fina, presa por alguna cosa desde el interior del cilindro.

El indio jaló la cuerda hacia abajo.

El «sombrero de monje» subió un poco en un ángulo diagonal, y era difícil creer que un artilugio en apariencia inofensivo como ese hiciera tamaño escándalo.

Se escucharon los ecos de un sonido mucho peor que los constantes tañidos de una campana. Era un sonido agudo e incesante, que recordaba una corneta y que siguió recordándolo hasta que aquel maldito indio soltó la maldita cuerda. Axel

suspiró y lo agradeció.

El indio que le había preguntado si estaba «despertado» le dio una palmada en el hombro que le explicaba, en resumen, que debía seguir adelante. Axel tenía ganas de reprimirlo, pero, hablando en serio, se hallaba en verdad ansioso por salir de ahí.

Y no se sintió bien.

Cuando comenzó a descender la escalera en forma de espiral, recapacitó que lo que su cerebro había traducido antes como: «¿Despertado, extranjero?» en realidad podría ser una forma de comprender la intención de la pregunta: «¿Preparado, extranjero?».

Y de nuevo no se sintió bien.

Cuando pasaba ante ellos se fijó mejor en dos cosas: los detalles en sus dedos y en los de los indios del nivel de abajo, el segundo piso. En primer lugar notó que los dedos de las manos de los indios también poseían adornos. El hecho era que había letras grabadas con lámina de cuchillo en las partes de los cuatro dedos que se proyectaban al frente, cuando se cerraba el puño.

Letras que formaban diferentes palabras.

El piso inferior, según se dio cuenta, llamó su atención por otro motivo: allí había indios realmente lastimados. Y cuando digo «lastimados» estoy lejos de mencionar las cicatrices exhibidas con orgullo por los de arriba. ¡Yo digo en verdad lastimados! Eran indios con los dedos arrancados, con heridas expuestas, hombros cosidos que necesitaban ser suturados de nuevo, un pedazo de pierna que faltaba, globos oculares saliéndose, y situaciones similares.

Y entonces Axel se detuvo, hipnotizado.

Entre aquellos heridos ocurría algo mágico. Eran seres vivos, mas no humanos. Se trataba de niños que tenían un encanto aún mayor que el que un infante humano posee por naturaleza.

Eran niños élficos.

Vestidos de blanco, con máscaras a la altura de la nariz y de la boca como pequeños cirujanos, cuidaban de los heridos como si supieran con exactitud lo que hacían.

Tal vez lo supieran.

Axel detuvo su caminar y preguntó de manera un poco inquisitoria al hombre que lo escoltaba:

—¿Quiénes son esos?

El hombre paró y quedó en silencio, como si ponderara si debía darle una respuesta.

—Son los heridos en batallas.

—¿Y esos niños?

—Sus médicos. Y jueces.

Axel se detuvo algo conmocionado. El olor local era de lo más desagradable; apenas la visión de la realidad de aquel aposento ya se mostraba repugnante.

—¿Por qué ponen a los niños a cuidar a los heridos?

—Porque sólo los hombres cuidan a los hombres heridos.

—¿Y dónde están los elfos adultos?

—No existen elfos adultos.

Era un hecho: Axel Branford estaba literalmente boquiabierto.

Los niños elfos caminaban de un lugar a otro cargando hilos de costura, bisturíes, vendas, pedazos de trapo con lo que fuera que los humedecieran para colocarlos en las fosas nasales de los heridos. Tenían ojos grandes y pupilas inmensas. La mayoría de las veces ni siquiera se diferenciaban las pupilas del resto del ojo. Las orejas también eran mucho más grandes que las de un humano.

Ninguno de ellos pasaba de un metro veinte, como máximo.

La fascinación que una figura como aquella podía causar en un ser humano era notoria. El indio percibió cómo aquello desconcertaba al príncipe. Y comprendió.

A final de cuentas ellos eran mohicanos, pero tenían un origen humano.

—Ellos pueden tener forma de niños —dijo el indio—, pero son mucho mayores que tú. Y mucho más sabios. Y mucho más puros.

—¿Entonces no existe ningún elfo adulto?

—En realidad hay uno.

—¿Quién es él?

—Estás siendo conducido hasta él.

Axel continuó bajando la escalera en espiral. Y en el primer piso la situación era aún peor que en el segundo. Allí sólo se veía carroña. Eran indios mohicanos semimuertos. La mayoría no tenía fuerzas ni para hablar y apenas gemía.

—¿Quiénes son esos? —preguntó el príncipe.

—Los condenados.

Axel se detuvo otra vez, ya en la planta baja, y obligó al indio que lo escoltaba a interrumpir de nuevo el camino.

—¿Ni siquiera intentarían salvarlos?

—Eso ya se hizo, en el piso de arriba.

El príncipe cerró la expresión. Razonó y preguntó:

—¿Los que no pueden ser salvados son arrojados aquí abajo? ¿Para qué?

—Para ser sacrificados más tarde.

—¿Eso no es un acto bárbaro?

—Tú eres un extranjero y no entiendes qué es ser un mohicano.

—¡No importa qué sea eso! No creo en darle tan poco valor a la vida humana.

Una de los niños de blanco había llegado a aquel piso. El detalle más fantástico era que no había usado la escalera, sino que simplemente había levitado desde el piso

superior hasta allí.

—¿Eres tú el extranjero?

Axel quería decir algo, pero seguía embobado con el niño que había descendido como si flotara en el aire.

—Es gracioso escucharte llamar «bárbara» a la cultura élfica.

Al fin Axel consiguió salir del trance y decir:

—Mi intención no fue ofender a nadie, joven médico.

—Yo sé que no. Simplemente aún estás muy limitado. ¿Sabes? Una vez, uno de nosotros que estudiaba y aprendía una de tus lenguas fue a un entierro humano. Usó un sombrero y las personas no notaron que era un elfo, pues lo confundieron con un niño.

Axel y el propio indio mohicano escuchaban atentos.

—Las personas llevaban flores y las colocaban ante una cruz de Merlín, puesta al frente de la fosa donde el ataúd había sido enterrado. Eso es lo que ustedes hacen con sus muertos, ¿no? ¿No los entierran?

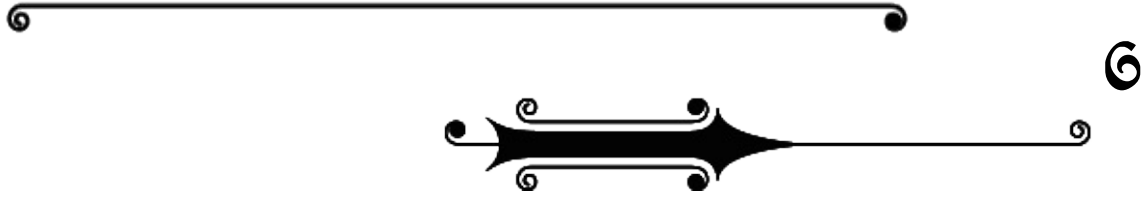
Axel asintió. Dos veces.

—El elfo decidió llevar una cesta con bizcochos. Y, a su vez, cuando puso la cesta ante la cruz en homenaje al muerto, uno de los hombres le preguntó: «Niño, ¿deveras crees que el hombre muerto se comerá esos bizcochos?». Los dos se miraron con curiosidad. Y el elfo respondió: «Creo que sí, luego de que venga a oler sus flores».

El pequeño médico elfo sonrió como un niño y salió del aposento. Axel Branford hizo lo mismo. Pero sin sonrisas ni comentarios.

El príncipe humano pisó afuera de aquel aposento-colmena y entonces fue asaltado por una visión general de la isla donde estaba.

Aquello le estrujó el corazón.



El rey Blunderbore recibió a uno de sus mensajeros. El monarca se puso de pie y el mensajero de tres metros y medio se sintió pequeño ante tamaña figura, que media seis. Estaban en el Palacio Ímpico, una de las mayores construcciones del mundo, localizado en la capital Lorbrulgrud, y también en presencia de la reina, la hechicera y la consejera.

El mensaje fue leído en lengua altiva. Como el rey Blunderbore conocía sólo algunas expresiones de ese lenguaje, al final quiso saber:

—¿Qué dice exactamente? —preguntó en la lengua alta, hablada por los hombres grandes.

Era una lengua pesada, cargada de sonidos provenientes del encuentro de muchas consonantes y pocas vocales y que, a los oídos humanos, más parecían gruñidos.

—Mi rey —dijo el mensajero—. El mensaje dice que Arzallum declara la guerra al reino de Brobdingnag en virtud del motivo de «ofensa nacional y afrenta» contra las normas establecidas entre naciones por el Pacto de Swift, que la primera ofensiva puede darse en cualquier momento a partir del envío de este mensaje, y que elige como primer método de embate una guerra de empalizadas. En cumplimiento de tal exigencia, y por ser la parte ofendida, Arzallum tiene derecho a escoger el primer campo de batalla. Y escoge las Tierras Muertas.

El rey Blunderbore se sorprendió y miró a Iddian-Si, la inmensa Madre Gorda.

—Iniciamos el proceso. De aquí podremos terminar en un apogeo o en una sumisión de la raza gigante. Y será así que mi era como rey será recordada.

—Será una era victoriosa, mi rey, y será así y para siempre como te recordarán —dijo la Madre Gorda.

—Así lo espero, hechicera, porque estoy arriesgando el futuro de esta nación en función de creencias y ambiciones de las cuales no tengo la seguridad.

—Madre Gorda sabe lo que hace, marido —dijo la reina gigante—. Si este niño fuera quien pensamos que es, entonces tu gobierno será recordado como el más

grande del mundo.

—Y si no lo fuera, ni siquiera seremos recordados —respondió el rey—. Sin embargo, asumo tamaño riesgo en la conciencia de que, cuanto mayor es el peligro asumido por un rey, mayor será su caída, pero también su ascenso.

Los demás se mostraron de acuerdo. Y la reina gigante preguntó:

—¿Cómo está el niño?

Mary Burton dio un paso al frente:

—Está durmiendo por el momento. La noche pasada lo escuché susurrar en sueños algunos nombres de santos.

—Un buen presagio —dijo la Madre Gorda—. Los niños que susurran nombres santos en sueños son señales de tiempos de cambio —las otras personas siguieron mirándola, sin entender aún si se trataba de un presagio interesante o despreciable—; en este caso son buenas señales.

Los otros parecieron sentirse más cómodos.

—¿Y cuándo es que los susurros de los niños son señales de mal augurio? —preguntó la reina, curiosa.

—Cuando susurran nombres de demonios —dijo la hechicera—. O cuando susurran nombres de santos al ser usados en rituales oscuros.

El rey caminó lejos de su trono de madera pulida incrustada de cristales, ignorando los comentarios femeninos, mientras decía:

—¡Las dejaré ahora! Necesito reunirme con mis líderes militares, definir estrategias de batalla y prepararnos para el momento en que llegue Arzallum.

Casi había dejado la sala cuando se detuvo al escuchar la pregunta:

—Brobdingnag es en verdad un oponente para Arzallum, ¿no es así, mi rey? —preguntó Mary Burton.

—Brobdingnag es un oponente para cualquier nación. Ningún ejército es capaz de subir a los cielos con facilidad, e hileras de soldados unidos no poseen la fuerza de un solo soldado de esta nación.

—Pero otras naciones se unieron a ellos —insistió Mary Burton.

—Sí —dijo el rey gigante—, pero otras naciones se unieron a nosotros.

El rey retomó su camino. Y dijo, sin mirar atrás:

—Y, al final de todo, en caso de que Madre Gorda esté equivocada, ella sabe que yo mismo le cortaré la cabeza.

El rey Blunderbore dejó el salón.

Al fondo, tres reacciones distintas. La reina gigante sonrió. Mary Burton se quedó seria y tragó en seco. La bruja Iddian-Si exhaló a fondo y comenzó a sudar.

«Los niños que susurran nombres santos en sueños son señales de tiempos de cambio».

Nadie, en ningún lugar del mundo, lo pondría en duda.

Nunca Jamás. El reino élfico. La «tierra que nadie ve».

Existen pocos, muy pocos lugares por los que un hombre aceptaría dejar su condición de hombre simplemente para ganar el derecho a conocer.

Aquel era uno de ellos.

Axel Branford salió de la colmena-dormitorio y tuvo una visión general del lugar donde se encontraba. El corazón le latió distinto y no porque estuviera nervioso sino porque se encontraba en éxtasis. Lo que veía era una escena que no podría ser pintada en cuadros ni representada en los escenarios de los teatros más grandiosos. Una fracción de ella, tal vez. Pero aquello que veía y aquello que sentía sólo era posible en la imaginación de semidioses. Y en ningún otro lugar.

Había verde y había azul. Era una isla. Había mar por todos lados y árboles por toda la tierra. Al fondo se escuchaba el barullo de pequeñas olas que no parecían romper en orlas, sino lamer la arena con la alegría de un perro por su dueño. Había sol, pero la luz que reflejaba el mundo era como un reflector que iluminara un espectáculo. El olor era comparable al de excéntricas fragancias humanas, provenientes de exóticas plantas de oriente.

Era posible jurar que el olor venía del mar.

Los árboles danzaban al viento como admiradores en un anfiteatro y no había huellas en la arena ni cuando alguien caminaba sobre ella. Las construcciones eran monumentales y espaciales. Había bastante espacio dentro de ellas y entre ellas. Desde donde estaba Axel notaba que los árboles y la arena se destacaban entre aquellos dormitorios que recordaban colmenas, y había muchos de ellos. Era fácil percibir que ese era el lugar destinado al pueblo mohicano, ya fuera un destino libre o impuesto.

Mas no del otro lado. Del otro lado, el élfico, que ocupaba por lo menos setenta por ciento de aquella isla, las construcciones eran distintas.

Era obvio que se trataba de moradas, pero no como las casas a que los humanos

estaban acostumbrados. Se trataba de moradas que se extendían por los inmensos árboles, cuyos troncos medían en su mayoría por lo menos diez o doce metros de altura. No poseían ángulos rectangulares, sino redondeados. La madera de la que estaban hechas no era la misma que los humanos conocían, y parecía más «flexible», si eso fuera posible para algún tipo de madera ya imaginada. El hecho era que las construcciones se diseñaban alrededor de los troncos fuertes y se prendían a ellos por medio de inmensos tubos verdes que salían de orificios y entraban por los troncos. Axel estaba lejos y creyó que era una ilusión óptica.

Pero, desde lejos, podía jurar que los tubos verdes respiraban.

Había estatuas de los cuerpos y los bustos de semidioses poderosos. Había fuentes que lanzaban con fuerza el agua del mar hacia lo alto, como un chafariz, por medio de varios surtidores. Los niños cerraban los ojos y abrían los brazos debajo de los chorros, como si aquella agua de mar estuviera fluidificada por hadas o bendecida por santos.

Y había más. Lo más fantástico. El espectáculo.

Axel veía los «vuelos». Por todos lados, cruzando arenas, mares, estatuas, fuentes y construcciones, danzando como sombras por todo el territorio, ellos subían y bajaban, ligeros y espléndidos como pájaros humanos que disfrutaran de lo magnánimo, flotando como llevados por el viento, mientras cortaban los cielos a centenares.

Sólo entonces el príncipe humano percibió que los niños, en realidad, no eran niños.

«¿Y dónde están los elfos adultos?».

Eran ellos.

«No existen elfos adultos».

Eran los elfos de Nueva Éter.

Maldecidos o bendecidos en cuerpos infantiles, aquellas maravillas fantásticas danzaban dueñas de un cielo intenso. Mirarlos cruzar el aire de esa manera dejaba el cuerpo estático y la mente limpia. Pues, la dejaba pura. El corazón no latía: repicaba. Y el mundo se volvía por entero fantástico. Y sólo eso. Axel Terra Branford estaba siendo escoltado, pero más parecía un niño que vivía la intensidad del descubrimiento del mundo o de un mundo completamente distinto y curioso para él.

Para llevarlo adondequiera que quisieran llevarlo, trajeron un vehículo que tampoco había visto antes. Se trataba de una plancha, muy próxima al suelo, suspendida por un mecanismo de esquíes que parecía flexible y se adaptaba a las dificultades del terreno que necesitara recorrer. Subiendo en vertical había un asta de soporte, acaso para ayudar al equilibrio. No tenía conductor y el príncipe se dio cuenta por qué.

Al frente del vehículo, atados a ellos, estaban dos seres que él jamás imaginó que

existieran.

—¿Qué son esos? —preguntó al mohicano más próximo, todavía en erdim, con fascinación en el semblante e inquietud en el corazón.

—Tigreses.

Eran dos, inmensos. Parecían en extremo salvajes y, al mismo tiempo, perfectamente domesticados, en la medida en que animales como aquellos podían recibir tal estatus. Ambos parecían tigres, es verdad, pero sus colores eran diferentes. Sus ojos parecían del tipo felino, almendrados y con pupilas que cambiaban de color ocupando buena parte del mecanismo óptico. El pelaje no resultaba excesivo y el cuerpo tendía a ser espigado, pero recordaban a dos panteras del tamaño de un poni. Sin embargo, eran dos panteras-tigres robustas, fuertes y aterradoras; sólo con mirar aquellas patas con garras afiladas ya parecía sentirse el sufrimiento antes del combate.

Sin embargo, lo más interesante eran las marcas.

El primero tenía la piel morada y manchas blancas que se extendían tendiendo a lo redondeado, las cuales nacían alrededor de los ojos y descendían por el pecho y las costillas. El segundo tenía la piel verde y marcas con tendencias triangulares que nacían en la nuca y descendían por el lomo.

Así como sus señores mohicanos, era como si a los animales les gustaran aquellas marcas y las exhibieran con orgullo.

—¿Puedo tocarlos? —preguntó el príncipe.

—Sólo si les gusta tu olor.

Axel titubeó.

—¿Y cómo puedo saberlo?

—Arriesgándote.

El príncipe de Arzallum lo pensó un poco y optó por sólo subirse a la plancha. El mohicano que lo escoltaba hizo lo mismo y tomó una rienda que lo ligaba a los dos tigreses.

Axel olvidó un poco a los dos seres fantásticos y buscó en los cielos, preocupado. El indio se dio cuenta.

—¿La buscas a ella?

—¿La viste? —preguntó el príncipe, sorprendido.

—Sí. Está en el palacio, bien cuidada por las «señoras».

El término era interesante. Axel «forzó» un pensamiento que generó un sentimiento en él. Sintió que en verdad *Tuhanny* estaba bien. Pero aún no comprendía del todo la situación en un tema específico:

—¿Y cómo la convencieron para ir allá sin mí?

—Nadie la convenció.

—¿Entonces?

—Sólo se le dio la opción de elegir —dijo el indio, como si aquello fuera la cosa más obvia del mundo.

Antes de que Axel preguntara algo más, la rienda fue sacudida y los tigreses comenzaron a correr como locos. El príncipe abrió mucho los ojos y se sujetó con fuerza del soporte vertical antes de caer para atrás. Sintió en el rostro la brisa fuerte. Y siguió con el corazón inquieto mientras aquellos dos salían disparados, alucinados, en una carrera por el camino de arena.

Conforme la plancha iba derrapando demasiado, el mecanismo inferior de esquiés también se deslizaba para un lado y otro, y al principio aquello resultaba en extremo incómodo. Al menos para el príncipe. El maldito mohicano torcía el cuerpo conforme a las curvas y bailaba por la arena, como si él y aquellos corredores felinos hicieran aquello todos los días con una dedicación religiosa y casi deportiva.

Entonces la playa acabó y la pista pasó a ser de tierra. Aun así aquella plancha dio un salto en una elevación que separaba el camino de arena del de tierra y siguió deslizándose como si no hubiera diferencia alguna. Axel, sin embargo...

—¡Aaahhh!

El indio mohicano jaló las riendas de manera que los tigreses se pusieran en dos patas y frenaran de manera abrupta. Axel, mientras tanto, ya había caído mucho antes y estaba tumbado como una vieja señora que hubiera rodado por las escaleras.

El mohicano lo miró con una expresión de disgusto.

—¡Eh!, es mi primera vez, ¿está bien? —dijo el príncipe, limpiándose la tierra de las rodillas despellejadas—. ¡Quiero verte disputar tu primera ronda de *boxing* para ver si crees que resulta así de fácil!

El príncipe iba a levantarse cuando se impresionó otra vez. De los cielos, descendiendo con la ligereza de una hoja suelta al viento, un elfo se posó ante él, sonriendo, bueno, como un niño.

Y al fin el príncipe observó a uno de esos muy de cerca.

La altura no debía rebasar un metro. Los ojos incluso tenían pupilas, pero el interior de las mismas era del color del fondo del iris. Lo que diferenciaba a una del otro era la tonalidad. En el caso de aquel pequeño elfo, el color era gris.

Pero, entre todo, y mira que había material para eso, la mayor diferencia eran las orejas.

Las orejas de aquel pequeño ser crecían con un detalle notable: hacia abajo. Comparadas con una oreja humana, la parte superior estaba pegada al cráneo, sin un diseño circular. Y la parte de abajo, donde cualquiera de nosotros se pondría un arete, se estiraba en diagonal hacia atrás.

—¿Estás bien, extranjero? —preguntó el elfo, sacando a Axel del trance en que estaba.

—Yo...

—¿Necesitas alguna curación?

—No, creo que...

—Ya te dislocaste el hombro una vez, ¿no?

Axel se congeló.

—¿Tú estabas ahí?

Iba a decir que el elfo frunció las cejas, pero sería mentira, pues aquellas no eran cejas. En realidad, ni siquiera tenía cejas. Bueno, el elfo hizo una expresión de incompreensión.

—¿Cómo?

—¿Tú estabas ahí? ¿En la final del torneo de pugilismo?

—No, no tengo idea de cómo adquiriste la lesión. Sólo sé que te lastimaste.

—¿Puedes saberlo sin haber visto la lucha? —Axel casi tartamudeaba—. ¿Al menos hablaste con alguien de Arzallum?

—Nunca salimos de Nunca Jamás.

—¿Entonces cómo...?

—Sólo puedo ver. Como puedo ver que ya te fracturaste el tobillo una vez. Era verdad: a los doce años, al caer del caballo.

—Y te fracturaste las costillas, te despellejaste los dedos, te rompiste tendones. Lesiones de la práctica de pugilismo.

—Incluso sufriste una perforación a la altura del riñón.

Una cuchillada de Jamil Corazón de Cocodrilo, el pirata que lanzó desde lo alto de la catedral de la Sagrada Creación.

—Elfo, ¿cómo puedes saber semejantes detalles?

—Yo veo.

Y algo brilló en los ojos de aquel elfo, al punto de que Axel comprendió.

—¿Ustedes ven... a través del cuerpo? —preguntó el príncipe.

El elfo asintió.

—Nosotros los elfos podemos ver el cuerpo físico. Las elfas ven el cuerpo emocional.

—Pero describiste lesiones que sucedieron años atrás —la frase casi era un susurro.

—Si raspas una superficie, puedes lustrarla y pintarla para que su apariencia vuelva a quedar lo mejor posible. Pero el raspón seguirá ahí.

Axel era todo fascinación. Y deslumbramiento. El indio mohicano se aproximó.

—Tengo que conducirte. La princesa espera.

—¿Entonces él es el enviado? —preguntó el pequeño.

—Yo sólo cumplo órdenes —respondió el mohicano, para no sacar conclusiones.

Axel seguía en silencio. Sin comprender. Se levantó poco a poco, atarantado.

—Ve con él, extranjero —dijo el elfo.

Axel se levantó y no supo qué decir. El niño elfo sonrió y pareció a punto de flotar una vez más.

—¿Qué debo esperar del lugar a donde voy, niño elfo? —preguntó el príncipe, en una última pregunta.

—El encuentro de dos mundos que recuerdan superficies que fueron pulidas, pero que todavía poseen raspones.

—¿Raspones que siempre permanecerán?

—¿Te acordabas de las antiguas lesiones en tu cuerpo que mencioné?

—Me acordaba de las actuales. No de las más antiguas.

—Pero ellas siguen ahí. Y convives con tus marcas, aunque ya no te importen. O aunque ya no te acuerdes de cómo las conseguiste.

El príncipe asintió.

—Y si tú puedes convivir bien con eso, ¿por qué dos razas no podrían hacer lo mismo?

El príncipe no estuvo de acuerdo ni en contra. Sólo subió al pequeño esquí y se quedó observando a aquel elfo cerrar los ojos y ser llevado por los aires, como si fuera una pluma suelta al viento, tan ligero, pero tanto, que nada podría sujetarlo a la tierra.

En la mente, una certeza. Existían momentos en que valía la pena estar vivo sólo para imaginar.

João Hanson estaba sentado dentro de un tanque de madera para lavarse en la medida en que el agua, ya sucia, lo permitía. Se levantó, se enjuagó los cabellos cortos de aprendiz y se enrolló una toalla en la cintura. Escuchó una voz detrás de él:

—Te ves mejor sin armadura.

João se volvió, asustado.

—Aún no tengo una armadura.

—No me refería al metal.

João suspiró pesadamente. En definitiva, aquello le causaría problemas.

—Usted no debería estar aquí.

—¿Pretendes faltarme al respeto, escudero?

—Jamás podría ni lo conseguiría. Aunque fuera mi voluntad.

Lady Almirena esbozó una sonrisa, de aquellas que esbozan las mujeres cuando les gusta lo que escuchan, y preguntó:

—¿Por qué no?

—Porque es la futura esposa de mi tutor.

La expresión de *Almirena* se modificó, como si ella fuera quien estuviera mojada con agua fría.

—Sólo vine a avisarte que ya está puesta la mesa para el almuerzo.

—Yo no como en la misma mesa que mi señor.

—¿No?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque todavía no lo merezco.

—¿Y cuándo comes?

—Cuando tengo tiempo de preparar mis almuerzos.

—¿Y si no lo tienes?

—No como. O cuento con la buena voluntad de otra persona que me traiga

comida.

—¿Otro siervo de la hacienda?

—No puedo utilizar sus servicios. Aquí todos estamos para servir al señor del lugar.

—¿Entonces quién tendría la buena voluntad contigo de traerte comida?

—Mi novia prometida.

Si antes parecía un balde de agua fría, ahora semejaba una catarata.

—¿Quieres saber? Hoy no pareces tener hambre.

Aquella *lady* estaba por apartarse de él cuando reparó en algunas lastimaduras a lo largo del pecho, los brazos y la espalda. Ella se aproximó, fascinada, con una mirada que traducía la misma excitación de un escudero cuando ve una auténtica espada de dos manos por primera vez.

—Tus heridas —dijo ella, sin dejar claro si hacía una pregunta o una afirmación.

—Son parte de la vida que escogemos. Mi tutor debe tenerlas a montones.

João respiraba con pesadez. La joven pelirroja se acercó, y él reparó en las pecas de su fino rostro. Sin embargo, lo peor para él era su olor. Era un aroma dulce, invitante, afrodisíaco. Sus manos se mantuvieron abajo y pidió al Creador un bendito milagro que sacara a esa mujer de allí.

Ella extendió las manos para tocar las heridas del pecho. Los dedos se quedaron suspendidos a algunos centímetros de la piel, como a la espera de autorización por parte de él. João no quería permitirlo, pero aquella mujer tan próxima y aquel olor tan dulce lo orillaban a no resistirse. Él quería: juro que deseaba resistirse, pero simplemente no lo conseguía.

Tres dedos tocaron un punto de su piel herida y los vellos se le erizaron. Los latidos se hicieron más fuertes. Y él sintió el ambiente mucho más caliente que algunos minutos atrás.

João Hanson volvió a pedir al Creador por un bendito milagro que lo librara de aquella situación.

Y el milagro sucedió.

→ Sientes que algo diferente ha comenzado, ¿no? —preguntó maestro Ira.
 —¿Júno? —preguntó a su vez maestro Orgullo.

Ambos maestros enanos se hallaban en lo alto de una de las montañas, de frente a una de las aldeas. No importaba cuál. Independientemente de cuál se tratara, el horizonte a donde miraban era el mismo.

—En parte. Pero no todo.

—¿Por qué?

—Soy ciego para determinadas sensibilidades —respondió maestro Irritado.

—Eso te sacas por querer ser de una sola forma.

—Como si tú fueras distinto.

Maestro Orgullo sonrió. Y dijo:

—Pero él vendrá detrás de ti. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

—¿Y tienes miedo?

—¿En la situación actual?

Maestro Orgullo sólo asintió. Maestro Ira concluyó:

—No.

—¿Y en la siguiente?

—Si él llegara hasta allá.

—¿Y si no llegara? —preguntó maestro Orgullo, serio.

—Entonces aceptaré mi destino.

—¿Y si él volviera a ti?

—Habré cumplido la misión para la cual fuimos creados. Todos nosotros la habremos cumplido.

—¿Y tomarás esta sencilla decisión basada en tu forma única?

—No. La tomaré con orgullo —respondió maestro Ira.

Maestro enano Orgullo rio con fuerza y con extremo placer.

—¿Y qué de la guerra que se aproxima? —preguntó Ira—. ¿Crees que debemos tomar partido?

—Tendremos que tomar partido —respondió Orgullo—. Pero sólo cuando llegue la hora.

Una hora que no tardaría en llegar.

Ambos escucharon el grito con su nombre, el cual provenía del exterior del establo. Con el susto, por reflejo, *lady* Almirena se apartó de la piel de João, quien suspiró pesadamente y cerró los ojos, sin saber si agradecía o no aquel momento. Había obtenido su milagro. Pero ya imaginaba el precio.

El grito de afuera provenía de Ariane Narin.

Lady Almirena se alejó y, sin decir nada, salió del establo. João se mordió los labios porque sabía que en el momento en que la dama cruzara la puerta, por la distancia calculada por el eco de la voz, se cruzaría con...

—¡Ah! —exclamó la muchacha rubia al cruzarse con una mujer solitaria que se escabullía fuera del dormitorio de su novio prometido, como si estuviera haciendo «algo malo».

El encuentro tomó a Ariane tan desprevenida, pero tanto, que la muchacha abrió mucho los ojos a su manera típica y se quedó con la boca abierta y la quijada caída.

En las manos traía una marmita con el almuerzo de João Hanson, de frutas mezcladas con un guisado.

La mujer pelirroja y pecosa pasó ante ella, la miró de arriba abajo, fijándose en detalles que sólo las mujeres perciben, desde la ropa hasta las uñas y el tratamiento del cabello. Ariane hizo lo mismo con ella por reflejo, pero sólo porque también era mujer y eso estaba en su instinto.

Y fue sólo cuando esa *lady* se apartó por completo y entró en la casa grande cuando Ariane salió de la conmoción y volvió a la normalidad. Eso significaba fruncir las cejas, arrugar la nariz, hacer una mueca furiosa, y entrar al dormitorio, iracunda, con la postura rígida y la expresión más enfadada que te puedas imaginar.

—João, ¿quién es esa lagartona que acabo de...?

Es obvio que la situación no mejoró ni un poco cuando vio a João Hanson apenas con una toalla cubriéndole la región por debajo de la cintura.

—João Hanson, ¿qué significa esto?

Como todo hombre atrapado en esa situación, João Hanson casi dijo por reflejo algo como: «Calma, no es lo que piensas», pero tuvo el discernimiento suficiente para saber que Ariane no se convencería tan fácilmente sobre los asuntos en que de seguro «estaba pensando».

—Ella sólo vino a avisarme del almuerzo.

Ariane se puso la mano libre en la cintura y se quedó en una pose incómoda, todavía sujetando la marmita con la otra:

—Ah, sí, imagino que ella debe tener hambre.

—¡Ariane!

—¡Y yo preocupándome por ti y caminando hasta aquí como una tonta, sólo para traerte este porquería! ¡Y te encuentro desnudo, con una mujer saliendo de tu cuarto!

—¡No estoy desnudo!

—¡Sólo porque grité tu nombre desde afuera! ¡Te di tiempo de ponerte una toalla en la cintura, so perro, cínico, sinvergüenza!

João se tapó la cara con una mano, lamentando la creatividad de la chica.

—¡Y si quedarse en toalla mostrando el pechito curado no es estar desnudo, no sé cómo llamarlo! Es más, ¿quieres saber?

Ariane aventó la marmita en medio del heno.

—¡Llámala para que te dé de comer en la boquita!

João caminó hasta ella.

—¡Ariane, no es nada de eso! Yo estaba aquí tomando un baño y ella entró para avisarme del...

—¿Y dejas que cualquiera entre en tu cuarto cuando estás tomando un baño?

—¡Ariane! ¡Esto no es mi cuarto! ¡Es un establo donde yo duermo en forma improvisada!

—¡Pues debería ser una perrera! —dijo ella cuando João se acercó e intentó abrazarla—. ¡Y no me abrases! —gritó en forma tan aguda, que él retrocedió de inmediato, levantando los brazos en señal de paz.

—Calma, Ariane.

—¿«Calma»? Calma porque tú estás del otro lado, ¿está bien? ¡Cuando supiste que Paulo Costard me había besado, fuiste y llenaste al pobre de golpes!

João apretó los dientes sólo de recordar aquel nombre.

—Ahora es mi turno de tener calma, ¿no? ¡Y mira que, en mi caso, yo estaba vestida, y cuando él me besó tú ni siquiera eras mi novio!

—¡Ariane, por el Creador, no hubo ningún beso!

—Claro, no lo hubo porque te atrapé, ¿no?

João apretó los dientes otra vez. Ahora la irritación era por no saber si Ariane tenía razón.

O no.

—¿Y quieres saber? ¡Quien le va a dar un golpazo a esa tipa ahora soy yo!

Ariane se volvió decidida para salir tras la pelirroja pecosa, cuando João la sujetó por la cintura, desesperado, haciendo que la chica se quedara corriendo en el mismo lugar.

—¡No! ¡Para! ¡Para! ¡No hagas eso, amor! —el abrazo y el término la sacudieron. Ariane se relajó un poco.

Y en ese momento odió que el abrazo de él se sintiera tan bien.

—Esa mujer es la prometida de mi tutor.

—¿Y desde cuándo las prometidas visitan a los escuderos en calzoncillos? Si así fuera, yo saldría por ahí también para avisar a un montón de amigos tuyos desnudos que ya llegó la hora del almuerzo.

João apretó los dientes. De nuevo.

Ariane se quitó del cuello el cordón de compromiso que unía a la pareja y se lo arrojó.

—De hecho, ¿quieres más? ¡Quédate con ese cordón que yo te di! ¡Y regrésamelo sólo cuando yo tenga un buen motivo para aceptarlo de nuevo!

Ariane Narin dejó solo a João Hanson y, aún con la postura rígida y la expresión enfadada, salió de aquel establo y azotó la puerta.

João suspiró.

Pasaron algunos segundos cuando la puerta se abrió de nuevo con brusquedad y la todavía furiosa Ariane asomó medio cuerpo para ordenar:

—¡Y después me devuelves la olla de comida, que es de mi madre!

Y azotó la puerta otra vez.

João Hanson levantó los brazos y miró a los cielos, irritado, preguntándose sinceramente si, en algún maldito lugar, los semidioses se estarían riendo de sus desgracias.

El rey Anisio Branford estaba en su trono, al lado de la reina Blanca Corazón de Nieve, cuando entró la capitana Bradamante de la Guardia Real.

Con ella iba Ruggiero, capitán de los Caballeros de Helsing.

—Majestad —ella hizo la reverencia, bajando la cabeza casi hasta la altura de la cintura y doblando las rodillas.

—Capitana, capitán —el rey hizo lo mismo en dirección a cada uno, pero de pie, llevando sólo la quijada a la altura del pecho.

En el Salón Real estaban también los consejeros reales, uniformados con sus vestimentas coloridas. Pero ninguno estaba allí para decir algo. Su función era sólo observar y guardarse sus comentarios para cuando fueran consultados en la Sala Redonda del Gran Palacio.

—Capitana, ¿cómo va el llamado a mis comandantes militares?

—Todos ellos ya fueron convocados y se encuentran en camino hacia el Gran Palacio, su majestad.

—¿Y mis caballeros?

—La mayoría ya está aquí. El resto se aproxima también.

El rey movió la cabeza, satisfecho. Y dijo:

—Entonces ordena que la parte que ya está aquí comience desde ya a prepararse para la primera marcha de guerra.

—Majestad —dijo la capitana, en parte asustada y con un tono que aceptaba la orden recibida pero, al mismo tiempo, imploraba por mayores detalles.

—Comenzaremos la marcha para la batalla contra Brobdingnag esta madrugada.

—¿De qué te ríes? —preguntó João Hanson irritado.

—Bien. Sé que no tiene gracia, al menos en la situación actual. Pero estamos de acuerdo en que si una chica sorprende a otra saliendo del cuarto de su novio, y aparte lo encuentra a él con sólo una toalla alrededor de la cintura, no se ve como la situación más fácil del mundo de entender, ¿no es verdad?

—¿En verdad estás de mi lado?

—Yo siempre estoy de tu lado.

—Es que no pare...

—A no ser que te encuentres equivocado.

Se hizo el silencio entre ambos. João cerró la expresión. Otra vez.

—¿Y estoy equivocado? —preguntó, taciturno.

—¿No lo estás?

—¿Por qué lo estaría?

—Si te encontraras a un hombre saliendo del cuarto de Ariane y ella estuviera sólo con las ropas de abajo, ¿qué harías?

João no respondió. María dijo, en tono de regaño:

—Por mucho menos le reventaste la cara a otro muchacho.

João miró hacia fuera y se mordió el labio inferior, pensativo.

—Y maté a un hombre —susurró para sí mismo

—¿Qué dijiste? —ella frunció la cara, creyendo que no había comprendido.

—Que maté a un hombre.

María guardó silencio. Y luego dijo:

—Tú no mataste al conde por Ariane. Lo hiciste por papá.

João no respondió ni hizo comentarios. Volvió a mirar hacia fuera y a morderse el labio inferior, pensativo.

—¿Y por qué crees que estoy engañado?

—Porque no lo hiciste por causa de la ofensa o la agresión del conde contra Ariane; lo hiciste porque era la única forma de permitir un buen descanso para tu padre en la otra vida.

—No, me refiero en específico a Ariane. En el caso de ahora. ¿Por qué crees que soy yo el que está equivocado?

—João, en el momento en que la chica entró en este establo deberías haberle dicho que se fue...

João se volvió hacia María.

—Es la novia de mi tutor.

—¿Eso es una disculpa para tu actitud o una confirmación de lo que dije?

—¡Lo que quiero decir es que no sé cómo sería la reacción de él! ¡Un escudero debe preciarse de simplificar la vida de su señor en vez de traerle más problemas!

—¿Y dejar que se case con una mujer capaz de intentar seducir a su escudero es evitarle problemas?

João bajó la mirada. De vez en cuando odiaba sentirse el hermano menor.

—Me refiero a que sería mi palabra contra la de ella —dijo, en un susurro.

—Al menos serías tú quien estaría del lado correcto.

—¿Y si mi tutor le cree a ella y me expulsa?

—Entonces eso significará que él no te merece como escudero. Y que no está escrito que es con él con quien aprenderás cómo ser un caballero con principios correctos y buen sentido.

João continuaba agitado, en tanto que María aún creía que aquella agitación resultaba extraña.

—¿Por qué estás así, tan diferente sobre este asunto? Siempre fuiste un chico sensato. ¡Yo ni siquiera debería estar aquí hablando cosas que antes te habrían parecido obvias!

João no respondió. María comenzó a razonar por encima del hecho y entonces preguntó:

—Dices que Ariane cree que interrumpió un beso entre tú y la tal *lady*, ¿no?

João asintió dos veces.

—¿Y si ella no hubiera aparecido?

—¿Cómo?

—¿Qué habría pasado?

João Hanson tomó aire para responder. Pero no dijo nada. Lo más curioso es que su silencio decía más que cualquier palabra que hubiera dicho.

María Hanson concluyó:

—En este caso creo que Ariane hace bien en sólo querer ese collar de vuelta en el momento en que tú en verdad recuerdes el motivo para usarlo.

María salió de allí y dejó a su hermano solo. João Hanson tenía ganas de pegarle a algo con desesperación y lanzó un golpe a la pared, con lo que hizo temblar el vidrio de la ventana.

Después se sintió como un idiota. A final de cuentas sus problemas seguían ahí.

En su poco tiempo como escudero, lo que João Hanson más había aprendido era que los mayores enemigos que rodean a un ser humano no podían ser vencidos con la lámina de una espada.

Las conquistas más grandes no podían ser exhibidas como marcas de batalla.

Las mayores tentaciones y distracciones no venían del interior de los círculos de combate.

«¡Ariane, por el Creador, no hubo ningún beso!».

Y ningún dinero podría comprarle la paz interna que anhelaba.

«Claro, no lo hubo porque te atrapé, ¿no?».

Días malos estaban por venir.

Liriel Gabbiani dio un salto de susto cuando escuchó, a sus espaldas, que alguien gritaba:

—¡Aaarr!

Detrás de ella estaba el viejo Jim Hawkins con una botella de ron que ya pasaba de la mitad.

—¿Tienes algún maldito problema? —preguntó ella, con un extremo mal humor.

—Me preguntaba si estaba durmiendo o si había despertado de una pesadilla. A final de cuentas no sabría cuál es la diferencia.

—Por el tiempo que llevas dormido y roncando, no dudo que no sepas diferenciar los momentos.

El viejo caminó tropezando hasta ella. Y dijo, con un fuerte aliento a alcohol:

—¿Quieres saber qué soñé, enojadita?

Liriel arrugó la cara por el olor y el apodo. Iba a colocar el dedo en la cara del viejo cuando este concluyó:

—Que estaba preso en un galerón con una pareja formada por un negro idiota y una blanca imbécil, los cuales habían resuelto adoptar a un montón de criaturas sin hogar y me habían escogido para ser el abuelo.

—Ah, apuesto que la mujer blanca de ese sueño tenía en mente otros nombres mucho mejores para el puesto.

—Para eso ella tendría que pensar.

—No, para escogerte a ti ella tendría que hacer justo lo opuesto.

—¿No pensar? Ah, entonces ella ya estaría acostumbrada.

El viejo volvió a beber de la botella. Liriel mantuvo su expresión airada. Iba a apuntar el dedo de nuevo cuando surgió Snail, quién sabe de dónde, y se metió entre los dos, diciendo:

—¡Qué bueno que despertaste, viejo Jim! ¡Tu presencia aquí nos inspira!

Liriel miró a Snail como si quisiera que él muriera. Como si quisiera que aquellos

dos murieran.

—Al menos alguien tiene una inspiración en un lugar como este —rezongó Hawkins.

—Vamos. —Snail abrió los brazos, lo tomó por los hombros y comenzó a caminar con él por el galerón—. Admítelo, ¿no está mucho mejor que la vieja prisión en la que te hallabas?

—¿De qué sirve sacarme de una prisión inmundada y mal frecuentada para ponerme en otra peor?

—¿Qué es eso, viejo Jim? ¡Aquí no estás preso! ¡Te encuentras en casa!

—Entonces dime qué debo hacer para estar preso.

Snail soltó una carcajada forzada, sin saber si era una broma lo que el viejo había dicho. Liriel observaba la escena y no podía dejar de creer que todo eso estaba por debajo de lo patético.

—Jim, querido mío, admítelo: ¡tienes una gran suerte!

—Imagínate si estuviera «salado».

—Fuiste sacado de prisión, conseguiste una nueva tripulación y ahora estás listo para morir como un hombre rico.

—¿Cuál es la diferencia de la riqueza para un hombre muerto?

—¡Serás recordado, Jim Hawkins! ¡Como el más grande de todos! Incluso después de la muerte.

—¿Por qué querría ser recordado si no estaré aquí?

—Yo continuaré tu legado cuando decidas partir.

Jim Hawkins observó a Snail Galford de arriba abajo e hizo una mueca de disgusto.

—¿Quieres decir que viví una vida entera de conquistas para morir en la cuneta y dejar mi legado a un autoproclamado pirata, que ni siquiera tiene un barco?

Snail irguió los hombros y abrió los brazos, como si dijera en lenguaje corporal: «¿Qué se le va a hacer?».

—Hagamos esto, querido Jim: ¡tú aceptas llevarnos contigo y yo te prometo que te consigo un barco!

—¿Y cómo me conseguirías un barco, pata rajada?

—En breve, Stallia estará en guerra. Puedo pensar en algo.

—¿Stallia entrará en guerra?

—Eso parece.

—¿Basado en qué?

—¡Movimiento de tropas, reubicación de milicias, refuerzo de los puertos y menos patrullaje de caballeros!

El viejo se detuvo y miró sorprendido a Snail.

—O sea que incluso sirves para algo, ¿no?

Snail volvió a levantar los hombros y a abrir los brazos. El viejo pirata bebió otro trago.

—¿Qué quieres de mí, pata rajada?

—¡Que me lleves hasta el gran tesoro de Flint!

El viejo Hawkins escupió lo que bebía.

—Enloqueciste de repente —dijo, creyendo que era broma.

—¡Te apresaron cuando te disponía a ir para allá! ¿Cuál es el problema de concluir la misión?

—¡Exactamente! ¡Caí preso cuando salía para allá, hace tantos años que ya no me acuerdo del tiempo exacto! ¿Crees que me acordaría a dónde me dirigía?

—Sí lo creo.

—¿Y crees que te llevaría a ti, para que me vieras la cara y te quedaras con la gloria?

—Sí lo creo.

—¿Y por qué haría eso?

—Porque conozco pocas cosas de esta vida, pero sé que nosotros no hacemos lo que hacemos porque la vida nos puso aquí ni por pretextos similares.

—¿No?

—No. Lo hacemos porque nos gusta. Lo hacemos porque nacimos para ello.

—¿Crees que los hombres nacen para ser piratas, saquear y robar al prójimo, pata rajada?

—Si las personas como nosotros no existieran, todavía viviríamos en las cavernas.

—¿Quieres decir que personas como tú ayudan a que la sociedad evolucione?

—Las personas ambiciosas lo hacen.

El viejo pirata rio con fuerza. Esta vez era una risa sincera.

—Haz algún contacto —dijo el viejo sucio—. Ese contacto debe conseguirte un barco, no sé a qué precio. Sea cual fuere, consíguelo. Si lo consigues, cargaré con esta banda de gente inútil que tienes aquí.

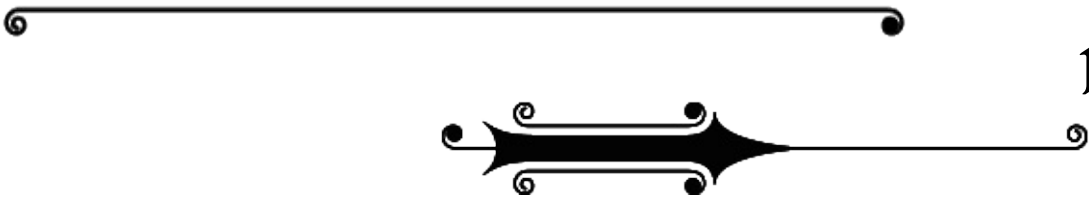
Snail sonrió como sonreiría un niño ante la atención de un tío que acaba de conocer.

—No te arrepentirás de esto en el futuro.

—Ya estoy arrepentido. Por eso no hay forma de que me arrepienta en el futuro.

Snail lanzó una carcajada, todavía envuelto en la energía de la ignorancia. Finalmente, en pocas horas conseguiría ese barco.

Sólo que no imaginaba a qué precio.



El esquí jalado por los dos inmensos tigres se aproximó a una gigantesca

La ubicación era en el centro de varias casas rústicas. Axel había pasado por ellas al ser conducido y seguía observando la arquitectura alienígena. Las construcciones estaban hechas a base de bambú, lianas trenzadas, madera y paja. Acababan de salir de una playa, donde vivían los mohicanos, y ahora caminaban por un bosque con diversos senderos abiertos. Las casas se desparramaban por el camino, con una arquitectura propia y original, difícil de aceptar para un ser acostumbrado a vivir en metrópolis urbanas.

De hecho, las casas se complementaban con la naturaleza en que se hallaban. No destruían la región natural alrededor, sino que se complementaban con ella. Incluso el diseño de la luz del sol parecía haber sido tomado en cuenta en la técnica con que aquellas construcciones eran hechas, y ese artificio resultaba una ciencia exacta. Con todo, el detalle más impresionante de la arquitectura era que las casas por lo común se expanden sobre una base vertical, y aunque haya construcciones de varios pisos, una ciudad se extiende en sentido horizontal.

Pero no aquella.

—¿Qué lugar es este, mohicano? —preguntó Axel, con los ojos muy abiertos.

—Esta es Themiscyra, hogar de las elfas amazonas.

Aquella urbe se expandía en vertical y eso era lo que impresionaba. Sus casas estaban conectadas por rampas y puentes de lianas y madera, además de sistemas de gruesas cuerdas y poderosas poleas que llevaban objetos de un lugar a otro. Varios bultos caminaban de un punto a otro, saltando como gatos cuando era necesario, pero con la agilidad, ligereza y confianza de un simio al moverse entre los árboles de un bosque.

Entonces Axel reconoció a los «bultos». Eran elfas.

Además de ellas había niños elfos que, cuanto más alto era posible observarlos,

más recordaban a pájaros en vuelo, abriendo los brazos y flotando con el viento. El esquí aún era jalado por los tigreses y aquello comenzaba a desesperar a Axel, que deseaba parar para observar mejor aquella maravilla. Parar un poco. O incluso para siempre.

En algunos puntos percibía a mujeres... elfas que se situaban junto a las ventanas y los puentes para mirarlo pasar, jalado por aquellos felinos y escoltado por el mohicano. De vez en cuando, de acuerdo con el humor del viento, algunos árboles se retorcían como si lo saludaran, y hojas y flores caían por el camino recorrido como si hubieran sido arrojadas a propósito.

Y así era conducido, cada vez más hacia las profundidades, por aquellos senderos del bosque, cada vez más devorado por aquella ciudad que crecía hacia arriba, al grado de que los ojos no distinguían su fin.

—¿Qué es aquello? ¿Una prisión? —preguntó, observando la torre que se aproximaba y a donde parecía que era llevado.

—Es la morada de su majestad, donde serás recibido. Aquella es la Torre de Vidrio.

La Torre de Vidrio: diseñada y esculpida con precisión, era ancha, larga e inmensa. De lejos parecía de metal, pero Axel no habría podido asegurarlo. Tenía muchos pisos y muchos vitrales. En la base, alrededor, había mohicanos armados y apostados, con otros tigreses sujetos con gruesas cadenas. Algunos pisos poseían balcones y verandas, donde también había guardias mohicanos. Y había numerosas plantas: raíces que se extendían alrededor de la torre y se ubicaban entre vitrales, gárgolas y otras estatuas de seres fantásticos y desconocidos; más balcones y más ventanas. Las hojas tenían una coloración metálica y contribuían a la conclusión anticipada del príncipe sobre la construcción. El corazón le latió más deprisa conforme la entrada se aproximaba.

Y era bueno que latiera.

Los mohicanos colocaron sus lanzas en vertical y aquello pareció una señal de permiso. Los dos tigreses, siguiendo la orientación del mohicano que los traía de las riendas, pasaron entre los centinelas mohicanos y entraron con el extranjero.

Adentro era mucho más cálido, lo que justificaba las diversas ventanas y aberturas para el paso de la ventilación. Nunca Jamás era una tierra en extremo caliente, pero en el interior de esa Torre de Vidrio era como estar sofocado dentro de una colosal armadura, en pleno fragor de una batalla incesante.

Al mohicano, con su escasa vestimenta, aquello no parecía importarle.

Había una escalinata en espiral, y fue allí donde pararon los tigreses. Dos elfas estaban apostadas al lado de Lirath, la hermana de la princesa. El vehículo paró y el indio dijo al príncipe:

—Sigue con las señoras.

Axel ya descendía de aquel maldito esquí cuando el mohicano lo sujetó por el hombro y lo obligó a mirarlo.

—Sólo mira a cualquiera de ellas a los ojos cuando te hablen. Nunca inicies una conversación. Espera a que ellas lo hagan. Nunca mires, espíes ni muestres deseo por el cuerpo de ninguna de ellas, a no ser que ellas así lo soliciten. Refiérete a ellas por el término «señora» y siempre mantén tu tono por debajo del que ellas emplean para ti.

Axel estaba boquiabierto. Nunca, pero nunca en toda su historia de vida como príncipe real, alguien le había ordenado que fuera tan sumiso en relación con otro ser humano; más aún con las mujeres. Aquellas eran las reglas de un juego que él desconocía y, es más, ni siquiera imaginaba que existiera.

O que debiera coexistir con él.

Las elfas vestían túnicas claras, con sandalias y cabellos que alternaban la parte central lisa y los laterales trenzados. Los ojos eran claros, en tonalidades rosadas, y el olor que emanaban recordaba el de fragancias traídas de Oriente como mercancías raras por marineros mercantes a los puertos occidentales.

La belleza de un ser como aquel trascendía el concepto de belleza y fealdad. Pues la fealdad no existía en Nunca Jamás. Su arquitectura era imponente; sus ciudades, exuberantes; su Torre de Vidrio, magnífica; sus hombres mohicanos, perfectos; sus elfas amazonas, indescriptibles. Los rostros eran más ovalados que los de las mujeres humanas, pero cada trazo resultaba mucho más fino. Los ojos, la nariz, los labios que formaban la boca: todo era un conjunto de sensibilidad extrema y sutil, el cual parecía dibujado con una estilográfica por un artista obcecado.

Y las orejas...

Las orejas eran distintas de las de los niños elfos. Las de las elfas crecían hacia arriba. En ellas, la parte donde las mujeres se pondrían los pendientes no existía y estaba pegada a la oreja en sí, mientras que la de arriba crecía en diagonal: era allí donde estaba adornada con argollas de colores.

Las elfas lo condujeron a otro piso de aquella torre, después de algunos tramos de escaleras y corredores. Por dentro, la arquitectura se mostraba mucho más compleja de lo que parecería en un principio al observarla desde fuera. Había escalinatas que llevaban a corredores que poseían otras escalinatas que llevaban a otros corredores.

Desde lo alto, quién sabe de dónde, resonaba por la torre un sonido lírico y trascendental, producido por las cuerdas de un arpa poderosa. Algunas veces una voz igualmente onírica entonaba canciones en lenguas olvidadas, las cuales recordaban óperas y mantras. Ya fuera el poderoso acorde del arpa o la extasiante voz lírica, cualquiera de los sonidos estremecía. Y en verdad estremecía.

Axel Branford caminaba por aquellos corredores curvos, aún desconcertado. Era como si hubiera sido lanzado a otra dimensión; como si alguien obligara a un ser

humano a olvidar todo lo que había conocido como realidad y concretara sueños que antes le eran efímeros.

Justo como sólo los semidioses eran capaces de hacer.

No había en realidad ni un solo elfo adulto en ese lugar. De vez en cuando niños elfos pasaban flotando por las vidrieras, pero incluso los indios mohicanos se constreñían a sus lugares como guardias o centinelas. Y jamás quitaban los ojos del horizonte o de lo que fuera que debieran vigilar. Jamás las miraban. Jamás les dirigían la palabra. Jamás.

El príncipe intentaba no mirar directamente a las dos «señoras» que lo conducían, o a ninguna de las otras elfas que se cruzaban en su camino y que lo miraban directamente, pero era difícil seguir el consejo del mohicano. Ellas vestían ropas de muselina, una tela de alta torsión, hecha de seda muy fina, ligera y... transparente. En definitiva, era muy, muy difícil seguir las indicaciones del mohicano. Sobre todo en determinados ángulos en que la luz del sol penetraba con delicadeza y complementaba las curvas de belleza y gracia de aquellos cuerpos oníricos.

Todo lo que ellas hacían estaba dotado de ligereza. Cuando caminaban, lo hacían con suavidad. Cuando hablaban, la voz era sutil. Cuando lo tocaban, el contacto era tierno.

No había brusquedad en ningún suspiro, en ningún diseño de luz, en ningún gesto de menor o mayor grandeza. Había infancia —o lo más próximo a eso—, había juventud, había incluso madurez, pero era curioso que no hubiera vejez. El tiempo en Themiscyra, o mejor aún, el tiempo en todo Nunca Jamás transcurría distinto porque traía un bagaje histórico, aunque nunca miraba atrás.

Y mientras cada ser permaneciera con esas características dentro de sí, pertenecería a ese lugar. Cuando ya no...

—Alteza.

Una de las elfas tocó la espalda de Axel y el contacto más pareció una descarga eléctrica. El príncipe se volvió hacia ella y la miró a los ojos, sin saber si eso estaba permitido o no.

—Señora.

La segunda elfa también lo tocó y de nuevo el contacto le pareció dotado de las mismas condiciones.

—No la necesitarás, príncipe de Arzallum.

Frente a él había una bañera con agua perfumada con hierbas. Del agua salía un vapor que anunciaba su agradable temperatura. Axel imaginó qué tan sucio estaría y qué tan molesto sería su olor, y se sintió mal. Había un atuendo que parecía de seda y recordaba una vestidura ceremonial.

Y en verdad era una vestidura ceremonial.

Él comprendió.

Permitió que las señoras elfas le quitaran las ropas sucias y entró en la bañera de agua caliente. El aroma era agradable; la temperatura, ideal. Las dos elfas cuidaron de él durante el baño y pasaron hierbas por su espalda, las cuales lo impregnaban de un buen olor. Lo bañaban en aquella agua, mas no de la forma ni con la intención con que una mujer lo haría con un amante, sino mucho más como una madre lo haría con un hijo o una bruja con una iniciada.

En realidad Axel percibió que la forma como ambas lo trataban más parecía la forma en que actúa un dueño cuando baña a su perro que en cualquier otra escena en que se pudiera pensar. Lirath sólo observó, pero lo hizo como si comprobara que las elfas cumplían de manera adecuada con su papel.

Cuando salió del agua, Axel sintió el cuerpo y el espíritu más ligeros. Se puso la ropa ceremonial. Para él, le recordaba vestiduras femeninas, pero es difícil utilizar conceptos propios cuando se comparan culturas extranjeras.

A la postre, las culturas no se miden con señales de más ni de menos.

—¿Qué tela es esta, señora? —preguntó del modo más formal que consiguió, y ellas comprendieron bien sus intenciones sinceras.

—Es chifón —respondió Lirath.

—Se siente muy agradable. Pero me recuerda vestiduras femeninas.

La tela causaba una agradable sensación térmica junto a la piel y era ligera y fina, así que resultaba en extremo apropiada para un lugar caliente y bien ventilado como aquella torre-castillo.

—Tiene sentido, pero nos encontramos en una tierra gobernada por mujeres. Así, el único que mantiene un sentido de masculinidad en esta tierra es nuestro rey elfo.

—Espero que un día me reúna con él.

—Lo harás.

Las tres comenzaron a conducirlo fuera del área de baño. Axel, todavía encantado con la ligereza de la tela, preguntó:

—Disculpen la pregunta, que sonará como la ignorancia de un extranjero, pero me gustaría entender: ¿cómo gobierna un hombre una sociedad de mujeres tan independientes?

Las tres se detuvieron. Y lo observaron sin que se pudiera decir si había censura o comprensión en la mirada.

—El rey elfo no gobierna Nunca Jamás porque sea hombre.

—Perdónenme si di una falsa impresión de machismo; no me refería a eso, señoras. Digo: ni siquiera existen elfos crecidos aquí, ¿no es verdad?

—Sólo uno. Sólo el rey elfo.

—Entonces allí está la cuestión que me gustaría entender: ¿qué lo hace especial? Especial al grado de ser el único crecido. ¡Especial al grado de conquistar el respeto y el liderazgo de una sociedad de mujeres que ni siquiera se inclinan ante indios fuertes

y bien entrenados!

—Lo que lo hace especial es que él es *elfian pan* —insistió Lirath.

Axel se perdió en el erdim sin entender el final de la frase. Comprensible: no tenía en la mente el conocimiento suficiente de aquel asunto para que la intención de aquella frase se tradujera en algo comprensible para él.

—Señora, ¿podría traducir de una forma intencionalmente más clara en erdim qué significa esa expresión en lengua élfica?

—En tu lengua, príncipe, él sería el «elfo tocado».

Axel al fin captó algún sentido.

—Entiendo: *pan* significa «tocado».

—Más que eso; pero creo que en tu lengua sería lo más aproximado —continuó la elfa—. *Pan* sería un ser tocado por una fuerza superior. *Pen* sería un ser tocado por más de una.

—¿Y el rey elfo fue tocado por una fuerza superior?

—En realidad, por más de una. Por eso es el actual Pendragon.

¡La quijada de Axel casi se estrelló en el piso!

—¿Él... él fue elegido después de Arthur?

—Sí, y es por eso, y no por su sexo, que él gobierna Nunca Jamás.

Axel todavía era todo sorpresa. Y deslumbramiento. Y estupefacción.

—¿Y cuándo lo conoceré? —preguntó, con una voz débil.

—Ahora.


H

oy, al sonar la medianoche, Arzallum marchará.

Así comenzó el discurso del rey Anisio Branford, en un patio inmenso del Gran Palacio ante centenares de caballeros, lanceros, arqueros y líderes militares.

La escena era histórica por dos motivos: primero, porque allí se iniciaba una guerra de proporciones mundiales; segundo, porque era la primera vez que centenares de personas escuchaban a la perfección la voz de su rey.

Para que eso fuera posible, el gnomo Rumpelstiltskin y su equipo habían construido una plataforma donde se colocaba un artilugio alienígena. El aparato poseía una forma cónica y proyectaba la voz del rey en forma distorsionada, pero bastante ampliada. La voz se arrastraba en ecos y parecía estar basada en el mismo efecto que ocurre en el interior de las grutas cuando alguien dice o grita algo.

Los comandantes militares estaban al frente de cada tropa. Los caballeros se encontraban en formación militar, vestidos con sus uniformes, sin las armaduras. Detrás de ellos venían los lanceros. Detrás, los arqueros. Y más atrás, los soldados.

Frente a ellos estaba su rey en un estrado, con su reina al lado. Frente a la tropa, más abajo del estrado, estaban personajes como el comandante Sabino von Fígaro, la capitana Bradamante y el capitán Lemuel Gulliver.

—Hoy Arzallum irá a la guerra. Marcharemos por terrenos insólitos y escalaremos lugares intangibles. Será la guerra más difícil que cualquiera de nosotros haya visto. Sin embargo, ¿quién puede decir lo que esta nación no es capaz de hacer? ¿Quién puede menospreciar a este reino, si fue este reino el que lideró la Cacería y si fue un Branford quien salvó a esta sociedad la primera vez? Pues hoy iremos al campo de batalla otra vez por el orden de la sociedad. Arzallum no combatirá sólo por orgullo, aunque el orgullo de esta nación haya sido atacado. Y ha sido atacado en el momento en que Brobdingnag transgredió el Pacto de Swift para mantener a un niño arzallino bajo su custodia, rehusando el pedido del rey de esta nación de devolverlo en paz. Como hombres de una orden militar, y como seres que

comprenden qué es vivir de esta forma, con seguridad todos aquí comprenden por sí mismos que, si Arzallum permite que otro rey pisotee sus tratados e ignore los pedidos de esta nación, otras se adjudicarán el derecho de hacer lo mismo y esta se tornará la noción más débil, más sumisa y más ridiculizada que haya existido en Nueva Éter —una pausa reflexiva, mas no extensa—. Sin embargo, dentro de ustedes corre sangre arzallina como la de aquel niño rehén del reino gigante. Y todos saben que Arzallum no es una nación débil. Ni sumisa. Y que jamás será ridiculizada por ninguna civilización que exista o esté por nacer. Porque aun cuando un día Arzallum deje de existir, ¡este será recordado por siempre como el reino más grande que ha existido! —los soldados apretaron los dientes—. Y en el campo de batalla, si alguno de ustedes se preguntara por qué muchos se arriesgan a morir por la vida de un solo niño, sepan que Brobdingnag no mantiene a ese niño sólo por provocar a este pueblo. ¡Brobdingnag mantiene a un niño arzallino como su rehén porque existe la sospecha de que él sea nuestro esperado avatar! —los ojos se abrieron; las respiraciones quedaron en suspenso; los dientes siguieron apretados—. ¡Y si el Creador eligió que su avatar retornara en la sangre de un arzallino, entonces esto sólo prueba la responsabilidad y el deber de nuestra nación de mantener su conquistada superioridad y su más histórica vocación! Pues si el Cristo Merlín Ambrosius volvió para traer la verdad, entonces nos da un motivo para vivir. ¡Y un motivo para morir! —puños apretados; gargantas secas; corazones acelerados—. ¡Iremos a la guerra en nombre del sagrado Creador, que escogió a este pueblo para traer a su avatar! ¡Y si otras naciones se ponen en nuestro camino por la búsqueda de la verdad, entonces nos acordaremos de que ya vimos lo que un arzallino puede hacer con los mayores campeones del mundo en un cuadrilátero! ¡Y, si fuera preciso, nosotros también demostraremos al mundo lo que Arzallum puede hacer con los ejércitos de nuestros enemigos en un campo de batalla!

Los soldados pisaron firme en el suelo, con los ojos fijos y los cabellos erizados. En sus mentes y en sus corazones todos estaban listos.

La Primera Guerra Mundial había comenzado.

Axel Branford entró en el Salón Élfico y no sólo se sintió pequeño, sino también intimidado. No había grandes monumentos, cuadros, candelabros, altares ni las cosas que suele haber en los reinos humanos para causar el mismo impacto; en ese aspecto, el Salón Élfico era en cierta forma modesto. Había mucha luz, muchos cojines y muchas ventanas, así como fuentes y frutas y espacio. En definitiva, a los elfos les gustaban los espacios.

Mas no fue nada de eso lo que impresionó al príncipe. Lo que en verdad lo impresionó e intimidó era la cantidad de féminas vestidas en ropas de telas ligeras, adornadas con joyas y maquillajes, que esparcían un olor perfumado en el ambiente. A la espera de él.

Él entró y ellas lo observaron, curiosas. La sala era cálida pero fresca, y aun así a cada paso él se sentía sofocado. Debía haber allí, como mínimo, cincuenta elfas desperdigadas sobre grandes almohadones diseminados por el salón. Elfas de todo tipo: altas, bajas, flacas, gordas, de cabellos y ojos de los colores más creativos que un semidiós imaginaría.

Sin embargo, todas poseían algo en común: el color de la piel tendía al bronceado que se adquiere tras ser forzada a producir melanina por años, con la intención de soportar una isla constantemente soleada.

Y, claro, las orejas que crecían en diagonal superior hacia atrás.

Las tres elfas que lo habían conducido le indicaron con gestos que debía proseguir. El camino desde la puerta hasta el fin de la sala terminaba en un trono esculpido en forma de un dragón sentado en dos patas, como en la posición de un perrito que deseara agradar para ganarse un hueso.

Sentado en él estaba el rey elfo.

Axel sintió una punzada cuando lo vio. El sentimiento de temor que aquel maldito elfo crecido producía era mucho, mucho peor que mirar, por ejemplo, a Radamisto, el gigante blanco de Minotaurus al que había vencido en la final del Puño de Hierro. De

lejos parecía una figura formada de sombras y se movía en aquel trono como si el mueble fuera una hamaca incómoda, sentado en vertical, con el codo sosteniendo el rostro hacia abajo en uno de los brazos del trono, mientras una de las piernas descansaba encima del otro brazo.

A cada paso que daba Axel para acercarse a él, más ganas sentía de apartarse.

Era un elfo gigantesco, de casi dos metros de altura y con brazos gruesos como mazos. Vestía una bata abierta en el pecho como un ropón de seda, un pantalón largo sin bolsos y andaba descalzo. El rostro era triangular; los ojos, rojos, y apenas la tonalidad escarlata diferenciaba, como entre los niños elfos, la pupila del iris. En este caso, el iris era más rojo que el resto.

Era posible jurar que el rojo que coloreaba aquellos ojos élficos sombríos parecía sangre.

Al igual que los ojos, los cabellos eran rojos, pero de un carmín vivo. E intenso. Caían por debajo de los hombros y cubrían parte del rostro inclinado, como si toda aquella figura no fuera de por sí lo bastante sombría. Las orejas, comparadas también con las de los niños elfos, crecían, al contrario de las de las elfas, en diagonal hacia abajo, pero en este caso eran proporcionales al inmenso tamaño de aquel elfo. Las uñas eran gruesas, largas y llenas de grietas, como si nunca hubieran sido cortadas, sino roídas. Tenía vellos en los antebrazos, pero no había barba en el rostro marcado por surcos.

La figura del rey elfo se destacaba completamente en aquel ambiente ventilado y femenino. Más parecía una marioneta que no formara parte del espectáculo y que hubiera sido improvisada a la mera hora. Axel percibió que, cuando se le aproximó, lo que sacó al rey elfo del trance fue un movimiento de nariz; un movimiento que indicaba que él había percibido la proximidad de Axel por el olor.

Cuando el humanoide levantó la cabeza y apuntó aquellos ojos rojos en dirección al príncipe, Axel juró que ya no escuchaba su propio corazón.

Los dos, el rey elfo y el príncipe humano, se quedaron mirando, casi sin pestañear.

Pasó un minuto. Y dos. Y sólo al llegar el tercero el rey elfo preguntó:

—¿Eres tú?

Axel siguió mirándolo, sin responder. Sin siquiera saber qué responder.

—¿Eres tú el príncipe?

La voz era ronca. Parecía la de un león que se hubiera decidido a hablar en vez de rugir tras despertar.

Como no había nadie para presentarlo, el propio Axel cedió a la ceremonia y dijo:

—Su majestad, soy Axel Terra Branford, hijo de Primo y Terra Branford, hermano del rey Anisio Branford y actual primer príncipe de Arzallum.

Lo correcto, al menos para la cultura humana, hubiera sido que Axel hiciera una

reverencia después de eso. Sin embargo ya no hizo nada, no porque no respetara al rey ante él, sino porque estaba demasiado concentrado e hipnotizado con aquel instante surrealista. En realidad, la situación le parecía tan fuera de serie, que no le hubiera extrañado ni hubiera considerado anormal que el rey elfo ordenara que lo guillotinaran o lo arrojaran en una cueva de tigres de colores bizarros.

El rey elfo se puso de pie.

El maldito era gigantesco y, desde el ángulo donde estaba, Axel lo veía todavía más grande. Apenas la porquería de manos de aquel elfo serían capaces de agarrar un cráneo humano y probablemente abrirlo como un coco. Como parecía un animal bárbaro, tal vez en realidad lo abriera y se comiera los sesos. ¿Quién podía saberlo?

Curiosamente, el rey elfo hizo lo mismo que él. Primero anunció su nombre y después su función, omitiendo cualquier referencia a la paternidad. Lo extraño del momento, sin embargo, fue que, como ya expliqué, la lengua erdim se basaba en intenciones, que dependían de la cultura y la comprensión del mundo que tuviera el receptor.

Así, cuando el rey elfo dijo su nombre, era de una comprensión muy difícil para la mente y el lenguaje humano, sobre todo por la ausencia de vocales. Lo más próximo en una interpretación gráfica sería: *Ptrrr*. Entonces, lo más cercano que el cerebro y el entendimiento de la comunicación humana de Axel Branford consiguieron comprender, al aumentar las vocales por instinto, fue el nombre propio: *Peter*.

Pero el título que acompañaba al nombre propio seguía siendo un problema. Porque, por más que las elfas le hubieran explicado anteriormente, el significado de la siguiente palabra era mucho más grande y complejo que el vocablo más parecido que el idioma altivo era capaz de producir: «tocado» o «elegido». No importa: cualquiera de las dos acepciones tendría un sentido pobre para transmutar aquella intención en la palabra dicha.

Entonces la mente de Axel, sin conseguir una traducción adecuada en su comprensión, retuvo la palabra original y le dio el sentido que no existía en el idioma altivo. Y fue así como Axel Branford comprendió el nombre del gigantesco rey elfo que estaba frente a él.

El único elfo crecido del mundo. El elfo elegido como el actual Señor de los Dragones. El rey elfo *Ptr Pendragon*.

Rey *Peter Pendragon*. Rey *Peter Tocado*.

Rey *Peter Pan*.

—¿Entonces no crees que estoy equivocada? —preguntó Ariane Narin
—¿extremadamente admirada.

—No, no lo creo. No —respondió María Hanson.

—Ay —dijo, con su típica mirada desorbitada de asombro.

—Pareces sorprendida. ¿Crees que debería cambiar de opinión?

Ariane salió del trance y comenzó a sonreír, avergonzada.

—¡No, claro! Es que, ¿sabes?, ¡tú *siempre* te pones del lado de João en todo! Hasta cuando está equivocado, y yo nunca imaginé que...

—¡Yo no me pongo del lado de João cuando está equivocado!

—¿No?

—¡No! Cuando es necesario soy dura con él. Así como él lo fue conmigo. Es que... nosotros nos protegemos.

Ariane volvió a sonreír.

—Lo sé. De vez en cuando me imagino cómo sería si yo también hubiera tenido un hermano, ¿sabes? ¡Los veo a ustedes y pienso si él también sería tan mi amigo como ustedes lo son el uno del otro!

Fue el turno de María Hanson de sonreír. Por un instante las dos incluso olvidaron por qué estaban enojadas con el muchacho.

—¡Pero eso no significa que vaya a perdonarle a João que haya andado de coscolino con aquella lagartona! —dijo Ariane, cruzando los brazos, cerrando la expresión y recordando el motivo.

—¿No traía puesta una toalla?

—¿Y cuál es la diferencia?

A María siguió pareciéndole divertido —no era con ella, ¿no?— y buscó su saco encima de una silla, con la intención de comenzar a despedirse de casa de los Narin. Mientras buscaba, preguntó a Ariane:

—¿Sabes? ¡Creo que necesitas relajarte un poco! ¿Qué tal si salimos esta noche?

—¿En serio? ¿Nosotras dos?

—En realidad, recibí una invitación.

—¡A ver, espera, María! ¿Estoy peleada con mi novio y me llamas para hacer mal tercio? ¿Es eso un programa «para distraer» o qué? —sólo entonces Ariane se dio cuenta de las entrelíneas en lo que decía—. ¡Eh, espera! ¡Espérate! ¿Saldrás con alguien hoy? ¿Quién es? ¿Quién? ¡Habla! ¡Habla ya! Es uno de aquellos dos guapitos, ¿no? ¿No? ¿No?

María intentó disimular. Pero no lo consiguió.

—¡Lo sabía! —gritó Ariane—. ¿Cuál de ellos? ¿El morenito musculoso de cabello erizado con cara de lindo?

—No, recibí una carta de Casanova.

Ariane abrió la boca y así la dejó.

—Ahí está. ¿Qué hacer? Entonces es el semidiós rubio con cabello, barba y cara de macho.

—Bueno, sí —dijo María sin remedio, queriendo encontrar exageradas aquellas descripciones, pero sin conseguirlo.

—Ay, tú haces que nos den ganas de aventarnos de un puente.

—¿Quiénes serían «nos», Ariane?

—Las pobres muchachas mortales. ¡Muchachas que, si perdieran a alguien como Axel Branford, nunca, pero ni aunque un hada consumiera su varita pidiendo cosas, nunca encontrarían a alguien que se acercara siquiera a una cosa de esas! ¡Y tú, para humillarnos de una vez, consigues a dos!

—¡Pero yo no «conseguí» a nadie! Aún.

—¡Ay, María, deja de hacerte la tonta! ¡Sabes de lo que estoy hablando! ¡Tienes a un Casanova y a un De Marco tras de ti! ¡Son los dos solteros más codiciados de la ciudad!

—No, no es así.

—¿Qué te falta para entender bien la situación? ¿La cabeza?

—¡No es eso, Ariane! Es que, bueno, dime la verdad: ¿ellos harían eso si yo no fuera «la tal plebeya» que conquistó el corazón de Axel?

Ariane reflexionó. Y dijo:

—Tú eres linda de cualquier manera.

—Gracias, querida —dijo ella, con una risa larga—. Pero volviendo a la cuestión: Axel, cuando yo le gusté, le gustó lo que yo era. ¡No tenía nada que ofrecerle en términos de estatus!

—¡Claro que no: él es el príncipe de Arzallum! ¡Pero ya te dije que no puedes compararlo con nadie! ¡Él es único! ¡Es más: te dejó y se fue detrás de otra lagartona no correspondida! ¡Ay, pero cómo hay lagartonas en este mundo!

María quería decir que comprendía a Axel. Quería decir que entendía sus

obligaciones reales como príncipe y que debía cumplir compromisos que rebasaban su verdadera voluntad.

Pero no lo conseguía. Juro que ella lo intentaba pero no lo conseguía.

—¡Bueno, vamos a concentrarnos en el caso de esos dos! De nuevo: ¿se tomarían tanto trabajo si yo no me hubiera vuelto conocida como la «elegida del príncipe» o cualquier cosa de ese tipo?

—¡Ya, ya, está bien! ¡Debes tener razón! ¿Pero cuál es la diferencia?

—¡La diferencia es que no quiero sentirme un objeto de conquista! No quiero ser como un «premio» en el juego de dos muchachos de clase alta y mimados y ricos.

—Y lindos...

—Bueno, también.

Ariane apretó los labios y comenzó a pegar en el suelo con el pie, impaciente.

—María Hanson, no necesitas casarte con todo el mundo con el que salgas en la vida, ¿entendiste?

—Mira quién habla: ¡la novia prometida!

—Pero en mi caso es diferente, ¿no?

—¿Por qué es diferente en el tuyo?

—Porque ya encontré al hombre de mi vida.

Y Ariane se detuvo al darse cuenta, de nuevo demasiado tarde, de lo que había dicho. Miró a María Hanson con los ojos entrecerrados de quien se da cuenta de que ha caído en una trampa deliberada de la amiga.

—Eso fue un golpe bajo.

María irguió los hombros y dobló un poco el cuello hacia un lado.

—¿No será que llegamos a un punto en que el buen sentido es minimizado por el orgullo?

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo amas. Él se equivocó y lo sabe. Y tú sabes que él te ama. —Ariane odiaba cómo, del modo en que María ponía las cosas, todo parecía tan simple—. Bien, olvida eso.

Ariane volvió a los brazos cruzados, la cara enfurruñada y el pie golpeando el suelo.

—Ay, no sé. No sé.

María llegó a la puerta y dijo:

—Bueno, pues entiéndanse entre ustedes. Yo aún debo decidir si acepto o no la invitación de hoy en la noche.

Ariane hizo un gesto con las dos manos, como si quisiera ahorcar a María. Esta sonrió y se fue.

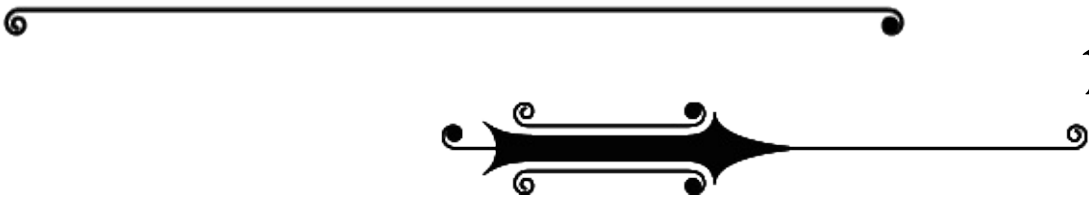
Ariane caminó hasta una hamaca próxima a la ventana y se acostó. Dejó que su cuerpo se meciera, como es obvio, como siempre pensando en João Hanson.

«¿No será que llegamos a un punto en que el buen sentido está siendo minimizado por el orgullo?».

Seguía impaciente. Y de repente, comenzó a sentirse cansada. No, en realidad no se sentía exactamente cansada. En realidad se sentía con sueño.

De hecho, con tanto sueño, que habría jurado que veía el rostro de un espíritu afligido del otro lado del vidrio de la ventana.

Y lo peor es que eso era precisamente lo que estaba viendo.



Snaile Galford lo seguía pacientemente y de la manera más sutil que conseguía: un hombre en traje oscuro del que cualquiera apostararía cuanto trajera en la bolsa a que se trataba de un cazador. En cierta forma, a final de cuentas sería polémico convencer a tal apostador de que esa no era la profesión del muchacho.

Snail era bueno para seguir rastros; bueno para desaparecer y bueno para más de un racimo de cosas que un ciudadano honesto jamás imaginaría que alguien perdería el tiempo para aprender. Qué importa: él lo era. Por eso imagina su sorpresa cuando, caminando por una plaza abarrotada de gente vistiendo ropa de frío, caminando por calles de grandes calzadas y nieve esparcida, perdió a su vigilado de vista.

—Sigue de frente —una voz surgió detrás del pirata; el timbre estaba acompañado de la punta de una lámina que quemaba al toque, como un fierro ardiente—. Esta lámina no es de un cuchillo, sino de una flecha. La flecha, a su vez, está presa en una pequeña ballesta. Pequeña, pero con la precisión suficiente para que acierte en tu tráquea a una distancia tan próxima que parecerá que somos siameses.

Snail usaba una capucha y tenía cuchillos bajo los bolsillos falsos del abrigo. Cuchillos que pensaba usar. Pero desistió.

—Dos pasos a la derecha. Cinco al frente. Tres más a la derecha. Camina en diagonal y sigue mi velocidad —poco a poco el hombre con la flecha desviaba a Snail de personas con las que se podrían cruzar en la caminata por la plaza. Snail sabía lo que estaba haciendo: salía de la plaza y...—: Entra —se internaban en un callejón.

El movimiento fue rápido y Snail golpeó con violencia en la pared. La flecha, antes a sus espaldas, ahora estaba cerca de la tráquea.

—Si inspiro tres veces y no me dices quién eres, soltaré la flecha.

Snail se quitó la capucha. El hombre lo soltó, extremadamente irritado. Al fin se relajó.

—¿A dónde vas, so enfermo? —preguntó Will Scarlet—. Por menos he perforado

a otros perros.

—Por eso no ladro. Yo muerdo.

El hombre llegó a sonreír con la petulancia del joven negro.

—Quiero ver si muerdes cuando la flecha te traspase el cráneo como un pincho.

—Al llegar a la segunda inspiración sentirías que te quema una región debajo de las costillas. Entonces te percatarías de que la quemadura aumenta en el momento en que la perforación se hiciera del doble de tamaño con el giro de la lámina. Y cuando tus rodillas ya no aguantaran más el peso del cuerpo, al fin darías tu tercera inspiración: la última.

—Cuando la región bajo mis costillas comenzara a quemar, mi dedo, por reflejo, accionaría el mismo gatillo que te ahogaría en tu propia sangre.

—Si tu brazo mantuviera la fuerza sin aflojarse.

—La mantendría.

—Entonces la situación resultaría interesante.

—¿Por qué?

—Porque podríamos continuar la pelea en Aramis.

Will Scarlet rio, pero mucho más de disgusto ante la absurda situación. Se guardó la ballesta en las espaldas.

—Andas oculto —dijo Will.

—Un ex pirata, ladrón, saqueador y mercenario que no ande así no sería muy competente.

—Y por eso no advertí que tú me seguías, ¿no?

—Por eso yo dejé que te dieras cuenta de que te seguía.

Esta vez Will Scarlet rio con verdadero gusto. Snail Galford era tan presuntuoso, que en medio del tipo de personas con las cuales convivía acababa resultando carismático.

—Lo peor es que, por lo visto, tú pretendes que yo en verdad crea eso, ¿no? Entonces dime, Galford, ¿por qué no viniste a mí y me saludaste como un ser humano normal?

—Porque así sería más fácil que tuviera una flecha en el cuello.

Will siguió mirándolo con la expresión de quien se esfuerza pero no comprende el razonamiento. Snail concluyó:

—Eres un paranoico. No es que todos nosotros no lo seamos, pero tú eres del peor tipo.

—¿De cuál?

—Paranoico controlador. La mayoría de nosotros somos paranoicos para sobrevivir. Siempre necesitamos de un camino que nos saque de las situaciones en que nos metemos. Aunque ese camino sea una calle empedrada y enlodada. Pero necesitamos saber que existe al menos una esperanza de salirnos de situaciones

arriesgadas o de crear una forma de salir de ellas.

—¿Y yo soy diferente?

—Sí, porque la mayoría de nosotros es capaz de actuar en forma oculta si es que eso nos salva el pellejo. Tú no. Tú siempre necesitas el control. Por eso tu superior siempre debe actuar de modo que parezca que lideras algo, en vez de obedecer órdenes.

—¿Fuiste a aprender a leer, negro?

—Nos basta con lo que tenemos.

Will Scarlet se recostó en la otra pared del callejón, y lo más impresionante era que, en vez de ofendido, estaba realmente pensativo por lo que había escuchado. Su expresión incluso parecía infantil.

—No fue así con Locksley.

Will siguió reflexionando.

—Intentas confundirme, ¿no? Es tu estilo.

Snail, antes de que Will cambiara el tema de sí mismo hacia él, insistió:

—¿Te llevaste una paliza en el Puño de Hierro porque así lo quisiste? ¿Entraste en un campo de batalla contra el ejército de Minotaurus dispuesto a morir por una decisión sana y enteramente consciente? ¿Reuniste a un grupo de ex mercenarios para cazar a otros mercenarios en esta ciudad decadente sin influencia de nadie? ¿Y en serio crees que todos los pasos de tu vida, desde un muchacho feliz en el bosque hasta un rastreador urbano obcecado, no fueron planeados y subordinados a los planes de Locksley?

—¡Deja de hablar así! ¡Hablas como si Robin fuera un maldito manipulador!

—No, en verdad es un gran líder. Sabe cómo liderar personas. Y lo sabe porque entiende que necesita liderar a distintos tipos de personas de maneras diferentes. Incluso a ti.

Will abrió la boca para contradecirlo. Pero la cerró y cruzó los brazos, como un adolescente que recibe un sermón.

—¿Quieres saber? No perderé mi tiempo contigo, Galford. Si renunciaste a tu antiguo empleo de rastreador urbano, entonces no tenemos más de qué hablar.

—¿Por qué perdiste el control sobre mí?

—¡Deja de hablar así, so maldito!

—Estás perdiendo el control, ¿no?

De nuevo Will Scarlet empujó a Snail contra la pared. Presionó su codo en el cuello del (ex) pirata y mantuvo los ojos abiertos y la expresión dura de quien estaba realmente irritado.

—¿Qué te traes conmigo, rata leprosa?

—Quiero darte la oportunidad de que parezca que llegaste a la vida adulta y asumas el control de tu vida.

El codo seguía presionando la garganta.

—¿Y tú serías mi salvador?

—Exacto.

—¿Por qué? —el codo presionó aún más.

Snail comenzó a pensar que su posición era bastante menos confortable.

—Porque tienes algo que necesito —las frases comenzaban a ser dichas con dificultad.

—¿Y a mí por qué me importaría eso?

—Porque tendrás que hacerlo sin que Locksley lo sepa.

Will soltó a Snail, mucho más por el susto que por voluntad propia. Estaba atemorizado de ver hasta dónde llegaban las ambiciones de aquel (ex) mercenario.

—Sólo por curiosidad: ¿qué deseas de mí?

—Un barco.

Otra vez Will rio con fuerza, aunque por la ausencia de buen sentido.

—¿Y se supone que yo poseería el navío que necesitas?

—No, pero tendrías acceso a él.

—¿De qué barco estás hablando, Galford?

—Del *Jolly Rogers*.

La sorpresa de Will Scarlet fue tanta, pero tanta, que ni una risa sarcástica fue capa de proferir. Ni siquiera en la ronda de póquer más robada a su favor, con las cartas más altas y la mejor mano, en la banca de apuestas más alta, habría sido capaz de arriesgar nada relacionado con los límites de la ambición de Snail Galford.

El *Jolly Rogers*.

El barco más famoso del mundo.

El más temido del mundo.

El barco de James Garfio.

—Creí que estabas loco. Estaba equivocado: sufres demencia. —Will se volvió para salir de aquel callejón.

El *Jolly Rogers* estaba retenido en un lugar conocido en Stallia como el «Cementerio de Barcos». Un lugar al que sólo alguien con autorización oficial o rango militar entraría sin llamar la atención. Alguien conocido por los soldados. Alguien de la confianza de Robert Locksley.

Alguien como Will Scarlet.

Así, Snail sabía que apenas tenía unos segundos para mantener viva aquella conversación o, de lo contrario, todos sus planes estarían arruinados antes incluso de comenzar.

—A cambio te daré algo que tú quieras.

—No hay nada que yo quiera de ti.

Will ya había traspasado los límites de la entrada del callejón cuando Snail gritó:

—Te entregaré a Jim Hawkins.

Hubo una pausa. Y algunos momentos de absoluto silencio. Ni siquiera las sombras, que tiemblan de acuerdo con los movimientos de las llamas, ajenas a sus verdaderos dueños, decidieron moverse.

Entonces Will Scarlet regresó al callejón.

—¿El prisionero Jim Hawkins?

—El fugitivo Jim Hawkins.

Will Scarlet se aproximó para mirar a Snail Galford a los ojos y tener la seguridad de que hablaba en serio.

—¿Y tú sabes dónde está?

—Tengo cómo saber.

Will se rascó la quijada, todavía observando detalles y matices.

—Lo peor es que en verdad parece estar hablando en serio, ¿no? —Snail no respondió; Will lo tomó como una afirmación y concluyó—: Vamos a plantear otra situación: ¿por qué no te llevo preso ahora, pagamos a uno o dos verdugos para que trabajen horas extra y te extraemos tu fuente sin mucho esfuerzo?

—Porque para eso tú, como siempre, tendrías que entregarme a Locksley.

—¿Y?

—Y otra vez él hará que parezca que estás al mando y se quedará entre bastidores, mientras que tú harás el trabajo como una marioneta atada a hilos que nadie ve. —Will se mantuvo quieto—. Al final, cuando prendan de nuevo a Hawkins, él te dará unas palmaditas en el hombro y destacará lo bueno que eres en lo que haces. Pero, como siempre, él es quien será recordado por el resto del mundo por su nueva aprehensión.

Will cruzó los brazos y se rascó la quijada.

—Si en tu cabeza siempre actué así antes, ¿por qué círculo de Aramis actuaría diferente ahora?

—Porque una cosa es ser una marioneta sin percibir o estar consciente de los hilos. Y otra cosa es quedarse preso de los hilos cuando alguien te ofrece unas tijeras.

Will continuaba pensativo. La propuesta resultaba tentadora, pero, si así era, ¿entonces por qué sentía como si estuviera ante una bruja que le ofreciera una gran gracia a cambio de su alma?

—Eres muy bueno en esto de la labia, Galford. Pero no me confundirás. No creo en ti.

—¿No crees o no quieres creer? —silencio: Snail aprovechó la brecha de inseguridad y lo arriesgó todo en ella—. Vamos, yo estaba contigo en aquel campo de batalla que liberó a Sherwood. Yo casi morí por esto también. ¡Sé cuánto hiciste para que eso pasara! Te mudaste a otro reino, te volviste el campeón de pugilismo de allí. Conseguiste una vacante en el Puño de Hierro y asististe al torneo concentrado en tu

verdadera misión: tú no querías ganar el torneo ni tenías el talento para tanto; sólo buscabas ganarte la confianza del príncipe de Arzallum. Y como la confianza es algo que toma tiempo, no había mejor manera que aproximarse a alguien en el mismo barco que él. Alguien que comprendería los mismos temores. Y quién sabe qué más le habrás dicho. —Will Scarlet estaba vencido. No es broma: se sentía pasmado. Snail se dio cuenta y lo adoró—. Mas había un pero: independientemente del motivo principal para estar en esa situación aún tenías que luchar en el torneo. ¡Y lo hiciste! E ibas bien. Tal vez habrías ido incluso mejor si no se hubiera cruzado en tu camino el gigante de Minotaurus, el mismo que te dio una paliza histórica ante los ojos del mundo y casi te mató en el cuadrilátero. Pero estuvo bien que no tuvieras que regresar a Cáliz, pues hasta el propio rey Tercero Branford habría ridiculizado en persona tu título de campeón.

—No me vengas con eso.

—No te estoy criticando. ¡Muy por el contrario: entrar en ese cuadrilátero fue uno de los actos más valientes que he visto en alguien! O demente, pero ¿cuál es la diferencia, no es verdad?

Will quería decir «es verdad». Pero no cedería ante Snail Galford. Al menos no tan fácilmente.

—Lo que importa es que sembraste la conciencia en el príncipe. Si no lo hubieras hecho, tal vez Arzallum no habría ido al campo de batalla. Tal vez entonces Sherwood aún no sería de Stallia. Y Locksley no sería el primer ministro, sino sólo un cadáver congelándose en el hielo. Como todos nosotros.

Era un hecho: cada vez le era más difícil a William Scarlet no ceder ante Snail Galford.

—¿Puedes comprender tu importancia en esta historia, Scarlet? Si no hubiera sido por tu sacrificio, tal vez todos nosotros estaríamos muertos. —Will tenía el «es verdad» en la garganta, luchando por salir como si fuera un deficiente mental en una camisa de fuerza—. Sin embargo, ¿qué es lo que el pueblo sabe? ¿De qué se acuerda el pueblo? ¿De que Locksley es el gran salvador de Sherwood! Ellos se acuerdan de que fue Locksley quien se sacrificó por ellos.

—Ellos se acuerdan de Locksley y de su grupo.

—¡Ellos se acuerdan de ese grupo como los «muchachos felices»! ¡Como los adolescentes perdidos que se quitaron los disfraces porque ya no cabían en ellos; les salieron pelos debajo de los brazos y barrigas de cerveza y fueron obligados a buscar empleos de verdad! Hasta que Locksley salió de prisión para dar algún sentido a las vidas de ustedes una vez más.

—Las personas nos respetan. —Will tenía los dientes cerrados, listo para...

—¿Has visto a alguna adolescente tatuarse SCARLET en la espalda? Pues yo ya vi algunos LOCKSLEY en lugares mucho más sorprendentes.

—¡Aaahhh! —Will pateó un pedazo de latón abandonado en el suelo—. ¡Eres irritante!

—Mi compañera suele decir lo mismo.

—Entonces tienes una «compañera».

Snail tuvo ganas de tomar la ballesta y dispararse en el cuello por dejar pasar algo tan primario. Will Scarlet podía ser un paranoico obsesionado con el control, pero no un paranoico tonto.

—¿Quieres hacer negocio o no?

—¿A cambio me darás a Hawkins?

—A cambio te daré un motivo para ser recordado por toda esta maldita Nueva Éter como el hombre que recapturó al mayor pirata vivo del mundo. Solo. Sin Locksley y sin nadie.

—Es verdad —susurró Will, antes de darse cuenta.

—Y adquirirás la fama suficiente para convertirte en el comandante de cualquier tropa militar que quieras escoger. ¡Ganarás el estatus suficiente para convertirte en el comandante de aquella maldita prisión, si ese fuera tu deseo! ¡El hecho es que podrás elegir cualquier cargo para llevar a cabo los mayores excesos de control que tu mente enferma sea capaz de imaginar!

Will era conflicto. Puro conflicto.

—Es más, esta vez las personas lo sabrán. Se acordarán de ti. Sin bromas ni escarnios.

Will todavía se sentía en conflicto.

—Suelta las amarras, Scarlet.

—¿Y qué garantía tengo de que en verdad me entregarás a Hawkins?

¡Bingo! Snail, por dentro, quería salir por las calles saltando de manera teatral con piruetas mal hechas, como un bufón de la corte, aunque su semblante se mantenía como el del hombre más serio y taciturno del mundo.

—Irás en un viaje conmigo. Y después será todo tuyo.

—¡Ajá! —Scarlet rio muy fuerte—. ¿Esa es la garantía? ¿Te daré un barco para poner en él a un fugitivo y largarte al mar? Es justo lo que pensé.

—Él me llevará hasta el gran tesoro.

Will entrecerró los ojos.

—¿El tesoro enterrado de Flint?

—Sí, el tesoro que se disponía a buscar cuando lo aprehendieron.

—¿Y tú crees que sepa dónde está?

—¿Por qué no? Encontró todos los demás.

Will desconfiaba de aquella historia. Desconfiaba demasiado.

—Bien, digamos, en los sueños más improbables, que te lleva hasta el tesoro mientras me quedo hecho el idiota más grande del mundo esperando en el puerto de

Stallia. ¿Y después? ¿Ustedes se dividen el botín y yo me hago viejo mirando el mar?

—No, te lo traigo de vuelta.

—Sí, eres justo el tipo de héroe altruista en busca de justicia y paz para el mundo.

—No será altruismo ni pretendo compartir el tesoro con Hawkins. Eso no existe entre piratas. Si no le veo la cara a Hawkins, él me la verá a mí.

—Pensé que eras un «ex hombre de mar».

—La gente nunca pierde esos títulos. Tú siempre serás un «muchacho feliz».

Will frunció la cara. El apodo seguía molestandolo.

—¿Por qué no matarlo? ¿Por qué entregármelo?

—Porque Hawkins es un viejo que no me representará peligro en el futuro. Y si te lo entrego es seguro que nunca más lo representará.

—Para ti resultaría más ventajoso matarlo.

—Sí. Pero perdería otra gran ventaja que puedo ganar al entregártelo.

—¿Que sería...?

—La alianza contigo. Sé que eres un obsesionado del poder, pero también que eres bueno porque posees ambición, sólo que no sabes a dónde dirigirla. Me gustan las personas ambiciosas. Estoy apuntando en la mejor dirección. —Will casi dejó que se le cayera la quijada. Snail Galford era tan bajo, que llegaba a ser brillante. De haber tenido la instrucción adecuada y nacido en clase noble, tal vez se habría convertido en rey—. Entonces no tengo cómo saber en qué te convertirás. Pero será en algo grande. Algo lo bastante grande para que me resulte ventajoso tenerte como aliado, a cambio de la vida de un viejo que no durará mucho tiempo.

—No pretendo hacerte otros favores.

Los «otros» de la frase anterior indicaban ya que al menos sí pretendía hacer ese favor. Snail, por dentro, aún era pura vibración.

—Tal vez tenga otras monedas de cambio que te interesen. Es así como funciona nuestro mundo, ¿no?

—¿A base de intercambios y traiciones? —Snail entendió el mensaje subyacente en la pregunta de Scarlet.

—¡Eh!, ambos tenemos cola que el otro puede pisar. Esa es la mejor manera de que dos personas no intenten traicionarse.

—Es verdad —dijo Will.

Snail sólo podía pensar en cuán buena parecía la vida de una hora para otra. Will se volvió y ya salía de nuevo del callejón cuando Snail preguntó:

—¿Podemos seguir con esto en la madrugada?

Will se detuvo, lo miró por encima del hombro y dijo:

—Tengo dos exigencias.

Ahora, de repente, la vida parecía «más o menos».

—Dime...

—Quiero setenta por ciento del tesoro.

En su pensamiento, Snail insultó a todos los semidioses que se le ocurrieron. Sin embargo, sólo dijo con firmeza:

—Veinte por ciento.

—Sesenta por ciento.

—Cuarenta por ciento.

—Cincuenta y cinco por ciento.

—Cuarenta y cinco por ciento. Es mi última oferta.

—Cincuenta por ciento o te las arreglas solo. —Will dio el martillazo.

Snail pateó el mismo pedazo de latón que Will había golpeado y dijo:

—Cerrado.

¡Bueno, que se pudra! ¡Si el gran tesoro contenía todo lo que se imaginaba, él compraría un reino con cincuenta por ciento del mismo!

Sin embargo, faltaba la otra condición.

—¿Y cuál es la segunda?

—Tu compañera.

—¿Cómo? —Snail no pudo ocultar su sorpresa.

—Puedes irte a tu viaje con el viejo esclerosado, pero a cambio quiero que tu compañera permanezca en Stallia, conmigo, a modo de garantía.

Snail Galford cerró los ojos y suspiró pesadamente.

La vida, de repente, parecía volver a ser mala.

—¿Res tú, Mudito?
Ariane entrecerró los ojos para ver mejor la aparición en su ventana. De lejos parecía el mismo espíritu al que ella y João Hanson habían dado un árbol durante el torneo del Puño de Hierro. Tenía la misma apariencia: con aquellos cabellos negros espesos cayendo en flequillo y aparentando la misma edad de un año atrás.

El muchacho se inclinó en la ventana y Ariane confirmó que era él. Mudito tenía una expresión preocupada.

Y la «llamó».

Ariane quería ir hasta él, pero aún se sentía con sueño. El cuerpo le pesaba. Parecía una armadura de plomo o...

«Una cáscara a nuestro alrededor que nos protegiera».

... cadenas que impedían que se levantara. Al fondo, el espíritu mudo seguía llamándola. Ariane cerró los ojos y se sintió bien. El descanso duró apenas pocos minutos.

«Después, ella aprenderá a romper la cáscara siempre que quiera».

Entonces abrió los ojos y se levantó, mejor dispuesta. De hecho, enteramente dispuesta, como nunca se había sentido en la vida. Fue hasta la ventana y el espíritu niño le sonrió. Su expresión seguía preocupada.

—¿Quieres mostrarme algo otra vez, Mudito?

Él asintió.

—Pero ya está oscureciendo.

El muchacho movió la cabeza y Ariane entendió que le decía que eso no importaba.

Él salió de la ventana y siguió llamándola.

Ariane miró hacia atrás, pensando que debería dejar una nota a sus padres para avisarles que saldría. Entonces abrió mucho los ojos y se sintió conmocionada.

Al fondo, su cuerpo seguía dormido en la hamaca, meciéndose con suavidad.

«Cuando dormimos, nuestra cáscara se abre».

Ariane observó sus propias manos y percibió que aún sentía una tocando la otra, como recordaba que también sentía en sueños. Sintió el llamado de él una vez más y se volvió asustada.

En la calle, cada vez más oscura, el niño fantasma continuaba intentando que ella lo siguiera. Ariane percibía que él atravesaba las cosas cuando andaba.

«Es uno de los medios que tenemos de activar nuestra nuez de verdad».

—Pero ¿yo puedo hacer eso sin estar en un sueño?

Entonces recordó. Recordó las últimas palabras de *madame* Viotti el día en que le explicó sobre la relación entre nueces, cáscaras, cuerpos y espíritus.

«Después ella aprenderá a romper la cáscara siempre que lo desee».

El cuerpo espiritual de Ariane Narin salió por aquella ventana y siguió el rastro de energía del niño espectro sin mirar atrás.

Axel Branford estaba sentado en un largo banco en forma de «U», con las piernas más estiradas, junto al trono donde el rey Peter casi se recostaba en vez de permanecer erguido. El rey elfo mantenía la expresión hermética y Axel habría jurado que, de vez en cuando, destellos de melancolía brillaban y se reflejaban en su rostro.

—Rey Peter, si no lo tomas como insulto, ¿podría saber cuándo conoceré a la princesa Livith?

El rey elfo seguía en diagonal en la poltrona, con una pierna encima de un brazo del trono y el codo doblado en el otro, el puño sosteniendo la cabeza baja. Los largos cabellos rojos le caían sobre el rostro y tapaban los ojos élficos. Este levantó la cabeza con lentitud y Axel se puso aprehensivo por saber si tendría la respuesta o se llevaría un golpe. La pupila más parecía del color de un rubí, mientras que el iris tenía una tonalidad más clara, casi rosada. Era una mirada fascinante, es verdad, pero no del tipo que hace que una persona se sienta a gusto cuando se fija en ella.

Axel llevaba casi veinte minutos a su lado sin que el rey elfo dijera nada. En realidad, sin que siquiera le importara su presencia, relegado a una exótica atracción para las elfas presentes, de la misma forma como cualquiera de ellas cumpliría el mismo papel en tierras humanas.

—Lvth es libre de hacer lo que quiera. La conocerás cuando ella quiera entrar por esas puertas.

Axel tragó en seco. ¿Sabes cuándo una princesa en los reinos humanos dejaría su presentación a un príncipe prometido para la ocasión en que así se lo dijera su buen entender?

—Ah, bien.

Y volvió a esbozar la sonrisa menos agraciada del mundo al reparar cómo las diversas elfas semidesnudas lo seguían observando como a un carismático animal exótico enjaulado.

Cuando percibió que el rey Peter se volvería a dormir, a meditar o a hacer lo que

fuera que hacía en ese trono —ve a saber si los elfos en verdad duermen—, él le preguntó, en el entendimiento de que, si se llevaba una patada, al menos aquel salón saldría de la monotonía que precedía a la espera:

—¿La princesa Livith es tu hermana, rey Peter?

El elfo levantó la cabeza otra vez ¡y ahora sí Axel estuvo seguro de que se llevaría un golpe! Pero el elfo suspiró, giró el cuerpo estirado un poco en su dirección —buena señal— y, al percibir que el humano no se sosegaría mientras no resolviera sus dudas —al final aquella era la raza más curiosa del mundo, tal vez sólo detrás de los gnomos—, respondió:

—No, Lvth es la reina de Nunca Jamás.

Imagina tu peor expresión de imbecilidad en una situación en que percibiste estar completamente ajeno a lo que las otras personas decían. Tal vez incluso se parezca a la de Axel en ese momento.

—¿Livith —de nada servía: el cerebro del príncipe transmitía sus intenciones en aquel nombre con vocales— es una «reina»?

Al rey Peter Pendragon no le importaba en absoluto transparentar que la presencia de Axel lo aburría. El príncipe, sin embargo, no estaba molesto por eso.

—En realidad Lvth no es reina ni princesa. No existen esos títulos en Nunca Jamás. Aquí todos son libres y siguen a algunos por instinto, debido a la energía universal que existe en el propio orden.

Axel intentó comprender. Como la mente humana funciona mejor por asociación, imaginó a la raza élfica como hormigas, organizadas y con un orden de acción coherente basado en el instinto.

Con todo, su pensamiento comenzó a confundirse; a la postre era difícil imaginar a una hormiga en jefe comandando a las demás.

—¿Entonces por qué me refiero a ella como princesa?

—Porque es la única forma en que tu raza comprende la actual función de ella en Nunca Jamás.

—¿Entonces —la pregunta era peligrosa, pero Axel ya había llegado al punto en que estaba un poco fastidiado— tú tampoco te consideras un rey?

—Insisto, príncipe de Arzallum: no soy un rey en la forma que piensas. En realidad, ni lo deseo. No gobierno Nunca Jamás. No doy órdenes; Nunca Jamás es una tierra élfica que toca en Mantaquim, el reino de las hadas, y ese sí está gobernado por Titania, la reina de las hadas. Nunca Jamás no necesita ser gobernado: simplemente sigue la energía.

—¿La energía del orden?

—El pensamiento sigue a la energía. La energía sigue al orden. Luego, el pensamiento sigue al orden.

El cerebro de Axel cambió la metáfora y pensó en la sociedad élfica como una

sociedad de abejas. Una sociedad que comprende el orden por instinto pero, al mismo tiempo, posee una reina que no necesariamente da órdenes, aunque tiene una figura cuya simple existencia transmuta en orden el pensamiento y la energía de una colmena.

Si así fuera, los mohicanos serían los zánganos, y ellas, las abejas obreras.

Entonces todo le pareció mucho más claro.

—Pero, rey, si es así, y si todos son libres en Nunca Jamás, ¿por qué los indios mohicanos sirven a los elfos como lo harían los siervos reales?

—Lo hacen porque es su elección, su deseo, y aquí en Nunca Jamás no solemos censurar los deseos.

Axel exhaló con fuerza. Pensar en jornadas de trabajo como «servidumbre no remunerada» en el pensamiento humano era lo mismo que cambiar el concepto por «esclavitud voluntaria».

Y pensar en esclavitud como una elección iba contra todo lo que habitaba en el instinto humano.

—Pero ¿cómo puede un pueblo querer servir a otro por elección, rey Pan? —el cambio del término «Peter» por «Pan» indicaba de manera inconsciente el intento de una mayor demostración de respeto—. No lo pregunto como provocación ni discordancia, sino para comprender mejor el pensamiento élfico.

El rey elfo lo observó, concentrado, para evaluar la sinceridad de la pregunta. Y consideró que la intención del príncipe era honesta.

—De lo suficiente que aprendí sobre tu pueblo. —Axel percibió cierto rencor en la palabra utilizada—, este acostumbra pensar por comparación. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Con toda sabiduría.

—¿Qué usaste como metáfora para comprender lo poco que acabas de aprender sobre la sociedad élfica?

Axel casi se mordió la lengua. O aquel maldito elfo escuchaba los pensamientos o estaba a años luz adelante de su limitado raciocinio humano.

—Los comparé con abejas.

El rey hizo una expresión burlona, como si ya supiera la respuesta y esta no le causara ni un poco de sorpresa o más bien le provocara tedio.

—Bien, abejas —el rey elfo suspiró—. ¿Sabes?, en verdad es curioso cómo el pensamiento que sigue a la energía de esa sociedad de insectos es lo que más se aproxima a la sociedad élfica.

Axel se sintió mucho mejor de ver que, al menos, había acertado una.

—Las abejas son atraídas por las flores —dijo el rey elfo, incluso parecía un poco menos aburrido de exhibir algún conocimiento comprensible para su visitante—. Las flores las atraen con néctar, para que ellas esparzan su polen y las fecunden. Así, las

abejas obtienen lo que desean, y las flores asimismo obtienen lo que desean. ¿Llamarías esclavitud al trabajo de las abejas? ¿O sería la flor la que ejerciera una servidumbre real?

Axel volvió a poner su expresión sin gracia.

—Entonces también hay un «intercambio» entre elfos e indios...

—Los mohicanos tienen aquí la morada que su propia raza humana les negó en otro lado. En Nunca Jamás no «exterminamos» indios —aquello resultó fuerte—. En realidad, ni siquiera exterminamos a nuestra propia especie.

Axel permaneció en silencio. El rey elfo no:

—Y aquí ellos tienen una función. ¿Sabes qué implica retirar la identidad a un pueblo, de manera tan violenta e invasiva que ese pueblo desconozca cuál es su papel en el mundo? Tu raza hizo eso con la de esos indios, con lo que se vuelve curioso tu discurso dotado de diferentes tonos moralistas, envueltos en conceptos como «esclavitud» y «servidumbre» —el rey elfo hizo una pausa rápida—. Si Nunca Jamás hubiera desoído sus plegarias, si las hadas no los hubieran probado y ellos no hubieran pasado esas pruebas, ¡hoy esa raza estaría extinta! Eliminada para que razas como la tuya ejercieran la misma colonización que necesita figuras como «reinas y princesas» para mantener el orden impuesto y que su propia naturaleza es incapaz de seguir por instinto.

Axel seguía en silencio, el tipo de silencio de un hombre cuando simplemente no hay nada que decir. Al menos, cuando al fin decidió hablar el príncipe, sorprendió al rey elfo al volver a un razonamiento ya tomado como olvidado, con la pregunta:

—¿Y qué les dan los indios a los elfos?

El rey Ptr Pendragon se sorprendió, como si aquella cuestión fuera toda la cuestión. Como si supiera que Axel Branford se iría para atrás con la respuesta. Como si supiera que el príncipe repensaría sus conceptos lo suficiente como para meditar si debería seguir allí o volver a su mundo en forma despreocupada, así como a la cultura segura de Arzallum.

Entonces el rey elfo se preparó para responder esa pregunta clave.

De pronto las puertas se abrieron y la princesa Livith entró.

Aquel era el árbol. El mismo de siempre. Donde João Hanson se le había declarado en forma oficial. El mismo donde había grabado su nombre. Y el de ella. Aquel que ella le había dado al espíritu niño para habitar.

—Estamos aquí de nuevo, ¿eh, Mudito?

El espíritu niño seguía sin pronunciar palabra. Sin embargo, de aquel modo Ariane lo comprendía de manera mucho más contundente que antes, en la forma «despierta». Ella estaba otra vez frente a los dos nombres grabados con la lámina de una navaja desafilada y percibía que el niño espectro quería que ella tocara el nombre de él. Otra vez.

—¿Quieres que toque de nuevo su nombre?

El niño fantasma asintió.

—¿Y sentiré de nuevo lo mismo que él?

Esta vez el niño no asintió. Ni negó. Continuó mirando a Ariane, que entonces respondió:

—No. No puedo, Mudito —un suspiro—. En verdad no quiero. No hoy. No sé si quiero saber qué está sintiendo... al menos hoy, ¿entendiste?

El muchacho asintió esta vez. Bajó la cabeza, como decepcionado.

—Oye, no te pongas así, ¿de acuerdo? Te agradezco porque aún te preocupes por mí y todo lo demás. Es que la vida que vivo es muy complicada, ¿sabes? Pero todo estará bien.

El muchacho la miró. Había tristeza en su expresión. Ariane se dio cuenta.

—¿Por qué estás tan triste? ¿Pasó algo?

Ella entendió que intentaba expresar que todavía no.

—¿Pero ocurrirá algo?

El niño espectro estiró una de las manos para que Ariane entrelazara sus dedos con los de él. La chica tuvo miedo por un segundo. No porque sintiera temor de él ni de tocarlo. Temía lo que él le mostraría.

—En verdad quieres que vea algo hoy, ¿no?

Los dedos de él continuaron estirados, ofreciéndose a los de ella. Ariane respiró hondo (o pensó que respiró hondo de aquel modo etéreo en que estaba), estiró una de las manos y entrelazó sus dedos con los de él.

El niño espectro tocó el árbol, entre los nombres, abarcando por igual partes del nombre de João y el de Ariane.

Ariane vio una especie de relámpago y otra vez sintió como si fuera a vomitar las entrañas. Entonces, incapaz de controlar las imágenes, ella vio.

El cuerpo físico dormido de la chica en casa comenzó a derramar lágrimas.

João Hanson iba en el carruaje de *lady* Almirena en dirección a la hacienda de los Hoffredo. Un conductor guiaba los dos caballos. Los acompañaba un siervo montado en una mula. En la grupa de esa mula João Hanson volvería después a la hacienda de su mentor. Vestía y cargaba algunos equipos típicos de escuderos, como capacete de hierro, venablo, ballesta y chaqueta reforzada.

João viajaba en el interior del carruaje, frente a *lady* Almirena, en silencio. De vez en cuando los ojos de ambos se cruzaban e intentaban desviarse. Pero el viaje, aunque no resultara en extremo largo, era lo bastante distante para que aquella situación no pudiera prolongarse demasiado antes de alcanzar la situación de insoportable.

—¿Me quieres decir algo, Hanson? —preguntó la *lady* de manera directa, como es típico en las mujeres.

João Hanson la miró y dijo, sin cambiar su expresión:

—Nada que a *milady* le interese.

—La que debería juzgar mis intereses sería yo misma, ¿no estás de acuerdo?

—En todos los casos que no involucren a mi persona, señora.

El escudero volvió a mirar hacia abajo. ¡Por el Creador, cómo odiaba ese olor! Fuera cual fuese la colonia que usaba aquella mujer, resultaba tan poderosa que en aquel carruaje cerrado tomaba por asalto los sentidos, al grado de dificultar el pensamiento.

—Señora Almirena, ¿le importaría si abro una de las ventanas?

—¿Tienes calor, escudero?

—Un poco.

—¿O no te gusta mi olor?

João tragó en seco. Suspiró y pensó ocho veces en lo que debería responder antes de decir:

—Es una excelente colonia.

Almirena rio con fuerza.

—No es el olor de la colonia lo que te está poniendo así, bobo. Es el olor del aceite esencial.

João siguió mirándola, como si la mujer hablara con él en la lengua olvidada de los devas.

—Está hecha a base de salvia esclarecida. Mi padre la encarga para mí directo de Oriente. —João se sorprendió. Hacía poco tiempo su familia tenía dificultades para decidir qué comprar para comer. Era surrealista saber que, en el mismo mundo, había personas capaces de gastar fortunas para traer aceites de otro continente con la intención de satisfacer los caprichos de una hija—. Es un poderoso afrodisiaco.

João volvió a sudar. Eso explicaba muchas cosas.

—¿De dónde viene ese término?

—De Afrodita. Una mujer que vivió hace tiempo, tan bonita, pero tan bonita, que los hombres se arrodillaban a sus pies y hacían guerras por ella. Dicen que era una semidiosa.

—¿Y por qué el nombre «afrodisiaco»?

—Vamos, porque a toda mujer le gustaría tener su «momento de Afrodita», ¿no es verdad? ¿A qué mujer no le gustaría conquistar a un hombre al grado de que él promoviera una guerra por ella?

—Entiendo —incluso de más.

—¿Tú ya hiciste una guerra por alguien, Hanson?

—En las proporciones en que soy capaz de guerrear, sí, señora.

—¡En serio! Tú eres capaz de arriesgar tu vida por otros, ¿no?

—Creo que todos somos capaces de arriesgarla por quien amamos, señora.

—¿Tú entrarías en una guerra por mí, Hanson?

Era una pregunta capciosa. Negar sería decir que no juraba su lealtad a su tutor. Confirmar sería afirmar que...

«Creo que todos somos capaces de arriesgarla por quien amamos, señora».

Bueno, sería complicado.

—Sería mi deber como discípulo de mi tutor, señora —esquivó.

Lady Almirena sonrió, como si le agradara ese modo esquivo de João. Él lo percibía y seguía sin entender la mente de las mujeres. Al percibir que él miraba hacia fuera, concentrado para no tener que mirarla, Almirena preguntó:

—¿Aún te molesta el olor?

—Ese no sería el término.

—¿Y cuál sería?

João tragó en seco. De nuevo.

—No lo sé, señora. Sólo afirmo que no necesariamente me molesta, como resultaría grosero de mi parte ratificar.

La *lady* volvió a sonreír, encantada con la educación y la manera esquiva del

muchacho.

—¿Sabes? Una de las cosas que las mujeres aprendemos al utilizar esos aceites exóticos es que ellos atacan de manera más directa los sentidos de ustedes, los hombres, cuando los aplicamos en lugares específicos.

—¿Lugares específicos?

—Sí, como aquellos en los que ustedes entrenan atacar para matar.

—No comprendo, señora —ni siquiera sabía si quería comprender.

—Acércate.

João tragó en seco una vez más. En definitiva no debería acercarse, pero...

—No te lo estoy pidiendo; te lo estoy ordenando, escudero Hanson.

El término recordaba el motivo de la obediencia obligatoria. João respiró a fondo y se acercó a ella. La sensación embriagadora de aquel olor se intensificó.

—Siente. Existen puntos como este, aquí, al lado del cuello —ella aproximó el cuello a la nariz de João Hanson y el muchacho sintió que el corazón le latía más rápido: la misma ansiedad que siente un vampiro tentado—. Y existe este otro punto, en la nuca —la joven apartó el cabello pelirrojo para el otro lado y se acercó más, casi reclinando la cabeza en el hombro de João para que él aspirara detrás de su cuello.

Uno de los senos de ella tocó el pecho de él y João tensó todo el cuerpo y apretó las manos hasta que sus propias uñas lo cortaron, al grado de sacarle sangre e impedir que se movieran en direcciones equivocadas.

—¿Sentiste? —la *lady* se apartó de él, no mucho, pero lo suficiente para mirarlo de frente. João continuó con los puños cerrados.

—Lo suficiente, señora.

—¿Y cuál es la sensación que ese olor te produjo, escudero?

João pensó con rapidez. Rápido, rápido. Y nada le vino a la mente. Pensó de nuevo y... ¡nada! Avergonzado, bajó la cabeza en silencio y se la rascó.

Lady Almirena soltó una carcajada y volvió a recostarse en el banco. Su pierna tocó la de él a la altura del tobillo.

Ninguno de los dos se apartó.

—Una vez encontré a una mujer que vestía ropas extravagantes y decía que era capaz de saber el destino de una persona por las líneas que existen en nuestras manos. ¿Crees que eso sea posible? —preguntó ella.

—Es difícil decir qué es y no es posible en el mundo, señora. Aprendí a confiar en la ley de la espada, pero sólo el Creador y sus semidioses pueden definir qué es o no posible en este mundo.

—Ella me dijo que un hombre haría una guerra por mí. Y que ese hombre haría cosas por mí que ningún otro sería capaz.

—Y desde entonces la señora frecuenta fiestas como las de los De Marco y utiliza

aceites que le den un momento de Afrodita para encontrarlo. —João estaba tan distraído, intentando sustraerse de la figura de aquella joven, que sólo percibió que había hablado, sin ninguna pretensión, demasiado tarde.

Los dos se quedaron mirando, serios. Ella parecía conmocionada. Él no sabía si disculparse sería mejor o peor en su situación. Ambos optaron por el silencio.

Y la *lady* apartó la pierna que se apoyaba en la de él.

Ella también pareció estar a punto de decir algo, aunque tampoco sabía si mejoraría o empeoraría la situación. Así que ambos volvieron al silencio inicial, mirando más allá de la ventana y preguntándose cuánto tiempo restaría de viaje.

Y fue cuando ambos escucharon a la mula que los acompañaba frenar con brusquedad, sin su jinete siervo. Y el olor afrodisíaco de adentro fue sustituido por el olor a muerte de afuera.

El hecho era que aquel viaje demoraría mucho, demasiado tiempo más de lo que cualquiera de los dos jamás habría imaginado.

Y sería recordado por siempre.

Por desgracia, no debido a sus mejores partes.

Axel sintió que el corazón se le disparaba. La llegada de la princesa a aquella sala no era un hecho, sino un acontecimiento. Resultaba difícil creer en la existencia de un ser como ese, y aun después de creerlo seguía siendo difícil aceptar tal realidad.

Existen dos puntos que deben ser aclarados sobre las mujeres de raza élfica.

Primero, es un hecho que todas eran seres de belleza femenina exótica para los patrones humanos. Sin embargo, eso no significa que todas poseyeran cuerpos considerados como perfectos más por la vanidad femenina que por cualquier exigencia masculina. Así, había elfas pasadas de peso; otras de cabellos cortos, senos grandes, cintura larga, labios gruesos, muslos finos o traseros pequeños. Había de todos los tipos de cuerpos y formatos que un semidiós imaginaría.

Sin embargo, cada cual a su manera, todas ellas eran lindas de ver.

Ya fuera por el contorno delicado del rostro, por los ojos, por la luz que provenía del interior al exterior, cada elfa mostraba lo mejor que tenía y captaba una atracción magnética del sexo opuesto imposible de ignorar.

Pero no la princesa Livith.

Ella era un caso del todo diferente en que allí, sin duda, la exótica perfección imposible de alcanzar por la exigencia humana se mostraba posible. El cuerpo que se movía en vestiduras blancas y ligeras como la seda tenía la piel bronceada, sin marcas de ningún tipo. El tipo de piel que se bronceaba desnuda bajo el sol. Los ojos eran del color de la plata. Los cabellos, de un brillo inhumano que tendía al violeta. De nuevo: la elfa tenía un maldito cabello que brillaba en tonos violáceos: tonos violáceos. Axel conocía a adolescentes que habrían muerto por un cabello así. Las hebras de ese cabello eran lisas y espesas, de una longitud inmensa, presas en una cola de caballo poderosa que aun así se extendía más allá de la cintura. Axel imaginó que aquel cabello suelto y mojado debía tocar el suelo.

Había un cordón con una joya esculpida en entalladura élfica alrededor del cuello. Había pulseras de perlas retiradas de ostras alrededor de la muñeca.

La elfa no caminaba: flotaba sobre el suelo. Tenía una mirada que dejaba a un hombre embelesado y una postura corporal que desafiaba el concepto de fragilidad.

Axel, que era un príncipe, no sabía si sentirse a la altura de aquel ser. Ni siquiera sabía si Anisio, que era rey, se sentiría así. Y fue así, con perplejidad y conflicto, como vio a la princesa hacer una reverencia ante él y decir en erdim lo que el cerebro comprendió:

—Axel Terra Branford, príncipe legítimo de Arzallum, yo soy Livith, princesa hada élfica de la Tierra de Nunca Jamás, y tu novia prometida.

Existían momentos difíciles de creer.

Quando João Hanson percibió lo que tendría que haber percibido antes, de haber tenido la experiencia necesaria para eso, ya se encontraban volteando la parte cerrada del carruaje, derribando compartimentos y caballos al mismo tiempo. La parte cerrada cayó con violencia, provocando un ¡crash! por el estallido que cortó tanto a João Hanson como a *lady* Almirena mientras ambos eran arrastrados por la inercia.

Quando el vehículo se detuvo, João inspiró hondo entre los cortes, sangre, polvo y vidrios para forzar la puerta destruida volteada hacia arriba, mientras los caballos seguían jalando lentamente el carruaje con ataques esporádicos de pavor en su intento de liberarse de las riendas.

El capacete de hierro lo había protegido de un traumatismo craneano, pero tuvo que retirarlo con cuidado, pues sentía la cabeza presionada y cortada por astillas que habían entrado en la protección.

Logró abrir la puerta, cargó a *lady* Almirena en los hombros y salió.

Al mirar alrededor, la adrenalina aceleró todavía más su corazón. La nariz explotó en sangre. Y tuvo mucho, demasiado miedo a la muerte.

Para Ariane Narin, al principio la imagen era turbia. Cuando todo se estabilizó, se vio de nuevo en casa. Caminaba de un punto a otro, ansiosa, agitada, nerviosa, sin saber exactamente el motivo de su inquieto corazón. Se puso la mano en el cuello para sujetar el cordón que usaba y sólo entonces recordó que el cordón ya no estaba allí.

Eso no ayudó a mejorar su humor.

Ya no sabía si experimentaba una visión o si había regresado a la sala de su casa. Los pocos muebles en el lugar, la alfombra, la posición de un cuadro que María Hanson le había dado. Lo único anormal era su propia inquietud. Entonces vio a un caballero. ¡Y de repente estaba de vuelta en la sala de su casa!

Todo en un abrir y cerrar de ojos. Una vez más, en un instante, vio a un caballero, esta vez luchando contra algo que ella no distinguía en la noche mal iluminada y, un instante después, estaba en casa.

El corazón del caballero latía acelerado; el de ella, también. La adrenalina del caballero exhalaba un olor a miedo. Ariane era capaz de sentir ese olor. Se tambaleó y casi cayó sobre una rodilla. Inspiró y exhaló, inspiró y exhaló, y las imágenes y los sentimientos del caballero siguieron apareciendo.

El caballero era golpeado, golpeado y golpeado por fuerzas más allá de la comprensión. Ella no lograba ver su rostro porque llevaba un yelmo, pero sentía parte de lo que le pasaba, y eso ya era angustiante.

Comenzó a derribar los pocos muebles de la sala, y cuando el caballero de sus visiones fue lanzado hacia atrás, ella pegó fuerte con la pared, de espaldas, y el cuadro se soltó.

¡Al caer, el vidrio que lo cubría se partió!

Así como el marco de aquel cuadro, algo se abalanzó sobre el caballero enmascarado para romperlo en dos pedazos. Ariane comenzó a llorar. En el momento en que el caballero era partido en dos, Ariane gritó como una poseída que fuera

exorcizada. Una lágrima escurrió por un solo lado del rostro del abatido, y Ariane cayó de rodillas en la alfombra, golpeando una y otras vez el suelo, sin saber por qué le importaba tanto aquel guerrero sin rostro.

Al segundo siguiente estaba de vuelta en su sala, con las manos temblorosas, a la manera de un alcohólico en abstinencia.

Los labios también se movían y el mundo sólo se detuvo para devolver el sonido de tres golpes secos en la puerta.

Ariane se levantó y miró los alrededores, desordenados. Había una sombra bajo la puerta, indicando que en verdad algo o alguien la esperaban del otro lado. Su corazón continuó latiendo con fuerza y ella caminó hasta la puerta sin saber si debería abrir o no.

Llamaron tres malditas veces más.

La mano trémula tocó la cerradura, pero los sentimientos seguían intranquilos. Las lágrimas comenzaron a escurrir, como si la mente supiera lo que el corazón no ponía en duda.

Abrió la puerta.

Del otro lado un señor con sombrero de paja, asustado, señalaba hacia un cuerpo caído pocos metros al frente de la casa. Otras personas comenzaban a aproximarse y a rodearlo, cuchicheando.

Ariane pasó por el primero, por el segundo, por el tercero. Lloviznaba. Ella sentía la intensidad del olor de la lluvia. Al fondo se había formado un círculo de personas alrededor del cuerpo caído.

Un círculo de lluvia.

Ella corrió hasta allá, cruzó el círculo y vio el cuerpo. La lluvia comenzó a aumentar de intensidad con rapidez, como lluvia de verano. Y cuando las manos temblorosas tocaron el yelmo, el sonido del mundo fue triste, entre batidas producidas por latidos ensordecedores. Retiró el yelmo, y antes incluso de ver el rostro las lágrimas ya le escurrían por sus ojos desesperados.

El cuerpo muerto del caballero quebrado tenía el rostro de João Hanson y sujetaba el cordón de compromiso en las manos.

Ariane comenzó a golpear el pecho del caído y a gritar su nombre, como si de esa manera fuera capaz de reanimarlo. Se encaramó en el cuerpo y comenzó a darle bofetadas, a besar sus labios, como si todo fuera una broma macabra preparada para ella; mas el cuerpo no se movió.

La sangre comenzó a manchar sus ropas mojadas mientras el agua escurría por los cabellos rubios, mojando la cara muerta.

Ariane continuaba gritando su nombre.

Algunos transeúntes la vieron e intentaron apartarla del cuerpo, pero ella siguió gritando, gritando y pateando al aire, en una escena triste de ver para un hombre de

bien. Cuando la apartaron del cadáver, ella cayó otra vez de rodillas en el suelo de tierra mojada, incapaz ya de comprender la razón de seguir existiendo.

«Porque mi vida está ligada a la de él».

La lluvia siguió mojando su cuerpo, pero no había alivio en la sensación.

De repente sintió que alguien la abofeteaba. Y vio el rostro de su madre, desesperada, ante ella. En segundos comprendió que estaba de regreso en la sala de su casa.

De vuelta en la verdadera sala, lo que sea que eso significara.

No había ningún espejo frente a ella, pero aun así tenía la certeza de que sus ojos estaban rojos y que había hematomas en sus brazos. Lo más curioso era que los muebles alrededor estaban en su lugar, la alfombra colocada y el cuadro de María Hanson en la pared. Durante los momentos siguientes Ariane Narin no supo más que era pesadilla y qué una visión.

Aunque en poco tiempo lo descubriría.

De un primer vistazo, debían ser ocho. De lejos semejaban hombres, pero de cerca parecían espectros que ningún hombre despierto distinguiría. Eran altos, muy altos y delgados, con brazos largos, cuyas manos pasaban de las rodillas, pero con un detalle en común: todos tenían una pierna más grande que la otra.

Así que, cuando caminaban, cojeaban.

La piel parecía como corteza de árbol con hierbas, y el rostro era más similar al de una estatua de piedra sin boca ni expresión ni cabellos. Había mucha suciedad de tierra seca y de hojas pegadas en los cuerpos, y si había ojos los orificios visuales estaban vueltos hacia atrás.

Pero lo más raro de sus anatomías ni siquiera era nada de eso.

Todos poseían «hilos» que salían por los antebrazos, la columna vertebral, los tobillos o la nuca, como si fueran pequeños tubos por los que circulara savia. De lejos más parecían marionetas macabras interconectadas por hilos a su manipulador real: un ser andrógino y semidesnudo ubicado encima de un árbol, de piel cenicienta y sentado en una rama como si el mundo le fuera indiferente. Todos los hijos que salían de las criaturas se entrecruzaban por el camino hasta llegar a los hilos maestros conectados a aquel ser bizarro también por antebrazos, columna vertebral, tobillos y nuca.

El ser andrógino estaba sentado en troncos de árboles, de espaldas a la pareja lastimada, y tocaba un instrumento musical alargado, que recordaba el sonido de una flauta o de una gaita. La melodía que producía era fúnebre. Mantenía los ojos cerrados, indiferente a todo lo que sucedía. Sin embargo, sus siervos avanzaban cojeando hacia João Hanson y Almirena Goffredo. La mujer comenzó a gritar como si los demonios de Aramis avanzaran hacia ella.

Tal vez lo hacían.

Los grotescos humanoides estiraron las manos hacia ellos y João, horrorizado, pudo ver pequeñísimas espinas que se proyectaban de las palmas. Sacó la espada

mediana de la vaina, se colocó, esperó a que se aproximaran lo suficiente e intentó parecer lo más calmado posible.

«Sabes por qué mataste al conde, ¿no?».

Hanson cortó la mano del primero. La criatura chilló y algo verde oscuro salió de la muñeca herida. Entonces cortó al segundo. Y al tercero.

«Porque tuve suerte, señor».

Una extremidad le apretó el hombro y él sintió aquello como si decenas de zancudos picaran a un solo hombre al mismo tiempo. Escuchó los gritos de *lady* Almirena al fondo y eran mucho peores que los suyos, porque recordaban a qué grado él, que debería ser su guardián, era todavía inmaduro para ejercer aquella función.

Y cuán distante estaba aún de donde pretendía llegar.

«¿Crees que tuviste algún mérito en la batalla en sí?».

Comenzó a debatirse ignorando que las manos le cortaban simplemente con rozarlo. En realidad, moverse entre esos seres bizarros era como intentar correr en medio de una oscuridad espinosa. Aún así, sin ver bien lo que hacía, giró la espada una, dos, tres, seis veces más.

«¿Crees que tus habilidades en combate merecen algún elogio ante tal hecho?».

Cortó dos o tres piernas de mayor tamaño y algunos de los bichos cayeron. Sin embargo uno de ellos lo golpeó en el estómago y el muchacho se arrodilló de dolor. La espada cayó al suelo y la sangre de la nariz se mezcló con la sangre que brotaba de los cortes en todos lados.

Lady Almirena lloró de impotencia y terror. João Hanson lo hizo de rabia, por la impotencia. Quería levantarse. Una parte de sí imploraba por ello, pero la otra estaba paralizada. Brujería. João Hanson odiaba la brujería desde que quedó preso a los siete años por una maldita bruja caníbal que torturó a su hermana a diario, mientras intentaba engordarlo para un sacrificio humano en un sombrío ritual de magia negra.

Odiaba la brujería desde que había pasado por una experiencia cercana a la muerte y regresara sólo por el «llamado» de un nombre.

Ariane Narin.

Quería canalizar todo el odio que sentía por aquello, todo el disgusto con aquella manipulación de energías etéreas, pero el trauma lo tenía atrapado. João quería enfocar esa energía, pero su naturaleza todavía estaba dispersa.

Fue así, entre el conflicto y la desesperación, como uno de los seres altos lo agarró por la mandíbula y le cortó la parte inferior de la quijada. João estaba tan exhausto, pero tan exhausto, que no reunía fuerzas al menos para luchar. Sin embargo, todavía tendría fuerzas para gritar, pero se rehusó y le brotaron lágrimas de dolor. Los gritos de *lady* Almirena continuaban y eso al menos le dio fuerzas al muchacho derrotado para sujetar de nuevo el brazo de la criatura e intentar patearla.

Sintió lodo entre los dedos, y todo era tan resbaladizo que resultaba difícil

mantener la presión sobre un punto. Otros seres se aproximaron y comenzaron a provocar cortes con las palmas espinosas a la altura de la espalda, los brazos y las piernas. João sintió que uno de ellos agarraba uno de sus tobillos con ambas manos y deseó morir para hacer que todo aquello parara. Por instinto agarró uno de los hilos que salían del antebrazo de la criatura que lo levantaba y lo arrancó con rabia. La criatura chilló, en la medida en que un ser sin boca puede gritar, sofocado, con desesperación.

João sintió a otras dos criaturas que le perforaban las costillas, lo sujetaban como a un pedazo de carne y lo aventaban con violencia hacia los árboles al centro del bosque. El cuerpo lastimado y exhausto ganó velocidad hasta chocar de manera tan extremadamente violenta contra el poderoso tronco de un roble, que se escuchó el sonido de su columna vertebral al partirse.

Al fondo se escuchaban los gritos de *lady* Almirena llevada por criaturas sombrías, comandadas por el ser andrógino que aún tocaba su marcha fúnebre.

Poco a poco João Hanson sentía que su mundo perdía formas y sonidos. Los dolores eran tantos y de intensidades tan variadas, que casi no los sentía. En un primer momento volvió a desear la muerte. Después vio el cordón de Ariane, el cordón que debía ser devuelto a Ariane, y deseó vivir cuando menos un poco más.

Sin embargo, aunque ese suplicio le fuera concedido, él no volvería a ella para cumplir aquel deseo.

Al menos no solo.

Al final, era un hecho.

João Hanson jamás volvería a caminar.

Marcharon por las calles iluminadas por antorchas y lámparas. En centenares de soldados uniformados marchando delante de estandartes por las calles de Andreanne, con su rey y sus capitanes entre ellos, en dirección al puerto. Aquella marcha por las calles era una demostración de fuerza, un estímulo a los soldados y, tal vez, para que dijeran un último adiós, pues nadie sabía si regresarían o no de la batalla.

Aquella noche Andreanne no durmió.

Miles de personas se volcaron a las calles e iluminaron la caminata de sus soldados. Entre llantos, gestos, canciones, gritos, apoyo o protesta, centenares y centenares de tropas marcharon delante de arzallinos tensos y no del todo convencidos de los motivos por los cuales sus hijos y jefes de familia salían de casa para luchar por la patria atacada.

Las noticias, sin embargo, habían corrido lo suficiente. Al final las noticias malas viajan en alas de grifos. Las personas sabían que Brobdingnag había desafiado a Arzallum y que estaba en posesión de un arzallino que sería el nuevo avatar. Por eso sabían qué tan importante y necesario era ese momento.

Era difícil convencer al corazón de una madre que veía a su hijo partir para un viaje incierto, o al corazón de una muchacha que sabía que estaría despidiéndose por última vez de su enamorado, o a cualquier bardo pacifista, de que la única forma de diálogo entre razas diferentes —y hasta semejantes— es mediante el exterminio de la vida, que ninguno de los dos lados puede devolver.

En su corcel, el rey Anisio Branford marchaba al frente de sus caballeros y veía en los semblantes diferentes expresiones y sentimientos. A su lado marchaba, uniformado y repatriado, el debilitado capitán Lemuel Gulliver, el padre del niño en discordia, con la apariencia frágil de un muerto en vida que ya no sabe por qué senda camina un hombre encarnado y por cuál un espíritu perdido.

El ejército de Arzallum marchó en aquel comienzo de madrugada dotado de la

seguridad del hombre que pretende morir por una bandera que ha aprendido a amar. Y entregó las vidas en las manos de un hombre que nunca se sabía si era lo bastante santo para tener tantas vidas y corazones en su poder. Anisio Branford marchaba en silencio en su corcel, con muchas voces en la mente. Voces de personas cerca de él, de personas distantes, de personas que no estaban más ahí.

El rey oró al máximo Creador y le pidió con vehemencia a los semidioses que se quedaran y lucharan a su lado. Había caminado por una senda y se había perdido en ella lo suficiente para saber que ya no había forma de volver atrás del camino que estaba por tomar.

El proceso entero había comenzado.

Arzallum estaba ya en la primera marcha de guerra.

María Hanson sintió un dolor en el pecho y dejó caer, en un movimiento brusco e involuntario, una costosa copa de vino antiguo. Al otro lado de la mesa su acompañante, impecablemente vestido, se levantó con rapidez para ayudarla:

—¡Señorita Hanson! ¿Está bien? —preguntó Giacomo Casanova, asustado, tomándola por el brazo.

María estaba blanca, más de lo que ya era, como si hubiera sufrido un infarto. Se sentó aún con una mano en el pecho, atrayendo las miradas del exclusivo restaurante Buen Ogro.

—¡No! No, disculpe. No sé qué me pasó. Sentí una punzada en el pecho.

—¿Como un ataque al corazón?

—No, como una angustia. Como si presintiera algo. Como si sintiera que algo malo ocurriera.

Quando despertó, el mundo todavía era dolor. Y todo cuanto caminaba en él era sombrío, lúgubre, solitario, injusto. Y cruel.

Gritó sin saber por qué con exactitud, ya que motivos no le faltaban. Miró a su alrededor y no vio ni escuchó a nadie. Una brisa sopló, y sintió ardor cuando lo tocó en sus varias y diversas heridas expuestas. Alrededor la tierra no era negra, sino roja. Había un círculo de sangre alrededor del cuerpo estático, el mismo en el que hasta pensar dolía. Finalmente existen recuerdos tan traumáticos que parecen dolores físicos. Buscó fuerzas para intentar levantarse.

Entonces se dio cuenta de que ya no sentía las piernas.

—No, ¡oh, Creador! ¡Por el Creador! ¡Mi Creador! ¡No! —y se quedó allí, golpeando contra el suelo como un luchador que desistiera de un combate. Las lágrimas escurrieron como cascadas en el rostro herido y él sabía todos los motivos que corrían con ellas.

Hundió el rostro en el lodo rojo y se esforzó por no seguir llorando alto como un niño, sino en silencio, como un hombre. Si ese era su destino, si estaba allí para morir solitario sin convertirse en el caballero que se había prometido a sí mismo, que muriera entonces como un guerrero.

Y sólo como guerrero.

—Eso debe doler, ¿no?

Intentó volver el cuerpo, asustado, en busca de la voz de alguien que hacía algunos segundos no estaba ahí. Tenía los ojos desorbitados, conmocionados, emitiendo gruñidos e intentando girar el cuerpo, cuyas piernas no obedecían.

—Es el precio de ser mortal.

La voz se había aproximado. Una voz femenina. Tardó en distinguir de dónde venía. Pies femeninos se acercaron al rostro marcado, pero no parecían tocar el suelo.

—Sin embargo, existen mortales por los cuales vale la pena...

Aquella era una mujer mística. Vestía una especie de corsé negro, con decenas de

bordados de símbolos místicos. La falda le llegaba hasta los tobillos y traía sandalias en los pies que no parecían tocar el suelo. Guantes bordados subían por los antebrazos hasta arriba del codo y también era posible ver algunos símbolos bordados en ellos.

Traía un cordón con la forma de un pentagrama grabado en una piedra de jade en el cuello. Y algo semejante a una tiara con una piedra violeta le colgaba en medio de la frente. Además, era un gran ejemplo de mujer gótica. Desde la piel pálida y los labios oscuros hasta el cuerpo espigado cuyo corsé no parecía conseguir contener, así como los cabellos negros con mechones que casi cubrían los ojos alargados, más allá de las sombras alrededor de esos párpados.

—Puedes conseguir de mí una muerte rápida, bruja. Pero no me tendrás en uno de tus rituales sombríos —dijo él, con dificultad en cada palabra.

La mujer sonrió.

—¿Por qué crees que vine para usarte en un ritual?

—Porque eso es lo que hacen las brujas.

Esta vez la mujer rio.

—No porque una de ellas intentó hacer eso contigo, todas lo harán.

Él abrió mucho los ojos, como si el hecho de que ella lo supiera fuera extremadamente sorprendente. Luego modificó la expresión, como si esa información ya no importara.

—No, Hanson. Hoy tuviste una gran suerte. De hecho, sueles tener buenos mentores velando por ti.

—Sólo cuento con uno.

—No me refería a los vivos.

—¿Quién eres?

—Me llamo Strix.

—Una bruja.

—Un hada.

Él abrió mucho los ojos. Si las piernas le hubieran funcionado, habría dado un salto y estaría de pie.

—¿Un «hada»?

—Sí. De las que ofrecen segundas oportunidades.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque me necesitas.

—¿Por qué yo?

—Porque vales la pena.

João iba a hacer otra pregunta, pero todo le volvió a doler. Necesitó algunos segundos bufando en su posición estirada, en busca de fuerzas.

—¿Qué quieres de mí?

—No, la cuestión es qué quieres tú de mí.

Él se quedó observándola, pensando si aquello era un simple alarde. No llegó a ninguna conclusión. Ante el silencio, ella dijo:

—Del otro lado está la Banshee. Tú ya la viste una vez.

João siguió callado. Sabía quién era la mujer de rojo, mensajera de la muerte, que venía a buscar a las almas que estaban por partir.

—Ella espera que decidas si quieres llorar por un solo lado de la cara o por los dos.

Él comprendió. Y todavía no sabía la respuesta.

—Y yo también lo espero —agregó ella.

—Pensé que necesitaría pasar por una prueba o algo similar.

—No soy un hada de ese *tipo*.

—¿Y de qué tipo eres tú?

La mujer sonrió.

—¿Cómo funciona esto? ¿Te digo qué deseo y tú me lo concedes?

—No; haremos un pacto.

La palabra estremeció a João Hanson.

—No me gustan los pactos.

—Bienvenido al mundo real, fuera de los felices cuentos de los bardos.

—¡Tampoco me agradan las brujerías!

—Estás tratando con un hada.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Una vida.

João miró hacia abajo, intentando analizar la situación, y le pareció absurda desde todos los ángulos en que la miró.

—¿Mi vida?

—Dije una vida.

—¿Y de quién sería esa vida?

—En el momento que lo desee vendré a ti: tú la tomarás o me la entregarás, según mi voluntad.

—¿Y si me rehúso?

—Tomaré una vida que sea tuya.

—¿Mi vida?

—Una vida tuya.

João Hanson apretó la tierra roja a su alrededor. Comprendía lo que esto implicaba.

«Porque mi vida está ligada a la de él. ¿Está claro?».

—Pensé que las hadas eran buenas.

—Las hadas no siempre son buenas como narran los bardos. Y está bien, de lo

contrario hoy sólo tendrías la opción de morir aquí.

—Tal vez sea la elección correcta.

—¿Quieres que me retire? Sólo necesitas desearlo.

Él así quería. Lo desearía. Pero todavía estaba aquel collar en el cuello. Y un juramento pendiente que no quería morir sin cumplir.

—¿Sabes qué hicieron con mi protegida?

—Sí.

—¿Me lo puedes decir?

—La llevaron a un lugar prohibido, cerrado con magias antiguas y construido sobre huesos de hombres entrelazados con huesos de animales.

—¿Para qué?

—Para atraer a tu tutor. Y cobrarle asuntos pendientes.

—¿Y quién era el ser en los árboles?

—¿Qué te puedo decir? —la mujer abrió los brazos—. Un hada. Como nosotros.

João apretó los dientes.

—¿Y quieres que confíe en ti?

—No tienes muchas opciones.

—¡Vete a Aramis!

—Ya estuve allí.

João volvió a estremecerse. Su nariz sangró.

—Tú no eres un hada. ¡Eres una caída!

—Aun así: un hada.

—¡No hay diferencia entre ustedes y las brujas!

—¡Ah, claro que sí! ¡Y vaya que la hay! ¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotros, João Hanson? Nosotras enseñamos a las brujas cuanto saben y sólo les mostramos lo que nos interesaba que supieran. Pero estamos muy por encima de lo que ellas jamás estarán.

—¡Las hadas que cayeron se convirtieron en brujas!

—Sólo las que nacerán de nuevo. No las que, como nosotras, ya estaban en Aramis.

João Hanson tenía ganas de llorar una vez más de desesperación por no saber qué hacer. Pero hasta eso le daba miedo. Al final no sabía por cuál de los lados de la cara iría a lagrimear.

—Tú me traicionarás. Es mejor aceptar la muerte.

—¡No nos confundas! —dijo ella, irritada—. Los demonios traicionan los pactos. Las brujas, a veces. Las hadas, nunca.

—¿Por qué «nunca» lo hacen?

—Está en nuestra naturaleza.

João Hanson se burló.

—¿Cómo puedes decirme eso cuando me encuentro en una situación así, a causa de una de las tuyas?

—Estás así por tu propia incompetencia para lidiar con ella. Además, entiende, infame, que las hadas caídas tienen libre albedrío. Rastyara sólo cumplió su pacto con otra mortal, así como nosotros estamos a punto de hacer el nuestro, si estás interesado.

João se quedó en silencio.

—¿Y qué obtendré a cambio?

El hada sonrió, como si creyera que él jamás preguntaría.

—Cerraré tu cuerpo. Abriré uno de tus chakras para liberar instintos que reprimes. Entonces pelearás sin que te afecten las energías sombrías y enfocarás la energía que posees, pero que no logras canalizar ante magias oscuras.

João todavía era estremecimiento. Y duda. Y miedo.

—No creo en ti.

Ella se puso en cuclillas para quedar más próxima a João. Su olor era mil veces más fuerte e intenso que cualquier afrodisiaco que *lady* Almirena pudiera comprar.

—¿Cuál es tu deseo, Hanson?

Él quería llorar, pero no se lo permitía a sí mismo. Entonces bajó la cabeza y miró el cordón.

—¿Quieres ir con ella?

Las lágrimas comenzaron a brotar y él les ordenó que no cayeran.

El hada puso dos dedos a la altura de la nuca del muchacho, donde se localiza el bulbo raquídeo. Dijo algunas palabras en idiomas olvidados y João sintió que el cuerpo se le doblaba y sufría espasmos, como si alguien le electrificara la columna vertebral.

La nariz de João Hanson continuó escupiendo sangre, enloquecida.

—Te daré un plazo —dijo ella—. La mitad de la mitad de la mitad de un día. Ese es el tiempo con el que cuentas para ir con ella y decidir. Si eliges volver aquí, cumpliré mi parte del pacto: cerraré tu cuerpo, liberaré tu centro y te mostraré dónde está tu protegida. Y tú me deberás una vida que yo cobraré cuando quiera. —João la observaba tratando de no vomitar—. Si decides que prefieres a la Banshee, ni siquiera llegarás a ella. Llorarás por un solo lado de la cara y tu corazón se detendrá.

João sintió que su corazón latía más rápido, y más rápido, y todavía más rápido, cuando la sensación de vómito pasó y sintió los dedos de los pies.

—Vives en un mundo de intenciones, Hanson. Cuando camines hacia aquella casa, ten la certeza de lo que quieres, pues no habrá retorno.

João sintió que sus rodillas se doblaban. Y el empeine del pie le hormigó.

—Ahora ponte de pie y toma las riendas de tu destino.

Las manos se apoyaron con firmeza y el cuerpo se balanceó un poco para

levantarse, como si tuviera miedo de todo aquello. Pero se levantó.

Cuando João Hanson se puso de pie, otra vez estaba solo. No había hadas ni mensajeros. Sólo él, su conciencia y su centro más profundo.

Tomó el cordón de compromiso en las manos y lo apretó como si fuera el amuleto más poderoso del mundo.

Tal vez en verdad lo fuera.

Las lágrimas seguían corriendo sin que fuera capaz de controlarlas. Y cuando descendieron parecieron limpiarle el corazón, pues lo hacían por ambos lados de la cara.

Snail Galford preparó a su grupo para ir al Cementerio de los Barcos. Liriel Gabbiani se le acercó y preguntó:

—¿Crees que Scarlet nos entregue el *Rogers*?

—Sí.

Liriel silbó, sorprendida.

—¿Sabes? Debo admitir que, de vez en cuando, me sorprendes. Mucho.

A Snail le gustó escuchar aquello, pero tras recordar el escenario actual, lo detestó.

—¿De veras?

—Sí. En otra situación, hasta admitiría una cierta admiración por la forma en que conduces las cosas.

Snail rio.

—En otra situación.

—Sí, en alguna historia en la que fuéramos la parte noble.

—Somos lo que debemos ser, Gabbiani. Nosotros no hicimos el mundo. Sólo vivimos en él.

—Pero decidimos hasta dónde nos rebajamos.

Snail odiaba ese tipo de discusión.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero que me mires a los ojos y me digas que puedo confiar en ti.

—¿En relación con qué?

—¡No sé! A lo que enfrentemos. Hasta hoy sólo había confiado en mi padre. Después de él tú eres la primera persona en el mundo a quien le entregué mi confianza. Quiero que me mires a los ojos ahora y me digas que puedo confiar en ti.

Snail sintió una punzada en el pecho. Sin embargo, ese tipo de sentimiento nunca lo había hecho desistir de continuar nada en la vida.

—Sí puedes —dijo, y su mirada sería parecía sincera.

Liriel sonrió. Y se relajó.

—Entonces cuenta conmigo, Snail Galford.

Ella salió y él sintió que la punzada en el pecho comenzaba a arder, crepitando como brasas en una hoguera. Al percibir al mercenario en una postura un poco tensa, con su experiencia de décadas, el viejo Jim Hawkins se aproximó despacio y preguntó:

—Scarlet no te dará el *Jolly Rogers* de a gratis, ¿no? —quiso saber el viejo pirata.

—No, no me lo dará.

—¿Y estás preparado para darle lo que te pidió a cambio?

Snail Galford miró al fondo a Liriel Gabbiani, que daba instrucciones a una parte de sus muchachos.

—No, no lo estoy —dijo, con la voz temblorosa.

Jim Hawkins levantó las cejas y lo miró de arriba abajo.

—¿Y aún así se lo darás?

Snail Galford suspiró con fuerza, sin despegar la mirada de la chica.

—Lo decidiré cuando llegemos allá.

«Pero decidimos hasta dónde nos rebajamos».

—Allá lo decidiré.

João Hanson había soltado los dos caballos que seguían atados al carruaje volando, intentando liberarse en vano. Dejó que el primero corriera libre por el bosque, entregado a su propia suerte. Montó en el segundo y lo condujo para correr por el camino de tierra como si estuviera ante el fin del mundo. Pero el detalle más curioso era que antes de subir en la silla se dirigió hasta el cuerpo muerto del siervo que lo había escoltado en la mula y le quitó el yelmo y la capa que vestía.

El animal, antes inquieto, de repente pareció quedarse más tranquilo con el toque de su mano. João Hanson se puso el yelmo en el rostro, sujetó la capa a su espalda y se sintió el caballero que quería ser al vivir. O al morir.

Y entonces, todavía sin saber qué era vida y qué muerte, el corcel partió.

Cabalgaron como alucinados, como si fueran una única forma por la noche que no necesitaba iluminación. Pasaron como un rayo por la hacienda que les servía de morada sin mirar a los lados, mientras los discos dentados de las espuelas, ya adaptadas al calzado, aumentaban el ritmo de la cabalgata.

En la mente de João Hanson aún había dudas. Y sólo en ella.

«¿Qué es en verdad sagrado?».

Debía decidir si morir como un ser humano o sobrevivir como lo hacían todas las aberraciones que odiaba.

«¿De qué está hecho el espíritu?».

Debía decidir si incurrir en la misma actitud que su padre. Y debía decidir si consideraba esa actitud una elección indiscutible o un error irreversible.

«¿Por qué vale la pena vivir?».

Debía decidir si vivir por ella.

«¿Por qué vale la pena morir?».

O si debía morir por alguien que él no tenía forma de saber quién era.

El caballo siguió corriendo como si el mundo estuviera en guerra o como si supiera que el mundo ya estaba en guerra. Cuando entró en las callejuelas de

Andreanne, en dirección a la casa de los Narin, las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer. El corazón de João Hanson latía con vida y fuerza. Él lloraba, aunque creyera que las lágrimas eran parte de la lluvia. Saltaron obstáculos, ignoraron transeúntes, escogieron atajos.

Y en el momento que el corcel interrumpió su brusca carrera ante la casa de los Narin, João Hanson aún carecía de una respuesta.

«Vives en un mundo de intenciones, Hanson».

Descendió de aquella silla de un salto y el mundo pareció girar a velocidad más lenta a cada momento. Cuando tocó el suelo y sus pies salpicaron en el agua de los charcos, la lluvia comenzó a aumentar de intensidad y la elección tenía que ser hecha.

«Cuando camines hacia aquella casa, ten la certeza de lo que quieres, pues no habrá retorno».

João Hanson se quitó del cuello el cordón de compromiso, lo apretó con firmeza entre sus manos y caminó hacia la puerta de los Narin.

Al fondo, una dama de rojo observaba atenta la caminata.

Dentro de la casa, Ariane sentía que el olor de la lluvia se intensificaba. Su madre intentaba en vano calmarla, sin comprender el motivo de su agitación. Ariane tenía las manos temblorosas como las de un alcohólico en abstinencia. Sus labios también se movían y el mundo sólo se detuvo para esperar el eco del sonido de los tres golpes secos en la puerta.

Y cuando vio la sombra por debajo del umbral de la puerta, saltó con violencia hacia atrás, golpeó con fuerza en la pared, de espaldas, y el cuadro se soltó de su marco.

Al caer, el vidrio que lo cubría se partió.

La madre intentó tocar a Ariane, pero la conciencia de la hija ya no estaba ahí. No en aquella realidad. No en aquel instante.

Afuera, João Hanson levantó el puño cerrado con la intención de tocar tres veces a la puerta.

Los dedos cerrados le temblaron.

«Una vida».

Los de la otra mano apretaban más fuerte el cordón de compromiso.

«En el momento en que lo desee vendré a ti, y tú la tomarás o me la entregarás».

Él quería tocar esa puerta. Más que otra cosa en el mundo quería tocar esa puerta. Pero el precio sería alto, tan alto que no imaginaba el futuro de su vida y el de todos los que lo rodeaban.

Ignoraba si había liberado el alma de su padre. Y sabía que necesitaba tener el alma libre para servir en su lugar después de la muerte, en caso de que hubiera fracasado.

Ignoraba también si ya había crecido lo suficiente para tomar una decisión sobre

la cual hombres sabios no tendrían una respuesta.

El puño cerrado seguía levantado, sin tocar a la puerta. El yelmo continuaba en su cabeza y no entendía por qué no lograba quitárselo. Tal vez porque, para alguien que lo mirara de afuera, al menos parecería un caballero imponente.

Al final, en su interior, en ese momento João Hanson se sentía como un niño asustado por la vida, torturado por las palabras de una bruja que pretendía sacrificarlo en rituales oscuros en el futuro.

Adentro, Ariane seguía arrodillada en la alfombra. Como un perro condicionado, a la espera del golpe en la puerta.

Aguardaba los tres malditos golpes que acabarían con su vida.

Afuera, João Hanson se acordaba de las palabras más difíciles.

«¿Y si me rehúso?».

Exclusivamente de las más difíciles.

«Tomaré una vida que sea tuya».

Ella tomaría la de él. Si él se rehusaba, tomaría la vida de ella, y eso sería para él como estar muerto en vida y más angustiante que servir en Aramis por el resto de la existencia.

Sería como pasar los días pidiendo al Creador ya no existir más.

Sería como pedir ser borrado de la memoria de semidioses.

Sería simplemente como no ser. O ya no.

Y fue así, pensando en todo lo que le pesaba en las espaldas, como João Hanson desistió de los tres golpes, se volvió de espaldas y caminó en dirección a la mujer de rojo que lo observaba desde el otro lado.

En la caminata, él lloraba y sabía que eran lágrimas.

«Vives en un mundo de intenciones, Hanson».

Detrás del yelmo, João Hanson comenzó a sentir que la presión del cuerpo bajaba. El pecho comenzó a arder y a crepitar como si fuera a explotar. El corazón comenzó a disminuir sus latidos, y algunos metros al frente de la casa se tambaleó y cayó pesadamente, con una rodilla en el suelo.

Una de las manos tocaba el corazón.

La otra apretaba cada vez con mayor debilidad el cordón de compromiso, ante las lágrimas de la lluvia.

En la casa, Ariane vio que la sombra se apartaba del umbral de la puerta sin tocar tres veces. Los ojos continuaban muy abiertos y el corazón seguía latiendo fuerte. Y latiendo vivo.

Su madre intentó tocarla, pero ella se levantó de manera precipitada y violenta, y derribó algunos muebles de la sala mientras corría hacia la puerta como si estuviera ante el fin del mundo.

Corrió como si su mundo estuviera ante el fin.

Y en el momento que abrió la puerta y vio al caballero a algunos metros de la entrada, de espaldas, a punto de caer muerto, ella gritó su nombre.

Y fue así.

Fue así como el mundo y todo cuanto era sombrío, lúgubre, solitario, injusto y cruel en el planeta por un instante, aunque fuera por un solo, bendito instante, pareció iluminado, vivo, presente, justo, bueno y repleto de todo cuanto el ser humano tenía y tiene de mejor.

Al oír la voz de ella, al oír su nombre en la voz de ella, João Hanson se puso de pie, de espaldas a ella, con la imponencia de un caballero real.

Y modificó su intención, sin retorno.

En un solo movimiento se quitó el yelmo y se volvió de frente a ella con la mirada del hombre en el que se había convertido.

Y del otro lado, la dama de rojo, por segunda vez en la misma noche, lo miró llorar por los dos lados de la cara.

«¿Qué es realmente sagrado?».

Ariane Narin corrió hasta él llena de la más pura emoción, y el sentimiento de miles de semidioses corrió con ella a cada paso, a cada aproximación, a cada respiración proveniente de pulmones que respiraban vivos. El sentimiento de miles de semidioses que daban existencia a ese momento purificaba el amor de las dos almas.

«¿De qué está hecho el espíritu?».

Y cuando ella se abalanzó sobre él, y cuando los cuerpos se entrelazaron como dos notas musicales, dos corazones siguieron latiendo con fuerza y al mismo ritmo. Con la misma intensidad.

Y con la misma intención.

«¿Por qué vale la pena vivir?».

Un señor de sombrero de paja pasó por el lugar y pensó que era bonita la escena de dos jóvenes visiblemente enamorados.

Entonces continuó su caminata, pues la vida debía continuar.

Ella apretó los labios contra los de él con tal fuerza, que los dientes se presionaron. Ninguno de los dos protestó de dolor. Y cuando los cuerpos se apartaron, esta vez sí fue imposible decir en el rostro de ambos qué era lluvia y qué lágrimas.

«¿Por qué vale la pena morir?».

João levantó la mano que sujetaba el cordón de compromiso y las lágrimas de Ariane no disminuyeron.

Otros transeúntes observaban la escena y cuchicheaban con sus acompañantes que aquella debía de ser una emotiva despedida entre una novia y un caballero que iba a la guerra.

En cierta forma tenían razón.

En la mente de João Hanson la decisión había sido tomada y él debía honrar y

estar listo para todo lo que viviría con ella. Y lo estaría. Porque no lo haría solo.

Finalmente, por más dudas, conflictos y preguntas que la vida le obligara a formular...

«La respuesta a todas ellas es la misma».

... él sabría dónde buscar las fuerzas para proseguir.

«Sólo el amor».

El cordón de compromiso fue colocado una vez más alrededor del cuello de ella. Y ella lo aceptó.

No fue necesario decir nada más. No fue necesario.

«Sólo el amor».

En los mejores momentos de la vida nada más era necesario.

—¿Viste un buen viaje, príncipe? —preguntó ella con una voz que parecía la de una cantante lírica. Al menos de una de las más afinadas.

—En la medida de lo posible, princesa —respondió Axel Branford todavía estupefacto.

—¿Y te trataron bien los indios mohicanos y las elfas de este lugar?

—En la medida de lo posible, princesa.

La atención de las elfas presentes seguía concentrada en él. En su figura. En su belleza. En la curiosidad que despertaba, así como todo allí también lo fascinaba.

Al rey Ptr Pendragon la llegada de la princesa más le pareció un alivio. Así como ya no necesitaba gastar su atención en el príncipe humano, podía volver a estirarse en su trono, silencioso, en sus propios pensamientos y eterna melancolía.

—¿Este lugar es como te lo imaginabas en tus divagaciones, príncipe?

Axel suspiró.

—Es imposible imaginar algo como esto por uno mismo, princesa.

—¿Y cómo puedo encuadrarme en esa categoría?

Axel suspiró de nuevo, pero esta vez el suspiro era distinto del anterior.

—Usted —se esforzó por usar el pronombre de tratamiento más formal—, con todo respeto, es el sueño más difícil que un ser humano pueda creer que existe.

Las otras elfas sonrieron y se miraron. Sería mentira decir que la princesa no lo hizo. Finalmente ella podría no ser una mujer humana, pero era elfa y era hembra.

Y está por nacer una hembra que no se doblegue ante el elogio sincero de un macho.

—¿Te gustaría caminar por nuestros jardines, príncipe?

Axel se puso de pie, y al mirar al rey Ptr estirado y con el rostro escondido bajo el largo cabello rojo, desistió hasta de pedir su licencia para retirarse.

—Sería un gran placer, princesa.

El jardín por donde caminaban tenía flores de geometría alienígena para alguien

de Arzallum. Hasta los colores le resultaban originales, tendiente a tonos que no se suelen encontrar en pétalos de flores, como el metálico y el plúmbeo. Sin embargo, la mayoría se componía de colores vivos y chillantes, que a veces parecían traspasar los límites de los pétalos al sabor del viento, como si estuvieran pintados a mano.

Axel no tenía idea de qué hora sería, pero tenía la seguridad de que lo bastante tarde para que ese sol estuviera en el cielo.

—¿Nunca anochece aquí?

—No.

—¿Ni una sola vez?

—No. A los elfos nos gustan los días claros.

Axel la miró para discernir si ella le gastaba una broma o hablaba en serio.

—Princesa, ¿le importaría si utilizo el «tú» en nuestras conversaciones informales?

—Como gustes, príncipe. Somos novios prometidos: necesitaremos adquirir intimidad.

Axel inspiró a fondo. Lo que ella decía era verdad. Modificar el pronombre de tratamiento en erdim significaba utilizar una intención más casual y menos pensada o formal al dirigirse a otra persona.

—Entonces hablas en serio sobre que aquí nunca...

—Sí —dijo ella, mirándolo con seriedad—. En estas tierras nunca anochece. Nunca llueve. Nunca se tiene una mala cosecha. Nunca se pierde la inocencia.

—Increíble.

—¿Por qué creías que llaman a esta tierra Nunca Jamás?

Axel se sintió idiota. El comentario, después de analizado, resultaba obvio.

—¿Hay algo más que despierte tu curiosidad? —preguntó ella, observando la expresión pensativa de él.

—Bueno, en realidad, ya que preguntas...

—Dime qué altera tu corazón —ella esbozó una sonrisa complaciente y Axel, acostumbrado a ser tratado como un ser humano superior, otra vez se sintió pequeño.

—Me da curiosidad el título con el que te presentaste a mí hace poco.

—¿«Princesa hada elfa»?

Axel asintió.

—¿No soy una princesa? ¿Y no soy una elfa?

—Pero no sabía que eras un hada.

La princesa Lvth sonrió de nuevo. Y otra vez Axel se sintió que hacía preguntas estúpidas, de respuestas obvias.

—Todas las elfas lo son.

De acuerdo, Axel incluso se detuvo. Estaba casi desistiendo de todo y pidiendo nacer de nuevo para reaprender todo lo que nunca se había preocupado en descubrir.

—¿Cómo es eso, princesa? ¿Cómo pueden todas ustedes ser... hadas?

—Siéntate.

Y ella y Axel se acomodaron en una especie de columpio, del largo de la banca de un parque, de frente uno al otro.

—Las elfas forman parte de un tipo específico de hadas. No somos hadas en el sentido que ustedes están acostumbrados a imaginar, simplemente porque no interactuamos con otras razas; no las probamos ni mucho menos concedemos deseos.

—¿Y cuál es la función de su raza en la sociedad a la cual pertenecen?

—Somos hadas de guerra.

Axel no pudo comentar al respecto. Ante su silencio, ella prosiguió:

—Nunca Jamás es un puente entre Nueva Éter y Mantaquim. Es el único modo en que un ser vivo llegue al reino de las hadas aún vivo.

—¿Fue así con Garfio?

—Sí, a pesar de sus cualidades despreciables, existía una fe distorsionada en ese pirata capaz de hechos fantásticos.

—Y eso que no conociste a su hijo.

La princesa no dijo nada.

—¿Pero cómo pudo Garfio tener acceso a este lugar? Pensé que era una entrada cerrada.

—Nunca Jamás no cierra. Cualquiera persona puede llegar aquí siempre y cuando sepa el punto exacto de los «nodos» en Nueva Éter y crea en eso sin ningún resquicio de duda. Un único vestigio es suficiente para que la puerta se muestre cerrada.

—¿Y Garfio creyó que entraría aquí sin sombra de duda?

—Sí, estaba seguro de hallarse en el punto correcto y de que estas tierras no sólo eran reales, sino accesibles.

Axel continuó pensativo.

—Y si ustedes protegen la entrada, ¿quién protege a Mantaquim?

—Los devas.

—¿Quiénes son ellos?

—Seres semidivinos con sangre de dragones.

—¿Qué tipo de dragones?

—Dragones de Éter.

Axel tragó en seco. Y continuó:

—¿Y cuál es la función de los elfos? Me refiero a aquí, en Nunca Jamás.

—Nosotras, las elfas, tenemos tendencia a la guerra. Ellos son la parte intelectual y organizada. Son nuestros médicos, ingenieros y la parte creativa.

—No me pareces una persona a la que esperaría encontrar en campos de batalla.

—Y por eso sucumbirías en mis manos antes de darte cuenta.

Axel tuvo que reír. No porque no creyera en esas palabras, sino justo por eso.

—¿Entonces ustedes nunca dejan Nunca Jamás?

—Sólo cuando la ley de las hadas se ve amenazada y el Pendragon nos lo ordena.

De lo contrario, nunca.

—¿Y por qué los elfos no crecen?

—Porque son puros. Y la pureza total se conserva en la infancia.

—¿Y por qué creció el rey Peter Pendragon?

—Porque tu pueblo humano destruyó su pureza.

—Explícame.

—Desde hace centenares de años, nuestra raza es enemiga de la raza gigante de Brobdingnag.

—¿El origen de la raza gigante no viene de la misma fuente que tu raza feérica?

—Sí, ellos vivían en una parte de Nunca Jamás. Hasta que su modo de vida rudimentario comenzó a chocar de frente con el modo de vida élfico y recibimos órdenes de expulsarlos.

—Y así comenzó la guerra.

—Imagina cuántos años fueron necesarios para expulsar o exterminar a una raza de tamaño poder destructivo como esa.

—¿Y dónde entra el Pendragon?

—En aquella época Peter aún no era el Pendragon. El rey Arthur le Fey, de Albión, lo era. Aquel que hoy ves como rey y señor de los dragones no pasaba de ser un elfo que mantenía su pureza y no crecía. En realidad, de todos ellos tal vez el rey Peter fuera el elfo más puro que haya volado sobre Nunca Jamás.

—¿Y cuándo cambió eso?

—Así como lo hizo Garfio, existieron otros que lograron llegar a estas tierras por sí mismos. Y entre estos existió un grupo de niños humanos.

—¿Cómo un grupo de niños puede llegar hasta aquí, aunque creyeran en eso, si el nodo se encuentra en pleno mar?

—Mediante un viaje de paseo en barco con sus padres, en el que desaparecieron misteriosamente y sin explicación. —Axel comprendió y asintió, alentando a la elfa a continuar—. Y de todas ellas la presencia más determinante fue la de una niña que se apegó a Peter, y con la cual él hizo lo mismo.

—¿Cuál era su nombre?

—Wendy Darling.

—¿Darling? ¿La heredera del clan Darling?

—Sí. Una niña de sangre noble.

—¿Pero cómo se apegaron?

—Antes necesitas entender que los elfos piensan la vida de manera muy distinta a los humanos.

—¿En qué sentido?

—Los elfos no poseen el apego de tu raza consigo misma.

—¿Apego en relación con conceptos como «amistad» y «familia»?

—Entiende, príncipe: la raza élfica sólo posee un sentimiento materno. Eso es lo más cercano del arraigo humano que poseen a lo largo de toda una vida.

—¿No existe un sentido de amor paternal para la raza élfica?

—No como para la raza humana.

—¿Entonces cómo funciona? Digo, ¿cómo funciona la perspectiva de ese sentimiento para tu raza?

—Las elfas poseen «atracción física» por otros machos, pero no el sentido de «posesión» o de «afecto incondicional» de las relaciones humanas.

—¿Pero poseen el sentimiento materno de amor incondicional por un hijo?

—Sí, pero te lo digo otra vez: no de la forma en que ustedes, humanos, comprenden tal sentimiento. Para nosotros, ese sentimiento materno sólo existe en el sentido de responsabilidad por la cría. Pero no existe sufrimiento cuando una separación es forzada, ni sentimientos de celos o dolor por un hijo o compañero, pues la devoción está ausente.

—En verdad que para un humano suena un poco frío.

—Porque tu raza cree que son lo que son. Nuestra raza cree que estamos los que somos. ¿Comprendes la diferencia?

No era tan fácil entender lo que ella quería decir.

—¿Y qué pasó con Wendy?

—La heredera Darling y otros niños fueron tomados como rehenes por la raza de Brobdingnag.

Axel cerró la expresión.

—Sí, estamos aprendiendo que a ellos les gusta secuestrar criaturas y mantenerlas bajo su poder.

—Lástima que lo hicieron tarde.

—¿Cómo es eso?

—Al ayudar a la construcción de Brobdingnag con magia feérica en tierras sublimes por encima de sus cabezas, tu pueblo temió que esa raza descendiera de los cielos y guerreara por el control del mundo. Cuando los primeros gigantes anduvieron sobre la tierra de Nueva Éter y amenazaron con que les gustaría continuar ahí, tu raza intentó eliminarlos, pero en esa época no eran competencia para enfrentar a seres tan superiores. En ese tiempo Peter quedó tan perdido por el sentimiento que había adquirido por Wendy Darling, que se fue de Nunca Jamás detrás de ella.

—Pero, princesa, ¿no me acabas de explicar que los elfos no poseen el apego humano?

—Las razas diferentes tienden a cambiar culturas.

Axel se calló. Como siempre, aquello tenía sentido.

—Y entonces, por primera vez en la historia de Nunca Jamás, se vio lo que ocurre cuando un elfo se aparta de estas tierras y pierde la pureza infantil...

—Él creció.

—Hizo mucho más que eso, príncipe. Pasó por la «noche negra». Fue tocado por el sufrimiento. Y la pureza cedió su lugar a todo lo que antes no hubiera cabido en ese ser.

—¿Y él fue a la guerra con los gigantes, esta vez en territorio humano?

—Todos fuimos. Y habríamos vencido.

—¿Y qué lo impidió?

—Sólo una parte de nosotros podía ir a Ocaso a guerrear con Brobdingnag. La mayoría tenía obligaciones con Nunca Jamás y debía permanecer aquí para proteger las entradas a Mantaquim.

—Comprendo.

—Aún así habríamos vencido.

—¿Por qué?

—Porque si combatíamos a los gigantes en los cielos, ustedes, humanos, lo hacían en tierra. Y si la lucha hubiera continuado, ellos habrían resultado aniquilados. Lo habrían sido de no haber propuesto un acuerdo de suspensión de guerra. Y si los reinos humanos no hubieran aceptado.

—Princesa, quieres decir que el pacto que hoy...

—Quiero decir que al firmar el Pacto de Swift y huir del conflicto, ustedes provocaron la misma desgracia que hoy ronda a su propia raza y permitieron que Brobdingnag prosperara libre de nuestra amenaza.

Axel percibió que había un cierto rencor en aquellas palabras. Comprendió los motivos de ese sentimiento. Y en el momento adecuado afirmó:

—Comprendo el conflicto de tu raza. Pero necesito que comprendas también los conflictos de la nuestra. La raza humana no estaba preparada para enfrentar algo como los gigantes de Brobdingnag en aquella época. Sabíamos que ellos querían un armisticio para pelear contra los elfos en un solo frente, pero...

—Pero a los humanos no les importa ninguna sociedad que no les tenga respeto.

Axel sólo siguió mirándola, dejando que ella dijera cuanto necesitaba decir:

—¿Sabes qué es lo más curioso? —preguntó ella, con la mirada furiosa que debía tener en un campo de batalla—. Si no hubiera una guerra entre gigantes y elfos; si no existieran los mismos elfos a quienes los humanos volvieron la espalda y fingieron que no guerreaban contra un enemigo común en sus propias tierras; si esa misma raza élfica no hubiera enfrentado a la raza maldita que hoy los desafía, Brobdingnag, en aquella época, habría descendido de sus reinos de los cielos de manera devastadora, con su ejército completo, y tomado Nueva Éter para ellos. ¿Sabes cuál hubiera sido el resultado de eso? Que tú hoy no serías un príncipe, sino un esclavo.

Axel seguía en estricto silencio, hasta que al fin dijo:

—Livith —por primera vez pronunció el nombre en lugar del título—. Comprendo tu rebeldía y la de tu raza ante episodios tan complejos y traumáticos. Admito que desde el punto de vista élfico los reinos humanos fueron cobardes por aceptar el armisticio e ignorar la guerra entre Nunca Jamás y Brobdingnag ante sus propias tierras. Pero, si lo analizamos fríamente, también percibiremos que somos juzgados por una guerra que nunca fue nuestra.

Esta vez la princesa Livith calló.

—No fuimos nosotros los que invadimos Nunca Jamás. No fuimos nosotros los que expulsamos a la raza gigante al Ocaso. No éramos nosotros los que estábamos preparados para luchar contra ellos. ¡Ni contra ustedes! ¿Cómo podíamos saber quién era en verdad nuestro enemigo, si nuestras culturas caminaban tan distantes?

La princesa seguía en silencio.

—No estaba vivo para esos tiempos de guerra pasados, pero conozco la complejidad en los sentimientos humanos y los temores que corren en el corazón de mi raza. Somos en verdad apegados a nuestros semejantes; apegados al punto de temer por ellos y al punto de temer morir y dejarlos —el príncipe se emocionó por un momento, recordando nombres que a él jamás le gustaría haber sido obligado a dejar—. Para nosotros, un amor materno o fraterno o romántico no es algo que consideremos como una mera responsabilidad. Es algo que da sentido a nuestra existencia. Tal vez lo único que dé sentido a la misma.

Él tocó la mano de ella y percibió que, por un momento, la grandeza y la superioridad de la guerrera dieron lugar a un resquicio de fragilidad.

Axel conocía aquella expresión, casi humana.

—No sé con exactitud por qué estoy aquí hoy. Pero aprendí con los orientales que cruzan océanos en máquinas voladoras construidas por gnomos que traen mensajes de princesas de jade, que existe más entre el cielo y la tierra de lo que suponemos. Y que existen líneas trazadas por un Creador que no comprendemos por completo, pero que siempre tienen sentido. Y yo necesito creer en ellas. Porque la existencia de un hombre también se tropieza en la fe.

La princesa parecía encantada. Tal vez no del todo convencida de la perspectiva presentada, pero impresionada por la convicción que acompañaba al orador.

—No sé por qué mis padres nos prometieron desde la cuna. Pero si conocí bien a mi padre, y si sé bien los conceptos en que él creía, tengo la certeza de que fue su primer acto como disculpa por las decisiones humanas con tu fantástica raza. Y que a él le gustaría que seamos un nuevo comienzo para ambos lados. Y que aprendamos uno con el otro.

—¿En verdad crees que debemos aprender con el otro, Axel? —la princesa no sólo se refería a ellos dos.

—Tengo la certeza.

—¿Y de dónde viene esa convicción?

—De que las razas diferentes tienden a cambiar culturas.

Las manos del príncipe humano y de la princesa élfica permanecieron unidas. Y ambos se contemplaron en un delicado y sutil silencio interno.

Ambos sabían que existían decisiones que cobraban altos precios incluso en los descendientes.

Pero tal vez allí, entre el silencio y la contemplación, dos razas y culturas diferentes comenzaron a creer con sinceridad en que tal vez nunca jamás sea en verdad tarde para una segunda oportunidad.

Giacomo Casanova y María Hanson regresaban a casa de los Hanson con los brazos entrelazados de una pareja que camina en una fría noche de lluvia. Ya habían descendido del carruaje de los Casanova y seguían a pie un corto trayecto, ante la lluvia que había disminuido de intensidad.

—¡Admito que me asustó allá! Es muy joven para tener problemas de corazón, señorita Hanson.

—Me disculpo una vez más. Como dije, sentí como si algo me angustiara.

—¿Cómo una premonición?

—¿Ya ha pasado antes por eso, señor Casanova? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Cuando fui arrestado. Y preví que lo sería.

—¿Usted ya estuvo preso?

—¡Cuidado! No quiero que tenga otro ataque cardíaco.

María sonrió, apenada.

—No, disculpe, es que me tomó por sorpresa.

—¡Estuve preso por tener en mi poder libros prohibidos y hacer propaganda antirreligiosa!

María miró a Giacomo Casanova como lo haría con un fantasma.

—Usted no parece ese tipo de persona.

—No, ¿eh?

—Pero ¿eso es verdad? Digo, ¿usted en serio hizo propaganda antirreligiosa?

—Ya no hago propaganda. Pero conservo la creencia.

—¿Entonces no cree en la figura de un Creador que nos da vida y de semidioses que nos mantienen existiendo?

—No, no dudo de la existencia de ese Creador y de esa fuerza que se subdivide en formas de semidioses o lo que sea en lo que una persona quiera creer. Lo que cuestiono es la dependencia de nuestras vidas a esas fuerzas.

—¿No cree que ellos influyen en nosotros?

—No creo que dependamos de ellos para existir. ¿Sabe?, me parece que el concepto en que se cree por aquí, que ellos nos dan existencia, en realidad está invertido. Tengo la creencia personal de que esa es sólo la forma de ellos para estar conscientes de nuestra existencia.

—¿Entonces existiríamos de una manera o de otra?

—Sí. Lo quisieran ellos o no, conscientes o no de nuestra existencia, todo lo que ocurre en Nueva Éter ya estaba escrito y pulsando en algún lugar cósmico, y las fuerzas que llaman semidioses son simples observadores que apenas piden por sus preferidos y odian a sus despreciados.

—¿Entonces cómo explicaría la ley de las hadas?

—Un metalenguaje utilizado por el cerebro humano para asimilar lo que no comprende en condiciones científicas.

—Pero las hadas son reales.

—Creeré en eso el día en que vea una.

María quedó asombrada. Era la primera vez en la vida que conocía a una persona que afirmaba que las hadas eran el fruto de una alucinación colectiva.

—Parece estupefacta con mis opiniones.

—No, sólo que me resultan diferentes.

—¿Dice eso por las hadas? ¡Vamos! ¿Qué vendrá después? ¿Universos creados después de mordidas en manzanas?

María Hanson iba a responder, pero entonces llegaron ante la casa de los Hanson.

Y al mirar al frente de la casa, ella comenzó a correr.

Llegaron al puerto. Más específicamente, a la parte vigilada, donde nadie caminaba de noche. La parte silenciosa.

Al Cementerio de Barcos.

Caminaron por aquel pabellón como una pandilla y casi no fueron notados, ya que en ese momento los ciudadanos de Andreanne estaban esparcidos por el centro de su ciudad, bendiciendo a sus soldados y rezando para que regresaran con vida. Había pocos guardias en la entrada. En realidad sólo uno, que los dejó pasar sin problemas.

Pasaron por viejos almacenes hechos de piezas metálicas soldadas en hierro y vanos rellenos con albañilería de ladrillos macizos. Los techos de tejas eran a dos aguas, con lo que se creaba un efecto que debía ser bello en un día de sol y en la época en que eran nuevos.

El vano libre era de unos veinte metros y variaba en alrededor de ochenta metros para cada almacén. En los días de asueto aquel lugar funcionaba como atracción turística de la ciudad, sobre todo para abuelos que gustaban de llevar a cuantos nietos pudieran arrastrar para escuchar viejas historias de guerra.

Al fondo, entre aguas que bajo esa iluminación más parecían un pantano, decenas de barcos en las condiciones más diversas imaginables se hallaban estacionados de manera desorganizada, unos al lado de los otros, como condenados a la espera de la ejecución.

Y al frente de ellos estaba Will Scarlet.

Snail y su grupo se aproximaron al grupo de guardaespaldas de Will, los mismos que lo acompañaban en el patrullaje del puerto o de otros lugares más sucios y de los cuales Snail había formado parte tras la liberación de Stallia.

Quien observara la escena de lejos, sin embargo, habría pensado que las Sombras y los Fantasmas habían renacido y estaban a punto de enfrentarse.

—Oí decir que Stallia irá a otra guerra —dijo Snail.

—Suelen pensar eso sobre Stallia —comentó Scarlet.

—Lo sabías bien cuando estabas del otro lado.

—Siempre estuve del mismo lado.

—¿Entonces sabes qué significa estar del lado de alguien?

—Tanto como tú sabes qué es estar por ti mismo.

Los dos se miraron e hicieron el ambiente más tenso que un corazón intranquilo. Detrás de Snail, a la derecha, estaba el viejo Jim Hawkins. Del otro lado, Liriel Gabbiani. Cada uno con su propio objetivo.

Liriel Gabbiani quería la confianza de Snail Galford. Snail Galford quería el mapa en la cabeza de Jim Hawkins. Jim Hawkins quería el barco en poder de Will Scarlet. Will Scarlet quería a Liriel Gabbiani.

Alguien sería traicionado.

—¿Mantienes el acuerdo? —preguntó Snail.

—¿Una persona como tú tendría miedo de la traición?

—Por el contrario. Estoy acostumbrado.

Will Scarlet sonrió.

—Bueno para ti.

El grupo de Snail caminó hacia la cercanía de la rampa que daba acceso al barco. Y Scarlet dijo:

—¿Sabes? Existe un pirata recién llegado que quiere el *Jolly Rogers*.

—¿Ah, sí?

—En realidad, lo que ocurre es que no es exactamente un recién llegado. Más bien es un veterano que decidió regresar. Parece que un hueso duro de roer.

—Todos siempre lo son.

Will Scarlet lanzó una risa irónica. Admito que Jim Hawkins también.

—No, no este. Este en verdad parece un hueso duro de roer, un tipo realmente malo. Para que te des una idea, parece que se puso un ojo de vidrio en lugar de uno arrancado, y un pedazo de palo en lugar de la mitad cortada de una pierna.

—Eso no es un pirata, sino la última mujer que durmió contigo.

El propio Will Scarlet tuvo que reír.

—Eres un desgraciado, ¿lo sabías? —dijo Scarlet mientras extendía la mano.

—No te imaginas cuánto.

Snail la apretó, y en cuanto lo hizo, sus adolescentes comenzaron a subir al barco.

Liriel Gabbiani comenzó a gritar cuando dos hombres de Scarlet la sujetaron y le torcieron el brazo.

—¡No! ¿Qué significa esto? Tú no... Tú no puedes... —sus gritos no resonaban en dirección de Will Scarlet—. Tú no puedes.

Resonaban en un apático Snail Galford con la cabeza baja.

—Confié en ti —dijo ella, con la voz triste—. Confié en ti otra vez.

Jim Hawkins palmeó dos veces la espalda de Snail Galford, como si lo consolara

por haber hecho lo correcto. Él ya no parecía tan seguro.

Y fue así como Liriel Gabbiani vio a Snail Galford apartarse para subir en el *Jolly Rogers* en busca del mayor tesoro del mundo.

Sin ella.

«Confíe en ti».

Alguien debía ser traicionado.

—¿Qué... qué te pasó, por mi Creador? —María Hanson tartamudeaba y las manos le temblaban tanto como la voz.

—Nada con lo que no pueda lidiar —respondió João Hanson, visiblemente lastimado.

María observaba la capa mojada y el cuerpo repleto de hematomas. Había desde cortes y escoriaciones simples hasta marcas moradas que nada más de mirarlas causaban dolor. De haber podido ver la espalda de João Hanson, allí mismo la chica habría perdido sus casillas.

Alrededor estaban Ariane Narin y su madre, Érika Hanson. Las dos lloraban, como si el regreso de João Hanson a casa fuera una noticia triste.

Entonces María comprendió que ellas lloraban porque él partiría otra vez.

—¿Pero... qué... qué te pasó?

João apartó a María del grupo, ignorando la presencia de Casanova, y le puso una mano en el hombro, obligándola a mirarlo, y le dijo con seriedad:

—¡María... ya! —y María Hanson se olvidó por un momento si hablaba con su hermano o con su padre. Tal vez en realidad no hubiera diferencia entre los dos—. ¡Necesito que apoyes a mi madre! Ella cree que volveré a la hacienda para mi trabajo de escudero, y tú debes hacerla creer eso.

—Algo muy malo te pasó, ¿no? —dijo ella, y él pudo ver en sus ojos que, de alguna forma, ella había sentido lo que sucedía.

Él calló y cerró los ojos con fuerza, comprendiendo que los tiempos sombríos en definitiva habían llegado.

—¿A dónde vas ahora?

—Al bosque de Las Andidas. Por el camino del este. Necesito que le entregues esto al profesor Sabino von Fígaro. —João le mostró una carta cerrada, en forma de un papel en cono, amarrado con un cordel.

María bajó la cabeza, pensativa.

—¡Necesito descubrir cómo hacer eso! Parece que Arzallum está marchando a... a la guerra. Sabino debe estar...

Esta vez Giacomo Casanova se hallaba lo bastante cerca para escuchar el final de la conversación.

—Disculpen que me entrometa en la conversación, ya que no fui invitado y mucho menos pertenezco a este clan, pero, si me lo permiten, me gustaría mucho ayudar.

João Hanson lo miró, intentando comprender quién era ese sujeto en realidad.

—¡João, es Giacomo Casanova!

João miró a María con una expresión desconcertada. Y entonces, como no había tiempo para mucho, sólo preguntó:

—¿Y cómo le gustaría ayudarnos, señor Casanova?

—Sólo escuché el fin de la conversación entre ustedes y les garantizo que puedo tener acceso a Sabino von Fíguro, no importa en qué condiciones esté él en este momento.

João miró a María y la hermana comprendió que él le estaba preguntando, con esa mirada, si confiaba en ese sujeto.

Sin decir nada, María Hanson asintió.

João puso la carta en forma de cono en su mano y la cerró.

Al fondo, Ariane Narin lo observaba con ojos que brillaban por las lágrimas que ya habían caído en demasía y que aún así insistían en brillar. A su lado Érika Hanson abrazaba a la muchacha como si ambas hubiesen sido de una misma familia toda la vida.

Tal vez lo fueran.

María Hanson ya se estaba apartando cuando João dijo:

—Otra cosa...

Ella se volvió con el corazón pesado. Como si supiera lo que le diría y no quisiera escuchar.

—Quiero que le cuentes.

María Hanson cerró los ojos, a sabiendas de que aquello sería muy difícil.

—¿A cuál de ellas?

Al fondo las dos mujeres los observaban. Y sufrían juntas por motivos diferentes.

—A Ariane. Mi madre está nerviosa porque cree que puedo ser convocado a la guerra, y le hicimos creer que los escuderos no pelean. Mantén en ella esa creencia.

—María asintió; y João cambió el tono—: Pero Ariane sabe que algo está mal. Y ella merece saber qué ocurre.

—¿Qué quieres que le cuente?

—Las peores partes.

María Hanson suspiró, temblando. Finalmente, contarle significaba evocar

recuerdos que a ella no le gustaba remover.

—Tú volverás, ¿no?

João tomó la cabeza de su hermana por detrás del cráneo y puso la frente de ella en su propia frente.

—Escucha, nosotros dos sobrevivimos al fin del mundo, ¿no? —ella asintió con la cabeza y, como no podía decir palabra, las lágrimas se expresaron por ella—. Más de una vez sobrevivimos juntos al fin del mundo, ¿no? Y seguimos aquí. Y siempre estaremos aquí.

Ella siguió asintiendo. Y llorando.

—¿Confías en mí? —preguntó él, y otra vez ella ya no supo si escuchaba a su hermano o a su padre.

—Siempre.

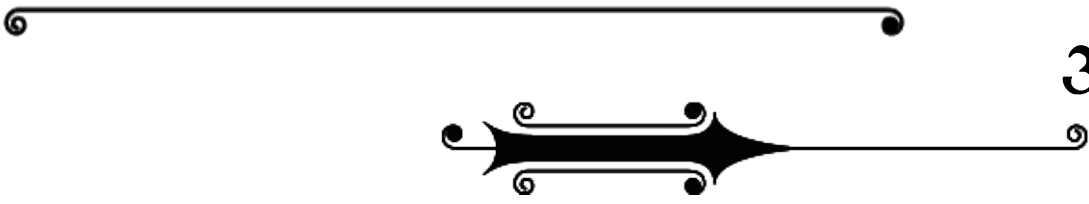
João jaló el cuerpo de ella y la abrazó con fuerza, con la expresión cerrada y la mirada hacia arriba. Ninguna lágrima cayó por su rostro.

Y así, con la expresión cerrada, él se apartó, se puso el yelmo y de espaldas, con la capa mojada aún escurriendo en la espalda, todos los presentes habrían jurado que aquel era un caballero partiendo a la guerra.

Y lo era.

«Quiero que le cuentes. Las peores partes».

María Hanson sabía que momentos muy difíciles estaban por venir.



Snail Galford subió la rampa al último y se detuvo a la mitad. Se volvió para el otro lado y se quedó mirando con las manos en los bolsillos de su abrigo a una Liriel silenciosa, con un gigantón aplicándole una llave en el brazo.

Al percibir que Snail no saldría sólo de allí, el viejo Jim Hawkins volvió a bajar la mitad de la rampa y se puso a su lado:

—Tienes que hacer lo que tienes que hacer —dijo, y Snail no reaccionó a sus palabras.

Siguió mirándola, sintiendo fuerte el olor salado del mar. Al fondo, un sonriente Will Scarlet se aproximó a Liriel y le acarició el rostro como una provocación, o al menos como un recordatorio de lo que estaba en juego.

—Vamos —dijo el viejo Jim Hawkins—. Ya todos están a bordo.

—No. No todos —dijo Snail con una voz fría como el hielo.

Jim Hawkins abrió mucho los ojos y lo miró de soslayo, preocupado. En la parte más sombría de aquel puerto, Will Scarlet ordenó:

—¡Traigan las esposas y préndanla con los brazos atrás! La llevaremos a la misma celda de donde ellos sacaron al viejo Hawkins.

Entonces uno de sus secuaces trajo las esposas. Le colocaron los brazos hacia atrás, en medio de protestas. Y las muñecas quedaron presas por las argollas de metal. Pero con dos detalles interesantes.

El primero fue que los brazos quedaron alrededor de un asta carcomida cercana, que antes funcionaba como un mástil de bandera.

El segundo fue que los brazos apresados eran los de Will Scarlet.

—Por el Creador, ¿qué hiciste, lacayo? —preguntó, temeroso y perplejo, el viejo pirata Jim Hawkins.

—Lo que debía.

Los brazos de Liriel quedaron liberados bajo la mirada y las protestas de un Will Scarlet atónito, y los guardaespaldas que debían haber estado de su lado guiaron a la

mercenaria hacia la rampa del *Jolly Rogers*.

Cuando Jim Hawkins se dio cuenta de que ellos subirían al viejo barco, preguntó: —¿Qué les ofreciste, maldito ratero?

Snail Galford suspiró, como suspira el hombre que sabe que tomó la decisión correcta de manera equivocada o que tomó la decisión equivocada de manera correcta.

—La mitad que le tocaría a Scarlet.

Jim Hawkins soltó una risa burlona y subió de vuelta al barco, moviendo la cabeza.

Los hombres pasaron ante un Snail Galford estático, que sacó un poco las manos del abrigo al verlos pasar. Apenas asintió con la cabeza y dejó que subieran al barco como si todos fueran viejos conocidos.

Por último, Liriel Gabbiani, asustada, se detuvo a su lado y ambos se quedaron mirando sin saber qué decir.

«Quiero que me mires a los ojos y me digas que puedo confiar en ti».

Liriel bajó la cabeza y subió por la rampa en dirección al *Jolly Rogers*, aún sin saber lo que debía ser dicho.

Snail Galford miró por última vez a Will Scarlet al fondo, esposado, humillado e irritado, y entonces se volvió de espaldas y caminó hacia el barco, sin mirar atrás.

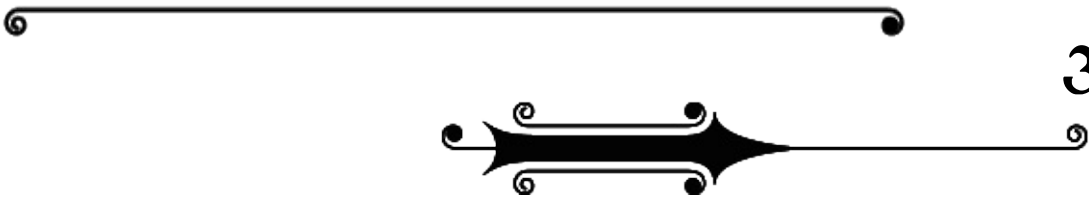
Scarlet se quedó allí, observando, perplejo, que la rampa era recogida y el barco más famoso del mundo zarpaba del Cementerio de los Barcos. La boca le espumeaba como a un perro rabioso por la situación ridícula en que había sido colocado y que no olvidaría.

Incluso aquel prisionero sabía cuál era el gran precio de hacer negocios con ladinos y mercenarios.

En definitiva, no había forma de que uno de ellos escapara de aquellas reglas. No en ese medio. No de esas reglas.

Al final, era un hecho.

Alguien siempre debía ser traicionado.



Sabino von Fígaro marchaba entre los suyos, ataviado con las vestiduras oficiales de consejero real. Sin embargo, un capitán rompió filas y fue hasta él, para indicarle que Giacomo Casanova necesitaba hablar con él de manera urgente.

El muchacho corría y forzaba el paso entre el pueblo, que había parado la ciudad entera para observar a sus guerreros.

El viejo señor abandonó la marcha y fue con el joven noble, que le entregó la carta escrita por João Hanson. Y en el momento en que Sabino la abrió y la leyó, sus ojos se dilataron, sus pulsaciones se aceleraron y corrió hasta el capitán Reinaldo Grimaldi, que también fue retirado de la marcha oficial por Andreeanne de manera súbita. Y preocupante.

Ninguno de los dos se reintegraría a aquellas filas.

María Hanson se había sentado con Ariane Narin. Las dos estaban solas en casa de Ariane. La adolescente les había dicho a sus padres que María quería conversar en privado con ella y les pidió apoyo fraternal para Érika Hanson. Así, los padres estaban en casa de los Hanson. Y las dos tenían el silencio de la casa de los Narin para ellas. Eso era bueno en parte, porque les permitía concentrar la atención.

—María, ¿qué pasa? Háblame.

Ariane estaba sentada en su cama. María se sentía tan agitada, que no lograba quedarse quieta y andaba de un lado a otro. La escena era interesante porque lo normal hubiera sido que Ariane fuera la inquieta y María, la paciente.

Pero cada día las cosas eran menos normales.

—¿Sabes? —dijo Ariane—. La última vez que me senté en esta cama para que alguien me dijera algo importante, fue para que mi madre me explicara por qué aquel día, cuando yo tenía nueve años, sucedió aquello conmigo.

Por un momento María pareció olvidarse de lo que quería decir.

—¿En serio? ¿Y qué te dijo?

Entonces Ariane, con la cabeza baja, abrió mucho los ojos al percibir que, como siempre, hablaba más de lo que debía.

—Ah, es que, ¿sabes?, ella me explicó que la bondad y la maldad caminan lado a lado en este mundo, ¿no? Y que yo debía saber que las cosas malas también les suceden a las personas buenas.

María suspiró y se sentó. Ariane sintió alivio cuando se dio cuenta de que ella no haría más preguntas sobre el asunto.

—Ariane. —María Hanson se mordió los labios—, tía Anna tenía razón. La bondad y la maldad caminan por este mundo. Y de vez en cuando las personas buenas sufren cosas malas.

María tenía los brazos encima de las rodillas, los dedos entrelazados y la cabeza baja, mirando al suelo.

—María, ¿me vas a decir algo que no sepa? ¡Ya no aguanto más que lo evites! — estaba bien que Ariane tuviera un momento de paciencia, pero de ahí a ser una monja, ni de lejos.

—¡Estás en lo cierto! —María levantó la cabeza y miró al fondo de los ojos de Ariane—. João quiere que sepas algo que nosotros nunca comentamos con nadie. Ni con nuestros padres.

Ariane se calló y tragó en seco.

—Quiere que sepas sobre nuestro pacto personal.

—¿«Pacto»? —preguntó Ariane, desconfiada ante un tono casi estridente, abriendo mucho los ojos.

—Y de nuestro pacto de nunca comentar al respecto.

María siguió mirando a la adolescente sin decir nada, como a la espera de fuerzas para continuar.

En el silencio de María, Ariane entendió.

—María, ¿estás hablando de la casa macabra?

—Sí —ella movió la cabeza sin tartamudear y Ariane, por primera vez, vio algo sombrío en la expresión de su amiga.

—¿Quieres decir que hay más?

María miró para abajo, reflexionando. Apretó los labios. Después se mordió el inferior. Inspiró a fondo y exhaló con fuerza, hasta que reunió el coraje para decir:

—Sí, lo hay —dijo ella otra vez, envuelta en la tonalidad sombría—. Y ya es hora de que sepas lo que nunca fue contado por los bardos, Ariane. Es hora de que conozcas las peores partes.

João Hanson llegó al lugar «marcado» y se quitó el yelmo del rostro. La fuerte lluvia había dado una tregua, pero seguía cayendo con la suficiente intensidad como para dejar húmeda el alma de una persona. Cuando caminaba, la capa encharcada pesaba. Pero él se movía como si el peso que soportaba en las espaldas resultara soportable.

En el camino, la misma carroza seguía volcada. Los mismos muertos continuaban abandonados a la espera de un vivo que les diera un entierro decente. Y ese no sería João Hanson.

A la postre él ya no sabía quién era ni por qué camino andaba.

Pisó en tierra mojada, en hojas caídas y ramas partidas. Escuchó el viento sibilante, pero no se estremeció. Sintió el olor de la muerte y le gustó su intenso aroma. Caminó como un hombre que ya no se reconociera y al mismo tiempo se descubriera, sin saber qué tan bueno sería. Y malo.

—Entra en el círculo —la voz de ella surgió y ordenó.

João Hanson observó un círculo construido en la tierra mojada, formada por ramas que dibujaban símbolos místicos. Había elementos en los cuadrantes alrededor, pero no se preocupó por percibirlos, pues allí no había preocupación ni indecisión. Al menos ya no. La decisión había sido tomada en el momento en que había caminado y colocado el cordón alrededor del cuello de ella. Otra vez.

Entró en el círculo y el hada caída de rasgos orientales sonrió. En la mente de ella había una certeza.

La existencia de aquel guerrero sería intensa, como una vida eterna.

—Es hora de que libere tus círculos de energía.

João Hanson cerró los ojos y separó los brazos, entregando el alma a un destino que aún no distinguía. Se arrodilló y sintió la tierra húmeda. Bajó la cabeza y percibió el dibujo que las gotas hacían alrededor del círculo de magia en que estaba.

Aquel era un camino sin regreso. Los ojos se cerraron, pero las imágenes de las

gotas en aquel círculo se grabaron en la mente. Y él las visualizaba incluso en la más pura oscuridad.

Aquel círculo parecía un círculo de lluvia.

Livith esperaba a Axel Branford. Desde un balcón, el príncipe de Arzallum observaba el mar infinito, cuyos nodos unían aquellas tierras a las tierras a donde Arzallum se dirigía a combatir. Era casi onírico imaginarse en un lugar como aquel, tanto en forma física como en motivación psicológica.

Al final, cuando Arzallum fue invadida por piratas y las brujas renacieron, en hechos que culminaron con la muerte de sus padres, él estaba lejos. La culpa seguía allí. En ese momento era el turno de su hermano de liderar Arzallum y él no pretendía mantenerse lejos esta vez.

Para que eso aconteciera sería preciso sacrificar buena parte de sí mismo y de todo aquello que creyó que renegaría. Y pese a haber cruzado fronteras e incluso planos, esa era la verdadera hora de decidir.

Fue llamado de vuelta al salón de la gran torre circular. Allí estaban Livith y el rey Peter Pendragon. El rey elfo no parecía muy entusiasmado, pero las decenas de elfas esparcidas en la sala sí.

Axel se colocó al lado de ella y delante de él. Y así, mirando al rey elfo de arriba abajo, escuchó preguntar:

—Axel Terra Branford, hijo de Primo Terra Branford, primer príncipe de Arzallum, ¿aceptas casarte con Livith, princesa hada élfica y señora de la Tierra de Nunca Jamás?

Axel se acordó de ella. Claro que se acordó en ese momento. Claro que, una vez más, deseó que todo fuera diferente. Pero aquel no era un cuento de bardos. Era el mundo real. Y era el momento de asumir su papel en el mundo.

—Acepto.

Las elfas sonrieron y en tierras humanas nacieron sueños ante tales inspiraciones. La mayoría se dirigió hacia fuera del salón para cuidar sus funciones y los preparativos.

A su lado, Livith parecía feliz.

Y Axel no sabía si debía sentir culpa por ello o no. Una parte de él, al mirarla, también se sentía bien.

—La ceremonia se iniciará en algunas horas —dijo Lirath, hermana de Livith, antes de que el rey Peter volviera a su trono y de nuevo hundiera el rostro entre sus manos, cabellos y melancolías.

Livith tomó la mano de Axel y la sujetó entre las suyas. Axel no sabía si era por cariño o a modo de consuelo. No importaba: tanto él como ella sabían que aquel momento de paz sería temporal.

Que, si podía nacer algún amor entre los dos, debería hacerlo entre piedras y espinas. Y que el mundo estaba en guerra.

Aproximadamente diez mil soldados navegarían hacia la guerra. Los navíos se hallaban apostados en el puerto de Andreanne, a la espera de los ventos que los llevarían a la muerte. Los soldados marchaban ante los saludos y los gestos de familias que tal vez no volverían a ver, y algunos habrían jurado que el olor salino del mar parecía demasiado ferroso aquella noche.

En medio del puerto, observando uniformes, blasones y aceros, la Banshee, la dama de rojo, miraba a los millares de personas que se desencontraban entre lágrimas y lamentos. Ella sabía cuáles volverían y cuáles no. Tal vez por eso aquella noche no lloró. Ni sonrió. Algunos uniformados que pasaban ante ella la veían, pero no lloraban por un lado del rostro.

Todavía.

Sin embargo, de haberles preguntado, todos los que la veían habrían jurado que el olor ferroso, el cual parecía por encima de la sal del mar, provenía de ella.

Era un olor que recordaba al de la sangre.

—Desde el primer día él fue encerrado en la celda claustrofóbica improvisada por debajo de la escalera. Estábamos lastimados por lo que comíamos.

—¿Cómo lastimados?

—Imagina qué implicaría para tu sistema digestivo deglutir pedazos de madera que engulliste como si fuera chocolate. Imagina cómo hierve tu estómago cuando ingieres cemento que tomaste por mermelada. O cuando llevas entre los dientes porque creías que era jugo. O cómo quedan tus cuerdas vocales porque tragaste fragmentos de vidrio como si fueran pasas.

Ariane sintió que la piel se le erizaba. Ella ya había oído esa historia, pero se estremecía cuantas veces le era contada.

—La boca sangraba, la lengua ardía, la garganta dolía tanto, pero tanto, que debíamos escupir la saliva ensangrentada en vez de tragarla.

Ariane apretó los labios para reflexionar si en verdad le gustaría conocer las peores partes. Pero aquel era un camino sin retorno.

—Ella encerró a João debajo de la escalera, en un lugar oscuro. De día entraba algo de luz por algunas grietas. De noche se quedaba en el negro total. Pero lo más difícil para él era percibir las ratas que corrían cerca y tropezaban con él. O se subían en él. Y también escuchar mis gritos.

—¿Por qué gritabas, María?

—Yo era una esclava en aquella casa. Limpiaba cráneos, vasijas, nidos de murciélago. Todo eso, encadenada por los pies. De vez en cuando pensaba en huir, aunque con dificultades, pues no podía dejar a mi hermano solo allí.

—¿Crees que no habrías conseguido ayuda a tiempo?

—No sin poder correr. Era más fácil que la vieja me atrapara. ¿Sabes?, qué bueno que en tu caso sucedió, Ariane, qué bueno, pero no en todas las historias aparece un cazador heroico.

Ariane era toda seriedad.

—Cada día la vieja venía con una larga aguja caliente. Una maldita aguja que ella clavaba en un lugar que elegía en mi piel, para después reír.

—¿Por qué lo hacía?

—Era una caníbal capaz de estar días enteros sin alimentarse. No necesitaba comer carne a diario. Le bastaba con sentir el sabor, ¿entiendes?

Ariane sintió enojo.

—¿Estás diciendo que después de clavarte esa aguja caliente...?

—Ella se iba a una mecedora y se quedaba allí, lamiendo la aguja como si fuera un dulce.

La metáfora resultó cruel.

—¿Era así todos los días, María? —Ariane casi derramaba lágrimas, sólo por proyección.

—¿Quieres ver?

Ariane asintió, más por tener conciencia del camino sin regreso en el que se había metido que por verdadera voluntad.

María soltó una parte del hombro del vestido que había usado para salir con Casanova. Era un atuendo que cortaba en diagonal por arriba de un *top* y que dejaba uno de los hombros al descubierto. En este caso, al soltar el tirante, toda la parte del tronco cayó en su regazo y quedó sólo con el *top* que le cubría el busto. Entonces se volvió de espaldas a Ariane y apartó el hermoso cabello lacio.

Ariane vio las decenas de pequeñas cicatrices en su espalda.

—María.

—Si no trabajaba, me golpeaba con una olla, siempre llamándome con ese nombre, que en la boca de ella sonaba siniestro: «Anda, cabello de oveja... trabaja, cabello de oveja...».

—¡Pero tu cabello es lindo! No entiendo por qué insistía en que tu cabello parecía...

—No el de una oveja viva, Ariane, sino el de una muerta, después de que su piel ha sido separada en un caldero de agua caliente.

Ariane inspiró hondo y, una vez más, creyó que vomitaría.

—João debía comer en exceso para ser sacrificado en el futuro. Sólo que la mujer tenía «animales» que darle. Para que él comiera, ella debía hacer «eso» con él, ¿sabes? Lo que ella hizo para que comiéramos las cosas creyendo que eran dulces.

—Magia negra.

—El hecho era que todo lo que comía a la fuerza, luego lo vomitaba. Así que en vez de engordar, comenzó a ponerse cada día más delgado, flaco y esquelético. Un día la vieja decidió que estaba hasta la coronilla y que lo mataría así como estaba — las manos de Ariane estaban húmedas; la boca, seca—. Ella lo sacó de adentro y, pobrecito, él estaba muy flaco y lastimado, y casi no podía hablar. ¡En realidad él no

podía hablar! Su cabello estaba tan crecido y espeso, las uñas inmensas, y había patas de cucarachas presas entre los cabellos.

—¿Ella había preparado el salón antes?

—Sí, había esparcido humo con un... Espérame... ¿cómo sabes de estas cosas?

—Eh —dijo Ariane, antes de que comenzara a tartamudear—: João me contó una vez algunas cosas que hacen las brujas.

—¿En verdad? —María parecía sorprendida de imaginar a su hermano hablando de semejante asunto.

—Pero ¿después de que ella lo trajo?

—Lo amarró a una silla y encadenó mis muñecas para que yo solo mirara. ¡Y de ahí comencé a gritar y a pedirle que parara y nos soltara! ¡Pero ella sólo reía! ¡Entonces le quitó la ropa a João y comenzó a pasar el humo de un sahumero alrededor de él! Comenzó a murmurar palabras en un idioma sombrío y a girar aquella cosa alrededor de determinados puntos del cuerpo de João, ¿sabes?

«Círculos». Ariane sabía de qué hablaba María: *madame* Viotti le había contado sobre los «círculos energéticos» alrededor del cuerpo humano.

Lugares donde el cuerpo absorbe e intercambia energía entre el mundo material y el espiritual.

—¿Cuántos años tenía él, María?

—Siete.

Siete. La edad en que los círculos de un niño se consolidan completamente.

—¿Pero no fue entonces ese día cuando...?

—No. ¿Sabes? Pensando más fríamente, ella quería hacerle mal a él hasta ese día. Pero no lo logró.

—¿Él reaccionó?

—No tenía fuerzas para eso. Pero, no sé, ella, cuando llegó al círculo encima de la cabeza de él, no sé si vio o sintió algo, pero fue algo diferente. ¿Sabes?, se puso nerviosa, con rabia, pero de pronto modificó su expresión.

Ariane quería sacudir a María para hacerla decirle todo de una vez, pero se controló.

—Cuenta mejor.

—Ella tenía un cuervo que, de repente, comenzó a lanzar aquel grito agudo e insoportable. La vieja abrió mucho los ojos, como si sólo entonces se diera cuenta de algo que no había percibido antes. Y comenzó a insultar a todo y a todos, diciendo que João tenía el cuerpo «cerrado».

Ariane habría dado todo porque *madame* Viotti estuviera allí en ese momento, escuchando ese relato. María Hanson conocía a Viotti, pero simplemente como una estudiosa en artes de las tinieblas a quien le gustaba la compañía de Sabino von Fígaro. Sin embargo, el conocimiento de que ella había iniciado a Ariane por ser

sacerdotisa de un aquelarre de brujas iba mucho más allá de lo que debía saber.

—¿Y ella lo encerró de nuevo?

—Sí, pero como, por sus propios motivos, no podía herir a João ese día, comenzó a fijarse mejor en él. Entonces su expresión cambió de nuevo y entró en éxtasis cuando percibió algo en él.

—¿Recuerdas qué dijo?

—Cosas como «haberle tirado al cordero y acertado al pastor».

—¡Uf! —Ariane intentó, intentó e intentó, pero no consiguió llegar por sí sola a una conclusión que sonara lógica.

—Comenzó a decir que mandaría llamar a algunas «invitadas». Y que brindarían bajo la «luna de sangre» en aquel momento histórico.

Ariane intentaba procesar tanta información, pero para eso necesitaba llenar algunos huecos:

—¿Cómo hizo para invitar a esas personas?

—Con una especie de «sirviente».

Ariane abrió mucho los ojos.

—¡Ustedes nunca contaron eso!

—Nunca contamos nada de lo que te estoy diciendo, Ariane. Sólo a la Guardia Real.

—¿Y quién era ese sirviente?

—El mismo que traía los animales para que ella comiera. Él aparecía muy poco, creo que una vez por semana, y sólo cuando la noche era de un negro total. Nunca le vi el rostro, pero...

—¿Pero...?

—Olía a sangre, ¿sabes? Y, bueno, cuando debía cocinar los animales, nunca tenían sangre dentro.

—Crees que su sirviente podía ser un...

—Creo que bebía la sangre de los animales antes de entregar la carne.

Ariane perdió otra vez la voz.

—¿Alguna vez la escuchaste decir su nombre?

—No sé si era su nombre. ¡Pero Babau se refería a él como Nosferatu!

El solo nombre estremecía. A las dos.

—¿Y ese... esa cosa fue a llamar a las invitadas?

—Sí, creo que eran tres brujas. No recuerdo el nombre de ninguna de ellas.

Ariane guardó silencio y apoyó la nariz en el puño cerrado, pensativa. Y de pronto, sin previo aviso, preguntó:

—María, volvamos a algo. Entonces ella no pudo hacerle mal a João porque él tenía el «cuerpo cerrado».

—Sí. Más tarde entendimos.

—Fue el tío Hanson, ¿no? En aquel pacto con el conde. Fue él quien cerró el cuerpo de João.

—A cambio de su propia alma.

Las dos quedaron en silencio una vez más.

—¿Tú. —Ariane se arriesgó— crees que João consiguió liberar el alma del tío Hanson? Ya sabes, en el Tribunal de Arthur, al matar al conde.

—La falta de certeza es lo que atormenta a mi hermano todos los días, Ariane.

Ariane se sintió mal por un momento. Su novio era el muchacho más responsable y valiente que había conocido en la vida. Un joven de vida difícil que cargaba un mundo en las espaldas por situaciones mucho más grandes de lo que debía haber sido capaz de tolerar.

Y ella, en vez de darle el apoyo que necesitaba, a últimas fechas hasta le fastidiaba la vida con celos idiotas y ataques de cólera.

—Entonces llegó el día en que la vieja decidió que podría continuar.

—Sí, ella vio que el cuerpo de João sólo tendría una grieta en una Luna negra. Y fue cuando me mandó que le cortara una de las manos y pusiera la sangre en copas, y le sacara el corazón para comérselo más tarde.

—Y tú mataste al cuervo.

—Sí, y ella fue a mirar el caldero. No sé cómo, en un acceso de rabia y locura, le acerté con la misma olla con que ella me pegaba si no trabajaba. Ella cayó en el caldero...

—Entonces eso explica por qué no murió.

—¿Cómo es eso?

—¡Si ella te había ordenado poner sangre en una copa, debía ser para su sirviente! María se sorprendió de qué tan obvio era todo. Bastaba con que ella quisiera recordar los detalles que los Hanson siempre desearon olvidar.

—¿Crees que el sirviente andaba cerca?

—¡Está claro! Fue él quien debe haber sacado a Babau del caldero hirviendo, luego de que João y tú huyeron. De lo contrario, aquella vieja horrorosa se habría cocido allí.

Ariane hablaba con rabia. María llegó a asustarse con el tono. Sin embargo, ella también odiaba a Babau y comprendía el sentimiento.

—¿Sabes, María? Hay dos cosas que quería que supieras. Pero, así como tú sólo me contaste hoy sobre esas cosas que yo no sabía, yo también quería que me dieras el derecho de querer explicarte cómo sé de esas cosas cuando tenga ganas de hacerlo.

María se agitó en su silla. Si la situación hubiera sido opuesta, Ariane la habría llenado de preguntas antes de aceptar. Pero María simplemente se volvió y dijo:

—Está bien.

—Iremos con una persona que conoces, pero quería que mantuvieras esa

promesa, ¿está bien? De sólo escuchar sin hacer preguntas acerca de cómo sabe ella determinadas cosas, ¿sí?

María lo pensó un poco. Y dijo:

—Está bien.

—¡Entonces levántate y vamos ya! Ponte una blusa mía para que no andes con ese vestido. Vamos hablar con alguien que en verdad puede ayudarnos. Finalmente descubriremos, aunque ya tengo miedo de saber, en quién o en qué puede convertirse João.

Aquel casamiento decidiría una parte de la guerra. Primero, ella entró con una túnica de lino plateada y ligera, que sólo resaltaba el brillo de la piel dorada. El largo cabello estaba sujeto por una guirnalda violeta y traía un cinto de eslabones de oro alrededor de la cintura. Usaba anillos de color de jade repartidos en ambas manos y pendientes de joyas de color encarnado. Calzaba sandalias, cuyas cintas doradas le subían entrecruzadas alrededor de los tobillos, y una cadena de oro de donde colgaba una medalla de plata pulida, con el símbolo de un sol grabado en el centro.

Él entró por el otro lado, al mismo tiempo, con las vestiduras que le proporcionaron. Las ropas eran más oscuras y tendían a un tono entre verde musgo y ámbar. Los dobladillos llevaban tiras de plata que resaltaban la belleza de la tela esmeralda oscuro, y calzaba sandalias del color del carbón con presillas alrededor de cada dedo. En su cuello había también una cadena de oro, de donde colgaba, esta vez, una medalla de plata pulida con el símbolo de la Luna llena tallado.

Al principio al príncipe le extrañó la elección. Finalmente visualizaba al Sol como un símbolo masculino, y a la Luna, femenino. Sin embargo, Lirath, la elfa amazona que lo ayudó a prepararse, le había explicado bien. Para aquella raza los astros no tenían sexo. Y Nunca Jamás era la «tierra donde no oscurecía».

Luego entonces, el Sol era élfico y la Luna, humana.

La ceremonia se celebraba en el corazón de Themiscyra. El lugar era un soporte circular levantado por poderosos cables entre dos puntos. Como se localizaba en el corazón del hogar de las elfas amazonas, centenares de ellas acompañaban la ceremonia no sólo a la misma altura en que la plataforma había sido levantada, sino también desde centenares de metros arriba y abajo, desde los más variados e inusitados ángulos posibles para presenciar algo.

El rey Peter Pendragon estaba en el centro de la plataforma circular. Vestía un ropaje de cuero negro grueso que le cubría el tronco, mas no los brazos. La pieza de

cuero llegaba a la altura de las rodillas, con dos hendiduras laterales y la cintura circundada por un cinturón pesado con una hebilla cuadrada de oro. Llevaba unos pantalones igualmente oscuros por debajo de la única vestimenta y botas con tiras plateadas amarradas, cuyo dobléz se elevaba hasta los tobillos. Dos brazaletes de bronce adornaban sus muñecas, y había anillos de batalla en sus dedos. En la parte superior del pecho, dos inmensos botones de plata cumplían la función de insignias y prendían una capa roja, que le caía a la espalda por debajo del largo cabello rojo. No sonreía ni parecía siquiera un poco más feliz.

A su lado, una elfa amazona clériga, con una tiara de cuero trenzada alrededor de la parte superior de la cabeza y un vestido tan blanco que parecía estar en el límite de volverse transparente.

Axel observaba las expresiones de decenas de elfas Amazonas. Completamente diferentes de la reacción de una mujer de la raza humana, ellas presenciaban la ceremonia con la expresión que un ciudadano se impone cuando un siervo real decide leer el decreto de un rey en plaza pública. Una expresión que demostraba que se tomaban muy en serio ese momento, pero que no estarían allí de no ser estrictamente necesario o que fueron llevadas por la curiosidad de mirar algo externo que las sacara de la rutina.

La elfa amazona clériga solía bendecir a los recién nacidos, realizar ceremonias religiosas y hasta llevar a cabo casamientos entre elfas, información que había erizado los cabellos de Axel. En realidad, la idea de matrimonios entre elfas no se daba como en el concepto humano, sino que representaba una unión entre hermanas. Las elfas Amazonas no dormían juntas y, si lo hicieran, no es asunto nuestro, pero los actos con propósitos de reproducción de sus rebaños seguían siendo mediante los indios mohicanos seleccionados, que servían en Nunca Jamás por voluntad propia. Si dos elfas Amazonas vivían bajo el mismo techo, sus niños elfos crecían juntos, aunque no hubiera un apego maternal.

Ese era el concepto más cercano al de familia humana que aquella raza conocía.

Así, casar a una elfa con un ser masculino era un momento único para la clériga. Ella habría tenido la oportunidad de hacerlo antes, con el rey Peter Pendragon, pero, desgraciadamente, Wendy Darling no había sobrevivido para eso.

Livith entró de un lado del puente y un observador habría jurado que era un puente firme. Tal era la seguridad con que ella caminaba sin que la plataforma temblara siquiera. De la mano de ella, un niño elfo, con las típicas orejas en diagonal para abajo, caminaba sonriendo, lo cual recordaba al menos un poco una reacción humana en la misma ceremonia.

Del otro lado Axel era lo opuesto. Cada vez que pisaba el puente construido con madera y lianas trenzadas, más parecía que anduviera en la cuerda floja de un circo itinerante. El puente temblaba; el cuerpo se balanceaba; el mundo oscilaba y, aun así,

él debía caminar sin mirar atrás. Caminar hacia ella, la elfa de largos y espesos cabellos violáceos, cuya piel parecía de oro. Caminar hacia otro corazón.

Caminar hacia un casamiento que cambiaría el destino del mundo.

A su lado, otro niño elfo lo guiaba también y era esencial para que él llegara de un punto al otro. Caminaron hasta que pisaron la plataforma circular y Axel sintió de nuevo el bamboleo de la base, como si el suelo en que intentaba mantenerse en pie fuera una inmensa cama elástica. Para los elfos era como si pisaran en tierra firme.

La clériga elfa comenzó a hablar en erdim y Axel entendió la intención de todo lo que ella quiso decir:

—Por la eternidad de una era, por el tiempo en que una vida élfica exista, por el tiempo que un sol consiga iluminar una tierra que no oscurece, por el sentimiento que da vida a seres formados de éter, por la fuerza espiritual que da vida a los semidioses, por la fe capaz de criar dioses por encima de nuestras comprensiones, por el egrégor que une universos y da sentido a la Creación.

Livith se volvió a Axel Branford y tocó su cadena circular con la forma de un sol. Para sorpresa de Axel, con la presión correcta, el círculo se partió de manera perfecta, dividiendo en dos el dibujo del Sol.

La elfa entonces asintió hacia el príncipe.

Axel Branford tocó su propia medalla de plata y tardó un poco más, pero al fin encontró un punto donde hacer presión. La medalla de la luna se partió también.

Entonces Livith se acercó a él y encajó su mitad partida con la imagen del Sol en la mitad de la Luna que aún colgaba del cuello de Axel Branford. Y dijo:

—Por la luz infinita que brilla en el sol eterno que Ocaso no puede tener.

Y entonces, una vez más, Livith presionó en el punto adecuado y su mitad se prendió a la de Axel Branford, formando esta vez un símbolo con la mitad de un sol del lado izquierdo y la mitad de una luna del lado derecho.

Axel llevó su mitad a la cadena de ella y dijo lo que le vino a la mente, inspirado por el corazón:

—Por las estrellas románticas que brillan en la noche que Nunca Jamás no puede ver.

La mitad encajó, formando una figura con la mitad de una luna llena del lado izquierdo, y la mitad de un sol del lado derecho.

Entonces la clériga elfa dijo:

—Las líneas que los ligan a la vida y a los sueños ahora se entrelazan. Y el destino que vela por el camino de los dos ahora es uno solo.

Entonces Axel comprendió que había llegado el momento de abrazar a la novia. Aquel era otro momento único de la ceremonia. Finalmente, su primer impulso como ser humano sería besarla. Sin embargo, para las elfas amazonas el abrazo era un acto mucho más intenso que el beso. Fue así que Livith entrelazó los brazos en el cuello

de él y se metió en sus brazos. Axel inclinó un poco el cuerpo para que su pecho llegara lo más cerca posible del de ella. Había comprendido que esa era la clave del momento.

El momento en que ambos compartían el mismo latido del corazón.

Al principio Axel se sintió incómodo. Al final aquel era el abrazo más largo de su vida. Poco a poco una sensación de calor comenzó a unirlos, distinta a la sensación térmica de calor, pues venía de adentro hacia fuera. Era como si hubiera un círculo de una misma energía, una fuerza vital que girara de él a ella y de ella a él, a cada momento y en creciente igualdad. Él inspiraba fuerte junto con ella y, cuando los puntos cardiacos de ambos eran presionados con mayor fuerza, parecían compartir los mismos sentimientos.

Y Axel se sintió vivo. Y sintió la belleza de estar vivo. Y la pureza de estar vivo.

Livith recostó la cabeza en el hombro de él, y él la apretó aún más contra sí, como si aquello «enviciara». Como si él y ella se amalgamaran y se convirtieran en un solo ser, no de materia, sino de la energía más pura. De sentimientos más puros. Como si aún fuera posible que cualquier ser vivo, de cualquier raza, de cualquier creencia, de cualquier lugar, existiera y coexistiera en un único mundo, ya fuera ese mundo hablado en lenguas vivas, muertas o de intenciones. Ya fuera ese mundo material o etérico. Ya fuera ese mundo gobernado por sentimientos tan extraordinarios, que estarían dotados de lo fantástico.

Un mundo que no necesitaría de leyes de hadas ni de leyes de hombres.

Un mundo que no cazaría a las brujas ni idolatraría a las hadas.

Un mundo donde el dolor no enseñaría, sino que sería una excepción.

Un mundo donde los amigos se volverían a ver.

Un mundo donde los padres no serían separados bruscamente de los hijos.

Un mundo donde la riqueza no sería tomada, pues no habría precio al valor de la paz interior.

Un mundo de lágrimas distintas, pero de una sonrisa única.

Un mundo de un solo sentimiento.

Un mundo de una sola sangre.

Un mundo de una sola vida.

Un mundo de un solo amor.

El rey Anisio Branford se detuvo en el centro del muelle para observar el horizonte triste y sombrío.

Uno de sus capitanes le preguntó:

—¿Su majestad está seguro de que no debemos esperar al amanecer?

—Cuando amanezca, capitán, quiero que estén navegando mares y visualizando destinos. Yo estaré en el campo de batalla más rápido de lo que puedan pensar. Y las batallas comenzarán más pronto de lo que cualquiera de nosotros imagine. Probablemente antes de que nazca el sol.

El capitán asintió y dijo antes de retirarse:

—Majestad.

El rey Anisio Branford se quedó allí, observando a los soldados que eran suyos hacía tan poco tiempo enviados ya a los campos de batalla. Sintió en los hombros el peso que soportaban las insignias y una pesada capa, cada vez más pesada por el agua de lluvia que se acumulaba. Tal vez el peso viniera de la carga. Tal vez de la conciencia.

Tal vez de la presencia de la Banshee detrás del rey.

Él no podía verla, pero la sentía, no porque fuera el monarca, sino porque estaba vivo. La nuca se le erizaba y él sabía que no era sólo de frío. Sabía que ella paseaba por ahí.

Y debía ser lo bastante fuerte para aun así seguir adelante.

Seguir como esperaba que su hermano continuara también. Si Axel fallaba, toda Arzallum fallaría. Su castillo de cartas caería y nadie jamás lo levantaría de nuevo.

Mientras tanto, entre pensamientos, temores y ansiedades, en aquel silencio, ante la lluvia, el coraje y todo lo que de él emanaba, Anisio Branford hacía una oración.

Oraba a su Creador para hacer lo que se esperaba de él.

Oraba a miles de semidioses para que le dieran vida el tiempo suficiente para cumplir los designios que su padre le dio al nacer. Designios que sólo él conocía.

Designios que ni los propios semidioses serían capaces de imaginar.

Designios que sólo su Creador sería capaz de desvelar.

La lluvia que caía trascendía el silencio del rey. Las lágrimas que brotaban alrededor de aquel rey, de una manera inmensa, tocaban en su responsabilidad.

Y, de espaldas a la muerte, el rey Anisio Branford pidió por la vida de sus soldados.

No hubo gritos de guerra. No hubo discursos inflamados.

Sólo las lágrimas de las familias en espera, las cuales caían en charcos de aguas sucias, y sólo los anillos de agua que se formaban por las lágrimas de la lluvia, que tocaban el agua oscura del mar.

Y no importaba si los círculos concéntricos se formaban por las lágrimas de los hombres o por las de la lluvia. Cada vez que aquellos reflejos provenientes del toque del agua en dos formas distintas formaban otros círculos, ya fuera en los charcos oscuros o en el mar sombrío, la impresión era siempre la misma.

Cuando amaneciera, las primeras batallas ya habrían comenzado.

Aquellos malditos círculos eran círculos de lluvia.

Acto 3



Círculos de lluvia



Los ojos se mantenían cerrados mientras sentían la lluvia que le empapaba el cuerpo arrodillado. Y desnudo.

Había un olor a orquídeas en el aire, y dicen que las orquídeas son las flores con el mejor olor del mundo. Aquel muchacho ya había sentido un aroma muy semejante a chocolate y fresa en orquídeas raras. Por eso resultaba irónico que, en ese momento, sintiera de nuevo algo parecido.

Finalmente, cuando era un niño, ese olor solía recordarle lo mejor de la vida.

Después de casi haber sido sacrificado en un ritual de magia negra por una bruja caníbal, ese mismo olor pasó a recordarle lo peor.

João Hanson sentía que su espalda era desgarrada y no gritaba. Escurrían lágrimas de dolor. Los dientes estaban apretados. Los dedos se retorcían hasta trabarse y se ponían a temblar.

Detrás de él, el hada caída seguía dibujando en su espalda algo que él no veía. Sentía que el trazo era hecho con un pedazo de tejo común, un árbol de savia y follaje venenosos. Mientras tanto, aquel pedazo de madera en la mano de aquella hada caída no era de una rama, sino que se convertía en una varita de utilidad mágica.

Curiosamente el tejo, al tiempo que se componía de taxina, un alcaloide venenoso, también tenía elementos con virtudes curativas, como el taxol contenido en sus hojas, un agente antitumoral conocido por las tribus de los indios mohicanos extintas o que nunca jamás fueron vistas de nuevo.

João Hanson no tenía idea si el contacto con eso le haría bien o mal.

Tampoco parecía importarle.

La piel fue cortada una vez más, en dirección vertical. Antes había sido cortada horizontalmente, a la altura de los omóplatos. Ahora el dibujo se iniciaba desde lo alto y descendía por la columna vertebral. Sangraba mucho. João alcanzaba a ver la sangre que, de vez en cuando, caía en la tierra mojada donde estaba arrodillado.

Aún así no gritaba.

Lo más curioso era que, mientras más lo cortaba el hada caída, con más intensidad sentía él que algo le quemaba en el estómago, esparciéndose por el cuerpo como electricidad. Los labios comenzaban a mostrar los colmillos y el mundo, a cada momento, parecía diferente.

Para bien o para mal.

Ella esparció la sangre por el dibujo como si fuera tinta y aquello ardió.

João Hanson no lo veía, pero después de que la sangre era esparcida por la varita en manos de aquella caída y llenaba los espacios del dibujo tatuado, se iba volviendo negra.

—Elige tres nombres —dijo el hada caída, con su voz tan gélida como pálida era su piel, con su corsé negro y sus cabellos oscuros—. Tres nombres que estarán ligados a tu línea de vida todas las veces y por todas las vidas que camines.

João Hanson comprendió: tres nombres que cerrarían su cuerpo y se cerrarían en su cuerpo.

—Tú sabes cuáles son.

El hada caída ni siquiera sonrió. En el omóplato derecho tatuó una «H». En el omóplato izquierdo, una «M». En la base de la columna, una «A».

Lo más curioso era que, por la numerología, la suma de aquellas letras resultaba en algo muy especial, tratándose de cazadores de brujas.

—Ahora posees la suma del número 13 en las espaldas. Existen cazadores que vendería el alma por eso.

João Hanson no dijo nada. Entonces sintió en la espalda, a la altura de la región entre los omóplatos, que lo quemaban una vez más.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con voz ronca.

—Te doy el nombre que llevarás hasta que ya no sea tuyo.

João continuó sintiendo la madera cortarlo como una lámina y la sangre esparcida como tinta.

Y de nuevo no emitió un solo grito.

—De pie.

Cuando se levantó, cada articulación pareció lanzar un quejido de cansancio. Sentía un poco del dolor que experimenta un hombre con calambres, pero por un periodo mucho menor de tiempo. Lo más curioso era que, por más sombrío que resultara ese momento, y por más difícil que pareciera, se sentía renovado a cada respiración.

Aunque cada respiración pareciera costarle un pedazo de sanidad.

—En nombre de las fuerzas innombrables, de energías indestructibles y de mantras inextinguibles, doy por iniciado este trabajo.

Los cabellos de él se volvieron a erizar. La nariz comenzó a sangrarle. Sin embargo, por primera vez en su vida a João Hanson le gustaba esa sensación.

Ella hizo girar la varita por encima de la cabeza del muchacho. Después la agitó como si brotaran fluidos de allí. Y se mantuvo estática, como si fijara aquella energía. Y lo hizo así, ante la frente. Y ante la garganta. Y ante el pecho. Y ante el bazo. Y ante el ombligo. Y abajo del ombligo.

João Hanson se sintió invadido por una energía primitiva que hacía aflorar instintos que no estaba en condiciones de bloquear.

—Ahora eres un cazador de cuerpo cerrado —dijo ella, indicando la armadura esparcida en el suelo—. Y tus círculos de energía están despiertos.

João Hanson comenzó a ponerse el uniforme de batalla y su mirada recordaba más la de un felino a la espera de su presa.

—Ahora puedes penetrar a lugares profanados, puedes deshacer trabajos de magia, puedes derrumbar paredes de cráneos, puedes hasta escupir en la misma saliva de una bruja y, aún así, no resultarás afectado. Tus enemigos no podrán hacerte mal a través de la magia y sentirás sus presencias como sientes el olor de la lluvia o el frío del viento.

João Hanson se acomodó la espada y mostró los colmillos al hada caída. Sería posible decir que hasta se escuchaban sus gruñidos.

—Entiende que no usarás tus dones para cazar. Cazarás porque ese es tu don —en definitiva se oían gruñidos—. Los tiempos en esta nueva era transcurren con rapidez y es preciso que tu proceso sea más acelerado de lo que parecía al principio.

Antes de que él se pusiera el yelmo cerrado, Strix fue hasta él y estiró la varita a la altura de los ojos. Entonces él vio dónde estaba presa su protegida. Y, como un predador liberado de la correa, partió como un animal salvaje por los senderos sombríos del Bosque de Las Andidas.

El niño que había sobrevivido a brujas sombrías ahora estaba listo para cazarlas.

La situación de João me recuerda a «las tres heridas». María Hanson y Ariane Narin se miraron con expresiones curiosas. La típica mirada de quien no sabe si está escuchando algo positivo o destructivo.

—¿Qué es eso, *madame*? —preguntó Ariane.

Madame Viotti pensó en cuánto debía decir. Ariane la había buscado y ella se sorprendió cuando la chica entró con María Hanson. Pero, por la urgencia de la voz de la joven, algo en verdad era diferente aquella noche.

Y *madame* Viotti decidió que iría hasta el final.

—Cuando una persona se volverá espiritualmente avanzada, pasa por una especie de provocaciones, ¿comprenden?

Ariane observó a María para dilucidar si ella cuestionaría algo, pero esta se quedó mirando. A Ariane le gustó eso.

—Por ejemplo, para que alguien se convierta en el Pendragon —continuó Viotti— es preciso que el elegido pase por tres grandes provocaciones. Tres momentos de dolor que le traerán la evolución necesaria.

—Pero —esta vez María se manifestó, ignorando, sin embargo, curiosidades más grandes que surgían en aquel momento—, ¿esa evolución siempre debe realizarse mediante tres momentos malos, *madame*?

—Eso varía de acuerdo con la era por la que el planeta esté pasando. En el caso de Nueva Éter, estamos iniciando la nueva era, donde pasaremos por momentos de intensas provocaciones y entonces obtendremos el merecimiento y la evolución espiritual. El mundo evolucionará por provocaciones a través del amor.

—¿Fue así también en la era del rey Primo Branford? —preguntó Ariane.

—No. Primo dio fin a la era antigua. Una era donde todo era dolor. Su reinado estuvo marcado por la provocación de la Cacería de Brujas, que le dio una bonanza temporal. Pero incluso él sufrió en carne propia al final por no creer que semejante sufrimiento no había terminado. Y la nueva era no se había iniciado todavía.

—¿Y por qué piensa que João pasó por tres heridas? —insistió Ariane.

—Queridas, necesito que entiendan que lo que diré ahora sólo se basa en hechos, no en mi opinión ni en mi deseo real, ¿comprenden?

Las dos asintieron.

—El hecho es que, por más difícil que resulte pensar en ello, sabemos que, si dependiera en exclusiva del destino, João Hanson estaría muerto.

Ariane y María sintieron una punzada en el corazón. Aquel era el tipo de asunto que a ninguna de las dos les gustaba comentar, y ni siquiera pensar. Antes de que se manifestaran, y antes de que el ego comenzara a generar negaciones ante lo obvio, *madame Viotti* concluyó:

—João habría muerto sacrificado por Babau en la Casa de los Dulces, pero sobrevivió gracias a su padre y a María. Después habría muerto a manos de la misma bruja en la catedral de la Sagrada Creación, pero Ariane intercedió por él. Ahora parece que habría muerto por tercera vez. Y de nuevo, por algún motivo no natural, evitó la muerte.

Las dos jóvenes querían hacer miles de preguntas. Pero no podían. Cualquier duda generaría más preguntas y más conocimientos que ninguna sabía si estaba preparada para poseer.

—Y si un espíritu supera la muerte tres veces en una sola vida es porque existe algo especial en su línea de vida que le será cobrado.

—¿Está diciendo que João es un muchacho especial? —preguntó María.

—Estoy diciendo que es un «tocado». Son personas elegidas por el Creador, capaces de realizar hechos por encima del promedio.

—¿Qué clase de hechos? —preguntó Ariane.

—Ninguna persona es igual a otra. Algunas son capaces de hechos extraordinarios; algunas poseen sangre de hadas que corre por sus venas; algunas hablan con seres superiores; algunas predicen el futuro; algunas curan enfermedades con un solo toque; ¡algunas convocan a los dragones de Éter! No existe una regla. Son seres elegidos que ayudan al mundo a evolucionar.

—¿Pero qué tendría João de especial? —insistió Ariane—. Quiero decir: él siempre pareció un muchacho normal.

—No, siempre fue más inteligente que la mayoría —dijo María—. Y después de la Casa de los Dulces, después de la primera «provocación», comenzó a sentir cosas.

—Sí, incluso le sangra la nariz, ¿no? —reflexionó Ariane.

—La «primera herida» —concluyó *madame Viotti*.

María estaba tan pálida como pensativa. Y al fin reunió valor para preguntar:

—*Madame*, ¿un tocado puede caer?

Madame Viotti se quedó mirando a la joven, sorprendida por la inteligencia de la pregunta. Por un momento imaginó cuánto contribuiría María Hanson en un aquelarre

si tal fuera su destino.

—Sí, incluso las hadas pueden, querida.

María se levantó, extremadamente preocupada, y se desahogó:

—Miren, le prometí a Ariane que no haría mayores preguntas acerca de por qué ustedes dos entienden de esas cosas y cumpliré mi promesa. ¡No pretendo ni quiero saberlo! ¡No quiero saber nada referente a la brujería! ¡Ya tuve suficientes muestras de ella a lo largo de mi vida y ninguna de ellas resultó buena para nadie de mi familia!

De nuevo *madame* Viotti no dejó de pensar en cómo sería la vida de esa chica si, en vez de caer en las garras de una maga negra, María Hanson hubiera conocido a una bruja blanca en la época en que creía en la bondad por encima de todo.

—¡Pero esto ahora involucra a mi hermano! ¡No sé en qué se está convirtiendo, y sea lo que fuere quiero que usted sea sincera conmigo, *madame*! Quiero que me diga: ¿João puede convertirse, o ser manipulado para convertirse, en una persona mala?

Silencio.

—María, tu hermano posee una esencia —dijo Viotti pausadamente—. Nadie puede mancharla sin que él lo permita. Sin embargo, él puede bajar la guardia en algunos momentos y ser tentado por fuerzas sombrías. Y durante ese proceso, al creer que está haciendo lo mejor, se puede cegar ante determinados actos.

—Usted en verdad cree eso, ¿no? —preguntó María, pensativa.

—Incluso el propio rey Primo Branford pasó por eso.

Ariane y María se miraron. Ambas tenían la misma pregunta y fue Ariane quien la hizo primero:

—¿Y cómo podemos ayudarlo a no perderse?

—Ustedes son los pilares de la persona que es él —dijo ella, seria—. Ustedes dos y el padre por cuya libertad arriesgó la vida. Manténganse cerca de él.

Las dos siguieron mirándose como si el mundo, o toda la carga que viaja en caos por el mundo, resultaran obvios. Aquello era algo que ellas harían de cualquier manera. Sin embargo, cuando parecía que aquella conversación había adquirido un tono más ligero, *madame* Viotti dijo, todavía con seria intensidad:

—Pero estén preparadas para el futuro antes de recoger los buenos frutos. João Hanson escapó de la muerte tres veces y tal vez su cuerpo haya sido cerrado contra ella. Pero eso no significa que la Banshee lo olvidará.

—¿Usted cree que ella seguirá intentándolo? —preguntó Ariane, con un tono melancólico en la voz.

—Lo hará, como lo haría con cualquiera de nosotros, querida. Pero en el caso de João, como ella no podrá tocarlo tan fácilmente, estará siempre alrededor de él. Por eso ustedes dos deben estar atentas. Y por eso él las necesitará.

Snail Galford estaba en la proa del barco, observando el horizonte sombrío. Quien lo mirara de lejos juraría que se trataba de una sombra humana en un precioso hábitat.

—No sé qué es más sombrío —dijo Liriel, al fondo.

Snail volteó el rostro en dirección a la voz y ella asomó a su lado. Él no respondió. Ella concluyó:

—Ese horizonte incierto... o tú.

Snail miró hacia abajo, otra vez en silencio. Ambos se quedaron escuchando un poco el sonido de las olas agitándose entre choques, con el casco y el movimiento del viento sobre el agua.

Al fin la voz de él cortó:

—Espero que un día lo descubras.

—Si sobrevivo.

Esta vez Snail la miró.

—Sobrevivirás. O al menos tendrás tiempo para formarte una opinión.

—¿Por qué dices eso?

Snail volvió a quedar en silencio y Liriel sintió un golpe en el pecho. Un golpe como si no creyera que el motivo fuera aquel. O el que ella imaginaba. O, lo más aterrador, el que ella deseara que fuera.

—¿Quieres decir que no me dejarías morir primero? —su voz era cautelosa, del tipo de cautela en alguien cuando pisa en terreno extremadamente peligroso.

Snail continuó en silencio. Liriel mantuvo la opinión acerca de la relación entre él y la oscuridad. Y fue Snail Galford quien sintió una punzada cuando ella se acercó a él, más de lo que él esperaba. La mano izquierda de Liriel tocó el brazo derecho de él, y, a pesar de que las sombras lo ocultaron, su piel se erizó.

—Aquello que hiciste con Scarlet... Sé que no tuviste elección cuando fui involucrada. Y sé qué difícil debe haber sido para ti decidir elegirlo a él como

enemigo a la hora de la decisión final.

Snail no quería mirarla.

Ella tenía razón: había ido demasiado lejos por ella. El Snail Galford que había crecido en las calles sin confiar en nadie, y que había sobrevivido debido a esa desconfianza, nunca habría cambiado la confianza de Will Scarlet, brazo derecho del primer ministro de Stallia, por una compañera pirata que acaso lo traicionara en el futuro. Y era eso lo que temía.

Aquel mercenario silencioso temía al Snail Galford que no conocía.

—Lo decidí sólo porque te necesitaré —dijo él, a su manera taciturna.

Liriel suspiró. Una expresión decepcionada, no porque creyera en lo que él decía, sino porque comprendía la elección de Snail y el motivo por el cual los dos no avanzarían hacia una vida diferente de la que siempre habían tenido.

No en ese mundo.

No en esa vida.

No en esa era.

—¿Tú crees...? —ella se acercó aún más, al grado de quedar a dos palmos de él. Snail Galford deseó estar enfrentando a piratas en combates mortales de cuchillos en lugar de encarar a aquella chica que le tenía horror a la violencia—. ¿Tú crees que si nuestras vidas hubieran sido distintas, nuestros caminos se habrían cruzado?

Ella era bonita, él lo sabía. Aunque las sombras de la oscuridad le maquillaran la piel blanca, aquella joven pelirroja tenía rasgos finos que la harían la más bella en un baile de nobles, si ella así lo deseara y se arreglara para eso.

Una parte de él quería decírselo. Una parte a la que Snail Galford le gustaría estrangular.

—Probablemente jamás nos habríamos conocido —dijo él, mirándola con oculto temor.

—¿Y te arrepientes? —preguntó Liriel, con ese aire ácido y desafiante que sólo ella tenía o que en realidad toda mujer posee, aunque no lo demuestre. Al menos la pregunta era sincera. Pero el tono, aun así, sonaba ácido—. ¿Te arrepientes de que nuestros caminos se hayan cruzado?

Si el corazón de Snail hubiera sido un cuchillo, él estaría sangrando por un agujero en el pecho del tamaño de un puño, sólo con la posibilidad de admitir lo que pensaba reconocer.

Él abrió la boca para responder. Pero no dijo nada.

—¿No puedes, verdad? —ella siguió con su típico modo directo—. Eres capaz de engañar a Jamil Corazón de Cocodrilo en un enfrentamiento legendario, pero no de admitir sentimientos reales, en vez de alardeos.

Snail sabía que debía decir algo. Pero ¡diablos!, no sabía qué. Ni si aquello era un camino sin regreso. No si él —ni ella— dejaran de convertirse en todo cuanto eran y,

de esa forma, todo lo que necesitarían para alcanzar ese objetivo.

—Estamos cerca, Gabbiani —dijo, mirándola; tal vez, en ese momento, lo que dijera sería real—. Estamos cerca de todo lo que siempre soñamos en nuestro modo de vida.

—Creo que estamos mucho más cerca de lo que percibes.

Liriel Gabbiani estaba a un solo y maldito palmo de Snail Galford.

El seguía el olor.

Era justo como un predador que usara su olfato, rastreando a otro animal a través de un sendero. João Hanson iba con los ojos entrecerrados y la expresión seria tras el rastro de un olor equivalente a una mezcla de azufre con carne quemada. El significado de la perturbadora fragancia era comprensible: en su mente tales eran los olores de las brujas. Y tal era el olor del lugar a donde llegaba.

«La llevaron a un lugar prohibido, cerrado con magias antiguas y construido sobre huesos de hombres entrelazados con huesos de animales».

Era exactamente eso lo que parecía a la distancia. Todo se antojaba nebuloso: había una cabaña que parecía estar en pie desde el principio de la vida; había negrura en el interior de las ventanas, cuyo polvo abrazado a telas de arañas e insectos cautivos en ellas impedía ver el interior desde fuera. En realidad no parecía haber diferencia entre observar la cabaña desde afuera o desde adentro. La impresión que se tenía era que siempre se vería oscuridad.

Los cabellos de João Hanson continuaban erizados. La nariz sangraba. Un lugar de sacrificios, de rituales profanos, de invocaciones prohibidas y manifestación de sentimientos que sólo deberían existir con la justificación de ratificar al ser humano qué tanto mejor es contar con los mejores sentimientos dentro de sí. Había árboles de gruesas ramas y de tamaños considerables, pero con pocas hojas; árboles que se mantenían en pie, pero con apariencia muerta. Los troncos exhibían trazos en forma de símbolos sombríos, los cuales delimitaban el macabro territorio como lo harían los osos.

Y estaban ellos.

Los malditos gólems: los espectros esqueléticos de altura descomunal y con unas piernas más grandes que las otras. Cojeaban como lisiados. Caminaban despacio alrededor de aquella cabaña, como a la espera de algo o alguien. A Hanson le gustó pensar que esperaban por él, pero sabía que no era verdad. Para aquellos seres él era

apenas una réplica de un guardián de verdad, que ellos habían partido en dos como si se tratara de una barra de caramelo.

Hanson observó los hilos y buscó al ser andrógino al que estaban ligados. Los hilos desaparecían en la oscuridad de los árboles umbríos que aún tenían algún follaje, como arterias conectadas a los órganos de un organismo vivo a su propia manera. Arrastraban los pies como zombis y saltaban sin vida a la espera de algo que diera significado a sus existencias. Algo que nunca parecían encontrar.

Escondido entre arbustos agrupados, Hanson comenzó a percibir los cambios que ocurrían en su personalidad. La conciencia de una bruja o una «caída» en los alrededores ya lo llamaba. Una vez Ariane le había contado el sueño extraño de una tierra en que los ojos de los caballeros se encendían cuando estaban cerca de seres bestiales; y, para variar, la chica se ofendió cuando él se rio de la seriedad con que ella se tomaba aquella conversación. Esta vez, empero, sus ojos no se encendían, pero era imposible negar que comenzaba a comprender la atracción irracional de un enemigo por otro. Su plexo solar sufría espasmos y sentía crecer una fiebre que hervía en la región abdominal. Aquello comenzaba a hacer que el cuerpo temblara, como alguien que acumula rabia cuando es humillado mucho tiempo por alguien. El olor lo molestaba porque sabía que sólo desaparecería cuando hubiera matado a su presa.

Y lo que João Hanson comenzaba a temer más en aquel momento era que necesitaba querer creer que su preocupación por la mujer a la que debía proteger era mayor que sus ganas de matar a la caída que la capturó.

Rastyara.

Desde el punto de vista estratégico no era mucho lo que se podía hacer. Eran muchos y él no lograría entrar en aquella cabaña sin ser visto. Un caballero común y bien entrenado tal vez lo conseguiría. Un caballero de Helsing, probablemente.

Él, no.

Hanson tendría que escoger a un maldito gólem para atacarlo de manera taimada y entonces los demás sabrían que estaba allí, pues a la postre se hallaban interconectados al mismo ser místico. En realidad, lo correcto sería encontrar a la maldita hada caída, pero una vez más debería luchar contra la frustración de aún no estar lo bastante entrenado para encontrar a una entidad en su propio hábitat. Así, comenzó a escabullirse entre los arbustos espinosos, ignorando el dolor de los cortes. Se arrastraba por la tierra como una cobra y rodaba por detrás de los troncos cuando algún ser grotesco se aproximaba demasiado. Sacó despacio la espada de la vaina.

Y entonces, cuando uno de ellos le dio la espalda, lanzó un grito y corrió en dirección al gólem.

El filo de la espada cortó algunos de los hilos de lo que debía ser la piel de los tobillos, los codos y la espalda, y el ser grotesco chilló, cayendo al suelo y

debatándose como una mariposa herida, emitiendo aullidos perturbadores capaces de arruinar las noches de un buen hombre. Los otros se agitaron y caminaron con rapidez, en la medida en que sus piernas cojas se los permitían, en dirección al invasor. Hanson vio a aquellos seres espeluznantes avanzar hacia él en ángulos torcidos, y la visión resultó muy parecida a la primera vez que terminó lisiado. Sólo que ahora estaba de pie.

Y el miedo anterior no existía.

Esquivó al primero y le cortó los hilos de uno de los brazos. Recibió un golpe en la nuca y se tambaleó como un borracho. Un brazo fino le sujetó el hombro y él sintió que la región lo quemaba con las típicas espinas presentes en las palmas de aquellas aberraciones. Volteó la espada y comenzó a golpear y golpear y golpear con la empuñadura en vez del filo. El bicho lo soltó y Hanson giró la espada en círculo. La mano del ser bizarro fue cercenada. Hanson adoró sus chillidos de dolor. Entonces lo cortaron en la espalda. Y en los brazos. Uno de ellos se agachó y enterró las dos palmas en una de sus piernas. El cuerpo imploró por el desmayo. Pero la conciencia, la voluntad de cazar y el placer que sentía ante los chillidos de dolor que aquellas criaturas emitían, impedían el desfallecimiento. Le comenzaron a acertar en los brazos con mucha intensidad, como si le lanzaran ramas gruesas. En algún lugar escuchó gritos y reconoció la voz de *lady* Almirena proveniente del interior de la cabaña, gritando su nombre. La espada cayó cuando uno de los seres andróginos cerró el puño en su antebrazo. Todavía alucinado por el sonido de la voz de la mujer a la que debería proteger, excitado en la misma forma en que un perro lo hace al escuchar la voz del amo, Hanson soltó una de las manos y agarró los hilos que salían de la piel del puño de aquel ser grotesco que le había tirado la espada. Y entonces se llevó los hilos a la boca. Y los rasgó con los dientes como un animal.

Luego agarró uno y otro y otro y otro. Y aun así, mientras aquellos seres bestiales lo golpeaban y lo cortaban por todos lados, Hanson sonreía y adoraba seguir oyendo los chillidos de los heridos. Lo único que le molestaba eran los gritos de su nombre en la voz de ella. Los codos protegían las costillas y la cabeza se mantenía baja en guardia cerrada mientras la paliza continuaba. Entonces él percibió, al fondo, en un tono cada vez más distante, al menos para lo que el mundo se había convertido para él, que el nombre gritado por la mujer a la que debía proteger no era el suyo. Al menos ya no. Era otro nombre.

El de su tutor.

Las imágenes se fueron haciendo turbias, pero aun así Hanson se acordaba de haber visto, antes de que todo se apagara, la llegada de Reinaldo Grimaldi acompañado de Sabino von Fígaro y otros hombres vestidos con la armadura roja que sólo la élite, entre los caballeros que él pretendía llegar a ser, podía usar. Escuchó otros chillidos de dolor de aquellas criaturas y sólo lamentó que él no fuera el

victimario. Alguien gritó su nombre, y era una voz tan distante que no reconocía si se trataba de su protegida o de su tutor.

Y mientras más distante se encontraba la conciencia de este mundo, menos importancia parecía tener.

«João Hanson escapó de la muerte tres veces y tal vez su cuerpo haya sido cerrado contra ella. Pero eso no quiere decir que la Banshee lo olvidará».

Antes de apagarse por completo, João Hanson tuvo la impresión de que la pelirroja de rojo lo observaba, pero él tuvo la plena satisfacción de que aún no había llegado el momento de que ella lo viera llorar de nuevo.

Mucho más tarde, los Caballeros de Helsing le dijeron que, cuando lo rescataron de aquel antro oscuro, aunque estaba desmayado, parecía sonreír.

Algunas cosas ocurrieron a partir de aquel día. Y estas fueron algunas de ellas: El mundo estaba en guerra.

Los campamentos habían sido armados.

El campo de batalla elegido por Arzallum tenía un nombre digno de un lugar de guerra: las Tierras Muertas. Localizado en una región entre fronteras que tocaban a los reinos de Minotaurus, Forte y Stallia en tierra, y Brobdingnag en el cielo, el sitio era único en toda Nueva Éter, tocado por un fenómeno geográfico que no se encontraba en ningún otro lugar del orbe. Era un área extensa, formada por tierras baldías con un terreno árido rico en arcilla, que había sufrido —y todavía sufría— erosión constante por el viento y el agua.

Antiguamente, hace millones de años, cuando los apellidos pertenecían a familias únicas, aquellos terrenos se componían de mucho cieno, arena y grava, arrastrados allí por la acción violenta del típico viento fuerte local y por aguaceros torrenciales. Esa erosión eólica empujó al lugar sedimentos provenientes de las Siete Montañas y acumuló depósitos de cenizas volcánicas y rocas sedimentarias por años y años y años. Y años. La temperatura local era muy variable, con lo que el territorio había pasado por un ciclo anual constante de enfriamiento y calentamiento durante esos centenares de miles de años. Poco a poco la tierra desgastada se fue recuperando de la violenta erosión, y la tierra y el viento continuaron su proceso creativo para dar forma al paisaje final.

El resultado era una formación rocosa cuya topografía rayaba en lo sobrenatural.

Se trataba de un sitio árido, sin vida, una mezcla de polvo, arena y arcilla. Una tierra silenciosa de forma irregular, ora plana, ora compuesta de declives, barrancos, canales, columnas de rocas y montes desgastados, todos con el aspecto rocoso provocado por la erosión milenaria. El viento, cuando soplaba, lo hacía con fuerza y aullaba de una manera característica, levantando polvo y, de vez en cuando, haciendo

que la tierra y la arena bailaran en el aire. Según la luz del sol, o la falta de ella, la región presentaba una gama de colores que bordeaba en lo espectacular, una variación que podía alternar desde el negro azulado oscuro, característico del carbón, hasta el rojo brillante, propio de la arcilla.

Un paisaje desolado que parecía la morada de espíritus que no tenían a dónde ir, ni siquiera después de la muerte.

El sitio perfecto para que alguien muriera de una manera sin sentido.

Dos campamentos estaban siendo levantados en aquel lugar de modo progresivo y en ambos frentes. Los dos inmensos alojamientos provisionales quedaban separados por kilómetros, pero con el relieve irregular, y de acuerdo con la luminosidad con que el sol danzaba en la tierra rocosa, era posible que uno avistara al otro sin mayores dificultades, para presenciar a diario el crecimiento progresivo de las filas enemigas.

De un lado, en el este, estaba el campamento humano.

En aquellos alojamientos, levantados a base de empalizadas y cabañas hechas con círculos de piedras cubiertos de turba, en todo momento llegaban caravanas de guerra en grandes carretas, trayendo con ellas hombres ceñudos; láminas conservadas en grasa durante el invierno que necesitaban ser afiladas; escudos a los que los forjadores les habían quitado las abolladuras y necesitaban, mas no lo serían, ser lustrados; arcos en buen estado que debían ser probados; flechas con puntas de metal ya un poco flojas; provisiones racionadas de manera escueta; uniformes arrugados por el viaje; agua potable en cantimploras sucias o en pequeños barriles igual de confiables; aceite escurriendo de los compartimentos más sueltos; lamparones gastados por el uso frecuente; madera cortada a las prisas por las manos de leñadores con pocas noches de sueño, y lonas remendadas por las manos de costureras y artesanas convocadas a última hora.

Había allí mil lanceros enviados por el rey Segundo Branford, y otros mil enviados por el rey Tercero Branford. Cada hombre tenía una lanza de aproximadamente tres metros de longitud, con un peso de dos kilos, construida con abeto, manzano o cualquier otra madera resistente. Decían en los bastidores reales, en las lenguas que no van a la guerra, que el rey Tercero había enviado a mil doscientos hombres, pero si aquello fuera cierto los doscientos faltantes debían llevar entonces la dirección equivocada del campo de batalla y marchaban por lugares donde no se les necesitaría, o al menos donde serían menos necesarios que allí.

Ya listos para marchar con el escudo o el blasón, con una espada que a su vez cruzaba un escudo y un dragón encima de los dos, se habían establecido allí mil quinientos lanceros entrenados. Y otros mil quinientos estaban por llegar.

El motivo de que se tratara del número más importante tenía su justificación, ya que aquel era el reino más preocupado por las consecuencias de aquellas batallas.

Porque aquel era el blasón de Arzallum.

Otros estaban llegando y parecía que nunca dejarían de hacerlo. Para tener un parámetro, aquel día comenzaría, en los alrededores de aquel campamento, la marcha de los arqueros. El rey Tercero enviaría a doscientos hombres con el estandarte y el símbolo de su reino de Forte en el pecho. El rey Segundo enviaría a trescientos con el símbolo y el estandarte de Cáliz.

Arzallum enviaría a un número equivalente a la suma de los dos.

Además de ellos iban a la guerra los mercenarios: hombres con hachas de una o dos láminas, martillos, mazos, porras o láminas de tamaños variados que nunca habían sido utilizadas en una batalla de guerra. Algunos llegaban a cargar consigo con dos hachas: una para ser lanzada al enemigo, cuando la distancia fuera suficiente, y otra para la lucha cuerpo a cuerpo, cuando la distancia se hiciera demasiado estrecha. La mayoría de los escudos de esos grupos se conformaba de madera redondeada o rectangular, con protuberancias de hierro en el centro para proteger la mano. Esos hombres componían una fuerza de alrededor de dos mil personas, por lo que la suma de los tres reinos daría algo aproximado a cinco mil hombres dispuestos a morir por la oportunidad de tener un cuadrado de tierra que pudieran considerar como suyo. Finalmente eso era lo que se prometía a un mercenario de guerra: un pedazo de tierra o una muerte ruin.

También había mujeres presentes, la mayoría voluntarias, por lo común esposas o familiares de los hombres del grupo de mercenarios, las cuales servirían como enfermeras para atender los heridos que pudieran ser salvados, además de que ayudarían a afilar las láminas más desafiladas y prepararían y distribuirían la ración del campamento a medida que las provisiones llegaran. Así, había allí alrededor de quinientas mujeres para ayudar en tales servicios.

Y una sola para pelear.

La capitana Bradamante desfilaba por el campamento humano y atraía las miradas. Algunas de admiración. Algunas de desconfianza. Otras pocas de lujuria. Finalmente, cada hombre allí sabía que estaba en guerra.

Caminaba por las cabañas de una manera que causaba una cierta fascinación en el corazón que se sabe cerca de la muerte. Vestía una armadura blanca con coselete de cuero por debajo de las placas de metal, reforzadas con cal para que parecieran más brillantes. Traía también manoplas de acero, formadas por placas de dedos totalmente articulados, que no necesitaban un fondo de cuero para sujetarlas. El aspecto de la armadura todavía era muy parcial, pero lo bastante para inspirar a los corazones más temerosos, sobre todo a aquellos que nunca antes habían estado en una empalizada a la espera de la primera canción de guerra.

A lo largo del campamento la capitana de la Guardia Real aún no vestía sus piezas completas, como las alas, las grebas, las rodilleras, el escarpe o el yelmo que simulaba la cabeza de un dragón. Caminaba con el cabello rubio trenzado y la

expresión seria, sin sonrisa. En ese momento aquella armadura blanca, aunque parcial, era sin duda la más costosa de todo el campamento humano, y eso tenía un motivo justificable.

Aquella armadura sería la de Axel Terra Branford.

El hecho era que Axel Branford, el primer príncipe, había apelado también por el título de campeón de Arzallum. Eso significaba que debería liderar la guardia cuando fuera necesario, luchar en duelos de honor cuando fuera convocado y tomar el frente del ejército cuando estuviera en guerra.

Así, era el príncipe de Arzallum quien debería estar allí.

Sin embargo, Axel había sido enviado por Anisio Branford a Nunca Jamás, con la intención de casarse con la princesa reina élfica y dar secuencia a los planos ya trazados por Primo y Terra Branford, incluso antes del nacimiento de sus hijos. En consecuencia, un nuevo campeón de Arzallum había sido escogido en una elección promovida entre los propios soldados. El resultado ya era esperado en parte: los dos nombres más votados fueron el de la capitana Bradamante Fiordispina y el del caballero Reinaldo Grimaldi.

Se organizó un duelo entre ambos y Bradamante venció.

Busca la taberna adecuada y un día podrás escuchar esa historia.

De cualquier forma, la nueva campeona recibió el título y la carísima armadura blanca, que necesitó pocos ajustes, ya que Bradamante y Axel tenían la misma altura.

Otros aún llegarían en todo momento. Pero en aquel instante era eso. Sólo eso... O todo eso. Pero era eso lo que conformaba el campamento humano, comandado por Arzallum.

Del otro lado, en el terreno más irregular, se ubicaba el campamento gigante.

A lo lejos, ante los ojos humanos, estaba lo que para el pueblo de Brobdingnag era un campamento de guerra, pero para los ojos humanos parecía más la elevación de una fortaleza. El agrupamiento enemigo, avistado desde el campamento humano de manera convincente a través de tubos compuestos por lentes objetivas y oculares, separadas por un sistema de prismas, parecía infinitamente superior no sólo por el porte de los soldados, sino por el diseño geométrico de aquella aglomeración.

Al contrario de las empalizadas arzallinas, que tendían a ser cuadriculares, las inmensas empalizadas de Brobdingnag tenían formatos circulares. Los troncos de madera, sobrepuestos por detrás de fuertes estacas verticales previamente clavadas en el terreno, resultaban inmensos: columnas de tres, cuatro o cinco metros. Lonas con una geometría que no daban la impresión de haber sido levantadas, sino infladas. Todo en aquel lugar parecía tender a lo circular. A las esferas.

A los círculos.

Así como en el lado enemigo, en todo momento llegaban caravanas para abastecer aquellas empalizadas circulares y gigantescas, en inmensos vehículos de

ruedas traseras octagonales, jalados por animales que recordaban búfalos enmascarados con metal y protegidos para la guerra. Casi no había láminas de aquel lado del campo de guerra. En realidad, las láminas que había no eran para la guerra, sino para cortar alimentos, disminuir la longitud de las cuerdas, abrir compartimentos lacrados con costuras, y otras cosas por el estilo. Para eso servían las láminas, no para la guerra. Al menos no para la guerra de Brobdingnag.

Para el pueblo gigante el campo de batalla era un lugar para martillos de guerra, mazos del tamaño de espadas largas, porras con o sin puntas, bastones de punta protuberante, cadenas con bolas de fierro en los extremos e incluso varas tremendamente pesadas y de amplitudes de radio poderosas, construidas con troncos de robles para barrer enemigos con un gran alcance. Los guerreros de Brobdingnag no cortaban a sus adversarios durante las luchas: los aplastaban.

Decían, y cuando alguien sobrevive para decir algo de ese tipo probablemente tenga razón, que sus paredes de escudos eran inamovibles. Y que incluso si una fuerza invencible chocara contra una de ellas, aún así no se saldrían de su lugar. En realidad era del conocimiento de las fuerzas militares que los gigantes no cargaban escudos en los brazos como la mayoría de las razas. Se trataba de un pueblo desgarrado y de movimientos demasiado bruscos como para aprender, o querer aprender, a defender y lanzar estocadas, y preferían revestir sus brazos y sus antebrazos con placas superpuestas de sus mejores metales. Tales eran las protecciones necesarias para parar cuanto les fuera lanzado. Sin embargo, se sabía que en batallas de ese porte Brobdingnag sí montaba paredes de escudos, aunque en una forma distinta a cualquier otro ejército del mundo. Para un soldado humano esa era la típica información que cualquiera de ellos soñaría que alguien le explicara con detalles en un curso de formación militar. Pero la última que le gustaría descubrir en la formación de su propia pared, en la práctica de la zona de guerra.

Comandando el inmenso ejército circular de casi cinco mil gigantes estaba Polifemo, el campeón del rey Blunderbore. Era un cíclope de casi seis metros de altura, peludo como un oso y mucho más fuerte. En realidad no se sabía con exactitud si en verdad era un cíclope. El hecho es que había nacido con dos ojos, pero uno de ellos estaba atrofiado y el otro era tan inmenso, que resultaba una verdadera anomalía grotesca. El ojo mayor se apoderó de todo el espacio a la altura de la frente, superponiéndose hasta casi por arriba del atrofiado. Así, se trataba de un ser horrendo incluso entre los gigantes: el último que cualquier padre querría ver casado con una hija, pero el primero que todo guerrero nacido en aquellas tierras soñaría con tener al frente de una pared de escudos en una zona de guerra.

Polifemo era capaz de inspirar a un gigante cobarde a luchar, aunque para eso se necesitara mucho esfuerzo, pues no se tenía noticia en la historia de Brobdingnag de un gigante así. Y tal vez, si un día había existido, de seguro su propia raza trató de

exterminarlo.

Era así como vivía el pueblo arriba de las nubes: por medio de guerras, conquistas, inspiraciones y círculos.

Y en aquel instante era eso lo que formaba aquel ejército gigante, comandado por Brobdingnag.

En Nueva Éter, al menos en el lado que compone a Ocaso, el continente oeste, existen leyes de guerra seguidas por todos los comandantes de ejércitos militares, independientemente del estandarte ensangrentado que carguen.

Se trata de reglas establecidas en tratados que dividen a la civilización actual de la barbarie de muchas eras atrás. No existe mucha civilidad en la guerra: los hombres lo saben, y las mujeres, que observan desde fuera y esperan, lo saben mejor; pero al mismo tiempo existe en el universo masculino un cierto ritual al dirigirse a un campo de combate. Los hombres, de acuerdo con la proximidad del momento del choque con el enemigo, comienzan a agitarse y a ponerse nerviosos. Algunos comienzan a llorar y a rezar a semidioses, desconocidos o no, por un día más de vida. Algunos llegan incluso a sonreír o, mejor, a reírse a carcajadas ante la muerte. No porque no crean que la muerte vendrá a ellos, sino precisamente porque prefieren morir sonriendo como hombres, que llorando como niños. Además, los seres humanos siempre fueron conocidos por sus reacciones imprevisibles en los momentos de furia o relajamiento.

De cualquier forma no importaba si se trataba de hombres, bestias o gigantes. Todos los comandantes seguían los centenarios códigos de guerra, ya que traicionarlos significaba enviar un mensaje al mundo de que aquel reino merecía el aislamiento, pues un ser incapaz de mostrar lealtad en la guerra tampoco lo hará en la paz. Y los momentos sombríos de la humanidad, como la tenebrosa Cacería de Brujas, recordaban a las sociedades cómo lo inesperado y los sentimientos más oscuros de aquellas sociedades podían causar el caos y el disturbio, los cuales iban contra años de civilidad que hasta a la más bestial de las civilizaciones le llevó centenares de años adquirir.

Así, era común que reyes y gobernantes se traicionaran unos a otros en la política. Pero no los comandantes de guerra en un campo de batalla, pues tenían mucho más que perder que sólo una batalla. Y aquella era una guerra propia de Occidente. Bajo las leyes occidentales de batalla, firmadas en tratados o concertadas de manera verbal, los reinos en guerra debían establecer previamente la forma de combatir. E, independientemente de la elección, tal establecimiento y la opción de la decisión era lo más cercano a una llamada «guerra justa». Una guerra con hora marcada. Una vida y una muerte con hora marcada.

En aquel caso, entre los aliados de Arzallum y de Brobdingnag la decisión había sido una guerra de empalizadas.

Una empalizada es algo fácil de construir: utilizando cercas, se colocaba una protección militar alrededor de un área que debía ser protegida y que podía ser constantemente ampliada según la necesidad, los artificios y la mano de obra. En el interior de esos campamentos se almacenaban armas, armaduras, remedios, pillaje de los muertos, y allí estaban los médicos y las enfermeras. Y, claro, el mayor tesoro de una zona de guerra: la comida.

Entre una y otra empalizadas existía una distancia en la que se desarrollarían los combates propiamente dichos. Los estandartes de los líderes militares que protegían aquellas fortalezas se erguían en las laterales de cada muralla. En la de Arzallum, por ejemplo, estaba la bandera de Mosquete, cruzándose con la larga espada del coronel Athos Baxter y la estrella de la Guardia Real, hoy con la bella Banshee en el centro, para indicar el liderazgo de la campeona Bradamante. Estos símbolos también se hallaban en los escudos de las tropas comandadas por esos capitanes.

En el centro de cada campamento había un estandarte, levantado lo bastante alto para ser visto desde afuera por cualquiera, con el símbolo del reino que protegía aquella empalizada.

Y ese era el estandarte que definía la guerra.

El objetivo de un ejército consistía en atropellar al enemigo en el campo de batalla e invadir la empalizada contraria al tomar el estandarte erguido en el centro. Si eso pasaba, la guerra estaba ganada, incluso porque si un ejército lograba tal hazaña era porque el enemigo ya había sido diezmado y ahora quedaban sólo las mujeres, las cuales servirían como esclavas o, para utilizar el término de moda, «prisioneras militares».

Había un estandarte más, que no era erguido al principio. Esa bandera se izaba al frente de la empalizada, al sonido de decenas de tambores y de cualquier otro instrumento lo bastante poderoso para reverberar por un campo silencioso. Tal era la bandera más temida, pues se trataba de una simple bandera roja como la sangre, la cual podía ser izada en cualquier momento.

Era, pues, la bandera de sangre.

La bandera con la que se iniciaba la guerra.

Cuando un campamento la levantaba y hacía retumbar sus tambores, ya no había vuelta atrás. Se trataba de una forma de decirle al enemigo que aquel ejército estaba listo para tomar la sangre enemiga en la zona de combate. Cuando se izaba y los tambores resonaban, los líderes militares preparaban a las tropas en el campo de batalla y esperaban al enemigo. En caso de que el otro no izara la bandera y se dirigiera al combate, el ejército armado comenzaba a insultar a sus madres, a burlarse de las esposas, a mostrar los traseros, a orinar en dirección al enemigo, a imitar a las gallinas, a hacer gestos obscenos y a lanzar risotadas diabólicas.

Según los tratados de guerra, un ejército que izara la bandera roja y se colocara

para el combate, podía esperar a que el otro se alistara hasta veinticuatro horas, contadas a partir de la hora en que la bandera roja había sido izada. Si, pasado ese tiempo, el enemigo no colocaba su pared de escudos, el ejército armado podía marchar en dirección a la empalizada y atacarla directamente como mejor pudiera.

Obviamente, en guerras establecidas bajo ese tratado, el ejército que izara primero su bandera roja e hiciera retumbar sus tambores de guerra, indicando que estaba preparado para matar y dominar, se hallaba siempre en ventaja. Respecto del enemigo, cuanto mayor fuera la demora para izar su propia bandera, no sólo había más peligro de que su formación resultara derrotada, sino que más confianza generaba tal vacilación en el ejército contrario y menos moral adquiría la propia tropa para enfrentar al campo opuesto.

Era así como se peleaban las grandes batallas de Ocaso en Nueva Éter.

Y aquella sería la mayor y más violenta de ellas en toda la historia de las civilizaciones.

—Tenemos que izar primero la bandera roja —dijo, incisiva, la capitana y campeona Bradamante en una tienda con otros líderes militares menores.

—No, debemos esperar a todos los que están marchando para nuestro lado —reviró el obeso coronel Athos Baxter, el único con rango más alto que la capitana en cuestión. En teoría, Bradamante estaría sujeta a la autoridad del coronel.

En la práctica, era ella quien comandaba aquella empalizada de guerra.

El razonamiento resultaba simple: Baxter era un soldado experimentado y uno de los guerreros más grandes que el reino de Mosquete había visto pelear, pero en Arzallum, era sólo un extranjero con el que a nadie le gustaba convivir. Había sido invitado por el rey Primo Branford para integrar el poder militar de Arzallum por su experiencia de guerra y para ocupar el liderazgo de los Caballeros de Helsing, los temidos Cazadores de Brujas.

Sin embargo, el genio arrogante y el ego inflado del antiguo mosquetero lo convertían en una persona insoportable para convivir con ella, y los soldados, cuando lo obedecían, lo hacían por mera obligación militar. Al percibir ese comportamiento, Anisio Branford trazó una nueva estrategia y promovió a Sabino von Fígaro, el consejero Blanco de la Sala Redonda del Gran Palacio y dueño de un carisma diez veces mayor que el del coronel, a general y comandante mayor de los nuevos Caballeros de Helsing.

Obviamente, Athos Baxter babeó como un perro rabioso con la decisión.

Con todo, Arzallum no podía prescindir de su experiencia en un momento como aquel. Y ya que los Caballeros de Helsing volvían a ser requeridos, para evitar mayores problemas Anisio Branford había enviado a Athos Baxter a la empalizada, lugar de guerra donde su autoridad, en teoría, sería mayor a la de la capitana Bradamante, y el ego del coronel se sentiría satisfecho momentáneamente, al dejar

que Sabino trabajara sin mayores intervenciones.

Y así era, en teoría.

En la práctica, sin embargo, los hombres están acostumbrados a seguir a quienes los lideran en el campo de batalla.

Y el hoy obeso coronel Baxter incluso podía estar al frente de los ejércitos en las negociaciones entre comandantes militares que anteceden a los combates. Pero, a la hora de guerrear, era Bradamante la que estaría al frente blandiendo su espada. Y era a ella a quienes ellos entregarían sus corazones.

—Los hombres están asustados —dijo la capitana, con el temor que precede a lo inevitable—. Hace tiempo que Arzallum no entra en una guerra como esta.

—La mayoría de esos soldados son hombres experimentados. Y Arzallum ya ha enfrentado guerras de grandes proporciones.

—Con todo respeto, coronel, esta vez no nos enfrentamos a brujas.

Hubo un silencio tenso y el coronel miró a la capitana con expresión de pocos amigos.

El resto de los presentes en la sala eran soldados con rango de sargento, uniformados con insignias que lo demostraban y armaduras parcialmente colocadas, y que nada más eran los mejores de cada tropa, no necesariamente en el sentido de habilidades de guerra, sino en el concepto de liderazgo. Cuando uno de esos sargentos sobrevivía y probaba en una batalla —como aquella que vendría— que era capaz de unir ambas características, nacía entonces un capitán.

Había ocho sargentos en la sala. Ninguno tenía ganas de intervenir en la discusión si no era consultado.

—¿Cree que las brujas son menos peligrosas de lo que nos espera allá afuera, capitana?

Bradamante concentraba los ojos verdes en los ojos sombríos del coronel. Baxter parecía sentir, al mismo tiempo, un placer distorsionado y una leve incomodidad ante eso.

—No se enfrenta a las brujas con paredes de escudos.

—Las conversaciones en la cama, al oído, pueden rendir buenos frutos, ¿no?

Hubo otro silencio tenso. Aquello era una provocación. El hecho era que todos sabían que Bradamante se había enamorado de Ruggiero, el guerrero oriental de otro continente que había venido para enfrentar a Axel Branford en el Puño de Hierro, y que después de probar su valor como *shinobi* —los cazadores orientales de brujas— fue invitado por el rey Anisio Branford para convertirse en capitán de los Caballeros de Helsing.

La consagración del oriental como caballero y su promoción militar habían sido otorgadas en la misma ceremonia que había convertido a Sabino von Fígaro en general. Era obvio que Athos Baxter odiaba todos los nombres involucrados en su

humillación pública de aquel día.

—Se aprende mucho escuchando en cualquier lugar, coronel.

—Entonces tal vez aprenda algo de lo que se diga en esta tienda, capitana —el coronel se apoyó en el respaldo con las manos en la nuca, proyectando la voluminosa barriga que estiraba el uniforme militar—. ¿O quizá le gustaría que eso también le fuera dicho al oído?

Bradamante trabó los dientes. Si aquel hombre hubiera sido de un rango al menos igual al de ella, ella ya estaría volteando la mesa patas arriba antes de que cualquier sargento se diera cuenta para impedirlo. Desde el inicio de su carrera siempre había tenido que lidiar con el mayor obstáculo: sobresalir en un mundo típicamente masculino en su condición de mujer. Se había ganado el respeto en la batalla, se había convertido en una capitana militar por mérito propio y se había vuelto la actual campeona de Arzallum en una prueba de guerreros. Pero el comentario del coronel era una forma de recordar que no importaba cuánto probara su valor. Siempre habría algún imbécil para recordarle su condición femenina. Es más: dónde creía él que las mujeres debían quedarse. Y para lo que deberían servir.

—Si alguien me susurra algo en el oído el día de hoy, coronel, será un suspiro de muerte.

El coronel continuó mirándola en la misma posición, con el cuerpo reclinado y las manos en la nuca, en apariencia confortable para un hombre en buena forma, pero en extremo incómoda para un barrigón.

—Sin embargo, si insiste en lo que afirma, entonces será el enemigo el que escuchará su suspiro, capitana.

—No, ellos lo escucharán cuando Brobdingnag ices esa bandera y nuestros hombres todavía necesiten embriagarse para marchar en su dirección.

El coronel lanzó una risa irónica. Encontraba gracioso que una mujer dijera «nuestros hombres», aunque el término en esa ocasión no diera margen a ningún doble sentido. Bradamante lo percibía. Pero lo ignoraba.

—He visto hombres amedrentados reunir valor para partir escobas y voltear calderos.

—Porque no sabían qué les esperaba. Y lucharon creyendo que eran superiores al enemigo.

—¿Y Arzallum no se dice superior a los otros reinos?

—No confunda a Arzallum con Minotaurus, coronel Baxter.

El coronel bufó y salió de su forzada posición. Lo que había sido dicho también era una provocación. Antes él había provocado a la capitana por el hecho de ser mujer. Bradamante ahora devolvía la provocación insinuando, de manera extremadamente sutil, que Baxter era un extranjero sin estatus definido en el ejército de esa nación.

Era difícil no darse cuenta de que los sargentos arzallinos controlaban la risa y se estremecían en silencio.

—Los arqueros de Arzallum son los mejores del mundo —era verdad, pero tratándose de largos arcos de batalla; si los animales contaran, entonces Minotaurus merecería el título—. Harán llover flechas que perforarán la pared de escudos enemiga, mientras la vanguardia de Arzallum la penetra y la rompe. Cuando la pared se rompa y el enemigo se disperse, nuestros caballeros los flanquearán y los aplastarán de una vez.

El coronel miró a los sargentos para verificar si alguno de ellos tenía una objeción. Nadie hizo comentario alguno. Pero Bradamante sí:

—Hay fallas en ese razonamiento.

—Muéstreme entonces, capitana —respondió el coronel, en un tono de voz a la vez desinteresado e irritado.

—No sabemos si las flechas romperán la pared de escudos de Brobdingnag para que *nuestra* vanguardia penetre —el énfasis era deliberado.

De vez en cuando Baxter dejaba escapar, como ya lo había hecho, frases como «la vanguardia de Arzallum», como si no luchara también por ese lado. Aquella era otra forma en extremo sutil de Bradamante de decirle al mosquetense que pretendía liderar una guerra que no era suya.

—No serán flechas rectas, sino flechas que entrarán en curva por encima de la pared.

—Aun así, dicen que la pared de escudos de Brobdingnag es diferente, que sus guerreros ni siquiera cargan escudos y que sus piezas ni siquiera poseen soportes que se acoplen a los brazos o se levanten durante un combate.

—Si así fuera, aún mejor que deban usar escudos sin soportes para defenderse de flechas que descienden en parábolas por encima de sus cabezas.

—No tanto. Esa estrategia exige que Arzallum abandone su propia pared para avanzar de manera temeraria sobre un enemigo, el cual tiene fama de pelear en confrontaciones directas. Nuestra vanguardia puede no ser competencia para semejante poder de destrucción, y no estoy contando con la posibilidad de un ventarrón típico de tierras como estas, el cual levantaría tierra y polvo, cegaría a los hombres y desviaría las flechas.

—Los soldados se encuentran entrenados para avanzar contra las paredes enemigas.

—Eso cuando los enemigos se comportan de manera tradicional y con una fuerza al menos aparentemente viable de ser combatida, no contra ejércitos de leyendas sombrías y seres que les parecen invencibles.

Bradamante sabía lo que decía. Bastaba recorrer el campamento humano para percibir que el inmenso campamento redondo de Brobdingnag, el cual crecía día tras

día, sumado a las leyendas diseminadas no sólo por los hombres sino también por las conversaciones de tabernas escuchadas por las mujeres, llenaba de terror el corazón de aquellos soldados ante la proximidad del toque de los tambores que anunciaría el izamiento de la bandera roja.

—Haremos como el ejército de Stallia —dijo Baxter, y esta vez parecía tomar en serio aquella conversación—. Nuestra vanguardia avanzará sobre el ejército enemigo al mismo tiempo que las flechas corten el aire y lleven el pandemio al enemigo.

—Eso, coronel, si es que otras flechas no están volando igualmente en dirección a nuestra propia pared de escudos.

—Brobdingnag no usa flechas.

—Pero Minotaurus sí.

De nuevo un silencio tenso.

—Nuestro ejército derrotará a los refuerzos de Minotaurus en condiciones iguales cuando los de Cáliz y Forte estén aquí —argumentó el coronel.

—Si es que tales refuerzos llegan. Y si es que son lo bastante relevantes o suficientes.

—¿Acaso teme que los reyes Segundo y Tercero no envíen a sus tropas, capitana?

—Si dependiera de ellos, estoy segura de que sí, coronel. Pero luchamos en una guerra de proporciones mundiales. Y temo que ellos mantengan a sus soldados demasiado ocupados protegiendo sus propias fronteras, lo bastante como para no luchar en otros campos de batalla.

—¡Aun así venceremos!

—¿Y si vienen Uruk y Rökk? ¿Y si sus ejércitos bestiales se colocan en el campo de batalla al lado de Minotaurus y de Brobdingnag, listos para flanquear nuestra pared de escudos?

Los sargentos se miraron y tragaron en seco. Ya sería difícil hacer que los hombres se enfrentaran a los gigantes sin franqueo, y lo sería aún más combatir a los gigantes al lado de los minotaurinos. Pensar en tal alianza explosiva, aumentada por seres bestiales, conocidos por devorar a los muertos en batalla, propiciaría que determinados soldados desertaran desde ya de la zona de guerra.

—Si Rökk viniera a este campo de batalla a luchar del lado enemigo, entonces Aragón peleará a nuestro lado.

Aragón y Rökk eran reinos enemigos jurados desde que el rey-bestia Wöo-r se había llevado a la futura esposa del rey Adamantino, la princesa Bella de Adamantino, y la mantuvo como su esclava hasta la actualidad. La triste balada que los bardos cantaban como «La bella y la bestia».

—Cierto, si Rökk viniera, Aragón probablemente nos apoyaría. Pero ¿si viniera Uruk? —preguntó la capitana.

Uruk poseía un ejército igualmente bestial y decían que lanzaba piedras en vez de

flechas contra las paredes de escudos enemigas.

El coronel Baxter titubeó, reflexionó un poco y dijo, sinceramente:

—Entonces tendremos que convencer a alguien más de pelear a nuestro lado.

Se hizo el silencio. Y una tercera voz dijo:

—Tal vez venga Orión —se arriesgó por primera vez uno de los sargentos presentes.

—No —dijo el coronel Baxter—. Orión enfrentará a Gordio; el rey Branford todavía le prometió ayudarlo.

Bradamante lo sabía, pero esperaba que fuera sólo una de esas promesas que nadie espera cumplir en realidad. La preocupación estaba más que justificada, ya que cumplirla significaba menos soldados de Arzallum en ese campo de batalla. Los sargentos tragaron en seco ante esa posibilidad. De hecho, el rey Midas, el bendecido y maldecido con el toque de oro, en su ambición desenfrenada, desencadenó eventos que culminaron en el coma profundo de la reina Belluci de Orión, a la que a modo de burla llamaban «Bella Reina Durmiente». Desde entonces el rey Acosta dedicaba su vida a dos objetivos: despertar a su soberana y despojar a Midas de la corona de Gordio.

—¿Y si trajéramos a Tagwood? —preguntó otro sargento.

—Sería una solución. Pero eso tendría que ser entre monarcas y está más allá de nuestro rango como soldados —dijo, de manera honesta y bastante franca, la capitana.

—¿Entonces debemos intentar convencer a los hombres de seguir la estrategia del coronel Baxter? —insistió el primer sargento.

—Los soldados no tendrán el valor de abalanzarse sobre una pared de escudos en esas condiciones —afirmó Bradamante—. Aunque su pared fuera mermada por lluvias de flechas y atacáramos en conjunto con arqueros inspirados en Stallia, el ejército de Brobdingnag se abriría y después se cerraría de nuevo, aplastando a nuestros hombres.

El coronel Baxter rezongó para dejar en claro su descontento con la insistencia de que había fallas en su estrategia.

—¡El problema radica en que nosotros no contamos con una caballería importante! —enfaticó, irritado—. ¡Por eso no debemos izar aún la bandera roja!

—¡No! —insistió la capitana, igualmente descontenta—. ¡Con todo respeto, coronel, el problema está exclusivamente en convencer a los hombres de que se enfrenten a los gigantes!

—Y si siente semejante recelo, capitana, ¿por qué la prisa por izar la bandera roja?

—Porque sorprenderá al ejército enemigo, ya que nadie espera que otra nación se diga preparada primero que Brobdingnag. Y eso los hará creer que enfrentan a un

ejército en extremo motivado y mucho más preparado de lo que esperaban.

—Diga el verdadero motivo por el que quiere izar la bandera, capitana —insistió el coronel, como si todo lo que Bradamante había dicho antes fueran bravatas.

—¡Quiero pelear ahora porque tal vez ellos aún no tengan suficientes provisiones o armas para todos los gigantes que participarán! ¡Quiero pelear ahora mientras ellos tal vez muestren alguna pequeña debilidad!

—No, en realidad usted quiere pelear contra Brobdingnag antes de que llegue Minotaurus.

Se hizo un silencio mórbido en aquella tienda. Algunos de los sargentos se mordían los labios inferiores y sudaban sin parar por motivos mucho más internos que externos.

—¿Usted cree que me equivoco al querer eso también? —preguntó la capitana, de nuevo de manera franca.

El coronel Baxter apoyó la quijada en las manos unidas, con los codos en la mesa. Su expresión se mantenía hermética.

Y entonces dijo:

—No.

María Hanson estaba llegando a la Escuela Real del Saber para otra de sus clases. En la entrada, esperando por ella y arrancando suspiros de las alumnas que ya habían desistido de intentar entrar, se encontraba Casanova.

—¿Qué haces aquí? —preguntó María Hanson, sonriente.

—Estoy preocupado por ti aquí, en el centro, María.

María Hanson cambió la sonrisa por una expresión sorprendida.

—¿Por qué estás tan preocupado?

—El mundo se halla en guerra.

—¡Y por eso necesito dar clases! —dijo la profesora, con la eterna convicción que acompaña a la frescura que enriquece a una seguridad juvenil—; necesito mantener la mente de ellos funcionando y ejercitándose, de modo que no enloquezcan en esta situación de crisis.

Giacomo Casanova se le quedó mirando y sonrió con orgullo. Luego preguntó:

—¿No hay aquí estudiantes demasiado viejos para tu clase?

María sonrió. De hecho, en aquellos días algunos padres pedían que parientes mayores o personas cercanas acompañaran a algunos de los alumnos por el temor de que algo les sucediera en el camino hacia la escuela y de vuelta a sus casas. Esas personas acababan pidiendo la autorización de María para asistir a clases y a ella no le importaba.

—No tengo prejuicios: cualquier persona de cualquier edad puede aprender lo que quiera. El profesor Sabino solía decir que la mente también es un músculo y que necesita ser ejercitada. Como te dije: es cuestión de mantener sus mentes funcionando.

—¿Y también podrías mantener mi mente funcionando?

María Hanson sonrió y suspiró. Intentó decir algo más...

—...

Pero en cambio sólo suspiró y sonrió otra vez, rendida.

En definitiva, era una pena que el mundo estuviera en guerra.

En Arzallum, tras regresar de la última cacería, Sabino von Fígaro había pedido permiso para dirigirse al campamento humano en la zona de guerra, comandado por el coronel Athos Baxter y la capitana Bradamante Fiordispina. El rey Anisio Branford se lo había negado y le ordenó que se encaminara con los Caballeros de Helsing al reino de Orión, con la justificación de que Arzallum había prometido ayudar al rey Acosta en días de guerra contra Gordio y su rey Midas.

Sabino von Fígaro se rascó la quijada y miró atentamente a su rey, en un intento por captar un lenguaje corporal que le revelara que aquella decisión no se basaba en el hecho de que el rey de Arzallum quería evitar un conflicto entre el propio Sabino y el coronel Baxter en una zona de guerra ya de por sí bastante tensa. El rey Anisio Branford permaneció mirando a Sabino sin demostrar un ápice de contradicción. Sabino von Fígaro entonces asintió y aceptó la misión de su monarca, incluso porque sabía que, fuera lo que fuese lo que motivara las decisiones de un rey, un soldado debía obedecer.

Los Caballeros de Helsing iban a la guerra.

En un barco silencioso que vagaba por un océano intranquilo, en camino hacia un año que nadie de la tripulación sabía exactamente qué era, el mayor deseo de un ser humano consistía en sobrevivir a la muerte para saber si había valido la pena invertir una vida de esa manera. Existen personas que le temen al silencio por los recuerdos y las conclusiones que puede traer. Y existen personas que no pueden vivir sin él.

Los hombres de mar eran de ese segundo tipo.

—¿Realmente esperabas estar un día en esta situación?

Snail Galford observaba un horizonte azul oscuro sin perspectiva y no se volvió. Reconocía la voz del viejo al que había liberado y esperaba que conservara un mapa en su mente inquieta.

Respondió sin mirarlo:

—¿Estar yendo detrás del gran tesoro?

—Estar al mando de un barco que perteneció a Jamil Corazón de Cocodrilo.

Snail llegó a sonreír cuando escuchó el nombre del difunto.

—Antes de que Corazón de Cocodrilo comandara este barco, este le pertenecía a James Garfio.

—Se ve que su nivel de mando fue empeorando con cada generación.

Los dos rieron, como si la desgracia de un hombre tuviera sentido.

—¿Crees que soy un comandante peor que Cocodrilo?

—¿Tú no?

—Yo lo engañé de una manera histórica.

—¿Él estaba sobrio?

Snail volvió a reír. Aquel viejo podía ser considerado demente e inconstante, pero seguía siendo retorcido.

—Los piratas nunca lo están.

—Él arrancó el corazón de un cocodrilo para asumir el liderazgo de este barco. ¿Hiciste tú algo como eso?

—A veces, en nuestro ramo, avanzamos más por las cosas que no hacemos.

—Dame un ejemplo de algo que no hayas hecho y que te haya traído hasta aquí.

—Axel Branford no me cortó la pierna ni fui aventado desde lo alto de una catedral.

Hawkins avanzó cojeando y se detuvo a su lado.

—Siempre habrá piratas peores. En este momento tus hombres hablan de uno con pierna de madera y ojo de vidrio que se está haciendo de fama.

—Un deforme como ese cobraría fama en cualquier lugar. Hasta en el circo Gabbiani.

—Uno conoce el valor de un pirata por sus enemigos.

—Entonces mi fama debe comenzar a recorrer el mundo.

—¿Crees que tú le importas a tus enemigos, pata rajada?

—Me esfuerzo porque así sea.

—Digamos que, hipotéticamente, Jamil Corazón de Cocodrilo no hubiera sido lanzado de aquella catedral por Axel Branford. ¿Cuánto crees que pagaría por tenerte en sus manos?

Snail pensó y pensó, y respondió entre risas:

—Mucho más que lo suficiente.

Jim Hawkins suspiró, como si aquello fuera absurdo.

—Aun así el hecho es que tú no le llegas a Garfio a los tobillos.

—¡Púdrete! —Snail por fin miró al viejo—. Tú tampoco jamás le llegaste a los tobillos a Flint. Y eso no te impidió encontrar sus tesoros.

Hawkins sonrió, como sonrío el hombre frustrado al que le hacen un jaque mate, pero que aun así admira la pericia del otro jugador.

—A veces incluso es posible gustar de ti, pata rajada.

—Sólo cuando no estoy alerta.

—En nuestro ramo siempre debemos estar alertas.

—¿Entonces por qué te capturaron?

Fue la primera vez durante aquella conversación en que Jim Hawkins perdió el humor, lo mejor que venía demostrando últimamente.

—¿Sabes? Ya tuve tu edad y tus mismas motivaciones.

—¿Y fuiste del todo exitoso?

—Hasta cierto punto, sí.

—¿En todos los puntos?

—En algunos.

—¿Y en cuáles no tuviste éxito?

—Nunca debí descubrir dónde estaba el gran tesoro.

Snail sintió que se le erizaba la piel. Aquello era lo último que esperaba escuchar de Jim Hawkins.

—¿Estás bromeando?

—¿Parezco un hombre gracioso en este momento?

Definitivamente, la respuesta era no.

—¿Y por qué no?

—Porque no estaba preparado para él. Y hasta hoy no sé si lo estoy.

Snail movió la cabeza, como si aquella fuera la conclusión más estúpida del mundo en la historia de las conclusiones estúpidas.

—¿Quieres convencerme de que un hombre no está preparado para ser demasiado rico?

—Exactamente. A veces eso es capaz de enloquecer por un momento.

—Entonces quiero compartir ese tipo de locura.

—No sabes lo que dices.

—¡Entonces dímelo!

—¡No, no te lo diré! —la voz se elevó, resonando sobre las olas que rompían esporádicamente—. ¿Y sabes por qué no, pata rajada? ¡Porque yo no pedí ser sacado de aquella maldita celda! ¡Yo estaba muy bien allí, olvidando lo que tú me estás haciendo recordar y esperando que llegara mi hora de ocupar una habitación de cinco estrellas en Aramis!

—¡Yo no te obligué a subir a este barco!

—¡Sí, lo hiciste cuando me sacaste de esa prisión! ¡Y de esa forma me obligaste a estar aquí!

—¡Me gané la enemistad de Will Scarlet por eso!

—¡No, lo hiciste porque estás enamorado de esa niña irritante!

Snail al fin demostró una reacción, al hacer un gesto realmente irritado con aquella sugerencia completamente idiota.

—Estás loco, ¿no? ¿Qué te hace pensar que te quitaron el libre albedrío?

—¡El hecho de haber pedido al maldito Creador que me diera una señal, en caso de que debiera llevar a alguien al maldito lugar al que nos dirigimos!

Snail calló en forma abrupta. Piratas dementes, mentiras, traiciones, manipulaciones: esos asuntos los sabía dominar. Comenzar a entrar en terrenos que involucraban fe, creencias, religiones y cosas de ese tipo, no.

—O me estás viendo la cara o en serio estás demente.

—No tienes idea de a dónde vas, Galford. Ni de lo que buscas.

El viejo apoyó la espalda en la borda. Snail percibió que el asunto era serio al notar el uso de su apellido en vez de algún mote desdeñoso.

—¡Descubrir el gran tesoro —continuó Hawkins— significa cambiarlo todo! Modificar el mundo y tu concepto de realidad del mismo. Significa tener en las manos una responsabilidad que ningún hombre quiere tener.

Snail era sólo silencio. Y perplejidad.

—Encontrar el gran tesoro significa obtener el poder del mundo en las manos y aun así no saber qué hacer con él.

Las olas siguieron rompiendo mientras los dos pensaban en preguntas y respuestas diferentes. Hasta que Snail Galford dijo:

—¿Entonces por qué me llevas allá?

—Te sientes culpable de contar con la información de dónde está aquello y de vivir la vida, o lo que te resta de vida, sin compartirlo. Pero así como tú, yo no soy del tipo al que le importa algo que no sea su propia piel. Entonces, como una broma, desafié al maldito Creador. Y le dije que si algún milagro me sacaba de aquella prisión, aceptaría la última misión antes de morir.

Snail estaba boquiabierto.

—Hablas como si existiera algo de semidivino en nuestros caminos.

—¿Y cómo podemos decir que no?

—A mí no me mueve la fe.

—A nadie de nuestra ralea.

Snail se burló ante la sola idea de que fuerzas más grandes actuaran tras las motivaciones mezquinas semejantes a las suyas.

—Todavía no comprendo. Si el gran tesoro es algo tan poderoso, ¿por qué no te quedaste con él? ¿Por qué enterrarlo de nuevo?

—No me consideraba lo bastante hombre para tener ese poder en las manos.

—¿Y consideras que yo sí?

—¡Claro que no! ¿Por qué crees que Flint lo enterró en un lugar donde nadie lo hallara, pata rajada? ¡Porque él tampoco se consideraba lo bastante bueno! Si yo no lo era, imagínate alguien como tú.

Snail estaba tan acostumbrado a ser denigrado, que ignoraba insultos como ese, y lo alentó:

—Y entonces...

—Alguien más lo será. Alguien tiene que ser. —Snail comprendió—. Y para llegar a las manos de ese alguien, necesita ser descubierta. Otra vez.

Snail movió la cabeza. La típica reacción de alguien que no sabe qué esperar.

—¿Cómo descubriste dónde estaba?

—Junté todos los tesoros que encontré de Flint y me di cuenta de que cada uno era la pieza de un rompecabezas que debía ser leído en un mapa. Leí sus notas sobre lo que esperaba encontrar en ese punto.

—¡Está bien! —dijo el joven negro—. Encontraremos el gran tesoro y tal vez incluso acepte que no seamos nosotros los que debemos quedarnos con él. El hecho es que quienquiera que lo tenga, pagará el precio más grande que se haya pagado.

Jim Hawkins suspiró, vencido. Snail Galford, en definitiva, ignoraba qué le esperaba.

En el campamento humano, en uno de esos días de espera, los soldados corrían de un lado al otro, desordenados, intentando comprender qué ocurría. Había ruido. El tipo de sonido que producirían centenares de láminas pegando sobre escudos, pero lo curioso era que no venía de afuera de la empalizada, sino de los cielos. Era como si las nubes se abrieran para que los semidioses combatieran y el sonido de aquellas láminas chocando reverberara hacia el campo de batalla de abajo. Las mujeres gritaban, imaginando que la empalizada era invadida y que los gigantes atacaban directamente desde su reino de los cielos. Los hombres corrieron en busca de piezas de armaduras dispersas. Cuencos de barro con sopa fueron derribados. Las armas se envainaron con prisa. Los corazones latieron en ritmos diferentes por motivos desconocidos.

Y entonces, cuando las sombras comenzaron a tomar la empalizada, las vieron.

Eran cuatro. Cuatro de aquellas máquinas espectaculares que invadieran Arzallum en plena coronación del rey Anisio Branford y trajeran a Occidente la tecnología de Labuta, la isla gnoma. Las máquinas, conocidas como *Vishnú*s, parecían colmenas y barcos con hélices, y puntos luminosos que desafiaban la gravedad por medio de la aún desconocida magia roja.

Sobrevolaban el campamento mientras abajo grupos de personas señalaban hacia aquello que les tapaba la luz y comentaban sobre lo que no sabían explicar.

—El rey Branford y su comitiva —dijo la capitana Bradamante, al lado del coronel Baxter.

—Sí —respondió Baxter, protegiéndose los ojos con la mano de la luz del sol.

—¿A dónde cree que irá? —preguntó ella.

—Tagwood.

Bradamante asintió dos veces y dijo, en una voz que parecía un suspiro:

—Ojalá.

Uno de los sargentos presentes, sorprendido por el diálogo, preguntó:

—¿El rey Branford no vendrá aquí? —quiso saber, con el temor que ronda al espíritu intranquilo.

—Vendrá —respondió el coronel, como si la presencia o no del rey de Arzallum fuera una mera formalidad—. Pero no ahora.

—Pero, coronel —insistió el sargento—, ¿por qué sobrevolar la zona de guerra si todavía no vendrá a nuestro encuentro?

El coronel Baxter se quitó la mano de los ojos. Iba a responder cuando:

—Para que el campamento enemigo lo vea —la capitana Bradamante respondió primero—. Y sepa que él está presente. Y sepa que Arzallum no está sola.

Los sargentos comprendían. Inspiración era lo que aquellos hombres necesitaban, obligados a entrar en campos de batalla contra hombres dos o tres veces más grandes que ellos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó otro sargento.

—Esperamos —dijo el coronel Baxter, mientras se apartaba como si tuviera sueño.

Los sargentos permanecieron allí, observando a la capitana. Todos ellos ya habían visto esa mirada de soslayo y la conocían bien. Su campeona tenía otros planes que chocarían con las órdenes de un coronel presente. Y para un soldado lo más difícil no siempre es obedecer órdenes. Es, a veces, saber a quién obedecer.

João estaba acostado, aún en recuperación, y Ariane cuidaba de él en su propia casa acompañada de silencio y pensamientos inquietos. Había sido rescatado por los Caballeros de Helsing del antro macabro donde se metió para rescatar a *lady* Almirena, y desde entonces aún no había despertado, si bien ya había sido atendido, medicado y puesto fuera de peligro. Ariane permanecía a su lado, lo bastante temblorosa y tensa para contaminar un ambiente y hacer que el mundo pareciera más turbulento de lo que ya estaba. Pero João estaba tan cansado que dormía como piedra, aunque sus sueños no fueran los mejores, ya fuera por influencia del ambiente o por todo lo que había pasado.

Con todo, la joven mantenía la cabeza de él en su regazo, con una postura corporal de protección en relación con el derredor, cual una hembra que protege a su cría de los intrusos. Sin embargo, era una postura incoherente desde el momento en que sólo ella y su novio prometido estaban en ese ambiente. Al menos en el mundo físico. Y eso nada más tenía sentido cuando la concentración se limitaba al mundo físico. Sin embargo, Ariane era capaz de ver más allá de lo que permitían los sentidos tradicionales.

Y cada día veía más.

Ese día veía otra vez a la Banshee, recogida en su lugar como una perrita que sabe que será regañada si intenta aproximarse a su dueño en un día triste y aprehensivo. La cuestión a ser observada era que la Banshee no tenía dueños. Y por más que le gustara rondar a esa pareja, en ese momento tenía un objetivo claro.

Necesitaba a Ariane. Otra vez.

Cuando la mujer de rojo intentó aproximarse a la pareja, Ariane cerró la expresión y negó lentamente con la cabeza. La joven acomodó con cariño la cabeza de João Hanson en un apoyo que sustituyera su regazo y se irguió en posición de desafío, en un sublime e interesante cambio de la función de protectora y protegido.

La Banshee la respetó, dio un paso atrás y se paró al lado de un espejo que

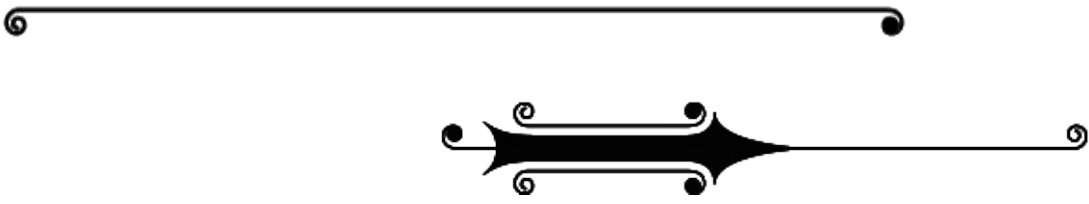
utilizaba la madre de Ariane. La pelirroja, con su eterna expresión de llanto y sus cabellos desgreñados, señaló hacia el objeto.

Ariane tembló.

Aun así la chica caminó hasta él, aceptando e intentando comprender mejor la figura de la muerte, cada día más. Y todavía con el cabello erizado, y con el corazón martillándole en el pecho, tomó el espejo entre las manos y miró su propio reflejo. La Banshee se puso detrás de ella y Ariane sintió una vez más el frío toque de la muerte, en esta ocasión en el centro de la frente. La otra mano de la gélida pelirroja tocó la parte vítrea del espejo.

Y de nuevo Ariane vio.

Al regresar a la conciencia las lágrimas descendían copiosamente y de manera inevitable por ambos lados de su cara.



En el campamento de Brobdingnag los gigantes reían y se divertían en rituales propios de su raza. En su psicología la guerra tenía las mismas características que una partida deportiva importante adquiriría en la psique humana. En otras palabras, era algo donde ellos se preparaban para vencer, y se concentraban en vencer, mas no una situación que los pusiera en conflicto o en los bordes de la locura al imaginar la proximidad de la muerte, la interrupción de sueños y la separación de amigos y familiares, la mayoría de las veces por motivos que nunca parecían lo bastante justos.

Brobdingnag no estaba acostumbrada a perder guerras. Sus tropas entraban poco en las batallas, y cuando lo hacían causaban un auténtico genocidio. Era un ejercicio altamente destructivo, sin necesidad de esforzarse. Causar estragos estaba en la naturaleza de una armada tan ruda. Además, los gigantes no poseían lazos de familia e incluso sus hijos eran entrenados por los padres mucho más por una cuestión de entretenimiento personal que por afecto. Los gigantes carecían de grandes sueños o aspiraciones. No desarrollaban ningún tipo de arte y, cuando evolucionaban, lo hacían por instinto, nunca por el descubrimiento por medio de sus propios intelectos. Así, para un brobdingnaguiano, vivir y morir era más una cuestión de instinto que un conflicto filosófico real.

Para las otras razas ese estilo de vida tenía un punto negativo y otro positivo. El negativo consistía en que, como si estar ante un ejército dos a tres veces mayor no resultara ya en extremo terrorífico, enfrentar a un enemigo sin conflictos morales en relación con la guerra equivalía a algo próximo al pánico. Eran comunes los relatos de seres de diferentes razas corriendo lejos y gritando como niños en medio de berrinches y ataques de nervios ante gigantes que abrían y aplastaban los cráneos de sus aliados. De hecho, hasta hoy, Brobdingnag, con su estilo de vida y de combate, nunca había perdido una guerra a la que hubiera ingresado.

Y para las otras razas tal era el punto negativo.

El punto positivo de pensar así era que, si Brobdingnag estuviera más

intelectualizada, sería el reino de los reinos, en vez de Arzallum.

En realidad hubo sólo una raza que casi derrotó a la gigante y que probablemente —aquí sólo hablamos de una opinión personal que no es posible comprobar— la habría derrotado. La raza élfica peleó como semidioses, y aun como los dioses por encima de ellos, y resultó bonito de ver, para quienes encuentran alguna belleza en la guerra. Batallas en las que las elfas amazonas hirieron los cielos y cortaron gigantes e hicieron llover sangre en las tierras por debajo de las nubes. Batallas en las que un rey elfo creció.

Batallas en las que fueron abandonadas a su propia suerte por la raza humana.

De cualquier forma, lo que interesaba en ese momento era que los soldados de Brobdingnag estaban en círculo, carcajeándose como adolescentes embriagados, en un intento de agarrar una espafia, un animal equivalente a una gallina común para la raza humana, pero en la proporción de un gigante y mucho más espigado. Era una criatura dotada de mucha flexibilidad, cuya carne agradaba al paladar de aquella raza. Cuando uno de ellos lograba por fin agarrarla con las manos, la doblaba por la mitad y le partía, en un solo movimiento, la columna vertebral. En realidad los hombres de aquella raza adoraban el estallido que se producía con la ruptura del hueso. Los humanos torcían el cuello de las gallinas, lo quebraban de un sólo jalón y después se comían los corazones. Los gigantes partían las columnas vertebrales y se comían los cráneos aún con ojos y picos.

Tal era el ambiente de una empalizada de Brobdingnag, en un tono casi relajado, como el de un equipo deportivo a la espera de un partido oficial en el cual entra invicto. Y eso tal vez explique por qué los gigantes se miraron incrédulos y boquiabiertos cuando, por primera vez en su historia de guerra, fue la parte enemiga la que dio la llamada inicial para el combate.

En lo alto, entre sonidos de trompetas de guerra, ondeaba la bandera roja de Arzallum.

Axel Branford estaba sentado en el balcón de uno de los cuartos de la Torre de Vidro, a muchos y muchos y muchos metros del suelo, tan alto como los ojos humanos pueden distinguir, pero aun así se sentaba en el balcón con una de las piernas dobladas debajo de él, como si fuera capaz de volar como un elfo niño que anduviera por allí. Andaba sin camisa, con sólo una tanga de las utilizadas por los indios locales.

—¿Sabes? Si te caes de ese balcón, morirás —dijo la princesa Livith, aproximándose, vestida con un ropón de seda con dibujos tribales bordados con hilos de otro tan finos, que más parecía una vestimenta noble.

—¿Y si acaso tú cayeras, no?

—Yo jamás caería de allí.

El príncipe rio. Y volvió a observar el horizonte eternamente asoleado y demasiado fantástico para existir.

—¿Ustedes las elfas hacen alguna cosa normal?

—¿Cómo «normal»?

—Normal para los patrones humanos.

—¿Por ejemplo?

—No sé. Cosas como despertar con la cara arrugada o roncar después de una noche de mucho vino, o hablar con los bebés en forma graciosa, o ya sé: ¿ustedes se refieren unas a otras con apodosos?

La elfa comenzó a reír ante esas observaciones curiosas.

—¡Uf! Despertamos con un aliento agradable. Un aliento dulce.

—Ah, sí, ahora me siento mucho mejor como ser humano.

—No sabemos qué es embriagarnos, no importa la cantidad de vino que bebamos.

—Está bien, ganaste: cambiemos de tema.

—Y de vez en cuando usamos apodosos.

Axel percibió una cierta timidez en ese comentario. Y se sintió bien por reconocer

algo de humano en aquella cultura.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo era tu apodo? —era visible que estaba ávido por la respuesta.

—¡Jamás te lo diré!

—¡Oye, soy tu esposo! Tengo derecho a saber secretos.

—Hemos estado casados por muy poco tiempo para compartir secretos de ese tipo.

Ella sonrió, y a él le gustó otra vez reconocer sentimientos humanos femeninos en aquella elfa. Movi6 la cabeza en aceptación del hecho, aunque dejara claro que no desistiría tan fácilmente de la respuesta. Volvió a observar el horizonte y pregunt6:

—¿Las elfas amazonas pueden volar si quieren?

—Somos instrumentos de guerra. No es posible que cohabiten en un mismo cuerpo guerrero tanto la furia necesaria para la guerra como la pureza necesaria para la flotaci6n.

—¿No?

—¿Crees que sí lo sería?

—Cada día tu cultura me enseña que nada es imposible en tierras como estas.

Ella se aproxim6 y Axel pens6 que lo tocaría, pero en vez de eso ella sólo se sent6 frente a él en el balc6n, de una manera mucho más confiada y comfortable que la de él.

—¿Cómo enfrentaron ustedes a Brobdingnag?

—¿En qué sentido?

—Tú me dijiste que los humanos los enfrentaron en la tierra y que ustedes los enfrentaron en el cielo. Si las hadas amazonas no vuelan, ¿cómo lo hicieron?

—Cabalgando.

—¿En qué? ¿Grifos?

—Dragones.

Lo juro: Axel casi se cay6 de aquel balc6n.

—¿Entonces las elfas amazonas cabalgan en dragones?

—Sí, pero sólo en tiempos de guerra.

Axel volvió a observar el horizonte infinito, como si buscara entre grietas mal iluminadas la sombra de seres por encima de la comprensi6n.

—¿Y dónde estarían esos dragones?

—Adormecidos en los mares de Nunca Jamás, hasta que los volvamos a llamar.

Axel volvió a observar el mar en calma, danzando en forma de pequeñas olas, e intent6 imaginarse a los dragones durmiendo debajo de las aguas azul oscuro. Lo intent6 y bastante. Juro que lo intent6.

Aun así no lo consigui6.

—¿Y cómo saben cuándo es la hora de despertar?

—Por la conexi6n que tenemos con ellos.

—¿Es una habilidad feérica?

—No, una conexión hecha a través de un ritual.

—¿Y cómo se realiza ese ritual?

—Grabamos en la criatura, con un molusco que se encuentra por aquí, los tatuajes tribales, que contienen el nombre de la niña elfa y de su futuro dragón.

—Entonces esos tatuajes tribales que tienes...

—En realidad son escritos élficos.

—Pero si fueron grabados cuando bebés, ¿cómo...?

—Los tatuajes, cuando se graban con las pequeñas garras y las enzimas liberadas del molusco, crecen junto con la piel.

Axel bajó del balcón y se acercó a ella para observar mejor. Había reparado en que Livith poseía esos escritos en la espalda, pero que eso no era una regla entre las elfas.

—¿Y hay otra forma de grabar esos escritos?

—Existe una ostra que también posee una pinza en tus tierras. Pero, con ella, el tatuaje adquiere el color de la piel y no se nota.

Axel tocó el hombro de ella, con la intención de apartar el cabello violáceo del cuello, y sintió que ella se estremecía como si le extrañara el toque.

—¿Puedo? —preguntó, al percibir el extrañamiento.

—Claro —la elfa sonrió; aquellos ojos de plata eran difíciles de desviar—. Es que los machos y las hembras se tocan poco en nuestra cultura.

—En la nuestra se tocan todo el tiempo.

La elfa continuó sonriendo y ella misma apartó el cabello para que él mirara los tatuajes atrás de su cuello.

—¿Qué significan esos escritos?

—LIVITH AP LYANDA —al menos eso fue lo que Axel entendió de la intención con que ella lo dijo.

—¿Es el nombre de tu dragón?

—De mi dragonesa.

Axel levantó las cejas, sorprendido, y Livith, curiosamente, pensó que el movimiento era fascinante. Las cejas élficas eran apenas una pequeña línea casi imperceptible.

—Ustedes mueven esa parte del cuerpo —dijo ella, encantada, como si Axel fuera un alienígena.

—Pero —continuó Axel, sin percibir el súbito encantamiento de ella—, ¿cómo se escoge el dragón?

—Dragonesa —dijo ella, de manera displicente, aún concentrada en las cejas de él.

—Cierto. La dragon... Oye, ¿hay algo malo en mi cara?

—Por el contrario —ella sonrió una vez más y volvió al tema—: en realidad sólo cabalgamos en dragonesas. Las hijas de la dragonesa que dio origen a todos los demás. Las hijas del dragón de Éter más poderoso de todos.

—¿Realmente estás hablando de...?

—De las hijas de Tiamat.

En definitiva no sé cómo Axel Branford no cayó por aquel balcón.

—¿Cómo...! ¿Cómo se atreve? —intentó decir, entre jadeos neuróticos, un coronel Baxter carmesí, al observar la bandera del mismo color que ondeaba en lo alto.

—Con todo respeto, señor, los hombres me siguen porque los lidero en la práctica. Y porque soy yo quien estará al frente de ellos con una espada vengadora en las manos. Ante eso, sé que si algo no fuera hecho en este momento, su coraje se evaporaría, y yo caminaría sola por aquel campo de batalla, independientemente de que el rey Branford llegue o no.

La capitana Bradamante se apartó y caminó en dirección a los hombres a la espera de la confianza que el valiente desborda, pero que la gente común sólo anhela.

Al fondo, el coronel Baxter siguió echando espuma y rechinando los dientes, observando a aquella capitana que desafiaba su autoridad y comandaba hombres que la obedecían, adoraban y respetaban mucho más de lo que él jamás conseguiría, al menos en aquellas tierras en que sus cantos como héroe mosquetero no significaban lo mismo que en su tierra natal. En realidad, en las que no significaban nada.

Lo cierto era que la bandera roja había sido izada y Arzallum necesitaba armar su hilera de escudos en aquel campo de batalla. Sin embargo, el coronel Baxter sabía que la capitana Bradamante pagaría por aquella afrenta. Y él ya tenía la perfecta idea de cómo lo haría.

—Entonces allí reside también la responsabilidad que mencionaste de la madre sobre la hija en tu raza —concluyó el príncipe.

—Sí. Toca a la madre sumergirse en las aguas de Nunca Jamás en busca de uno de los miles de huevos de Tiamat.

—¿Ellos no nacen bajo el agua?

—No, se adormecen después del nacimiento. Pero maduran después de que son traídos a la superficie.

—¿Y cuando la madre no lo consigue?

—Muere en el intento.

Axel tragó en seco, frunció la frente y sus cejas se unieron. Livith continuaba observándolas como si fueran un juguete.

—Y sus hijas...

—Las hijas de las madres que fallan y padecen en el intento se convierten en elfas que no dejan Nunca Jamás.

—Porque no vuelan.

—Porque ese es su destino. En el futuro ellas intentarán lo mismo para que su descendencia tenga otro destino.

—Aquí todo está ligado para que sea capaz de volar o no, ¿cierto?

—Aquí todo se liga con el destino y con cuán pura se mantenga la vibración.

Se miraron tan serios como los rumbos que aquella conversación tomaba.

—¿Y cuando la madre sobrevive y trae el huevo?

—Se espera tres días, que es el tiempo máximo que le toma nacer a la dragonesa. Entonces se hace un corte en la cría del dragón y se vierten algunas gotas de sangre en la boca de la niña elfa.

Axel era pura seriedad.

—¿Y la niña?

—Llora como si fuera envenenada.

—¿Y no lo está?

—No, se encuentra aumentando su vibración energética, sólo que lo ignora.

—¿Y después?

—Se corta a la niña y llega el turno de la cría del dragón de probar la sangre de ella.

Axel exhaló con fuerza. Cada día en aquel lugar era, en definitiva, una rueda de emociones.

—¿Ustedes «cortan» a los recién nacidos?

—Sólo lo suficiente.

—Es una práctica fuerte.

—Supe que tus hembras, cuando no se sienten preparadas para ser madres, son capaces de matar a los hijos aún dentro de ellas.

Axel no pudo pensar en un comentario.

—Para nosotros eso resulta chocante. No tenemos el apego que tu raza gusta de exhibir, pero una elfa jamás sería capaz de matar a su propio hijo. Y si lo fuera, ciertamente lo haría cuando ese hijo ya estuviera en condiciones de defenderse.

Jamás en la vida encontraría Axel una contrarrespuesta para aquello.

—Después de... —la voz de Axel era sombría—. Después de que ambas prueban la sangre de la otra, ¿están listas?

—Allí se graban los nombres de ambas, tanto en la elfa bebé como en la dragonesa. En las elfas se escribe en lengua élfica. En las dragonesas se pintan en el cuerpo, sobre todo alrededor de los ojos.

—¿Y se consuma la conexión?

—No, la conexión se hace cuando comparten el mismo pensamiento. Para eso ambas son sumergidas al mismo tiempo en el lago de la Nostalgia y ambas, mientras luchan para no morir en el agua caliente, piensan en sobrevivir. Ese es el pensamiento que genera la conexión.

—Porque ellas comparten la misma vibración.

A Livith le gustó esa conclusión.

—El pensamiento sigue a la acción. La acción sigue a la energía —concluyó ella también.

Axel señaló hacia un lago en medio de un claro, fácilmente visible desde la altura en que se encontraban.

—¿Aquel es el lago de la Nostalgia?

—Sí, el lago de las ninfas.

—¿Y por qué ese nombre?

—Cuando una persona muere, deja grabada en su propia energía su último pensamiento. El agua caliente del lago es capaz de revelarnos esa marca.

Axel llegó a sonreír ante la fúnebre poesía.

—¿Cómo es el proceso?

—Los cuerpos se hunden en el agua para la purificación. Entonces se queman en una ceremonia élfica y se convierten en polvo. Ese polvo se esparce de nuevo por el viento en las aguas del lago y las cenizas dibujan el último pensamiento.

—La mayoría de las veces esos pensamientos no deben decir mucho, ¿no?

—Siempre dicen algo.

—¿No son pensamientos de dolor o de miedo?

—Cuando una elfa presiente el segundo anterior a la muerte, por instinto piensa en el mensaje que desea dejar para su ceremonia.

—¿Es como un instinto?

—Es exactamente eso.

Axel reflexionó. Y todavía, en medio de pensamientos reflexivos, preguntó:

—¿Y qué representa para un elfo o una elfa no hacer su pasaje al otro mundo a través de ese ritual?

—Significa una muerte incompleta. Y un pasaje intranquilo.

Axel pareció más concentrado que de costumbre con la conclusión de ella.

—Tienes razón —dijo, como si el mundo fuera justo—. Tienes razón en todo lo que dices. Ahora ya sé cómo convencer a Peter Pendragon de que debe ir a la guerra.

Livith no sabía si existía algo de sombrío o luminoso en la expresión de aquel príncipe, y en verdad eso sería algo muy difícil de averiguar allí. El hecho era que los tiempos difíciles seguirían llegando. Al menos, aunque de manera incomprensible, alguna luz parecía ya comenzar a brillar sobre ellos.

La reina Blanca Corazón de Nieve estaba en el Salón Real del Gran Palacio. Se sentía agitada. El rey Anisio Branford había partido en los artefactos de los gnomos para los campos de batalla, de donde tendría un regreso incierto. Le había prohibido acompañarlo. Blanca no quería obedecer el deseo de su marido, pero él tenía razón cuando decía que esta vez era necesario que hubiera una autoridad en el Gran Palacio. En una guerra de tales proporciones podrían llegar noticias urgentes, los tratados podían ser violados, habría que tomar decisiones, los recursos tendrían que ser divididos y enviados, y quien viniera al Gran Palacio debía encontrar un punto de referencia en momentos de locura.

Además, estaba el otro argumento a favor de la simpatía y la popularidad, equivalentemente inversas a la importancia. En realidad nadie sabía cuánto tiempo duraría aquella Primera Guerra Mundial, y mantener un ejército en una frontera como Arzallum exigiría un costo altísimo a aquel reino, costo que repercutiría en la población. En la práctica eso significaba aumento de impuestos, racionamiento de alimentos y oraciones a los muertos: exactamente todo lo que un rey debe hacer para disminuir su popularidad e incitar revueltas de sus súbditos. En vista de eso, sólo había una forma de que el rey saliera menos dañado de una situación tan destructiva.

Su reino debía ganar la guerra.

La reina Blanca se mantenía en todo momento al lado del tesorero real, analizando la discrepancia entre los costos y los impuestos recolectados, que involucraban cuero, sal, granos y lana virgen, simulando variaciones para equilibrar esas cuentas y decidiendo qué enviar, a quién enviar y cómo enviar recursos, provisiones y pertrechos a las tropas permanentemente estacionadas para enfrentar a Brobdingnag. Todo debía pensarse muy bien: el Gran Palacio nunca podía quedar desprotegido y, al mismo tiempo, no sería inteligente quitarle un buen guerrero a la empalizada de guerra. Por otro lado, dejar al Gran Palacio en manos de los menos experimentados tampoco era una opción.

Los Caballeros de Helsing se hallaban en una misión y cada día Andreeanne parecía mucho más una ciudad de zombis, donde sus habitantes actuaban y vivían más por un instinto que les recordaba lo que debían hacer, que por la conciencia propia de un ser humano que cumple con sus obligaciones porque comprende el hecho o el placer que este le causa.

—Su majestad, con todo respeto, será preciso reducir la cantidad de provisiones que se pretende enviar a las tropas.

—¿Por qué, tesorero?

—Porque no existen suficientes medios de transporte. Las caravanas ya están abarrotadas.

—Entonces ordena que se construyan más carretas.

—Pero, su majestad, los leñadores están sobrecargados de trabajo. Muchos de ellos se ofrecieron como voluntarios para ingresar como mercenarios al frente de batalla de Arzallum, lo cual disminuyó la mano de obra.

—Y si la mano de obra de Andreeanne disminuyó, y si aumentaron las filas de mercenarios de Arzallum en la empalizada, esos son dos motivos más para que esas provisiones sean mucho más necesarias allá, donde los heridos agonizan, que aquí, donde hemos perdido el hambre con la espera.

—Pero, su majestad...

—Tesorero —y el señor flaquito, de ojos grandes y cabellos blancos, sintió el tono de comando en la voz de la monarca—. No te estoy pidiendo tu opinión en este caso. Te estoy ordenando que esas provisiones se envíen a los soldados de Arzallum en la empalizada del campo de batalla.

El tesorero asintió.

—Sí, su majestad.

—Si no existen más hombres suficientes para tirar árboles, que llamen a sus mujeres para que ayuden. ¡Yo misma aprendería a usar un hacha si con eso ayudara a mi marido! Si no hay madera suficiente para construir nuevas carretas, que derrumben casas sin dueño y que hagan que los carpinteros dupliquen sus jornadas. ¡Además, explica a esos hombres que tienen sólo una jornada de trabajo, y explica a las mujeres lo que ocurrirá con sus cuerpos y su decencia si Arzallum pierde la guerra y Minotaurus llega hasta acá!

—Sí, su majestad.

—Quiero el toque de queda de los niños en el momento en que la luz comience a dar paso a la noche. Quiero que de la noche a la madrugada el único sonido que se escuche en toda la ciudad de Andreeanne sea el de hombres y mujeres trabajando en pro de la guerra que ganaremos.

—Sí, su majestad.

—Quiero que las palomas mensajeras vuelen por Arzallum y lleven esas noticias.

Quiero que convoques a los bardos al campo de batalla.

—¿«Bardos», su majestad? —el tesorero se asustó en medio de todo lo que anotaba de la forma más rápida que podía, con la pluma y con letra ilegible para quien no fuera él mismo.

—Sí, envíalos a los campos de batalla y haz que los escritores realicen crónicas sobre las batallas con sus mejores versos, y que los trovadores entonen cánticos con sus mejores letras, y que los contadores de historias vuelvan y las narren vigorosamente con su mejor aliento en las tabernas más populares. Si no sirven para empuñar una espada, que sirvan a la bandera con la pluma. Así es como una victoria no se olvida.

—Sí, su majestad.

Era difícil, por más que la vida de aquel tesorero estuviera en desgracia, negar la atracción y la fascinación que una figura de mando como aquella ejercía, aún más en un mundo con una historia de reyes fuertes pero reinas sumisas.

—Quedas liberado por el momento, tesorero.

—A su disposición, su majestad.

Y el señor flaquito salió con la mirada naturalmente desorbitada, mientras, al fondo, Blanca Corazón de Nieve se sentaba en el trono destinado a los reyes y apoyaba la cara en las dos manos, con los codos doblados en los brazos de la silla. Sentía el mundo pesándole en las espaldas, como sentían los reyes que allí se sentaban, y merecía sentirse así.

—Majestad.

La voz provenía de un soldado inexperto, que cumplía el papel de la figura que anunciaba los visitantes a un rey. El tono con que se dirigió a su reina era mucho menos ceremonioso de lo que debería ser, pero el pobre muchacho sudaba como en su época de aprendiz y a la reina no le importó que sonara superfluo en aquel tenso momento.

—¿Qué pasa, soldado? —dijo ella, entre una exhalación pesada.

—Su majestad, hay dos mujeres visitantes que solicitan una audiencia.

La reina levantó la cabeza y se extrañó.

—¿Dos visitantes mujeres?

—Sí, su majestad. ¡Una de ellas afirma que es persona de confianza del consejero y general Sabino von Fígaro!

Blanca modificó su posición en el trono.

—¿Esa confianza fue ratificada?

—¡Sí, su majestad! Algunos soldados más experimentados confirmaron que la han visto en compañía del general Sabino von Fígaro incluso en momentos íntimos, como al compartir butacas en la Majestad.

Blanca se rascó bajo la quijada, curiosa, y ordenó:

—Anuncia a las visitantes, guardia.

El guardia se colocó en posición, y dijo con la voz más potente que pudo producir, claramente incómodo con los títulos que le fueron presentados por las visitantes:

—Su majestad, la sacerdotisa Lenora Viotti y su aprendiz Ariane Narin.

Madame Viotti y *Ariane* entraron al salón del Gran Palacio. En el momento en que aquellas tres mujeres se miraron por primera vez, supieron que estaban a punto de participar en una parte de la historia del mundo.

Los soldados de Arzallum se posicionaron en el campo de batalla de manera temerosa. Armados y equipados, algunos miraban en forma extraña a una especie de máscara de médicos que habían sido obligados a llevar, pero de la que nadie entendía su función.

—¿Está segura de que debemos llevar esto a la guerra? —preguntó uno de los sargentos a la capitana.

—Nosotros, los soldados, debemos partir siempre del principio de que nuestro rey sabe lo que hace.

La mitad de aquellos hombres se sentía ligeramente embriagada, y tal vez yo mismo esté siendo demasiado modesto en esa proporción. No es posible culpar a un hombre en esa situación, cuando parecía marchar hacia una muerte cierta. Es un hecho que por lo común no es así como los bardos cantan este tipo de canciones, en las cuales los héroes virtuosos caminan de manera imponente en dirección a sus enemigos, con la certeza de la victoria o preparados para la muerte. Sólo que los bardos hacen cuanto sea necesario para que las historias suenen más interesantes, aunque hasta ellos sepan cómo es la cruda realidad que envuelve una zona de guerra. Antes de que te acuerdes de la guerra que los bardos suelen narrar, un buen consejo: olvida lo que cantan. Pueden ser interesantes historias de caballeros de brillantes armaduras rescatando princesas sin despeinarse ni un pelo, pero, en la práctica, el encanto se encuentra muy lejos de un escenario de combate.

Primero que nada, los soldados apestan. Se percibe un fuerte olor a sudor y a suciedad, sobre todo después de que las partes metálicas son acopladas. Se huele el tufo a alcohol proyectado como una flecha. El hedor a orina de quienes no consiguen controlar el sistema nervioso, por no mencionar el de quienes no controlan sus intestinos. Tal es el olor de una pared de escudos. Los hombres oran, temen y lloran. Y el mundo, y todo propósito que haga sentido en el mundo, se olvida, pues de lo contrario no habría batallas. O al menos toda batalla sería la última.

—Lanceros al frente, mercenarios atrás, arqueros a sus puestos —gritó la capitana Bradamante a los oficiales de mayor rango.

Los lanceros marcharon al frente con los escudos próximos, hasta el punto donde deseaba su capitana. Entonces se escuchó el estruendo provocado por el sonido de esos escudos, encajándose unos en otros, de manera que un hombre protegiera al compañero de al lado, mientras utilizaba la lanza en el otro, con la confianza de que sería igualmente protegido por el siguiente. Todavía no había caballeros en los ejércitos unidos comandados por Arzallum. Se veían pocos caballos en la empalizada humana, y los caballeros de verdad serían los últimos en llegar, pues eran los que más costaban en una zona de guerra. Si alimentar caballeros ya era trabajoso y caro, imagina a los caballos de guerra, sin contar el olor aún más nauseabundo que traían y aportaban al campamento, a causa de las deyecciones que atraían a las moscas y los cabellos maltratados que acumulaban piojos y costras de suciedad. Además, como ya se ha dicho, Bradamante no podía esperarlos.

Arzallum no podía esperarlos.

Para tener una idea de las diferencias en cuanto a la importancia de la victoria de aquella guerra para los tres reinos, bastaba observar el compromiso de cada monarca ante la situación. El rey Tercero y el rey Segundo no estarían en aquel campo de batalla al lado de sus consejeros, con grandes mapas extendidos en mesas extensas, y en la presencia de mensajeros y capitanes que anduvieran por los campos de batalla.

El rey Anisio Branford estaría allí en persona.

—Cuando estemos frente a los líderes de Brobdingnag, ¿recordará la capitana quién ejerce el verdadero mando aquí?

El caballo de pelo bien cuidado y manchas oscuras que evocaban dibujos infantiles y soportaba al robusto coronel Baxter se aproximó a la yegua blanca de Bradamante. Para la joven comandante, el mundo no pareció mejor por eso.

—Estoy consciente, coronel, de que usted hará los honores y el intercambio de ofensas ante los líderes gigantes.

—¿Yo lo haré?

—Sí, usted, coronel.

—¿Porque soy el líder de este campamento?

Bradamante suspiró. Adoraba su función, pero detestaba la parte de lidiar con personas como aquella, que cobraban un alto precio de cinismo a cambio de pocos momentos de quietud.

—Señor, le pido disculpas si, en algún momento, parecí dudar de sus capacidades de mando o querer burlar su autoridad. Mi intención nunca fue la de crear una riña o disputa de mando, sino evitar que la unión de este ejército se despedace con la confianza de nuestros hombres, antes de que la cercana desesperación los domine como lo hace en este momento.

El coronel quedó en silencio, como para formarse la certeza de que Bradamante había terminado con el discurso de disculpa. Como la capitana no dijo más, y aunque resultara incómodo el silencio de las palabras que deberían proferirse, pero que jamás se dirían, el coronel concluyó:

—No se preocupe, capitana —dijo, aún de manera pausada—. Le daré la perfecta oportunidad de demostrar sus propias capacidades y aumentar la confianza de este ejército.

El coronel sonrió y avanzó un poco con el corcel. A Bradamante no le gustó ni un poco lo que fuera que yaciera detrás de aquella sonrisa.

—¡Pared de escudos, pared de escudos! —volvió a gritar, mientras lanzaba su yegua al galope y recorría la primera hilera de punta a punta.

Parados y conectados por una línea compuesta y reforzada por la misma tensión que precede a la muerte, hombres sudorosos, temblorosos, embriagados y temerosos, compartían aquella pared. Se trataba de un muro que establecía diversas hileras de manera competente, y de hileras lo bastante densas para hacer temblar a un enemigo humano. Al menos a uno humano.

Los comandantes de rangos menores que el de la capitana ayudaban a organizar a los tres mil quinientos lanceros que iban al frente. Todos miraban de vez en cuando al horizonte vacío, imaginando a los otros mil quinientos lanceros que vendrían a reforzarlos. Sin embargo, el horizonte, fuera lo que fuera que supiera, no compartía las mismas voluntades de aquellos dispuestos a sangrar por motivaciones distintas.

Los mercenarios se colocaban detrás de esa pared. Su función consistía en reforzar la retaguardia, en caso de que el enemigo intentara flanquear la pared de los lanceros. La mayoría de aquellos hombres era hábil con hachas y cuchillos, pero sólo había golpeado árboles y sacado la carne de animales abatidos, y eso en nada se comparaba a dar una estocada a un hombre vivo que clamaba por su sangre. Si lanceros más o menos experimentados temblaban a la espera de la llegada de un ejército cantado como una maldición de semidioses, aquellos hombres desentrenados se mostraban como verdaderos niños a punto de desistir, estimulados por sus padres a no soltarlo todo y salir corriendo con el llanto del alma avergonzada. Algunos de aquellos dos mil hombres eran ex prisioneros que habían cambiado el encierro por el campo de batalla. Algunos eran soldados jubilados que habían vivido lo suficiente para estar en una batalla de verdad, otra vez. Algunos ya habían matado, y más de una vez. Algunos habían matado a hombres; algunos habían abatido a animales y consideraban que la situación sería parecida, aunque olvidaban que no eran sólo hombres los que debían combatir. No era de esa manera el ejército que un líder militar soñaría tener bajo su mando cuando el mundo profería gritos de muerte.

Sin embargo, era aquello que la Soberanía, nombre con que se conocía ahora a la unión de reinos en aquel campo de batalla, poseía en aquel momento. Y cuando se

está dispuesto a perderlo todo, todo cuando se posee resulta valioso.

Detrás de los mercenarios, imponentes y alineados como una pintura, se apostaban los arqueros. Sumaban mil. Hablaban poco y no lloraban ni sonreían. Parecían hablar con la mirada o por medio de movimientos lentos con la cabeza. Como se ubicaban tras la hilera de mercenarios, el grupo funcionaba como una especie de perros guardianes para posibles desertores. De hecho, de vez en cuando algún leñador o carnicero pensaba en la familia que no vería más o en el descubrimiento del valor de la propia vida, ahora que estaban tan cerca de la inexistencia, y pensaban en correr lejos del ejército del cual debían formar parte. Sin embargo, bastaba con mirar atrás para que su mirada involuntariamente se encontrara en destructiva colisión con la de arqueros fríos, los cuales mostraban más frialdad que un hombre con la lanza, por ser la clase más apartada del enemigo y por lo común la última en morir. Ese encuentro de miradas, de manera silenciosa, acallaba los corazones, pues en esa hora los arqueros movían las cabezas con lentitud de un lado al otro, en un gesto negativo que decía mucho en la expresión. Una expresión silenciosa que advertía al mercenario inseguro que, si al menos se atreviera, una flecha lo ahogaría en su propia sangre al traspasar su cuello antes siquiera de que alcanzara los doscientos metros de carrera. Así que, ante semejante opción, restaba seguir de pie y pelear, pues tal vez en la pelea se viviera.

Fue así como la alianza conocida como la Soberanía esperó.

Y entonces, una vez pasado el tiempo necesario, pero que ningún soldado deseaba que transcurriera, se escucharon los tambores explotando en ecos estruendosos y rítmicos como el sonido del fin del mundo. Y se escucharon las cornetas. Y se escuchó la marcha.

La primera impresión que se recibía cuando los primeros de ellos surgieron en el horizonte era de un espejismo. El calor provocaba una visión turbia, que se balanceaba como si fuera un reflejo en un lago agitado. Y poco a poco ese reflejo crecía y crecía y crecía. Por más que la imagen que se aproximaba se fuera volviendo menos turbia, y por más que el calor comenzara de repente a no ser ya el principal enemigo, la impresión que tenía un hombre temeroso que atestiguaba la llegada era que aquello aún era un espejismo.

Eran centenares y centenares y centenares. Cinco mil aberraciones que no deberían existir y, de hacerlo, no deberían estar del lado enemigo. Usaban vestimentas primitivas y grotescas, cubiertas de pieles de animales de las cuales no se habían tomado el trabajo ni siquiera de lavar la sangre. Muchos usaban yelmos con cuernos de animales desconocidos, de un diámetro tan grande que parecían bacías. En el cuerpo llevaban pieles gruesas como armadura, y a veces un pectoral de cuero por debajo de la capa de piel. Y nada más. Marchaban de manera desordenada, como si el desorden al caminar demostrara lo que traían al campo de batalla.

Destrucción.

Al frente de la masa de hombres, que variaban entre los tres y los cinco metros de altura y no pesaban menos de cien kilos, estaba Polifemo, horrendo entre los horrendos. Con el inmenso ojo que le abarcaba la frente, traía marcas con símbolos tribales alrededor de las mejillas, collares con dientes del tamaño de dedos en el cuello, pendientes a lo largo de la extensión de la oreja y una piel gruesa de un animal de color gris. Como si semejante figura no fuera lo bastante aterradora, una maldita púa le atravesaba la mandíbula pasando por debajo de la lengua, para transmitir con claridad al enemigo la filosofía de un ser al que no le importaba el dolor. En las manos llevaba el estandarte de Brobdingnag, con un cráneo que podría haber pertenecido a un gigante pequeño o a un humano grande y gordo.

La visión era de una horda de seres expulsados de malos pensamientos que cobrara forma y danzara en medio del calor de las tierras muertas, como si el caos tuviera sentido. No había caballos ni otro tipo de animal. Andaban a pie, y lo hacían rápido, con lo que daban la impresión a un humano de que corrían, y tal vez en realidad lo hicieran. Los que cargaban cadenas las arrastraban por el suelo, y el sonido de aquellas serpientes de metal esparciéndose por el campo de batalla provocaba taquicardias próximas a un colapso nervioso. Pero las cadenas no eran el peor sonido que los soldados humanos escucharían. Pues fue sólo cuando los ejércitos estaban próximos, y sólo entonces, cuando el ejército de la Soberanía percibió que no había tambores acompañando el caminar del enemigo. Los sonidos rítmicos que anunciaban el fin del mundo no eran producidos por instrumentos temblorosos, de tenor intranquilo.

Eran producidos por los pasos de la carrera de los inmensos guerreros de Brobdingnag.

Los hombres comenzaron a orinarse en los pantalones y a dejar de escuchar su propia respiración cuando se dieron cuenta de que no vivirían un día más para contar la inminente batalla. Había allí seis mil quinientos hombres contra cinco mil gigantes, y ninguno de los primeros parecía considerar eso una ventaja ante aquella visión de demonios desordenados que cobraban vida para iniciar un festín de sangre.

Encima de su yegua, la capitana Bradamante intentó disimular el pavor que aquella visión le causaba, mas no lo consiguió. Por eso se bajó el yelmo, que la dejó con un rostro metálico inexpresivo, si bien en su fuero interno ni siquiera ella tenía la certeza de que sería capaz de inspirar a sus hombres a luchar como si el enemigo fuera un igual y la pelea resultara justa.

En el horizonte no se veían lanceros ni reyes ni aliados. Aquellos soldados estaban solos, y la mayoría ya comenzaba a distinguir a la pelirroja andrajosa caminando por el suelo árido de las Tierras Muertas.

La Banshee había llegado.

—Tanto una como la otra, ¿pretenden que crea que esta niña es capaz de semejante vocación? —preguntó la reina Blanca tras escuchar el relato de las visitantes.

—Sí, su majestad —respondió *madame Viotti*.

La reina se quedó pensativa, ponderando lo que para ella era increíble. Y así tenía que ser. Ariane observaba el Salón Real con cautela y se sentía tan nerviosa en presencia de la reina, que casi no conseguía mostrarse entusiasmada.

—Consideremos —dijo Blanca Corazón de Nieve de manera lenta y en tono pausado—, sólo consideremos, que lo que me han dicho es verdad, ¿está bien?

—Sí, su majestad —alentó la sacerdotisa.

—Consideremos que esta joven sea una chica tan especial como me quieren hacer creer en momento tan propicio. ¿Cómo recibiría ella tales mensajes?

—A través de sueños, majestad —respondió la sacerdotisa.

—¿Entonces ella soñó con lo que me estás revelando?

—No —respondió Ariane sin previo aviso, arrepintiéndose de inmediato de su tono irritado.

La reina se volvió hacia ella. Su conflicto era visible. Blanca era una persona dulce, a quien le gustaban los niños y los adolescentes, y la mayoría de las veces los trataba de manera sencilla. Sin embargo, la presión a la que estaba siendo sometida como reina la obligaba a tomar decisiones sin su marido: decisiones que traerían la gloria o la desgracia para Arzallum y que la estaban transformando en una persona a la que ella no le gustaba ser.

—¿No? —preguntó la reina y se mantuvo concentrada en Ariane, para indicar que quería escuchar explicaciones directamente de ella.

—A veces tengo sueños, ¿me entiendes? ¡Sólo que a veces los tengo despierta! ¡En el fondo también parece que sueño, y entonces no siempre sé diferenciar bien una cosa de la otra!

—En otras palabras, ¿tal vez esas visiones no pasen de ser sueños comunes?

—No, no me estás entendiendo.

Blanca Corazón de Nieve se sintió asombrada por un momento ante el tratamiento poco ceremonioso de Ariane. Al percibirlo, *madame* Viotti dijo:

—Ariane, los reyes y las reinas nos hablan de «tú» a los plebeyos, pero nosotros debemos referirnos a ellos como «su majestad».

Ariane hizo una mueca.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo alguien tutea a un rey?

—Cuando también es un rey, pues se tratan como iguales.

—¿Pero en la Escuela Real del Saber no aprendemos que «su majestad» está ligado con la forma como decimos los verbos usando el «tú»?

—Sí, mas sólo cuando no hablamos con reyes o reinas.

—Ah. —Ariane titubeó, en una conclusión que en condiciones normales le resultaría excitante, pero que en ese momento le sonaba burocrática y sin sentido ante la urgencia de lo que debía ser comprendido.

Ciertamente, la nueva generación odiaba aquellos pronombres de tratamiento, cada día más inútiles.

—Pero, reina —y entonces Ariane se detuvo, temerosa—. ¿Puedo decirle reina?

Blanca se relajó y sonrió, como hacía tiempo no lo hacía. Se acordó de las conversaciones con Axel Branford y de cómo el príncipe real la forzaba a utilizar el «tú» con él, y de cómo una actitud tan simple le parecía tan difícil a ella.

En ese momento también le pareció un detalle en extremo burocrático y sin sentido.

—Claro, Ariane.

Y Ariane también sonrió al darse cuenta de que la reina de Arzallum se había grabado su nombre.

—Pero, reina, entonces, cuando nosotros soñamos, nuestra cáscara se abre, ¿entendió?

La reina frunció el ceño y miró a Viotti a la espera de la misma reacción. La sacerdotisa sonrió sin mostrar ningún diente.

—¿Cómo es eso?

—Nosotros podemos ser nuestro verdadero yo, ¿entendió?

La reina aún no sabía cómo tomar lo que le había sido dicho como verosímil, pero aquella chica, de alguna forma, comenzaba a cautivarla.

—¿Y cómo es nuestro verdadero yo, Ariane?

Madame Viotti alcanzó a abrir la boca para explicar a la reina lo que Ariane quería decir de una manera más «culta». Pero Ariane, ignorando a la sacerdotisa, prosiguió la conversación a su manera peculiar.

—Mire, Axel es mi amigo, ¿sabe?

—¿Lo es?

—Sí, él enamoraba a mi mejor amiga, ¿sabe? Quiero decir, está Taruga también, pero María es mi amiga primero, ¿comprende? —entonces Ariane se dio cuenta de la confusión de lo que decía—. Mire, quiero decir que él sólo enamoraba a María, ¿entendió? ¡No es que él anduviera enamorando a las dos! Caray, ni la miraba, ¿no? Taruga tiene mi edad y lo amamos, pero somos muy chicas para él, ¿no? Y yo tampoco andaría jamás con un ex novio de una amiga mía, ¿no?

Madame Viotti se rascó la cabeza a la espera de la reacción de Blanca Corazón de Nieve. La reina se irguió y sonrió. Era un hecho: sabía que una adolescente tan impulsiva y transparente no intentaría decirle algo que no fuera verdad o al menos que no creyera que fuera verdad.

Madame Viotti suspiró con la reacción.

—Pero, reina, yo supe por Axel que, en la época en que fue tras el rey Anisio, lo encontré distinto.

Blanca cerró la expresión, imaginando cuánto habría dicho Axel.

—¿Axel comentó eso contigo, Ariane?

—Bueno, conmigo, conmigo, no, ¿eh? ¡Pero sí con María! Y, bueno, yo sé hacer que María me cuente las cosas, ¿no? ¡Aunque no siempre lo logro, está bien! ¡Pero a veces sí!

—Bien. ¿Pero qué tan diferente supiste que estaba Anisio?

—Supe que estaba preso en una piel leprosa de anfibio, como si fuera la piel de gente quemada, con una costra horrorosa.

Blanca estaba conmocionada al descubrir que aquella chica en verdad sabía lo que decía. *Madame Viotti* tomó la palabra:

—Su majestad, tanto yo como Ariane estuvimos en la catedral de la Sagrada Creación cuando nuestra extrañada reina-hada Terra exterminó a Babau, la bruja que marcó al rey Primo Branford.

Blanca abrió mucho los ojos.

—¿Estuvieron allí?

—Sí —dijo Ariane, mirando hacia abajo—. Esa bruja... ella mantuvo prisionero a mi novio prometido, ¿sabe? —y ella tocó su cordón de compromiso con João Hanson, en caso de que la reina no creyera que ella sí era una novia prometida—. Y le hizo cosas malas a él y a su hermana María, ¿sabe? ¡Esa de la que hablaba! ¡La que enamoraba a Axel!

—¿Entonces son los hermanos de la macabra Casa de los Dulces? —preguntó la reina con seriedad.

—¡Eso! —Ariane respondió en un impulso—. ¿Tú... No, disculpe... usted «sabía» de ese caso, reina?

—También sé hacer que Axel me cuente cosas. No siempre lo logro, pero a veces.

Ariane lanzó una risa franca, al comenzar a creer que Blanca Corazón de Nieve era lo máximo.

—Pero, Ariane —de nuevo *madame* Viotti tomó la palabra, con la intención de hacer que ninguna de las otras dos divagara—, explícale a la reina Blanca por qué utilizaste el ejemplo del rey Anisio.

—¡Uf, sí! Pues entonces Axel dijo que, cuando estuvo frente a su hermano de esa manera... grotesca, pobrecito, en la que estaba, aún necesitó algo de tiempo para reconocerlo, ¿sabe?

—Entiendo.

—Si usted hubiera visto al rey Anisio en esa forma, tengo la seguridad de que usted también.

—Lo vi —cortó la reina.

—¿Cómo? —preguntó Ariane, confusa.

—Lo vi así —dijo la reina con frialdad—. Y fui yo la que rompí la magia negra.

Las dos visitantes quedaron estupefactas. Ariane se sintió eufórica al enterarse de un secreto real en voz de la propia reina. Parecía que alguien le había dado el secreto de la vida.

Madame Viotti mantuvo una postura seria.

—Su majestad, entonces, ¿conoce de magia blanca?

La reina vaciló un poco, como si evaluara si no estaba revelando demasiado a dos desconocidas. Decidió seguir el corazón y la intuición que pulsa por debajo de los latidos y respondió:

—Sólo lo que he leído.

Madame Viotti estaba en verdad asombrada.

—Su majestad sería una gran iniciada.

La reina observó a Viotti con una expresión neutra, sin revelar lo que una frase como esa le decía. Ariane repitió:

—Pero, reina.

—Dime, Ariane.

—¿Entonces, así como Axel, usted percibió que era Anisio, digo, el rey Anisio cuando lo vio en esa forma?

La reina suspiró y admitió:

—Sí, lo percibí. De hecho lo reconocería aunque estuviera bajo otras formas y nadie más lo hiciera.

—Porque la señora reconoce el verdadero yo de él, ¿entiende?

Entonces la reina levantó las cejas, sorprendida por no haber notado el obvio razonamiento al cual aquella niña la conducía y que ella había olvidado. Era una persona culta, había leído bastante sobre aquellos asuntos, y el único obstáculo que le impedía creer en aquellas dos era la imposición de no equivocarse en un momento de

crisis como ese.

Pero era un hecho: estaba cautivada.

—*Madame*, Ariane, necesito que entiendan: no dudo de que ambas sean mujeres de conocimientos místicos en los cuales todavía soy una aficionada, si bien pasé por las suficientes situaciones traumáticas en mi vida para saber que la magia existe en este mundo y no siempre corriendo en buenas manos. Dicho esto, me gustaría que entiendan que no dudo de las capacidades visionarias de Ariane, pero necesito evaluar la necesidad de basar en ellas decisiones que cambiarán el mundo. Sería absurdo que una reina de Arzallum tomara providencias para eventos que aún no suceden con base en profecías dichas por cualquier persona que se presente en este palacio y se diga una visionaria.

En la forma en que la reina ponía la situación resultaba difícil no comprenderla.

—Su majestad, comprendemos su decisión —dijo *madame* Viotti, haciendo una reverencia y forzando a Ariane a hacer lo mismo, aunque la muchacha no estuviera muy satisfecha con eso—. Nosotras sólo teníamos la obligación de avisarle.

—Preocupación que agradezco, sabia sacerdotisa —y la reina hizo una reverencia más contenida, en señal de despedida.

Madame Viotti ya jalaba a Ariane fuera del Salón Real cuando, cerca de la salida, la adolescente se zafó de manera abrupta de su maestra y preguntó a la reina en tono enfático:

—¿Y si yo probara que mis visiones son correctas? —la reina volvió su atención a la chica y se mantuvo envuelta en titubeos esperanzados y silencios improductivos—. ¿Y si se lo probara ahora?

El corazón de *madame* Viotti comenzó a latir más rápido y le rezó a su sagrada Creadora para que su discípula en verdad supiera lo que hacía.

El coronel Baxter y la capitana Bradamante habían trotado con el resto de los caballos hasta la mitad del camino que separaba a los ejércitos parciales a las dos naciones, al encuentro de los líderes del ejército gigante. Los caballos estaban inquietos y presentían el temor que corría en la energía de sus jinetes, por lo común seguros de sí. Todavía había un tercero con ellos: un bardo de nombre Hamelín, convocado a la zona de guerra contra su voluntad, simplemente por ser conocido en las tabernas, para su desgracia, como el único bardo de Andreanne en haber estudiado, entre otras lenguas, el dialecto ögr, hablado por los gigantes.

Del otro lado, el cíclope y campeón Polifemo y otro gigante de cinco metros, sin pelo y de piel cenicienta que ninguno de los dos reconoció al principio, se aproximaron corriendo como osos. Bradamante y Baxter se estremecieron con tal visión e intentaron no demostrarlo.

Hamelín casi se desmayó de nervios y no trató de ocultarlo.

Ninguno de los dos gigantes usaba montura ni parecía agitado después de la carrera.

—Diles que soy el coronel Athos Baxter, señor de este ejército, y ella es la capitana de la Guardia Real y campeona de Arzallum, lord Bradamante Fiordispina—ordenó el coronel al bardo, que tardó un poco en salir del asombro de ver a aquellas figuras dos veces y media más altas, y por lo menos tres veces más pesadas que él.

El pobre bardo repitió la instrucción dada en la lengua altiva en la medida en que su nerviosismo le permitía acordarse del difícil dialecto lleno de vocales graves y tonos rípidos, los cuales más parecían rugidos que una lengua civilizada.

El gigante al lado del cíclope Polifemo pareció comprender, aunque mirara al bardo con cierto desdén, cercano al enojo, dada la forma en que se expresaba en el dialecto. De hecho, Hamelín había leído que los gigantes proferían las frases más tónicas del ögr con vigor y violencia, arañando la garganta, y mientras más tónico era

el sonido, más respeto imponía el emisor. Rápidamente se conocía a un líder por la forma y el vigor con que se expresaba.

Hamelín se esforzaba, y sus esfuerzos de reproducción y traducción de las frases resultaban suficientes para impresionar a los humanos en las tabernas, aunque para un gigante auténtico su tono de comunicación era menos expresivo que el de una hembra moribunda.

El gigante grisáceo que acompañaba al cíclope, como para enseñarle a hablar en forma correcta y en el tono de un macho dominante, emitió su dialecto mediante rugidos que parecían truenos:

—¡Soy el jefe de guerra Geirrord y este es el campeón de Brobdingnag, Polifemo!

El bardo se puso pálido otra vez y permaneció unos segundos conmocionado. En realidad se tardaría más que eso si...

—¡Bardo! —lo llamó a la razón la capitana Bradamante.

El gigante Geirrord sonrió al darse cuenta de que la hembra poseía un tono más respetable que el propio traductor.

—Ellos... Ellos son el jefe de batalla... Geirrord, y el campeón... Polifemo.

—Diles que Arzallum les cortará las cabezas y regará con la sangre que saldrá a borbotones el suelo de estas tierras muertas. Y que empalaremos sus cabezas como estandartes y las dejaremos aquí, en las Tierras Muertas, para exhibirlas como un museo de una raza extinta.

El bardo se trabó. Otra vez.

—Díselos —repitió el coronel en un tono más firme.

Hamelín suspiró y repitió la instrucción entre tonos aún trémulos, de la forma más competente que pudo, suavizando sin embargo algunas partes.

El jefe gigante Geirrord respondió:

—Diles que Brobdingnag les arrancará sus columnas de las espaldas y chupará de ellas su sangre como si fueran dulces. Que haremos collares para nuestras hembras cosiendo sus ojos unos con otros. Y que no reconocemos a una hembra como campeona.

El bardo tragó en seco y lo repitió a su manera. Bradamante se mantuvo impassible. El coronel Baxter ordenó:

—Pregúntales lo que ellos reconocen hoy aquí.

El bardo lo hizo, y al obtener la respuesta dijo:

—Reconocen a un jefe militar menor negociando en lugar de un rey cobarde y... —el bardo pareció contraerse— y a dos hembras.

El coronel se inflamó. Era posible ver la rabia contenida en su expresión por medio del labio tembloroso y la nariz torcida. Entonces dijo en tono militar al bardo traductor:

—¡Diles que la raza gigante nació cuando la primera cabra fue violada por un ser humano! ¡Que Polifemo nació con un único ojo para llorar ante la bella Banshee, campeona de Arzallum! ¡Y diles que, en nombre del honor y la arrogancia que dicen tener, Arzallum los desafía a un duelo de campeones!

Bradamante abrió mucho los ojos ante la osada y chocante propuesta del coronel. Seguía asombrada cuando Baxter concluyó hacia el bardo inseguro:

—¡Y díselos, bardo, en tu tono más grueso! ¡De lo contrario, prometo que será de tu columna vertebral la sangre que ellos chuparán primero!

El bardo sentía el corazón en la boca, pero comprendió lo que estaba en juego. Y, por más que el miedo trabe a una persona, en determinadas situaciones también la libera. Así, Hamelín inspiró hondo y dijo entre rugidos que parecían felinos:

—¡La raza gigante nació cuando la primera cabra fue violada por un humano, y aún así el primer bebé murió de debilidad! —y se volvió hacia Geirrord—. ¡Tu piel es grisácea porque, cuando fuiste concebido, la oveja que te sirvió de madre ya había sido trasquilada, y el abrigo hecho con su piel dado a un mendigo, que lo rechazó! —y se volvió hacia Polifemo—. ¡Tu cara tiene un solo ojo para que reines en tierras de ciegos, el único lugar donde distinguirán alguna belleza en ti! ¡Sus reinos están en lo alto para que el llanto de sus hembras, cuando intentan satisfacerlas, llegue a nosotros en forma de lluvia! ¡Tu dialecto está lleno de rugidos porque ustedes parecen perros! ¡Y nuestro rey no está presente porque espera que un ejército de verdad solicite su presencia!

Los dos gigantes comenzaron a bufar y se inquietaron, mientras se miraban, asombrados. Hamelín no paró:

—¡Y que si tu campeón honra apenas la mitad de lo que ya no tiene entre las piernas, aceptará el desafío de Arzallum para un duelo de campeones ante los dos ejércitos, y llorará por un solo ojo antes de que su cabeza sea cortada por la espada de Bradamante, la bella Banshee, la guerrera preferida, aquella por quien los hombres quieren llorar y, a partir de hoy, la matadora de gigantes!

Los dos gigantes siguieron bufando como animales. El coronel Baxter se volvió hacia Hamelín y preguntó:

—¿Dijiste exactamente lo que te ordené, bardo?

—También, coronel.

El coronel sonrió, mostrando los dientes, satisfecho. Del otro lado, el gigante Geirrord comprendió el tenor de aquella sonrisa. Pero fue Polifemo quien habló primero, con su voz sombría y con otras expresiones que parecían ladridos de perros violentos. Hamelín tradujo:

—Dice que aún reconoce a nuestra capitana como nadie, pero que si los humanos reconocen a una hembra como campeona, él le arrancará la cabeza con las manos y la pateará al centro de su ejército, como un calentamiento antes de una batalla de

verdad.

Bradamante no dijo nada, aún sorprendida. Fue el coronel Baxter quien dio la última orden:

—Como aseveraría el rey Anisio si estuviera aquí, dile que, en realidad, él solo lo intentará.

Y mientras el bardo traducía el último diálogo entre aquellos líderes Bradamante exclamó:

—Coronel, ¿en qué está pensando?

—¿Usted no quería estimular a sus soldados a luchar por medio de su liderazgo y el fortalecimiento de su moral? Ahora todo está en sus manos, capitana.

La sonrisa de Athos Baxter continuaba en su rostro. Y Bradamante no sabía si las palabras del sujeto exhalaban la creencia fiel en sus habilidades ante la confianza de un ejército temeroso, o eran un severo castigo por el desafío anterior a su autoridad. Independientemente de eso, tal vez ella nunca llegaría a saber el verdadero motivo.

En primer lugar ella necesitaría sobrevivir a un duelo imposible.

Axel Branford estaba una vez más ante al inmenso rey elfo, que seguía estado en su trono real como si el mundo no tuviera importancia ni mereciera una segunda oportunidad.

—¿Ya te aburriste de la presencia de Lvth, príncipe?

—No lo suficiente para preferir verte, su majestad.

El rey Peter cambió de posición y alzó los ojos ante la atrevida respuesta. Hacía mucho, mucho tiempo, que nadie hablaba con tal audacia en su salón.

—Entonces debes tener un motivo particularmente importante para volver a mi presencia.

—Ciertamente. Vine aquí a ayudarte a convertirte en un rey de verdad.

El rey Peter Pendragon modificó otra vez su postura corporal. En definitiva, hacía mucho tiempo que nadie hablaba con el señor de los dragones de aquella forma en ese salón.

—¿El príncipe está en verdad consciente de los peligrosos terrenos que está pisando?

—¿El rey elfo lo está?

El rey de Nunca Jamás se levantó, cada vez más furioso, y una vez más Axel vio la magnitud de aquel ser fantástico, cuya presencia y porte físico serían capaces de aterrorizar hasta a las razas más grandes.

—¿Qué quieres realmente, además de irritarme, Axel Terra Branford?

—Quiero que su majestad luche como un hombre, en vez de perderse en lamentos en esta torre como si fuera un niño.

El rey caminó con pesadez, fijando los ojos de distintas tonalidades de rojo en los ojos claros del príncipe humano.

—¿Y debería comenzar contigo?

—Creo que deberías comenzar con alguien de tu tamaño. O más grande que su majestad.

El comentario era inteligente, aunque el terreno que Axel pisaba siguiera siendo peligroso.

—Dame un motivo para no arrancarte la cabeza, príncipe.

—Conocí a la familia Darling.

Por un momento, por un solo e impresionante momento, Axel Branford sintió temblar a Peter Pendragon. Y, ante el silencio del rey de Nunca Jamás, continuó:

—Cuando yo era más joven, Anisio y yo fuimos creados de maneras muy diferentes. Anisio sería el rey de Arzallum y vivía refundido en clases de todo lo que un monarca necesitaría saber, mientras que yo tenía una crianza más libre y cercana a lo que sería la educación de un joven normal —hubo una pausa; Axel percibió que los ojos rojos del rey elfo continuaban sobre él, como curiosos por entender a dónde llegaría aquella conversación—. Yo jugaba con los hijos de las familias nobles que tenían acceso al Gran Palacio, y el clan Darling era una de esas familias. Yo conocía tanto a los padres, George y Mary, como a los tres hermanos herederos del clan, incluso a la heredera mayor, Wendy Moira Angela Darling.

El nombre, sin sombra de dudas, hizo temblar a Peter Pendragon.

—Si todavía estuviera aquí, ella probablemente tendría mi edad. Michael y John eran más chicos y les gustaban las historias que contaba su hermana. Su majestad debe saber que Wendy era una gran narradora.

—Sí, lo sé.

—Wendy tenía sueños extraños. Decía que podía viajar a otros mundos y conocer otros pueblos. Describía mundos de éter y hablaba sobre las formas de llegar a ellos.

El rey elfo permaneció en silencio.

—Pero su majestad ya sabía eso, ¿no?

—¿A dónde quieres llegar, Axel Terra?

—Su majestad se encontraba con Wendy Darling a través de los sueños, ¿no?

El rey Peter Pendragon todavía era silencio.

—¿Y sabes qué creo? Que su majestad sabía muy bien lo que hacía. Creo que a su majestad no sólo comenzaron a gustarle los encuentros oníricos con la joven Wendy, sino que comenzó a enviciarse con eso.

El rey elfo enseñó los colmillos.

—Y si Wendy ya comentaba esos encuentros cuando éramos niños, imagino que el tiempo transcurrido debe haberte enloquecido. Enloquecido al darte cuenta de que el tiempo pasa para la raza humana mucho más rápido que para la élfica. ¡Y de que Wendy Darling crecería! Y maduraría. Entonces dejaría de querer soñar con un niño, aunque tuviera las orejas diferentes.

Los ojos rojos continuaban fijos en los ojos claros. Sin embargo, a partir de ese momento eran los ojos humanos los que intimidaban a los élficos.

—Fue entonces cuando su majestad tuvo la idea, ¿no? Sé lo que es perder un gran

amor, y sé lo que es tener que dejar atrás a ese gran amor. Así que puedo imaginar lo que debe implicar para un ser que nunca muere ver a un gran amor padecer por la distancia que domina el tiempo.

Axel se estremeció cuando el rey elfo se volvió de espaldas, por el simple hecho de ya no soportar seguir mirándolo a los ojos. Y Axel vio disiparse la arrogancia de Pendragon, y aflorar los sentimientos como un cáncer.

Y comprendió que su razonamiento —hasta entonces descrito con la importancia de un alarde— estaba en el camino correcto.

—¡Fue cuando su majestad la convenció de venir aquí! ¡Y le enseñó el mecanismo necesario, y le mostró dónde quedaba uno de los nodos! Entonces convenció a la familia de realizar ese bendito o maldito viaje que la trajo con sus hermanos a Nunca Jamás. El viaje que condenó la vida de ella... y la tuya.

—¿Qué diablos quieres, Axel Branford?

—¡Quiero saber cómo funciona tu maldita mente, rey elfo!

Peter Pendragon miró furioso a Axel Branford. Había ira en aquellos ojos rojos. Pero también la había en aquellos ojos claros.

—¡Yo amé a esa mujer! Yo...

—¡Amaste a una niña! —vociferó Axel—. ¡Casi no llegaste a conocer a la mujer!

—¡No! —se escuchó con el mismo vigor—. ¡Ella llegó aquí como una adolescente! ¡Y mucho más madura que cualquier humana que utilices como ejemplo!

—Y ve a dónde la llevó eso.

—¿Quién eres tú para juzgarme, príncipe?

—¡Soy el príncipe del mismo reino que en este momento lucha contra la misma raza que mantiene como trofeo el cuerpo de la mujer que dices amar!

El rey elfo gritó furioso:

—¿Y crees que eso no me atormenta todos los días, so maldito atrevido desgraciado?

—¡Claro que te atormenta! ¡Lo que convierte en inexplicable tu actitud de autoflagelarte!

—¡Ustedes establecieron el pacto de armisticio con los gigantes!

—¡Un evento que no controlamos y que tú utilizas para esconder tu execrable cobardía!

El rey elfo sujetó el cráneo de Axel con las dos manos y comenzó a presionar las sienes. Los dedos se contorsionaron. Parecía que la parte lateral de la cara del príncipe estallaría y se rompería hacia dentro. Axel sintió que su cabeza explotaría.

—¿Sabes qué significa ver a la persona más importante de tu vida tomada sin que puedas hacer nada?

—¡Sí, lo sé! —dijo el príncipe, antes de casi desmayarse.

El rey elfo lo soltó y Axel vio el mundo girar, cayendo de rodillas. La confusión fue pasando poco a poco, mas no el dolor agudo, mientras decía:

—¡Perdí a mi padre en el ritual de magia negra de una bruja caníbal, y aventé desde lo alto de una catedral al maldito responsable, hijo del mismo pirata que aterrorizó este lugar!

El rey Peter seguía respirando con pesadez, pero parecía demostrar algún respeto por esa información.

—¡Fui tras ella! —dijo el rey elfo con la voz trémula, entre los dientes apretados—. Llevé a sus hermanos de regreso y fui tras ella.

—Lo sé. Por eso creciste.

—Maté gigantes y me gustó. Pero no era lo bastante fuerte. Aún no.

Axel asintió.

—También sé qué es ganar la amistad incondicional de una raza y ver su vida tomada por un enemigo más fuerte que tú, que aún eres incapaz de combatir.

—¿Con qué otra raza hiciste amistad?

—Un trol. Ceniciento.

—¿Y quién es el enemigo que lo mató y que no eres capaz de enfrentar?

Axel calló y bajó la cabeza. Hubo un silencio incómodo que hizo que la energía corrosiva que emanaba de los dos dejara el ambiente ácido.

—¿Cómo lidias con la rabia por tanto tiempo?

—No lo logro.

—¡Te convertiste en el Pendragon! Eres mucho más fuerte de lo que eras en esa época.

—Yo no soy el verdadero Pendragon.

—¿Cómo es eso?

—Fui elegido para mantener el título hasta que el verdadero despierte.

Axel se sorprendió con aquella revelación. Le hubiera gustado saber más detalles, pero ya había ido demasiado lejos para desviar el foco de atención en ese instante.

—¿Qué te provoca temor, Peter Pendragon?

El rey elfo permaneció en silencio.

—¡Livith me explicó sobre el lago de la Nostalgia! Y, ¿sabes?, yo haría todo y movería mundos fantásticos e incluso moriría dos veces sólo para esparcir allí las cenizas de mi amigo trol y descubrir su último recuerdo.

Silencio.

—Sé que sientes la misma rabia quemándote y corroyéndote a diario y sé que sientes el mismo deseo de conocer los últimos pensamientos de ella.

Silencio.

—Lo que no entiendo es de dónde viene ese temor más fuerte que el deseo de ir a buscar a un rey que te debe la vida de lo que es tuyo por derecho.

El rey elfo se arrodilló y Axel se asustó con ese acto. Si aquel fuera un ser humano, habría llorado en ese momento. Sin embargo, el elfo sólo apretó un puño cerrado sobre su boca y permaneció con la mirada desenfocada.

—Ella estaba embarazada —los ojos se abrieron y el corazón de Axel se sacudió cuando entendió—. Ella estaba embarazada y soñaba que tendríamos una hembra con sangre élfica y sangre humana. Incluso ella ya tenía los nombres. Si era un macho lo llamaría Danny. Si era una hembra la llamaría Jane.

Axel vislumbró en los sentimientos de aquel elfo los mismos que embargarían a un ser humano.

—Tienes miedo, ¿no? Miedo de saber la respuesta. Miedo de conocer el último pensamiento.

El rey elfo se levantó y no miró a los ojos del príncipe. Parecía que permanecería en silencio otra vez cuando...

—Sí, lo tengo.

Y de nuevo Axel sintió que los cabellos se le erizaban con la revelación. La revelación de un espíritu que en verdad había madurado.

—¡Vamos a buscarla! —gritó Axel Branford, con la firmeza con que hablan los hombres demasiado temerarios para tener noción de sus decisiones.

El rey elfo lo miró, curioso.

—¿Quieres manipularme para que invadamos el Palacio Ímpico de Brobdingnag y ayudemos en la batalla de Arzallum?

—¡Al diablo la política! —dijo Axel, con una firmeza que asustaba—. ¡El hecho es que habrá guerra en la tierra con o sin tu presencia! Y eso significa que soldados gigantes descenderán de los reinos superiores para el combate y debilitarán las defensas del Palacio Real. ¡Una oportunidad que sólo tendrás una vez!

—Aún así no sé si seríamos lo bastante fuertes.

—Lo seremos si llevas a las elfas amazonas de guerra y haces que otros como tú crezcan.

El rey Peter sonrió ante tal osadía.

—Nunca podría obligarlos a eso.

—No, no podrías, pero como rey nunca deberías dejar de preguntarles y permitirles ejercer su libre albedrío.

El rey Peter Pendragon volvió a enseñar los colmillos.

Si el mundo estaba en guerra, ni sus propios combatientes imaginaban los poderes destructivos que estaban siendo despertados.

—Tuve una visión —dijo Ariane—. Una poco agradable.
—¿Y qué había en esa «visión»? —preguntó la reina, indecisa aún respecto a creer o no.

—Estaba Radamisto, el que luchó con Axel en la final del Puño de Hierro.

—¿Y? —la animó la reina, percibiendo el recelo.

—Y estaba el rey Anisio.

Tanto la reina como *madame* Viotti demostraron su sorpresa. Y Ariane Narin comenzó a relatar algo que ninguna de las dos en verdad jamás podría haber imaginado.

Bradamante giró varias veces la espada por la empuñadura en busca de la mejor posición, y aun así no se sintió confiada en ninguna de ellas. Los ejércitos estaban en un área propicia para el silencio que precedía a la muerte y el vacío que entraña los peores círculos. Eran aquellas las Tierras Muertas y eran aquellos los campos áridos que enterrarían a los muertos sin ceremonias, cubiertos por el polvo soplado por el viento continuo que aullaba como preámbulo a los malos destinos.

Del otro lado Polifemo, el cíclope de los cuentos sombríos, preparaba su arma como un artesano ante su ópera prima o un artista confiado por años de consagración. Aquella arma del gigante era legendaria debido al misticismo que inundaba el corazón del hombre aterrorizado que, feliz o infelizmente, sobrevive para contar la historia. Se trataba de una cadena poderosa con una inmensa y pesada bola de hierro sujeta a la punta, tan marcada y tan rayada, que resultaba difícil identificar en cuántas batallas había participado. Había muchas manchas de sangre seca alrededor de la esfera metálica, y no siempre de sangre roja, con lo que se evidenciaba que los cráneos aplastados no sólo eran de seres humanos. O brazos. O costillas. O quién sabe de cuántas formas puede un cíclope aplastar a un enemigo. Las cadenas también exhibían manchas, con lo que se apreciaba que al enredarse en las gargantas habían hecho que los enemigos vomitaran cuanto podía ser expelido de un cuerpo asfixiado por una fuerza que no debería existir.

En ese momento Bradamante se hallaba arrodillada y parecía rezar a algún semidiós preferido para que trajera a un alma afligida la energía de la guerra. La capitana tomó un puñado de tierra y lo restregó en la palma de la mano enguantada con las manoplas de acero. Vestía la armadura completa que le quitaba el aspecto femenino, sobre todo cuando se bajaba la visera, lo que la dejaba con una máscara metálica y sin vida. Esta vez utilizaba las alas, las grebas, las rodilleras y los escarpes, prescindiendo sólo de la capa gris, ya que pensaba que las capas eran buenas para que

un campeón desfilara ante hombres que necesitaran de una figura que los inspirara, mas no para blandir una espada en un combate real que destruyera esa inspiración. El yelmo tenía la forma del cráneo de un dragón blanco y la máscara sin vida simulaba la cara de una fiera metálica.

De hecho, la armadura resultaba magnífica de ver incluso para el enemigo, y sería su gloria máxima si Arzallum venciera al campeón adversario ante ambos ejércitos. Bradamante, por encima del corazón acelerado por debajo del corselete de cuero y de las placas de metal reforzadas con cal, se aferraba a esa posibilidad. Y sólo a esa.

Al fondo, tanto el coronel Baxter como el jefe de guerra Geirrord se colocaron cada uno de espaldas, en dirección a sus ejércitos, lo bastante apartados para no pisar un campo de batalla que sería lo suficientemente destructivo para llevarse con él a testigos que se hallaran demasiado cerca. El bardo Hamelín, por ser el único capaz de repetir la misma frase en dos idiomas, tenía la responsabilidad de iniciar el combate y esperaba, con la garganta seca, la aproximación de los dos lords de batalla.

Polifemo se aproximó con un estrépito de cadenas. El cíclope era una visión violenta: usaba anillos hechos con las puntas de armas de campeones de otros reinos derrotados, los cuales ocupaban cada mano de seis dedos. En ocasiones más de una vez. Tenía además la maldita espina que le atravesaba el maxilar de una punta a otra, pasando por debajo de la lengua. Utilizaba pieles gruesas de animales difíciles de ser imaginados como armadura, por encima del pectoral de cuero. En la cabeza, un yelmo con cuernos. En las rodillas, fajas amarradas hechas con pedazos de trapos de estandartes enemigos remendados.

Y nada más.

Al fondo, Bradamante seguía de rodillas, repitiendo palabras que parecían oraciones y haciendo un dibujo con la punta de la espada en el suelo árido. El símbolo era un círculo con runas grabadas en ideogramas de lenguas orientales. Tenía el escudo acoplado al brazo izquierdo. Detrás de ella, en el suelo, estaba una lanza hecha con una vara de fresno, pero de un tamaño mayor que el de una tradicional.

Polifemo comenzó a insultar a la campeona de Arzallum con los peores nombres para hacerla abandonar el ritual y comenzar la lucha, pero Hamelín no los tradujo.

Entonces la campeona de Arzallum se irguió y guardó de nuevo la espada en la vaina, ante lo cual los gigantes se carcajearon de disgusto y desdén. Soltó el escudo por un momento y sujetó con ambas manos la lanza tras de sí. Luego la clavó con impacto algunos centímetros detrás del círculo que había hecho en el suelo.

El ejército gigante mostró la misma reacción.

Cuando al fin se aproximó al enemigo que la esperaba, el bardo Hamelín inició el discurso que le había sido pasado. Primero habló en la lengua altiva de Arzallum y después en la ögr, de Brobdingnag:

—Lord Bradamante, campeona de Arzallum, este es lord Polifemo, campeón de

Brobdingnag, que se presenta aquí para un duelo de campeones ante las naciones de Arzallum y de Brobdingnag.

La máscara con el rostro metálico del dragón blanco asintió.

El bardo repitió la frase en la lengua gigante, se volvió al cíclope y dijo en lengua altiva:

—Lord Polifemo, campeón de Brobdingnag, esta es lord Bradamante, campeona de Arzallum, que se presenta aquí para un duelo de campeones ante las naciones de Arzallum y de Brobdingnag.

Entonces repitió la frase en lengua ögr y Polifemo, otra vez, susurró gruñidos en su lengua.

El bardo se quedó sin saber qué hacer.

—¿Qué dijo, bardo? —la voz sofocada fue emitida bajo la máscara de dragón.

—Dice que no te reconoce como campeona, lord Bradamante.

—Dile que si cambia de idea no le arrancaré la cabeza delante de sus hombres por pura misericordia.

El bardo le repitió aquello al cíclope y de nuevo se escucharon gruñidos.

—Dice que aún te reconoce como «nadie», pero que a falta de un campeón de verdad acepta partirte las costillas y lamerlas delante de nuestro... de tu ejército.

El ser sin rostro retiró la espada de la vaina, con el sonido característico que resuena de una lámina desenvainada, y mantuvo el escudo en el brazo izquierdo. Al frente, el grotesco de más de quinientos kilos dejó que un poco de la cadena que sujetaba la bola de hierro se escurriera lo suficiente para girarla y demostrar que estaba listo.

El bardo traductor se apartó con rapidez y desesperación, como si el mundo llegara a su fin. Los ejércitos lanzaron hurras y comenzaron a gritar desde ambos lados de las Tierras Muertas.

Se inició así el combate entre los dos campeones.

En Nunca Jamás se había convocado en forma precipitada a los elfos por orden directa de su rey. Las elfas Amazonas se hallaban presentes, pero nadie, fuera niño o adulto, comprendía el motivo de tamaño alarde ante un rey que hacía mucho no demostraba voluntad en sus decisiones.

Mientras llegaban flotando de todos los rincones de Nunca Jamás hasta un estrado donde su rey esperaba al lado de Axel, la voz del soberano preguntó:

—Príncipe —y Axel sintió el precipitado cuidado de algo que sería cuestionado.

—Su majestad.

—Si no lo tomas como una falta de delicadeza, me gustaría hacerte una pregunta.

—En este momento somos de una misma familia, rey Pendragon. Nada que sea importante para ti será falta de delicadeza para mi persona.

Incluso con el incentivo Axel percibió que Peter Pendragon sentía temor de emitir la pregunta.

—Los...

—Dime.

—Los hermanos de Wendy, los Darling, ¿conocen su paradero?

Axel sonrió y suspiró levemente, con la satisfacción de un hombre capaz de aliviar un pedazo de un corazón amargado.

—Michael y John ya alcanzaron la mayoría de edad y eligieron caminos de guerra, en recuerdo de la existencia de su hermana.

—¿Estás diciendo que se convirtieron en guerreros?

—Caballeros, su majestad. Mas no caballeros cualquiera.

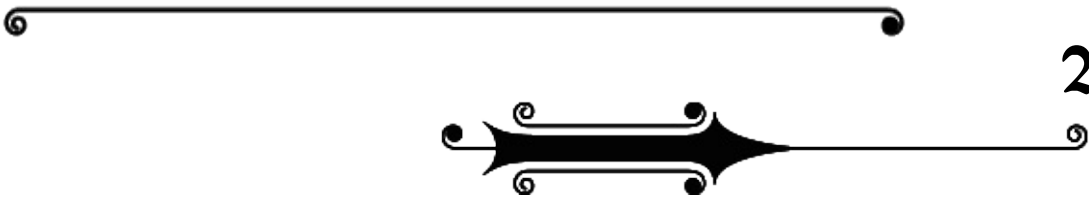
—¿En qué clase de caballeros se convirtieron?

—En caballeros rojos. Caballeros de Helsing. Cazadores de Brujas.

Al rey Peter Pendragon esto pareció gustarle y sonrió. Mostró los colmillos, esta vez en una reacción poderosa que reflejaba la parte de un alma que volvía a gustar del mundo. Al frente, decenas de pequeños elfos esperaban sus palabras, al igual que

decenas de elfas amazonas.

Era el momento de convocar a Nunca Jamás para la guerra.



Bradamante esquivó la bola de hierro cuando hizo explotar un pedazo del suelo donde estaba, levantando tierra, arena y grava. Del lado del ejército de Polifemo las bestias fieras gritaron ¡hurra! La bola de hierro en las manos del ogro giró una, dos, tres veces más, y la mujer detrás de la armadura de dragón blanco esquivó cuantas veces fueron necesarias, entre nubes constantes de fragmentos. Entonces la bola de hierro giró en forma diferente y fue lanzada para expandir la liga. La cadena estirada se proyectó como una cuerda hacia los pies de la arzallina, que saltó como en un juego de niños. La cadena de hierro giró trescientos sesenta grados y, de nuevo, ella saltó como en un juego peligroso. Entonces la liga metálica giró de nuevo, ahora con la bola estirada hacia arriba, y la campeona de Arzallum se agachó mientras la cadena giraba por encima de ella, a la altura del cuello, y el adversario desistía de los giros continuos.

Bradamante se irguió y el ejército de Arzallum gritó con vigor ante este hecho. La diferencia de fuerza y tamaño era evidente entre esos dos, pero los soldados en una zona muerta se aferran a cualquier posibilidad de un milagro que se extienda hasta el límite de la fe de cada uno.

De pronto la cadena giró otra vez y la bola erizada de picos partió a velocidad creciente hacia el yelmo del dragón. Bradamante torció el cuerpo hacia atrás como una gimnasta, mientras el arma pasaba por encima de ella, tropezando en el escudo por reflejo, impacto que impulsó la bola de metal a lo lejos. El golpe violento de la misma en el escudo y la tierra bajo los pies del cuerpo torcido le quitaron el equilibrio a la guerrera, y esta cayó sentada hacia atrás en el suelo árido. La bola giró una, dos, tres, cuatro veces más. Y en todas ellas la campeona giró por reflejo y desesperación en el suelo para un lado, para el otro o para atrás.

Polifemo rugió de rabia.

El hecho era que Bradamante se mostraba rápida, extremadamente veloz. Su único peligro era que, ante un cíclope, resultaba frágil: bastaba un solo golpe de

Polifemo para que el encuentro terminara. Ella se puso de pie y sujetó la espada en posición de combate con una sola mano, pues la otra no podía soltar el escudo. Su rostro tenía los ojos muy abiertos y su respiración se escuchaba pesada, pero el yelmo de dragón escondía eso y daba la impresión de ser un andrógino lo bastante rápido como para que un gigante lo alcanzara. Los machos de ambos ejércitos continuaban gritando como si la victoria de la primera guerra que abarcaba a todo el mundo dependiera de sus gritos.

Sin embargo, sus líderes mostraban reacciones diferentes.

El jefe militar Geirrod gritaba como un poseído, alentando a su campeón junto con sus gigantes del lado de Brobdingnag. Pero del lado de Arzallum el coronel Baxter se mantenía quieto, serio y al parecer conmocionado, como si sólo entonces se diera cuenta de sus polémicas decisiones y de lo que estaba en juego en ese embate, del cual dependía el coraje de sus hombres.

Polifemo lanzó la bola de hierro sobre lo que parecía ser el cuerpo de Bradamante, pero cuando este se desvió apareció la verdadera intención: el impacto no había acertado en el cuerpo, sino en la espada que sujetaba. El arma salió volando, lo cual fue facilitado por el hecho de que Bradamante la sostenía con una sola mano. El ejército de Brobdingnag gritó de excitación y Bradamante, aterrorizada, aunque de nuevo la máscara metálica no dejara que la desesperación se transparentara, corrió en dirección a la espada caída.

Satisfecho, el gigante giró la cadena, esta vez en vertical, para aplastarla de una vez por las costillas, mientras la enemiga corría.

Sin embargo, la carrera era otra finta.

Cuando la bola fue lanzada hacia la espada caída, Bradamante cambió de súbito la dirección de su carrera y, sorprendentemente, corrió hacia el gigante. Los corazones humanos se fueron a las bocas, y cuando estuvo lo bastante cerca ella se inclinó para tomar una gran piedra y arrojarla.

La piedra aceleró lo suficiente para ganar energía cinética y producir un chasquido al estrellarse contra la quijada de Polifemo. El golpe resultó tan extremadamente violento, que la espina que atravesaba la boca del ogro de un lado al otro se dislocó con brusquedad hacia atrás y presionó la lengua. Polifemo soltó la cadena por el dolor y, gritando, se llevó la mano a la boca para jalar la púa un poco hacia el frente y liberar la lengua presionada.

El ejército humano gritó enardecido como hienas hambrientas que avistan ovejas. El ejército de Brobdingnag comenzó a insultar a Polifemo, alentándolo a dejar de jugar y a hacer su papel de campeón de una nación como aquella. Bradamante no comprendía el idioma, pero sí la intención de esos gritos y le gustaba. La cuestión era que, en el momento en que su adversario no la había reconocido como campeona, y en el momento en que la había tratado como a una hembra sin valor de guerrero, eso

le había provocado a él, ante su ejército, la responsabilidad no sólo de lograr una victoria, sino una victoria rápida. Sin embargo, en el campo de batalla él enfrentaba ahora a una guerrera aterrorizada por su tamaño, es verdad, pero que vestía una armadura andrógina, con un rostro metálico, que hacía que cualquiera se olvidara de que por debajo había una mujer y de que, mientras más se prolongara el combate, más comenzaría a volverse irritante y deshonroso para Polifemo ante sus gigantes.

Bradamante tomó una vez más la espada de dos manos mientras el enemigo se recuperaba de la certera pedrada. Polifemo mostró los dientes y corrió como lo hace todo hombre del monstruo de un mal sueño. Bajo la armadura blanca la guerrera esperó. Y esperó. Y esperó. Y otra vez de súbito se zafó el pesado escudo del brazo izquierdo y lo sujetó de manera displicente. El gigantesco cíclope, que venía a una velocidad frenética, levantó la bola de hierro por la horquilla de la liga de la cadena, como una inmensa pesa de hierro, justo como una persona enojada sujeta un vaso de metal, lista para aplastar a un insecto sobre el cual tiene aversión de poner la mano; pero cuando iba a bajarla sobre la cabeza del enemigo, Bradamante aventó el escudo en dirección a su inmenso ojo.

Por reflejo, el cíclope puso el brazo libre al frente y lo cerró, con lo que bajó la bola sin precisión. Se escuchó un estruendo cuando el escudo pegó en el brazo gigante y otro cuando el suelo árido de nuevo vio nubes de grava, tierra y arena levantándose por el impacto de la bola de hierro.

Mientras tanto lord Bradamante ya no estaba allí: había corrido por un lado del gigante en dirección contraria y, con la espada en ambas manos, hizo un tajo considerable a la altura de la pantorrilla derecha del cíclope.

Cuando se viró hacia ella, Polifemo sintió el ardor en la pierna y percibió que sangraba delante de su ejército. La campeona de Arzallum no tenía más de un metro setenta centímetros de altura. Polifemo, casi seis. Aun así, en aquel combate, a cada momento él se sentía cada vez más pequeño.

Ningún narrador, ningún bardo, ningún contador de historias sería lo bastante competente para describir la reacción humana de un ejército que ponía el alma en el corazón de una lord campeona.

Geirrord comenzó a insultar a Polifemo otra vez y le ordenó que terminara con eso. Y que lo hiciera de inmediato.

Polifemo estaba lleno de ira, de furia, de descontrol. Si el enemigo hubiera sido un guerrero normal, un campeón tradicional que causara respeto y una batalla considerable, todo aquello estaría dentro de lo previsto para una lucha entre dos campeones. Pero no lo era. Nada allí lo era. El hecho era que el cíclope se había rehusado a reconocer la condición de campeona del enemigo e intentado disminuir la importancia de aquel combate, de un duelo de campeones, a un desafío común de guerra, donde los candidatos a héroes desafían a los campeones de otro ejército y casi

siempre son decapitados antes de darse cuenta.

La sangre en su pierna no reflejaba nada grave, pero la herida moral que le había provocado era enorme. Al frente, Bradamante pasaba la espada de una mano a la otra como burlándose y retándolo a tomar su espada. Por debajo del yelmo cerrado, los ojos de la capitana otra vez se mantenían muy abiertos y desesperados, ante la adrenalina de una persona que se sabe en la línea entre la muerte violenta y la gloria eterna. Sin contar con que el corazón batía con tanta violencia que parecía golpear el pectoral.

Con todo, el objetivo dio resultado y Polifemo lanzó con violencia la bola de hierro en dirección a la espada de dos manos cuando el arma saltaba hacia la mano derecha. Era un movimiento de rabia: el tipo de embate de quien no piensa antes de atacar. A la postre, Bradamante era diestra y Polifemo ya lo había percibido. Y por más que la guerrera estuviera preparada y lo desafiara, sería mucho más difícil para ella hacer lo que quisiera si intentaba retirar la espada cuando el arma saltara hacia la mano izquierda.

Aprovechando su buena mano, Bradamante agarró el cabo de la espada en el aire y giró con violencia para chocar la lámina contra la gruesa cadena y producir un considerable estruendo metálico. Otra vez, aprovechando el momento de sorpresa, la guerrera vestida como dragón blanco corrió en dirección al gigante y saltó para asestar un violento golpe. Polifemo soltó la cadena y preparó un contraataque que probablemente rompería el cuello de la campeona en el impacto, aunque llevara el mejor yelmo del mundo.

Pero otra vez se trataba de una finta.

Mientras el gigante esperaba un ataque superior, Bradamante aprovechó la poca fricción provocada por el suelo de tierra y se forzó hacia el frente en dirección al suelo, de modo que se deslizó como una carreta de bueyes sin frenos. Pasó a un lado de la pierna izquierda del cíclope. Y le hizo otro tajo en el camino.

Polifemo se dio vuelta y percibió que volvía a sangrar. El ejército humano volvió a hacer un pandemonio. La algarabía silenció al de Brobdingnag, que miraba perplejo.

Bradamante corrió hacia la lanza, clavada cerca del círculo que había marcado anteriormente en la tierra en su oración antes del combate. Corrió como si el mundo ya fuera de ella, como si el mundo fuera perfecto y el más débil fuera capaz de vencer al más fuerte si así lo creyera y no se mostrara débil, aunque tuviera miedo del combate.

Sin embargo, el mundo no era así.

Tal vez por el calor, tal vez por el peso de la armadura, tal vez por la tensión de un combate mortal o por el colapso que implicaba cargar la moral de una nación a sus espaldas, ella sintió una punzada en la pierna, sintió calambres y gritó, mientras

corría a tropiezos. El ejército humano gimió. El de los gigantes gritó.

Y Polifemo partió con los gritos.

Bradamante estaba rendida. Una mano sujetaba la espada, la otra la pantorrilla, como si el toque tuviera propiedades curativas. De nuevo la cadena giró con violencia, esta vez en horizontal, por encima de la cabeza del cíclope, y la bola de hierro puntiaguda partió en línea recta de forma devastadora.

Hamelín comenzó a estremecerse de emoción al percibir que él sería el bardo que contaría al mundo la batalla en que una lord humana engañó a un campeón gigante con tres fintas a lo largo de una misma batalla que se recrearía por siempre.

Otra vez Bradamante se deslizó un poco, hasta parar en el círculo que había trazado. Entonces, cuando esquivó la bola de metal que pasaba en su dirección, la espada sujeta con ambas manos avanzó hacia la cadena, pero ahora en un movimiento que llevaba cincuenta por ciento de probabilidades de no acertar. Y cincuenta por ciento de hacerlo.

La lámina partió en dirección a la serie de anillos entrelazados que unían el ligamento flexible de metal, anillos tan gruesos que era posible que la lámina de una espada humana de dos manos pasara entre ellos. Entonces la campeona giró la espada, de modo que lámina y anillo se entrelazaran. La lámina apuntó hacia abajo y Bradamante clavó la espada en el círculo.

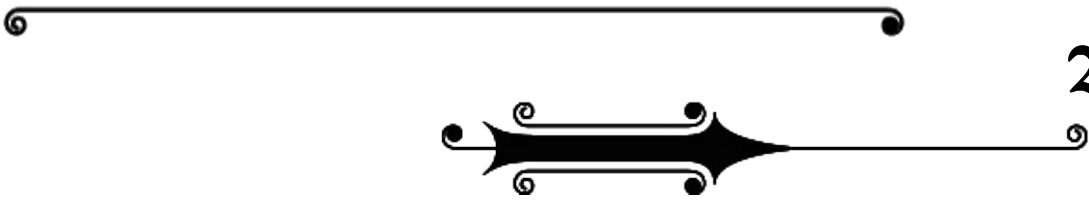
Polifemo se quedó tan desconcertado, que tardó en mostrar la reacción contraria: la de jalar la cadena de regreso y tomar la espada de las manos enemigas. Durante ese sobresalto Bradamante se arrodilló y puso la palma de la mano izquierda frente a una de la runas que hacía poco menos de un año había sido grabada por ella en uno de los lados de la lámina. Entonces susurró palabras olvidadas en un antiguo y místico idioma oriental.

Y aquello sucedió.

→ Ante ese escenario, ¿cuántos aquí desean continuar y cuántos querrían crecer y pelear a mi lado? —preguntó el rey Peter Pendragon.

Esperó. Hasta que entre todos ellos seis pequeños elfos dieron un paso al frente. Axel entrecerró los ojos. Aquello le gustó. El rey Peter enseñó los colmillos.

Seis serían más que suficientes.



La lámina de lord Bradamante se encendió con una luz azulada y cobró una vida que no debería tener. Como si el hecho no fuera ya lo bastante impresionante, las runas del círculo trazado en el suelo también se encendieron.

Los dos ejércitos se quedaron perplejos.

La campeona de Arzallum soltó la espada clavada en el suelo y corrió hacia la lanza que más tarde había sido clavada fuera del círculo. La tomó en un movimiento rápido y, bramando gritos de guerra y muerte, se armó con la vara de fresno de punta afilada y corrió como una matadora hacia el cíclope aturdido.

Polifemo, al retomar el sentido de la situación, mudó la expresión y jaló con violencia la cadena para envolver el cuerpo en movimiento de Bradamante y finalizar el combate.

Pero la cadena no se salió de su lugar.

El campeón de Brobdingnag comenzó a desesperarse al percibir que el círculo azulado, encendido con la misma luz que brillaba en aquella espada, funcionaba como una especie de agujero negro que atraía hacia sí cualquier objeto susceptible de ser atraído por la gravedad. Jaló una, dos, tres veces más, y la cadena se pegaba al suelo como dos gemelos siameses, imposibles de separar. Y mientras, aquella maldita se acercaba con su lanza.

Entonces desistió, soltó la cadena y corrió hacia ella para usar sus propias manos. A la hora en que comenzó a correr, los gritos de guerra se convirtieron en gritos de dolor.

Y Polifemo se dio cuenta de que los dos tajos hechos en cada pierna también se encendían con la luz azulada, envueltos en una magia antigua que nadie allí sabría contrarrestar.

El cíclope sintió el que antes era un ardor leve convertirse en intenso, como un toque de brasas, y los gritos perforaron el espíritu de guerra de su ejército pero inflaron el del ejército humano. Bradamante, aún gritando como una poseída, enfiló

la lámina de la lanza a la altura de los órganos genitales del enemigo, que cayó aullando tanto, pero tanto, que los alaridos reverberarán para siempre en las Tierras Muertas.

Como por piedad, la campeona de Arzallum retiró la lanza de la región alcanzada y, por tercera vez en una misma lucha, Polifemo sangró.

El guerrero gigante calló, respirando pesadamente como un animal a punto de ser sacrificado. Bradamante tomó su espada, canceló la magia y la runa azulada se apagó tanto en la lámina como en el círculo. Al fondo su ejército aún gritaba como un animal. Bradamante caminó como una señora de guerra en la figura de un dragón blanco andrógino e imponente, y el alma de cada uno de sus hombres caminó con ella.

El coronel Athos Baxter era sólo un rostro en estado de choque, del que no se sabía si deseaba más la derrota o la victoria de aquel combate.

Lord Bradamante se paró ante el guerrero postrado y herido que, aunque de rodillas, resultaba mucho más grande que ella. Entonces abrió el yelmo y, como para recordar que la campeona de Arzallum era una mujer, se lo quitó, revelando el rostro sudado y el cabello empapado, enmarañado y pegado al cráneo. Levantó el puño cerrado de la mano derecha y el ejército de Arzallum guardó silencio ante la orden.

La lord victoriosa ordenó que el bardo Hamelín se aproximara.

Tanto el coronel humano como el jefe de guerra gigante mantuvieron una cierta distancia del desaguizado, pero suficiente para que todo lo que siguió fuera escuchado:

—Pregúntale quién soy —le ordenó ella al bardo, con la voz de una campeona.

El bardo hizo la pregunta en ögr. Polifemo respondió despacio, en la medida en que el dolor se lo permitía.

—Ha dicho que «nadie», mi lord.

Bradamante, con una expresión demoniaca, fue hasta el cíclope, se subió a uno de sus muslos y se agarró de uno de los cuernos del yelmo enemigo con la mano izquierda. La mano derecha agarró la púa que servía de adorno y que cruzaba la quijada perforada de una punta a la otra y, gritando como una bruja loca, en un momento de ira absoluta, la arrancó con un súbito y violento movimiento.

Los dos ejércitos quedaron estupefactos ante el gesto. Y con los gritos. Y aun así descubrieron que aquello no sería lo peor.

—¡Soy lord Bradamante, capitana de la Guardia Real y campeona de Arzallum!
¡Repite eso, bardo!

El bardo repitió, con la seguridad de gruñidos que mostraban respeto en la lengua extranjera.

Cuando el bardo terminó, Bradamante clavó la púa en el inmenso ojo gigante del enemigo.

Sí, sin sombra de duda aquellos gritos probablemente sean escuchados hasta hoy en los ecos de las Tierras Muertas.

Polifemo comenzó a temblar y a sufrir espasmos, luchando contra dolores que ni siquiera un gigante era capaz de soportar. Gruñía y respiraba con pesadez, luchando con objeto de no gritar lo suficiente para aceptar la derrota ante el enemigo. El dolor que debía sentir con certeza era mucho peor que las formas más creativas de tortura de los humanos de Nueva Éter. No obstante, el maldito gruñía y respiraba pesadamente para no dar al enemigo el gusto de su llanto.

La espada de dos manos de Bradamante se desenvainó una vez más.

—¿Quién fundió tu ojo, Polifemo? —gritó como una semidiosa.

El bardo arzallino gritó la traducción igualmente.

El cíclope no respondió, sumido aún entre gruñidos de dolor.

—¿Quién fundió tu ojo, Polifemo? —repitió ella.

El cíclope comenzó a emitir despacio los gruñidos que representaban sus palabras y el bardo las tradujo paso a paso.

—Quien...

Bradamante apretó los dientes.

—... fundió mi ojo...

Y la mano que sujetaba la espada tembló por la tensión.

—... fue...

Apretó los ojos. Y...

—... ¡nadie!

No hubo recelo ni titubeo.

La espada de dos manos hizo un arco tan poderoso, que el filo atravesó más de la mitad del cuello protegido por las gruesas pieles de animales. Cuando la campeona retiró la lámina, la cabeza cayó hacia el frente, sujeta tan sólo por la mitad de la piel. Ella aplicó un segundo golpe. Y con el tercero, el inmenso cráneo por fin rodó, separándose del yelmo.

Para seguir la tradición de los duelos de campeones, Bradamante fue hasta ella y sujetó la cabeza caída por los cabellos desgreñados, levantándola en señal de triunfo, en dirección al jefe militar Geirrod y al ejército de Brobdingnag.

Al fondo, el ejército humano de Arzallum rugía como leones o animales más grandes. Y los soldados de Brobdingnag comenzaron a ver una gigante en aquella mujer.

—Quédate con el yelmo del derrotado como premio a tus servicios, bardo —le dijo al hombre que comprendía el valor incalculable que aquella pieza tendría si lograba regresar vivo a Andreeanne para contar la historia.

Lord Bradamante limpió la sangre de la espada, tomó su yelmo en forma de

dragón y, con él en los brazos, caminó con firmeza en dirección del obeso coronel Baxter para, una vez más, hacer historia. La mano enguantada tomó una parte del pectoral por debajo del cuello y jaló el rostro del obeso y asustado comandante hasta dejarlo cerca del suyo, antes de gritar a aquella cara gorda:

—¡Quien manda a los hombres de Arzallum mientras el rey Branford no está aquí soy yo! —dijo con intensa furia guerrera, con lo que destronó la moral del superior frente a un ejército enloquecido y dispuesto a morir por ella—. ¡Y si tuviera algún problema con eso, que mi insubordinación se lave a punta de espada!

El eco de la frase reverberó hasta estremecer cada oración a un semidiós piadoso. Bradamante se quedó a la espera de la reacción del obeso coronel, a sabiendas de cuán arriesgado era el terreno que pisaba. Era un hecho que, si ambos regresaban vivos, en vez de ser condecorada como una lord suprema de guerra, Bradamante sería, en realidad, juzgada por rebelarse contra un superior militar y, con certeza, destituida de todos los cargos oficiales, además de que probablemente la expulsarían de la Guardia Real. Pero eso sería sólo si la guerra terminara y ambos sobrevivían.

En ese momento sólo existía una guerrera amada por su ejército, la cual lucharía al frente de ellos y acababa de matar a un campeón gigante legendario en combate directo.

Y fue por eso que los ojos de Athos Baxter bajaron y él se mordió el labio inferior con profunda ira, la misma que invade el espíritu de un hombre acorralado. Al percibir la reacción de sumisión, Bradamante caminó hacia los hombres para los que ya era un mito. Pero al pasar junto al coronel escuchó el cuestionamiento con una inflexión de voz que parecía un susurro:

—¿Dónde?

Entonces ella se detuvo y se volvió para cerciorarse de que su desafío sería aceptado. Observó a su adversario en una postura agresiva una vez más.

Y descubrió que no era un desafío.

—¿Dónde aprendió la magia antigua?

Bradamante miró al coronel de rango vacío con la mirada de desprecio que tal vez él mereciera, o tal vez no, y respondió con despreocupación antes de caminar en dirección a sus hombres:

—Las conversaciones al oído en la cama pueden rendir buenos frutos.

Y fue de esa forma como los bardos contaron sobre el día en que una humana se volvió tres veces más grande de lo que era. En que una batalla entre dos campeones ayudó a definir la historia de la más grande de las guerras. Y en que hombres antes temerosos comenzaron a creer que eran capaces de vencer a seres del triple de su tamaño.

El hecho era que, ese día, el ejército de Arzallum comenzó a sentirse invencible. Y Bradamante adoró aquello.

Era hora de que los humanos mataran gigantes.

→ **N**o vi morir a Radamisto.
La frase tuvo un impacto indescriptible en el equilibrio de Blanca Corazón de Nieve. Radamisto era el inmenso pugilista blanco, el símbolo de la eugenesia y la superioridad pregonada por Minotaurus a quien Axel Branford había vencido con muchos trabajos el año anterior en la final del torneo del Puño de Hierro. En aquella época ambos salieron muy lastimados del combate y Radamisto salió con costillas quebradas que lo obligaron a someterse a una hospitalización inmediata, seguida de una muerte no muy bien explicada. Algunos decían que las costillas partidas le habían perforado el pulmón; otros, que los golpes finales de Axel le causaron una hemorragia en el cerebro, y unos más rumoraban muchas otras cosas, si bien nadie podía afirmar con exactitud el motivo real de su fallecimiento.

Menos Victon Ferrabrás, el autoproclamado emperador de Minotaurus, que no albergaba dudas en cuanto al motivo.

—Radamisto fue envenenado.

Tal era la idea defendida sin sombra de duda por el emperador de Minotaurus, así como el motivo de que su pugilista perdiera la lucha contra su adversario arzallino. Lo más chocante de la frase citada era que no había sido proferida sólo por el emperador de Minotaurus.

En ese momento la decía también Ariane Narin.

—Ariane —dijo una temerosa *madame* Viotti—. ¿Tienes la seguridad de lo que dices, querida?

—La tengo —dijo la joven, como si fuera la dueña del mundo o el mundo necesitara un dueño en ese momento—. ¡La vi antes de que él muriera! Ella escribió su nombre en un espejo —la frase estremeció a Blanca; era un hecho: los Corazón de Nieve odiaban a las magias que involucraban espejos—. Y después ella me mostró...

—¿Quién es ella? —preguntó una reina preocupada.

—La Banshee.

Aquello era capaz de estremecer hasta al más escéptico.

—¿Qué te mostró? —insistió la reina.

—Cómo sucedió.

Madame Viotti inspiró hondo. Le habría gustado que Ariane la informara mejor sobre esas visiones con antelación, pero también sabía que una joven de su edad difícilmente se concentra en algo por mucho tiempo para recordar cuanto deba ser contado.

—¿Y cómo sucedió? —preguntó la reina, en un tono neutro que no demostraba escepticismo ni credulidad.

—Un hombre de Minotaurus le puso el veneno en su bebida en la mañana, antes de la lucha. Él se sentía un poco molesto, pero aun así luchó. Sólo que, después del combate, la molestia comenzó a quemarlo por dentro y él comenzó a temblar. Hasta que no resistió más y echó espuma por la boca.

Ariane calló y el silencio permaneció dando el tono a aquel Salón Real, hasta que la reina preguntó:

—Ariane, ¿por qué un minotaurino le haría eso a su héroe nacional?

—Porque el rey Anisio le pagó para que lo hiciera.

La reina cambió de expresión de inmediato. Si antes era neutra, ahora asumió la de ofendida.

Madame Viotti se dio cuenta y vio que era demasiado tarde.

—Si tú no fueras una criatura que no sabes lo que dices, en este momento serías aprehendida y acusada del crimen de conspiración contra tu rey.

—Su majestad, pido disculpas por la ofensa, en mi nombre y en el de la niña Narin —reparen en cómo Viotti utilizaba el término «niña» en vez de «joven» para ratificar la justificación anterior de la reina.

—¡Pero yo no ofendí a nadie! —dijo Ariane, de manera peligrosamente impulsiva.

—Ariane, querida, por favor, no empeores la situación —ordenó Viotti, en un tono bajo pero autoritario.

—¿Es que ustedes dos no entienden? ¡Si no me escuchan no hará ninguna diferencia si me callo o no! ¡Andreanne simplemente estará condenada! ¡Y no quiero saber si seré aprehendida, acusada de quién sabe qué o no! ¡Nada de eso importa si demuestro a la reina lo que afirmo aquí!

—¿Cómo probarías una acusación de traición contra tu rey? —preguntó la reina, en tono explícitamente escéptico.

—Puedo mostrarle dónde lo guarda.

—¿Qué?

—El frasco de veneno. Ella me mostró dónde lo guarda.

La reina seguía indignada.

—¿Y tú me lo puedes mostrar?

—¡Ahora mismo, si quiere!

—¿En qué aposento se encuentra eso?

—En el del rey.

La reina llegó a sonreír ante la inocencia de la propuesta.

—¿Quieres que te dé acceso al cuarto donde Anisio y yo dormimos todas las noches?

—Pues sí, ¿cuál es el problema?

Se hizo el silencio. Y *madame* Viotti, observando la mirada de duda de Ariane, explicó:

—El problema, Ariane, es que su majestad no se sentiría bien al permitir que dos iniciadas en caminos místicos se adentren en un lugar tan íntimo, en el que podrían hacerles... sortilegios.

Ariane suspiró, comprensiva.

—Pero, reina, ¿usted misma no leía libros de magia blanca? ¿Y no sabe que eso existe?

—Sólo que, así como tú antiguamente, y así como la familia Hanson, nuestra reina debe tener muy poco contacto con la magia buena, Ariane, como para confiar a plenitud en dos extrañas —respondió *madame* Viotti como si la reina no estuviera presente.

—*Madame* comprende mi conflicto —dijo la reina, en tono de respeto—. Sin embargo, además de eso hay otra cuestión. Como dije, estoy tratando este caso como el de una niña que no sabe lo que dice, pues veo que lo hace con buenas intenciones. Pero si permito que Ariane entre al cuarto real, ella será responsable como una adulta por sus actitudes. Y en caso de no encontrar lo que busca, será apresada por el crimen de tentativa de conspiración, como cualquier otra persona lo sería.

De nuevo se hizo el silencio. Pero no por mucho tiempo.

—Acepto.

La reina y la sacerdotisa miraron a la adolescente decidida y percibieron cómo parecía ignorar las consecuencias de lo que pretendía.

—Acepto ser responsable de mis actos y ser castigada en caso de estar equivocada.

La reina ponderó aquella afirmación decidida y sincera. Y no se demoró en dar su veredicto:

—¡Sea! Los soldados acompañarán a Ariane Narin en pos de lo que dice buscar y realizarán la detención como responsable del acto en caso de que no proceda.

Y en estas condiciones, con estas palabras, Ariane fue conducida al cuarto real por dos soldados que la acompañarían en una búsqueda que representaría para ella un camino entre las peores mazmorras de Aramis o los campos más bellos de

Mantaquim.

Ariane entró nerviosa en el recinto, rogando porque su visión fuera tan correcta como su convicción en la misma. La búsqueda, al menos, comenzaba bien: el aposento era idéntico al que le había sido mostrado por la pelirroja de cabellos desgreñados. Entonces Ariane fue hasta el punto del cuarto, detrás de un cuadro, próximo a una consola con un espejo y una llave con punta de estrella colgada en la pared, donde le había sido mostrado que Anisio Branford guardaba el frasco que acabaría con su reputación. Y al mover el cuadro de lugar, bajo la mirada constante y atenta de los dos soldados, Ariane descubrió de inmediato en qué tipo de camino andaba. Y a dónde la llevaría esa senda sombría.

María Hanson había terminado su clase y se estaba despidiendo de sus alumnos y de los acompañantes designados por algunos padres que temían ver a sus hijos salir de su protección en un mundo en guerra, aunque ese conflicto no hubiera llegado aún a su territorio. María había conocido y reconocido a la señorita Consuelo, abuela de la niña Tatá; al casero Walter, que se llevó al niño Leopoldo; al hermano mayor de la familia Remon, que acompañaba al menor, e incluso al señor Tulan que acompañaba... Bueno, María Hanson se dio cuenta entonces de que no recordaba qué alumno era al que ese hombre acompañaba y no se preocupó más con los detalles del asunto.

En muy poco tiempo descubriría que debería haberse preocupado.

→ **A**riane Narin estás presa por el crimen de tentativa de conspiración contra el rey, el Estado y la política de Arzallum —anunció uno de los soldados.
→ Ariane Narin fue condenada a prisión.

→ **N**adie dejará este salón —dijo el señor Tulan al grupo de María Hanson, listo para salir—. No hasta que yo lo permita.

María, asustada, miró a Casanova, igualmente preocupado.

—¿Usted es de la Guardia Real? —preguntó Giacomo Casanova, con mirada seria.

El señor de barba malhecha y varios agujeros en la piel del rostro sonrió. Y lo hizo con ironía.

—Muy por el contrario —respondió.

«Muy por el contrario».

Así comenzó la pesadilla en Andreeanne.

Había dos prisiones en Andreanne. Una era la temida Jaula, a donde enviaban a los peores tipos o a aquellos que debían revelar informaciones que no relatarían de manera amigable. La otra era Invierno, el pabellón donde siempre hacía frío. Feliz o infelizmente, Ariane había sido enviada a la segunda. La adolescente fue escoltada por dos soldados en un carruaje rectangular con rejas, ante la población que la contemplaba.

La noticia llegó con rapidez a Anna y a Golbez Narin, pues las malas noticias viajan en alas de grifos, y ellos entraron despavoridos en la prisión real tras dos horas en una carreta alquilada, hablando de manera explosiva sin una línea de razonamiento que pudiera ser considerada como tal.

Los soldados explicaron que la prisionera no podía recibir visitas aún y los padres parecieron enloquecer más con semejante situación. Fue cuando *madame* Viotti se acercó a la pareja, con respiraciones entrecortadas:

—Ella no sabía lo que hacía —dijo, con la mirada de quien ha llorado—. Intentó explicarle a la reina, pero todavía no controla por completo cuanto es capaz de hacer.

Golbez Narin, al observar mejor a la sacerdotisa, perdió el equilibrio de inmediato.

—¡Tú! Tú eres la mujer que anda seduciendo a mi hija para que asista a obras de teatro sobre brujería, ceremonias profanas y a saber qué más, ¿o no?

Anna, una iniciada que conocía a su marido y su ignorancia en cuanto a la magia y a lo desconocido en general, lo jaló por la camisa.

—Golbez.

El marido se zafó de la mujer como si no existiera y siguió caminando, colérico, hacia *madame* Viotti, señalándola con el índice.

—¡Deberías haber sido quemada en plaza pública ese día! —vociferó Golbez, desequilibrado; se refería al día en que Viotti había sido condenada a muerte por el fallecido rey Primo Branford y había escapado en el último momento gracias a la

intervención de Ariane y Axel Branford—. Tú ni siquiera eres un ser humano.

Anna seguía intentando jalar a su marido conforme se aproximaba, mientras que *madame Viotti* permanecía en silencio.

—¡La culpa de que ella esté aquí es tuya! ¿Me escuchas, maldita bruja? ¡La culpa de que mi pequeña esté aquí es sólo tuya! ¡No sé qué hiciste ni cómo te metiste en su cabeza, pero si alguien debería ocupar una celda en este lugar eres tú!

Madame Viotti bajó la cabeza y susurró:

—Yo sé.

—¡Golbez! —gritó Anna, antes de que el marido golpeará a la sacerdotisa.

Los soldados, alertados por el grito, corrieron al zaguán y apartaron al hombre de la señora.

—¡Y juro que si estuviéramos fuera de esta prisión yo mismo te mataría! ¡Yo mismo! ¿Me escuchas, bruja inmundada? Te prometo que, si un día, un solo y maldito día, sé que te acercaste de nuevo a mi hija, yo mismo te quemaré, maldita hija de...

Anna Narin, desesperada y sollozando horrores, se fue apartando con su marido, haciendo gestos a *madame Viotti* para que lo perdonara. Al fondo, la sacerdotisa le devolvió una mirada de comprensión. Porque en verdad lo hacía.

«¡La culpa de que ella esté aquí es tuya!».

Madame Viotti se apoyó en la pared y de nuevo se soltó a llorar.

¡Pared de escudos! ¡Pared de escudos! —gritó la capitana Bradamante a los hombres que la obedecían como fanáticos.

Los hombres comenzaron a posicionarse y se oyó el chasquido de los escudos tocándose y encajándose en posición de guerra. El coronel Athos Baxter no cuestionó las órdenes, pero tampoco se sometió a ellas, al apartarse de la tropa con su corcel para observar de lejos el combate que se avecinaba. En la práctica, esa actitud habría sido considerada como una cobardía. Pero en la teoría Athos la justificaría con la afirmación de que un coronel no puede someterse a la autoridad de una capitana que comanda a una tropa en rebeldía.

Ese momento era en particular incómodo para las paredes formadas, porque el viento, el mismo que había creado aquella fascinante geografía mediante su erosión eólica, soplaba y lo hacía con fuerza. Se levantaban nubes de tierra y grava, que a veces cegaban a los hombres. Otras cortaban la piel en las regiones desprotegidas. Otras más llenaban de tierra las vestimentas a través de pequeñas grietas y comenzaban a picar a los guerreros que no podían darse el lujo de moverse demasiado. Hasta allí aún no habían tenido un encuentro con uno de los ventarrones grandes, los cuales tenían fama en aquella región. Pero si aquellas pequeñas ventiscas ya eran suficientes adversarios naturales para Arzallum, también lo eran para sus enemigos.

Del lado de Brobdingnag los gigantes se colocaron en formación de avance. En realidad no existía exactamente esa formación de guerra conocida como «paredes de escudos» por los ejércitos humanos en el estilo gigante de guerrear. Estos no eran tan organizados, militarmente hablando, ni tan extremadamente pacientes. De hecho, se trataba de un pueblo acostumbrado a esperar que los enemigos avanzaran sobre ellos o vinieran a chocar escudos contra sus escudos —de tamaños y proporciones desiguales y nada justas—, pero rompían las formaciones mediante la fuerza bruta y la destrucción constante. Todavía no lo habían hecho con las formaciones humanas

sólo porque una hembra había arrancado la cabeza de su principal guerrero frente a los dos ejércitos. Aun así, no era justo eso lo que llenaba de temor a aquellas criaturas, al grado de que sus corazones vacilaban un poco antes del avance.

Lo que les causaba temor era el hecho de que habían visto a una humana utilizar una magia antigua. Es más: una magia antigua de guerra.

Había pocas cosas capaces de asustar al pueblo gigante.

Aquella era una de ellas.

Del lado de Arzallum, la capitana Bradamante sabía que, temeroso o no, si el ejército gigante decidía avanzar sobre su pared de escudos, poco podría hacerse además de rezar por la buena entrada de las almas humanas a Mantaquim. Cuando enfrentó a Polifemo, mientras ambos ejércitos estaban frente a frente a la espera del próximo paso del enemigo, habían llegado refuerzos que se unieron a la formación. De inicio había, del lado humano, tres mil quinientos lanceros, y esperaban a mil quinientos prometidos; algo así como quinientos de esos hombres que aguardaban, en realidad habían llegado y se habían unido a la línea frontal de la pared de escudos que se formaba ya. Hombres que no habían tenido tiempo de embriagarse y escuchaban con rapidez, mediante palabras exaltadas, la hazaña de la campeona de Arzallum momentos antes.

Atrás de la formación militar de los lanceros, listos para proteger la retaguardia y los flancos de la pared de escudos al frente, estaban los mercenarios. En teoría eran alrededor de cinco mil hombres, pero en la práctica ese número era menor, pues muchos estaban enfermos por las condiciones de higiene de una empalizada de guerra o acobardados para demostrar, en la práctica, el dudoso coraje que aflige a un hombre ante un campo de muerte. Muchos pensaban en desertar de la propia formación en el campo de batalla, pero la tropa de quienes se apostaban tras ellos eran un obstáculo que se los impedía.

Los arqueros se ubicaban detrás de los mercenarios. Señores de las temidas flechas, su función era provocar a la formación cerrada de escudos enemigos, a modo de causarles desorden y miedo mientras su propio ejército avanzaba y rompía la pared enemiga, así como eliminar a los desertores que se acobardaran en los momentos que anteceden al combate. Eran mil quinientos y tenían la mejor expresión y la mejor salud física entre los soldados presentes.

Así, Arzallum poseía cuatro mil lanceros, mil quinientos arqueros y un número cercano a los cuatro o cinco mil mercenarios, para totalizar diez mil hombres presentes.

Brobdingnag se componía de cinco mil gigantes, menos un campeón muerto.

Aún así, si se diera una confrontación directa, no resultaría en proporción de dos humanos por gigante para lograr una ecuación justa. Cinco hombres bien entrenados por gigante tal vez lo fuera. Dos, en definitiva no. De la forma en que aquello se

daría, por más motivado que se mostrara su ejército, Arzallum parecía condenada. Y la capitana Bradamante lo sabía.

—¿Dónde está la enfermera que pedí? —exclamó Bradamante al primer sargento que vio.

—¡Ya se encuentra aquí, capitana!

La asustada enfermera se aproximó poco a poco, al lado de soldados tan llenos de cuestionamientos como ella. De hecho, antes la capitana Bradamante había ordenado a uno de sus soldados que tomara su corcel y corriera hasta la empalizada para traer a la enfermera más fea que hubiera en el lugar, así, sin motivo ni razón aparentes.

La verdad sea dicha, el sargento había cumplido su misión con eficiencia.

—¿Cómo te llamas, enfermera? —preguntó la capitana, sin prestar mucha atención a la joven, que no debía tener más de veinticinco años, aunque parecía mayor.

—Clarabela, señora —dijo la mujer, con el suspiro de quien espera escuchar las risotadas que acompañan al chiste pronunciado.

Pero en ese momento, tan cercano a la muerte, la capitana Bradamante no veía gracia alguna en otros aspectos de la vida.

—¿Tienes algún apodo, Clarabela?

La mujer vaciló, pero ante la seriedad con que su capitana le hablaba respondió:

—Las otras enfermeras me llaman *Pata*, señora. Dicen que parezco una...

En verdad era una joven de apariencia muy poco agradable, con una nariz que se extendía en ángulos confusos y labios que formaban un pico que se protuberaban como para dar un beso. Su cabello era pajizo, desgredado y sujeto con horquillas, y tenía manchas en la piel, así como de sudor alrededor de las axilas y en otros puntos ajustados de la ropa. El olor que emanaba era desagradable, pero en ese punto nada distinto al que todo hombre transpira en una zona de guerra.

—*Pata* —dijo la capitana, con la impaciencia que un ser humano que se halla en problemas de verdad muestra ante tonterías que incluso resultarían graciosas si la vida se mostrara más amable.

—En realidad me llaman *la Pata Fea*, señora.

Bradamante asintió con la cabeza, como si ambas hablaran de algo de extrema importancia. En realidad, la atención de la campeona se enfocaba en la formación gigante, lista para avanzar sobre el ejército humano, de modo que su temor por una posible magia antigua de la guerrera humana se estaba disipando.

—Escucha, Clarabela —se volvió hacia la enfermera, le puso una mano en el hombro y miró al fondo de sus ojos, como si ambas fueran amigas en un mundo justo y bueno—. Lo que voy a pedirte que hagas no será simple, pero sí imprescindible para que todos aquí, o al menos la mayoría, regrese a casa, ¿me comprendes?

La enfermera asintió, aunque no hubiera entendido.

—Dime el nombre de un animal que te guste.

De nuevo la mujer vaciló. Y dijo:

—El cisne, capitana.

—El cisne... —la capitana pasó el brazo alrededor del hombro de la enfermera y la apartó de la mirada curiosa de los otros sargentos y hombres presentes. Caminó con ella en dirección al ejército contrario y señaló la formación enemiga que se veía al fondo. La visión llenó de terror el corazón de la joven mujer—. ¿Qué piensas de eso?

—Aterrorador, señora.

—Sí, lo es. ¿Sabes qué pasaría si ya estuvieran avanzando sobre nosotros?

—Probablemente muchos de nuestros soldados estarían muertos.

—Probablemente todos. Incluso las enfermeras.

La joven se aterrorizó aún más. La capitana continuaba abrazándola como a una vieja amiga. Y Clarabela, por un momento, deseó que el mundo fuera de esa manera y que personas importantes como aquella la trataran con respeto y sencillez como en ese momento. En realidad no sólo personas importantes, sino cualquiera que no la juzgara por su aspecto tan fuera de los patrones tradicionales.

—Sin embargo, si pasas por el horrible sacrificio que te pediré hoy, te garantizo que nadie más te volverá a decir *Pata*. Ni *Fea*. Porque te habrás convertido en un mito y yo me encargaré de que los bardos canten las mejores canciones en tu nombre.

El rostro de la mujer pareció iluminarse como si el mundo no estuviera en guerra.

—Capitana...

—Ya no serás una pata fea entre los cisnes, Clarabela. Serás, conmigo, una de las mujeres que hicieron historia en este mundo y tendrás tu propio cuento, que será narrado a los niños.

La mujer permaneció en silencio, tentada por la propuesta. Sólo un corazón inseguro sabe en qué consiste que le ofrezcan una estabilidad.

—Serás el cisne más bello entre los cisnes.

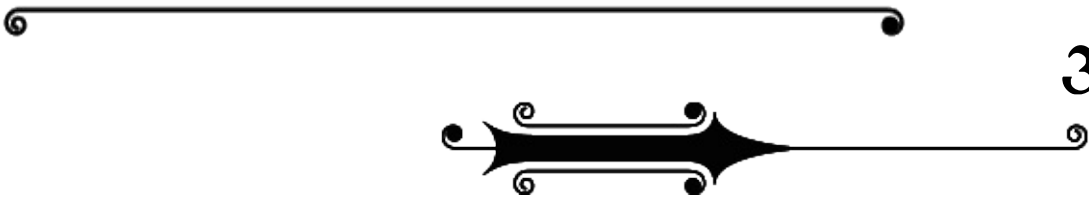
La enfermera incluso sonrió, aunque la vida continuara tensa. De repente, al menos por un objetivo como ese, parecía posible vivir. De hecho, resulta curioso cómo el ser humano es capaz de vivir y morir por causas significativamente distintas.

—¿Qué necesita que haga, capitana?

Bradamante adoró aquel tono de voz seguro.

Entonces la capitana de la Guardia Real, campeona de Arzallum y comandante temporal de una pared de escudos, le explicó a la enfermera Clarabela lo que tanto necesitaba de su parte para intentar ganar esa batalla.

Y así se hizo.



Snail Galford estaba en la proa del *Jolly Rogers*, el legendario barco que había sido propiedad de James Garfio, cuando uno de sus subordinados gritó:

—¡Barco a la vista!

El negro corrió hasta el muchacho y le quitó el catalejo, para comprobar por sí mismo. La nave que se aproximaba era un galeón, con la bandera comercial de Stallia ondeando en su mástil.

Liriel Gabbiani se paró junto a Snail Galford y preguntó, preocupada, pero inevitablemente irónica:

—¿Qué pretende hacer, capitán?

Snail bajó el catalejo y sonrió.

—Preparar el ataque.

João Hanson despertó con brusquedad, sin conseguir el descanso que su cuerpo necesitaba para disminuir la tensión enfrentada en los últimos tiempos. Los músculos le dolían, la cabeza le latía y parecía tener arena en los huesos. Aun así no lograba dormir y, por algún motivo desconocido, ni siquiera lo intentaba. Se incorporó de la hamaca en que estaba y casi cayó sentado de nuevo.

Frente a él estaba el niño mudo, aquel dueño de un árbol que le había sido dado, el mismo en que João y Ariane grabaron sus nombres como amantes eternos. El corazón de João comenzó a latir más rápido y él sabía que había un motivo para eso.

—Todavía no sé quién eres, muchacho. No sé si eres un buen espíritu o un enviado de brujas sombrías. Pero sí estoy cierto de algunas cosas. Por ejemplo, que te debo algo por el aviso anterior. —Hanson se refería a una aparición en que el niño espectro le mostró que Ariane y su hermana corrían peligro en las manos del mismo conde del odio de quien él más tarde tomó la vida—. Con todo, aún temo tu presencia, pues por lo poco que aprendí, cuando apareces es porque algo no está bien, ¿no?

El niño espectro asintió, con una expresión de tristeza inevitable. João Hanson ponderó su próxima actitud y entonces percibió cómo la vida lo obligaba a madurar con rapidez. Finalmente, el João Hanson de dos años atrás habría evitado aquella situación ante una voz que oscilaba entre un tono grave y otro delgado, a la espera de debatir con su hermana para decidir qué hacer. Pero este movió la cabeza, consciente de su responsabilidad, mostrando firmeza:

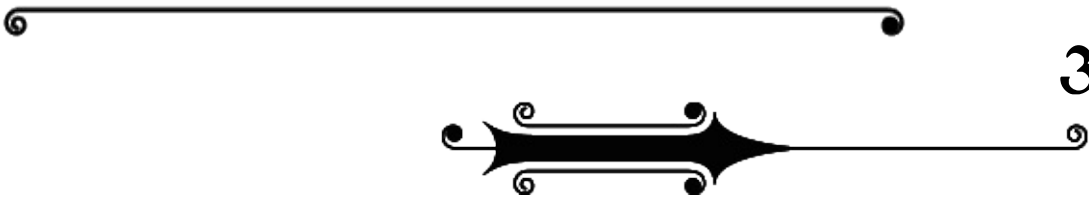
—Está bien —dijo, entre suspiros.

João Hanson inspiró a fondo, caminó hasta el espectro, estiró una de sus manos y ordenó:

—Muéstrame.

El niño espectro obedeció sin la mínima vacilación. La mano fantasmal se encontró con la mano física. La nariz del escudero sangró otra vez. Y João Hanson

vio llegar el fin del mundo.



El ejército de Brobdingnag observaba la escena conmovido. Como dije anteriormente, y tengo la seguridad de que nadie debe haberlo olvidado, había varios tipos de guerra en Nueva Éter. Se trataba de naciones de hombres y seres diferentes, y así como las filosofías y las artes, las manifestaciones de guerra también varían de acuerdo con las geografías y la manera de percibir el mundo. Sin embargo, por más que para eso hubiera que pagar con sangre, resultaba fascinante para un hombre entrenado para la batalla conocer otros horizontes bélicos en el campo de muerte y sobrevivir para contar la historia y mejorar sus estrategias.

Fascinante y aterrador.

Lord Bradamante, la comandante de las tropas humanas de Arzallum, estaba otra vez al frente, pero en esta ocasión no iba sola. A su lado había otros dos, y si eso fue capaz de asombrar a un ejército de miles de gigantes fue porque era un detalle digno de notarse.

Porque a su lado estaban un bardo y una bruja.

El bardo y la bruja dieron pasos al frente, pero los ojos de los gigantes, o de cualquier otro presente en ese campo de batalla, eran sólo para la bizarra mujer. Se trataba de una mujer horrenda, sucia, con ropas harapientas, arrugadas y cubiertas de manchas y excrementos. Había piojos e insectos en sus cabellos, pendientes de diseños psicodélicos en partes de su cuerpo, brazaletes bizarros en sus brazos y sus tobillos, y tenía una postura inclinada que acompañaba un andar taimado y vacilante. Sujetaba un cayado con las dos manos, formado por una lanza con la cabeza de Polifemo en la punta, y el peso de aquella cabeza debía ser grande, pues se notaba la fuerza que tenía que invertir para mantenerlo derecho.

La lanza fue pasada al bardo, que se sintió satisfecho ante tal exhibición.

Los gigantes incluso pensaron en comenzar el avance sobre el ejército humano, pero entonces la maldita bruja tomó dos maracas, comenzó a saltar en un pie y a alternar entre una y otra piernas como una criatura debilitada mentalmente que

intentara llamar la atención. Que una criatura hiciera algo así habría sido ridículo, pero que aquella bruja lo hiciera después de una exhibición de magia antigua resultaba macabro.

Bradamante sentía los fuertes, rápidos y vivos latidos de su corazón. Lo que la capitana militar hacía en aquel campo de batalla era invocar un estilo de guerrear que ninguna nación estilaba ya, al menos en ese continente. Traía de vuelta a brujas y a hechiceros al campo de batalla para escupir maldiciones y maledicencias al enemigo, excecando a tantas generaciones como fuera preciso para hacer que un ser vivo temiera quitarle la vida a otro. Una forma de guerra casi prohibida ya.

Una forma de guerra de la era antigua.

Los ejércitos habían dejado de hacerlo cuando Primo Branford inició la Cacería de Brujas, cuando quemó a hechiceras en las plazas públicas y condenó a cualquiera que apoyara tales prácticas sucias. Para ser coherentes con ese discurso, los reyes dejaron de llevar misticismos y brujerías a los campos de batalla, que se convirtieron en zonas de guerra sólo para los guerreros acostumbrados al acero, el hierro, la madera y nada más. Surgió así una nueva generación de soldados y líderes militares, y sólo los más antiguos habían visto cómo eran las guerras de aquella época, pues los más jóvenes sólo oían hablar de ellas por medio de los bardos.

Hasta ese día.

—¡Que la lengua de cada niño gigante nacido después de este día se transforme en gusanos que lo sofocarán incluso durante el parto! —comenzó a gritar la «bruja», agitando las maracas y contoneándose desgarbada como una bailarina ebria y surrealista.

El bardo Hamelín comenzó a gritar en ögr lo que la bruja decía. Había una sonrisa inevitable en sus labios, de quien disfrutaba la función.

—¡Que la virilidad de sus machos se marchite como muertas flores de árbol!

En otra situación Bradamante también se habría reído de todo aquello. El hecho era que la enfermera Clarabela representaba bien ese personaje que habían creado, pero parecía que lo hacía demasiado bien. En poco tiempo sus hombres la habían escupido, ensuciado con insectos, humillado y lanzado pedazos de cosas en el cuerpo, además de todo lo que la mente de un hombre perturbado siente ganas de hacer con una persona que se deje molestar gratuitamente tan sólo por su fealdad o por la diferencia en su concepto de normalidad. En esta ocasión, con todo, y por más que las humillaciones fueran aún más abusivas de lo que solían ser, Clarabela por primera vez se sintió en la cima del mundo. Pues esta vez ya no era *la Pata Fea* que no encajaba entre los gansos.

Esta vez ella era la que salvaría la vida de toda la laguna.

Mientras la atención de todos se desviaba hacia la supuesta bruja que danzaba en un solo pie, exhibiendo de vez en cuando el trasero como una perra preñada y

agitando las maracas entre imprecaciones sin sentido, pero aterradoras, la capitana comenzó a dibujar círculos en el suelo de tierra muerta. La punta de la espada iba formando varios largos e inmensos círculos que se entrecruzaban como decenas de símbolos del infinito. Runas desconocidas eran trazadas en determinados puntos, y por más silenciosa que estuviera durante la tarea, resultaba posible decir que parecía rezar durante el acto.

Siguiendo sus instrucciones, al menos cinco decenas de soldados hacían lo mismo y copiaban los círculos entrecruzados y las runas dibujadas en sus centros, a modo de crear círculos de tierras muertas a lo largo de una gran extensión.

—¡Y que el toque de la lluvia queme sus pieles como agua hirviendo! —gritó con énfasis la bruja maldita mientras el bardo repetía una vez más sus gritos en ögr.

Después de la traducción, el bardo sonrió.

—¿De qué te ríes? ¿No está bien? —le susurró Clarabela a Hamelín entre fingimientos y simulaciones.

—Sí. Lo que pasa es que en Brobdingnag no llueve. ¡No por casualidad lo llaman el reino encima de los cielos!

Clarabela chasqueó la lengua, irritada, como si eso no tuviera importancia.

—¡Ay, al diablo! Hoy lloverá.

Entonces lord Bradamante terminó de trazar sus círculos y escuchó una corneta de guerra.

La atención de hombres y gigantes se volvió para otro lado de aquel campo extenso y erosivo de donde se aproximaba la marcha de un ejército disciplinado. Se trataba de un punto más elevado, formado por crestas volcánicas que culminaban en salientes de roca pura. Así era el escenario de batalla de una guerra seca. El corazón arzallino se aceleró al buscar la esperanza de ver surgir, en aquel extenso y oscuro horizonte sedimentario, la figura del rey Branford comandando el ejército de un reino aliado, con la esperanza de que los gigantes, al fin, serían vencidos, y de que no sería aquel día cuando la Banshee los viera llorar.

Y cuando el nuevo estandarte que se aproximaba se acercó lo bastante para ser identificado, el sentimiento de esperanza dio lugar a la desesperación que oprime la garganta y sofoca la respiración. Miles de sueños arzallinos se despedazaron cuando avistaron a los cinco mil nuevos hombres que llegaban para pelear en aquel campo de batalla para decidir la guerra incluso antes del combate. Los gigantes comenzaron a gritar hurras y a golpearse el pecho como gorilas monstruosos, mientras los arzallinos lloraban por ambos lados de la cara, en la creencia de que ya lo hacían por uno solo. Y no había forma de culpar a un solo hombre por eso. El estandarte del inmenso toro temblaba en las Tierras Muertas. La esperanza de una victoria milagrosa se volvió, de pronto, de una hora para otra, en el delirio de un ejército moribundo.

Minotaurus había llegado.

Ariane estaba en una porquería de celda fría y solitaria, con sombras oscuras danzando en las paredes descascaradas y en el interior de su mente inquieta. Había insistido de sacudir la puerta de la celda con las rejas en el pequeño espacio donde, de vez en cuando, algún guardia distraído abría una brecha. Sin embargo, la impresión que se tenía era que hasta los guardias se sentían solitarios en ese lugar. La justificación de tal fenómeno resultaba clara: finalmente, en mayor o menor grado y autoridad, los guardias también son soldados.

Y Arzallum estaba peleando.

Ariane se hallaba apoyada en la pared, sentada con las manos alrededor de las rodillas, temblando quién sabe si de frío o de miedo. Como una catatónica. Como una niña castigada. Como la Banshee aquellas veces en que la vio en casa de los Hanson.

«¿Qué significa “ser iniciada”, madre?».

Los recuerdos volvían con fuerza. Latían de adentro hacia fuera de la mente, como si golpearan el lado interno del cráneo. Aquello dolía. La cabeza le latía. El corazón se ponía intranquilo.

«Es hora de contarte por qué tuviste que ir sola aquel día a casa de tu abuela».

Ariane recordaba cuando el mundo, por más que en determinados momentos pareciera más violento de lo que debería ser, aún así parecía tardar en dejar de girar. De repente, sin embargo, su vida comenzaba a cambiar demasiado rápido. Su infancia parecía distante. Y ni siquiera parecía haber ya diferencia entre el rito de paso de la adolescencia a la vida adulta.

«Sucede que tienes el libre albedrío para elegir lo que quieras, pero si en verdad naciste tocada, como creemos, entonces la Creadora te tiene reservada una misión importante en su creación. Y pienso que deberías cumplir el papel para el cual fuiste creada, ¿no?».

Recuerdos de un mundo todavía no poblado de iniciaciones y responsabilidades iban siendo destruidos, rodeados por el silencio enloquecedor del enclaustramiento.

Finalmente, qué difícil resulta para un ser humano estar encerrado contra su voluntad.

«Ariane, mi dulce niña, ¿quieres ser iniciada?».

Contra su voluntad.

«Sí».

Poco a poco los pensamientos se acomodaron de manera coherente, pero marcados, como la imagen de un rompecabezas completado. Entonces visualizaba aquello que le fue mostrado por la mujer de rojo.

«¡La Banshee es la enviada de la muerte, querida!».

Por la maldita mujer de rojo.

«Cuando alguien la ve, llora porque sabe que su muerte está próxima y es inevitable. Pero por lo visto tú puedes hacerlo así como, probablemente, poco a poco lo harás con otros seres que son invisibles para la mayoría de las personas».

Traer a la superficie aquellos recuerdos desesperados era un camino sin retorno. Porque a partir del momento en que Ariane tomaba conciencia de aquellas visiones, eso generaba en aquella joven una responsabilidad. Pero la falta de experiencia para discernir la mejor forma de afrontar la situación la había lanzado a aquella misma celda en que ahora debía decidir si dominaría sus sentimientos o sería dominada a su vez.

«Si crees que tú eres sólo esa cáscara que te rodea, tu vida será como la nuez que es enterrada con cáscara, ¿entiendes? Ella no cambiará ni evolucionará. No importa lo que suceda; al final, cuando la cáscara se pudra, seguirá siendo la misma».

El momento en que ella debía decidir si enloquecer o evolucionar.

«Pero si entiendes que en realidad tú eres lo que está dentro de la cáscara, entonces serás capaz de evolucionar, como la nuez sembrada sin ella».

Ariane cerró los ojos, y por más que el viento aún soplara, frío, su cuerpo dejó de temblar, aunque el corazón siguiera agitado.

«Cuando dormimos, nuestra cáscara se abre».

La respiración se fue haciendo más lenta. Y las palabras e imágenes que se apoderaban de su alma, antes angustiosas, de repente parecieron, en medio del caos, cobrar algún sentido.

«Y ese es sólo el primer paso».

Nadie le había enseñado lo que estaba a punto de intentar. Sin embargo, su instinto le decía que al menos lo intentara. Como si estuviera escrito que eso era lo que debía hacer. Como si una voz susurrara respuestas a preguntas que ella ni siquiera sabía que debían ser hechas.

«Esa niña es muy especial».

Entonces la respiración se volvió uniforme. Y los diversos pensamientos aleatorios se hicieron únicos. La mente inquieta adquirió serenidad.

Y el corazón al fin se fue tranquilizando.

«Por lo pronto, Ariane necesita del sueño, porque todavía no ha sido entrenada».

Ariane comenzó a imaginarse ligera y como si su cuerpo físico fuera sólo una envoltura. Una envoltura de carne muerta que de nada serviría sin un alma en su interior. Una cáscara vacía que escondía a la verdadera nuez que había dentro. Un instrumento semidivino y magnífico de cuyas capacidades para realizar hechos extraordinarios ningún ser humano poseía una noción total.

Imaginó que ese cuerpo se abría, como alguien que hiciera presión en los puntos correctos de una cáscara. Imaginó que esa envoltura se quebraba, como una persona quebraba una estatua para encontrar un tesoro escondido adentro. Imaginó a su verdadero yo aflorando sin ataduras, con su permiso y con la protección de fuerzas que aún no comprendía, pero en las cuales había aprendido a confiar.

«Pero en el futuro no será presa de esa condición».

De repente estaba de pie. Y se sintió diferente. Observó sus propias manos y no vio nada distinto. Probablemente llevaría horas imaginando que nada había sucedido.

De no haber sido por ese hilo.

Con los ojos muy abiertos, Ariane percibió un hilo de plata que salía de su plexo y continuaba hacia atrás. Observó el hilo argénteo y se volvió lentamente para que se le revelara una visión que cambiaría su vida.

Del otro lado el hilo estaba prendido a la cáscara.

Ariane, el yo de Ariane Narin, observó a su propio cuerpo físico inmóvil y con los ojos cerrados. Pensó en acercársele, pero se apartó. Y percibió que, no importaba cuánto se apartara, su hilo de plata se alargaría con ella.

«Después ella aprenderá a romper la cáscara siempre que quiera».

Tiempos interesantes comenzaban a surgir.

→ **C**apitana, ¿a dónde apuntamos la formación? —preguntó un sargento al borde del colapso en un campo de batalla cada vez más tomado.

—Manten las paredes de escudos y vírenlas de frente a Minotaurus.

El sargento tragó en seco.

—Pero, capitana, ¡eso sería dar los flancos a Brobdingnag!

La capitana jaló al sargento por los cabellos y acercó su rostro al de él, gritando:

—¿Quieres asumir el mando de este campo de batalla, sargento?

El sargento palideció ante aquella posibilidad todavía más aterradora.

—No, mi capitana.

—Paredes de escudos de frente a Minotaurus.

—¡Sí, mi capitana!

El sargento se fue, gritando órdenes que se iban repitiendo como ecos. Al centro, lord Bradamante sudaba y rogaba para que los semidioses permitieran que estuviera en lo cierto al menos en dos tercios de las decisiones que necesitaba transmitir en un aparente tono seguro.

Sus arqueros habían salido de la formación de protección de la retaguardia de la pared de escudos y se dirigían a los puntos más altos formados por las elevaciones rocosas. Este desplazamiento permitió también que buena parte de su ejército, formado por los mercenarios que allí estaban sólo por una gratificación tras la victoria, se desbandara en desesperación ante la llegada del poderoso ejército con el estandarte con el inmenso toro apuntando una espada a la tierra y un pergamino al cielo.

—¡Capitana, los mercenarios están en desbandada! —gritó uno más de los innumerables sargentos presentes.

Bradamante se mostraba ansiosa y sentía que le ardía el pecho, pero había ido demasiado lejos para desmontar el único esquema que había ideado en su cabeza para sobrevivir con sus hombres algunos momentos más.

—¡No importa, mantengan la pared! ¡Mantengan la pared!

Al fondo, el ejército de Minotaurus marchaba cada vez más próximo, con los escudos pegados al frente y los tambores tocando al fondo. Era difícil decir qué causaba más impacto en el enemigo. Al fondo, sargentos y soldados repetían el grito de mantener la pared de escudos, aunque todos supieran que el mundo acabaría en el momento en que Brobdingnag avanzara por los flancos y rompiera la pared, al permitir que los lanceros de Minotaurus vinieran por la delantera y perforaran a los que no murieran aplastados en las manos de los gigantes.

Una cosa era cierta: no habría tiempo para que sus arqueros llegaran al monte más elevando antes que Minotaurus y Brobdingnag avanzaran y destruyeran la pared de Arzallum. Una vez más sólo había una forma de dar tiempo a lo imposible: Bradamante tendría de nuevo que ponerse en riesgo a sí misma.

—¡Tráiganme la yegua! —le gritó a una enfermera cercana, quien no sabía cuál era su función en un escenario dominado por hombres, pero comandado por una mujer.

La yegua fue traída y el coronel Baxter se aproximó también en un caballo, asustado por la presencia requerida.

—¿Qué no estamos lo bastante condenados? —preguntó, con una voz en el límite entre la cautela, la ironía y la preocupación.

—Nunca existe lo bastante.

—¿Qué quiere de mí, además de la autoridad ya tomada?

—¡Que me acompañe a un encuentro con los líderes de Minotaurus!

El obeso coronel abrió mucho los ojos.

—¿Quiere negociar con Ferrabrás?

—Quiero ganar tiempo. Nuestro ejército necesita tiempo.

—Nuestro ejército necesita un milagro.

—Si conseguimos el tiempo, será lo mismo.

Los caballos echaron a andar y la marcha de Minotaurus se detuvo cuando los dos equinos se destacaron de la pared de escudos y avanzaron aislados hasta la mitad de la distancia entre un ejército y otro.

Victor Ferrabrás, que observaba con un par de lentes objetivas que acercaban las imágenes, pidió un caballo y la presencia de Huck, su nuevo campeón. Y también se destacó de su ejército.

—¿Por qué quiere que la acompañe, si parece tener en la cabeza todo un maldito plan que no comparte? —preguntó el irritado y tenso coronel, esperando la aproximación del enemigo.

—Porque, en teoría, su autoridad es mayor que la mía. Y si yo viniera sola, tal vez Minotaurus no entendería la actitud como un encuentro entre líderes y dispararía flechas afiladas. Y yo estaría muerta antes de matar a algunos minotaurinos.

—Aun así, el emperador me reconocerá como la autoridad máxima de este campo de batalla.

—Sí, pero usted no reconocerá la de él.

El obeso coronel abrió mucho los ojos esta vez, cuando al fin comprendió.

—Me rehúso a participar en una afrenta de esa clase —el caballo del coronel lentamente dio media vuelta y entonces, en un súbito movimiento, la yegua de Bradamante se aproximó y ella sujetó con firmeza la silla de aquel gordinflón.

—¡Escuche! —gritó ella, atrayendo la atención del caótico ambiente—. ¡Yo también tengo miedo! ¡Pero al menos consigo pensar en medio de este caos! ¡Y consigo liderar un ejército, cosa que usted no! ¡Y que usted sabe que no! —Baxter apretó los dientes—. ¡Porque usted ya combatió en guerras difíciles, pero nunca en nada parecido a lo que estamos viendo hoy! ¡Porque aquí no se pelea como mosqueteros! ¡Aquí no se usan floretes ni se salta balanceándose en candiles! ¡Aquí se forman paredes de escudos y se usa magia antigua! ¡Y yo arranqué la maldita cabeza de un campeón gigante por una desafortunada decisión suya que podría haber condenado a este ejército que ni siquiera es suyo! ¡Y gané tiempo para prolongar su vida! ¡Y ahora necesito de usted para prolongar la mía y la de todos esos soldados que continúan de pie en el campo de batalla con el blasón del dragón!

El coronel observaba a la capitana con una mirada seria y petrificada.

—Es eso, a menos que usted prefiera enfrentar a Ferrabrás en un duelo de comandantes.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó el coronel, rendido.

—Que permanezca en silencio. Aunque se dirijan directamente a usted, no responda. Manténgase callado.

El caballo del coronel dio la vuelta en dirección al enemigo.

Y Ferrabrás y su campeón llegaron.

El barco con la bandera comercial de Stallia había sido tomado de manera rápida y sin trastornos. Ganchos con cuerdas se clavaron en el casco cuando los huérfanos de Snail Galford escalaron como lagartijas y, por más que uno u otro hubieran caído ante armas de pólvora buenas para un tiro, pero no para más de uno, no experimentaron dificultades para dominar el navío abordado.

Snail había sido uno de los primeros en subir al barco dominado. Liriel, una de las últimas. Los hombres que habían traicionado a Will Scarlet a cambio de su tajada del gran tesoro tomaron parte en el ataque y gritaron como locos y rugieron como huérfanos cuando van a la guerra. Felicitaron a Snail por la conquista, como si él ya fuera un capitán, y a Snail le gustó la sensación. Los antiguos hombres de Scarlet permanecieron a su lado como guardaespaldas y hasta el viejo Jim Hawkins se aproximó. A lo largo de la proa de madera, ya desgastada por las constantes roídas de los teredos, un maldito molusco del cual ni el *Jolly Rogers* estaba a salvo, los hombres de Stallia se encontraban arrodillados mientras eran amarrados por los jóvenes huérfanos. Otros jóvenes peinaban la cubierta y todas las cabinas y los compartimentos que alojaban a tripulantes escondidos. Eran jóvenes osados, salvajes, felices por el sentido de unidad traído a sus vidas, aunque ese sentido fuera visto de manera distorsionada por las mismas clases de la sociedad en las cuales ellos sólo percibían indiferencia.

Todos los tripulantes habían sido reunidos en cubierta y Snail se dirigió al capitán:

—¿Cuál es el destino de este barco? —preguntó en lengua altiva, la única que conocía, acompañado de gestos para una mejor comprensión.

El capitán respondió en lengua stalliana, pero Snail comprendió que algo en la respuesta decía que navegaban hacia Arzallum.

—¿Cuál es el cargamento de este barco?

El capitán dominado, un señor barrigudo de barba crecida y vestiduras arrugadas,

no respondió.

—¿Cuál es el cargamento de este barco? —insistió Snail.

El stalliano permaneció en silencio. Uno de los antiguos secuaces de Will Scarlet fue hasta el viejo señor y le dio una patada en el estómago. El viejo capitán se arqueó. Cuando rodó en el suelo, Snail percibió el tatuaje de un diente de tiburón en el antebrazo.

—¿Cuál es el cargamento de este barco? —preguntó por tercera vez.

Y cuando el mismo secuaz se preparó para patear al anciano capitán, uno de los subalternos dominados más próximo, entre otras decenas, exclamó nervioso:

—Armas. Llevamos armas —dijo en lengua altiva, antes de que lastimaran otra vez a su capitán.

—¿Hablas el altivo, marinero? —Snail soltó al capitán caído y fue en dirección al novato. Jim Hawkins lo siguió. Liriel observaba al fondo, en medio de la tropa de agitados huérfanos piratas.

—Yo soy arzallino —dijo el muchacho, con la cabeza baja, como si aquello fuera una vergüenza.

—Suerte la tuya —comentó el viejo Hawkins.

—¿Por qué este barco llevaba armas a Arzallum?

—Porque estamos en tiempos de guerra.

—Pero la guerra no es en Arzallum —reviró Snail.

—Sólo seguimos órdenes.

Snail observó al muchacho con su típica mirada desconfiada. Miró otra vez al capitán del barco, que aún se contorsionaba. Y preguntó en voz alta, a nadie en particular:

—¿Se encontraron armas en este barco?

Twist, uno de sus «capitanes de arena», dio un paso al frente y respondió:

—Encontramos ballestas, sables y otras armas blancas acumuladas, señor.

—¡Uf! —rezongó Hawkins—. Tal vez digan la verdad.

—No desconfío de eso, viejo —respondió Snail—. Mi duda es otra —se volvió hacia el joven marinero y le preguntó con frialdad—: ¿Dónde están las verdaderas armas?

El muchacho tragó en seco. No había cómo engañar al nuevo líder del legendario *Jolly Rogers*. Cualquier intento habría implicado coquetear con la imprudencia. Snail era lo bastante astuto para razonar que, si habían enviado un barco con armas a Arzallum en tiempos de guerra, era porque aquel navío no cargaba espadas, ballestas o flechas de cualquier tipo.

Era porque cargaba pólvora negra.

Snail sacudió su abrigo que, al moverse, reveló mangos de puñales guardados en bolsillos internos. La visión fue suficiente.

—En los barriles localizados en la bodega, señor —respondió el marinero de cabeza baja y con una voz melancólica.

Snail caminó al frente con decisión. Detrás de él seguían Hawkins y sus nuevos guardaespaldas. Algunos de sus muchachos fueron con ellos, pero sólo los capitanes.

—No sabía que los capitanes de barcos comerciales ostentaran tatuajes —comentó Snail, mientras caminaba hacia la bodega del barco.

—Todo capitán fue alguna vez un marinero despreocupado y arrogante —comentó Hawkins, como si el comentario resultara obvio.

Tal vez lo fuera. O tal vez fuera una indirecta para el propio Snail Galford.

—Aun así, un marinero stalliano no se tatuaría un diente de tiburón en el antebrazo.

—Ese dibujo no es un diente de tiburón.

Snail ya estaba abriendo la boca para preguntar al viejo loco qué dibujo representaría aquello entonces, cuando el corazón se le fue a la boca en el momento en que uno de los ex secuaces de Will Scarlet se preparó para encender una antorcha. Y recibió una palmada de Snail en la nuca.

—¿Estás loco, animal? Enciende eso allí, en un ambiente cerrado con pólvora negra, y los tiburones ni siquiera necesitarán tomarse el trabajo de masticar nuestros pedazos.

El hombre rezongó por la palmada, pero apagó la antorcha. Snail entró al frente y sintió el calor de ese lugar. El compartimento estaba caliente y resultaba sofocante. La energía se sentía pesada. Enormes ratas del tamaño de mofetas corrían y trataban de esconderse de la poca luz que penetraba, escurriéndose entre decenas y decenas de barriles amontonados. Había suciedad, polvo, humedad. Era el típico lugar que haría que un enfermo de rinitis estornudara sin parar en ataques incontrolables de alergia, el típico ambiente en que nadie debería almacenar pólvora negra.

O en el que nadie almacenaría pólvora negra.

Cuando Snail lo comprendió ya era demasiado tarde.

— Soy el emperador Victon Ferrabrás y este es lord Huck, campeón de Minotaurus —dijo Ferrabrás, cumpliendo el protocolo de presentaciones, dirigiéndose al coronel Baxter.

—Yo soy lord Bradamante, capitana de la Guardia Real y campeona de Arzallum —respondió ella, atrayendo miradas sorprendidas, ya que debía ser la mayor autoridad presente la que cumpliera con ese papel—. Este es el coronel Athos Baxter, actual señor del ejército de Arzallum en este campo de batalla.

—¿Un coronel? —preguntó Ferrabrás, impresionado—. Por el caballo volteado, pensé que el coronel se retiraría de este encuentro.

—Se retiraría por no reconocer la presencia de un rey.

—Ya le fue anunciado que no existe un rey aquí, sino un emperador.

—Autoproclamado, no por derecho. El único título que Arzallum reconoce en el campo de batalla de hoy es el de un rey abdicado y el de un campeón vacío. Luego entonces, nuestro coronel no puede dialogar con ninguno de los dos como líderes militares.

—Es osado de tu parte hablar así, mujer —dijo el campeón de Minotaurus.

—Usa el término «capitana», «lord» o «campeona» al dirigirte a mi persona.

—En Minotaurus no reconocemos a las mujeres como campeonas.

—En Brobdingnag hacían lo mismo, hasta que le corté la cabeza a su campeón en este campo de batalla, delante de su ejército.

Los dos se miraron sorprendidos.

—¿Venciste a Polifemo en un duelo de campeones? —preguntó Ferrabrás, admirado.

—Su rey debe saber que a nosotros, los arzallinos, nos gusta vencer a los campeones de otras naciones.

Ferrabrás podría haber sentido ganas de ahorcar a aquella atrevida pero, en realidad, experimentó cierto placer ante aquel modo insolente y osado.

—Le pediré a mis hombres que intenten no matarte, para escuchar tus atrevimientos en mi lecho días después de la victoria de guerra.

—Oí decir que tu lecho ya es ocupado con mujeres que hacen pactos sombríos y duermen con genios.

—No todos mis lechos.

Bradamante sí tenía ganas de ahorcar a ese machista desgraciado.

—¿Y qué nación es esta en la que un coronel calla, representado por una mujer? ¿Dónde está su rey, que aquí debería mostrarse?

—Si un coronel no se toma el trabajo de reconocer las autoridades presentes, el rey Anisio Branford ni siquiera interrumpiría su descanso después de la comida para eso.

—Está bien, capitana —dijo Ferrabrás, con su tono irritado—. ¿Y cuál es tu eufórica propuesta para haberte tomado el trabajo de hacernos cabalgar hasta aquí? ¿Rendición inmediata?

—Sí, ofrezco misericordia a tus hombres si entregan sus propias almas y se someten al juicio de Arzallum.

Los dos presentes comenzaron a reír. No era de burla, sino de verdadera sorpresa.

—¡Ay, mujer, me diviertes!

—Al menos entonces algunos de nosotros escapen al tedio en este encuentro —dijo ella con seriedad.

Los caballos del emperador y de su campeón se volvieron en dirección opuesta, y se escuchó a la voz masculina decir:

—Espero encontrarnos en el campo de batalla o en mi lecho de victoria, mujer.

—Prometo que, en cualquiera de los dos, habrá acero manchado con tu sangre.

—Tal vez una estocada de esas me despierte a un mundo con campeones y coroneles de verdad.

—Y espera no cruzarte en el camino con ningún Branford.

Los caballos se retiraron con los jinetes riendo. Cuando Bradamante se volvió, su coronel continuaba mudo y conmocionado.

—Ya puede hablar, coronel.

—Tú no eres una mujer. Eres un maldito demonio de Aramis.

—Espero sinceramente que esté en lo cierto, coronel. Nunca oí a nadie comentar al respecto pero, de repente, según las creencias de guerra, los demonios también conceden milagros.

Era esa una buena hora para descubrirlo.

Había decenas de sanguinarios. Decenas. Una tropa entera de hombres de mar y rango del mejor tipo. Snail Galford observaba boquiabierto a aquellas decenas de hombres sombríos y enloquecidos saltar como zombis de los barriles donde debería haber pólvora negra, pero que terminaron por esconder otro tipo de muerte. Algunos de los tipos pavorosos apuntaban ballestas. Otros blandían cuchillos. Todos tenían algún tipo de lámina. Nadie se puso al frente como líder. Snail Galford se volvió abruptamente para salir de aquel compartimento con la intención instintiva de ordenar que atrancaran la bodega usada como cebo. Sin embargo, la orden no llegó a ser cumplida. Porque un cuchillo le presionó la garganta. Y él escuchó el grito de Liriel al fondo, igualmente dominada.

El cuchillo en su cuello era de uno de los antiguos secuaces de Will Scarlet.

—Sin movimientos bruscos —dijo el sujeto, y parecía haber un cierto placer en aquel nada simpático tono de voz.

Uno de los hombres de mar recién salidos de los barriles se aproximó y comenzó a sacar los cuchillos de los bolsillos de Snail. De cerca, el negro sintió el fuerte olor a ron y sudor e imaginó cuánto tiempo habrían permanecido aquellos malditos en un artificio tan claustrofóbico como un barril cerrado en un ambiente oscuro, sofocante y de intenso calor.

Al mismo tiempo, el otro secuaz cerró la puerta y aisló el compartimento para dominar a los capitanes de Galford.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Snail al hombre que lo apuntaba con el cuchillo, a sabiendas de que, por las reglas del submundo en que vivían, fueran quienes fueran aquellos hombres, habían previsto aquel encuentro hacía tiempo y, más que eso, habían puesto en la mesa alguna oferta mejor.

«¿Sabes?, existe un pirata recién llegado que quiere el *Jolly Rogers*».

El secuaz casi respondió a la pregunta. Pero...

«Parece que es un hueso duro de roer».

Una voz grave y rasposa, del tipo de quien ha visto muchas cosas y tendría más historias para contar que los bardos más letrados, tomó el control:

—Lo deducirás por ti mismo.

«Todos siempre lo son».

Surgió caminando al fondo. Cojeando. Arrastrando una de las piernas en un bamboleo cansado.

«No, no este».

Y mientras el tullido caminaba, Snail Galford recordaba las palabras de Jim Hawkins esparcidas por un pedazo de mar ya navegado.

«Este parece que realmente es un hueso duro de roer».

A pesar de la postura que recordaba a un anciano y de la voz que recordaba a un señor, al acercarse el recién llegado se mostraba más joven de lo que parecía, hecho evidente no sólo por la larga y gruesa barba que le cubría toda la parte inferior del rostro.

«Un tipo realmente malo».

Snail pronto percibió que uno de los ojos no era humano. Y el pie que cojeaba no estaba deformado, sino que era mucho más bizarro que eso.

«Para que te des una idea, parece que él se puso un ojo de vidrio en lugar de un ojo arrancado, y un pedazo de palo en lugar de la mitad cortada de una pierna».

Entonces, al quedar lo bastante próximos, el capitán dominado reconoció el rostro del recién llegado.

Y Snail Galford deseó estar muerto.

Los hermanos gemelos Andreos y Albarus Darin llegaron despavoridos al patio de una casa de familia, hoy en posesión de la Corona, que servía como escuela para determinadas lecciones prácticas dirigidas a aprendices de caballeros. Al llegar al patio ya había otros adolescentes de edades cercanas que también habían llegado corriendo. Todos habían escuchado el llamado del mentor a través de la corneta localizada en la casa de medio porte. Y por eso llegaban despavoridos.

Si nunca fuiste escudero probablemente no lo sepas, pero en aquella casa-escuela había una corneta que sólo era tocada en casos muy extremos. Sólo se usaba cuando las cosas estaban en verdad feas. Tocar aquella corneta significaba que todo aprendiz debía correr al patio a presentarse para el combate o, más sensato, para auxiliar a su señor. Así, decenas de escuderos corrían al lugar listos para ayudar a sus señores a vestirse y a armarse para la guerra, para recibir instrucciones de qué hacer en su periodo de ausencia o incluso para servir de testigos en duelos de honor que involucraran la honra de caballeros o de aquellos a quienes tales caballeros representaban.

Y esa tarde la corneta sonó. Para todos aquellos muchachos, por primera vez.

—¿Alguien... alguien...? —intentó decir Andreos, despavorido—. ¿Alguien sabe quién tocó la corneta?

—¡No! —respondió Max, uno de los jóvenes escuderos entre las decenas de presentes o que iban llegando, igualmente despavoridos—. Todos nuestros señores están en la guerra.

—Al menos los que tienen señores —comentó el joven Born.

Era un comentario ácido, pero verdadero. No todo aprendiz de caballero se convertía en escudero de verdad, pues no todos eran invitados para servir a un caballero real. La mayoría se mantenía a la espera de la preciada invitación. Para darse una idea, de los cincuenta muchachos que se aproximaban, sólo la mitad poseía un tutor real.

Born, el dueño del comentario, tenía uno. Luego entonces, sus palabras no eran un lamento, sino una vanagloria gratuita.

—¿Habrá sido algún gracioso? —preguntó Andreos, desconfiado.

—No lo creo —dijo su hermano Albarus—. No en tiempos de guerra. Tal vez alguien de la Guardia Real nos dará instrucciones sobre cómo procederemos mientras esperamos a nuestros tutores.

—O tal vez seamos llamados a la guerra, ¡quién sabe! —planteó la hipótesis el menor de los escuderos, Ian.

—¿Escuderos en la guerra? —comentó Andreos—. ¡Esa no sería una buena señal! Significaría que soldados mucho más experimentados que nosotros fueron diezmados en el campo de batalla y que nosotros sólo iríamos allá para morir de igual forma.

—Bueno, puede ser cualquiera de esas cosas —comentó el joven Jaú—. Pero eso todavía no responde a la pregunta de Andreos: a fin de cuentas, ¿quién tocó la corneta?

—Fui yo.

La voz atrajo las atenciones: era João Hanson.

—Todos tienen razón. Nuestros señores están en la guerra. Ustedes vinieron aquí para recibir instrucciones sobre cómo proceder e irán a la guerra. Pero la guerra no será en el campo de batalla de nuestros señores. ¡Pelegaremos en Andreanne!

Todos se miraron boquiabiertos. Y confundidos.

—¿Y quién nos liderará? —preguntó Albarus.

—Yo.

Por su mirada, el adolescente hablaba muy en serio.

—«¿Sabes?, existe un pirata recién llegado que quiere el *Jolly Rogers*».

El cuerpo de Snail Galford estaba conmocionado, con una intensidad mucho mayor que la del choque psicológico provocado por la muerte de un pariente cercano. Porque al menos la muerte de un pariente, por más terrible que sea, forma parte de las reglas de la vida. Aquello no.

—¿Sabes? No sé si te odio o te admiro —dijo el pirata tuerto a Snail Galford, que ni siquiera lograba fingir la actitud fría y desdeñosa que solía tener ante la vida, incluso en los peores momentos.

—Vengo cazando al *Jolly Rogers* desde hace cierto tiempo y en verdad me sorprendí cuando tuve la confirmación sobre el nuevo capitán de este barco. Alguien lo bastante astuto para engañar a la mitad de Arzallum y tal vez a la otra mitad.

Liriel Gabbiani fue traída entre gritos y refunfuños por piratas que dejaban marcas amoratadas en la piel blanca. Al ver al grotesco pirata, se puso más pálida de lo que ya era.

—Ah, claro. Y por supuesto que no vendría solo.

Snail tragó en seco, a sabiendas de que el mundo, que nunca había sido bueno, empeoraría. Suspiró, y sería difícil definir los sentimientos contenidos en ese suspiro.

«No sabía que los capitanes de barcos comerciales ostentaran tatuajes».

Había caído en una maldita trampa que podría haber evitado de haber puesto más atención.

«Todo capitán fue alguna vez un marinero despreocupado y arrogante».

Por más simbólicas que fueran, había recibido señales anteriores de la posible traición. Había visto la bandera comercial de Stallia en el mástil de aquel barco celada y eso debería haberlo alertado, pues él ya conocía esa maniobra. También había fragmentos de las frases del viejo Hawkins a las que debería haber prestado más atención.

«En realidad, se dice que no es exactamente un recién llegado. Más bien un

veterano que decidió regresar».

Había presentido que un barco con armas no navegaría sin escolta, aun más con la sospecha de llevar pólvora negra.

Y había notado el maldito dibujo en el falso capitán.

«No sabía que los capitanes de barcos comerciales ostentaran tatuajes».

—¿Quién era el hombre que se hizo pasar por capitán? —preguntó Snail al fin, en una voz baja y sumisa.

—Los hombres de mar suelen llamarlo Smee.

Snail apretó los dientes. Quería aislarse de aquel grupo sólo para abofetearse a sí mismo por tamaña estupidez. Smee: el gran compinche. El brazo derecho. El hombre que aterrizó al mundo al lado de James Garfio y que sobrevivió para contar historias demasiado sombrías para que un hombre las creyera sin un testigo vivo que relatara los detalles.

—¿Qué pretendes?

El pirata lisiado sonrió.

—¿Además del gran tesoro de Flint?

Snail apretó los dientes con rabia. En definitiva, a él le habría gustado creer que Jim Hawkins lograría llevarlo hasta el maldito tesoro y que ambos lo encontrarían juntos. No porque no pensara en traicionar al viejo Hawkins después del hecho, pues al menos hasta ahí había decidido creer en el pacto. La rabia que brotaba no estaba, en realidad, en la esperada traición, sino en haber sido engañado primero.

—Vine a buscar al *Jolly Rogers*, negro. —Snail detestó aquel apodo reconocible.

No, aquello no era posible.

«Un marinero stalliano no se tatuaría un diente de tiburón en el antebrazo».

—Finalmente, puedo no ser el pirata más sanguinario que haya navegado por esos mares.

Aquello no debería ser posible.

«Ese dibujo no es un diente de tiburón».

«Pero soy su hijo».

Era un diente de cocodrilo.

El rey Peter Pendragon se encontraba aislado con sus seis «primeros». El monarca de Nunca Jamás sabía que todo cambiaría en el momento en que diera inicio a aquello. Como cambió cuando él mismo pasó por aquel proceso violento y lacerante. Cuando el primer elfo del mundo se convirtió en adulto.

Cuando Peter Pan creció.

Sin embargo, si el destino caminaba hacia allá, si el mundo estaba en guerra y los caminos se cruzaban para eso, tenía que seguir adelante.

Al fin y al cabo, en su isla fantástica las cosas nunca eran como se esperaba.

El proceso allí era el mismo. Sabía lo que cada uno de aquellos seis elfos que resolvieron seguirlo por una senda de prueba y dolor sufrirían, y sabía cuánto pagarían por ese proceso que se cobraría sus sentimientos más puros, su inocencia y toda la paz interior que un elfo retiene en un corazón de intenciones maduras, pero de curiosidad y fascinación infantiles.

Estaban en tierras apartadas de Nunca Jamás, lideradas por sociedades humanas, en islas que existían en el mundo material. Una isla frecuentada por animales salvajes e indios locos de cultura rústica, aún sin verse diezmada por la misma civilización que los trataba según filosofías bárbaras.

Axel Branford observaba el proceso.

Habían llegado allí a lomos de grifos, y aunque los seis elfos podían volar, había ocho grifos en la isla. Finalmente, el rey Peter Pendragon les había recordado que, cuando el proceso terminara, ninguno de ellos volaría de nuevo. Cada elfo traía un collar más grueso que el tamaño de dos cuellos, cuyas cadenas de hierro estaban en las dos manos del poderoso rey. A Axel la visión le resultaba chocante. Por fuera, la escena más parecía la pintura de un dictador megalomaniaco utilizando a sus siervos como perros, pero el príncipe comenzaba a aprender que...

«Las culturas no se miden por señales de más o de menos».

... no debía analizar una actitud élfica a la luz de una filosofía humana o, de lo

contrario, jamás habría comprensión, sino prejuicios.

Resultaba visible que estar lejos de sus tierras natales hacía que los elfos se mostraran diferentes. Los ojos parecían expandidos, las venas les latían en el cuello, la respiración era pesada y acelerada. Se tambaleaban como ebrios y se rascaban la garganta como sedientos. Poco a poco comenzaban a emitir gruñidos que no eran en lengua erdim ni élfica, sino en un lenguaje animal salvaje y oscuro. Y las horas fueron pasando, y a cada hora la debilidad de los encadenados aumentaba, los gruñidos se intensificaban y el tambaleo daba lugar a una agitación extrema.

De repente...

—¡Huaaah! —fue el grito salvaje del primer elfo que se aventó al cuello de Axel, como si fuera una fiera. La cadena y la fuerza del rey elfo le impidieron llegar al príncipe, que estaba paralizado. Y Axel, aún más asustado, percibió que si la cadena no asfixiaba ese cuello, al menos tampoco continuaba floja.

Los otros cinco también comenzaron a gruñir como vampiros.

Y los elfos de Nunca Jamás comenzaron a crecer.

El tambor de Minotaurus redobló y los soldados de Arzallum se pasaron las manos por la cara. Los gigantes de Brobdingnag comenzaron a hacer sonar sus tambores y la muerte en aquel campo de batalla comenzó a esperar quién la sacaría a bailar.

Minotaurus tomó posición y sus lanceros avanzaron su pared de escudos hacia la pared de Arzallum.

—¡Capitana! —gritaban sargentos y soldados a Bradamante, concentrada en el lado gigante.

—¡Mantengan la pared virada hacia Minotaurus!

—¡Capitana!

—¡Mantengan la porquería de pared, les digo!

Mantener la pared. Bradamante ya había gritado aquella orden cientos de veces y comprendía el recelo de sus guerreros para obedecerla. Brobdingnag comenzó a avanzar por el lado lateral de la pared, que al parecer sería destruida como un castillo de arena en las manos de un niño en el momento que los gigantes cruzaran las áreas dibujadas con sus círculos.

Entonces los lanceros de Minotaurus comenzaron a correr y a avanzar con furia, gritando horrores en dirección a la frágil vanguardia de Arzallum.

—¡Firmes! ¡Sus ballestas! ¡Si moriremos hoy, al menos lo haremos con dignidad! ¡Llévense a minotaurinos con ustedes a Aramis! —gritó el coronel Baxter en medio de la pared.

Brobdingnag también comenzaba a correr al encuentro de los flancos de la pared de Arzallum. Dos ataques que resultarían devastadores. Cerca. Cada vez más cerca.

—¡Capitana! —gritaron los sargentos.

Bradamante ignoró los gritos.

Gritos. Gritos de hombres y gritos de gigantes cada vez más cerca. Los hombres comenzaron a orinarse, rezando a los semidioses mientras procuraban mantener

firmes los escudos temblorosos y los intestinos sueltos. Al fondo, Bradamante ya había percibido que sus arqueros habían subido al punto de los montes más altos, donde ella había ordenado.

Aquella decisión sería su fortuna o su desgracia.

Por dentro, ella también temblaba. Pensó en Ruggiero, el guerrero oriental por quien le gustaría sobrevivir para estar con él una vez más, quien la había entrenado en las artes místicas de las que sólo había oído hablar, pero para las que nunca había encontrado un maestro.

Más cerca.

Gritos y voces cada vez más cerca.

—¡Firmes! —gritó el coronel Baxter por última vez.

La pared de Minotaurus chocó contra la de Arzallum en un estallido violento y retumbante. Los hombres comenzaron a empujar hacia el frente en una competencia absurda de fuerza y resistencia, mientras las láminas de las lanzas buscaban espacios entre hombres comprimidos y metales entrelazados.

Bradamante vio que los gigantes de Brobdingnag pisaban en el área donde ella y sus hombres habían trazado los símbolos místicos y las runas. Y surgió el grito que se apoderó de esa zona de guerra de manera mucho más intensa que cualquier corneta o cualquier tambor.

Era el grito de la bella Banshee. Los hurras de la matadora de gigantes. El grito de aquella por quien los hombres quieren morir.

Una vez más la espada se elevó, azulada, y una de las runas de la lámina fue activada por la campeona. El círculo donde fue clavada se encendió como si la luz azulada fuera contagiosa. Boquiabiertos, los gigantes vieron cómo las luces se diseminaban.

Todos los círculos trazados y entrelazados se encendieron.

Al principio todos se detuvieron, sorprendidos, preguntándose qué significaba aquello. Los soldados de Arzallum, incapaces de prestar atención a lo que acontecía a su alrededor, apenas se concentraban en el forcejeo de los choques de las paredes de escudos. Y en los escupitajos y puñetazos y patadas y golpes de lanzas o espadas que venían de debajo de los escudos que chocaban unos contra otros. Los hombres de Arzallum se batían con los de Minotaurus entre las paredes, pasando por encima de los que iban cayendo muertos por los golpes aplicados entre las corazas y las placas de acero. Y todos, incapaces de mirar para los lados, se preguntaban dónde estaban los gigantes en esa guerra.

Los seres de Brobdingnag percibieron entonces que seguían vivos y que la guerra continuaba cerca de ellos. El temor a la magia dio lugar al odio que inunda el corazón de los gigantes en la guerra, los cuales rugieron y partieron como animales. Sólo para descubrir que no podían salir de ese lugar.

Bradamante comenzó a sudar frío cuando se dio cuenta de que aquello en verdad estaba funcionando. Había aprendido con Ruggiero a crear un círculo de gravedad cero, como el que había utilizado para sujetar la cadena de Polifemo a la tierra. Pero no había aprendido a hacerlo con un alcance tan largo ni sabía si esto sería posible o si sus soldados serían capaces de reproducir las runas como había ordenado. ¿Quieres saberlo? Lo habían hecho en forma estupenda.

Y Brobdingnag se hallaba detenida de manera temporal.

Los gigantes, conmocionados, con el temor natural a la magia antigua, se mantuvieron paralizados ante la celada mística. Una gran parte de su ejército estaba presa, como si las piernas fueran ahora de gárgolas petrificadas sobre una superficie azulada que no los dejaba moverse. Agitaban los troncos como esquizofrénicos, y se pegaban en las piernas como si fueran ellas las culpables. De nada servía. Sin embargo, había una gran parte de gigantes que aún no había penetrado en los círculos y, en vez de avanzar, intentaba rescatar a los compañeros presos de los círculos encendidos. Los gritos de desesperación de aquella raza poderosa parecían los de animales atrapados.

Bradamante, con el corazón exaltado, observó a sus soldados, sus fieles soldados, batiéndose contra el ejército minotaurino e hizo una señal a sus arqueros. Desesperados al ver el flanco de la pared de Arzallum abierto hacia ellos, y resistiendo de igual a igual con Minotaurus sin que pudieran ir a destruirla, los gigantes presos en los círculos ordenaron que sus hermanos rodearan el área iluminada y dieran continuidad al ataque. Los gigantes se apartaron y comenzaron a correr, rodeando los círculos azulados, con la intención de arrancar la espada clavada en el primer círculo y masacrar la pared de escudos, que aún resistía.

Cuando la primera flecha perforó el cuello del primer gigante y lo hizo ahogarse en su propia sangre, descubrieron que no resultaría tan fácil.

Los arzallinos comenzaron a gritar y a luchar con mayor vigor y énfasis cuando percibieron que Brobdingnag, por algún motivo iniciado por su amada campeona, no vendría a destruir su pared, al menos no en ese momento. Bradamante, aún junto a su espada, se dividía entre el alivio de ver que un plan suicida daba resultado y la angustia de querer blandir la misma espada al lado de sus hombres en la pared de escudos. Pero sabía que no podía apartarse de aquella lámina clavada. No podía arriesgarse. Para eso necesitaba de la parte más difícil de un ser humano en un liderazgo: confiar a plenitud en que sus subordinados ejecutarían sus órdenes con ferocidad y fe.

¿Y quieres saberlo? Así lo hicieron.

Cientos y cientos de flechas zumbaron por aquel campo de batalla, disparadas por arqueros en posiciones superiores privilegiadas, que apuntaban a los cuellos de gigantes aturdidos y desconcentrados. Las órdenes habían sido muy directas: debían

apuntar a los cuellos y sólo a aquellos que no estuvieran en los círculos. La lluvia de flechas producida por mil quinientos arqueros se apoderó del campo, mientras gigantes dispersos y desesperados caían de repente sin entender ni siquiera el motivo de la caída.

Al observar esa escena catastrófica, los arqueros de Minotaurus corrieron por el campo de batalla para tomar las mejores posiciones, donde los ángulos de sus ballestas fueran suficientes para llegar hasta los arqueros elevados de Arzallum. Corrieron pesadamente, con el aire seco dificultando la respiración y el raciocinio. Encontrar esa posición les tomó tiempo, lapso en que los arqueros de Arzallum mataron gigantes como si disputaran un macabro torneo de caza. Pero cuando los arqueros de Minotaurus alcanzaron al fin su posición, el juego comenzó a cambiar. No todas las flechas que saltaban de aquellas ballestas llegaban con la perfección que quisieran a los hombres protegidos en los montes elevados, aunque las que llegaban causaban bajas. Los arqueros arzallinos comenzaron a recibir ataques que dañaban hombros, muslos, clavículas, brazos, rodillas. Se escuchaban gritos en distintas tonalidades, que recordaban dolor y muerte.

Bradamante temió que la suerte de Arzallum cambiara.

Los gigantes seguían intentando rodear los círculos encendidos con runas y los arqueros de Arzallum que los estaban haciendo caer ya no sabían si continuar intentando derribarlos o resistir a los arqueros de Minotaurus, que los atacaban sin parar.

Era difícil tomar esa decisión, pues acaso decidiría la guerra.

Finalmente, evitar derribar a los gigantes significaba que la pared de escudos de Arzallum sería rota y que la batalla estaría perdida. Derribar a los gigantes significaba sacrificarse en aras de la victoria, y dar la vida al atacar a un enemigo mientras otro los agredía sin piedad.

El resultado fue que algunos arqueros de Arzallum siguieron tirándole a los gigantes mientras otros apuntaban a los minotaurinos. Ninguna de esas decisiones era la ideal, pues a final de cuentas, en la adrenalina que se dispersaba, ni gigantes ni minotaurinos eran abatidos con la precisión que deberían serlo, ni los arzallinos estaban completamente a salvo.

Con la división de ataque contra el enemigo, los gigantes al fin comenzaron a rodear los círculos lo suficiente para que Bradamante temiera su aproximación. Y cuando el primero lograra acercarse a ella lo necesario, como ya lo hacía, ella tendría que arrancar su espada para matarlo. Pero quitar su espada de allí significaba cancelar la magia que apresaba a buena parte de aquellos gigantes en la tierra, magia que también sería anulada si ella cayera muerta y la espada quedara tumbada.

Al fondo, el sonido de las paredes de escudos seguía resonando cuando hileras de soldados avanzaban por encima de los cadáveres de las hileras muertas, y de vez en

cuando resbalaban en la sangre derramada. El gigante se aproximó más a ella. Y más. Bradamante sujetó el puño de la espada, cerró los ojos y pidió al Creador que le diera un buen pasaje al mundo de los muertos.

Entonces abrió los ojos al escuchar gritos y percibir que los arqueros de Minotaurus caían muertos.

El corazón de la capitana comenzó a desear sobrevivir, aunque fuera, al menos, para contar cuanto estaba presenciando en ese campo de batalla. Tanto en el liderazgo de los hombres que jamás la habían dejado como de los hombres que habían regresado a ella.

El hecho fue que el bando de mercenarios arzallinos, el mismo que había huido del campo de batalla ante la perturbadora visión del ejército de Minotaurus y de Brobdingnag listos para aplastar a Arzallum, había decidido, en la locura inspirada ante la visión de la resistencia, regresar con renovado coraje a la zona de guerra y aprovechaba que los arqueros minotaurinos se habían apartado de su ejército de lanceros para aplastarlos sin darles demasiada oportunidad de resistirse. Finalmente, un hombre que elige matar a otro de lejos lo hace porque sabe cuán limitado es su talento para hacerlo de cerca. El hecho de ver que los guerreros desertores regresaban al campo de batalla después de que tales condiciones se invirtieran debido a los esfuerzos de los guerreros de verdad, causaría asco y desprecio en los soldados de verdad.

Sin embargo, ese día en que el mundo parecía difícil y limitado a los milagros, ver a aquel grupo de mercenarios fugitivos volver al campo de batalla, en un acto que más parecía estratégicamente planeado, resultaba un verdadero deleite para un líder militar.

Al darse cuenta de que los arqueros de Minotaurus eran aplastados por unos seiscientos mercenarios que volvían a la zona de guerra, los arqueros de Arzallum dirigieron de nuevo sus flechas a los gigantes de Brobdingnag antes de que alcanzaran a su capitana. Bradamante vio a uno de ellos caer con una flecha en el cuello a menos de cincuenta metros de sí. Pero el daño estaba hecho. Muchos gigantes continuaban aproximándose como hormigas y no habría forma de que sus arqueros dieran cuenta de todos ellos.

Bradamante tendría que escoger entre luchar y cancelar la magia o morir y dejar su zona de guerra sin su liderazgo.

El mundo todavía era malo y ella aún no tomaba una decisión.

Fue cuando, otra vez, el campo fue tomado por un sonido. Un sonido extremo, violento y sobrenatural, que venía de los cielos. Un sonido característico, pero nunca ordinario ni común. Un sonido capaz de hacer que los ejércitos se paralizaran y retrocedieran.

Un sonido de máquinas que no deberían existir.

Los *Vishnú*, aquellos que antes habían sobrevolado el campo de batalla por pura exhibición, ahora regresaban. Como en una tregua tácita, la pared de escudos de Arzallum retrocedió y la de Minotaurus hizo lo mismo. Los gigantes de Brobdingnag, que ya se hallaban estáticos ante la acción de la magia antigua y el temor de estar cerca de ella, también retrocedieron, preocupados.

Las máquinas, como siempre, descendieron bamboleándose como si no estuvieran acostumbradas a su propio peso, y lo hicieron en pleno campo de batalla, en el espacio que Minotaurus y Arzallum ampliaban cada vez más al apartarse. Entonces se escuchó el estruendo de aquellas máquinas cuando soportaban su gran peso. Los compartimentos fueron liberados y las escalinatas en forma de gajos de melón descendieron hasta tocar el suelo. Cuando el primer hombre salió de allí, Bradamante comenzó a llorar por ambos lados de la cara, mientras sus hombres lanzaban hurras como campeones. Si tú fueras un soldado de Arzallum, habrías hecho lo mismo.

El rey Anisio Branford había llegado.

La reina Blanca Corazón de Nieve sentía dolor en el pecho, como si la caja torácica se comprimiera de manera lenta y asfixiante. Se apoyó en la pared del cuarto, con la mano en los senos y sin que ninguna aya estuviera cerca para ayudarla. Tropezó, se tambaleó un poco y, por fin, evitó la caída al sostenerse en una cómoda. Frascos de fragancias y otras especias raras cayeron y se rompieron. De la pared cayó también la llave con punta de estrella, sujeta alrededor de un llavero pesado formado con monedas antiguas soldadas. Blanca permaneció con la cabeza baja y las manos trémulas en las orillas del mueble, hasta que su respiración se calmó poco a poco y el corazón se tranquilizó.

Se inclinó y agarró la llave caída. Cuando levantó la cabeza, al frente de ella había un espejo. El espejo reflejaba a una reina abatida, con ojeras y marcas que la envejecían mucho más que su edad verdadera. Y Blanca, en ese reflejo, visualizaba lo mejor y lo peor que existía en sí misma.

Entonces se cuestionó mientras observaba aquel espejo:

—¿Existe alguien mejor que yo para estar en esta posición en este momento?

Y sin quitar la vista del espejo:

—¿Existe alguien más competente que yo para estar en esta posición en este momento?

La imagen seguía reflejando mucho más a una mujer cansada que a una reina mítica.

Entonces el espejo comenzó a reflejar no sólo eso.

En el espejo, detrás de ella, estaba el reflejo de Ariane Narin.

La reina comenzó a girar el cuello para mirar hacia atrás, y el reflejo de Ariane en el espejo movió la cabeza negativamente. La mente de Blanca le ordenaba con violencia que mirara hacia atrás y comprobara la alucinación provocada por la tensión a la que estaba siendo sometida.

El corazón le exigía que utilizara sólo la fe y creyera en lo que estaba

presenciando.

—Quieres mostrarme algo, ¿no? —preguntó en voz alta.

El reflejo de Ariane asintió.

—¿Y cómo quieres hacerlo?

La imagen de Ariane estiró los brazos, como si lo hiciera al lado de la reina, en dirección al espejo. Por el reflejo mostrado, lo que la reina veía era el reflejo de Ariane estirando la mano hacia ella. O una parte de Ariane. O la verdadera esencia que era Ariane.

Blanca Corazón de Nieve suspiró. Finalmente, ¿era una mujer cansada o una reina mítica?

—Entonces muéstrame —dijo una reina cansada—. Espejo mío, muéstrame lo que hay detrás de mí.

La reina estiró los dedos y tocó las manos de Ariane estiradas en el reflejo. Y todo lo que Ariane había visto antes le fue mostrado.

—¿Desconfiado.

João sostenía un arma envuelta en un paño, de lo cual se deducía que era de entrenamiento.

—Sé lo que me fue mostrado.

—¿Y por qué nos liderarías tú?

—Porque estoy solicitando el liderazgo en este momento.

Born cerró la expresión.

—¿Y si alguien aquí no está de acuerdo?

João Hanson puso el arma envuelta en el suelo, se quitó la camisa y la arrojó también al suelo. Entonces desenvolvió el objeto oculto parecido a una espada de entrenamiento de madera.

Era una espada mediana auténtica.

—Entonces alguien podrá intentar quitarme ese liderazgo.

Balanceó la espada con la mano derecha, en un ademán que asustaba.

—Lideraré este grupo porque fui yo, entre todos ustedes, el que sobrevivió a la trampa de una bruja caníbal cuando era niño. Fui yo quien mató a un hombre antes de los quince años. Fui yo al que solicitó lord Wilfred de Ivanhoe. —João Hanson se volvió de espaldas y la visión de su dorso marcado y tatuado con símbolos místicos tribales antiguos estremeció a los presentes—. Y fui yo quien debería haber perdido la vida tres veces en situaciones de riesgo y regresó de los senderos de la muerte por caminos sobrenaturales.

—João —comentó para sí un Albarus conmocionado y con voz temblorosa.

—Y protegeré a esta ciudad con o sin ayuda. Moriré por caminos naturales o violentos, por ella y por las personas que viven en ella. La cuestión es que quiero darles la opción de que estén conmigo o no.

Se hizo el silencio. João se puso la camisa y envolvió la espada.

—Ahora, ¿quién desea volver a casa y quién me seguirá?

El silencio persistió. Pero las expresiones cambiaron. Y João Hanson, en aquel instante, experimentó qué era ser una figura legendaria como Robert de Locksley, capaz de inspirar a hombres ordinarios para realizar hechos extraordinarios. Y allí él también comenzaba a coleccionar espíritus.

María Hanson estaba, como los demás, atrapada hacía horas en un rincón como animal en un matadero. Los padres abrazaban a sus hijos con miedo, mientras el señor Tulan andaba de un lado al otro y de vez en cuando se concentraba en ellos. El viejo había dado la señal para que mercenarios olorosos a hombres de mar invadieran el salón de clases y mantuvieran a las personas como rehenes, aunque aquello no tuviera el menor sentido.

Al lado de María, Giacomo Casanova intentaba calmar a las personas, calmarla a ella y obtener alguna explicación de los captores.

—Si el problema es por dinero...

—Ya te dije que esto no tiene que ver con dinero. No por el momento.

—¿Y cuándo lo tendrá?

—Cuando Arzallum pierda la guerra.

Diálogos como este eran frecuentes y ponían a las mujeres más inquietas, a los viejos más preocupados y a los niños más llorosos. Pero el momento más tenso había ocurrido una hora atrás. El viejo Tulan había exigido que María Hanson fuera traída más cerca y uno de los mercenarios la había levantado por el brazo, con lo que se llevó un golpe de Casanova en la rodilla. Otros lo vieron y golpearon al pobre muchacho, mientras las mujeres gritaban.

Por fin, después de que el viejo miró bien a María Hanson y la comparó con un siniestro dibujo que acercaba a su rostro, hecho en un pergamino con pluma de tinta, la liberó para que se uniera de nuevo a los demás. Entonces Casanova dedujo que esos hombres estaban allí porque creían que María Hanson era una rehén valiosa en la guerra, pues era la elegida del príncipe. Y que ellos eran sólo los primeros. Otros estaban llegando y Andreanne sería tomada mientras el rey y sus soldados estaban en la guerra.

—Ustedes actúan como perros estúpidos —dijo Casanova lastimado y con hematomas—. No sé cuánto les pagarán por este absurdo, pero podría duplicar el

valor.

—¿Eres idiota? Ya te expliqué que no se trata de una cuestión de precio.

—Con hombres como ustedes siempre lo es.

—Por eso seguimos vivos, mientras que las personas como ustedes, no.

—¡So idiota! ¿Es que no comprendes? ¡Esta mujer aquí ya no es la elegida del príncipe! Fue utilizada por él y rechazada como una mujerzuela, abandonada sin su honra y humillada ante la sociedad en la que permanece.

Las duras palabras alcanzaron a María Hanson y le dolieron. La muchacha, estupefacta, no estaba en condiciones psicológicas de discernir si aquello era un alarde o no, y permaneció en busca de un camino racional para reunir su pensamiento fragmentado. En cuanto a Casanova, su preocupación se concentraba en la reacción de aquellos hombres y percibió que Tulan había flaqueado por un momento; un momento corto, pero aun así lo había hecho.

—Estás mintiendo —dijo el viejo Tulan.

—Esta mujer es ahora mi novia prometida —dijo Casanova, con la seguridad del hombre que sabe lo que dice, o que cree saber—. La tomé para mí después de que el heredero Branford la despachó. Como rehén valiosa, ella representa tanto como cualquiera de esos viejos, mujeres y niños aquí presentes.

De nuevo hubo un momento de vacilación. Y otra vez el viejo dijo:

—Mientes.

—¿Eso crees? —preguntó Casanova, con su sonrisa cínica y confiada, la misma sonrisa traviesa que había conquistado el corazón de decenas de mozas de distintas clases para romperlo en dos después.

La mano derecha tomó a María Hanson por el brazo y la levantó de súbito. La profesora, que parecía un zombi sin saber cómo reaccionar ante una situación absurda, sintió que su cuerpo se pegaba al cuerpo de él.

Y sintió la lengua de Casanova danzar sobre la de ella.

Los viejos, los niños y los mayores presentes, por un momento, el instante inexplicable de la psique humana que tanto valora asuntos relacionados con los sentimientos y el corazón, salieron de aquella situación absurda y observaron, unos sorprendidos y otros extasiados, según el juicio de cada uno, como si el mundo fuera bueno y no estuviera en guerra.

María Hanson seguía conmocionada. Su mente aún no estaba en condiciones de discernir lo que era dicho, lo que ocurría y lo que le era hecho. Por primera vez otro hombre la besaba desde Axel Branford. Era la primera vez que un hombre la besaba con la lengua frente a otras personas en medio de un secuestro.

El resultado fue que ella no aceptó el beso ni lo rechazó.

Cuando apartó el rostro, Casanova mantuvo el cuerpo de María junto al de él y miró al viejo Tulan con su sonrisa de sinvergüenza. En el rostro del viejo sólo había

el momento reconocible.

—¿No es un alarde? —preguntó Tulan en verdad sorprendido.

—¿Acaso miento, amor? —preguntó Casanova a María Hanson.

María al fin salió de su estado catatónico y abrazó con fuerza al rubio alto. Por fin su cerebro volvió a razonar y comprendió que Casanova apostaba todo en un juego con cincuenta por ciento de probabilidades de dar resultado. Eso, claro, si ella colaboraba.

—Claro que no —dijo, con la cabeza reclinada en el pecho de él.

—¿Confirmas que perdiste la honra con el príncipe de Arzallum y que fuiste rechazada y abandonada como una mujerzuela?

Aquello seguía doliendo, pues María sabía que, en la mejor de las hipótesis, aunque todo diera resultado y ellos salieran vivos de allí, los demás rehenes esparcirían la historia como si fuera verdad, mucho antes y con mucha mayor rapidez de lo que ella podría desmentirla y explicar que había sido un ardid. Pero, bueno, eso acabaría con el nombre de su familia, pero al menos así quedaría viva.

—Lo confirmo —dijo, con la voz débil y la cabeza baja, avergonzada—. Axel Branford ni siquiera está ya en Andreanne: partió en pos de su verdadera novia prometida: una princesa extranjera.

—¿Y por qué un heredero Casanova iría tras una mujer sometida a tal vergüenza?

—Porque, abandonada o no, fue la elegida del príncipe, y no hay para un hombre con la vida que llevo un trofeo más valioso.

Las personas, que debían haberse mostrado preocupadas por hallarse como rehenes, volvieron a emitir exclamaciones basadas en sus propios juicios de la moral humana. Pero lo más impresionante era que Tulan parecía convencido de la historia, lo cual acababa siendo un acto de buen sentido, ya que, por más que Casanova y Hanson hubieran adornado la historia, esta no dejaba de ser verdad.

—Entonces esa muchacha realmente no nos sirve ya —se lamentó Tulan—. Nos es inútil, como todos ustedes.

En verdad había cincuenta por ciento de probabilidades de que el arriesgado plan de Casanova diera resultado.

—Pueden matarlos a todos.

El problema era la otra mitad de ese porcentaje.

→ **R**ey Branford —dijo la capitana a Anisio cuando aquel se aproximó. Había lágrimas en sus ojos. En realidad, en los de todos los soldados presentes. Si sigues viva, capitana, es porque debes tener buenas historias para contar en un futuro breve.

—Espero estar viva también hasta allá, majestad. —Bradamante pensaba que era extraño escuchar al rey Branford hablándoles de «tú» a ellos. Sin embargo, todos sabían que era un hecho: un campo de batalla no tenía momentos para ceremonias ni florituras.

—¿Dónde está el coronel Baxter?

—Aquí, majestad.

El obeso coronel se aproximó a la rápida reunión de líderes militares en pleno campo de batalla y Bradamante prestó atención a sus ojos. Se preparó para enfrentar la furia de los ojos orgullosos.

—¿Cómo estás comandando y manteniendo la moral de este ejército, coronel?

Pero se encontró con unos ojos avergonzados y resentidos.

—Majestad —dijo el coronel, aún pensando si delataría a su capitana o no, cuando...

—Tomé el mando temporal de este ejército, rey Branford.

... la propia capitana lo hizo primero.

El rey se sorprendió, y mucho.

—¿Cómo es eso?

—Fue una actitud que espero que se castigue en el futuro, si es que ese futuro existe y yo sigo viva para verlo. Pero en este momento sé que la llegada de su majestad dará empuje a los dudosos, y aún más vigor a los convencidos. Y que debería ser en eso, y sólo en eso, que deberíamos concentrarnos en este momento.

Nadie protestó. Alrededor, el campo de batalla estaba detenido. Era una realidad que, mientras aquellos artilugios voladores futuristas y surrealistas estuvieran en el

campo de batalla, nadie se arriesgaría a dar un siguiente paso, por miedo de lo que aquellas máquinas fueran capaces de hacer.

A la postre, máquinas capaces de volar tal vez fueran también capaces de matar.

El capitán Lemuel Gulliver, cuyo hijo había dado inicio a todo aquel proceso y que había llegado de los cielos junto con Anisio Branford, se aproximó e intervino sin ceremonias en la conversación.

—Señores, ¿acaso esos círculos que bloquean a Brobdingnag son de magia antigua?

—También me erizan —respondió el coronel Baxter—. Es lo que pasa cuando las mujeres de aquí se juntan con orientales.

Las personas parecieron ignorar el comentario sexista contenido en la frase y el gnomo Rumpelstiltskin, que también se había acercado, indagó:

—¿Ruggiero le enseñó magia antigua, capitana? Conozco personas cercanas a él que se lo imploraron y fueron rechazadas.

—Es porque no se acercaron demasiado —incitó el coronel.

—Ruggiero sabe discernir entre las personas a quienes entregaría tamaña responsabilidad, barón —respondió Bradamante.

—Y no te imaginas las formas en que él discierne a esas personas —insistió el coronel.

—Formas lo bastante sobrias para negar tal conocimiento a personas como usted, coronel —dijo la capitana.

—Sí, porque no soy su tipo.

—Me gustaría ver a este ejército más concentrado. Pero si el liderazgo está disperso, ¿cómo puedo exigir eso de los subordinados? —cuestionó el rey Branford.

—Disculpe, majestad —dijeron en tiempos diferentes tanto la capitana como el coronel.

—La cuestión es: ¿cuál es nuestro actual escenario? —preguntó el rey.

—Majestad, nuestra pared de escudos es capaz de enfrentar a la pared de Minotaurus, pero no a la de Brobdingnag unida a la del enemigo. Los círculos de runas mantuvieron al ejército gigante bloqueado y asustado, y dieron oportunidad a nuestros arqueros de conseguir algunas bajas, pero no puedo tenerlos allí para siempre. Luego los gigantes fuera de ese círculo desistirán de soltar a sus compañeros y se dedicarán a flanquear nuestra pared y destruirla.

—¿Por cuánto tiempo todavía puedes mantener esas runas? —preguntó el capitán.

—Hasta que uno se aproxime lo suficiente a esta espada, pues en el momento en que sea retirada de la tierra, los círculos se apagarán.

El rey Branford observó de inmediato los alrededores, imaginó diversas hipótesis y comenzó a dar órdenes:

—¡Ordena que la pared retroceda!

—¿Cómo, majestad? —preguntó, confuso, el coronel.

—Ordena que la pared retroceda hasta la empalizada.

—¿Y qué haremos cuando la capitana apague las runas para cumplir tal orden? —insistió el coronel.

—Las runas y la capitana permanecerán en esta posición. Quien liderará la retirada serás tú, coronel.

El coronel se sorprendió. Tal vez por el tono de voz del rey. Tal vez por visualizar un mensaje subliminal contenido en el hecho de que su monarca le ordenaba que viniera de él una orden cobarde de retirada.

—Como quiera, su majestad —dijo el coronel, en tono inseguro.

—¿Y en cuanto a mí y a los arqueros, mi rey? —preguntó la capitana, concentrada.

—Tú mantendrás a Brobdingnag bloqueada como está y nuestros arqueros continuarán tirándoles a los gigantes libres que rodean los círculos e intentan aproximarse. En el momento en que la pared de escudos en retirada esté en el mismo nivel, liberarás esas runas y correrás en dirección a tus hombres.

—Los gigantes me alcanzarán antes de eso.

—Tendrás que confiar en nuestros arqueros.

La capitana suspiró. Confiaba en todos sus hombres, pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra.

—¿Vendrá algún aliado nuestro? —preguntó la capitana, ansiosa.

—Tal vez sí. Concéntrate en lo que tenemos ahora hasta que obtengamos una respuesta. ¿Contamos con suficientes armas y flechas?

—Su reina nos ha enviado madera en exceso —confirmó Bradamante.

El rey pareció muy satisfecho.

—Majestad.

—¡Dime rápido, coronel!

—Disculpe la ignorancia, pero ¿la retirada que lideraré no hará que nuestros enemigos se aproximen demasiado a nuestra empalizada y que eso facilite la conquista de nuestra bandera?

—Ese es el objetivo.

El coronel definitivamente tenía ganas de golpearse la cabeza contra un árbol. Así de grande era su desorden mental.

—¡Pero, majestad, peleamos una guerra de empalizadas!

—No, peleamos una guerra como nunca se hizo antes. ¡En este momento Orión pelea contra Gordio y lord Ivanhoe y nuestros Caballeros de Helsing actúan al lado del rey Acosta contra el imperio del rey Midas! ¡Aragón combate contra Rökk y no sabemos qué será más poderoso: las armas de fuego del rey Adamantino o las catapultas de piedras del rey-bestia Wöo-r! —el detalle de los caballeros rojos

pareció haber sido mencionado sólo para aliviar el corazón de una capitana presente —. ¡Stallia y Mosquete concentran sus fuerzas contra Albión! ¡Minotaurus está en su mayor parte en este campo, pero también en el campo contra los otros reyes Branford, uniendo fuerzas aliadas contra Cáliz y Forte en otras zonas! ¡Y Brëe, sin guerreros entrenados para esa resistencia, debe estar siendo arrasada, y mi conciencia me torturará el resto de la vida por no poder ayudar al rey Loki en este momento infeliz en que él tanto precisa de aliados! ¿Comprendes lo que digo, coronel? ¡Estoy diciendo que me importan un cuerno las banderas y las normas de guerra, porque lo que estamos presenciando es una guerra única! ¡Esta es la Primera Guerra Mundial de Nueva Éter! ¡Nadie en este campo de batalla dejará de despedazar a nuestros soldados después de conquistar una bandera: nuestros enemigos vinieron aquí para diezmar a los adversarios! ¡Vinieron aquí para transformar a nuestros hombres en esclavos o trofeos!

—Comprendo, majestad —dijo el coronel en voz todavía baja.

—¿Y si descienden más gigantes de Brobdingnag? —cuestionó el capitán Gulliver.

—Entonces, como muchas otras veces, sólo nos quedarán los milagros —dijo el rey.

—¿Cómo se reza por un milagro en pleno campo de batalla?

—Haciendo nuestra parte y esperando que el Creador haga la suya.

Todos se miraron sin saber qué decir.

—Pero, rey Branford —dijo la capitana Bradamante—, ¿qué hará Arzallum cuando nuestro hombres estén acorralados en la empalizada?

El rey inmediatamente se volvió hacia el gnomo.

—Señor Rumpelstiltskin, ¿confirma lo que sus instrumentos de vuelo le mostraron durante el viaje hasta aquí?

—Sí, majestad. Por la variación de los ángulos de los vientos, podemos calcular que en cualquier instante habrá un ventarrón largo que se apoderará de las Tierras Muertas.

—¿Y confirma la dirección informada?

—En dirección al norte y al noreste, majestad.

—Entonces, señores, allí comenzaremos a jugar nuestras fichas en busca de un giro de la suerte. Hagan retroceder a las enfermeras y ordenen que tomen armas y se mantengan apartadas de la empalizada. Señor Rumpelstiltskin, por favor, retire a sus *Vishnús* del campo de batalla y posiciónelos detrás de la empalizada, para descargar los bagajes que trajimos.

—Majestad, ¿deberemos pelear dentro de las empalizadas? —insistió el coronel Baxter, todavía en suplicio y desesperación.

—No. Deberemos encender antorchas.

—¿Para pelear durante la noche?

—No, combatiremos en la oscuridad, iluminados apenas por las luces de las estrellas de los semidioses.

—¿Entonces por qué el fuego?

—Porque quemaremos las empalizadas —dijo el rey, despertando sentimientos diversos y contradictorios en cada presente—. Porque incendiaremos el campo de batalla. Porque combatiremos bajo la cortina de fuego.

Snail Galford despertó enojado, escuchando el sonido del mar. Lo habían golpeado y se desmayó confundido en el decimoctavo o decimonoveno golpe. Su cuerpo estaba adolorido y marcado, pero lo único en que pensaba era en la maldita hambre. Se hallaba encadenado a todos sus muchachos, sentados, semidesnudos, con grilletes en los pies que los entrelazaban, exactamente como los rehenes de antiguos barcos esclavistas.

Se sentía aún peor al avistar a otros barcos cercanos, que no recordaba haber visto antes. Pensó que veía doble, pero eso no le importó mucho, pues ya era de noche y no había cómo creer en muchas de las cosas originadas por la luz trémula y surrealista de una antorcha en altamar.

Entre su tripulación encadenada estaba Liriel Gabbiani. Y ya no percibió mucho más entre el dolor, el enojo y la confusión cuando Corazón de Cocodrilo se aproximó, cojeando y haciendo el ruido siniestro que penetraba el sistema nervioso a cada paso que daba con aquella macabra pierna improvisada.

«Axel Branford no me cortó la pierna. Ni fue arrojado desde lo alto de una catedral».

En su mente, Snail recordaba conversaciones con el viejo Hawkins que le gustaría que hubieran sido frívolas, con detalles sin importancia.

«Digamos que, hipotéticamente, Jamil Corazón de Cocodrilo no hubiera sido lanzado de aquella catedral por Axel Branford».

Pero, ante la situación actual, en definitiva no lo eran.

«¿Cuánto crees que pagaría por tenerte en sus manos?».

—¿Tienes hambre? —preguntó aquella siniestra versión distorsionada del pirata que un día conoció.

—¿Por qué? —preguntó el negro, observando al pirata más viejo y barbado—. ¿Pretendes darme un pedazo de pierna para asar?

El pirata se carcajeó.

—Al fin volvió el negro insolente que conocí.

El pirata estalló la palma de la mano en el rostro de Snail. El mercenario volvió a mirarlo e incluso a sonreír, diciendo:

—Si se te acabó la pierna, podrías servirme un ojo.

La mano estalló de nuevo. El pirata en pie también sonreía.

—¡Ay, ay! —dijo el negro encadenado y agredido e, increíblemente, aún sonriente y burlón—. Está bien. ¿Quieres saber? No me gustan las piernas ni los ojos. ¿Sabes qué es lo que en verdad me gusta devorar? Corazones.

El pirata captor pareció desistir de los golpes. Y dijo, con buen humor:

—Tú me diviertes. Si no hubieras intentado engañarme, te habrías convertido en mi brazo derecho.

—Está bien que hubiera sido el brazo. Porque si fuera la pierna, estaría a la mitad. Otro estallido.

—¿Nunca te cansas? —preguntó el cojo.

Snail volvió a sonreír y preguntó en tono sincero:

—¿Cómo supiste?

—¿Qué era Snail Galford el nuevo capitán del *Jolly Rogers*?

—Que estaríamos en altamar en este momento.

—¡Uf! Actuando de la misma forma que tú: jugando cartas altas. Y ofreciendo los precios adecuados.

«¿Cuánto crees que pagaría por tenerte en sus manos?».

Las palabras de Hawkins volvían. Snail cerró los ojos con fuerza cuando comprendió.

«Mucho más que lo suficiente».

Buscó en los alrededores y al fin percibió que el viejo Jim Hawkins no estaba entre su tripulación encadenada, sino al fondo, de pie, sin que nadie lo abordara. Miraba al pirata capturado sin parecer orgulloso ni arrepentido. Snail tampoco aprobaba ni condenaba. Finalmente, tanto uno como el otro sabían lo que era un hecho: así era la vida de un pirata.

En definitiva, alguien siempre debía ser traicionado.

Giacomo Casanova estaba lleno de hematomas y con el cuerpo de María Hanson completamente ensangrentado en los brazos. Para comprender mejor el porqué, no hay otra forma que regresar un poco para que te lo muestre.

Algunos minutos atrás...

—Pueden matarlos a todos.

Los mercenarios avanzaron. El primero sujetó a María Hanson y la pateó con fuerza en las espinillas, haciendo que la muchacha cayera de rodillas, gritando. La sujetó por los cabellos y levantó la lámina de un cuchillo. Y ese habría sido su fin. Pero Giacomo Casanova gritó y se lanzó sobre el hombre, al que derribó. Irguió el cuerpo y golpeó y golpeó y golpeó y golpeó hasta que sintió manos que lo levantaban y lo arrastraban lejos del hombre al que golpeaba, y sintió las mismas manos golpeándolo y golpeándolo y golpeándolo y golpeándolo.

María gritó y siguió gritando cuando otras manos vinieron a ella. Las mismas que antes habían sido interrumpidas y cuyo dueño prometía, debido a la insolencia, hacer cosas con ella frente al héroe antes de apuñalarlos a los dos.

Las mujeres y los niños presentes comenzaron a gritar. Y a llorar. Y a gritar.

Y a llorar de nuevo.

En el momento en que el mercenario golpeado estaba a punto de hacer sabe qué cosas con María Hanson, hubo un atragantamiento. Y un vómito. El atragantamiento fue provocado por un pedazo de madera que viajó por la ventana y se alojó en su garganta. El vómito fue de sangre.

María Hanson gritó y lloró. Gritó y lloró.

Cuando Giacomo se aproximó a ella para minimizar la conmoción, los otros mercenarios ya morían, aunque nadie entendiera de dónde provenía aquella salvación.

De vuelta a ese momento...

Casanova estaba aún consolando a María Hanson cuando hombres con arcos y ballestas en las manos entraron en el salón de clases preguntando por la salud de los rehenes. El único de los hombres que no murió fue el viejo Tulan, arrodillado y con los brazos arriba como un infiel arrepentido, en busca de la gracia de su Creador.

Casanova le hablaba a María, pero la joven parecía no comprender ante al choque emocional provocado por el vómito de sangre de un hombre que estaba por hacer cosas con ella frente a los viejos, las mujeres y los niños y, de repente, cayó muerto con una flecha en la tráquea. Pero, en el momento en que el joven Juan de Marco entró en aquella sala liderando a otros mercenarios, el mundo al fin comenzó a tener sentido y la conmoción desapareció.

El resultado fue que ella se zafó de los brazos de Casanova y corrió a los de De Marco, que gritaba su nombre.

Ahora, hagamos justicia: desde afuera podemos tener una visión verdadera de lo acontecido. Analicemos: María Hanson estaba conmocionada y el mundo no tenía sentido. En el momento en que Juan de Marco entró, aquel joven moreno de cabellos desordenados simbolizó el fin del caos. Al gritar su nombre, él la devolvió a la razón. Al entrar en el lugar de manera contundente como un elemento externo, él pasó a representar la seguridad de la salvación. Por eso María Hanson corrió hacia él.

Así, percibimos que, en realidad, durante el conflicto ella no percibió que Casanova estaba a su lado, pues él representaba un elemento interno, y ya pertenecía a aquella rutina de caos. Si la situación hubiera sido opuesta, si don Juan hubiera estado con ella allí dentro y hubiera sido Casanova quien entrara gritando su nombre, representando el elemento externo que traía la seguridad y eliminaba el peligro, ella igualmente se habría zafado de don Juan y corrido a los brazos de él.

Pero eso es mucho más fácil para nosotros, que evaluamos la situación desde fuera. Desde dentro, Casanova hirvió de odio ante la calurosa acogida de la muchacha destinada a su rival.

—Gracias al Creador —respondió don Juan.

Sus guardias personales terminaron de ayudar a las personas y a revisar a los muertos mientras escoltaban al viejo Tulan como prisionero.

María mantenía el rostro en el pecho de él y lloraba.

—¿Cómo! ¿Quién? ¿Cómo supiste que...?

—Las madres de algunos de esos niños estaban desesperadas. Además, la situación es grave.

—¿Y cuál sería tu maldito problema? —preguntó Casanova tras aproximarse a los dos, con una expresión muy poco amistosa.

—Andreanne está siendo atacada. Otra vez.

Snail Galford había sido llevado hasta el flanco del barco, seguido por todos los piratas de Corazón de Cocodrilo, que caminaban agitados en un ritual sombrío. Las antorchas iluminaban la caminata nocturna que, por más que fuera corta, era lenta, ya que Snail había sido soltado de la cadena que lo ligaba a su tripulación y encadenado a una maldita bola de hierro pesada como el diablo que lo obligaban a cargar. El hombre principal de su escolta era el viejo y gordo Smees, antiguo brazo derecho de James Garfio en aquel mismo *Jolly Rogers*, hoy un viejo en busca de una muerte sin significado en la vida.

—Llegó tu hora de morir, negro —dijo Smees, cuya boca desdentada expelía un tufo de ron.

—Todos moriremos un día, así como Garfio también murió, gordo.

—Sí, él murió, pero Jamil regresó.

—Si calificas de regreso al de ese ser torcido, prefiero morir sin retorno.

—Morirás sin retorno.

—¿No te gustaría ir conmigo? Con suerte visitamos a Garfio y podrás brincar y moverle la cola en Aramis.

Smees escupió en el rostro de Snail y preparó un golpe. En seguida gritó, cuando la inmensa bola de hierro que el negro sujetaba fue soltada y le destrozó una parte de un dedo. Otros piratas llegaron vociferando para apartarlos, y Snail levantó los brazos diciendo que la culpa no había sido de él.

Smees comenzó a maldecirlo en diversos idiomas y siguió cojeando pues quería presenciar el fin de aquel negro.

—Me deberías agradecer. Cojeando de esa forma, tú y tu capitán podrían formar un dueto.

Pasadas las burlas, Snail vio cuál sería su fin: la tabla ya estirada del *Jolly Rogers*. Colocado al principio de ella, Jamil Corazón de Cocodrilo. Aún así, él no se entregaría tan fácil.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Snail, cansado ante la mirada burlona del pirata—. ¿Acaso tengo un ojo pintado en la frente?

Jamil tuvo que reír.

—¿Sabes por qué esperé hasta ahora para tirarte al mar, negro? Porque quería que vieras que de nada sirve que creas que puedes cambiar tu destino. No puedes. Tú no eres ni serás libre jamás, Galford. Eres el tipo más esforzado de la ralea a la que perteneces. Pero sigues siendo de la ralea más baja y no conseguirás llegar más lejos sin personas de la misma ralea que yo o Garfio o Hawkins o Flint para que te digan qué hacer. Al lado de personas como nosotros, serías grande. Pero no quieres estar bajo las órdenes de personas como nosotros, ¿no?

Snail no podía responder con un solo argumento.

—Pero antes quiero que mires a tu alrededor. Aunque tengamos poca luz, puedes reconocer en qué mar morirás.

Entonces Snail observó al fondo y vio numerosos navíos. La desesperación comenzó a arderle en el pecho, porque todo lo que aquel maldito le estaba diciendo cada vez sonaba más difícil, porque sonaba a verdad.

Snail aceptaría morir, pero como pirata. Morir en altamar. Morir lejos de la vida claustrofóbica que siempre había tenido. Y comprender que ni siquiera gozaría de ese derecho le provocaba una sensación asfixiante que lo angustiaba: la sensación de un ser humano que intenta nadar a contracorriente en un mar violento cuyas olas, sin sensibilizarse con los esfuerzos del nadador, lo traen de vuelta al punto inicial en la arena.

Liriel observaba y lloraba porque también comprendía. Los suyos no eran los mismos sentimientos. Las vidas de ambos habían sido en extremo diferentes, pero ella comprendía el sentimiento de Snail. De hecho, por más que la noche se hubiera apoderado del escenario y por más que la vista poco alcanzara a discernir, ellos sabían qué eran aquellos barcos atracados a lo lejos y qué eran aquellos que navegaban a su lado.

Significaba un retroceso. Una maldita remembranza. Era revivir un ataque que todavía no había sido olvidado por un pueblo en busca de una identidad suprema. Y por eso, y también por eso, observó lo que ya era imposible de ser bien visto, y ya no quiso morir en el destino hacia el que se dirigía.

Estaban yendo a Andreeanne.

—Al menos, antes de morir, tuviste mi respeto —dijo Jamil, como un consuelo—. Muere pensando en eso.

Snail bajó la cabeza. Miró de soslayo a Jamil y preguntó en tono amistoso, como si ambos fueran buenos amigos:

—Fue un engaño genial aquel, ¿no?

—Sí, lo reconozco. Si no me hubiera agarrado a unas cuerdas y rodado

alejándome después de ser arrojado de aquella catedral, merecerías el título de capitán de este navío.

En un último momento, los dos se sonrieron como buenos amigos. El éxito, si no concluido, al menos en aquella vida había estado cercano.

Y fue así como Snail Galford caminó por la tabla del *Jolly Rogers* hacia la muerte.

La reina Blanca Corazón de Nieve estaba a punto de salir del Gran Palacio cuando uno de sus sargentos, de esos soldados que nunca se sabe si preferirían estar o no en el verdadero campo de batalla con sus compañeros, la llevó de vuelta y la encaminó por corredores ocultos a una de las salidas secretas del lugar.

—¿Quién está atacando Andreanne? —preguntó la reina mientras caminaba apresuradamente, rodeada de gente nerviosa que andaba para todos lados sin saber qué hacer.

—Mercenarios piratas, majestad. Los ataques parecen muy semejantes a los del año pasado.

—¡Aún así seguiré mi ruta!

—Majestad, nuestras tropas están debilitadas con hombres inexpertos que no fueron seleccionados para la guerra.

—¡Quiero que la guardia de este palacio permanezca aquí! ¡Ordena que la actriz tome mi lugar como doble y permanezcan firmes como si la reina estuviera presente!

—Pero, majestad, ¿cómo irá hasta las zonas de travesías en medio de un ataque?

—Cabalgando como una amazona mientras los invasores se dirigen hacia aquí —el sargento estaba por decir algo cuando su reina paró de andar bruscamente y lo miró—: Sargento, ¿comprendes que si esos hombres vinieron aquí en pleno tiempo de guerra es porque desean llegar a este palacio y tomar a tu reina como rehén? Eso sería la clave de la victoria para tu rey en el verdadero campo de batalla —el sargento bajó la mirada—. Pero será un trofeo que no les puedo permitir obtener. Con todo, para llegar a donde necesito llegar para salvar a esta ciudad, es preciso también que ellos se concentren en venir aquí mientras corto camino a caballo. Y piensa en eso como la peor de las hipótesis, pero si acaso nuestros enemigos descubren la farsa a tiempo de impedírmelo, yo misma pondré fin a mi vida antes de que el enemigo me use como trofeo.

El sargento se asustó tan sólo con pensar en semejante posibilidad. La reina abrió

la puerta del aposento que daba a los establos y caminó otra vez con un sargento que parecía a punto de sufrir un colapso nervioso.

—Pero, mi reina, no podemos quedarnos aquí luchando, a sabiendas de que usted estará sola.

—Su majestad —dijo una tercera voz surgida en el establo del Gran Palacio, un local muy frecuentado y utilizado por los siervos reales, es verdad, sobre todo por aprendices que atendían y conducían a los caballos hasta sus caballeros, que ya los esperaban.

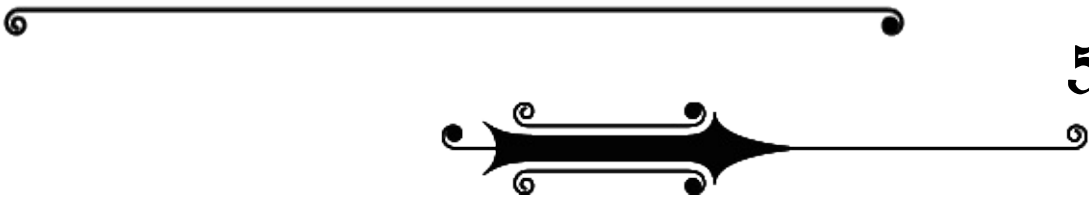
El sargento y la reina se detuvieron, espantados con la visión. Había casi un centenar de escuderos arrodillados, vistiendo mantos oscuros y con las cabezas bajas.

Sólo uno estaba de pie.

—Su majestad, cada vida nuestra es suya —la voz era la del hombre João Hanson.

Blanca casi sonrió.

—En definitiva no estaré sola, sargento.



Snailed observaba el mar oscuro ante la tabla de un barco detenido. La negrura del agua alrededor, con su oscuridad intimidatoria, le parecía un portal directo a Aramis.

Tal vez lo fuera.

—¡Salta, maldito! —gritó Smeed, cuya orden fue reforzada de inmediato por el resto de la tripulación de bucaneros sanguinarios de Corazón de Cocodrilo, que corearon cosas similares o mucho peores—. ¡No te preocupes por los tiburones! Ni siquiera ellos querrán tu sangre.

Los piratas lanzaban burlas y escarnios, todos menos Jamil Corazón de Cocodrilo. Liriel podría intentar mover algo, pero lastimada, desconcentrada y en aquella oscuridad, le resultaba difícil saber en qué concentrarse para lograrlo. Snail continuaba mirando el agua negra y sus brazos comenzaron a entumirse por la pesada bola de hierro que mantenía sujeta. Algo se movía en aquellas aguas y él imaginaba qué había sido atraído cuando los bucaneros lanzaron peces ensangrentados para preparar la zambullida del traidor.

—¡Eh, Smeed, es tu última oportunidad! —dijo, por encima del hombro—. ¿No quieres venir conmigo para volverte limpiabotas en Aramis? Podrías ofrecer un paquete y lustrar el gancho del padre y la pierna de palo del hijo por un descuento especial.

—Traigan a la muchacha —ordenó Jamil.

Liriel fue llevada entre gritos y protestas de la tripulación, gritos animalescos que recordaban rituales de sacrificio. Snail se volvió de espaldas al agua y de frente a los hombres ávidos de que saltara.

—Bien, antes de morir necesito admitir algo ante ustedes. ¡Algo de lo cual me avergüenzo! —los piratas, curiosamente, guardaron silencio—. Para llegar a donde llegué, hice un pacto con fuerzas sombrías. Cerré mi cuerpo y comencé a ser acompañado por entidades oscuras.

—¿Cómo es eso? —preguntó Jamil, en tono de buen humor.

—Vendí mi alma a los demonios de Aramis. ¡Fue por eso que engañé a Jamil, maté Sombras, reuní mi ejército y sobreviví en Sherwood, e incluso me convertí en capitán del *Jolly Rogers*! ¿Por qué creen que una rata como yo sería capaz de semejantes hechos? Porque esas fuerzas caminan conmigo y, a cambio, harán lo que quieran con mi alma después de la muerte.

—Entonces deben estar más ansiosas que nosotros el día de hoy —dijo Smee, seguido de risotadas.

—Mi muerte no debería ocurrir hoy, y si me obligan a saltar por esa tabla, prometo que me llevaré a uno de ustedes conmigo para servir a mi lado en mi trabajo de esclavo eterno.

—Adoraré que lo intentes —dijo Smee.

—Entonces será a ti a quien me lleve conmigo, viejo gordo.

Smee dejó de sonreír ante la expresión y el tono serio de Snail. Era un hecho que los piratas no creían en cosas de ese tipo, aunque sabían que existían.

—Negro, ya lograste engañarme una vez. Considera eso como un hecho histórico, pero no habrá un segundo.

Jamil puso un cuchillo en el cuello de Liriel.

—¿Sabes quién debería haber hecho esto con la muchacha? El mismo asesino idiota al que le pagué con monedas de reyes y murió en tus manos —dijo Jamil.

—La próxima vez no contrates a alguien con un ojo en la frente. Pero, bueno, en tu caso, una persona con dos ojos normales ya sería una ventaja, ¿no?

Jamil hizo un tajo en el rostro de Liriel. La chica gritó.

—O saltas o la tiramos a ella.

Snail miró a Liriel. La iluminación de las pocas antorchas en las manos de los piratas era poca, pero ella alcanzó a vislumbrar un ademán. Un ademán que podría significar un acuerdo. O una despedida.

Entonces Snail saltó hacia el agua oscura.

De repente Smee gritó. Y los hombres, incrédulos, vieron al gordo comenzar a deslizarse, como empujado por fuerzas fantasmales en dirección a la borda del barco, sin control sobre su propio cuerpo, cual poseído. Intentó agarrarse de Jamil Corazón de Cocodrilo, que saltó cuando la mano del pirata gordo casi agarró su pierna de palo, y siguió gritando hasta el borde de la tabla, mientras caía agitando los brazos y gritando con desesperación, como un alma arrastrada con ferocidad.

Cuando el cuerpo de Smee golpeó contra el agua, se hizo el silencio.

Era el silencio conmocionado de hombres que no sabían cómo reaccionar ante fuerzas sobrenaturales mucho más allá de cualquier comprensión. Junto a ese grupo, Liriel también se sentía estupefacta, sin saber cómo reaccionar. Finalmente, de una cosa estaba segura: en el momento en que Snail le mandó una señal, recordando el

entrenamiento por el que el propio ladino la había hecho pasar mediante la privación de luz y comida, ella había logrado mover la cadena que sujetaba el tobillo del negro a la bola de hierro.

Moverla al punto de desengancharla.

Sin embargo, estaba segura de que no había hecho nada en relación con el viejo gordo y despreciable de Smee.

En aquel momento el *Jolly Rogers* seguía en silencio. Perplejo. Y a oscuras. Pero todo, en algunos minutos, se pondría mucho más sombrío.

Ne regreso en Nunca Jamás, Axel Branford observaba al rey Peter Pendragon sujetar como animales a sus seis elfos crecidos y animalescos con correas formadas por gruesas cadenas.

Incluso había aprendido sus nombres: Tootles, Nibs, Slightly, Curly y los gemelos Twin.

Esas eran sus seis criaturas salvajes. Sus seis elfos crecidos.

—¿Irás conmigo? —preguntó Peter a su hermana y princesa élfica Livith, esposa de Axel Branford. El príncipe de Arzallum se encontraba al lado de ella en uno de los balcones de la Torre de Vidrio.

—Si crees de corazón que este es el momento...

—Iré allá y traeré lo que es mío.

—¿No hay vuelta atrás en tu decisión?

—No. Es ahora o nunca.

Entonces la princesa Livith se volvió hacia el horizonte del balcón.

—Elfas amazonas —dijo, en un grito que resonó con furia—. Nunca Jamás irá a la guerra.

Mil quinientas elfas amazonas, vestidas con armaduras feéricas, pisaron el suelo en un único toque militar y levantaron las varas mágicas de guerra que llevaban en las manos.

Muchas cosas ocurrieron durante los días siguientes y pocas resultaron buenas. Lo que narraré a continuación no será agradable, y no todo ocurrió al mismo tiempo. Muchas situaciones tomaron mucho más tiempo de lo que parecerá al principio y no todos los relatos serán precisos. A la postre, la información que se tiene de tiempos de guerra viene de boca de los bardos, y estos no siempre son confiables.

Aún así te las contaré de la mejor forma posible y del modo que funcione mejor como historia, aunque sea difícil relatar eventos de tamaño sufrimiento de otra manera que no sea lamentable. Como sea, cuanto se consigne aquí aconteció en Nueva Éter. Y mucho de lo que no se diga también. Al final muchas cosas malas ocurrieron a lo largo de muchos días.

Estas fueron algunas de ellas:

El rey Anisio Branford montaba un poderoso caballo de guerra, al lado de otros caballeros, cerca de su pared de escudos. La función de aquella caballería consistía en proteger los flancos de la pared formada. Aquel grupo estaba allí para hacer presión de afuera hacia dentro a lo largo del combate, no sólo para desviar la concentración sino también la energía del enemigo sobre el grupo sitiado.

Miradas desde determinados puntos, aquellas tierras áridas no parecían, en principio, una buena decisión para elegir las como campo de guerra. El hecho era que, con excepción de las áreas más planas, y no por eso menos irregulares, se trataba de un terreno horrible para recorrer, caminar, correr e incluso cabalgar. El calor se acumulaba con mayor intensidad que de costumbre, y a falta de vientos constantes se prolongaba esa sensación. Cuando algún fuerte ventarrón llegaba a soplar, traía con él, además de un poco de frescor, una danza de tierra y grava que irritaba al hombre tenso y estorbaba la visión, ya de por sí empañada.

Era un campo incómodo para moverse y combatir. Un escenario que ningún monarca en el mundo habría escogido para llevar al ejército, si la elección fuera suya.

Sin embargo, el rey Anisio Branford había elegido aquel campo de batalla.

El razonamiento de esta decisión caótica no era complicado, aunque pareciera mucho más simple en teoría que en la práctica: Anisio Branford sabía, a fin de cuentas, que un ejército humano no podría enfrentar a un ejército gigante a campo abierto o sería aniquilado. Al fondo, Bradamante mantenía a los gigantes bloqueados, cada vez más próximos a ella, y en poco tiempo los arqueros arzallinos ya no podrían protegerla. El caso era que Arzallum no contaba con hombres suficientes, al menos en comparación con el ejército de Minotaurus y de Brobdingnag, para definir con claridad cuál era su vanguardia y cuál su retaguardia, en vista de que se hallaban rodeados.

Minotaurus sí los tenía. El poderoso ejército de Ferrabrás marchaba en su dirección con una pared de escudos en formación cuadrada, la cual simbolizaba una formación de guerra que buscaba el aislamiento del adversario. Si Brobdingnag no estuviera allí, Arzallum asumiría una posición semejante y sus paredes chocarían en un combate no muy desigual, al menos con los soldados de los reyes Segundo y Tercero Branford, para reforzar a los del rey Anisio.

Pero la presencia del ejército gigante lo cambiaba todo.

Arzallum necesitaba con urgencia un aliado extra que bloqueara aquella fuerza mientras se enfrentaba a Minotaurus. Una fuerza que no comparecía en el campo de batalla pues se hallaba ocupada protegiendo su propio territorio, muchas veces con el refuerzo de soldados arzallinos que deberían estar ahí, aunque en política no siempre se puede hacer todo lo que se quiere. Ganar una guerra con un mundo que está contra ti, listo para unirse y enfrentarte por motivos rencorosos, a veces resulta peor que perder con el mundo a tu favor, listo para darte una mano cuando decides luchar otra vez. Y el rey Anisio Branford pretendía ganar esa guerra y tener lo mejor del mundo a su lado.

—¡Rey Branford! —los soldados, sobre todo los sargentos, gritaban en medio de la tensa retirada, implorando por alguna orden que diera coherencia al caos.

—¡Comiencen a asumir una formación puntiaguda!

Los corazones latieron más rápido. Todo soldado, al menos entre los entrenados, y los que ahí estaban y no habían sido entrenados se encontraban en una situación muy difícil, sabía que asumir una posición puntiaguda significaba asumir una formación para penetrar en las filas enemigas. Por eso la llamaban así, pues avanzaban cortando.

—Majestad, nosotros... —el sargento no quería terminar la frase.

—¡Avanzaremos! —completó el rey con vigor, para no dejar margen de duda.

Algunos hombres comenzaron a llorar, sobre todo los menos entrenados, pues sabían lo que significaba la orden. Sabían que morirían.

—¡Arzallinos, penetraremos esa pared de escudos de Minotaurus y espero que los que no sobrevivan al menos se lleven a algunos malditos minotaurinos consigo para

cargar su equipaje hasta el Portón de Selección, de donde seguirán hacia Mantaquim mientras sus enemigos son condenados al peor círculo de Aramis!

Los hombres más próximos repetían las palabras del rey —algunos excitados, otros no tanto— a los hombres más apartados, que no escuchaban lo que se decía de primera mano. De vez en cuando las repeticiones cambiaban algunas palabras y daban origen a frases de sentidos diferentes, pero al menos ninguno se equivocaba cuando era la hora de explicar qué formación militar adoptarían.

—¡Minotaurus avanza en formación cuadrada! ¡Eso significa que sus lados están «acuerpados», pero su centro es débil! ¡En realidad, su línea principal se encuentra lejos! ¡Nuestro ejército avanzará en formación puntiaguda y esparciremos el caos en el campo de guerra! ¡Los hombres de armas pesadas avanzarán con la caballería, por los flancos, e intentarán aislar las laterales, mientras nuestra élite perfora hasta el centro! ¡Cuando alcancen ese centro y la línea principal de ellos se mueva, retrocedan! ¡Y manden a esos bardos a que hagan ruido!

Los corazones se volvieron a oprimir.

—El centro de Minotaurus parece fuerte —dijo el capitán Lemuel Gulliver, en otro caballo al lado del rey.

—Sí, ese es su objetivo.

—¿Serán fuertes?

—Parecerían fuertes.

—¿Y de hecho no lo son?

—No. Es como un animal que eriza el pelaje para parecer más grande y aterrador. Por eso la disposición dispersa, y por eso será posible penetrar por el centro. ¡El secreto es preocuparse por el avance de la línea principal atrás! Si retrocedemos en este momento, perderemos la guerra.

—Perderemos a muchos soldados en ese avance loco, ¿no?

—Sí. Y cuento con ello para la victoria.

—¿Cuenta con la muerte de nuestros soldados?

—¡Estamos en guerra, capitán Gulliver! Muchos hombres perecerán aquí hoy. Pero garantizaré que sus muertes sirvan a la gloria de este país.

El capitán Gulliver aún no comprendía cómo la muerte de soldados arzallinos encajaba en los planes del rey Branford para sobrevivir a una masacre escrita, pero Anisio, cuando menos, parecía saber lo que hacía, y eso es todo lo que un líder debe hacer en tiempos caóticos.

El emperador Ferrabrás se mantenía impasible con su línea principal, atrás de los soldados minotaurinos de vanguardia que avanzaban con calma y cautela, en una formación densa. A un observador le habría parecido más un gran espectáculo contemplado desde un palco. Ferrabrás se mostraba ávido por la victoria. Había soñado con ella mucho antes de autoproclamarse emperador, y sería el triunfo el que

lo inmortalizaría. Porque vencería a Arzallum. Observó al enemigo modificar la posición de su formación y le extrañó la locura temporal de un adversario condenado. Observó al enemigo retroceder y no ordenó que lo persiguieran debido al mismo principio de que no se debe intentar capturar a un animal sin dejar que tenga la impresión, aunque sea falsa, de que existe una posibilidad de fuga. De lo contrario, en un acceso de miedo y desesperación, puede regresar con una fuerza extra que no sabía que poseía y atacar con una furia suicida y asesina.

Así que lo mejor era mantener la situación: ver al enemigo creer en una posibilidad de victoria y entonces aplastarlo.

Fue ante este escenario como los bardos arzallinos comenzaron a tocar sus tambores de manera vibrante y como el ejército de Arzallum, con los estandartes de Cáliz y Forte temblando también entre sus filas, comenzó a adoptar una posición puntiaguda. Y fue así como la élite de guerreros se colocó en la punta de aquella formación.

Arzallum avanzó en un ataque suicida contra la pared de escudos de Minotaurus.

La reina de Arzallum había cabalgado por senderos que anochecían, en un camino en el cual ya era difícil distinguir alguna luz. Cabalgaba rápido y no cabalgaba sola. A su alrededor, un centenar de aprendices encapuchados compartía sillas de caballos con un coraje muchas veces encontrado en las narrativas de los guerreros veteranos, pero pocas en la práctica de lo que no es contado.

Cabalgó hasta un área apartada del puerto, en la cual esperaba que los piratas demoraran en llegar. Dejaron los caballos apartados y caminaron con pasos sigilosos en dirección a una elevación de madera, la cual se mantenía allí con un soporte de metal de donde colgaba una campana hecha con un material que no existía en el mundo de la superficie. En torno a la campana había una reja de hierro muy difícil de abrir: era como una jaula de rejas que formaban una curiosa versión de la celda en una prisión. Sólo que el diseño de la cerradura que abría aquella reja era distinto. No era el de una llave común. Era el de una cerradura en forma de estrella.

La reina fue hasta allí y desatrancó la jaula de hierro con la llave sujeta en el pesado llavero de monedas antiguas soldadas. Los goznes rechinaron como si fueran muy poco utilizados. O como si nunca los hubieran utilizado.

—Hace frío —dijo en voz demasiado alta Jaú, el menor de todos los escuderos, frotándose los brazos.

—El frío es psicológico —dijo João Hanson; y después, en tono de orden, agregó —: Repítelo.

El muchacho miró a los lados, como para comprender si aquello era en serio o no.

—Ordené que lo repitas —dijo João Hanson, con una voz baja y ronca que asustaba más que un grito.

—El frío es psicológico —dijo el joven muchacho, dejando de temblar.

La reina miró hacia atrás, en dirección al joven líder, pensando si en verdad haría aquello. En el momento en que tocara la campana, cualquier mercenario que estuviera desembarcando de los barcos piratas en la costa principal y provocando de nuevo el terror en Andreanne dirigiría su atención hacia ahí.

João Hanson la miró, compenetrado con su pensamiento, e hizo una señal afirmativa con la cabeza. Esto no significaba que su reina debía hacer aquello; pero si lo hiciera, él y sus compañeros estarían dispuestos a morir por ella.

La reina Blanca Corazón de Nieve suspiró hondo, tembló un poco y agitó aquella campana formada con el metal de las profundidades lo más fuerte que pudo, por tanto tiempo como su cabeza fue capaz de escuchar aquellos tañidos sin explotar. Los mercenarios oyeron el ruido que venía del área principal y comenzaron a correr en esa dirección. Desde donde estaban, tanto la reina como sus escuderos encapuchados veían aproximarse a los asesinos.

João Hanson se puso al frente del grupo. Tocó la empuñadura de la espada. Rezó su mejor oración. Y esperó su llegada.

Espadas cada vez más desgastadas chocaron entre sí mientras los hombres comenzaban a gritar entre estertores de muerte.

Asumir una posición puntiaguda exigía una cohesión entrenada. El término se aplica bien a la metáfora de una espada. Funciona así: si la base no es gruesa, no hay cómo comenzar la batalla. Si la lámina es muy fina o sin filo, no cortará. Y si la punta no está lo bastante afilada, no penetrará en el cuerpo del ejército adversario. Luego entonces, el rey Anisio había ordenado la formación de tres batallones. Tanto el rey Segundo como el rey Tercero, así como el propio Anisio, tenían en sus filas soldados de élite y escuadrones suicidas, formados por hombres de poco juicio —mas no militarismo— en la vida y embebidos de ron e hidromiel.

Para unirse a Arzallum en la batalla, el rey Segundo había enviado más hombres de élite. El rey Tercero, que necesitaba más de su élite en Cáliz, envió más soldados suicidas. Y eran estos últimos los que formaban la punta de la espada en que se convirtió la formación de Arzallum. Dos batallones formaban el frente de batalla y estiraban los flancos por medio de los mercenarios llevados a la guerra y la caballería. Mientras tanto, el grupo de élite sería el que cortaría de verdad, pues estaba entrenado para atacar justo en los puntos estratégicos del adversario. Así sucedió. El escuadrón suicida se lanzó con violencia sobre aquella pared de escudos, saltando sobre los minotaurinos directo a una muerte cierta, al encuentro de lanzas afiladas que les sacaban los intestinos. Hubo muchos gritos, insultos y sonidos sordos de metal chocando una y otra vez contra el metal.

El rey Anisio Branford avanzó en diagonal en su caballo de guerra, cortando los flancos al lado de sus caballeros. Aquella no era sólo una buena estrategia, sino la única posible. A final de cuentas, por más entrenado que se encuentre un caballo, no está loco para avanzar de manera suicida contra una pared de escudos llena de afiladas puntas de lanza.

Los guerreros suicidas embriagados sí lo son. Los caballos sobrios, no.

El caballo del rey corrió como la maldita montura de un semidiós y la espada arrancó dos cabezas y chocó contra una, dos, tres, cuatro, cinco láminas y algunos escudos. Anisio guardó la espada y la cambió por una porra que llevaba en la silla, destrozando cráneos con aquella bola de hierro puntiaguda. En el primero, sacó uno de los ojos. En el segundo, un pedazo del cuero cabelludo de un minotaurino. Vio a un arzallino morir sin siquiera ver de dónde venía la lámina que le rasgó el vientre. Escuchó a hombres que gritaban el nombre de sus esposas antes de morir. O tal vez fueran los nombres de sus hijas.

El rey Anisio giraba el caballo constantemente, de modo que el enemigo que avanzara casi no le acertara y, cuando lo hiciera, diera en las placas de metal. Lanzó la porra en dirección de un minotaurino que estaba por atacar al capitán Lemuel Gulliver y la jaló con la espada. Cortó algunas manos y escuchó a otros caballos que pisaban a los enemigos decapitados. La mirada del rey era difícil de traducir. Era la de un hombre que descubría que le gustaba el campo de batalla, el sabor de matar en el campo de batalla. Los caballeros de Minotaurus abandonaron sus posiciones y fueron hacia el combate con los caballeros de Arzallum y, para su sorpresa, los de Arzallum sacaron pequeñas ballestas —del tamaño más chico que existía— construidas por Much, el herrero de Stallia, en especial para aquella guerra, enviadas por el primer ministro Robert de Locksley. Las pequeñas flechas avanzaban como espinas que se clavaban en la yugular. Su poco grosor facilitaba la penetración por las partes más maleables, y Arzallum sabía que la mayoría de los caballeros de Minotaurus no usaba protección en el cuello para facilitar los movimientos. El resultado era de caballeros ahogados en su propia sangre, en el mejor de los casos.

Los arqueros de Minotaurus querían ayudar a la retaguardia, pero el caos ya estaba armado y no había cómo tirar flechas en dirección a Arzallum sin separar enemigos de aliados. Un caballero de Arzallum fue derribado, y el caballo, asustado, acabó corriendo en caótica desesperación en medio de los soldados minotaurinos.

El resultado fue mejor de lo esperado. Todavía en un acceso de locura, comenzó a girar y girar y girar dando coces a diestra y siniestra, sin saber siquiera a quién. Así, una parte de la compacta pared lateral de Minotaurus se rompió, preocupada por no aproximarse al caballo loco o matarlo. Pero si ya era difícil avanzar sobre un hombre en un campo de batalla iluminado apenas por la luz de antorchas y estrellas, imagina sobre un caballo enloquecido, protegido por placas de metal y equipado con herraduras capaces de hundir una nariz humana con una coz en medio de la cara.

Este conflicto provocó el esperado caos. Y los eufóricos soldados de Arzallum descubrieron que su rey tenía razón y el centro de la pared de escudos de Minotaurus parecía fuerte, aunque en realidad era débil. Así que ya no existía, al menos de aquel lado roto de Minotaurus, un concepto sobre qué era lateral y qué era el centro, de modo que la pared minotaurina de soldados, que debía mantenerse firme, comenzó a

tambalearse.

Y entre ese tambaleo la tropa de élite de Arzallum entró.

Los soldados bien entrenados comenzaron a avanzar matando cuanto veían, y la pared de Minotaurus —asómbrate— se rompió mientras los enemigos luchaban, pisoteando y tropezando con los cuerpos de los suicidas. Algún minotaurino consiguió al fin matar al enloquecido caballo arzallino, pero las láminas seguían cortando y cortando y cortando, hasta el momento en que perdían el filo. Cuando un soldado ve que el filo de su espada se ha perdido, la espada se convierte en una especie de porra, con la cual comienza a aplastar el cráneo del enemigo en vez de cortarlo.

El rey Anisio continuaba arrancando cuellos, con la armadura manchada con pedazos de cerebro, y a gritar para que avanzaran, avanzaran y avanzaran.

Entonces, en medio del caos instalado, los sobrevivientes del centro de la pared de Minotaurus comenzaron a retroceder cuando su vanguardia comenzó a ser flanqueada por Arzallum. Todos sabían que era así como se mataba a una vanguardia: rodeándola y aplastándola.

La línea principal de Minotaurus, sin embargo, no pensaba quedarse mirando cómo su vanguardia era despedazada y, obviamente, tomaría el frente y avanzaría. Arzallum, con ese avance, tendría a los hombres despedazados por la espalda, pero valdría la pena arriesgar tales pérdidas y volverse hacia la nueva línea que avanzaba para seguir batallando después de semejante estrago. Y valdría la pena mientras Brobdingnag estuviera detenida. La valdría mientras la sangre estuviera caliente, y la confianza, creciente. Así, Victon Ferrabrás ordenó que avanzara la línea principal de Minotaurus. Y así los soldados arzallinos, ya invadidos por la loca sensación del combate enardecido, babearon y desearon la continuidad del próximo embate, atizados por el sabor de la pared destruida. Y fue así como...

—¡En retirada!

... los soldados arzallinos sintieron el conflicto proveniente de la frustración de la orden de retroceder.

—Majestad, nosotros podemos...

—¡En retirada! ¡En retirada! ¡En retirada! —gritaba y gritaba y gritaba el rey, con una orden repetida exhaustivamente por sargentos y subordinados.

Creando en el espíritu visionario del mismo rey que los llevó a partir la pared de escudos enemiga, los soldados arzallinos y aliados retrocedieron ante una confusa Minotaurus.

—Emperador —quiso saber un subcomandante—. ¿Se están retirando de manera consciente y estratégica, o en forma desesperada y derrotista?

El emperador Ferrabrás aún no tenía una respuesta.

En el mar sombrío, el *Jolly Rogers* había esperado un poco ante el silencio y la noche asombrada por misterios, cuando una fuerza sobrenatural lanzó al robusto Smeel en la misma dirección a donde Snail Galford había saltado al mar. Pasado el susto, a falta de una explicación, y como ningún otro fenómeno destructivo se apoderó de la embarcación, el navío enfiló hacia la costa de Andreanne, donde varias naves piratas estaban ya atracadas o igualmente se aproximaban para aumentar las filas de los mercenarios.

Mientras surcaba las aguas oscuras de sonidos trémulos y recuerdos difíciles, Jamil Corazón de Cocodrilo —o lo que sobraba de Jamil Corazón de Cocodrilo— sentía y se alimentaba de la gloria de ser de nuevo el capitán de aquel barco. El que había pertenecido a su padre y con el cual él había provocado terror en el mundo de una manera que no le pedía nada a ningún pirata, en particular a los peores. Y Corazón de Cocodrilo entonces recordó cuando era un joven normal —o al menos no tan deforme— y había impedido el motín que acabaría con la vida de su padre, un viejo Garfio senil y enflaquecido por el cáncer.

Observó la cubierta y se acordó de cuando, fortalecido por la arrogancia y la locura que corre por toda sangre juvenil, anunció a los hombres rabiosos que sería el nuevo capitán, y se zambulló con un cuchillo en la boca rodeado de los gritos y las risotadas de incredulidad de la tripulación. Y recordó cuando abrió y arrancó con las manos el corazón del maldito cocodrilo legendario que perseguía aquel navío como un imán. Y se acordó también de cómo, siguiendo la tradición pirata, levantó el inmenso corazón ante la tripulación boquiabierta y, manchado de sangre y lleno de furor, anunció que por derecho era el nuevo capitán del *Jolly Rogers* al preguntar:

—¿Alguien cuestiona ese derecho? —sin obtener respuesta.

Así, imagina, y apenas ese acto de imaginar ya le dará vida, qué significó para el pirata deforme pensar en esos recuerdos nebulosos, cuando en el mundo él pasó a ya no diferenciar entre sueño y realidad, pues una voz anunció lo inconcebible en medio

de la negrura que lo rodeaba:

—Yo soy Snail Galford y, a partir de este momento, por derecho, el capitán de este navío y de esta tripulación.

La atención de todos se volvió hacia el ser sobrenatural que se mantenía en pie sobre la proa, el mismo lugar donde Jamil había hecho lo mismo años atrás. Había sangre en sus ropas; sangre que no podía ser vista con facilidad en la oscuridad, pero de la cual era posible percibir el olor. La visión, aun envuelta en tinieblas, paralizaba. Y el motivo era justo.

—¿Alguien cuestiona ese derecho?

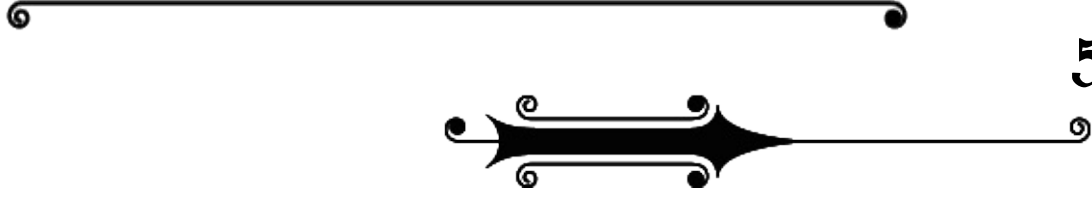
En las manos de Snail Galford había un corazón.

El corazón arrancado del pecho del robusto Smeed, brazo derecho del fallecido James Garfio y capitán por derecho de ese barco, si Jamil no hubiera regresado, y que él exhibía como si fuera un corazón de cocodrilo.

Fue así como el ser deforme que aún era Jamil Corazón de Cocodrilo se puso en el centro de la cubierta y sacó un machete de lámina circular y otro de lámina recta. Los mercenarios corrieron a los lados para liberar la inminente área de combate. Snail Galford sacó dos cuchillos, a saber de dónde, y caminó al centro como lo hace un hombre seguro de lo que hace. O un hombre que ha vuelto de la muerte y no tiene qué temer.

Los dos piratas se miraron frente a frente en un ajuste de cuentas que definiría el liderazgo del barco más codiciado del mundo. Y mucho más que eso. Se encendieron antorchas para que danzaran con la noche en el más legendario campo de batalla pirata de la historia, en el más legendario desafío pirata jamás contado.

Y el combate por la posesión del navío pirata más famoso del mundo comenzó por fin.



La capitana Bradamante ya no podía mantener sus runas activadas y arrancó la espada, con lo que liberó a un ejército gigante enloquecido de los círculos donde estaban paralizados, blancos de flechas mortales. Muchos estaban muertos, con proyectiles traspasándoles el cuello, lo cual evocaba macabras alegorías indígenas. Ella corría hacia la caballería que se había aproximado liderada por el rey Anisio Branford.

Al fondo, el ejército de Arzallum seguía retrocediendo hacia la empalizada como un animal acorralado. Cuando parecía que Minotaurus amenazaba con un ataque masivo ante un ejército que nunca demostraba si retrocedía de manera estratégica o por miedo a la batalla, Arzallum se colocaba en posición de ataque y, en vez de continuar el retroceso, marchaba hacia ellos lista para otro embate.

El resultado era que Minotaurus titubeaba y nunca se sentía segura para ratificar el ataque, desconfiando de las intenciones de aquella actitud. Así, ambos ejércitos permanecían la mayor parte del tiempo gruñéndose mutuamente, como dos perros a punto de atacarse, a la espera de que el otro dejara de gruñir y lanzara la primera tarascada. Sin embargo, por más que nunca atacara de verdad al otro, una acción acontecía siempre en ese campo: Minotaurus avanzaba y Arzallum retrocedía.

Un gigante hizo que el suelo explotara con un ¡bum! al intentar aplastar a Bradamante en su huida. La capitana cortó para correr en zigzag cuando otro intentó lo mismo, y después otro y en seguida el primero que lo había intentado. El cuarto, sin embargo, se disponía a aplastarla con el puño cerrado cuando su cuerpo fue lanzado con violencia para el otro lado, en una situación absurda que recordaba un teatro de marionetas. Otro gigante cercano intentó investigar qué acontecía y su cuerpo también fue lanzado hacia atrás, por lo cual chocó con fuerza contra sus hermanos de raza que venían al galope.

Por un momento el ejército gigante se detuvo, desconcertado ante otra muestra más de magia antigua en la zona de guerra, y todos entendieron qué había ocurrido.

En su corcel de guerra, el rey Anisio Branford sonrió.

«¿Vendrá algún aliado nuestro?».

El hecho era que no se trataba de otra muestra de magia antigua en la guerra.

«Tal vez sí».

Para Brobdingnag, la situación era mucho peor que eso.

«Concéntrate en lo que tenemos ahora, hasta que obtengamos una respuesta».

Un poderoso martillo zumbó y se detuvo erguido por una sola mano, mientras maestre enano Irritado asumía su posición de combate.

Al fin Ira había llegado al campo de batalla.

En el centro de Andreeanne el caos otra vez se esparcía entre susurros, llantos y gritos rodeados de una energía angustiada. Los vidrios de las casas se rompían, las personas corrían, caían, eran pisoteadas y continuaban gritando y llorando en su intento de huir. Los mercenarios traían de vuelta un terror supremo que existía allí, pero que también existía en cada arzallino. Esta vez sus mejores soldados peleaban en otra guerra y el mundo parecía mucho más perdido que antes.

A María Hanson le habría gustado correr a casa de sus padres, pero al mismo tiempo jamás abandonaría a sus alumnos a su suerte. Un grupo de niños estaba acorralado en una especie de callejón, abrazados entre sombras y temor. Intentaban confundirse con la basura de la calle y pasar inadvertidos, pero los mercenarios suelen ver bien los escondrijos que la raza humana prefiere buscar en momentos de pánico.

María estaba de pie frente a ellos. Tomó un largo pedazo de madera del suelo, pero sabía que no tenía idea de cómo utilizarlo como arma. Cinco hombres, del tipo más sombrío y desharrapado que imagines, sonreían mientras se aproximaban y acorralaban más a aquellos niños. Y a aquella mujer.

Ella intentó acertarle al primero, que sujetó el palo con el mismo desdén de un adulto atacado por un menor. El segundo la jaló por el cabello y la prensó contra la pared. Los niños lloraron, pero los llantos sólo eran unos entre tantos más en una ciudad atacada. El tercero se aproximó y olfateó su cuello. María Hanson, ante tales sonrisas, ya no sabía si aquellos hombres estaban en ese callejón a causa de los niños o a causa de ella.

Ella escupió en el rostro del primero y le ordenó que se mantuviera lejos de sus niños. El hombre preparó un golpe que hundiría el rostro de la joven Hanson. Sin embargo, aquel murió antes de intentarlo. Los mercenarios se asustaron cuando percibieron un pedazo de metal perforando el cráneo del agresor y miraron alrededor sin vislumbrar demasiado. Uno de ellos corrió a la entrada del callejón y cayó muerto

también. Otros entraron en el callejón y exterminaron a los tres restantes, como si el acto de matar fuera tan natural como comer.

—María.

Esta vez el rostro que la trajo de vuelta a la razón era el de Giacomo Casanova. Y ella comprendió que, así como lo había hecho antes el ejército particular de los De Marco, el de los Casanova ahora también se presentaba en aquel escenario como justicieros con una milicia dispuesta a controlar el orden mientras el poder real no estuviera ahí.

—¿Te lastimaron?

María Hanson negó con la cabeza. Al fondo, los hombres de la seguridad de Casanova retiraban del área sucia a los niños acorralados y olorosos a miedo. María observó al muerto más cercano, el que había sido el primero en morir. Y sintió náuseas.

—Él iba... iba...

—Ya no.

—¿Cómo nos encontraron?

—Cuando uno de ellos volvió al final del callejón, uno de los nuestros lo mató. Entonces vinimos a cerciorarnos si había más.

—Bien —el raciocinio de María actuó con rapidez, aun bajo semejante estrés, y preguntó—: ¡Espera! ¿Entonces no fue uno de ustedes quien mató a este hombre?

—A este primero, no.

—¿Y quién fue?

Casanova le mostró el detalle del metal perforado en el cráneo del difunto, sobre todo el del ángulo en que había sido lanzado. Un metal lanzado con violencia. Un metal procedente de arriba.

—Alguien allá.

—¿Arriba? ¿Semidioses?

—¡No! —Casanova sonrió ante la absurda hipótesis—. Encima de la construcción.

—¿Pero quién podría haberlo hecho?

—Tú misma lo puedes ver.

Casanova condujo a María Hanson a la salida del callejón. Cuanto más se aproximaban, más se escuchaba el sonido de objetos rompiéndose y chocando, y de personas desmayándose o muriendo. Un sonido que no debía ser muy diferente al del fin del mundo.

Pero la visión general era brutal. Brutal, aterradora y poderosa.

Mercenarios, ladinos y piratas seguían aproximándose, armados, pero cada vez menos confiados. Había un motivo para ello: la mayoría de los suyos morían o eran derribados, y lo peor de todo, para ellos, era que no por mano de soldados. Sino por la

mano del pueblo.

Adolescentes caminaban por los tejados lanzando piedras y, bueno, objetos puntiagudos de metal hacia las cabezas de los invasores. Soldados lo bastante malos para ir a la guerra, pero competentes para liderar ataques civiles, incentivaban aquel caos organizado. Hombres cansados de esconderse y decir a sus familias que todo estaría bien se remangaban, agarraban cuchillos y pedazos de palo y hierro, y daban con todo en la cabeza de los extranjeros terroristas, pateaban a los caídos, prendían fuego a los peores y aplastaban la cabeza de los malditos lobos que se atrevían a intentar soplar sus casas. Otra vez.

María Hanson percibió que aquello que presenciaba no era una simple reacción civil, sino una transmutación. Era el retorno de un sentimiento de identidad y de la fuerza de reacción de un pueblo cansado de la pasividad ante un terror externo que irrumpía en sus rutinas y costumbres sin que los motivos le fueran exactamente explicados.

—Andreanne está en guerra —susurró María Hanson para sí misma.

—Hoy cada arzallino lo está.

Desde afuera, aquella era la visión del fin del mundo. Desde adentro parecía la de un violento recomienzo.

→ **E**s un engaño. ¡Ataquen en formación y háganlo ahora! —ordenó Victon Ferradas a los líderes de Minotaurus. La llegada de un maestro enano, los cuales por lo común se mantenían neutrales en las decisiones políticas, y el hecho de que estuviera del lado de Arzallum, quería decir que había una maquinación muy bien trazada por Anisio Branford.

Los lanceros minotaurinos fueron puestos en formación cuadrada, listos para avanzar. Los arqueros tomaron posición. El rey Anisio Branford percibió que iban a tirarles, pero estaba demasiado lejos para dar instrucciones a sus capitanes. La capitana Bradamante y el capitán Gulliver también se hallaban apartados y mirando hacia Brobdingnag, y no tenían cómo dar órdenes al ejército que enfrentaba a los minotaurinos. Todavía no era ese el momento esperado por Anisio para que Minotaurus atacara con todo. Sin embargo, era un hecho que los arqueros ya armaban sus ballestas y que Minotaurus avanzaría.

Arzallum pagaría caro por eso.

Fue cuando...

—¡Formación de nube! ¡Formación de nube!

... surgió una voz en medio de los soldados vueltos hacia Minotaurus. La voz de un robusto coronel que asumía el mando perdido de manera vergonzosa.

—Coronel —dijo un sargento, intentando comprobar que escuchaba las órdenes correctas.

—¡Asumir postura de nube! ¡Ahora!

Las órdenes del coronel Baxter fueron dadas, y de una manera bonita de ver —al menos para los que consiguen hallar belleza en la guerra— los soldados se movieron como máquinas y asumieron una nueva formación en pleno campo de batalla, que una vez más tomó la ofensiva ante Minotaurus.

La formación de nube era difusa, cuya función principal era hacer lo opuesto a una pared de escudos: en vez de concentrar, diluir. En ese caso todos sabían que tenía

sentido. Aquella era una forma de reducir el número de bajas que vendría con la temida lluvia de proyectiles de Minotaurus, apelando a la dispersión de los soldados y obligando al enemigo a buscar la confrontación directa, pues tal formación no era propicia para una represalia. Era un hecho: un ejército en el campo de batalla, con esa formación, evitaría algunas bajas en una lluvia de flechas, pero sería aniquilado si una ola de lanceros partiera en su dirección en formación cuadrada, con caballeros cubriendo sus flancos.

—Emperador —el responsable de los arqueros de Minotaurus pidió la orden.

—Lancen una ronda. Y que partan los lanceros.

Las flechas volaron al sonido de los gritos. Gritos tanto de los lanceros que corrían al encuentro de la matanza como de los arzallinos que levantaban sus escudos a la espera de escapar del torrente de flechas. Algunos escudos evitaron los proyectiles. Otros, de madera más floja, no. Algunas flechas entraron por ángulos difíciles de prever y acertaron a los hombres en los pies, en los hombros, en las caderas, en los cuellos, en las clavículas y en las nalgas.

Los gigantes de Brobdingnag habían cercado a maestre Ira y golpeaban, pateaban e intentaban aplastar al maldito y absurdamente gigantesco (obviamente no de altura, sino de masa muscular) enano que, la mayoría de las veces, regresaba aún más furioso, levantando gigantes con su destructivo martillo de guerra.

La capitana Bradamante al fin se acercó a la caballería, y el rey Branford dijo:

—¡Capitana, ve con el capitán Gulliver a liderar a los hombres contra Minotaurus!

—Rey Branford —insistió el capitán, para tener la certeza de que era su nombre el que estaba en aquella afirmación.

—Lleva a la capitana y lidera los carros de guerra —dijo el rey—. Si eso no da resultado, perderemos.

El capitán asintió y Bradamante, en dos movimientos, ya estaba en su grupa, cabalgando en dirección al ejército humano atacado por flechas. El rey Anisio Branford se volvió hacia su caballería y apuntó con la espada a los enemigos gigantes. Partió como un enloquecido, y su caballería lo hizo con él.

Entonces se aproximaron los carros de guerra traídos por medio de artefactos gnomos, creados como medio de transporte pero que el hombre ya estaba transformando en armas de guerra.

Al fondo comenzaba a amanecer. Pero el mundo todavía parecía oscuro.

João Hanson y la tropa de escuderos se mantenían firmes. O parecían hacerlo. Grupos de mercenarios se habían aproximado. Por lo bajo, debía haber ochenta o noventa de ellos. Se colocaban lado a lado como una hilera de espectros indecisos, en busca de la indecisión del otro una personalidad propia. Blandían armas, analizaban situaciones y esbozaban sonrisas disimuladas por la oscuridad, aunque el día comenzara a nacer.

Al frente de ellos una hilera de espadachines principiantes en la práctica, pero expertos en el alma: muchachos-hombres que ya sufrían en carne propia los desgastes, las humillaciones y las durezas de todo un entrenamiento de escudero, y que traían consigo la experiencia y la evolución que un entrenamiento de ese tipo le da a un ser humano. Usaban capuchas y mantenían las espadas en sus vainas en posiciones inmóviles, más como estatuas esculpidas en terracota. En el centro seguía João Hanson. El hombre, el sobreviviente, el matador de un conde, el futuro caballero. Ninguno decía una palabra. Y todos mantenían la misma mirada.

Al fondo, la protegida más importante del mundo: su reina.

Desde un dique de madera ella observaba el agua oscura de un mar en apariencia calmo y aguardaba como si el mundo tras ella no estuviera a punto de explotar en conflicto. Observaba el agua tras haber tocado la campana dentro de la reja abierta con la llave con punta de estrella y soplado palabras al mar en una lengua que no era olvidada, desconocida ni muerta. Una lengua simplemente ancestral.

Una lengua única.

—Entréguenos a su reina y sólo mataremos a la mitad. La otra servirá como esclava en cubiertas y bodegas —dijo uno de los mercenarios para romper al fin el incómodo silencio.

—Retrocedan como si nada pasara aquí y no los mataremos a todos —dijo la voz gruesa y concentrada de João Hanson.

Los hombres se miraron compartiendo distintas reacciones. El hecho era que, de

lejos, ellos sabían, por la altura y la masa corporal de aquellas figuras, que se trataba de jóvenes que no habían ido a la guerra a combatir con los soldados de verdad. Sin embargo, la postura firme de espadachines a la espera de una confrontación, y aquellas malditas capuchas que los dejaban sin rostro y los hacían parecer más un ejército de pequeños gólems animados, estremecía y estremecería a cualquier hombre de bien.

Y estremecía también al hombre malo.

—Ustedes saben que son niños sin edad para ir a la verdadera guerra, ¿verdad? — la pregunta al principio parecía desdeñosa.

Analizada de manera más profunda, sin embargo, era un alarde que buscaba una confirmación.

—Somos una tropa de élite, elegida a dedo para proteger a la reina —dijo la voz de João Hanson, irreconocible, con lo que la duda de los mercenarios se acrecentó.

Malditos: debía haber casi un centenar de aquellos pequeños extraños, inmóviles y en posición arrogante, con una mano en la vaina y la otra en la empuñadura de espadas medianas.

—Andreanne está condenada. En este momento miles invaden una capital sin soldados y venimos a tomar rehenes que cambiarán el rumbo de cualquier batalla de Arzallum.

—Entonces moriremos aquí en esta capital invadida y nos los llevaremos a ustedes con nosotros —la voz de Hanson, y sobre todo la seguridad que transmitía, no sólo estremecía al enemigo, sino también a cada uno de los chamacos temblorosos, aún con miedo a la muerte pero lo suficientemente dispuestos a no desistir de la unidad en que se habían convertido.

El mercenario dio un paso al frente, irritado con el desafío. En el mismo momento João Hanson gritó una orden con la voz de un instructor y casi un centenar de muchachos espadachines levantó, al mismo tiempo, la vaina con la espada, echó una pierna hacia atrás, manteniendo la del frente flexionada, y bajó la vaina de nuevo en posición de inicio de batalla.

El mercenario no avanzó.

Por debajo del manto, el corazón de João Hanson sufría. La voz salía gruesa, los movimientos eran firmes, pero las manos estaban temblorosas y el estómago revuelto. Era un hecho, Hanson sabía que la abrumadora mayoría de aquellos aprendices de caballero no se hallaba preparada para enfrentar a una banda de mercenarios asesinos. Además de él, a saber quién más allí había matado a un hombre alguna vez. Tal vez sólo él. Tal vez menos de la mitad había conseguido ser adoptado por un tutor propio.

João Hanson sabía que, si el combate comenzaba, habría una masacre, y él mismo tal vez se llevara consigo a algunos mercenarios antes de sucumbir, pero sólo a algunos. Sin embargo, también sabía una cosa: cada uno de aquellos adolescentes

había elegido intentar el merecimiento de vivir el código de un caballero. Y su reina estaba a sus espaldas, como si todos fueran dignos de esa vida y de ese código. Entonces, ¡al diablo!, que todos estuvieran listos también para morir por el código si así era necesario.

La única forma de sobrevivir, y de mantener a sus compañeros igualmente vivos, sería hacer que aquellos malditos mercenarios creyeran en el engaño. Que estaban ante una sombría tropa de élite que no había ido a la guerra por haber sido elegida para proteger a la reina.

—¿Qué creen ustedes? —preguntó el mercenario líder a su banda—. ¿Son guerreros o niños?

Los mercenarios observaron desconfiados y gritaron cosas como las siguientes:

—¡Son niños! ¡Vamos a quitarles la piel y la venderemos en Naciente! ¡Vamos a cortarles la garganta y a servir su sangre a las brujas a cambio de servicios! ¡Vamos a traer a sus madres y a hacer cosas con ellas frente a ellos para que lloren como bebés y dejen a sus madres avergonzadas antes y después de la muerte!

Algunos presentes al lado de Hanson temblaban y se orinaban de los nervios. Mantenían la posición de guardia, pero temblaban, sudaban, sentían el tacto cada vez más distante y la presión que les bajaba poco a poco. Era imposible negar que algunos allí parecían niños, pero ya eran guerreros. Sin embargo, la mayoría todavía parecían guerreros... Pero eran sólo niños.

—¡Ian, deja de temblar —susurró Albarus a uno de los escuderos más jóvenes.

—Perdón —dijo el pobre muchacho, que frisaría los trece años—. Eso intento.

—Esos tipos son asesinos —susurró Jaú—. Nunca creerán que somos una tropa de élite.

—¿Y qué quieres hacer, imbécil? —preguntó Andreos, explosivo—. ¿Entregarles a nuestra reina para condenar a Arzallum?

—Tal vez... —susurró el joven Max, y se detuvo con temor.

—¿Tal vez qué? —insistió Andreos.

—Tal vez sea mejor asumir una posición dispersa e intentar hacer que nos sigan, para apartarlos de nuestra reina.

—No serviría de nada. De aquí a poco llegarán más de ellos —razonó Albarus.

—Entonces moriremos —comentó el malhumorado Born.

—¿Tienes alguna idea mejor, genio? —preguntó Andreos.

—¡Avancemos! Si vamos a morir, avancemos primero y llevémonos con nosotros a cuantos podamos —insistió Born.

Por un momento hubo una duda entre los escuderos. Y entonces...

—No —dijo la voz de mando de João Hanson—. Nos mantendremos como una pared. Nadie avanza y nadie retrocede.

Antes de que Born susurrara algún otro argumento en contra, Hanson abundó:

—Y lo digo como una orden.

Nadie hizo ningún comentario.

Al fondo, otros mercenarios piratas comenzaban a reunirse con el grupo detenido, con lo que aumentaban proporcionalmente los presentes a cada segundo, todos ávidos de tener en las manos a la reina de Arzallum. Al oír los ecos, fruto de los murmullos, se sintieron más confiados y dieron algunos pasos.

João Hanson gritó otra vez.

Los escuderos, en unión ensayada exhaustivamente al rayo del sol, adelantaron las piernas que tenían atrás mientras desenvainaban las láminas y se colocaban con las piernas abiertas, sujetando las espadas por las empuñaduras con las dos manos, los pechos inflados.

Del otro lado los mercenarios titubearon una vez más, sumamente irritados con aquel maldito juego. Resultaba aterrador ver a esos pequeños demonios encapuchados sujetando las espadas como guerreros de verdad. Pero era igualmente angustiante para un hombre que vive de matar vacilar ante una lucha que sería ganada con facilidad. Una cosa era cierta: las espadas habían sido desenvainadas y el próximo movimiento sólo podría ser de embate. Y muerte.

—¿Saben lo que hacemos cuando capturamos niños? Los ahorcamos en lo alto de los mástiles y los dejamos colgando un tiempo para que otros barcos los vean. Cuantas más cabezas haya en un mástil, más poderosa será el área mística alrededor de un navío. Y cuando esa aura se vuelve lo bastante fuerte, la tripulación regresa después de la muerte. Así nacen los barcos fantasmas.

El mercenario líder contaba la historia en un maldito tono de angustia. Y observaba las reacciones que alcanzaba a ver. La mayoría, principalmente los de la hilera del frente, se mantenía en posición firme en la medida de lo posible, pero no era la reacción de ellos la que el mercenario buscaba, sino la de los más apartados. Buscaba la reacción de encapuchados como el joven Jaú, que por más que intentara mantenerse firme no evitaba los espasmos de terror que recorrían el cuerpo de un niño ante la muerte oyendo historias de fantasmas en boca de sus futuros asesinos.

Y el mercenario líder vio.

—¡Son niños! ¡Niños! ¡Arránquenles las cabezas!

Los mercenarios partieron animados, vociferando sonidos agudos y anhelando el olor de un cuero cabelludo escalpado. Los adolescentes encapuchados, con espadas en las manos, comenzaron a ahogarse en dopamina y adrenalina, y pidieron al Creador un buen pasaje y, al menos, la muerte de un enemigo en sus manos antes que la propia. João Hanson mostró los colmillos como si fuera un animal. El joven Jaú cerró los ojos a la espera del golpe. El mayor de todos, Max, sonrió disfrutando la sensación que precedía al combate real. El desconfiado Born cerró la expresión por creer que moriría de forma innecesaria, como si la vida fuera superflua y todo hombre

mereciera una segunda oportunidad. Y los hermanos Darin se agitaron de angustia a la espera del choque con el enemigo. De aquel casi centenar de adolescentes, todos sabían que morirían.

Y todos estaban por hacerlo.

Hasta que su reina vio que su llamado era respondido.

En el horizonte, el sol al fin comenzó a nacer.

La capitana Bradamante y el capitán Lemuel Gulliver cabalgaron hacia dos carros de guerra que habían sido desembarcados de los artefactos gnomos. A cada momento miles de lanceros de Minotaurus aplastaban más soldados arzallinos dispersos en formaciones difusas. El ejército retrocedía como un animal cazado y atrapado, y Minotaurus avanzaba aplastando, aplastando y aplastando. Los cuerpos caían, los miembros eran mutilados, la sangre mojaba la tierra seca, y mucho. Lo peor de los gritos de muerte no eran exactamente los alaridos originales, sino los ecos que se diseminaban y estremecían los corazones en conflicto.

Los pesados carros de guerra eran empujados por cuatro o cinco soldados que debían estar blandiendo espadas y le hacían falta a sus compañeros, los cuales iban cayendo muertos y se erizaban con sus gritos. La capitana Bradamante y el capitán Gulliver ayudaban a empujar un carro de guerra cada uno. En este caso los carros eran una especie de carretas pequeñas que podrían ser jaladas por caballos. Una jaula estaba colocada en el centro de cada una y había heno alrededor de ella, el cual impedía ver su interior. A los lanceros de Minotaurus no les importaba la visión de aquellas cosas y continuaban avanzando y avanzando y reduciendo el ejército de Arzallum a menos de la mitad del que había en origen. Así, había ya menos de la mitad de los cinco mil lanceros originales y un tercio de los cinco mil mercenarios originales. El único motivo por el cual Arzallum aún no había sido flanqueada por Minotaurus y aplastada de una vez era el hecho de que sus soldados tenían la capacidad de remendar las líneas y unir los fragmentos, a fin de solidificar de nuevo y en todo momento las formaciones de combate. Tales formaciones se orientaban a cada instante por los gritos del coronel Baxter. La actual era puntiaguda, donde la combinación de armas era la manera más eficiente de sobrevivir con pocos soldados y evitar el cerco. Para un comandante, disponer de pequeñas fuerzas con armamentos diferentes era una forma no sólo de mantener la adaptabilidad de cada soldado, sino de aumentar su eficiencia. Ese importantísimo papel era cumplido por los

mercenarios que seguían vivos, y lo que el coronel Baxter demostraba en ese campo era un liderazgo en extremo inteligente que salvaba a Arzallum de la masacre total. Por algunos momentos más.

Para combatir esa estrategia, el emperador Ferrabrás ordenaba el avance poco a poco, sin precipitación ni desesperación, en formación cuadrada. Era tentador avanzar como un animal y matar a Arzallum de una vez por todas, pero por algún motivo, nacido de la desconfianza, Ferrabrás sentía que era eso lo que Anisio Branford deseaba, así que prefería ir destruyendo sección por sección, como en un juego de ajedrez, del enemigo temeroso, el cual retrocedía desesperado hacia su propia empalizada, mientras caía a pedazos por el camino.

Fuera cual fuera el objetivo del rey de Arzallum, en algo acertaba Anisio Branford: si aquello no daba resultado, fuera lo que fuera aquello, Arzallum no sólo sería derrotada, sino completamente aniquilada. El rey de Arzallum corría con su inmenso corcel de guerra entre gigantes en plena furia, al lado de caballeros igualmente aterradores y de un maestro enano que adoraba la guerra. Las lanzas perforaban los cuellos de seres descomunales y las espadas voraces arrancaban el cuello de los gigantes. Para que eso sucediera había una división de combate bien definida.

Los arqueros apartaban la retaguardia de Brobdingnag para impedir la aglomeración y permitir la acción de los caballeros; el rey Anisio y sus caballeros cortaban y mataban en el suelo; el maestro Ira aplastaba desde el aire.

Así, los caballeros esquivaban y cortaban y rasgaban y decapitaban. Cuando los gigantes saltaban para aplastarlos, maestro Ira saltaba más alto, y como un hombre martilleando una estaca, giraba el martillo de guerra y quebraba al enemigo. El sonido del impacto de un martillo de guerra de dos manos rompiendo las costillas de un gigante, o hundiéndole la caja torácica, o estallándole el cuello, era como el del puente levadizo de un castillo cayendo sin cadenas que impidieran su derrumbe. Cuando maestro Ira fallaba, lo cual era raro, los caballeros quedaban atrapados antes de ser levantados y partidos con las dos manos en el aire por gigantes enfurecidos. Mientras tanto, las flechas zumbaban en dirección a los colosos que intentaban aproximarse y pasar corriendo en dirección a los montes de piedra donde estaban apostados los arqueros humanos.

Entonces los gigantes saltaban y caían en medio de los arqueros, que se abrían como un ejército de hormigas cuando su hormiguero se colapsa. Algunos de esos gigantes que saltaban al encuentro de los arqueros caían muertos con flechas en la tráquea. Algunos más no. Y los que seguían vivos iniciaron un genocidio ante hombres entrenados para combates a distancia y sin una retaguardia que no estuviera ya muerta en el campo de batalla.

El corcel del rey Anisio relinchó cuando corrió hacia un lado y un puño gigante

explotó en el suelo. Y corrió para el otro cuando otro puño explotó de nuevo. Y correría para otro en zigzag nuevamente, cuando fue arrojado al suelo con violencia y el corcel subió ante un golpe avasallador. El animal cayó muerto y el rey se incorporó sin dejar que su espada se le escapara. La sujetó con las dos manos y respiró, jadeante. Maestre Ira saltó y cayó a su lado, aún con el inmenso martillo. Los caballeros que seguían vivos corrieron hacia él. Eran pocos, poquísimos ya.

—¿Te acuerdas de la primera vez que luchamos juntos, maestre Ira?

—Sí, cuando te cansaste de la leprosa piel anfibia, que por cierto te sentaba bien.

El rey esbozó una sonrisa. Al fondo, los gigantes se reunieron en una visión aterradora. Para mostrar que Arzallum estaba condenada mientras, al fondo, su ejército retrocedía cada vez más diezmado por Minotaurus, los gigantes de Brobdingnag formaron una terrorífica pared de escudos. En verdad aquello no podía ser llamado una pared de escudos. Tal era una pobre definición. Aquello era una muralla de escudos. Una muralla infinita de seres descomunales que eclipsaban el sol con el bloqueo de una tierra que no era suya, pero que estaban dispuestos a tomar.

Había allí todavía unos dos mil gigantes.

En el suelo, el rey Anisio Branford, maestre Ira y los pocos caballeros vivos comenzaron a retroceder. Los arqueros que no habían muerto corrían de los montes de piedra como niños huyendo del cautiverio de las brujas. Incluso con el mismo horror. Al fondo estaba la empalizada de Arzallum. Y todos sabían que Minotaurus y Brobdingnag no detendrían la masacre cuando tuvieran el estandarte enemigo en las manos.

—¿De verdad sabes lo que haces? —preguntó maestre Enano, todavía en posición de guerra, retrocediendo lentamente.

—No. Pero necesito creer que sí.

—¿Y en qué tanto quieres creer? ¡Hay por lo menos dos mil gigantes en la pared de escudos frente a nosotros!

—Lo sé.

—¿Por qué no usas el...?

—Todavía no.

—¡Básicamente tu ejército ya fue derrotado por Minotaurus!

—Todavía no.

—Aunque fueran semidioses y vencieran a Minotaurus, tus hombres serían posteriormente aplastados por Brobdingnag.

—No. Si ellos fueran semidioses, aplastarían a Minotaurus y a Brobdingnag.

Esta vez el rey sonrió. Maestre Ira pensó que era la maldita locura que precede a la muerte. Pero no lo era.

La sonrisa del rey venía del sonido que al fin comenzó a silbar en las Tierras Muertas. El sonido al que él esperaba sobrevivir para escuchar. El sonido calculado

por los gnomos con ecuaciones matemáticas precisas e instrumentos que Occidente desconocía. El sonido que comenzaba a levantar tierra y grava y aumentaba de intensidad bruscamente a cada segundo, para levantar aún más tierra y grava. Los soldados de Arzallum y los aliados que también eran Arzallum comenzaron a sentir partes de las espaldas, de los tobillos y de los brazos cortadas por pequeñas piedras que entraban y se alojaban en sus armaduras y lanzaban sus ropas al frente en un ventarrón cada vez más creciente. Aquella tierra que entraba por las botas, pegándose a la piel sudada y abatiendo todavía más el cuerpo cansado, haría que los soldados arzallinos flaquearan y casi desistieran. Eran hombres cansados, con la mente quebrantada de quien mira aproximarse el final de la línea, rodeados de los cadáveres de amigos muertos por un ejército tres veces mayor. Y no hablamos de otro ejército verdaderamente mayor, pero aquel sonido, al menos para un rey visionario, lo cambiaba todo. Pues era el sonido de un ventarrón que cambiaría el destino de la guerra.

«Por la variación de los ángulos de los vientos, podemos calcular que en cualquier instante habrá un ventarrón largo que se apoderará de las Tierras Muertas».

La señal fue dada por la capitana y, en la empalizada cubierta de aceite, las enfermeras, con los corazones latiendo con fuerza, comenzaron a incendiar su propio refugio.

Era hora de saber quién ganaría la guerra.

Las espadas y las láminas piratas se encontraron una, dos, tres, cuatro veces. Al rozarse despedían chispas y toda una tripulación gritaba excitada, sin saber con exactitud para quién. Dos piratas que habían regresado de la muerte exhibiendo un corazón sostenían un duelo de vida o muerte por el barco de un pirata que no regresaría de Aramis.

La lámina de Jamil rasgó un pedazo de Snail junto a las costillas y, en seguida, el pirata cojo sufrió un corte en el rostro. Snail sintió que una rodilla se tambaleaba, que el muslo le ardía, que la mandíbula le estallaba. Giró y atacó y giró y atacó y giró y sintió que la cintura recibía un corte, la sien recibía un golpe y el plexo sangraba. Se apartó y percibió que el maldito pirata deforme al que enfrentaba aún era muy peligroso, no obstante que tuviera un solo ojo y una pierna de...

Su respiración se fue estabilizando. Un solo ojo. Una pierna de palo.

Las láminas entrechocaron dos, tres, cuatro veces más; los gritos continuaron mientras Snail mantenía el cuerpo más volteado hacia el ojo que aún veía de Jamil. Jamil golpeó y se dio la vuelta. Snail percibió que el pirata se aproximaba con el dorso de la mano directo a su cara y mantuvo el rostro fijo a la espera del golpe... El cual estalló, pero en el pecho. Snail escupió sangre con el golpe. Sin embargo, el que gritó fue Jamil.

Había un tajo en diagonal a la altura de las costillas de Corazón de Cocodrilo. Un golpe que no había visto, pues había sido aplicado mientras la atención del atacado estaba en otra parte. Un golpe invisible. Un golpe que era la especialidad de Jamil Corazón de Cocodrilo, pero cuando tenía los dos ojos, y cuya técnica Snail Galford le había robado y aprendido bien.

Bufando de rabia, Jamil avanzó, como siempre, por el lado del ojo bueno. Snail lo paró con la lámina de uno de los cuchillos, y otra vez...

—¡Argh! —el pirata deforme sintió un corte en el lado ciego.

Jamil atacó de nuevo y...

—¡Argh! ¡Maldito hijo de...!

De nuevo Snail lo cortó del lado ciego. Jamil cayó de rodillas. Snail creyó que se rendiría cuando el arrodillado saltó encima de él como un loco y le cortó el pecho en diagonal, con la lámina rozando en varias láminas pequeñas escondidas en los bolsillos falsos del abrigo del ladino. Snail, sangrando e irritado, paró una vez más la lámina de Jamil y ¡bam!, la patada pegó en el pliegue cosido de piel y madera, y la pierna de palo se tambaleó. Desesperado, Jamil se lanzó hacia el frente intentando cortar la garganta del enemigo. Snail Galford se arrodilló por reflejo y...

—¡Aaargh!

... clavó uno de los cuchillos en el pie todavía bueno de Corazón de Cocodrilo. Jamil cayó con las dos rodillas en el suelo, llorando de dolor, rabia e impotencia. Era un hecho: ambos sabían que el verdadero Jamil Corazón de Cocodrilo, aquel Jamil joven que mató a un cocodrilo con las manos y enloqueció a un rey en el auge de su inteligencia, se habría tragado a Snail Galford en una lucha directa. Pero no aquel Jamil.

Y no los restos de aquel Jamil.

—Que alguien me traiga un hacha —dijo la voz taciturna de Snail Galford, ante una tripulación conmocionada—. Y que me traigan al traidor Jim Hawkins.

Siguiendo el código pirata, los mercenarios del *Jolly Rogers* lo permitieron, y los capitanes de arena de Snail se agitaron cuando el pequeño Twist le trajo un hacha de leñador. Afilada. Los otros trajeron a un viejo Hawkins rojo y asustado con aquel maldito que regresaba de la muerte y sometía a un pirata legendario.

—Que todos los presentes sean testigos de que yo, Snail Galford, reasumo por derecho mi puesto como capitán de este barco, a no ser que uno de ustedes se atreva a desafiarme en este momento por quitármelo.

Nadie hizo comentarios. Para aquellos hombres Snail Galford se había convertido en un ser tan sombrío como cualquier versión de Jamil Corazón de Cocodrilo. Un marinero mercenario transformado en capitán pirata por derecho y merecimiento. Y tal vez por motivos más sombríos que eso.

En el suelo, estirado de dolor con el cuchillo aún clavado en el empeine de su único pie, Jamil hablaba en voz baja en medio del dolor:

—Lo lograste, negro —las frases eran interrumpidas por muecas y toses—. Lograste ser, entre estos inútiles, el más cercano a mí.

Snail levantó el hacha. Las voces se acallaron. Y Jamil supo que moriría.

—Todavía no me parezco a ti —dijo el negro antes de que el hacha descendiera en un ángulo violento.

Jamil gritó. Y se dio cuenta de que seguía vivo. Los murmullos corrieron por la cubierta.

Y sólo un pedazo de la pierna de Jamil se separó del cuerpo.

—Tienes razón, pirata. Yo, entre todos, soy lo más cercano a ti. En verdad soy el más esforzado, pero no soy de la misma calaña que tú, o que Garfio, o que Flint, o que Barba Azul, o que este inútil que me traicionó —tanto Corazón de Cocodrilo como Hawkins escuchaban atentos cada palabra, tratando de entender si morirían ese día o no—. Sin embargo, seré más grande que todos ustedes. Para eso necesito aprender con ustedes. A partir de este momento, la vida de los dos y las almas de todos los presentes en este barco que comando, son mías. A partir de este momento serán mis consejeros, pero también mis esclavos. Haré de ustedes hombres ricos si se quedan de mi lado. Haré de ustedes hombres muertos si eligen el otro. Haré de ustedes muertos-vivos si no toman partido.

Liriel Gabbiani sintió un escalofrío con aquellas palabras y aquel tono de voz. El Snail Galford que ella veía en ese momento era un hombre muy distinto al que había conocido. Era un Snail potencializado, todavía más calculador, más frío, más directo. Ella admitía que sentía miedo al respecto, pero también una atracción y una peligrosa excitación por aquella figura a la que le resultaba difícil resistirse. O explicar.

—A partir de este momento, este hombre derrotado ya no es más Jamil Corazón de Cocodrilo. Será sólo Jamil, *el Cojo*.

Jamil miró la pierna de madera disminuida y el pie perforado y, por más que odiara profundamente a aquel negro insolente, admitía que alguna parte sombría y distorsionada dentro de sí también lo admiraba.

—Padre —dijo el joven Twist, atrayendo la atención en el clima tenso; Snail lo miró—. ¿Y en cuanto al viejo traidor...?

—Acuéstenlo en el suelo, pues necesito probar el filo de esta hacha.

Los capitanes de arena sonrieron de placer. Los antiguos marineros de Cocodrilo, que ahora también eran de Galford, se agitaron. Jim Hawkins comenzó a tener un ataque de nervios.

—¿Y cómo deberemos conocer al viejo? —insistió el huérfano, con una sonrisa en los labios, curioso por el desenlace.

—Jim, *el Manco* —respondió el nuevo y sombrío capitán del legendario *Jolly Rogers*.

Los mercenarios se trabaron otra vez en el campo de batalla. Y no sólo lo hicieron sino que también se apartaron de manera abrupta, temerosos y angustiados. Imagina la intensidad del acontecimiento para que hombres que ven cosas malas todos los días hayan experimentado semejante reacción. Los niños escuderos se volvieron hacia su reina en el dique de madera al oír el sonido que se apoderaba de aquella parte del puerto de Andreanne, y el mundo, tanto para el creyente como para el ateo, se volvió fantástico.

Blanca Corazón de Nieve ya no estaba sola.

Al frente de ella algo se erguía. Algo con seis metros de altura sólo en la parte que sobresalía del agua, con un cuerpo sumergido que poseía tal vez veinte o treinta metros de diámetro. Algo surrealista y lo bastante aterrador como para enloquecer a un ser humano con su simple visión, o como para encantarlo de manera irreversible. Algo como un monstruo. Algo como una entidad.

Algo como un rey legendario.

Sus ojos eran del tamaño del tronco de un ser humano y tenían pupilas negras. La piel alrededor estaba llena de verrugas, recordando el color y la textura de los moluscos, pero con una intensidad gigantesca. Plantas nacían de sus poros y pequeños animales marinos, acostumbrados a vivir en simbiosis, se mantenían adheridos a aquella piel, como si aquel ser fuera un coral vivo. Del lugar donde debía haber una nariz o un hocico salían decenas de trompas con membranas que recordaban tentáculos, los cuales se movían todo el tiempo. La boca parecía localizarse bajo los tentáculos. No tenía pelos. No había cómo reaccionar ante un ser de tamaña magnitud y unicidad.

Aquel era el único ser de aquella especie en el mundo. Aquel era el rey del reino sumergido de Atlántida. Aquel era el rey espeluznante.

Aquel era el rey Kraken.

—Por el Creador —susurró Albarus, con la espada baja, cerca de João Hanson.

Un João Hanson demasiado estupefacto para decir algo.

Los mercenarios ya no sabían si correr o avanzar, tan próximos como estaban a su objetivo, pero igualmente distantes de la claridad mental que hacía poco se jactaban de poseer. Blanca Corazón de Nieve se puso de rodillas, como si las palabras no fueran necesarias en aquel momento brutal, pero esperanzador. Porque tal vez no lo fueran.

Finalmente, el rey Kraken tampoco estaba solo.

Algunos surgieron del agua marina de manera lenta, como zombis. Emergían como si se arrastraran, como si entre el mundo líquido y el sólido no hubiera diferencia. Otros saltaban como pirañas asesinas de las peores historias. Caminaban o corrían o saltaban dejando rastros pegajosos por el camino, a causa de una piel aceitosa llena de membranas, aletas y espinas. Vestían armaduras formadas por conchas, pero parecían tener la resistente piel verde musgo de un ser acuático que sobrevive a las presiones profundas de un mar turbulento. De cabeza redonda y ojos que se proyectaban, su hocico era achatado, la boca cuadrangular y proyectada hacia el frente, como la de grandes sapos, y orejas desproporcionadas en ángulos extremos. Los dientes de algunos eran aserrados en formas puntiagudas. Otros llevaban tridentes que matarían a una persona de tétanos con sólo mirarlos.

Los mercenarios gritaron sin saber si corrían o se enfrentaban a esa visión que les quitaba la cordura. La visión de un ejército tan fantástico como horrible. Un ejército de seres sumergidos que subía a la superficie para proteger la capital de Arzallum, en un acuerdo planeado.

Un ejército de hombres-peces.

Cuando los grupos de mercenarios comenzaron a caer ante dientes o tridentes afilados, y cuando el sonido de la muerte en otros puntos del puerto comenzó a reverberar con el viento, y cuando el estruendo de navíos piratas atacados y tomados y volteados comenzó a apoderarse del sonido de la guerra, la mayoría de aquellos niños escuderos asustados soltó las espadas, se arrodilló y comenzó a llorar con un alivio descontrolado, como la reacción de un hombre condenado que, de repente, es informado de su absolución.

La otra mitad, como João Hanson y los hermanos Darin, avanzó a la batalla con un cierto gusto pervertido y renovado y se unió a la matanza.

En una guerra, un comandante, al menos de los buenos, sabe que existen elementos esenciales de estudiar antes de iniciar un embate en un campo de batalla.

El sol es uno de ellos.

El viento es otro.

En el caso del primero, lo ideal es tenerlo a las espaldas. La luz, cuando da en la vista, ciega, y cuando pega en la piel aumenta el trastorno provocado por el sudor y la pérdida de agua. En cuanto al segundo, es todavía más complejo. Finalmente, el viento en un campo de batalla puede venir de ocho direcciones y afecta no sólo la visión sino también la coordinación, la audición y la capacidad de resistencia.

El emperador Ferrabrás y el rey Anisio Branford eran buenos comandantes. Tal vez los mejores del mundo y, por lo tanto, lo sabían. Ferrabrás contaba con la salida del sol que cegaría a sus adversarios, aunque nubes oscuras tomaran el cielo en ese momento y hubiera poca luz en ese campo, aunque el día estuviera naciendo. En la forma en que se estaba dando aquel combate, ese artificio elemental ni siquiera sería necesario para la victoria. Mientras tanto, el rey Anisio había conseguido, por medio de instrumentos y matemáticas de los gnomos, saber la dirección del viento y un cálculo aproximado del momento. Eso era un triunfo que nunca un comandante de guerra en la historia de todas las guerras podía haber contado con anterioridad.

El detalle más importante de la cuestión era el siguiente: si Anisio Branford no hubiera sabido la dirección en que el viento soplaría ese día, Victon Ferrabrás habría ganado la guerra.

Pero el rey Anisio la sabía.

El fuego comenzó a crepitar y el olor entró por las fosas nasales de las enfermeras de guerra que estaban próximas al incendio, sofocándolas. Ellas corrían para apartarse de la empalizada ardiendo con paños alrededor de narices y bocas, tosiendo, lagrimeando y orando por la supervivencia. La madera comenzó a torcerse poco a poco y el humo negro, denso e intenso, comenzó a esparcirse como una plaga,

diseminado por el viento que a cada momento se volvía más intenso y más intenso y más intenso.

Fue cuando sucedió una escena más de esas que estremecen los corazones.

Los soldados de Arzallum, los que seguían vivos para atestiguarlo, sacaron los trapos en forma de máscaras de médicos de sus bolsillos y se los pusieron en la boca y la nariz, cual ladrones que no desean ser reconocidos, mientras el viento esparcía el humo negro hacia el frente, al encuentro del enemigo que avanzaba.

«¿Está segura de que debemos llevar esto a la guerra?».

Por un momento, Minotaurus quedó paralizado con aquel humo maldito y con aquel maldito olor. Y con aquel maldito ejército enmascarado que lo observaba como si el mundo ya no fuera tan malo.

«Nosotros los soldados debemos partir siempre del principio de que nuestro rey sabe lo que hace».

El ejército de Minotaurus se desconcertó al perder la noción del enemigo cuando el viento, y lo que venía con el viento, se convirtió en su principal enemigo. El humo comenzó a intoxicarles los pulmones, a emborronarles la visión, a provocar tos, escupidas, vómito, calor y desesperación. La capitana Bradamante gritó una orden y, fuera lo que hubiera en aquellos carros de guerra, los soldados entraron a las jaulas de heno y lo accionaron. Había nueve de aquellos carros, traídos por los gnomos. Cuatro de ellos apuntaban hacia Minotaurus. Cuatro hacia Brobdingnag. Uno para ninguno de los dos.

Entonces se oyó un estruendo provocado por el primer carro de guerra.

El heno que protegía la reja se evaporó cuando las tierras erosionadas de aquel campo temblaron con el sonido del fin del mundo. La mente de los soldados arzallinos regresó al momento en que el rey Branford cruzó los cielos del campo de batalla en los *Vishnús* gnomos. Y todo cobró sentido.

«El rey Branford y su comitiva».

Un sonido repetido por todos los otros carros de guerra, menos uno.

«Sí».

«¿A dónde cree que se dirija?».

Un sonido de pólvora. Un sonido proveniente de carros de guerra traídos del único reino capaz de crear cosas de ese tipo.

«Tagwood».

Un sonido de balas de cañón.

Balas de hierro escupidas a una velocidad absurdamente violenta viajaron por decenas de metros hasta chocar contra una pared gigante de escudos, derribando a seres colosales como pinos de un juego infantil. Y si el estrago ya era grande contra seres de ese tamaño, imagina el daño que hacía contra el ejército humano, ciego y aturdido por el humo negro de la guerra incendiaria. Las balas destrozaban,

asustaban, rompían, estallaban, aplastaban. Los soldados minotaurinos tenían partes del cuerpo hundidas, y de una manera tan brutal, que ni siquiera tenían tiempo de gritar. Y, de contar él, eso significaba tragarse una buena bocanada de aquel humo negro que intoxicaba al hombre lo bastante cansado incluso para que deseara estar muerto.

El aturdido emperador Ferrabrás sudaba frío. El hecho era que allí, y sólo allí, comprendió que había sido engañado y que había dirigido al ejército erradamente. De hecho, si hubiera ordenado antes que su ejército avanzara de manera precipitada y tomara a Arzallum de una sola vez, aunque mucha de su vanguardia sucumbiera ante la formación puntiaguda del enemigo, habría aplastado a Arzallum antes de que el enemigo aprovechara el ventarrón a su favor. Pero la confianza que viene con una superioridad militar lo había tranquilizado, y el hecho de saber que Anisio jugaba sus fichas en algo grande lo había atemorizado. Pero Anisio había hecho que Ferrabrás creyera que deseaba que Minotaurus viniera para aplastarlo como a un bicho, que era justo lo que habría dado la victoria a Minotaurus. Sólo que ocurrió al contrario.

Ahora era el momento de que Arzallum avanzara.

El coronel Baxter con el pulmón que le quedaba ordenó a lo que sobraba de Arzallum que avanzara. Los soldados obedecieron entre giros y entrelaces, degollando minotaurinos como gallinas en un matadero. Girar y entrelazar eran medios de lidiar con emergencias. Un giro que levantara grava podía ser usado para sacar provecho de la falta de visión. Y, con el humo y la desesperación que las balas de cañón traían a la zona de combate, nunca en esa guerra hubo un momento tan propicio para la matanza.

Los soldados humanos de estandartes diferentes chocaron y comenzaron a batirse con armas que ya habían perdido el filo y se convertían en auténticas porras que destrozaban cráneos y miembros. Era una guerra primitiva y violenta, sobre todo porque se libraba a ciegas. No sólo en el sentido filosófico de que «toda guerra es ciega», sino en el sentido literal, pues el humo continuaba soplando en dirección a Minotaurus, y Arzallum avanzaba también para batallar sin apreciar demasiado del campo de guerra. Eso igualaba el combate. Al fin y al cabo dos enemigos luchaban a ojos cerrados con sus arqueros bloqueados. E incluso esas condiciones ya no eran tan ventajosas para Arzallum, pues era la hora de aprovechar el estrago que las balas y los cañones habían hecho, y todavía hacían, en la pared de su enemigo, para perforarla y ganar la guerra.

El coronel Baxter sintió el peso de la edad de un mosquetero que había luchado en su juventud como un toro, pero que en la vejez sentía la carga de los años y la tensión de la guerra. El aire, de repente, se volvió enrarecido y el pecho le dolió. Las manos se pusieron temblorosas, y la piel, pálida. La mano derecha apretó el pecho, y él cayó de rodillas, atropellado por los soldados en combate.

«¡Escuche! ¡Yo también tengo miedo!».

Cuando cerró los ojos y supo que su corazón se detendría, Athos Baxter aún escuchaba los sonidos de batalla del ejército de Arzallum sobreviviendo un poco más gracias a sus órdenes. Aquella sensación le resultó tranquilizadora.

«¡Pero al menos consigo pensar en medio de este caos!».

Más tarde, cuando la guerra terminara, encontrarían el cuerpo pálido del coronel debido al paro cardíaco, pero con una expresión serena en el rostro.

«¡Y todavía consigo liderar un ejército, cosa que usted no!».

Como todos los muertos, fue pisoteado varias veces por los soldados en combate, pero ningún arma le cortó ni le traspasó el cuerpo, y ningún enemigo se jactó de haberle quitado la vida a un coronel que había muerto haciendo lo que más sabía.

El emperador Ferrabrás comenzó a gritar órdenes para que su ejército abandonara la posición cuadrangular y asumiera una formación difusa y esparcida. Una formación que desconcentraría la formación densa de sus soldados y, ante el caótico escenario de la cortina de humo instaurada, tal vez igualaría las condiciones contra el enemigo en campo ciego. Eso lo descubriría en el fragor de la misma, quizá hasta el punto de superarla. La estrategia era coherente y tenía sentido. Podría haber dado resultado.

Podría, si las nubes no hubieran rugido. Y si la lluvia no hubiera caído.

—No sé si debo admirar o temer al nuevo Galford —dijo Liriel Gabbiani mientras observaba el mar infinito, al lado del capitán del *Jolly Rogers*.

—Debes admirarlo y quedarte como estás. Debes temerlo si no te gusta lo que ves —las frías palabras de Snail Galford aún estremecían a Liriel y la asustaban.

Y aún la excitaban.

—¿Estás seguro de mantener a dos enemigos que te odian como tus consejeros esclavos?

—Sí. Para ser el pirata más grande de estos mares, necesito aprender con los peores.

—¿Y qué conmigo?

—¿Qué tiene?

—¿Crees que tengo alguna función para ti? Finalmente no soy más que tu socia, ¿no? Ahora estás jerárquicamente muy por encima de mis posibilidades para eso.

Snail casi sonrió.

—Te necesito, Gabbiani.

—¿Me necesitas? —preguntó ella, con el tono femenino adecuado.

—Sí, porque el camino que sigo es peligroso. Estaré entre los peores para ser el mejor entre ellos, y puedo acabar vendiendo mi alma en ese proceso. Tú eres el pilar que mantendrá alguna humanidad en mí a lo largo de esa senda.

—Pensé que ya habías vendido tu alma —el comentario era inteligente.

—Todavía no —dijo él, divertido.

—Entonces, en nombre de la humanidad que mantendré en ti, ¿podría saber cómo? —Snail la miró de soslayo—. ¡Anda, vamos! ¡No podré dormir sin saberlo! ¿Cómo lograste arrastrar al gordo Smee contigo al fondo del mar? Quiero decir, sé que robas técnicas ajenas por ahí, pero...

—¿Quieres saber si robé tus habilidades psíquicas? No, ni yo sería tan bueno.

—¿Entonces cómo lo hiciste, presumido?

Esta vez Snail sonrió de verdad. A eso se refería cuando hablaba de la humanidad que ella mantendría en él.

—Si no estuvieras concentrada en explicaciones fantásticas, sabrías la respuesta. Ya te lo había explicado cuando sacamos a Hawkins de prisión.

Los ojos de Liriel se desenfocaron, en busca de recordar. Entonces se abrieron.

«¿Pero qué maldición de cuerda es esa?».

Era obvio. Claro que era obvio.

«Es la cuerda fría».

En el momento en que Snail dejó la bola de hierro caer en el pie del gordo Smeel, al encaminarse hacia la tabla, se inclinó cerca de la pierna del difunto.

«No se fabrica, al menos no por los medios normales. En realidad, no es exactamente una cuerda: es un organismo inteligente utilizado para amarrar criaturas».

Lo bastante cerca.

«Resulta casi invisible a los ojos y es imposible partirla. Ni siquiera la sientes en la piel».

—Padre —cortó la conversación el receloso joven Twist, actualmente el capitán preferido de Snail, promovido como uno de sus líderes de tripulación—. Disculpe que interrumpa, pero ¿qué rumbo debemos seguir?

—Iremos hacia el noroeste —dijo Snail Galford en tono triunfal—. ¡Al diablo la guerra de los reyes! Iremos en pos del gran tesoro de Flint.

El joven se retiró sonriente y Liriel observó la reacción de idolatría que aquella tripulación tenía ante la figura de Galford.

—¿Sabes cómo te dice la tripulación? —preguntó ella—. Galford, *el Sobrenatural*.

Snail volvió a observar el mar infinito, a donde iría en busca del mayor tesoro del mundo, y sonrió ampliamente.

—Me gusta. ¿Sabes? Todo pirata es conocido por un apodo. Me gusta ese. Pero prefiero que sea citado en el lenguaje de mis antepasados. Los bisabuelos de mis padres. Ellos tenían una palabra para eso, para algo que no podía ser explicado, para algo sobrenatural.

—¿Y cómo es ese nombre antiguo por el cual quieres ser conocido?

Snail se volvió hacia ella. Sus cuerpos estaban próximos. Y había una amplia sonrisa en los labios de ambos. En ese momento nacía el apodo de un hombre que iría a poblar las historias de los bardos a lo largo de los siglos.

Había nacido Snail, *el Sobrenatural*.

«¿Y cómo es ese nombre antiguo por el cual quieres ser conocido?».

Había nacido Galford, *el Simbad*.

—¡Flanco! ¡Flanco! —gritó el rey a los caballeros cercanos a sí, que observaban las balas de cañón destruyendo paredes de gigantes temerosos.

Como he dicho, los gigantes le tenían miedo a la magia, y las bolas de hierro escupidas por cosas traídas del cielo se equiparaban al imaginario de una bola de fuego escupida por un dragón.

Los caballeros partieron y, de frente a Brobdingnag, sólo quedaron un rey y un maestre enano.

—Parece que sólo somos nosotros dos contra muchos otra vez, maestre Ira.

—Nunca sé cuándo eres audaz o estúpido en el campo de batalla —el enano escupió al suelo cuando la lluvia comenzó a mojarle el cuerpo, aumentando el estallido de las gotas chocando contra el suelo árido—. Al menos prefiero pelear a tu lado el día de hoy que la última vez.

—¿Aunque esta vez estemos ante gigantes?

—Al menos esta vez te encuentras vestido.

Y en una situación absurda, en pleno campo de guerra, sin un caballo y sin aliados ante un ejército de hombres con tres veces su altura, un rey cada día más grande que su propio padre lanzó una carcajada. La risotada corrió en eco por aquel campo de batalla a cada momento más tomado por la lluvia, y estremeció a los gigantes, que comenzaron a temer a dos guerreros tres o cuatro veces más chicos que ellos.

La lluvia que llegaba limpiaba la visión de un campo de batalla inicialmente dominado por la tierra, después por el viento, después por el fuego y ahora por el agua. Los caballeros comenzaron a correr en dirección a los flancos de una Minotaurus asustada, que empezó a caer y caer y caer ante arzallinos feroces que comenzaron a creer que sobrevivirían a un combate prácticamente perdido para contar la hazaña del triunfo.

Pero la lluvia también limpiaba la visión de los arqueros. Las ballestas de Minotaurus se levantaron y sus flechas zumbaron por el campo, matando a mercenarios y a veces a minotaurinos por accidente. Balas de cañón fueron lanzadas hacia ellos, y sólo la posibilidad de ser acertados por una de aquellas armas destructivas ya causaba un caos en un sistema de combate que necesitaba disciplina. Aun así, muchos de los arqueros de Minotaurus armaron sus ballestas y lanzaron flechas afiladas en dirección a los carros de guerra, perforando el heno y matando a los soldados que utilizaban los cañones, hasta dejarlos como restos humanos de una carnicería de buitres dentro de aquellas carretas.

El rey Anisio y maestre Ira partieron solitarios hacia centenares de gigantes asustados y comenzaron a danzar. La espada de Anisio se concentraba en mutilar piernas; el martillo de Ira, en aplastar miembros y aventar unos cuerpos sobre otros. La espada danzaba en el infinito. El martillo giraba en círculos. Uno, dos, tres, diez, quince. Era una visión increíble ver a dos hombres tan pequeños de tamaño poner en el suelo a decenas de seres más grandes, temerosos de sus orígenes, extraños.

«¿Por qué no usar el...?».

Y, si le temían a magias sombrías, todavía no habían visto lo principal.

«Todavía no».

Pero lo harían.

—¡Ahora! —gritó el rey Anisio, y entonces maestre Ira supo que ganarían. El martillo subió y explotó en el suelo en un estruendo sin sentido para quien combatía, pero que significaba una señal para quien estaba en paz.

El único carro de guerra que no estaba vuelto hacia ningún ejército, el único que no tenía a nadie a su alrededor y el único que no había sido alcanzado por decenas de flechas, explotó desde su interior, esparció pedazos para todos lados y reveló a un ser.

Un ser pequeño y con aspecto de tener cientos de años, con una bengala y una apariencia sucia que ni siquiera la lluvia parecía capaz de limpiar. Un ser capaz de hablar con los muertos y murmurar palabras sombrías en campos de batalla, que podrían cambiar los rumbos de una guerra. Un ser conocido entre los hombres como maestre Dunga o Mocososo, pero como maestre Sórdido entre los enanos.

Lo que ocurrió en aquel campo a partir de allí puede ser una invención, compuesto con muchas florituras por los bardos, ¿pero quién podría culparlos por eso? Pues qué decir cuando un maestre Enano de apariencia frágil y sucia surgió de una carroza de heno inútil para... Bien, el hecho es que las palabras fueron susurradas. La lluvia aumentó su intensidad. Todos los corazones presentes se aceleraron.

Y los ojos de maestre Sórdido brillaron con una luz oscurecida y cenicienta.

Fue el momento, el bendito o maldito momento, en que algunos de los muertos se levantaron con el símbolo de Arzallum en el pecho. Muertos sin partes del cuerpo,

muertos perforados, aplastados, cortados y con los miembros expuestos. Muertos que se erguían como un ejército que no aceptaba permanecer fuera de la guerra mientras esta no terminara, y que recordaban bien quién los había matado. Los gigantes se paralizaron cuando los arzallinos se levantaron gimiendo en murmullos y comenzaron a cortarles las piernas.

El corcel del rey Anisio se levantó con los ojos igualmente cenicientos y corrió hasta su señor. El rey de Arzallum montó en su caballo-fantasma, y en el momento en que partió como un demonio hacia los gigantes, Brobdingnag supo que perdería aquella batalla.

Los miles de minotaurinos que luchaban del otro lado comenzaron a ser exprimidos en una trampa macabra. La capitana Bradamante y el capitán Gulliver, que avanzaban con gusto para despedazar al enemigo, al fin entendieron otra más de las acciones visionarias y polémicas de su rey.

«Perderemos muchos soldados en ese avance loco, ¿no?».

Al frente del asustado ejército de Minotaurus, el ejército vivo de Arzallum avanzaba. En la retaguardia de ese mismo ejército asustado, el ejército «desmuerto» de Arzallum lo esperaba para matarlo por la espalda.

«Sí. Y hasta cuento con eso para la victoria».

Los arqueros comenzaron a soltar los arcos y a correr como niños, gritando e implorando misericordia y sanidad.

«¿Cuenta con la muerte de nuestros soldados?».

Los soldados minotaurinos descubrieron en la práctica de la locura que un golpe bien dado, usando una espada desafilada como una porra, devolvía a los muertos a... la muerte. Y eso sería relativamente posible de enfrentar si aquel ejército desmuerto estuviera frente a sí. Pero los muertos que se levantaban eran los muertos que ya habían sido pisoteados y estaban en la línea de la retaguardia.

«¡Estamos en guerra, capitán Gulliver! Muchos hombres morirán aquí hoy».

Como si todo fuera esperado.

«Pero garantizaré que sus muertes sirvan a la gloria de este país».

Fue de esa manera como el ejército de Minotaurus comenzó a ser aplastado en dos frentes, hasta que sus soldados desistieron y aceptaron la rendición. Y fue así como seres desmuertos atacaron a gigantes que temían a las magias sombrías, y como caballeros, mercenarios y guerreros lo bastante entusiasmados con la victoria siguieron corriendo para unirse a un maestro Enano movido por la ira y que peleaba al lado de un rey visionario que cabalgaba en un corcel fantasma. Al contrario de los minotaurinos, ningún gigante se rendiría ni aceptaría una rendición, y los que no fueron exterminados ni cayeron con las piernas mutiladas en el campo de batalla decidieron retroceder y huir, en la primera vez en la historia del mundo en que un ejército expulsaba a Brobdingnag de un campo de batalla.

—Anisio —dijo el capitán Lemuel Gulliver, aproximándose a un rey Branford triunfante, pero preocupado—. Su majestad sabe que ganamos aquí pero...

El rey sabía. Todavía había un niño en posesión de Brobdingnag. Y no sólo eso...

«¿Y si más gigantes descienden de Brobdingnag?».

Existía aún la posibilidad de que Brobdingnag descendiera por completo de sus reinos superiores, con lo cual Arzallum no tendría cómo reunir más fuerzas para enfrentarlos ni con la ayuda de sus muertos.

«Entonces rezaremos por un milagro».

Anisio Branford, sin embargo, había visto muchas cosas en esa vida para no creer en esas palabras.

«¿Cómo se reza por un milagro en pleno campo de batalla?».

Y hacerlas valer la pena.

«Haciendo nuestra parte y esperando que el Creador haga la suya».

De inicio, las primeras imágenes en aquel cielo sombrío y lluvioso parecían alucinaciones de hombres que han visto a la muerte muy de cerca. Comenzaban como sombras indefinidas y tomaban por asalto la visión del buen hombre, que aunque sea bueno es capaz de matar en la guerra. Y de desear sobrevivir para ver un día más. El sonido era como el batir de alas de cientos y cientos de pájaros, un silbido suave y al mismo tiempo incisivo, que suplantaba al olor de la sangre alrededor de la tierra mojada de sudor. Ceniza. Y lluvia.

La visión traía alivio a través de la fuerza y del impacto. Sólo eso describiría lo que fue para aquellos hombres ver pasar, por encima de sus cabezas, rodeadas por nubes en círculos de lluvia, la imagen de mil quinientas hadas amazonas, vestidas con armaduras feéricas y con varas de guerra encendidas y listas para el combate, montadas en dragonesas. Guerreras en formas femeninas que traían lo inimaginable a un campo en el que la fe cada vez se disolvía más, de manera tan rápida como la esperanza, que volvió a brotar en el mismo centro del conflicto.

Era eso lo que significaba ver pasar por encima de sus cabezas a mil quinientas hadas amazonas listas para la guerra.

En el centro de ellas, ocho grifos trayendo a lomos a ocho personalidades. Seis elfos acollarados, crecidos y rabiosos en busca de sangre como animales carnívoros recién nacidos. Había un rey elfo con la unión de las cadenas de sus crías en las manos. Y había un príncipe humano, el único del mundo casado con una princesa élfica de Nunca Jamás. Resultaba difícil para las personas abajo reconocer a Axel Branford en medio de aquel pandemonio que delimitaba la supremacía. Difícil al grado de ser casi imposible, a no ser que toquemos los planos de la esperanza que alimenta a los sueños. Pero, en el corazón de uno de ellos, esa certeza era plena e incuestionable. No necesitaba compartirse, sino apenas reverberar dentro de aquel núcleo en vibración. El rey Anisio Branford sabía que su hermano había llegado y

que había cumplido el destino que debía cumplir.

«Brobdingnag es realmente un oponente para Arzallum, ¿no es así, mi rey?».

La victoria de Arzallum al fin era posible.

Por primera y única vez en la historia de Nueva Éter, Brobdingnag tembló. Fue en el momento en que los gigantes que se preparaban para descender y reforzar a sus compañeros en el campo de batalla de las Tierras Muertas descubrieron que su propia capital comenzaría a merecer el mismo apodo. Monumentos y construcciones milenarias de cientos de metros de altura en Lorbrulgrud se despedazaron cuando el poder destructivo de mil quinientas hadas tomó por asalto la capital del reino gigante, como para recordar la furia de un agricultor que destruye un hormiguero que acabó con su cosecha. Los gigantes gritaron, y en la mayoría de los casos no eran aullidos de guerra, sino de desesperación. Eran alaridos que no se acostumbraban, que causaban en aquel pueblo un estremecimiento mucho mayor del que deberían, no porque no fueran justificados, sino porque simplemente no eran conocidos por una cultura acostumbrada a provocarlos.

Las hadas con varas de guerra encendidas perforaban cráneos, se desviaban de los ataques controlando a las dragonesas nacidas del vientre del dragón de Éter más poderoso del mundo: la dragonesa *Tiamat*. Zumbaban como insectos gigantes que sabían muy bien lo que buscaban. En el centro de una plaza de bancas, monumentos y estatuas de seis metros, las hadas que pasaban sobre sus dragonesas en vuelos rasantes levantaban el polvo, volteaban las bancas y destruían monumentos. Un soldado gigante intentó usar un martillo de guerra y le acertó a dos hadas amazonas en vuelo, antes de que una vara de guerra le arrancara un ojo. Dos hadas amazonas hicieron explotar la vidriera de un palacete de tres pisos. Cortaron gigantes en el camino e hicieron explotar de nuevo las vidrieras del otro lado cuando salieron. Las dragonesas masticaron gigantes como inmensas cobras engullendo humanos. En el centro de Lorbrulgrud, una tropa de choque responsable del orden en la gran capital se posicionó con escudos de manos en formación octagonal, a la espera de la confrontación, y las hadas amazonas moldearon la energía de las pequeñas varas de guerra en forma de espadas, cortando como mantequilla el metal y los brazos que

deberían ser protegidos. En otro punto las varas de guerra se transmutaron en grandes marros sólo para que los tejados de grandes tabernas fueran destruidos al pasar en vuelo. Algunas entraron por las paredes de hostales y destruyeron bloques de concreto reforzados. Otras pasaron láminas en forma de energía por los vitrales de las iglesias sólo para destruir ídolos de semidioses olvidados a los que no se debería rendir culto.

La cabeza de una estatua de bronce de noventa metros, que representaba el cuerpo del rey Blunderbore en posición magnánima, fue arrancada con violencia por la princesa élfica Livith, levantada y arrojada en pleno centro comercial de Lorbrulgrud, como muestra del poder real del nuevo mundo. Lirath, la hermana de la princesa, desfiló por los cielos mientras exhibía un blasón de Brobdingnag ardiendo en llamas.

Sin embargo, el blanco principal no eran los hostales ni los monumentos ni las tabernas ni las iglesias ni las estatuas. El gran blanco estaba al fondo, a donde no sólo las hadas amazonas, sino también elfos crecidos y sedientos de muerte, volaban en grifos poderosos: el gran símbolo de Lorbrulgrud, la morada de Blunderbore, el lugar de cautiverio del niño humano que había iniciado la guerra del mundo.

El imponente Palacio Ímpico.

Soldados de élite de cinco metros de altura se colocaron en formación a la espera del choque. La visión no sólo de las hadas de guerra en vuelo, sino también de aquellos malditos elfos crecidos, robustos y demoniacos aproximándose a velocidad creciente con sus colmillos puntiagudos, habría hecho correr a los humanos.

A los humanos, tal vez.

Mas no a los gigantes.

Los grifos estaban a pocos metros del encuentro con los soldados en formación. El rey Peter Pendragon apretó el mecanismo que aseguraba y mantenía unidos los gruesos anillos metálicos que sujetaban las otras puntas al cuello de sus crías. Estiró, giró y volvió a estirar con violencia.

El resultado fue que las cadenas en los cuellos de los elfos crecidos se soltaron. Y la Guardia Real conoció una parte de Aramis en Nueva Éter.

«Brobdingnag es un oponente para cualquier nación».

Los seis elfos animalescos saltaron como lobos en medio de aquellos gigantes asustados. Casi todos los inmensos soldados ya habían estado en batalla —y si estaban allí era porque, lo más importante, habían sobrevivido— contra elfas amazonas en otras épocas. Ya habían visto al rey elfo caminar por un campo de batalla, impedido de volar. Pero nunca jamás habían conocido qué era enfrentar a una pequeña tropa de elfos más próximos a animales que a seres racionales.

«Ningún ejército es capaz de subir a los cielos con facilidad, e hileras de soldados unidos no poseen la fuerza de un solo soldado de esta nación».

Los seis «perdidos» rugían, clavaban las garras en ojos, perforaban cuellos con

los colmillos y devoraban los pedazos de carne que arrancaban de ellos. Giraban y saltaban y empujaban, y la fuerza que venía de adentro de lo que fuera aquello en lo que se habían convertido era descomunal, suprema, al punto de igualar un poder descomunal. Las hadas amazonas y sus dragonesas reforzaban el embate, haciendo girar la energía de las varas de guerra transmutadas en chicotes, mazos, espadas, martillos, lanzas y todo aquello a lo que la mente de un hada de guerra diera forma y con lo que se sintiera bien para matar. Los grifos que ya no tenían elfos en los lomos saltaban sobre gigantes caídos y les devoraban pedazos, satisfechos como en un inmenso y macabro festín.

Aún montados en sus grifos, Axel Branford y el rey Peter Pendragon invadieron el Palacio Ímpico al lado de elfas amazonas furiosas, destruyendo puertas de madera gruesa, obras de arte históricas de la cultura gigante y sirvientes que intentaban bloquearles el camino. En las manos de Peter Pendragon la inmensa espada mística de dos manos cortaba cabezas de gigantes, mientras el rey elfo mantenía los ojos encendidos y mostraba los colmillos, emitiendo gruñidos que ni siquiera los hombres sabrían imitar en batalla.

Mientras avanzaban, escuchaban todavía los gritos de la Guardia Real que era asesinada por elfos crecidos, sus grifos hambrientos y sus hadas eufóricas. Fue cuando los grifos comenzaron a trepar por peldaños en los que niñas humanas podrían jugar a saltar la cuerda, y fue cuando gigantes conocidos por jamás retroceder temieron seguir enfrentando a elfos crecidos sanguinarios y ser asesinados por hadas amazonas en el frenesí de la batalla. Entonces ocurrieron los momentos más dramáticos de aquella invasión.

El primero fue Axel Branford.

Mientras invadía los corredores montado en la aterradora criatura fantástica y apartaba siervos reales y soldados gigantes comunes con su sola visión, Axel se dirigió con otras hadas amazonas alrededor en dirección a los aposentos reales. Sin embargo, el rey Peter Pendragon no fue con ellos. Pasaron por la habitación del monarca y vieron a una reina de cuatro metros de altura llorando como una niña, refugiada en un rincón, abrazada a joyas que valían fortunas en aquel reino y cuyo precio sería incalculable en los reinos de abajo. Una reina desesperada sin su rey.

Avanzaron por los siguientes aposentos y al fin encontraron lo que habían ido a buscar: el pequeño Jack Spriggins, de cinco años, asustado y con lágrimas en los ojos ante su madre, Mary Burton.

La misma mujer que sujetaba un cuchillo contra el cuello de la criatura.

—No se acerquen a él, no a él —dijo la voz temblorosa de la madre.

Al fondo, en la sala, todavía estaba Iddian-Si, la temida Madre Gorda, con un vestido harapiento que podría cubrir niños y agitaba maracas con piedras y pedazos de piel.

—¿Matarías a tu propio hijo, Mary Burton? —preguntó la voz conciliadora de Axel.

—Si fuera para que ustedes no lo tengan...

El niño seguía llorando. La Madre Gorda comenzó a hacer gestos y a maldecir a Axel en lengua altiva, y su voz era lo bastante estridente para irritar.

—Que alguien le calle la boca a esa maldita bruja.

Las elfas amazonas acataron la orden del príncipe con rapidez. No la mataron, pero hicieron que la bruja gorda lo deseara.

«Y al final de todo, en caso de que Madre Gorda esté equivocada, ella sabe que yo mismo le cortaré la cabeza».

Mientras tanto, Axel tenía otra preocupación por encima de los gritos pendencieros de la vieja bruja:

—Jack, vine a llevarte con tu padre.

Por un momento la expresión del niño fue de vacilación. Y el mundo se hubiera vuelto bueno si su madre no le hubiera puesto un cuchillo en la garganta.

—No, no te lo llevarás, yo fui la elegida para traer al avatar.

—No. Tú no lo fuiste.

Mary Burton adoptó una expresión inmediata de terror. Tal vez porque aquella posibilidad jamás fuera aceptada, tal vez por la expresión contundente de Axel Branford.

—¡No me confundirás, príncipe! —jadeaba con voz trémula—. Este es mi hijo: el nuevo Cristo.

—Peter Pendragon fue al consejo y no eres lo bastante estúpida para negar el poder de Pendragon. Ellos activaron los círculos. Y una vez más Pendragon habló con los dragones de Éter —el sonido de aquellas palabras hacía temblar, así como la lámina también lo hacía—. Ellos ratificaron que la elegida para la venida del avatar poseería señales. ¡Poseería las llagas de Cristo quemado en la hoguera! Llagas que tú no posees.

Los dientes de la mujer comenzaron a temblar por la tensión. Los ojos muy abiertos de una persona conmocionada.

—¡Él ya sabe dónde nacerá el avatar, Mary Burton! Y tú no fuiste la elegida.

—¡No, maldito! —gritó ella, apuntando el cuchillo hacia Axel—. Este niño es Merlín Ambrosius de Avalon, y yo soy la elegida que...

—No —dijo Axel, con la sonrisa en los labios de quien sabía que el mundo ya era suyo—. Tú no eres.

La vidriera del aposento explotó con un *¡kiai!* de semidioses cuando un rastro incandescente cruzó el salón a velocidad sobrenatural, arrancando el cuchillo trémulo estirado en dirección del príncipe. *Tuhanny*, el águila-dragón, giró por el palacete con el arma en el pico y, cuando la arrojó lejos, el niño de cinco años ya había corrido a

los brazos de Axel Branford.

—No, tú mientes, es mentira, ¡mentira! ¡Tiene que ser mentira! —decía aquella mujer rendida y tirada en el suelo, en una escena dividida entre la vergüenza y la pena—. Tiene que ser mentira.

—Este es sólo un niño humano en el lugar equivocado —dijo un príncipe con el niño en los brazos, abrazado a él como si fuera el salvador del mundo—. Este es sólo un niño curioso e inocente, que fue más allá de donde debía ir. Este es sólo un arzallino que vuelve a casa.

Y toda una nación volvería con él.

El rey Peter Pendragon había dejado a su grifo devorando a los guardaespaldas del rey Blunderbore mientras se posicionaba en el balcón más alto del Palacio Ímpico. Estaban a muchos y muchos y muchos —y agrega todavía muchos— metros de altura. Había un vacío enorme entre ellos y Blunderbore, con sus inmensos seis metros, estaba un nivel arriba, en un compartimento redondo, la cámara más alta de todo el palacio, donde decían que guardaba sus trofeos de guerra más preciosos. El lugar por el cual Peter Pendragon hizo crecer elfos y al cual entró en una guerra para llegar.

—Entrégamela —dijo Pendragon, en erdim.

Blunderbore entendió el sentido de la frase.

Pero se rehusó.

—Entrégamela.

En el salón detrás del rey gigante había reliquias que contaban la historia del mundo, pero había sólo un bulto en sus manos, del tamaño de una estatua humana. Del tamaño de un cuerpo humano.

«¿De dónde viene ese temor más fuerte que el deseo de ir a buscar a un rey que te debe la vida de lo que es tuyo por derecho?».

Del tamaño de un cadáver humano.

—¡Podría pelear y decidir quién de nosotros vivirá hoy, rey elfo! —dijo el rey gigante con su voz monumental—. Pero no lo haré. Lo que quiero que veas hoy es sólo que toda tu jornada, y toda tu petulancia de venir aquí, fueron vanas. ¡Quiero que veas este trofeo que nunca fue y nunca será tuyo! ¡Quiero que veas esta imagen antes de intentar dormir! Quiero que veas que fracasaste.

«¡Yo soy el príncipe del mismo reino que está en este momento luchando contra la misma raza que mantiene como trofeo al cuerpo de la mujer que dices amar!».

El cuerpo muerto que estaba en las manos del rey gigante fue descubierto y el corazón de un salvaje Peter Pendragon dolió. El rey elfo bramó de furia.

«¿Y crees que eso no me atormenta todos los días, so maldito atrevido desgraciado?».

En las manos de Blunderbore, el cuerpo embalsamado de Wendy Darling.

El rey Blunderbore, en el balcón más alto del Palacio Ímpico, arrojó el cuerpo al vacío entre el gigante y el elfo crecido que ya no podía volar.

«¿Las elfas amazonas pueden volar si quieren?».

El instinto animal de Peter Pendragon tomó el control y, rugiendo como un animal, el señor de los dragones corrió. Corrió como un elfo preparado para la guerra, como un hombre maduro para el mundo, como un niño asustado con el titubeo de la inocencia.

«Nosotros somos instrumentos de guerra. No es posible que cohabiten en un mismo cuerpo guerrero tanto la furia necesaria para la guerra como la pureza necesaria para la flotación».

El elfo veía el cuerpo del único amor de una vida eterna despedazarse en una caída que ya no podría impedir, pues no era lo bastante puro.

«¿No?».

Fue cuando una fuerza se apoderó de un cuerpo en bruto y de una mente en guerra, en un instante que cambiaría la energía del mundo, y trajo y sacó a flote de vuelta no el ímpetu del crecido que vive la vida como si fuera el último día, sino del niño que vive cada día como si fuera el primero.

«¿Crees que sí lo sería?».

Un sentimiento que no traía la desesperación del fin sino la fascinación del principio.

«Cada día tu cultura me enseña que nada es imposible en tierras como estas».

El rey elfo corrió y gritó a cada tranco. No se podía decir si sus gritos eran de llanto o de dolor. Si eran de un hombre o de un niño.

«No estaba vivo para ver esos tiempos de guerra pasados, pero conozco la complejidad que existe en los sentimientos humanos y los temores que corren en el corazón de mi raza».

Si eran de un niño guerrero o de un adulto inocente.

«Somos realmente apegados a nuestros seres queridos. Apegados al punto de temer por ellos y al punto de temer morir y dejarlos».

El dolor comenzó primero en el corazón y después se esparció por el resto del cuerpo como si viajara por la sangre.

«Para nosotros, un amor materno o un amor fraterno o un amor romántico no es algo que consideremos como una mera responsabilidad».

Aquello comenzó a pulsar a cada tranco, a cada conflicto que se dividía entre el empeño y la desesperación, entre la locura y la fe. Y siguió esparciéndose y esparciéndose. Todo sucedió en fracciones de segundo; pero el mundo pareció girar tan despacio en aquel momento, que cada fracción de ese segundo era demasiado valiosa para perderla.

«Es algo que da sentido a nuestra existencia».

Fue el momento en que el rey elfo, el primer elfo crecido del mundo, gritó una última vez cuando todo aquel sentimiento comenzó a alojarse en el mundo que llevaba en las espaldas, y al fin el motivo de aquel grito fue reconocido. El grito era por amor.

«Tal vez lo único que dé sentido a nuestra existencia».

En el momento en que las espaldas del señor de los dragones comenzaron a ser cortadas por dentro, él sólo distinguía el sentimiento que pulsaba por una mujer. Y sólo los semidioses pueden decir lo que ocurrió cuando las espaldas fueron rasgadas y la camisa destruida, y alas de dragón retraídas que recordaban a seres superiores nacieron desde el corazón en la espalda de Peter Pendragon, en el instante en que el elfo saltaba en sacrificio al vacío de la muerte, simplemente con la intención pura de atrapar el cuerpo de Wendy Darling sin que el resto de la vida o de la muerte tuvieran la menor importancia. Y sin que la línea que conectaba a la vida y a la muerte fuera tan tenue, como distante la energía del amor que corre a lo largo de los círculos de la vida de todo ser vivo.

«Las razas diferentes tienden a intercambiar culturas».

El tiempo se detuvo y pareció avanzar a la misma velocidad lenta en que ocurren los mejores momentos del mundo, cuando los amantes, tanto el que estaba vivo como el que ya no lo estaba más, se encontraron de manera sublime. El elfo agarró el cuerpo humano que caía como un hombre que toma a una mujer en su regazo, y ese momento no era de rencor, inocencia, locura, desesperación, ni de cualquier otro sentimiento puro o destructivo. Fue sólo un momento de sentimientos plenos. De sentimientos intensos.

Sentimientos manifestados por la voluntad e ilimitados por la fe.

«Aquí todo se liga con ser capaz de volar o no, ¿cierto?».

Un rey gigante se sintió pequeño cuando percibió que había sido derrotado en todos los sentidos de la guerra por un ser vivo que, sin importar la edad ni el tamaño, siempre había sido más grande que él.

«Aquí todo se liga con lo que se está destinado y cuán pura se mantiene su vibración».

Peter Pendragon miró el cuerpo embalsamado de Wendy entre sus brazos y se olvidó de que el resto del mundo, al contrario de su corazón, seguía en guerra.

«¿A qué mujer no le gustaría mover a un hombre al grado de que él promoviera una guerra por ella?».

Y fue así como el elfo crecido, con lágrimas de niño en los ojos, voló.

Con lágrimas que se mezclaban con la lluvia, los arzallinos que esperaban la muerte vieron que sus fallecidos eran devueltos al mundo espiritual, y en seguida marcharon al lado de su rey en dirección a las empalizadas, de donde retiraron los estandartes de guerra y dijeron al mundo quién había ganado la gran batalla de aquella Primera Guerra Mundial. Los sobrevivientes se abrazaron y rezaron por los muertos y siguieron llorando sólo porque estaban vivos para celebrar la vida en un mundo rodeado de muerte.

Aquellas empalizadas tenían la forma de círculos, y en ese momento así parecía ser la forma del mundo. La forma de círculos de guerra. De círculos de sangre. De círculos de acero. De círculos de runas. De círculos de muerte. Pero el enlace formado por los brazos de los vivos recordaba otros sentimientos. Recordaba la forma de círculos de corazones que latían con fuerza. Y batían vivos, bendecidos por semidioses.

La forma de círculos de esperanza.

La forma de círculos de la vida.

La forma de círculos de lluvia.

Muchas batallas, además de las aquí narradas, acontecieron en Nueva Éter. La Armada de Arzallum ganó algunas de ellas, mas no todas. Pero la improbable victoria de Arzallum fue determinante para que el mundo comprendiera que el rey Anisio Branford no sólo era por derecho el rey del mundo, sino que también estaba listo para conquistar lo imposible: si continuaba su escalada meteórica, se convertiría en una figura históricamente superior a la figura de su padre.

El capitán Lemuel Gulliver ganó la custodia del hijo rescatado por las manos de Axel Branford y fue invitado a reintegrarse al ejército de Arzallum. A todos los sobrevivientes, ya fueran soldados o mercenarios, se les consideró como héroes y resultaron agraciados con títulos, medallas y parcelas de tierra. Los gnomos recibieron permiso, y el oro conquistado en la guerra fue utilizado para financiar la revolución que la tecnología gnoma traería al continente de Ocaso. El rey asumió una deuda con el rey Kraken de Atlántida y estableció un pacto de alianza para el día en que necesitaran de Arzallum.

Ningún mercenario pirata fue encontrado vivo.

El emperador Ferrabrás intentó escapar del campo de batalla, pero fue capturado por soldados de Stallia en otras zonas de combate, comandados por un aún irritado Will Scarlet. Llevado a juicio según las leyes stallianas, Ferrabrás se contentó con ser juzgado por el parlamento cuyo líder era Robert de Locksley, el mismo ex prisionero y figura legendaria al que cazó durante años e intentó condenar a muerte bajo las leyes de Minotaurus. Locksley afirmó que, si los tiempos fueran otros y él no hubiera visto la vida con nuevos ojos, Ferrabrás habría sido juzgado bajo el pedido de pena de muerte. Sin embargo, afirmaba que Ferrabrás tendría un juicio militar con derecho a

defensa ante un pleno con los reyes o los representantes de los reinos vencedores.

Obviamente, la pena de muerte nunca sería descartada.

Bradamante, la capitana de la Guardia Real, campeona de Arzallum, después de su brillante actuación en un escenario de batalla perdido a la espera de su rey, fue condecorada como la mayora Bradamante. La ceremonia se realizó en presencia de todos los grandes líderes militares de Arzallum, incluyendo a lord Wilfred de Ivanhoe, Sabino von Fígaro y el capitán Ruggiero, poderosos comandantes de los Caballeros de Helsing, victoriosos en la batalla al lado de Orión contra Gordio.

Era la primera vez en la historia militar de Arzallum que una mujer adquiría tal título.

Ella lo dedicó a la memoria del coronel Athos Baxter, al afirmar que «aunque era un hombre que no sabía vivir, o ya no sabía hacerlo, aprendió, aunque en el fin, cómo morir».

Ariane Narin fue liberada por orden directa de la reina Blanca Corazón de Nieve. Hubo otro encuentro entre ella, *madame* Viotti y la madre de la chica, Anna Narin, un encuentro que todas imaginaban que la soberana había convocado para disculparse por no haberlas escuchado o por cualquier cosa de ese tipo. Pero Blanca Corazón de Nieve en ningún momento pidió disculpas. A la postre, en su posición de reina había hecho todo lo que podía con las informaciones que poseía. Informaciones que la ponían a prueba desde que la condesa Helena Bravaria había intentado seducir a su padre para convertirse en su madrastra, cepillando sus cabellos ante un espejo para un trabajo de magia oscura. Informaciones que cada día le hacían más falta.

Informaciones que pretendía ampliar.

Cuando *madame* Viotti, Anna y Ariane Narin comprendieron lo que aquello significaba, el mundo ya no fue el mismo. El éter parecía más sublime.

Y el aquelarre de brujas blancas había ganado a su integrante más influyente.

Después de su actuación ante el liderazgo de los aprendices de caballero, y la entrega del riesgo de su propia vida por la de su reina, João Hanson fue liberado de sus actividades de escudero por su tutor. Con el ascenso militar de Bradamante Fiordispina, que seguía siendo la campeona de Arzallum, el caballero Reinaldo Grimaldi había sido condecorado como el nuevo capitán de la Guardia Real y debía también a João Hanson el sacrificio en pro de la vida de su señora Almirena.

João se estremeció cuando llegó a la hacienda de su señor para dirigirse al establo donde dormía y Reinaldo le dijo de buen humor que, si volvía a hacer eso y no

pasaba por la puerta del frente de aquella casa, «le daría un golpe en la nuca».

«El escudero entra por la puerta trasera de la casa de un caballero».

Fue sólo entonces cuando João comprendió que ya no era más un escudero.

«El lugar del escudero es junto al animal y a toda la ralea a la que pertenece. ¿Entiendes?».

Al entrar en la casa, su corazón volvió a golpear y la piel se le erizó cuando vio esperándolo, en el interior, a todos sus compañeros escuderos —incluso los envidiosos— que habían sobrevivido y habían sido liderados por él. Estaban allí los gemelos Darin, como también su madre, Érika, su hermana María y Ariane Narin. Estaba el niño espectro Geppeto, al que pocos podían ver.

Como si eso no bastara, estaba también el general, magistrado y lord Wilfred de Ivanhoe.

Todos parecían serios y ansiosos, sin saber si João sería felicitado o castigado por sus acciones.

—Preséntese, Hanson —dijo Reinaldo Grimaldi, de la mano de *lady* Almirena.

Ariane todavía miraba con recelo a la joven.

João Hanson se aproximó y se puso en posición de firmes.

—Señor.

—*Milady* —dijo Reinaldo, para dar autorización a su prometida.

—En mi nombre y el de mi amado, me gustaría agradecerte por haber dedicado tu vida a la seguridad de tu antigua señora —dijo Almirena, con la mirada baja.

Reinaldo no dejó de prestar atención a cada reacción de João.

Nadie de aquel salón lo hizo.

—Iniciaré los preparativos de mi unión definitiva con *milady* Almirena Goffredo, y la haré mi mujer y madre de mis hijos. Me gustaría que estés presente en esa ocasión como mi testigo.

João se asustó. Los testigos de casamiento de caballeros solían ser sólo, bueno...

—Será un honor, señor.

—¿Hay algo que quieras decirme antes de liberarte de mi tutela y devolverte a lord Wilfred de Ivanhoe?

«Te ves mejor sin armadura».

¿Debería decir a su señor que la mujer que amaba había coqueteado con él?

«Dices que Ariane cree que interrumpió un beso entre tú y la tal *lady*, ¿no?».

¿Debería decir que casi había sucumbido y caído en la tentación con la futura esposa de su señor?

«¿Y si ella no hubiera aparecido?».

Contar aquello frente a todas aquellas personas, incluso ante sus tutores, habría sido acabar con su propia honra, arrojar por la borda cuanto había conquistado y estaba conquistando. Habría sido abdicar de toda gloria, de todo prestigio, de todo

respeto. Habría sido convertirse en un paria, avergonzar el apellido de su familia y perder el sustento de su casa. Eso hubiera implicado contarlo.

Quedarse callado sería traicionar el código de escudero y escupir en la confianza de su señor.

—Señor.

—Hanson.

João miró alrededor, y por más serio que permaneciera, no conseguía ocultar su angustia. El pecho comenzó a arderle y el estómago seguía hirviéndole. Las personas, principalmente los envidiosos, percibían que algo estaba mal. Las imágenes de su padre le vinieron a la mente, y las enseñanzas de la vida y la muerte del antiguo patriarca le volvieron como una avalancha. El corazón le palpitó intranquilo.

Y João hizo su elección.

—Señor —dijo, antes de inspirar hondo, a sabiendas de cuánto mataría de sí mismo con lo que estaba por hacer—. No soy digno de ningún honor.

Hubo suspiros entre los presentes y las personas se miraron sorprendidas.

—¿Y por qué no, Hanson?

—Porque traicioné su confianza y no merezco ningún respeto. Porque protegí mal a su señora y casi morí a manos del enemigo. Y porque casi caí en la tentación, faltando a cualquier respeto que pudiera tener por mí y por el código de escudero.

Hubo un momento de conmoción. Reinaldo Grimaldi soltó la mano de *lady* Almirena y se aproximó despacio, como si fuera a propinarle un golpe en el rostro a João. Tal vez lo fuera a hacer.

—¿Me está diciendo que tuvo tentaciones en relación con *milady* Almirena, Hanson?

João bajó la cabeza y cerró los ojos, a la espera del golpe.

—Sí, señor.

—¿Y esa lujuria vino exclusivamente de su parte, Hanson?

La pregunta era grave. Aquel momento era algo más que de conflicto. João sabía que de ahí en adelante quedaría social y militarmente destruido ante su gente. La cuestión sólo era si quería arrastrar a otra parte consigo.

El ego deseaba decir que sí. El superego le decía que, si su señor tanto amaba a aquella mujer, tal vez esa historia debería terminar sólo con un infeliz. Un infeliz que mantendría la honra de su señor en el último instante de desgracia y la honra de su señora como disculpas por la inexperiencia para protegerla.

—Asumo la entera responsabilidad y todos los castigos que me inflija, señor.

La cabeza permaneció baja. Él tenía ganas de llorar, pero no sería allí. Quería llorar ante los ojos de las personas que lo rodeaban, sobre todo de las que más amaba, pero tenía vergüenza. Imaginaba lo que pensaban y en ninguna de esas fantasías había algo bueno.

Tal vez por eso fue mayor su sorpresa cuando comenzaron los aplausos.

Tal vez por eso su desorden mental cuando surgieron sonrisas en todos los labios, menos en los de los envidiosos.

«¿Cómo sabe un escudero que salió de la posición en que está y se encuentra listo para convertirse en un caballero en entrenamiento?».

Aun ante los aplausos, João vio a su antiguo señor abrazarlo con el orgullo de un padrastro, mientras que al fondo su madre, su hermana y su novia prometida se emocionaban por haber sido previamente advertidas de lo que verían. Y al ver que incluso *lady* Almirena sonreía y seguía aplaudiendo, João Hanson al fin comprendió.

Y comenzó a temblar.

«Cuando lo considera listo, si no logra hacer que su aprendiz desista o el tutor lo hace pasar por una prueba de fuego, de fuerza o lealtad al código».

Lord Wilfred de Ivanhoe retiró la espada de dos manos de su cintura. Y su orden estremeció a cada espíritu presente.

—De rodillas, João Hanson.

Por segunda vez en la vida ante aquel lord, João Hanson se arrodilló y comenzó a llorar.

El niño soñador desacreditado entre la plebe se había consagrado caballero.

María Hanson pasó los días indecisa entre seguir su vida al lado de un don Juan o de un Casanova. Ante la duda, ambos siguieron disputándose la como la mujer más envidiada de todo el reino, y la figura de Axel Branford y el sentimiento doloroso que la encadenaba a él poco a poco se fueron disolviendo.

En uno de esos encuentros Casanova se acordó de los momentos de cautiverio en la Escuela Real del Saber y rememoró cuando besó a María para intentar comprobar su arriesgado plan.

A María no la conmovió el recuerdo, porque había sido un momento de conmoción, y Casanova al fin avanzó un paso al frente de su rival De Marco al concluir:

—Deberías emocionarte con esos recuerdos.

—¡Perdón! Es que...

—Hasta porque besas mal.

María abrió la boca estupefacta y cambió la expresión de inmovible a extremadamente ofendida.

—¡Mira, señor Casanova! —dijo, poniendo una de las manos en la cintura y apuntándolo con un dedo de la otra, muy parecida a como lo habría hecho Ariane Narin—. Claro que no beso mal, ¿me oyes?

—¿Ah no? —el rubio de cabellos largos y ojos claros sonrió.

—¡No! Estaba bajo presión y me tomaste por sorpresa, ¿está bien?

—¿Ah sí? —preguntó él, en tono de desafío.

—¡Sí, señor!

—Pruébamelo.

Y María Hanson comprendió una vez más por qué era tan difícil para las mujeres resistirse a aquellas dos familias. Y Giacomo Casanova comprendió que, en la dificultad de conquistar a aquella mujer, estaría al final su deseo de ser fiel a una sola.

Pero su rival Juan de Marco no iría a dejar aquello con facilidad.

Las estrellas se encendían ante esa guerra amorosa. Y los semidioses hacían sus apuestas.

«El dolor es inevitable. El sufrimiento es opcional».

¿Saben? Existen poetas que siempre saben lo que dicen.

Snail Galford, *el Simbad*, tardó tantos días como fue necesario, pero con su nueva y poderosa tripulación consiguió llegar con el *Jolly Rogers* al gran tesoro del legendario capitán Flint. La tierra fue excavada, los cofres retirados y Liriel arrancó las cadenas oxidadas sin necesidad de tocarlas.

Entonces Snail comenzó a insultar al mundo, mientras un pirata cojo y tullido se carcajeaba y otro de edad avanzada intentaba comprender lo que significaba aquello.

No había una sola moneda de oro. El tan soñado tesoro de Flint no tenía joyas ni plata ni telas, ni cualquier tipo de rareza. Lo único que había en ese cofre era un mapa. Pero no un mapa físico.

Un «mapa de estrellas».

Durante días Snail insultó y maldijo a Flint, deseando que el maldito fallecido reviviera sólo para matarlo de nuevo.

Hasta que, después de horas de debate con sus odiados enemigos, al fin comprendió que estaba ante el tesoro más valioso del mundo.

Sabino von Fígaro, general de los Caballeros de Helsing, se acercó a João Hanson para felicitarlo por el título conquistado de caballero en entrenamiento.

—El día que estés preparado, matarás a Rastyara y te encontrarás listo para ingresar en los Caballeros de Helsing.

João Hanson no se olvidaría de aquella promesa. Claro que no.

Axel Branford, antes de regresar a Nunca Jamás, tuvo su sombrío momento a solas con maestre Ira.

—No puedo matarte ahora porque debo aceptar la tregua exigida por ti como cobranza de la deuda de mi hermano —dijo Axel irreconocible, invadido por el odio.

—No podrías matarme aunque quisieras.

—¿Por qué?

—Porque no eres lo bastante fuerte. Tal vez nunca lo seas.

—¿Por qué lo mataste?

—Aún no entenderías.

—Tú te alimentas de eso, ¿no? De la rabia.

—Por eso me llaman Ira.

—Comienzo a entender en este momento cómo es sentirse poseído por ese sentimiento.

—No hay nada que puedas hacer ahora.

—Lo sé. Pero el día llegará. Créeme, maestro Enano, la muerte de ese troll ceniciento no te saldrá tan barata. Cuando estés listo, te estaré esperando.

Quando el elfo crecido caminó en ese amanecer hacia las aguas místicas, el momento, fuera cual fuera la naturaleza que corriera tras la energía que lo movía, si al menos no era justo, cuando menos ya no se mostraba desleal.

Peter Pendragon caminó con pasos ligeros, y caminó como lo hace un hombre que teme el final de la vida o un niño que teme a la muerte.

«¿Aquel es el Lago de la Nostalgia?».

Sus elfas amazonas caminaban con él, sin distinguir si eran ellas sus elfas o él el rey elfo de ellas. Sin saber si era él el crecido que las lideraba o el niño que ellas debían encaminar.

«Sí, el lago de las ninfas».

En los brazos llevaba el cuerpo de Wendy Darling —su Wendy Darling— que sumergió en las aguas sagradas del Lago de la Nostalgia para la purificación exigida en el pasaje de un buen espíritu. Cuando fue retirado, el cuerpo tenía el cabello mojado y un resquicio de vida que no existía más allí.

«¿Y por qué ese nombre?».

Todavía con ella en los brazos, el señor de los dragones la llevó a un altar élfico armado cerca de las aguas, donde se encendieron inciensos. Ocho círculos energéticos del cuerpo muerto fueron activados para que el hilo que ligaba el cuerpo a un alma humana atormentada se rompiera. El elfo amante de una mujer humana se apartó con el corazón oprimido. Livith, la princesa élfica y mujer de un príncipe humano, dijo las palabras sagradas en el idioma místico y la pira de fuego se encendió mientras el cuerpo de carne se convertía en polvo.

«Cuando una persona muere, deja grabada en su propia energía su último pensamiento».

En ningún momento el rey elfo derramó una sola lágrima.

«Cuando un elfo presiente el segundo anterior a la muerte, instintivamente piensa en un mensaje que quiera dejar para su ceremonia».

Axel Branford observaba la sagrada ceremonia, alejado y vestido con indumentarias de Nunca Jamás, al lado de indios que lo trataban como a aliado. En su fuero interno se preguntaba si un ser humano también lograría pensar, en el segundo que antecede a la muerte, en algo que decir a los que actuaban por instinto, como hacía aquella raza.

Y no tuvo dudas de la respuesta.

«Las razas diferentes tienden a intercambiar culturas».

El polvo del cuerpo cremado fue recogido por pequeños elfos, adultos de mente y niños de cuerpo. Toda ceniza fue cuidadosamente recogida y depositada en un recipiente con runas en lenguaje antiguo.

El recipiente fue entregado por un chamán indígena nuevamente al rey elfo.

«¿Y qué representa para un elfo no hacer su pasaje al otro mundo a través de ese ritual?».

El elfo crecido se volvió de nuevo hacia las aguas del lago y pareció temer lo que seguiría.

«Significa una muerte incompleta. Y un pasaje intranquilo».

Axel Branford, que cada día aprendía a respetar más aquella cultura tan diferente, y al mismo tiempo tan fascinante, sabía bien el motivo que atemorizaba el corazón de ese elfo.

«Ella estaba embarazada».

El rey Peter sintió el agua caliente del Lago de la Nostalgia tocar una vez más sus tobillos. Y aún así estaba fría en comparación con la temperatura de su corazón.

«¿Tienes miedo, no? Miedo de saber la respuesta. Miedo de conocer el último pensamiento».

La mano destapó el receptáculo y tembló en el segundo que antecedió al acto. Tembló ante lo que seguiría. Tembló ante el último pensamiento.

«Sí, lo tengo».

El viento sopló, y el rey elfo, el señor de los dragones, el primer elfo crecido del mundo y el único elfo adulto en volver a volar, dejó que el viento danzara de modo poético con el polvo, que antes era carne y abrigaba a un espíritu. El polvo se esparció por las aguas del lago como si todo fuera parte de un gran todo por encima de la comprensión científica, y como si el mundo, cuando quisiera, fuera sólo poético. E intenso.

El polvo se mantuvo sobre el agua y entonces, tomado por la vida que se mueve a través de lo fantástico, dibujó el último pensamiento como por arte de magia.

Hasta allí Axel Branford aún no aprendía el idioma élfico, pero incluso él comprendía lo que aquellas palabras formadas por sentimientos más grandes que la vida y la muerte querían decir.

«No fue tu culpa».

Y realmente no la era. Al menos hasta que aquellas palabras lo liberaran al fin. Ramificaciones de remordimiento y dolor comenzaron a rasgarse en el pecho de un elfo fuerte en la cáscara, pero castigado en la pulpa. Las respiraciones comenzaron a volverse más intensas y más profundas cuando el aire pareció más abundante, y el mundo nunca pareció tan tenaz.

El sonido del latido de un corazón liberado era una música de tonos diferentes, que repetía eternamente la misma estrofa.

«No fue tu culpa».

El rey Peter Pan se arrodilló sobre las aguas de Nunca Jamás, sintió el corazón más caliente y lloró de manera incontrolable, igual que un niño.

En el casi olvidado villorrio de Trigger, en el lugar exacto indicado hace cientos de años en un mapa de estrellas escondido hace decenas de años por piratas ya fallecidos, una virgen de no más de quince inviernos, criada en el cautiverio de un palacete y sin contacto con el mundo exterior desde el nacimiento, se agitó feliz como un perrito al escuchar a su carcelera aproximarse con el almuerzo del día.

La mujer que le traía la comida todos los días era una señora gorda y rica conocida como madre Gothel, que mantenía en sus facciones la misma simpatía que una psicópata torturadora debía mostrar en los eventos sociales, con el rostro cargado del mismo maquillaje pesado que vuelve grotesco el miedo a la vejez. Aquella señora era una de las más grandes iniciadas aún vivas.

Y era una bruja.

No siempre del mejor tipo.

—Querida, muéstrame tus trenzas —exigió la gorda, observando a la niña, como si fuera ella la joven más importante del mundo o como si el mundo se volviera importante por su causa.

El cabello de la chica era rubio, inmenso y lindo, y le llegaba mucho más allá de la cintura. Sin embargo, había un detalle curioso: las puntas de ese cabello. Llegaba a ser curioso cómo se veían más oscuras que el resto del claro cuero cabelludo.

Como si fueran eternamente pintadas a mano.

Como si fueran de paja.

Como si hubieran sido quemadas.

En los últimos tiempos la adolescente, en su inocencia y su pureza, creía estar engordando por comer demasiado, y que por eso sus ropas le quedaban tan apretadas. La realidad, sin embargo, era conocida por la bruja gorda e iba mucho más allá de lo que la niña jamás comprendería.

Aquella señora vieja, rica y gorda era un hada caída.

Y aquella enclaustrada virgen marcada de largas trenzas estaba embarazada.



Un círculo no tiene principio ni fin, pero eso es sólo después de que ya está formado.

Para que un círculo se forme, primero no hay nada y, entonces, sea lo que sea que le dará forma, recorre un trayecto que sólo cobrará sentido cuando complete una vuelta y se encuentre con el punto inicial. Entonces se comprende el motivo del trayecto, y tanto el principio como el fin de aquella forma no sólo se vuelven imposibles de ser identificados, sino que también eso deja de importar.

Porque lo único que se ve es sólo el todo de la figura completa.

Cada lágrima que derramas es un círculo que se abre o se cierra dentro de ti. Y sean vidas creadas por semidioses o semidioses creados por fuerzas mayores, cada lágrima derramada es preciosa, pues las alegrías nos dan sentido, mas son las cicatrices las que nos vuelven más fuertes.

Todo dios un día será olvidado.

Todo semidiós un día dejará de existir.

Y lo que sobrará del pasaje de cada una de esas energías vivas serán los círculos formados mediante ciclos que no pueden ser detenidos. Y sea por donde sea que ellos transiten, y sea por donde sea que cobren forma, tales ciclos no serán recordados por sus principios o sus finales ni por su tamaño o sus diámetros, sino tan sólo por la perfección de la figura formada por el todo.

Cada lágrima vertida sobre la tierra jamás será perdida.

Caerá y se mezclará con la tierra.

Y entonces, cuando venga el calor, se evaporará, y al juntarse con otras se convertirá en lluvia.

Y cuando el aire decida danzar en las nubes cargadas, cada lágrima antes derramada en la tierra descenderá de nuevo sobre nuestras cabezas para bendecir y acarrear un éxtasis. Un éxtasis que permanecerá hasta que otras lágrimas sean otra vez derramadas sobre la tierra y el todo vuelva a comenzar.

Como en un eterno ciclo. Como en un espléndido e inagotable círculo. Un círculo que siempre nos enseñará que...

«El dolor es inevitable».

... vale la pena hacer la jornada, porque...

«El sufrimiento es opcional».

... el círculo siempre se cierra.

Aun en los corazones más débiles. Aun en las mentes más inestables. Aun en las vidas más vacías.

El círculo se deshace, pero nunca se rompe.

Aunque a veces parezca difícil, aunque duela, aunque flaquees, recorre el círculo completo. Ya sea caminando por un círculo de fuego, ya sea por un círculo de lluvia, el final de todo círculo de la vida tendrá siempre el mismo valor.

Todo ciclo terminará un día, es verdad. Pero lo que quedará dentro de ti, y lo que quedará de ti en ese ciclo, jamás se perderá ni se romperá.

Ni se apagará.

Todo dios un día será olvidado.

Todo semidiós un día dejará de existir.

Pero mientras ellos no sean olvidados, y mientras tú existas, continúa tu jornada.

Simplemente recorre el círculo.



RAPHAEL DRACCON (Río de Janeiro 1981). Empezó su carrera profesional a los 16 años trabajando de mecanógrafo y editor para un diario local) y a sus 19 años comenzó en la Escuela de Cine, especializándose en la Escritura Cinematográfica.

A sus 20 años recibió una Mención Honorífica por parte de la *American Screenwriter Association* (ASA), por su primer guión, escrito en su primer semestre de universidad, para el drama *In Your Hands*. El guión fue enviado a Will Smith y a James Van Praagh, escritor de *best-seller* y productor de la serie de T. V. *Ghost Whisperer*, mediante Stuart Manashil perteneciente a la *Creative Artist Agency* (CAA).

A partir de los 21 se convirtió en un guionista, crítico de guiones y *script doctor* de varias productoras cinematográficas tales como *Intervalo Produções*, *Aquarela Filmes*, *Tonice Produções*, *Cinema Profissional*, *Idéia Prima*, *Bravo Studio* y *O2 Filmes*.

Todavía en la universidad, Draccon, escribió el primer libro de la saga de literatura fantástica *Dragões de Éter* y a la edad de 25 fue el autor más joven en haber firmado un contrato con la editorial, en español, Planeta de Brasil rodeándose durante 6 meses con sus mejores escritores.

Dos años después se convirtió en objetivo de la editorial portuguesa Leya, hoy la editorial más grande en lengua portuguesa del mundo.

El lanzamiento de la trilogía completa durante la *Biennial Book Fair of São Paulo* en 2010, excedió ampliamente la expectativa y se convirtió en la obra mejor vendida de

la editora en el evento.

Actualmente trabaja con productores y directores de cine y con editores de literatura tanto nacionales como extranjeros en el desarrollo de guiones audiovisuales y series literarias. También escribe la sección *Cavernas & Dragões* en el blog *Sedentário & Hiperativo*, uno de los blogs más representativos de la cultura pop en Brasil según los VMB (*Video Music Award Brazil*) de MTV.